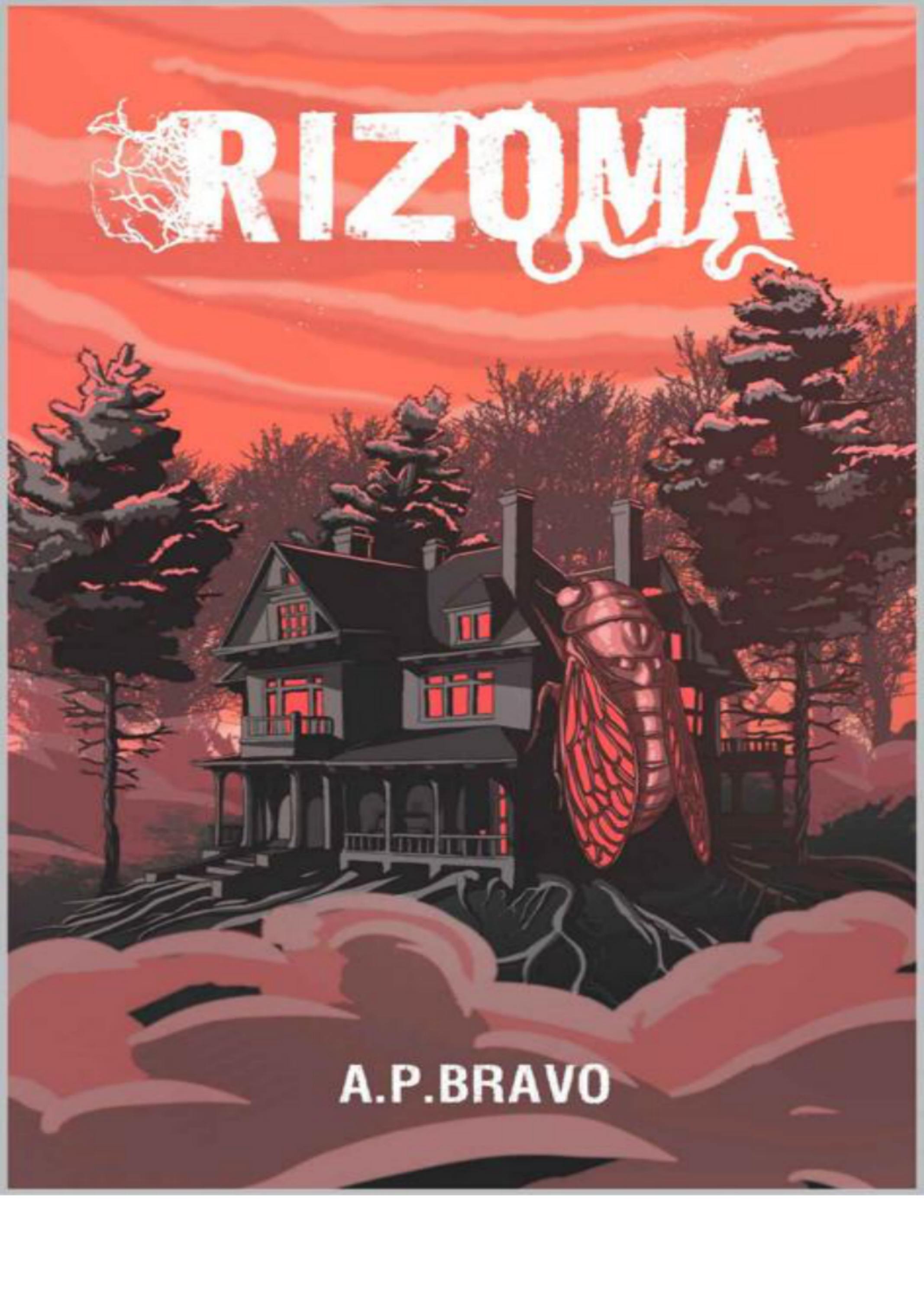

RIZOMA
A.P.BRAVO



A.P.BRAVO

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Diseño de la portada de: A. P. BRAVO

A mi querida familia, a mi esposa y a todos aquellos que me han apoyado en este camino, les dedico esta novela llena de emociones intensas. Pero sobre todo, esta obra es un legado para mi amada hija, quien ha sido mi inspiración y motivo para cada palabra escrita. Que esta historia sea un tesoro que trascienda lo material y le brinde un escape de la monotonía, recordándole siempre el amor inmenso que siento por ella.
Con gratitud eterna, un servidor.

Contenido

Prólogo

Desde que tengo memoria, siempre me ha fascinado el terror psicológico y la oscuridad que se oculta en los rincones más profundos de nuestra mente. Me cautiva la forma en que el miedo puede afectar nuestra psique y cómo se manifiesta en nuestras vidas. Además, soy un amante del cine de terror, las artes y la expresión creativa en todas sus formas. Me apasiona la ilustración, la música, la lectura y los videojuegos con guiones impactantes. A través de estas diferentes formas de arte, puedo explorar y plasmar mi perspectiva única del mundo.

Hoy me encuentro frente a mi primera novela, un proyecto en el que he volcado toda mi creatividad y mis más profundos temores internos. Durante años, he sido cautivado por la idea de transmitir a los lectores ese miedo latente que todos llevamos dentro. Ese miedo que se oculta detrás de nuestras sonrisas cotidianas y nuestras vidas aparentemente normales en un mundo cada vez más caótico.

En esta historia, te invito a seguir los pasos de un grupo de agentes de la policía nacional que descubren túneles ocultos que albergan fenómenos nunca antes imaginados por la humanidad. A medida que los personajes principales se enfrentan a horrores desconocidos, veremos cómo sus propios miedos personales los consumen, a pesar de sus intentos por ocultarlos tras una fachada imperturbable. Sin embargo, esto solo constituye una parte esencial de la trama. Los personajes principales también experimentan una amplia gama de emociones profundas y auténticas. Aman, establecen relaciones sentimentales, derraman lágrimas y se deleitan de la misma manera que cualquier persona, a pesar de encontrarse sumidos en las profundidades de su ser. A medida que avances en esta narración, descubrirás que cada uno de ellos podría reaccionar ante los acontecimientos descritos de la misma manera que tú o yo lo haríamos.

Mi objetivo más profundo es explorar el sentimiento de culpa que nos persigue y reflexionar sobre cómo a menudo creemos más en amenazas externas y fantasiosas, como aquellas presentes en los cuentos infantiles o las historias de ciencia ficción, como son los extraterrestres, fantasmas, demonios y otras amenazas sobrenaturales, en lugar de enfrentarnos a nuestros propios temores internos. Muchas veces, olvidamos los miedos genuinos que todos los seres humanos

compartimos, esos terrores psicológicos tan auténticos que permanecen ocultos, pero siempre presentes. Con esta novela quiero adentrarme en el horror de la pérdida de un ser querido, la angustia de separarnos de alguien importante, el temor a la enfermedad y a la muerte, e incluso los pensamientos frustrados y más profundos sobre el deseo sexual. También investigaré la represión personal que experimentamos cuando nos vemos obligados a actuar en comunidad, velando por el bienestar de los demás, aunque en realidad todos seamos seres egoístas y codiciosos. En resumen, lo que leerás próximamente no es solo una historia de terror, sino más bien los acontecimientos de personas como tú o como yo, que han tenido la desafortunada experiencia de enfrentarse cara a cara con sus temores más profundos.

Para dar vida a esta novela, que me ha llevado casi 2 años moldear, me ha servido de inspiración el arte de los videojuegos del antiguo Team Silent de Konami, así como en el trabajo del talentoso artista gráfico y mangaka Junji Ito. Sin embargo, no solo he sido influenciado por esos artistas, sino que también me han servido de inspiración obras literarias de escritores de renombre como Haruki Murakami, Stephen King, Edgar Allan Poe y Stanislaw Lem, quienes han dejado una profunda huella en mi estilo narrativo. Además del mundo literario, el cine es otra de mis grandes pasiones y encuentro especial inspiración en las obras maestras del terror psicológico, como "El Resplandor", “Psicosis”, "2001: Odisea en el espacio", “Alien”, y “Twin Peaks” entre otras. La música también ha sido fundamental para crear la atmósfera adecuada, especialmente aquella relacionada con el terror y lo oscuro. Me ha permitido escapar de la realidad, encontrar mi creatividad y disfrutar de grandes temas, como los del reconocido Akira Yamaoka, (antiguo miembro del ya mencionado Team Silent) quien ha sido una gran influencia en este aspecto. Su música me transporta a esos mundos sombríos que he creado en mi mente.

Quisiera aclarar que, aunque estas referencias han ejercido influencia en mi proceso creativo, el verdadero impulso para embarcarme en este proyecto surgió de mi limitado tiempo libre como padre de una niña. Durante esos escasos momentos de libertad que solía disfrutar, encontraba en la ilustración una forma de expresar mis emociones y expandirme. Sin embargo, me di cuenta de que necesitaba algo más dinámico, algo que no requiriera estar atado a mi escritorio con una tableta digital durante largas horas para lograr una ilustración satisfactoria. La escritura resultó ser más accesible en esos breves momentos de tiempo. Esto no significa que mi nueva pasión por la escritura sea más fácil que ilustrar, pero sí que es un medio más accesible en esos escasos momentos de tiempo libre además de

permitirme hacerlo en cualquier lugar. He llegado a escribir en cualquier sitio y objeto que puedas imaginar, en el móvil, en trozos de papel durante un viaje o incluso en mi libreta de la mesita de noche después de tener un sueño creativo y vívido en plena madrugada, etc.

Por todas estas razones, te invito a sumergirte en estas páginas y descubrir cómo he canalizado mi creatividad y emociones en esta novela. Prepárate para adentrarte en un mundo oscuro y aterrador, donde los miedos más profundos de la mente humana cobran vida. Bienvenidos a un viaje hacia el abismo. ¡Espero que disfrutes de esta experiencia tanto como yo al crearla!

1 - Despertar

La diferencia de temperatura era claramente perceptible en comparación con el frío que se sentía en Madrid esos días. María González se quitó con delicadeza el abrigo negro de corte recto y lo dejó en su antebrazo, mientras sostenía en la otra mano un maletín de cuero oscuro con asa metálica. Sus pasos eran ligeros y el sonido de sus tacones destacaba entre los demás transeúntes que se movían en el aeropuerto. Era una mujer que no pasaba desapercibida, y ella lo sabía. Su estilo mostraba que tenía buen gusto, y su figura, digna de pasarela, sugería que podía ser modelo, actriz o cualquier profesional que trabajara en un mundo donde la moda y la apariencia física estuvieran muy relacionados. Sin embargo, María no era una figura del estrellato, sino la inspectora jefa del grupo ZERO del Cuerpo Nacional de Policía. Su repentina llegada en avión a Alicante, en medio de sus merecidas vacaciones, se debía a su trabajo, que requería su presencia inmediata sin oposición alguna.

El inspector de homicidios, Óscar Almeida, estaba apoyado en la puerta del vehículo con los brazos cruzados, esperando por ella. A pesar de su apariencia juvenil, Óscar era un hombre adulto de unos treinta y dos años. Llevaba botas sencillas que había encontrado en oferta en una vieja zapatería de un centro comercial, vaqueros Levi's desgastados por el uso, una camiseta básica blanca y una cazadora de cuero marrón agrietada por el mal cuidado y el desgaste del empleo diario. A simple vista, se podía apreciar que Óscar era un hombre que se cuidaba, y aunque no era su hobby favorito, intentaba hacer ejercicio cuatro o cinco veces por semana. Era alto, con rasgos marcados y una piel muy morena debido al sol, dado que la calle era su oficina, como él solía decir. Estar encerrado en la oficina le agobiaba. A pesar de que cubría su alopecia congénita, su principal y mayor tara, con cabello desde la parte central de su cabeza hacia el lado donde tenía su entrada más pronunciada, tendía a peinarse constantemente con sus dedos, como si se tratara de un tic. A pesar de esto, su gran atributo era su personalidad; era amigo de sus amigos, compañero fiel y, sobre todo, constante y eficiente en el trabajo. Desde que era un niño, se esforzaba en conseguir sus metas, independientemente de lo que costara, y si podía ayudar de camino a alguien que lo necesitara, ahí estaba él para hacerlo. A pesar de que luchó contra sí mismo para llegar donde quería, aun costándole prácticamente toda su infancia, Óscar fue el primero de su promoción y se esforzó en cuerpo y alma para llegar a ser inspector de la Policía Nacional, un sueño que tenía desde hacía mucho tiempo. Los años

siguientes no solo le sirvieron para resolver casos de asesinatos, sino también para ayudar a sus compañeros a resolver otros tantos. En esencia, era el agente idóneo para el puesto que ejercía, y su jefe de departamento, el comisario, aprovecharía su potencial para ayudarlo con el que era, sin duda, el equipo con más contrariedades. Óscar esperaba a la inspectora jefa del grupo ZERO, donde suponía que su papel como ayudante facilitaría bastante la resolución de casos y posiblemente haría historia en el cuerpo. Aunque solo se escuchaban rumores sobre dicho grupo, Óscar estaba casi seguro de que, con su ayuda, la reputación de ese equipo de agentes cambiaría a mejor.

—Estoy dispuesto a enfrentar cualquier problema que se me presente. —se dijo a sí mismo, tratando de mantener su confianza. Sin embargo, la inspectora María le generaba una mezcla de sentimientos incómodos: nerviosismo, ansiedad e incluso rabia. Sabía que había fracasado en casos que él mismo podría haber resuelto con facilidad, al igual que otros inspectores que habían solicitado un cambio de unidad debido a la dificultad de trabajar con ella. Además, se rumoreaba que era una mujer déspota, arrogante y seca, especialmente cuando bebía. En resumen, parecía que ella no tenía la intención de hacer muchos amigos dentro del cuerpo, pero allí estaba, aguantando. Durante años había visto a compañeros que la dejaban tirada, pero lo más curioso era que no la expulsaban del grupo o la mandaban a un lugar solitario y remoto del país. Algo tenía que estar haciendo bien, pensó el inspector.

Óscar aguardaba cerca de la entrada del aeropuerto, buscando a su nueva jefa entre la multitud. La única referencia visual que tenía de ella era una fotografía antigua en la base de datos de la policía, de hace más de veinte años, cuando ella entró en el cuerpo. A pesar de que sabía que debía haber cambiado bastante desde entonces, en cuanto la vio salir por la puerta, la reconoció de inmediato. Le impresionó su apariencia: una mujer alta y delgada de unos cuarenta y tantos años, con el pelo largo y moreno, recogido en una coleta que se movía con cada paso que daba. Aunque su rostro ovalado y fino mostraba algunas arrugas de expresión que estaban un poco disimuladas por el maquillaje, Óscar la encontró atractiva, aunque el paso del tiempo era evidente en comparación con la fotografía de archivo. Sin perder un segundo, Óscar levantó la mano para que ella pudiera verlo.

María sacó una cajetilla de Marlboro del bolsillo de su abrigo y encendió un cigarrillo que sujetó entre sus labios pintados de carmín, haciendo juego con sus zapatos de tacón.

—Aquí hace un puto calor insoportable. —expulsó el humo tras su queja. Agarró su blusa blanca con los dedos índice y pulgar y comenzó a abanicarse para refrescarse. María se acercó al hombre que le levantó el brazo y que estaba apoyado en un Ford Mondeo negro. Supuso que sería su nuevo subordinado y, por ende, el único inspector que la acompañaría. Aunque esperaba que se le asignara un equipo de al menos dos inspectores para esta misión, era evidente que, tras los hechos acontecidos el año anterior, el comisario no le brindaría más que uno.

—¿Me dejas entrar en el coche? —preguntó María con desdén a Óscar, quien se encontraba entre ella y la puerta del copiloto.

—¡Por supuesto, por supuesto! —respondió Óscar con nerviosismo. —Soy el inspector Óscar Almeida, inspectora. —le dijo a María mientras elevó su mano para estrechársela, apartándose bruscamente para dejarla entrar al vehículo. María abrió la puerta con rapidez, sin detenerse en el saludo formal de su nuevo compañero, y se dejó caer en el asiento del coche. Arrojó su maletín y su abrigo hacia la parte posterior del vehículo sin mirar atrás. Óscar, aún sorprendido y molesto, chascó la lengua en señal de disgusto y se dirigió hacia el lado del conductor mientras se ponía sus gafas de sol.

—Lo siento mucho, estoy cansada y me han fastidiado las vacaciones. Me da igual si lo comprendes o no. Soy María González, tu jefa, pero puedes llamarme María, sin formalidades. —dijo ella con brusquedad, mientras reclinaba su asiento y abría la ventanilla para echar el humo del cigarrillo. Colocándose sus gafas de sol Gucci de color negro, se recostó sin dirigirle ninguna mirada a su nuevo compañero.

—Escucha, te diré lo que pienso, sinceramente. Aunque esperaba que nos acompañara alguien más, sé que eres muy resolutivo y me serás de gran ayuda. Pero, halagos aparte, quiero que quede claro que yo soy la que manda, la que toma las decisiones y la que decide el rumbo que ha de tomar esta investigación o lo que suceda a partir de ahora. ¿Me has comprendido? —le dijo tajante María.

—Entiendo, me queda claro. Me comprometo a dar lo mejor de mí en esta investigación y ayudarles tanto a usted como al grupo ZERO. Créame, no le decepcionaré. —respondió con valentía y seriedad, aunque aún sentía el vacío de la presentación. Pero Óscar estaba acostumbrado a tragarse su orgullo y obedecer, algo que había aprendido a la fuerza tras años en la policía.

—Bien, entiendo que ya has leído el informe. Han encontrado a un hombre de treinta y seis años en el derrumbe de una construcción abandonada. Tiene heridas, desgarros abdominales, y ha sido afectado por maquinaria en un socavón con derrumbes a distinto nivel. En marcha, tenemos prisa y nos esperan en Valdepésol, una pedanía de Murcia. —dijo María mientras leía por encima el informe que había dejado Óscar en el salpicadero.

—Sí, pero… no especifica demasiado. De hecho, ¿para qué nos necesitan a nosotros? Somos un grupo de homicidios, ¿no es así?, no comprendo por qué tanta prisa si no se ha cometido ningún asesinato. —preguntó Óscar con bastante confusión.

—No sé qué has escuchado acerca del grupo ZERO, pero ya te adelanto que los homicidios son lo de menos, aunque no se pueden descartar. Te lo explicaría todo con detalle, pero no tenemos tiempo ahora para eso. Una vez lleguemos allí, entenderás cuál será tu trabajo. El resto del grupo nos espera. Ojalá que no te resulte demasiado difícil, inspector Óscar. —terminó diciendo María con retintín mientras le lanzaba una sonrisa burlona.

Óscar arrancó el vehículo y ella dio su última calada al cigarro antes de tirarlo por la ventanilla.

—Despiértame cuando estemos llegando. —dijo María mientras se acomodaba en el asiento del coche.

El dispositivo GPS informó de la llegada a la pequeña localidad de Valdepésol. A pesar de tener una temperatura y humedad mucho más altas que Madrid, donde Óscar residía, había mucha vegetación en ese rincón del país. Tan impresionante era la cantidad de huertas y vergeles que el inspector estaba deslumbrado admirando el paisaje. Aunque nunca había estado en Murcia, siempre había considerado esa zona un desierto al estar prácticamente en el sur del país, pero pudo comprobar con sus propios ojos que la realidad era otra. Debería haberse informado antes en Google, pensó.

Una vez que entraron en la región, pudo observar una gran cantidad de terrenos con cultivos de lechugas y otras hortalizas, así como numerosos árboles de cítricos y una arboleda variada, tanto en los parques como en los patios de las viviendas. Siempre había escuchado que esa zona de España era bastante seca y desprovista de abundante follaje, pero ese lugar era más bien un oasis que rompía con todos los estereotipos que Óscar tenía sobre él. —Ahora entiendo por qué la llaman la huerta de Europa. Hay hectáreas y hectáreas de

cultivos. —dijo para sí mismo en voz baja.

Parado frente al semáforo en rojo, Óscar observó en la pantalla del GPS, que tan solo faltaban ocho kilómetros para llegar a la dirección indicada en el informe. Mientras esperaba, el inspector se percató de la gran cantidad de gente que se desplazaba por aquellas calles, yendo de aquí para allá. Había numerosos negocios no muy grandes, como tiendas de ropa, supermercados o bares. Era un pequeño pueblo rebosante de vida. Se imaginó viviendo en un sitio así, una pequeña pedanía en el que pudiera conectar con la gente, pasear un día tras otro por las mismas calles y tener, aunque con un trabajo menos remunerado, una vida tranquila.

Óscar estaba cansado de su ajetreada existencia. A su edad, pensaba que sería difícil encontrar a alguien que pudiera soportar su ritmo de vida, donde trabajaba demasiadas horas e incluso podía pasar días sin pasar por casa. Era posible que, más pronto que tarde, tomara la decisión de dejar la placa a un lado, vender el piso del centro y, con el dinero ahorrado, establecer un pequeño negocio local, tranquilo y alejado del bullicio de las grandes ciudades.

El semáforo cambió a verde y Óscar prosiguió la marcha, avisando a María, tocándole el hombro. —Jefa, ya estamos aquí. —dijo Óscar en voz baja para no alterarla demasiado.

—Creo que te dije que me llamaras por mi nombre, no "jefa". Al menos cuando estemos solos. —dijo ella mientras volvía a colocar el asiento en su posición original. A continuación, encendió un cigarro y abrió la ventanilla. Sin levantar la mirada, volvió a examinar el informe.

—Este pueblo es hermoso, ¿no le parece? —preguntó Óscar, intentando entablar una conversación antes de llegar, pero María no apartó la mirada del informe.

El sol se pintó de un rojo intenso y bañó las nubes con tonos naranjas, dando lugar a un filtro que hizo que el paisaje pareciera una postal. A pesar de que su compañera no hablaba, el inspector no se molestó, sino que disfrutó de cada lugar y detalle que veía. Un cartel indicaba que el carril no tenía salida. A pesar de ser angosto y tener el asfalto desgastado, el paisaje que se veía a través de él era más hermoso que todo lo visto anteriormente. A ambos lados del carril, girasoles observaban la bola rojiza que se suspendía en el horizonte. Cuervos y cornejas revoloteaban con sus gorjeos entre los girasoles cabizbajos, mientras que los espantapájaros, vestidos con ropas sucias

y rasgadas que en algún momento llevaron los trabajadores de aquellos terrenos, observaban sin vida. Poco después, las plantaciones dieron paso a conjuntos de álamos blancos que se alzaban unos metros por encima del suelo. Esos terrenos inmensos, llenos de macizos en fila, se utilizaban para la fabricación de muebles. Óscar lo supo al instante, ya que un primo lejano tenía arboledas con ese fin y ese paisaje no difería mucho de las imágenes que guardaba en su mente de cuando era niño y jugaba entre ellos.

Los inspectores avanzaron por los campos de huerta cuando notaron la presencia de una acequia de considerables dimensiones que portaba abundante agua, lo que no era inusual en zonas de regadío como aquella. Mientras tanto, los árboles que rodeaban el camino filtraban los rayos del sol, aunque algunos conseguían escapar de los escudos creados por las hojas de los álamos, lo que resultaba molesto para los inspectores, quienes bajaron las viseras del coche al mismo tiempo.

Después de un corto trayecto, Óscar avistó un par de vallas azules en fila y dos coches patrulla, señal inequívoca de que habían llegado a su destino. Un par de agentes bajaron de los vehículos, y uno de ellos levantó el brazo para darles el alto.

—Buenas tardes. —saludó el policía local al detener Óscar el vehículo. —Esta zona está restringida al tránsito, ¿adónde se dirigen? —preguntó con formalidad el agente.

—Somos la inspectora María González y el inspector Óscar Almeida, nos están esperando. —respondió Óscar, mostrando su identificación a través de la ventanilla.

El policía informó por el walkie-talkie de la llegada de los dos inspectores. Tras recibir la respuesta afirmativa de su superior, mandó a su compañero a retirar las vallas para dejarles continuar. Óscar condujo hasta que, tras recorrer medio kilómetro, vislumbraron la estructura de una casa de proporciones descomunales, nada común en una zona donde predominaban las viviendas bajas y edificios de no más de dos plantas de altura.

Al llegar al lugar, se encontraron con una docena de vehículos. Había furgones de gran tamaño, coches policiales y una ambulancia de soporte vital avanzado que estaban estacionados a un costado del camino, frente a la verja metálica que delimitaba la parcela de los terrenos colindantes. Óscar decidió aparcar detrás del último vehículo y apagar el motor del suyo.

—¿Tienes los chalecos? —preguntó María, sin apartar la vista del enorme contenedor y las carpas instaladas dentro de la propiedad.

—Sí, tengo un par de chalecos. Disculpa María, pero no he podido evitar observar que no has traído ninguna maleta. —dijo Óscar, indeciso sobre si sacar la suya del maletero, que estaba equipada con varias mudas para permanecer limpio unos pocos días. —¿Te la enviaron directamente aquí por algún tipo de mensajería? —preguntó, esperando la respuesta de María. Óscar había participado en investigaciones de larga duración y siempre estaba preparado en caso de que una operación se complicara y necesitara permanecer en el lugar del crimen varios días hasta que se esclareciera.

María bajó del vehículo, seguida por Óscar, quien resopló disgustado por cómo su compañera había ignorado su observación. El inspector sacó del maletero dos chalecos reflectantes de color verde lima con las palabras "POLICÍA NACIONAL INSPECTOR" en letras blancas.

—No he traído ninguna maleta porque esto no nos llevará más que unas pocas horas, espero. Además, tengo todo lo necesario en mi maletín para sobrevivir un poco más de tiempo. —respondió María al fin, pero con un tono cortante. Óscar dejó la maleta en el vehículo y cerró el maletero. —Vamos, sígueme. A partir de ahora, todo lo que veas, pienses o quieras decir, pasa por mí, ¿entendido? No estás aquí para hacerte el héroe ni para ganar medallas, estás aquí para obedecerme. Eres mi sombra, ¿está claro? —expresó María con firmeza.

—No se preocupe. Como le dije antes, no le fallaré. —respondió el agente mientras se colocaba el chaleco sobre la cazadora de cuero.

Una vez traspasaron la verja que delimitaba el camino hacia la gran finca, donde se ubicaba la casa, los dos agentes pudieron apreciar con mayor claridad la imponente estructura de cemento que se erguía frente a ellos.

La entrada a la inacabada vivienda estaba compuesta por unos amplios escalones que conducían a un porche que la rodeaba en su totalidad. En lugar de una puerta de entrada, solo había un gran hueco donde se intuía que podría haber existido un enorme portón principal. La estructura estaba formada en su mayoría por columnas de hormigón desnudas, sin tabiques que las guiaran. Solo un tercio de la casa tenía tabiques, pero estaban medio derruidos debido a los años

transcurridos desde que comenzó su construcción y a la delincuencia juvenil, ya que era un lugar fácilmente accesible y llamativo por su grandeza. El interior de la estructura se podía observar sin dificultad desde fuera, y viceversa, puesto que los escasos ladrillos que quedaban en pie no interrumpían la visión. No había delimitaciones en donde debían estar las habitaciones, excepto por algún tabique de ladrillos color terracota que aún seguía en pie, adornado mayormente por antiestéticos grafitis. El tejado de teja, dos pisos más arriba, era de un color gris oscuro que se extendía por todo el ancho de la gran estructura y parecía, a simple vista, la parte menos afectada de la construcción.

El terreno donde se situaba la casa dejaba mucho que desear. Malas hierbas crecían en torno a la vivienda, escombros se acumulaban por cada rincón de la parcela, maquinaria oxidada y desperdicios de las innumerables fiestas que los jóvenes celebraban durante los años de abandono de la construcción. Incluso podían observarse condones usados, pañuelos de papel y heces que parecían más humanas que de animal.

—El lugar perfecto para drogas, sexo y rock and roll. —dijo Óscar en voz baja mientras observaba un preservativo colgando de la rama de un arbusto. La gran piscina, a la que se acercó con curiosidad el inspector, se encontraba a unos metros de la entrada de la parcela, tras el contenedor hospital instalado por el grupo ZERO. Tenía todo un ecosistema en su interior; varios neumáticos quemados e incluso un par de sillas de ruedas decoraban el fondo de la mohosa y vacía piscina. Óscar no dudó en imaginarse la magnitud de las fiestas clandestinas que allí habían ocurrido. Aquel sitio era un vertedero en toda regla. Pero no todo era desagradable. La finca contaba con tres pinos que habían disfrutado de mucha más suerte que el resto de la propiedad, ya que el paso del tiempo y el gamberrismo no les afectó en absoluto. Los imponentes árboles parecían estar en perfecto estado, al menos a los ojos de Óscar, que no era experto en botánica. Dos árboles se encontraban en los extremos de la casa, uno a cada lado, y el tercero por la parte trasera, junto a la piscina. Los tres grandes árboles daban a la vivienda la apariencia de ser un poco más pequeña de lo que en realidad era, a pesar de que la construcción podría tener el tamaño de un hotel de montaña.

La extensa finca y su contenido dieron indicios al inspector de que todo aquello eran los cimientos de un sueño que jamás se cumplió, dejando tan solo los restos de una casa que nunca albergó vida.

—¿Qué podría haberlos llevado a dejar todo a medias? —se preguntó Óscar mientras sostenía sus gafas de sol, observando la propiedad en su totalidad. Tras examinar el área, Óscar se sorprendió al ver a numerosos agentes y personal científico trabajando diligentemente. —¿Por qué tanto personal? ¿Y… qué están buscando si se trató de un accidente común con maquinaria de construcción? —se preguntó el inspector, confundido por la situación y la presencia de dos inspectores de homicidios en un caso que parecía bastante sencillo. Aunque desafortunadamente, los accidentes de este tipo ocurren con frecuencia en cualquier lugar del mundo.

De repente, un hombre de unos sesenta años salió del enorme contenedor. Era alto y delgado, con barba canosa y gafas metálicas muy estrechas para el ancho de su cara. Llevaba un portafolio y vestía una bata blanca con guantes. Óscar intuyó que debía de tratarse de un científico o médico.

—Hola, soy el doctor Ramón Fernández. Usted debe ser el nuevo inspector, un placer. —Se presentó mientras estrechaba la mano de Óscar. —Me alegra que hayan llegado, inspectora María. Esperaba con ansias su presencia. —añadió sonriendo mientras ajustaba sus gafas que le resbalaban por la nariz. —Por favor, síganme.

Los acompañó dentro de la carpa plástica contigua al contenedor. En su interior, varias mesas dispuestas en forma de cuadrado, con ordenadores portátiles y servidores alimentados por el generador del furgón aparcado afuera, estaban ocupadas por agentes de policía, técnicos de redes e ingenieros que trabajaban con concentración. El silencio reinaba en el ambiente, solo se escuchaban el sonido de las teclas de los ordenadores y los ventiladores de los servidores.

De una mesa ubicada al fondo de la carpa, surgió una mujer vestida con un uniforme que parecía estar diseñado para alguien dos tallas más grandes que ella. La agente era de baja estatura y tenía sobrepeso, lo que se notó en el esfuerzo que hizo al levantarse. Óscar se preguntó si estaba intentando ocultar su actual forma física o simplemente prefería vestir así, pero la realidad era que parecía descuidada. Las largas horas de trabajo, la comida basura y el tiempo sentada en una silla habían llevado a Nuria Ibáñez a su situación actual, lo que la avergonzaba bastante. Su cabello estaba recogido en una cola simple, pero algunos mechones enmarañados sobresalían de su cabeza sin seguir ningún patrón estético. El maquillaje, casi inexistente y mal aplicado, también indicaba que no le daba demasiada importancia a la imagen y al cuidado personal. A pesar de

que de sobra sabía que los años de inactividad y mala alimentación le habían pasado factura, Nuria no tenía la más mínima intención de mejorar su apariencia física ni su salud, al menos por ahora. Había llegado al punto en el que le daba igual lo que pensaran de ella.

—Buenos días, inspectora María. Soy Nuria Ibáñez, inspector Óscar. —recordó enseguida, ya que había leído el mensaje de la central que designaba al nuevo inspector. —Me complace ser su oficial a cargo y facilitar todo lo posible su trabajo. ¿Han leído ya el informe? —preguntó la agente al llegar.

—Disculpe, oficial Ibáñez, pero necesitamos un espacio disponible para trabajar, ¿podría indicarnos dónde podemos ponernos? —dijo María con cierto tono chulesco mientras observaba de arriba abajo toda la carpa. Nuria aguantó estoica la pulla de la inspectora, ya que en el pasado habían tenido desafortunados encuentros donde ambas discutieron acaloradamente por la insolencia de Nuria hacia sus subordinados y la falta de respeto a sus superiores.

—Disculpe, inspectora, les hemos dejado aquella zona con los escritorios y dos ordenadores con acceso a internet. —respondió la agente con una sonrisa forzada.

—Bien, no creo que vayamos a estar aquí mucho tiempo, pero necesito un cenicero y la máquina de café de cápsulas. —ordenó María a la oficial, quien asintió al instante. —Atención a todos. —alzó la voz para que todo el personal de la carpa la escuchara. —Sigamos el protocolo y notifiquen cualquier duda, novedad o información relevante. Necesitamos orden y responsabilidad en cada uno de los aspectos para que todo funcione perfectamente. Ustedes son responsables de asegurar que las conexiones eléctricas y de red funcionen; si eso tan básico falla, todo se irá a la mierda. Ahora, cuénteme las novedades, oficial. —terminó la charla mirando directamente a la agente.

—Enseguida. —dijo Nuria mientras hojeaba la documentación—. La propiedad fue adquirida en una subasta por la empresa inmobiliaria "Aragón Castellar e Hijos S.L." con el objetivo de crear un espacio para naves industriales. Después de obtener los permisos necesarios…

—Un momento. —interrumpió Óscar. —En el informe no se menciona quién fue el primer propietario de la parcela. ¿Por qué?

—Me temo que no tengo esa información, pero después de

terminar con ustedes, puedo investigarlo. Como decía, tras obtener los permisos, se inició la demolición. Durante este proceso, los operarios descubrieron un túnel después de derribar parte de la zona trasera y el sótano de la casa. El arquitecto ordenó detener la obra inmediatamente por temor a un posible hundimiento en la zona cercana al túnel. Las autoridades competentes fueron notificadas y, después de descubrir que el túnel tenía una forma y un patrón inusuales, nos avisaron a nosotros. —Nuria cerró la carpeta al terminar de resumir lo que contenía el informe.

—¿A qué se refiere con "forma y patrón inusual"? —preguntó Óscar con asombro, mientras señalaba las palabras subrayadas en su informe.

—Creo que el doctor Fernández puede resolver esa duda, ¿verdad, doctor? —se adelantó María a la posible respuesta de Nuria. —Y disculpen a mi compañero, lo acaban de trasladar al grupo y aún no sabe nada de todo esto. —dijo María con un poco de vergüenza al ver la cara de confusión de Óscar.

El inspector, desconcertado, miró a los tres esperando una explicación sobre la extraña situación.

—Hemos encontrado tejidos muertos de un organismo que alguna vez estuvo vivo en las paredes del túnel. —explicó el doctor.

— ¿Eran restos… antiguos? —preguntó Óscar, cada vez más confundido.

—No, no me refiero a restos antiguos de hace siglos o milenios. Me refiero a un organismo vivo que estuvo presente en todo el túnel. Algo con vida, un gran organismo que yace muerto bajo nuestros pies. —intentó aclarar el doctor.

—¿Se refiere a bacterias o microorganismos? —interrumpió Óscar, un poco inquieto, justificando el hecho de encontrar vida en un descubrimiento bajo el suelo de una casa a medio construir.

María puso la mano sobre su hombro para que no se alterara y le indicó que dejara acabar al doctor.

—Por favor, escúcheme inspector. Este es un hallazgo al que nosotros ya estamos acostumbrados. Desde hace varias décadas hemos encontrado en todo el planeta túneles subterráneos que, además de roca y tierra, también contienen materia orgánica. Es como si las paredes de esos túneles hubieran tenido vida y estuvieran recubiertas

de esa vida. Suelen ser parecidos a un esfínter, una vía de entrada o salida que lleva a algo más grande. ¿Me entiende? —explicó el doctor, tratando de ser comprensible para Óscar.

El inspector asintió con la cabeza, intentando comprender la explicación del doctor.

—¿Me está diciendo que el túnel tiene vida? No me jodan, ¿es una broma de novato o algo así? Llevo ya unos años en el cuerpo como para que me tomen el pelo como a un niñato. —reaccionó Óscar, visiblemente alterado. Miró a cada uno de ellos con desconfianza, como una cebra que detecta la presencia de un depredador. Esperaba una risa burlona o que alguien desmintiera las palabras del doctor, pero permanecieron impasibles. —¿De verdad es posible que haya túneles con vida o algo así en todo el planeta? ¿Debajo de nosotros? —preguntó el agente con preocupación y nerviosismo.

—¡Coooorrectooo! —exclamó María, aplaudiendo con entusiasmo. —Este es nuestro trabajo en este grupito. Cuando aparece algo “extraño”, nos llaman y lo investigamos. ¿Has visto “Expediente X”? Pues algo así. Nosotros buscamos explicaciones lógicas a cosas que parecen imposibles. Nada de chupacabras o espíritus, eso es para los Youtubers caza fantasmas. Nosotros nos centramos en lo real, en lo tangible. —explicó María con su característica socarronería, intentando demostrar su ingenio social para que el nuevo miembro no se marchara sin ver lo que les esperaba en el interior.

La expresión de Óscar reflejaba miedo, incredulidad e indecisión. No sabía si debía quedarse allí y escuchar más tonterías o mandarlo todo al garete para que lo reasignaran a otro departamento. ¿Qué locura era esa de unos "túneles orgánicos"? Se preguntó. Pero todos lo miraban esperando su respuesta, su decisión tras tal revelación.

Óscar se encontraba en una encrucijada. Por un lado, la revelación de los "túneles orgánicos" parecía una locura, pero por otro, su curiosidad y su talento como inspector de policía lo impulsaban a adentrarse en lo desconocido. Además, un posible ascenso y la oportunidad de comandar un equipo lo atraían. Aunque no comprendía del todo qué papel tendría en ese panorama insólito, sabía que podría resolverlo.

Repentinamente, la curiosidad lo invadió. Era una sensación que los buenos inspectores de policía siempre seguían para adentrarse

en lugares donde otros no lo harían. Si todo lo que le habían dicho era real, por muy alocado que pareciera, él podría resolverlo.

No entendía completamente cuál sería su papel de inspector en ese tipo de panorama insólito, pero en cuanto lo comprendiera, podría darle forma y solucionarlo.

—Está bien… No entiendo todavía nada de lo que me dicen, pero estoy dispuesto a abrir mi mente. Prosiga, doctor. Siento haber interrumpido su explicación. —dijo Óscar, inseguro pero decidido a continuar. Sacó su bolígrafo y su portafolio para tomar notas. —Estoy listo para escuchar todo lo que tenga que decir.

María sonrió al ver la determinación de Óscar. Esta vez, su sonrisa fue genuina y sin malicia. Había investigado sobre él y sabía que podía ser su compañero ideal. Sus habilidades como inspector eran excelentes, y como compañero, aún mejor. Óscar le transmitió lealtad y seguridad desde el momento en que la recogió en el aeropuerto. Y no solo le transmitía lealtad hacia ella como su superior, sino también hacia el trabajo que desempeñarían juntos en el cuerpo, y un gran compromiso con sus creencias. María sintió un atisbo de alegría al pensar que este hombre podría ser de gran ayuda, algo que no había sentido en mucho tiempo. No sabía por qué, pero tenía una buena corazonada, algo que no había experimentado con sus anteriores compañeros inspectores.

—Perfecto. ¿Qué información tenemos sobre el hombre que encontraron? —preguntó la inspectora, volviéndose a centrar en el caso.

—De acuerdo a la información que poseemos, se trata de un varón de treinta y seis años, identificado gracias a su cartera y documento de identidad. Asimismo, sus huellas dactilares han sido cotejadas con las de nuestra base de datos, confirmando su identidad. Su nombre completo es José Martín Rodríguez y llevaba desaparecido exactamente diecisiete años y seis días, contando el día de hoy. Era originario de Valdepésol y tiene dos hermanos: un varón, Gabriel, de treinta y cuatro años, quien trabaja como enfermero, y una hermana de treinta y tres años, Juana, quien desempeña labores administrativas. Sus padres, ambos de sesenta y siete años, son jubilados. Según el informe, desapareció junto a su amigo de toda la vida, Raúl Ortiz Gómez. La última vez que se les vio fue en un Renault 19 de color verde oliva, según la madre de Raúl, quien los observó partir alrededor de la media noche. —leyó Nuria para todos los presentes.

—¿Desapareció con su amigo? ¿Sigue desaparecido el amigo? —preguntó el inspector con curiosidad.

—Sigue desaparecido desde entonces. Pronto comenzaremos la búsqueda a través del túnel para ver si también se encuentra allí, donde hallamos a José Martín. —respondió la oficial. —Nos está costando bastante avanzar, ya que las paredes se han endurecido como el cemento y los escombros obstaculizan el camino, lo que hace que sea muy lento y difícil continuar. —siguió contándoles la oficial.

—¿Y eso? ¿No eran esos "túneles" algo orgánico? —preguntó Óscar extrañado.

—Según las pruebas de laboratorio, están hechos de fibras, nervios, e incluso arterias y venas. El problema es que cuando se encuentran estos túneles, el tejido que los recubre parece haber muerto. Se endurece como si fuera roca o fósiles, pero adquiere un tono blanquecino como el del coral cuando muere. Así que sabemos que antes de llegar a esa fase petrificada o muerta, esos tejidos estaban vivos. —explicó el doctor.

—En definitiva, no saben cuánto tiempo lleva el túnel "muerto". —supuso el inspector.

—No, para nada. Estimamos la edad o el tiempo que ha pasado desde que el túnel, como usted dice, está "muerto", usando la prueba del carbono. —corrigió a Óscar. —En particular, este túnel lleva solo unos días en esa fase. Ni siquiera necesitamos hacer la prueba, ya que con solo un vistazo por el microscopio pudimos observar tejido parcialmente vivo, en fase de solidificación. —sonrió al finalizar la frase.

—¡Vaya!, ¿De verdad, doctor? —expresó María con una alegría exorbitante.

—Es cien por cien real. Pensaba que el comisario te había informado. —dijo el doctor sorprendido.

—Ese hombre solo quiere joderme la vida, Ramón. No tenía ni idea, de verdad. —dijo María con desdén mientras cruzaba los brazos.

—Bueno, creemos que podríamos explorar y ver finalmente el "útero" sin una descomposición avanzada. —prosiguió el doctor.

—Disculpe doctor, ¿el "útero"? —preguntó Óscar con

perplejidad.

—Sí, el útero. Es como llamamos comúnmente a la bóveda más grande entre todas las galerías que se suelen encontrar al final de los túneles. Al ser el epicentro de todo el entramado laberíntico de corredores, debería resistir la descomposición o endurecimiento de sus tejidos mejor que otras partes. Pero ahora hay un asunto más importante que tengo que discutir con ustedes, ya habrá tiempo para más explicaciones, inspector. —respondió el doctor mientras se acomodaba sus lentes resbaladizas.

—Bien, ¿de qué se trata? Me deja desconcertada. —preguntó María mientras encendía un cigarrillo. —¿Qué más aparte de un posible "útero" con vida quiere mostrarnos? ¡Me va a dar un infarto! —exclamó y aplaudió como una niña entusiasmada.

—El hombre del que habla el informe, se encontró aplastado entre los escombros de la demolición. Uno de los fragmentos del túnel perforó su abdomen, causándole una división tanto su parte inferior como el resto de la" crisálida". —en ese momento, Óscar apartó su mirada del informe para mirar directamente al doctor. No entendió a qué se refería con "crisálida" pero prefirió seguir escuchando y no volver a interrumpirle. Comprendió que eran demasiados conceptos que más tarde iría resolviendo, pero en ese momento apremiaba comenzar cuanto antes. Ya lo averiguaría más adelante, pensó el agente. —La gran fortuna es, que, aunque parezca casi imposible, José Martín, sigue vivo. —terminó diciendo el doctor con una gran sonrisa que le dedicó a la inspectora.

—No me jodas, Ramón. ¡No me jodas!, ¿estás hablando en serio? —preguntó María con entusiasmo, como si le hubieran concedido sin esperarlo el juguete que tanto había deseado desde niña.

Óscar seguía enmudecido ante el asombro de ver a su nueva compañera dar saltitos de alegría. Se preguntó cómo alguien podría alegrarse de una desgracia así. El hombre estaba moribundo y le faltaba la mitad de su cuerpo.

—Sí, lo digo en serio. Está vivo, pero desde que lo encontramos está inconsciente. No sabemos si se debe al aplastamiento o si ya estaba en ese estado por la "crisálida". Pero lo importante es que milagrosamente sigue con vida. Cualquier ser humano normal y corriente no podría seguir vivo en ese estado.

—¿Cómo es posible que siga con vida? —preguntó María, incrédula.

—Por este equipo y la tecnología actual. Hemos logrado estabilizarlo y mantenerlo con vida gracias a nuestra rápida intervención y el trabajo en equipo. Sin embargo, su estado es crítico y tarde o temprano fallecerá. En cuanto estén preparados, le administraremos una combinación de fármacos para intentar despertarlo. Esperemos que funcione. —explicó el doctor con una calma que parecía fuera de lugar, considerando la gravedad de la situación.

—¿Y quiénes saben que está vivo? —preguntó María, preocupada.

—Nosotros cuatro, los tres agentes a mi cargo y los veinticinco integrantes del equipo médico y de laboratorio. —respondió Nuria rápidamente.

—Perfecto, recuerden que no está permitido el uso de dispositivos móviles y que nadie debe abandonar el lugar hasta que se resuelva el caso. Lo último que necesitamos es que se filtre información y se genere más caos, lo que podría llevar a la intervención de Defensa. Muchas gracias, doctor, muchas gracias, oficial. Bien, sin más preámbulos, vayamos a conocer a nuestro milagro. —dijo María con determinación, apagando su cigarrillo en un cenicero metálico.

—Si me disculpa, María, me adelantaré para hacer los preparativos. Los materiales que nos han proporcionado son completamente nuevos. —informó el doctor Ramón, con una sonrisa en el rostro.

—Nos vemos pronto, doctor. ¡Estoy emocionada! —se despidió María con energía y una gran sonrisa. Realmente estaba eufórica. Era una oportunidad única en la historia de la humanidad.

Ambos inspectores acompañaron a la agente Nuria hasta el vestuario, donde se encontraban los trajes de protección NBQ que necesitarían para su próxima investigación. Mientras tanto, el doctor se alejaba por el pasillo de plástico hacia el contenedor hospital, con su traje a medio poner. Sin mediar palabra, los inspectores se pertrecharon con los trajes, equipándose como auténticos agentes federales de los Estados Unidos antes de adentrarse en una nave alienígena sacada de una película de los ochenta. Durante los

preparativos, ninguno de los dos habló. Óscar sabía, por las misiones previas, que debía seguir los pasos de su jefa y acatar sus decisiones en todo momento. Su objetivo era recopilar toda la información necesaria y trabajar duro para lograr el éxito de la investigación, aunque lo que acababan de revelarle parecía una locura.

Una vez preparados, siguieron a Nuria por el pasillo, desplazando las cortinas de plástico que marcaban la ruta hacia el contenedor. Las paredes de plástico eran de color azul oscuro y no permitían que la luz exterior entrara. A pesar de esto, los trípodes telescópicos amarillos con pantallas de luz led, colocados cada diez o quince metros, hacían posible ver todo el camino.

Cuando llegaron a la puerta estanca del contenedor hospital, Nuria se volvió hacia ellos.

—Hasta aquí puedo acompañarlos. Me tienen por el canal 01 de la radio que llevan sus trajes. Sus tarjetas personales están programadas para darles acceso a todas las áreas. Les deseo éxito en su trabajo. —les dijo a ambos antes de regresar por el pasillo hacia la carpa.

La inspectora sostenía su tarjeta y se preparaba para pasarla por el lector cuando dudó por un instante. Bajó la mano y se volvió hacia Óscar, clavando su mirada en él. Ese momento pareció eterno para el inspector, que incluso se intentó peinar el cabello, impedido por el plástico de la escafandra que tenía sobre su cabeza. Estaba claramente nervioso y su tic lo delataba.

—A partir de aquí no hay vuelta atrás. Sé que todo es un misterio para ti, pero lo que verás dentro te cambiará, no solo la forma de pensar, sino también la manera en que ves la vida y todo lo que la conforma. Será difícil, pero créeme cuando te digo que lo que hacemos aquí será decisivo para entender mejor el futuro. Necesitamos hacerlo lo mejor posible, ese es nuestro trabajo. Debemos ser eficaces y utilizar nuestra experiencia, sin dejarnos llevar por nuestros sentimientos, sin ser arrastrados por nuestra compasión humana. Así que una vez dentro, no puedes abandonar. ¿Estás preparado para seguir adelante, conmigo? —le preguntó María con firmeza y sinceridad.

En ese momento, el agente mantuvo su mirada fija en la de su compañera y su mente se llenó de preguntas: ¿por qué habían hablado de todo eso? ¿Estaba preparado para enfrentar los misterios que se escondían tras esa puerta? ¿Sería capaz de marcar un hito en la

historia del cuerpo nacional de policía?

Él sabía que había nacido para ayudar y para ser una herramienta en un mundo corrupto que necesitaba héroes para sanarlo. Tal vez esta era su gran oportunidad para poner a prueba su experiencia policial y demostrarse a sí mismo que podía salir victorioso, incluso en un caso tan extraño y difícil como este.

No podía permitirse fallar. Debía seguir adelante.

—Por supuesto, no sé qué nos espera, pero si he llegado hasta aquí, no voy a retroceder —respondió Óscar con seguridad.

María deslizó su tarjeta magnética por el lector y el pitido confirmó su acceso. La puerta hermética emitió un ruido sordo al abrirse, revelando un pequeño habitáculo con un desagüe en el centro. Un piloto con luz roja sobre una compuerta metálica les impidió el acceso.

—"Por favor, esperen hasta que la luz verde se encienda antes de continuar. Les vamos a desinfectar" —una voz femenina les habló a través del altavoz en la sala.

Una vez que los rociaron con químicos desinfectantes, los secaron con ventiladores empotrados de gran potencia. Los LED encima de la compuerta cambiaron de color a verde, y María giró el volante para desbloquearla. La luz blanca del interior del contenedor hospital los cegó por un momento, pero una vez que recuperaron la vista, pudieron observar el moderno y portátil espacio científico que les proporcionó el cuerpo de policía nacional.

—Joder, ¡esta vez nos ha tocado el gordo! —exclamó María con sorpresa mientras miraba a su alrededor.

Allí había una gran cantidad de aparatos médicos, armarios llenos de fármacos, equipos informáticos y personal médico o científico con trajes de protección en cada rincón.

—Esta vez es importante que usemos equipos de alta calidad, ¿no cree? —preguntó la joven vestida con un traje blanco.

—Estoy completamente de acuerdo. Incluso me siento emocionada. —dijo María soltando una risa nerviosa. —Permíteme presentarte a la doctora Pilar Bonilla. Pilar, él es Óscar Almeida, mi nuevo compañero. —los presentó animada. Ambos se estrecharon la mano.

—Síganme, el doctor Fernández está despertando al paciente. —anunció la doctora Pilar, haciendo un gesto con la mano para indicar que avanzaran. María observó a su compañero con entusiasmo, como si fuera una adolescente que acude con su amiga en el backstage para conocer a su cantante favorito. Esto desconcertó aún más a Óscar, quien sabía lo que iban a encontrar dentro, pero seguía sin entender cómo podrían ayudar dos inspectores y su equipo a un hombre mutilado, encontrado bajo los escombros de una casa, dentro de un supuesto túnel viviente.

—Esto es una locura. —pensó Óscar mientras dejaba que la emocionada María lo adelantara—.

La doctora Pilar, de no más de veinticinco años, llevaba un traje de protección que le quedaba ancho, pero no largo, lo cual revelaba que era una mujer delgada y que la ropa de su talla debía quedarle holgada. Era de estatura media, más bien baja, y tras el traje blanco solo se podía apreciar su fina cara, unos grandes ojos claros con gafas y su pelo castaño claro. Aunque su voz era aguda, no llegaba a molestar, y sus gestos, muy llamativos, indicaban que tal vez estaba algo nerviosa. Pero lo que más llamó la atención de Óscar fue su actitud enérgica, cada palabra que salía de su boca denotaba mucha fuerza.

—Se nota que todavía es muy joven. —pensó el inspector mientras seguía a la doctora con pasos apresurados y un movimiento exagerado de brazos al andar.

Al fondo del contenedor, observaron cinco puertas, cada una con una ventana a su izquierda. Parecían habitaciones de hospital colocadas una junto a la otra, numeradas del uno al cinco. A medida que se acercaban, notaron que todas las cortinas estaban cerradas, impidiendo ver el interior. Cuatro de las habitaciones estaban a oscuras, pero en la número dos se filtraba luz a través de las ranuras de la cortina veneciana. La doctora se detuvo frente a esa puerta y se dio la vuelta, llevando las manos a la espalda.

—Esta es la habitación del paciente. Como pueden observar, las demás habitaciones están vacías y preparadas por si ingresara algún otro superviviente. Una vez que el paciente despierte, no podrá ver lo que ocurre fuera de la habitación, pero ustedes podrán verlo a él. Después del primer contacto visual, y si se mantiene estable, les indicaremos cuándo pueden acceder a la habitación, siempre con nuestra autorización. El paciente estará siendo monitoreado en todo momento, y tanto el doctor Fernández como yo estaremos presentes

en la sala para tratar de evitar que su estado empeore y para mantenerlo con vida el mayor tiempo posible. —explicó la joven doctora.

—Entiendo. ¿Podemos verlo ya? —preguntó María con seriedad.

—El doctor Fernández ya está dentro, y en cuanto acabe con ustedes lo haré yo. En cuanto el paciente empiece a despertar, subiré la persiana para que puedan verlo. Les haré una señal cuando esté consciente del todo para que puedan entrar a la habitación, como les he dicho. —les indicó Pilar, sonriendo para disimular su nerviosismo, y se apresuró a entrar en la habitación.

Ni Óscar ni María se dirigieron la palabra, ni siquiera una mirada. Esperaron expectantes a que Pilar subiera la cortina de la habitación.

Después de unos eternos segundos, la puerta de la habitación se abrió repentinamente, lo que hizo que Óscar saltara del susto. De la habitación salieron dos hombres con trajes de protección. Uno llevaba un carrito metálico lleno de material médico y fármacos, mientras que el otro transportaba un aparato con ruedas del que salían media docena de tubos. Tras salir este último, la puerta se cerró. La espera se hizo larga, no escuchaban ni veían nada, y Óscar sentía que su corazón se le saldría por la boca debido a la taquicardia que tenía. Por otro lado, su compañera María estaba animada y deseaba conocer e interrogar al paciente para saber todo lo que pudiera recordar tras su ausencia todos estos años. Era lo que siempre había soñado y ahí estaba, todo para ella. Sin embargo, su preocupación era que no tuviera suficiente tiempo para sacar la máxima información posible antes de que falleciera.

—No te puedes imaginar lo privilegiados que somos, Óscar. —dijo María sin apartar la vista de la ventana que daba a la habitación. —En todos estos años, dedicados a estos eventos en particular, jamás se había oído hablar de un humano con vida con el que comunicarse… Vamos a hacer historia, tío. —terminó de decirle con esperanza.

Óscar no emitía sonido alguno, no porque no quisiera, sino porque su respiración estaba notablemente alterada, empañando la pantalla plástica de su escafandra. Estaba nervioso, tembloroso y asustado. Cerró los ojos e intentó respirar lenta y profundamente para relajarse. Contó mentalmente para mantener la calma, como tantas

veces en situaciones de alto estrés. Sabía por experiencia que compañeros suyos habían perdido la vida por no seguir los protocolos de actuación y dejarse vencer por el miedo o el pánico. Era importante mantener la compostura.

Un chirrido estridente le hizo volver a la realidad y dejar aparcados sus pensamientos. Era la doctora, que tiraba de la cuerda de la cortina para subirla. Una vez que estuvo completamente abierta, la doctora se apartó para permitirles observar al paciente desde el cristal que les separaba.

Óscar empezó a temblar intensamente sin apartar la vista de la ventana. Su cuerpo entero se sacudía y sus piernas perdían fuerza, lo que lo obligó a dar dos pasos hacia atrás para no caer al suelo. Aun así, no podía apartar los ojos de lo que tenía delante, poniéndose rojos y llenándose de lágrimas. Se cubrió la cabeza con las manos, aplastando la escafandra de plástico, y dejó caer su portafolio y grabadora.

—¿¡Qué demonios es esto!? —gritó con miedo mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. —¿¡Qué está sucediendo aquí!? ¡Joder!

2 – Bajo tierra

El constante aleteo de una cigarra llamó la atención de Antonio, el subinspector, que estaba investigando la zona trasera de la casa cerca del acceso al túnel. Después de un rato revoloteando sin rumbo, el insecto se posó en el gran tronco de uno de los pinos de la casa, cerca de Antonio. Satisfecho con su nueva ubicación, el artrópodo comenzó a cantar para atraer a alguna hembra. Pero en cuestión de segundos, dejó de cantar y cayó muerto sobre un lecho de hojas secas en el suelo. Antonio se sorprendió al ver al insecto, aparentemente en buen estado de salud, morir repentinamente. Cogió una rama seca cercana y zarandeó al insecto un par de veces para confirmar su muerte. Luego se puso de pie y continuó observando al insecto, aún confundido. Al echar un vistazo al pino, se sorprendió al ver a una nueva cigarra en el mismo lugar donde había estado la que ahora estaba muerta.

—Qué extraño… —dijo en voz alta mientras se rascaba la cabeza. —Tal vez sea una hembra que acudió al canto de su difunto compañero. —dedujo lo más razonable que se le ocurrió. —Amiga, llegas tarde a esta cita. —dijo con un tono socarrón. Pero empezó a dudar. Quizá no todo sean casualidades lógicas. Podría haber una conexión entre este pequeño e insignificante suceso con las cigarras y los misteriosos túneles, reflexionó. Sabía que cualquiera de sus compañeros pasaría de largo ante un suceso así, pero Antonio no podía descartar un solo indicio que pudiera tener algún significado para él. Cualquier pequeño detalle podría proporcionar respuestas a los cientos de interrogantes que tenía, incluso algo que pudiera asumir una explicación lógica y científica, como un posible cortejo fallido entre un par de insectos.

—Solo quiero salir de dudas. —se justificó Antonio consigo mismo, mientras sacaba una bolsa de muestras del bolsillo trasero de sus vaqueros desgastados y con unas pinzas introducía el insecto en su interior.

—Ha llegado Borja con los drones, ¿vamos? —preguntó la subinspectora Susana Hernández, que se acercó dónde estaba Antonio. —¿Has encontrado algo interesante? —preguntó con curiosidad al ver a su compañero con una bolsa de muestras.

—Nada relevante. Pero quiero que analicen esto en el laboratorio. Dale la muestra a Roberto y que nos diga si tiene la

proteína que buscamos. —explicó Antonio, entregando la bolsa de muestras a Susana sin apartar la mirada del gran árbol.

Susana asintió con la cabeza, sabiendo que, si Antonio Sáez no hacía una de sus bromas, era porque la situación era seria. Después de dos años trabajando juntos, conocía bien a su compañero, incluyendo sus fortalezas, debilidades y manías (que no eran pocas). Pero a pesar de ello, Antonio era tan divertido y gracioso que Susana pensaba que valía la pena aguantarlo. Además, cuando era necesario, Antonio también era sensato y serio, lo que hacía que Susana confiara en él en situaciones importantes. Era un hombre profesional, comprometido y apasionado con su trabajo. Físicamente, se asemejaba a una versión española de George Clooney, tal como él mismo se autodenominaba en tono irónico. Pero en realidad, Susana estaba de acuerdo en que Antonio era un hombre interesante. Uno de los aspectos que lo hacía destacar era su cabello canoso, que le confería un atractivo adicional. Sus cejas, densas y oscuras, aportaban a su imagen un aire de seriedad y profundidad. Además de esto, sus ojos le conferían una expresión sensual y atractiva. A menudo, se dejaba una barba de tres días que le favorecía bastante, y su sonrisa, que era probablemente su mayor encanto facial, dejaba a cualquiera cautivado. El subinspector, de alrededor de cincuenta años, tenía un cuerpo fuerte y atlético que cualquier hombre de su edad envidiaría. Además, su voz profunda y tono agradable, junto con sus habilidades persuasivas, hacían que la gente se posicionara siempre a su favor. En un día de excesos, Susana cayó en las redes embaucadoras de su amigo y compañero Antonio, refugiándose en la parte trasera del coche para vivir una pasión desenfrenada, sin pensar en las consecuencias que esto tendría en la relación del subinspector con su familia. Después de que los efectos del alcohol se disiparan de su cuerpo, Susana sintió una gran repulsión hacia sí misma al darse cuenta de que fue cómplice en la destrucción de una familia entera. Las infidelidades de Antonio provocaron un divorcio en trámites y una posible, pero no segura, custodia compartida de sus hijas. A pesar de que Susana evitaba dirigirle la palabra a menos que fuera estrictamente necesario, sus encuentros casuales con Antonio continuaron innumerables veces en los últimos meses, debido a su deseo y atracción mutuos. Sin embargo, las relaciones íntimas entre ellos terminaron cuando Susana no pudo soportar más la culpa y los rumores de sus compañeros que la tachaban de "rompe familias". La brecha entre ellos se amplió significativamente, principalmente por parte de Susana, ya que Antonio insistía en continuar su relación de la misma manera. Tras varios días sin relaciones apasionadas entre ambos, Susana aún sentía vergüenza hacia sí misma, puesto que había

violado sus propios principios. No comprendía cómo había podido actuar de esa manera y nunca se imaginó dejándose llevar por alguien que estaba casado. Poco a poco, la relación entre ambos se enfrió y Susana evitaba cualquier tema de conversación fuera del ámbito laboral, a toda costa.

—Que busquen la proteína en este… ¿bicho? No pregunto, tus razones tendrás. —dijo Susana, extrañada, señalando la bolsa que Antonio tenía en su mano.

—Seguramente sea una tontería, pero he tenido una especie de corazonada. Si no lo examinamos, me arrepentiré. —explicó Antonio mientras le pasaba la bolsa a Susana. Ella la cogió y observó la cigarra muerta dentro de ella. Antes de que Antonio soltara la bolsa, Susana miró su gran mano, notando que no llevaba su anillo de casado. Recordaba perfectamente la llamativa alianza de oro que tenía, con un grabado hortera y símbolos que nunca había visto. Pero en la variedad está el gusto, pensaba ella. La mujer de Antonio llevaba una alianza similar en el dedo anular, pero más fina y con un rubí incrustado, que le daba cierta elegancia.

Susana solo tuvo la oportunidad de conocer a la mujer de Antonio en un encuentro fortuito en un pasillo del centro comercial cercano a su casa. Se saludaron y Antonio las presentó, sin embargo, en pocos segundos, Susana notó que la mujer se sentía amenazada con su sola presencia. La escudriñó de arriba abajo, agarró el brazo de Antonio con fuerza y le hizo muchas preguntas incisivas sobre su vida sentimental, sus lugares frecuentados y otros detalles que no le resultaron lógicos. A pesar de querer poner barreras con Antonio para evitar más deslices, en el fondo se alegraba de saber que la celosa mujer hacía meses que no intimaba con él. Aunque Susana negara ese pensamiento, ya que la hacía sentir culpable, disfrutaba de los encuentros con Antonio, no solo por el sexo, sino también por el morbo de saber que mientras ella gozaba, seguramente su mujer estaría en casa intentando sin fortuna predecir las aventuras de su marido. Y razón para imaginarse sus infidelidades no le faltaba, pero él ya no la quería a su lado, no necesitaba un demonio como compañera de vida, creyó Susana.

—No te culpes por lo sucedido. —dijo Antonio, al notar que Susana observaba su dedo anular sin el anillo que solía llevar. Esbozó una sonrisa ambigua que reflejaba la complejidad de sus sentimientos. Por un lado, sentía tristeza al pensar en su situación familiar actual, pero, por el otro, se sentía desapegado de su esposa después de tantos años y vivencias juntos. Además, sentía alegría y optimismo por la

atracción que profesaba hacia la joven Susana. Cada vez que se cruzaban sus miradas, el corazón de Antonio latía a un ritmo acelerado y sus pensamientos se centraban en ella o en fantasías sobre un futuro juntos. A pesar de que Susana pasaba desapercibida para la mayoría, para él era como una divinidad a la que venerar. Estaba enamorado de ella como no lo había estado en mucho tiempo de otra mujer.

Susana, de treinta y dos años, era una mujer seria y reservada que no hablaba con todo el mundo, a menos que fuera por trabajo o se sintiera cómoda con la persona que tuviera en frente. Su vida laboral ocupaba gran parte de su tiempo, algo que no le molestaba, ya que era a lo que estaba acostumbrada. Su crianza en el orfanato castrense, donde le inculcaron la idea de ser más una herramienta del sistema que una mujer con sentimientos propios, reforzaron el pensamiento de que el deber está por encima del disfrute. Por esta razón, le resultaba difícil manejar sus emociones y relacionarse con los demás. Pese a su condición, Susana llevaba años esforzándose en cambiar su actitud, arraigada desde bien joven, para poder ser más sociable.

Aún con la dificultad que ello conllevaba, Antonio logró descubrir a la chica inofensiva y extrovertida que había detrás de su coraza. Cuando confiaba, Susana era muy afable, hablaba y reía con ganas, y era muy compasiva y preocupada por las personas cercanas a ella. Además, era muy trabajadora y cuidadosa con su salud, tanto en la alimentación como en el deporte.

Susana era alta y tenía una figura trabajada. Su cabello pixie teñido de color cobrizo, su piel blanca y tersa, y sus grandes ojos verdes oscuros con un rabillo que apuntaba hacia arriba, resaltaban su belleza natural. No solía gastar demasiado tiempo o dinero en maquillaje, solo un poco de base, colorete y una fina línea encima de sus largas pestañas.

Antonio pensó que era imposible no quedar encandilado con esa mujer. Susana era como un diamante incrustado en piedra, en el fondo de una caverna, y él había descubierto lo magnífica y bonita que era esa piedra brillante tras excavar mucho y sacarla a la luz.

—Ya hemos hablado de esto, Antonio. Ambos somos responsables de lo ocurrido. Tú has perdido a tu familia y yo no puedo dejar de sentirme culpable. Concentrémonos en lo que debemos hacer ahora, por favor. —dijo Susana, con molestia y nerviosismo. Se ruborizó cuando cruzó la mirada con Antonio.

—Entiendo que te fastidie la situación con las crías y la casa, pero no lamento lo que hice. Estaba harto de esa mujer y de cómo me amargaba la vida. Además, su obsesión por las velas era una locura. —soltó una carcajada nerviosa. —Es cierto que no fue la mejor manera de dejarla, pero tarde o temprano habríamos terminado por separarnos. Susana, me gustas y sé que tú sientes lo mismo por mí. No entiendo por qué piensas que fue un error. Tarde o temprano habría pasado. No creo en el destino ni en esas cosas, pero hay algo entre nosotros, llámalo chispa o como quieras. De todas formas, es innegable que nos merecemos el uno al otro. —intervino Antonio rápidamente, tratando de persuadirla para que reconsiderara lo que habían vivido juntos.

—Antonio, dejémoslo por ahora. Podemos hablar de esto más tarde, cuando terminemos con el trabajo. No seremos de ayuda si estamos distraídos. Centrémonos en el túnel y hablemos después. —dijo Susana con convicción, evitando el contacto visual.

Antonio asintió y se dirigió directamente al equipo de topografía. Susana permaneció en su lugar, observando cómo se alejaba. Sabía que Antonio podía persuadirla fácilmente con sus argumentos, pero esta vez debía ser fuerte. Estaba decidida a concentrarse en el trabajo y dejar los asuntos personales para después. A pesar de todo, sus sentimientos hacia Antonio eran intensos.

—Vaya, parece que se ha declarado de verdad. —pensó Susana, experimentando una oleada de alegría y felicidad que se plasmó en una sonrisa radiante. Esta sonrisa eclipsó su determinación de mantenerse firme y resistirse a caer en las redes del persuasivo Antonio.

Cuando el subinspector se acercó a Borja, este último ordenó al equipo de topografía que comenzara a trabajar sin demora. Los dispositivos electrónicos, que incluían pantallas para ver las cámaras de los drones, así como torres de ordenadores y servidores, estaban instalados bajo una pequeña pérgola de tela y unas mesas de jardín. Para manejar estos dispositivos no era necesario un gran despliegue, creyó Antonio al compararlos con los equipos exagerados y disparatados que aparecen en las películas estadounidenses.

Borja guiñó los ojos para localizar el dron y a la piloto. Debido a su pérdida de visión, que lo estaba dejando ciego rápidamente, le costaba bastante diferenciar a la gente a cierta distancia. A pesar de que utilizaba gafas, pronto dejarían de ser útiles. Los médicos aún no sabían con certeza la causa de su problema, pero

lo atribuían a problemas con el riego sanguíneo debido a la mala alimentación, el alcoholismo, el tabaquismo y la falta de consumo de alimentos. Borja era un hombre menudo y delgado, con una figura esquelética perceptible a simple vista debido a la falta de músculo y carne en su cuerpo. Además, su movimiento era torpe y lento debido al deterioro progresivo de sus músculos y huesos. A pesar de que su uniforme era de la talla más pequeña que existía en el cuerpo de policía, le quedaba holgado, lo mismo que su cinturón, que tenía dos agujeros extra hechos a mano. La belleza de su rostro había desaparecido y ahora tenía una apariencia huesuda y sin vello. A pesar de sus problemas, Borja era un excelente policía, lo que demostraba continuamente. Sin embargo, el alcohol era vital para él, tanto como respirar, algo absolutamente necesario. Lo consumía en todo momento y temía que le afectara a la hora de realizar sus funciones, algo que ya estaba sucediendo. Se escondía para beber en el baño o mezclaba el alcohol en tazas de café térmicas para que nadie sospechara, aunque todos sabían de su problema con la bebida. Borja tenía miedo de morir porque era joven para hacerlo de forma natural y anhelaba tener más años como policía haciendo lo que le gustaba. Sin embargo, no sabía cómo dejar el alcohol y se negaba a pedir ayuda especializada. El agente estaba aferrado a la idea de que ese era su destino, aunque no lo deseaba. Pero entendía que su vida se había convertido en una maldición de soledad y vicios, y que esa condena determinaría el tiempo que le quedaba por vivir, ya fuera mucho o poco. Antonio, el supervisor de su sección, alentaba a Borja a buscar tratamiento o ayudarlo a dejarlo, pero el joven siempre recaía. En dos ocasiones, tuvieron que calmarlo durante unas peleas provocadas por el síndrome de abstinencia, lo que llevó a que se negara a intentarlo de nuevo. Debido a esto, desde Antonio hasta el último miembro del equipo, decidieron no entrometerse más y dejarlo hacer con su vida lo que quisiera. Sabían que tarde o temprano terminaría hospitalizado o, en el peor de los casos, muerto en la acera de un pub. Antonio y la inspectora María consideraron varias veces la posibilidad de informar para que lo retiraran del servicio, pero como era bueno en su trabajo y disfrutaba haciéndolo, decidieron no elevar el problema a los superiores y permitir que continuara en el cuerpo.

Gloria López, una de las agentes más jóvenes del grupo, era la encargada de pilotar el dron a control remoto con una combinación de gafas de realidad virtual y mando. Además de drones, tenía experiencia en pilotar avionetas y aviones de hélice de tamaño medio. Gloria había ingresado en el Ejército del Aire, pero decidió abandonar a mitad de su formación para unirse al Cuerpo de Policía Nacional y especializarse en el pilotaje de drones. Rápidamente, se convirtió en la

mejor piloto de toda la policía nacional. Era tan perfeccionista que no necesitaba la ayuda de un equipo técnico para reparar o revisar el sistema informático o mecánico de los drones. Si en algún momento no conocía alguna pieza o software, estudiaba los manuales para poder solucionar cualquier problema que pudiera surgir. A pesar de su excelente trabajo, su comportamiento social era distante, lo que dificultaba la construcción de relaciones de confianza con sus compañeros. Aunque trataba de seguir los consejos para mejorar su habilidad social de su superior, la subinspectora Susana, a menudo sus comentarios eran inapropiados o nada interesantes para los demás, lo que la llevaba a refugiarse aún más en sus aparatos. Gloria era una mujer esbelta y con un cuerpo grande, pero con formas simétricas que le hacían sentir a gusto con su físico. No tenía complejos a la hora de vestir, y solía llevar el uniforme un tanto ceñido, dejando desabrochado algún botón del polo reglamentario para mostrar su voluminoso escote. Siempre reivindicaba que su cuerpo era tan hermoso como el de una modelo o maniquí de escaparate, lo que atraía miradas hacia su atrevida manera de vestir.

A pesar de ser tímida en las relaciones sociales, Gloria mostraba su personalidad a través de su estilo. En la calle, llevaba ropa ajustada y corta, con una gran cantidad de tatuajes variados y llamativos que destacaban en su piel. Era una mujer bella, con mejillas y labios voluminosos y rosados de manera natural. Su cabello era de color castaño anaranjado, muy rizado y voluminoso, recordando a la melena de un león.

Gloria tenía decenas de pretendientes tanto dentro como fuera del trabajo, pero no tenía intención de compartir su tiempo y su vida con nadie todavía, aunque disfrutaba de relaciones esporádicas con personas ajenas a su trabajo. Sabía que no era muy hábil en las relaciones sociales, pero seguía siendo una mujer con necesidades, mostrando con orgullo sus mejores atributos.

La joven agente se colocó cerca de los escombros que bloqueaban la entrada del túnel y dejó el dron en el suelo. Antes de ponerse las gafas de realidad virtual, echó un vistazo atrás para esperar las instrucciones de Borja, quien se encargaría de manejar la cámara domo 360° en la parte inferior del dron, controlada desde su ordenador. Borja hizo una señal con la mano para que Gloria realizara las pruebas de movimiento de las aspas. Una vez finalizadas y comprobado el estado del dron, Gloria se colocó las gafas y lo condujo al interior del túnel por un pequeño espacio entre los escombros.

El objetivo del visionado remoto era evaluar los riesgos,

verificar que no hubiera nadie con vida cerca de los escombros, como había sucedido con el hombre encontrado horas antes, y explorar lo posible antes de que entrara el personal de rescate. Una vez que el dron entró en la pequeña ranura, voló lentamente, prácticamente a oscuras, hasta que Borja cambió a visión nocturna y en el monitor se pudo ver el interior del túnel en tonos verdosos. El equipo estaba detrás de Borja, observando lo que la cámara del dron mostraba. Nadie hablaba, excepto Borja y Gloria, que estaban concentrados en coordinar la operación de vuelo. Antonio y Susana, cada uno a un lado de Borja, estaban sumamente concentrados en el monitor, intentando vislumbrar cualquier detalle que les obligara a parar el dron, pero por suerte, el aparato avanzaba lentamente sin encontrar nada relevante en su camino.

—Gloria, mantén la altura y detente a dos metros. —solicitó Borja a la piloto. En un momento, creyó que había avistado a una persona, ya que su tamaño era similar al de un ser humano. Sin embargo, al avanzar un poco más, descubrieron que lo que tenían frente a la cámara del dron era un simple bloque de piedra caído entre los escombros. Con la ayuda de la visión nocturna, pudieron apreciar con claridad la textura de las paredes y del suelo. Para explicar esto en entrevistas privadas con científicos o agentes, Borja solía comparar las imágenes de anteriores grabaciones de túneles con los videos grabados a un paciente al que se le introduce un endoscopio por el ano y se le hace un visionado en el intestino grueso. De esta forma, explicaba que tanto la forma como la textura del túnel se asemejaban a un sistema digestivo vivo.

Después de observar el avance del dron durante un rato, todo seguía igual: un espacio lleno de polvo en suspensión y el ruidoso rotar de las hélices, con un vacío que parecía no tener fin.

—Es como un búnker después de una guerra, vacío y frío, pero sus paredes han sido testigos del dolor. —dijo Borja en voz baja sin apartar la mirada del monitor, mientras Antonio y Susana lo observaban con confusión.

—No sabemos si esas personas que murieron aquí han sufrido, Borja. Esperemos que tras el hallazgo del hombre con vida podamos saberlo. —quiso aclarar Antonio, aunque Borja seguía convencido de que su teoría del dolor tenía sentido. Creía que los cuerpos encontrados y atrapados por los “ángeles” no parecían haber muerto en paz y descansado, sino todo lo contrario.

—Parece que por aquí no ha pasado nada ni nadie en mucho tiempo, ¿verdad? —preguntó Susana.

—Eso parece… —respondió Antonio, acercándose más a la pantalla para escudriñar cada rincón que capturaba la cámara. El dron siguió avanzando lentamente y ninguno de los cuatro vio nada fuera de lo normal. Borja estaba a punto de dar luz verde y pedirle a Gloria que trajera el dron de vuelta, cuando advirtió una forma oscura del tamaño de un humano, tirada en el suelo y encogida.

—¡Detente! —exclamó Borja con energía, y los demás presentes se acercaron de inmediato para observar la pantalla del monitor. —¿Lo visualizas en tu cámara? Está ubicado 25 grados al norte. Debes descender aproximadamente 70 centímetros. —le indicó Borja a Gloria, quien no se inmutó ante el sobresalto de su compañero.

—Espera un momento… ¡lo veo! —respondió emocionada al poder observar lo mismo que él. Con la ayuda de la linterna de la cámara del dron, Borja pudo apreciar mejor la forma oscura, que parecía ser el cuerpo momificado de un hombre en posición fetal. Cambió la cámara a visión normal para confirmar que lo que podían ver era, sin lugar a dudas, el cuerpo sin vida de una persona.

—Por favor, activa la cámara térmica. —pidió Antonio al joven.

—Pero si está momificado, ¿por qué necesitamos la cámara térmica? —preguntó Borja, confundido y tratando de objetar la orden de Antonio.

—No sabemos si hay algo dentro de la "crisálida". —se impuso el subinspector, dando una razón para activar la cámara térmica. Antonio había oído rumores de que, en otras partes del mundo, cuando encontraban momificados, a veces se descubrían partes vivas dentro de las "crisálidas", debido a impulsos neurológicos creados por las mismas. Ellas intentaban mantener el cuerpo fallecido con algo de calor para seguir con vida, una última esperanza para sobrevivir. Por esta razón, si estos rumores eran ciertos, Antonio sabía que había una instrucción escrita para establecer un protocolo específico al retirar el cuerpo y evitar contaminar las muestras no humanas.

Borja presionó una tecla y activó la opción de visión térmica. Escaneó minuciosamente el cuerpo de arriba abajo, pero no encontró ningún indicio de calor en todo el entorno. Una vez confirmado y aprobado por Antonio, Borja ordenó que el dron regresara a la base. Gloria maniobró el mando para dar la vuelta al dron y dirigirse a la ranura, que estaba bastante alejada. Pero, al momento de emprender

su regreso, Gloria gritó y retrocedió, resbalando en la gravilla con la suerte de no caerse al suelo.

—¿Qué sucede? —preguntó Borja ágilmente, sin perder un segundo y cambiando la vista a la cámara de Gloria.

—Al dar la vuelta, he visto algo que se movía por el techo, pero no pude clasificarlo. Desapareció muy rápidamente. —respondió ella tartamudeando, todavía intentando colocar los pies con firmeza para no volver a resbalar.

—Podría haber sido una sombra producida por la luz del led o algún insecto que se ha posado en la cámara al pasar por la ranura. —se apresuró Susana a tranquilizar a Gloria, sugiriendo una explicación lógica.

—No sé, la verdad. Me ha parecido ver cómo corría y desaparecía por la bifurcación de la derecha. Pero… también podría haber sido un insecto caminando por la cámara, como usted dice. —intentó Gloria calmarse, considerando la explicación de Susana.

—No podemos pasar por alto nada en una situación tan delicada como esta. —dijo Antonio seriamente. —Vamos a continuar avanzando por el túnel de la derecha con el dron. ¿Te sientes capacitada para seguir, Gloria? —le preguntó.

—Sí, es mi trabajo y soy la leche con mi maquinita. —respondió Gloria con determinación, a pesar de estar asustada. Gloria pilotó el dron por la bifurcación, pero después de unos minutos y muchos metros de túnel, no había nada que les llamara realmente la atención, ni nadie deambulando por allí dentro. Antonio indicó a la joven agente que trajera el aparato de vuelta.

Después de avanzar unos metros en dirección al campamento, Gloria comenzó a escuchar un sonido semejante al de un graznido, que se mezclaba con el ruido ensordecedor de las hélices del dron. Al principio pensó que eran ruidos lejanos y no les dio demasiada importancia, pero luego parecieron aumentar en intensidad y acercarse al dron.

—No estoy segura de qué es lo que oigo, pero no veo nada en frente y mi linterna muestra tan solo unos 10 metros. Quizás estoy un poco paranoica, aun así, Borja, ¿podrías revisar con tu cámara lo que hay detrás? —preguntó Gloria apresuradamente.

—Por supuesto, lo hago ya. —respondió Borja, activando la cámara en visión nocturna y moviéndola con el joystick hacia atrás. —

No veo nada fuera de lo normal, ¿estás segura de que has escuchado algo? —preguntó mientras escudriñaba cada punto del monitor en busca de alguna pista. Después de un rato, Borja no observó nada extraño.

Tras unos minutos más de búsqueda, sin ningún percance, Antonio ordenó traer de vuelta el dron. Finalmente, el aparato volador llegó a la pequeña ranura y Gloria lo extrajo sin problemas. Como no encontraron nada en el camino de regreso, el equipo de topografía y los agentes respiraron aliviados.

—Sabemos en qué punto está el supuesto cadáver de ese hombre, lo que nos permite retirar los escombros sin problemas. Así que, sintiéndolo por el equipo de excavación, ¡adelante! Os pensabais que os ibais a casa a descansar, ¿eh cabrones? —ordenó el subinspector Antonio con pillería, provocando risas en el resto del grupo.

—¿Qué opinas sobre lo que ha visto Gloria? —le preguntó Susana mientras se alejaban de la base del equipo topográfico.

—Creo que ha visto algo real, aunque no sabemos qué es exactamente. Pero prefiero ser cauto y precavido. Vamos a entrar con el equipo ALPHA para retirar el cuerpo. —dijo Antonio con seriedad mientras observaba los trabajos de la retrocargadora y la excavadora desde la distancia.

—No vamos a dar la novedad del equipo de operaciones especiales, ¿verdad? —preguntó Susana, sabiendo lo que respondería su compañero.

—Les informaremos cuando saquemos el cuerpo, y si encontramos algo, entonces se lo diremos. Si les decimos que entramos con todo el arsenal, nos lo negarán. Comenzarán con los protocolos de avanzada, registro y luego los permisos necesarios. Si hay algo ahí dentro, espero que no, es mejor limpiarlo rápido y continuar con la búsqueda de supervivientes. Y si no hay nada, nadie tiene por qué saber que enviamos a la élite ahí dentro. Prefiero asumir la responsabilidad de ser precavido antes que cargar con la tragedia de perder a mis compañeros, que solo han disparado su arma en el campo de tiro y tienen menos puntería que mis hijas. —explicó Antonio con determinación.

—Estoy de acuerdo. Vamos con todo. Sabes que en el trabajo confío plenamente en tu criterio. —dijo Susana con una sonrisa

amigable.

—Lo sé. ¡Soy un crack! —respondió Antonio, devolviéndole la sonrisa y guiñándole un ojo.

La subinspectora cogió el transmisor y se puso en contacto con la oficial Nuria para explicarle brevemente la situación y que continuarían retirando material y escombros. Hizo exactamente lo que su compañero le había sugerido, sin revelar nada sobre sus planes con el equipo de operaciones especiales “ALPHA”.



María esperaba apoyada contra la pared hasta que escuchó el sonido de la cisterna que provenía del baño. Óscar salió, con un rostro pálido y tembloroso.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó ella mientras apagaba su cigarrillo en un cenicero sobre un banco en el vestuario.

—Sí, pero no esperaba ver algo así, la verdad… —respondió Óscar, aun recuperándose del shock.

—Es una reacción lógica. Pilar me acaba de informar de que comienzan a despertarlo. Nos saltamos el paso de esperar fuera de la habitación, así que vamos, no podemos perder más el tiempo. —le indicó María con seriedad.

María se ajustó la escafandra del traje y los dos avanzaron para repetir los mismos pasos de descontaminación que habían hecho antes.

En esta ocasión, Óscar hizo un esfuerzo para no pensar en lo que estaba por venir. Se concentró en su portafolio, en su grabadora, en su caminar y en todo lo que le rodeaba. Casi sin darse cuenta, ya se encontraban dentro de la habitación. Siguió las indicaciones de María y se dirigió al fondo de la habitación, pasando por los pies de la cama.

Cuando alzó la mirada, vio a ambos lados de la cama a los dos doctores sentados en sillas. La doctora Pilar estaba pendiente del paciente, observando y monitorizando sus signos vitales. Mientras tanto, el doctor Ramón controlaba desde un gran aparato con monitor la administración de fármacos por vía intravenosa. Los dos estaban muy concentrados en su trabajo, ya que de ellos dependía que el

paciente pudiera sobrevivir el mayor tiempo posible.

El hombre yacía inmóvil en la cama, cubierto hasta la mitad del torso. Sin embargo, era evidente que la sábana no cubría la parte de su cuerpo amputada. Se podían ver tubos de plástico sobresaliendo bajo la tela blanca, conectados a una válvula que seguía bombeando un líquido oscuro que parecía sangre. Óscar observó la escena con asombro, preguntándose cuánto tiempo habría estado en esa situación. Por una de las vías parecía estar circulando otro líquido parecido al que salía del torso, sugiriendo que podrían estar depurando la sangre o realizando una función similar. El hombre llevaba una camisa a cuadros de estilo leñador, de color rojo y azul marino, muy desgastada, sucia y llena de roturas. También se podía notar una camiseta que parecía ser de color blanco, pero la suciedad y el desgaste impedían distinguir su color original. La ropa le quedaba muy grande, lo que hacía evidente la forma de sus costillas, incluso con ambas prendas puestas. Su estado de desnutrición era severo y la piel había adquirido una tonalidad oscura y grisácea, con miles de arrugas muy finas y pequeñas debido a la excesiva pérdida de grasa. La barba indicaba que había pasado allí abajo bastantes años. Era negra, con una gran cantidad de canas, y estaba enmarañada, frondosa y bastante larga. Esta ocultaba los labios, dejando al descubierto solo un hueco de su boca abierta. En la nariz, o lo poco que se podía apreciar de ella, llevaba puesta una cánula nasal para la aplicación de oxigenoterapia. Pero donde debería estar el resto de su cara, como la frente y la parte superior del cráneo, adherida a su piel había una estructura limpia y lisa, de color perlino, un humanoide que con sus manos agarraba con fuerza el lugar donde debían de estar los ojos del hombre. El torso al que estas manos y brazos pertenecían, podía intuirse salir tras el cráneo del hombre mutilado y terminaba en una cabeza sin ojos, con el cráneo abierto. De este, salían unas protuberancias en forma de aletas onduladas, similares a los pétalos de un clavel. Óscar no dejaba de mirar dicha figura. Era como si una joven mujer de porcelana brotara de la espalda del hombre mutilado y esta le agarrara la cabeza y los ojos. El “rostro” de la figura era inexpresivo y no se podían apreciar sus ojos, ya que empezaba a resquebrajarse desde la base de la nariz, pero sus labios, que si eran visibles, no mostraban emoción alguna.

—Te preguntarás, más que nada, ¿qué es eso que tiene tras el cubriéndole parte de la cara? —preguntó María a su compañero al ver su cara de desconcierto.

—Sinceramente, me pregunto sobre la existencia misma del ser humano en este momento, pero sí, ¿Qué diablos se supone que le

sale a este hombre tras su cabeza? —preguntó Óscar, con cierto desahogo al saber que su compañera podría resolver la gran duda de lo que tenía ante sus narices.

—Pues bien, esa figura que recuerda a un busto de una mujer griega con un gran clavel por cabeza no es más que un puerto de conexión. —explicó María.

—¿Un puerto de conexión? ¿Para qué? —preguntó Óscar, confundido.

—Creemos que lo que le brota de la cabeza es como un puente neuronal entre el individuo y el sistema nervioso del "útero", que es la gran bóveda donde termina el túnel. Allí es donde se suele encontrar a la gente desaparecida en anteriores exploraciones en otros túneles. Lo extraño fue descubrir a este hombre cerca de la salida. Pero bueno, yendo al grano, lo que nuestro protagonista lleva encima, esa señorita pálida, es un manojo de nervios sensitivos cubiertos por un exoesqueleto. Estos pasan por toda su médula espinal y acaban en lo que llamamos la crisálida, un saco contenedor que, obviamente, ya no tiene, ya que los escombros lo segmentaron. No todos los "ganchos" tienen forma de mujer, pero sí la gran mayoría. Muchos expertos los suelen denominar "ángeles", puesto que no se les puede asignar un género a esas cosas, pero de seres angelicales, tienen poco. Sabemos que mediante esos pétalos que sobresalen de su cráneo, se agarran al útero y resto del túnel, atrapando a sus víctimas con las extremidades, clavándolas por la parte de las cuencas oculares. Además de proporcionar información, los "ángeles" también envían alimento a través de la crisálida al huésped, incluso a este hombre, aunque ya no lo tenga. Sin embargo, en realidad, no sabemos mucho más de lo que acabo de explicar. Bueno, sí, está la "madre", que es el ser que controla a los "ángeles" mediante su red neuronal. Suponemos que intenta inocular su ADN en un huésped o crear vida con él. No sabemos si hay un límite de intentos, ya que siempre que encontramos a una madre, está muerta. Es como una abeja que, al picar, muere. Gracias a Dios, no ha podido producir "vida" o un "híbrido", al menos hasta donde sabemos. No hemos encontrado a ningún ángel o gancho biológicamente vivo para analizarlo, al menos no totalmente vivo. Una vez que se desconectan de las paredes, mueren. Todos los que hemos encontrado tienen la misma composición que las paredes del túnel y no nos dicen nada más. Es como analizar un fósil. Piensas saber cuál ha sido su función basándote en lo que tienes vivo actualmente, pero son solo conjeturas, nada más. María explicó todo esto a Óscar, quien trató de comprender la complejidad de la situación.

—Entonces, ¿sabemos realmente poco de todo esto? —preguntó Óscar, esperando una respuesta.

—Estamos apenas rasgando la superficie, por decirlo de alguna manera. No sabemos mucho más de lo que acabo de explicar. Por eso esperamos aclarar muchas de las dudas que tenemos. Puede ser el eslabón entre la nada y el todo. —dijo María, con una sonrisa que transmitía ilusión.

—Entiendo. Y ahora, ¿qué se supone que descubriremos con él? —preguntó Óscar, ansioso por saber más.

—Ahora vamos a despertarlo del todo. Creemos que le costará hablar y estará aturdido, así que, por favor, sean cautos y cuidadosos. No queremos que se altere y entre en parada. —informó el doctor Fernández mientras administraba un fármaco por la vía del paciente.

María asintió con la cabeza y se preparó para lo que venía a continuación.

Después de colocar el trípode con una cámara a ambos lados de la habitación, se levantó y le indicó a Óscar que activara la grabadora. A los pocos minutos, el hombre empezó a mover la cabeza lentamente y emitir sonidos y quejidos débiles, sin que nadie le interrumpiera; esperaron hasta que poco a poco estuviera más consciente y pudiera formular algunas palabras.

La doctora Pilar hizo un gesto mudo a María para que le hablara al paciente con el fin de animarlo a decir algo y tranquilizarlo, ya que no podía ver nada y estaría nervioso y desorientado.

—Hola, José, soy María. ¿Me escucha? —preguntó la inspectora lentamente, con suavidad. José se quedó paralizado al escucharla, pero intentó pronunciar algunas palabras.

—¿Qué ha pasado?, ¿dónde estoy? —logró decir el hombre con voz quebrada.

—Está en buenas manos y a salvo. Soy la inspectora María, y usted es José Martín Rodríguez, ¿verdad? —le preguntó María con calma.

—Sí, soy yo… ¿Qué ha pasado? —preguntó José con más calma.

—Verá, usted está ingresado en el hospital. Ha ocurrido un accidente y unos escombros le han sepultado. Por suerte, le hemos encontrado rápido y le hemos traído aquí… —intentó explicarle la inspectora, pero fue interrumpida por la angustia de José.

—¡No puedo moverme, y tampoco veo nada! —exclamó nervioso.

—Por favor, trate de mantener la calma. Parte de los escombros y la suciedad han entrado en sus ojos, por eso no puede ver. Pero ya le han intervenido y todo está bien. Recuperará la visión en unos días y, por ahora, no sentirá nada en la parte baja de su cuerpo porque ha sido operado de urgencia y está dormido de cintura para abajo. Está en buenas manos, José. —explicó María, aunque notó que su compañero Óscar no entendía por qué mentirle de esa manera al pobre hombre. —Es normal que esté mareado, dolorido e incluso confuso, pero todo está bajo control.

—Por Dios… qué desastre, lo que me faltaba. —musitó José, casi sin fuerzas.

—Estamos aquí para ayudarle a entender lo que ha sucedido. Tanto yo como mi compañero, el inspector Óscar Almeida, queremos colaborar en lo que sea necesario. ¿Podría recordar lo que ha pasado? —preguntó María, acercándose a José para poder entender mejor su voz quebrada y de bajo tono.

—Mire, solo recuerdo una fuerte sacudida, como si se tratara de un terremoto o si hubiera caído algún objeto enorme sobre la casa, posiblemente del cielo. Supongo que me encontraba en la cocina preparándome algo de comer. Todo tembló y, de repente, una absoluta oscuridad… ¿Disculpen, pueden darme algo de beber? Tengo mucha sed. —respondió José con pausas y lentitud.

María miró a los doctores y Pilar negó con la cabeza para hacerle entender que no debía beber nada.

—Lo siento, José, no podemos darte nada de beber o comer. Tienes sueros puestos que te están administrando continuamente líquidos para hidratarse. No lo necesita. —le explicó María con un tono tranquilizador, como una madre hablaría a su hijo.

—Al menos, podría humedecerme los labios para que pueda hablar mejor, por favor. Siento que se me van a desgarrar. —imploró José.

María se levantó de su silla y cogió unas gasas de la mesa

metálica que había al lado de la habitación. Las impregnó con suero fisiológico que encontró allí. Los doctores y el inspector Óscar se miraron perplejos ante su actuación, pero no dijeron nada. No porque no quisieran detenerla, sino porque no querían alterar aún más al débil hombre que allí se encontraba. María ni siquiera los observó. Decidida, se acercó a José y le pasó la gasa por los labios, que se atascó en los pliegues agrietados y secos. Una vez hidratados, apoyó la gasa un poco en su labio inferior para que entraran unas irrisorias gotas de líquido en su boca. Esperaba así poder aliviar también la garganta del hombre agónico. Después, desechó la gasa en una papelera metálica al lado del doctor Ramón y se sentó.

—Se lo agradezco mucho, inspectora. —le dijo a María por el gesto ofrecido.

—Retomando el tema que nos concierne, ¿un objeto caído del cielo? —preguntó María.

—Se supone que todo había acabado, pero quién sabe. La paz no dura mucho cuando el hambre llama a tu puerta todos los días. No me extraña que quisieran acabar con cualquier satélite o artefacto que siguiera volando por encima de nuestras cabezas. Primero, ese virus que acabó con tanta gente, demasiada gente… y después la guerra de las máquinas. Maldita sea, se les fue de las manos el automatizarnos la vida. —contestó José, dejando a la inspectora bastante confundida.

—¿A qué se refiere... —intentó preguntar Óscar, pero fue callado por una mirada de María que parecía hablar por sí sola. No entendió por qué, pero detuvo su pregunta en cuanto recibió esa mirada.

—Entiendo. Es posible que haya ocurrido por una circunstancia así, quizás un objeto que se precipitó contra la vivienda. Por eso estamos aquí. —dijo María, sin entender a qué se refería con el virus o las guerras, pero sin querer contradecir nada de lo que le dijera. Cualquier información, por muy absurda o disparatada que pareciera, sería valiosa para seguir investigando estos sucesos. No podía permitirse el lujo de explicarle a un hombre moribundo la realidad de lo sucedido, ni hacerle entender que no había habido ningún virus que acabara con media humanidad o que las máquinas lo controlaran todo. Tampoco podía explicarle nada a Óscar delante de él, pero creyó que lo entendería al verla seguir el hilo a José.

—Vivimos en un mundo caótico, es cierto. Pero me alegra saber que aún existen hospitales en funcionamiento y policías como

ustedes. Significa que hay un rayo de esperanza. ¿No seréis máquinas también? —preguntó el hombre con alivio y soltando una pequeña carcajada.

—No, somos seres humanos como usted, José. Y estamos trabajando para que todo vuelva a la normalidad. —le dijo María.

—Si hubiera sabido antes que había hospitales que no estuvieran automatizados… —José comenzó a sollozar. No se podían ver las lágrimas brotar de sus ojos, ya que estaban tapados por las manos del "ángel", pero se podía observar la pena dibujada en sus labios y los pocos quejidos que dejaba salir de su garganta. —Tal vez estaría conmigo…

—¿Quién estaría con usted? —se animó a preguntar el inspector Óscar.

—Prefiero no hablar de ello ahora, por favor… No sé si es o no relevante para ustedes, pero prefiero no hablar de eso, al menos por ahora. —respondió entre gemidos mudos.

—Lo siento, no queremos que se sienta mal. ¿Por qué no comenzamos hablando de la casa? ¿Qué hacía allí? —preguntó María con serenidad para ver si lo calmaba.

—Vivo allí. ¿Qué más iba a hacer? Es preciosa, ¿verdad? Bueno, al menos, si algo de ella ha sobrevivido después de lo que sea que haya sucedido. —respondió José con una carcajada que terminó en una tos quejumbrosa. De nuevo, los dos agentes se miraron. No entendían muy bien a qué se refería con "preciosa", si jamás había terminado la construcción y, además, estaba en ruinas.

—Bueno, viendo que está algo más despierto, procederé a leerle sus datos personales. Es una formalidad sencilla y no tardaremos mucho tiempo. —dijo María, deseando que José se centrase en algo real en lugar de sus fantasías.

Óscar comenzó a preguntarse si esto iba a seguir así todo el tiempo. Un hombre, al que apenas se le podía llamar así, contándoles delirios que eran fruto de una enfermedad o de la falta de riego en su cerebro. Le frustraba tener que investigar a alguien que les contara más fantasías que realidades, pero era lo que les había tocado. No era la primera vez que se encontraba con personas que no estaban en su sano juicio y que resultaban difíciles de interrogar. Pero, queriéndolo o no, tenían que obtener información de él, ya que seguía con vida y no sabían por cuánto tiempo.

—Usted es José Martín Rodríguez, con el D.N.I. 484123952-H. Tiene treinta y seis años y es natural de Valdepésol. ¿Es correcto? —María no pudo añadir nada más. Sabían que llevaba desaparecido más de diez años y que hablarle sobre su desaparición o de datos actualizados de sus familiares o amigos podría resultar contraproducente para la investigación. María centraría el interrogatorio en cuestiones personales, ya que sería él quien les informaría, desde su realidad, real o no, sobre qué había sido de su familia y amigos.

—Sí, soy yo. —respondió José con firmeza.

—Tenemos tiempo de sobra y queremos que nos hable para entender mejor su situación y recabar toda la información que pueda ayudarnos en la investigación. Queremos ayudarle a recuperarse y, en caso de haber sido un ataque intencionado, denunciar lo sucedido y luchar contra las máquinas. —explicó María, improvisando sobre la marcha. Los doctores y Óscar la miraron con asombro mientras Pilar le guiñó un ojo en señal de aprobación por su actuación.

—¿Ustedes me van a ayudar? ¿Sois mis abogados o algo así? —preguntó José confundido. María se sorprendió ante la pregunta y miró nerviosa a su compañero y a los doctores, que seguían monitorizando a José sin decir nada.

—Somos los encargados de llevar ante la justicia cualquier ataque no justificado a cualquier ciudadano. Por lo que parece, usted ha sido víctima de un ataque, ya sea de máquinas u otros; o de un objeto mecánico caído de la estratosfera, o… ¡De donde sea! —María empezó a ponerse un poco nerviosa.

—Además, documentamos a todas las víctimas para que las instituciones hagan más presión a los gobiernos y así conseguir volver a la normalidad. —añadió Óscar al percibir el nerviosismo de María. La inspectora se lo agradeció con una mirada y una inclinación de cabeza.

María confirmó su intuición hacia Óscar. Le sorprendió gratamente el apoyo que acababa de recibir.

— Cuéntenos, José, comience desde el principio, su infancia, y vaya avanzando poco a poco. Queremos saber todo. Adelante si quiere. —animó María a hablar.

—El problema son los gobiernos y los ricos. Siempre es el pueblo el que sufre. Somos los que perdimos el trabajo debido a las

máquinas, ellos no; nos dejaron sin comida mientras se cargaban la puta humanidad. Pero ellos… Bueno, llegaré a esa parte más adelante… No sé qué me ha llevado a estar así, pero me alegra saber que estamos en el mismo bando. —respiró aliviado cuando terminó de hablar. —Bueno, como ya saben, soy José Martín. Nací en el Hospital de la Arrixaca, cerca del centro de Murcia, y viví muchos años aquí, en Valdepésol, una pequeña ciudad dormitorio, ya que está muy cerca de la gran ciudad. Pero he crecido entre huerta y verduras, lo que ha sido una bendición. Mi infancia fue feliz y no nos faltó de nada gracias al esfuerzo y dedicación de mis padres. Aunque como en muchas familias, mis hermanos y yo nos peleábamos a menudo, pero también disfrutábamos jugando juntos. Además, tenía tíos y primos en pueblos cercanos con los que compartíamos momentos inolvidables. Los amigos del colegio también eran parte importante de mi vida, con quienes salía a jugar a la rayuela o a la pelota sin necesidad de dispositivos electrónicos. ¡Qué época aquella! Llena de diversión y amigos. Recuerdo especialmente los veranos. Aunque mis padres no tenían casa en la playa o en la sierra, mis tíos tenían una enorme propiedad en el campo rodeada de almendros, donde podíamos disfrutar de la tranquilidad y desconectar de la rutina diaria. Allí, junto a mis primos, pasábamos horas y horas disfrutando de la piscina, la barbacoa y los árboles que rodeaban la casa. La vivienda era impresionante, con dos plantas y una gran buhardilla. ¡Qué veranos nos hemos pegado allí! Ahora que lo recuerdo, aunque mis padres no tenían una propiedad veraniega, siempre éramos bienvenidos en muchos otros lugares. Incluso nuestros vecinos compraron un terreno aquí mismo.

—¿Se refiere a este pueblo cuando dice "aquí mismo"? —preguntó Óscar, interrumpiéndolo y aprovechando para comprobar que la grabadora funcionaba correctamente.

—No, me refiero a La Huerta de… cerca de aquí. Pero acabo de recordar que estamos en el hospital, así que me refería a Valdepésol, sí.

Mis vecinos compraron un terreno cerca de donde vivíamos. Recuerdo esos días como si fuera ayer… Mis padres se llevaban muy bien con ellos. Eran de la misma edad y tenían dos hijos, uno mayor que yo y otro que iba a un curso menos. Durante muchos años, nuestras familias solían unirse para planear fines de semana o escapadas, así que cuando compraron el terreno, fue una gran noticia. La parcela en sí no tenía nada de especial, era una pequeña extensión de tierra para cultivo, como la mitad de un campo de fútbol, con un par de pinos y una gran higuera.

Poco después, invirtieron bastante dinero y convirtieron ese trozo de tierra en un oasis de diversión. La casa de mis tíos en el campo quedó en segundo plano. Aquello estaba justo aquí, en nuestro pueblo, y la verdad es que le sacaron el máximo partido. Construyeron una pequeña vivienda con cocina, comedor y habitación, todo en uno, y un minúsculo baño. Pero lo importante era lo que había fuera de la casa. Había una piscina de hojalata de diez mil litros que a menudo estaba llena de niños disfrutando de un chapuzón, una zona de barbacoa con una gran mesa hecha de obra, un huerto para el disfrute del padre de familia y un gran terreno aplanado con dos porterías para que los jóvenes pudiéramos jugar al fútbol.

Honestamente, había todo lo necesario para hacer felices tanto a los adultos como a los jóvenes. Los veranos eran inolvidables. Pasábamos horas jugando a la Nintendo, corriendo tras las gallinas o las ranas que pillábamos en la acequia, jugando partidos interminables de fútbol, bañándonos hasta el ocaso y luego nuestras madres nos llamaban para cenar, pero nunca queríamos salir del agua, no importaba cuánto tiempo pasara.

Asar sardinas al caer la noche en la barbacoa era una tradición obligatoria. Y en un lateral de la casa, los adultos extendían una enorme tela blanca desde cada extremo para poder disfrutar de nuestro propio cine de verano con un antiguo proyector que no enfocaba demasiado bien… —José se quedó callado.

—José, ¿se encuentra bien? —preguntó María preocupada al notar su silencio.

—Disculpen, estaba ensimismado… —dijo José, aún absorto en sus pensamientos.

—¿Quiere que paremos un rato? —preguntó María de nuevo, sin entender lo que estaba sucediendo.

—No, está bien. Es que no me había dado cuenta de que estaba ahí. La casa donde he estado viviendo todo este tiempo… estaba ahí, siempre ha estado ahí. Era visible a través de los álamos, pero no puedo recordarla bien. No la veo en mi memoria… —José empezó a agitarse, su respiración se aceleró.

—José, no se altere. Ya sabemos a qué se refiere. Se refiere a su casa, donde tuvo el accidente, ¿verdad? Por favor, respire tranquilamente. No necesita esforzarse tanto. Recuerde que ha sufrido un fuerte accidente y no queremos que tenga una crisis. —intentó

explicarle María con calma.

El ritmo cardíaco y respiratorio de José se aceleraba cada vez más. El doctor Fernández y su compañera se miraron preocupados.

—¡Taquicardia e hiperventilación! —exclamó la doctora Bonilla.

—Entendido. —respondió el doctor Fernández, aumentando la cantidad de fármacos por vía intravenosa para controlar la situación cada vez más crítica.

José seguía intentando recordar con claridad la majestuosa edificación de su infancia que tanto admiraba. Sabía que la casa podía verse desde el terreno de sus vecinos, a menos de medio kilómetro, pero la densa bruma dificultaba la visión de los detalles. Solo podía apreciar su silueta y esto lo frustraba enormemente.

Mientras seguía explorando su memoria, se vio a sí mismo pedaleando su bicicleta BMX amarilla, que había recibido de su primo mayor. Conforme se acercaba a la gran estructura, esta se hacía cada vez más imponente, hasta que casi a la altura de la entrada, la bruma comenzó a disiparse, dejando ver la enorme e inacabada estructura abandonada. Era el esqueleto de cemento de su recuerdo de infante, que se alzaba en un terreno inmenso aplanado para soportar tal coloso.

Finalmente, la imagen se hizo clara y podía continuar contando su historia. "¡Por fin!", pensó para sí. Le dolía creer que no la recordaría, que no había grabado su imagen cuando la conoció. Pero ahí estaba. Con la imagen de la casa en su mente, su historia cobraba sentido.

Las luces rojas de los pilotos giratorios se hicieron notar, reflejando su potente luz por toda la estancia. Esto fue acompañado por un sonido de alarma. Los dos doctores estaban volcados encima de José.

—¡Salid de aquí y dejadnos trabajar! —gritó la doctora Pilar a los dos agentes para que salieran de la sala.

—Pero, ¡¿qué le ha pasado, se pondrá bien?! —preguntó María con apremio.

—¡Está en parada! ¡Salgan de una puta vez y esperen fuera! —les ordenó que salieran de la sala. Nada más salir los dos de la

habitación, entraron corriendo cuatro sanitarios con mesas metálicas que contenían material quirúrgico y portaban maletas plásticas de color naranja con una cruz blanca.

3 – Transformación interna

Los técnicos y agentes se movían de un lado a otro en el campamento improvisado, transportando toda clase de materiales, entonces, uno de ellos abrió dos grandes maletines de plástico negro, revelando un par de esferas oscuras con líneas serpenteantes que las rodeaban, similares a las líneas blancas de las pelotas de tenis, pero con un propósito peculiar.

Antonio se acercó a los maletines con los brazos en jarras, confundido al ver por primera vez esos artefactos.

—¿Puedes venir, por favor? —preguntó el subinspector a Borja, que estaba sentado frente al ordenador, bebiendo de su lata de cola, que contenía vodka barato. El joven agente soltó una pequeña carcajada al ver a Antonio desconcertado frente a los maletines abiertos. A pesar de que Antonio era un agente curtido en mil batallas, como él mismo decía, estaba seguro de que las esferas lo iban a sorprender.

—¿Qué pasa? ¿Nunca has visto uno de estos? ¿Se nota que te estás haciendo mayor? —dijo Borja en tono de broma.

—Cada día me sorprendéis más con vuestros juguetes de pacotilla. ¿Para qué son estos? Espera, espera, no me lo digas, ¿son para jugar a cogerlas con escobas mágicas, al estilo Harry Potter? ¿También tenéis trajes y capas a juego? Lo digo por si necesito comprarme una capa o puedo jugar sin fricadas. —respondió Antonio con burla, sintiendo su ego un poco tocado.

—No son más que droides topográficos de última generación, pero funcionan como generadores de mapeo. —explicó Borja con seriedad, ignorando el comentario provocativo de Antonio. —Los usamos para cartografiar cualquier tipo de terreno sin necesidad de usar equipos antiguos o personal para hacer un plano completo de un área poco accesible o peligrosa. Son pequeños, rápidos y eficientes. En cuestión de minutos, pueden mostrar el mapeado completo con muy pocos errores. —continuó explicando Borja, demostrando su habilidad para aprender y comprender el funcionamiento de cualquier dispositivo electrónico. —Además, son lo último en tecnología. Utilizan un sistema de ventilación que los hace oscilar a una altura media del suelo, por lo que no chocan con ningún objeto o pared. También tienen un sistema de láser integrado que es el que crea el mapeado.

—Vaya, esto es fascinante. Dadle caña, lumbreras. —Antonio levantó el pulgar en señal de aprobación hacia Borja. —Haced ese mapa para que podamos entrar.

Borja se giró hacia sus dos compañeros y les indicó el comienzo de la operación de mapeado. Los dos técnicos se situaron frente a los maletines y, con mandos de control remoto, dieron la orden a los pequeños objetos para suspenderse en el aire. Doce máquinas volaban estáticamente en formación, parecían una escuadrilla de cazas en posición de ataque. Ambos pilotos accionaron una serie de botones del mando y, esfera tras esfera, entraron por el túnel a un veloz y constante ritmo. Antonio se asomó por la boca del túnel tras la última esfera y pudo vislumbrar cómo los droides iban sumiéndose en la total oscuridad, dejando ver únicamente los láseres rojos que salían de ellas. Los puntos de luz chocaban en las paredes, suelo y techo con una velocidad pasmosa, sin dejar de tomar mediciones de todo el entorno. Mientras tanto, otros dos técnicos observaban las pantallas de control, mostrándose poco a poco el dibujo en tres dimensiones del entramado túnel, creando numerosas ramificaciones que se bifurcaban en muchas otras.

—Vaya, parece que hemos dado con uno enorme, ¿no crees? —preguntó Susana a Antonio sin apartar la vista del monitor.

—Indudablemente, su magnitud es colosal. Podría asemejarse a un intrincado rizoma… como si esta casa fuera el tallo y esos túneles sus raíces. Es verdaderamente asombroso. Si estas esferas siguen cartografiándolo en su totalidad, nos veremos obligados a explorar demasiados kilómetros… es una auténtica locura. —respondió abrumado Antonio.

De pronto, tres esferas no pudieron continuar, dejando sin mapear el mismo tramo. Un camino sin salida, pensó Antonio. Por lo que volvieron para explorar otros rincones donde otra de las esferas no hubiera pasado anteriormente. Tras unos cinco minutos, una de ellas comenzó a dibujar un espacio grande y, tras ella, otra más se unió a la faena de mapeado; en total, cuatro esferas dibujaron al completo una gran zona al final de una gruesa ramificación.

—Dios santo, es enorme… —dijo Borja boquiabierto, dejando salir humo de su cigarrillo.

Las doce esferas terminaron dentro de la gran bóveda, inmóviles tras acabar de explorar todo el entramado de túneles, esperando la llamada de los agentes dentro de lo que era

coloquialmente llamado el “útero”. Tras unos segundos, a los agentes les apareció en sus monitores el mensaje:

“*Escaneo terminado*”

Los dos encargados de los droides los hicieron volver accionando el piloto automático, y las esferas volaron por la ruta más directa hacia la salida.

—¿Qué tamaño tiene ese útero? —preguntó Antonio, bastante desconcertado, dado el tamaño que veía en la pantalla.

—Según esto, subinspector, unos 120.000 metros cuadrados. Más grande que un estadio de fútbol, en su totalidad. —respondió el técnico que manejaba el equipo.

—Es de los más grandes que se han encontrado… Creo que se puede comparar con el de Siberia o Ghana. —añadió Borja.

—¿Has visto la cantidad de galerías, corredores y ramificaciones? Es demasiado… tendremos que seccionar y montar bases cada kilómetro o cada dos como mucho. —dijo Susana.

—Tienes razón. Es exagerado. Pero, como prioridad, tenemos que recuperar más cuerpos, con vida si es posible, y confirmar la baja de la “madre”. Así que nuestro destino, como es habitual, es el útero. Luego nos entretendremos en inspeccionar el resto de áreas. —le contestó Antonio mientras analizaba el mapa, buscando quizás el camino más corto para llegar.

—Si no hay complicaciones, encontraremos la gran mayoría de ángeles en el útero, y a la madre también. Como he dicho, si no hay complicaciones. —dijo Susana recordando sus anteriores inclusiones en otros túneles donde básicamente eran todos iguales: largas y entramadas ramificaciones, útero, madre y ángeles, todo y todos sin vida. Pero, como una de las responsables de su equipo, sabía que siempre existía un riesgo, una excepción que desmintiera que todos los túneles encontrados en el planeta eran nidos desprovistos de vida. Debían andarse con ojo, pensó.

Mientras volvían al campamento, una alerta visual y sonora en la pantalla de mapeo indicó el fallo de una de las esferas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Borja al técnico.

—No lo sé, una de las esferas no responde. Podría tener algún

fallo mecánico o haber perdido la señal con el receptor. —respondió el técnico mientras intentaba averiguar la causa de la falta de señal.

Antes de que el aviso de pérdida del droide desapareciera de la pantalla, una ventana emergió con el mismo mensaje, pero esta vez de otra de las esferas.

—¿Otra? —preguntó Borja, preocupado.

—No solo otra, acabamos de perder la señal de cuatro esferas. —contesto nervioso uno de los agentes encargados de los droides. Tras unos segundos, las esferas comenzaron a salir de la boca del túnel una por una. En total, siete.

—¿Cuánto costó este equipo? —preguntó Antonio seriamente.

—No se imagina cuánto… —respondió Borja con indignación, bebiendo de nuevo de su lata de refresco falsa.

—Por favor, marquen en el mapa los puntos donde se ha perdido la conexión con ellas. —ordenó el subinspector.

—Antonio, ¿puedes venir? —preguntó Susana, que aún estaba mirando el monitor de mapeo.

—¿Qué pasa, Susana? —respondió Antonio, frustrado por la pérdida de los costosos dispositivos, de los cuales tendría que rendir cuentas a su superior, María. No le gustaba la idea de perder material, y menos tan caro.

—Si te fijas, en los puntos donde las hemos perdido, todas están dentro de una de las salas. No mide más de diez metros cuadrados, lo que indica que podría haberse debido a un desprendimiento de tierra o algo similar. —explicó Susana.

—Independientemente de si hubo un desprendimiento o no, todo indica que algo inesperado ha ocurrido en ese espacio. No lo dejaremos pasar por alto. Hay que ver qué ha pasado en ese punto. —dijo Antonio con determinación. — ¡Señoras y señores, vamos a entrar por ese agujero! ¡Quiero que estéis preparados y equipados en diez minutos! —ordenó en voz alta para que todos lo escucharan.

Los dos técnicos encargados de las esferas las guardaron una a una en los huecos de la esponja gris del maletín. Uno de ellos, al coger uno de los droides, se dio cuenta de que estaba húmedo. Tenía

un líquido translúcido con burbujas por toda la superficie, parecido a un gel de ducha sobre un área lisa y redondeada. Con cara de asombro, se acercó a su compañero y le preguntó.

—¿Qué puede ser esto? —el otro agente cogió la esfera con el índice y el pulgar, sin querer tocar la viscosa sustancia, perplejo también. Uno de ellos avisó rápidamente a Susana para informar del incidente con el droide.

—He enviado una de las esferas al laboratorio. Lleva una especie de líquido jabonoso y denso por toda su superficie. —le informó Susana a Antonio, que se estaba preparando para entrar en el túnel.

—¡Mmm!, Susana, me has abierto el apetito, ¡qué hambre tengo ahora mismo! —bromeó Antonio, soltando una carcajada. —Está claro que hay algo dentro. No creo que sea una casualidad lo que vio Gloria, la pérdida de las esferas y ahora, esto… Por cierto, ¿aún no sabes nada de mi cigarra? —preguntó Antonio.

—No, aún no me han informado. Pero no te preocupes, una vez entregue la muestra, les meteré prisa. —respondió Susana con seriedad y preocupación.

—Estupendo, voy a reunirme con el oficial de operaciones especiales para el briefing.

Antonio impartió una charla preparatoria al equipo de operaciones especiales, al equipo de topografía y al de extracción, que no duró más de cinco minutos. Durante la charla, dio instrucciones precisas sobre el modo de operar. El equipo ALPHA lideraría el grupo para asegurar el paso, mientras que el equipo de topografía colocaría receptores, cámaras e iluminación cada veinte o treinta metros. El equipo de extracción se encargaría de retirar cuerpos, ya fueran vivos o muertos, que aparecieran. En la retaguardia, dos integrantes del equipo ALPHA protegerían al grupo completo. Antonio tenía experiencia en comandar expediciones en estas inhóspitas galerías y su carácter ayudaba en situaciones de tensión, sabía cuándo dar órdenes, hacer que el equipo se relajara o proporcionar ayuda a cualquier compañero que la necesitara.

El equipo ALPHA, de operaciones especiales, se equipó con chalecos, cascos, protecciones de codos y rodillas y un arsenal de armamento ofensivo. Los cascos estaban equipados con videocámaras similares a las cámaras deportivas de pequeño tamaño. Mientras que el personal que se quedaría fuera, supervisaría constantemente lo que

los agentes veían gracias a cada una de las cámaras. Los fusiles contaban con una linterna led y láser para fijar rápidamente un blanco si fuera necesario. Cada integrante del equipo de operaciones especiales portaba un sensor de movimiento en la muñeca. Si había algo transitando en el túnel en un radio de unos cincuenta metros, aparecería marcado en el sensor, indicando la dirección y distancia del objeto en movimiento. Borja solía bromear sobre los sensores, diciendo que eran similares a los de la película "Aliens". Estaba convencido de que las buenas películas de ciencia ficción estaban muy adelantadas a su tiempo en cuanto a avances tecnológicos se refería.

—Bueno, lo de siempre. Te quedas al mando y… nos vemos en un rato. —le dijo Antonio a la preocupada Susana, sonriendo y guiñándole un ojo.

—Deberías ser tú quien tome el mando aquí fuera. El oficial de operaciones especiales sabe hacer su trabajo perfectamente. —recriminó Susana la decisión de Antonio.

—Me gusta supervisar lo que hacemos y a la gente con la que exploro. Además, disfruto del trabajo de campo. —le explicó Antonio a la joven subinspectora, manteniendo su sonrisa persuasiva.

—Está bien, pero ten cuidado. Mantenemos el contacto. —dijo Susana soltando un suspiro, mostrando su preocupación.

Una vez que Antonio terminó de equiparse, se puso de pie, se colocó el casco y se puso frente a la joven subinspectora. Al mirar al cielo, advirtió que la noche estaba cayendo.

—Mañana a estas horas, podríamos estar tomando unas cervezas, contemplando la llegada de la noche. Hay un merendero cerca de aquí, una cabaña de madera con una terracita que da a una especie de vergel y vistas a la montaña. Creo que necesitamos un rato libre para despejarnos y hablar tranquilamente, ¿no? —propuso Antonio, intentando cambiar el ánimo de su compañera, con la esperanza de que volvieran a tener la complicidad que tenían días atrás.

—Siendo sincera, me encantaría. Hace tiempo que no logro despejar mi cabeza, como si una densa niebla me nublara. Además, necesitamos poner en orden nuestras ideas y pensamientos. Me has vendido de maravilla ese sitio, parece sacado de esas novelas románticas de vaqueros que leía mi abuela. —terminó soltando una carcajada. —Sí, me apetece un buen paisaje al ocaso, acompañado de

unas buenas cervezas. —dijo Susana, imaginándose allí sentada, en ese lugar que aún no conocía, pero que su mente dibujó a su gusto. Fantaseó estar junto a él, bebiendo y riendo mientras veían el cambio de tonos en el cielo. Era una imagen idílica que esperaba hacer realidad.

—Perfecto, entonces pasaré a recogerte en tu suite a las siete de la tarde, ¿te parece bien? No llegaré tarde. Bermudas como prenda elegante no es una opción, ¿verdad? —bromeó Antonio, algo que llevaba días sin hacer con ella. Estaba deseoso de que llegara el día siguiente para poder salir con Susana, desconectar de la rutina y dejar de pensar en los problemas de su familia; el preludio a custodias, abogados, dinero y más dinero. Necesitaba tenerla cerca, conectar más con ella, con la que era para él la mujer perfecta y, sin lugar a dudas, la mujer que siempre había deseado tener como pareja.

—No, las bermudas no son una opción viable. Pero estoy al corriente de que sabes elegir y usar adecuadamente la ropa de tu armario. No puedo permitir que una señorita de mi alta clase social vaya acompañada de un caballero descuidado y andrajoso. —bromeó Susana, ocultando muy bien la emoción que sentía al volver a tontear con Antonio. La alegría brotaba por cada poro de su piel, notaba cómo la sangre fluía por su cuerpo, caliente, y el ritmo de sus latidos iba en aumento. Era consciente de que habían cometido errores muy graves, uno tras otro, y que el daño ya estaba irreparablemente hecho. Aunque le seguiría reconcomiendo la cabeza algún tiempo más, dejaría de pensar en que ella misma fue la culpable de destrozar una familia y se enfocaría en ser feliz. Ahora, con su futura exmujer fuera de juego, tendría la oportunidad de pasar todo el tiempo del mundo junto con Antonio. Lo necesitaba a su lado, no solo como compañero de trabajo, sino como un compañero de vida. El hecho de que él le propusiera un plan de escape de la realidad y de su monótona vida era lo que había deseado desde que comprendió que estaba enamorada de él.

—Bien, te veré en un rato. Esto será pan comido, ya verás. —dijo Antonio mientras se dirigía hacia donde estaba el resto del equipo. Susana agarró su mano y él se giró, sorprendido.

—Por favor, ten cuidado… y piensa también en ti. Sé que eres el líder del equipo y son compañeros, pero no te arriesgues jugándote la vida. Quiero que vuelvas sano y salvo. —dijo Susana, quien terminó dedicándole una sonrisa tímida. Antonio enmudeció, analizando lo que acababa de escuchar de Susana. Observó cómo ella seguía agarrándole la mano con sus finos y largos dedos. Susana lo

soltó con premura y se sonrojó. Antonio, todavía en silencio, la admiró de arriba abajo, contemplando la que para él era la forma idónea de un cuerpo femenino. Tanto su físico como su forma de ser se combinaban para crear la perfección, pensó.

—¡Maldita sea!, lo tienes todo… —dijo en voz alta mirándola, un poco avergonzado, ya que no era su intención decirlo a los cuatro vientos. Susana lo miró boquiabierta, colorada como un tomate tras la sincera opinión de Antonio hacia ella.

—Disculpa, no sé por qué te he… —intentó disculparse Antonio, pero Susana lo interrumpió con una sonrisa tranquilizadora.

—Tranquilo, no tienes por qué excusarte. —dijo con simpatía, aún sonrojada. —Yo pienso lo mismo de ti. —le declaró, y Antonio se abalanzó hacia ella para abrazarla.

—Llevaré cuidado, no te preocupes. —contestó Antonio con decisión, intentando contener su deseo de besarla. Se convenció a sí mismo de que al día siguiente tendrían tiempo suficiente para hablar con tranquilidad y soltura sobre el rumbo que tomaría su relación. Dada la forma en que había transcurrido la conversación, estaba seguro de que sería por el camino que él esperaba.

Tras unos segundos de abrazo, ambos se separaron y se dieron cuenta de que tenían que continuar con el trabajo. Antonio se giró y siguió adelante, sin volver la cabeza a mirarla. Susana lo vio alejarse y sintió el temor de la separación que se avecinaba; unas horas que le parecerían eternas hasta que volvieran a reencontrarse. Pero al mismo tiempo, estaba feliz y deseosa de conocer cuál sería a partir de ahora su camino, casi segura de que ambos emprenderían un emocionante y esperado comienzo como algo más que compañeros de trabajo.

—Habría que ser muy tonta para no advertir cómo acabará esto, pero quién sabe… —pensó ella con una gran sonrisa mientras veía a lo lejos a su compañero, Antonio.

El grupo avanzaba lentamente, deteniéndose cada vez que el equipo de topografía necesitaba instalar los receptores y las cámaras con iluminación led, junto con el resto del equipo necesario para conectarlos a la base. En la cabeza del grupo, tres agentes de operaciones especiales, Gil, Bermúdez y Pino, caminaban uno detrás del otro, iluminando el camino con sus linternas. Cuando se les informaba por radio de la ubicación del siguiente punto de receptor,

se detenían para instalarlo. Una vez que el receptor estaba en su lugar, continuaban con la marcha.

En la retaguardia se encontraban el oficial y los dos agentes, Jiménez y Padilla. El oficial, Ochoa, supervisaba el progreso del grupo y recibía información de la cabeza del equipo. La base también tenía acceso a las cámaras acopladas en los cascos de los agentes de operaciones especiales, lo que les permitía observar cada uno de sus movimientos.

Antonio llevaba una tablet para seguir el progreso del equipo en el mapa, dibujado previamente por los droides, lo que le permitía guiar al grupo por el camino más corto hasta su objetivo.

—Equipo, estamos a punto de llegar al cuerpo que detectamos con el dron. Se ha confirmado que está muerto, pero como siempre, mantened la guardia alta. —informó Antonio a todos por radio.

Pocos metros más adelante, la linterna del agente Gil iluminó el cuerpo postrado de una persona. Antonio se adelantó para visualizarlo y confirmó que era el cadáver que habían visto anteriormente con la cámara del dron.

—¿Base, se ve bien? —preguntó Antonio por radio.

—Perfectamente. Podéis proceder con el escaneo. —indicó Susana, que estaba de pie observando las pantallas en la base.

Antonio descolgó de un mosquetón que llevaba enganchado a una hebilla del traje una pistola de escaneo radiográfico, muy similar a los lectores de códigos de barras de los supermercados, pero con una pequeña pantalla que mostraba la radiografía del objeto o ser vivo que se escaneaba. Sin dilación, apretó el gatillo y escaneó el cuerpo de arriba abajo.

—Base, el cuerpo está limpio. Se encuentra completamente momificado. Procedemos a etiquetarlo para su posterior retirada. —informó el subinspector. Tanto Antonio como los agentes de extracción notaron de inmediato que el ángel presentaba grietas evidentes. En la parte superior, donde debería haber estado la cabeza en forma de clavel, se encontraba vacío. Únicamente se podía apreciar el pectoral destrozado que asomaba entre la cabeza momificada del cadáver, fracturado como un delicado jarrón de porcelana roto. Una de las grietas llegaba hasta la cara del hombre momificado, dibujada sobre las manos del ángel. La crisálida, en la parte inferior, había

sufrido el mismo destino. Estaba resquebrajada por varias zonas y en estado de petrificación. El cadáver estaba esquelético; la piel era similar al cuero viejo, y debajo de ella no había músculo alguno, solo la forma de los huesos. Lo cubría una camisa a cuadros y un pantalón de pana, que apenas se podía ver debido a la crisálida. Dado el estado en que se encontraba, Antonio pensó que el cuerpo debía llevar varios años ahí abajo.

—Bien, nuestro nuevo amigo dudo mucho que se mueva de aquí, así que continuemos hasta llegar a alguna bóveda cercana donde montaremos el campamento y, a partir de ahí, trasladaremos a este o todos los que encontremos, ¿de acuerdo? —dijo Antonio antes de continuar.

Avanzaron durante un rato, guiados por el mapa del subinspector y las instrucciones de la base. Cada ciertos metros recogían muestras y documentaban todo lo que encontraban a su paso. Esa información era valiosa para futuras expediciones, lo que les obligaba a tomar estas medidas desde que comenzaron con las investigaciones y exploraciones de los túneles anteriores.

El sensor de movimiento que llevaba Gil emitió un pitido y en la pantalla apareció un punto verde parpadeando en la esquina derecha, señalado por el pequeño radar integrado. Casi de inmediato, el sensor de la agente Bermúdez también mostró el punto luminoso, y en menos de dos segundos, el sensor de Pino reaccionó igual.

—¡Tenemos movimiento a treinta y cinco metros, y avanzando! ¡Por nuestra derecha! —gritó Gil por su pinganillo.

—¡Atentos todos, nadie se mueve! ¡Mantenemos la posición! —ordenó el oficial Ochoa, un agente joven de treinta años que parecía más un estudiante de intercambio anglosajón que un agente de policía nacional nacido en Málaga. Para Antonio, Ochoa era demasiado joven e inexperto para dirigir un equipo de tanta responsabilidad y complicidad, como lo era el de operaciones especiales. Pero, a Antonio no le correspondía tomar decisiones sobre la estructuración del cuerpo, por lo que debía seguir las órdenes de sus superiores. Y esos superiores pensaban que, a pesar de su corta experiencia, Ochoa había demostrado suficientes habilidades para dirigir su propio equipo en múltiples ejercicios y maniobras.

—Se nota que esos dinosaurios no han pisado la calle en décadas; este tío no ha tenido ningún riesgo real en su vida. —se dijo a sí mismo Antonio, notando el nerviosismo del oficial al dar la orden

de mantener la posición. —Incluso le ha temblado la voz. Los demás agentes de operaciones especiales también lo han notado. —pensó Antonio.

Los altos mandos sabían, por experiencia de misiones realizadas en todo el mundo, que el peligro era evidente, pero al no haber ocurrido nunca un percance grave que pusiera en riesgo la vida de los agentes, se relajaban y enviaban a novatos a entrenarse. Por ende, los oficiales solían ser menos experimentados que los veteranos, y también sobrantes de otros equipos. La razón era evidente: prácticas de campo reales, pero sin riesgo alguno, al menos en los anteriores túneles explorados. Sacarlos a las peligrosas calles de las grandes ciudades podría poner en riesgo a los agentes a su cargo. Antonio sabía de buena mano que el grupo ZERO estaba compuesto por ese tipo de personal. Gente que necesitaba aprender y conocer el campo de batalla, junto con los ya retirados y experimentados agentes, como él o la inspectora jefa, María, que se acercaban más al retiro que a las patrullas nocturnas de novatos, encargados de otros asuntos más necesarios y peligrosos, como las redadas antidroga o la trata de blancas.

Pero el subinspector no se dejaba influir por las decisiones de los superiores. La experiencia le había enseñado que el peligro podía encontrarse incluso en los lugares que parecían más seguros. Siempre utilizaba sus conocimientos y experiencia, intentando ser precavido, aunque la situación no lo requiriera en principio. En esta ocasión, pensó que el peso añadido sería estar constantemente pendiente de su joven oficial de operaciones especiales, cuidando que no arruinara la operación.

—Está a tan solo quince metros de distancia, en el cruce de tres túneles. —dijo Antonio, con una expresión seria, buscando en el mapa una salida de escape alternativa por si la situación se torcía.

— ¡Jefe, lo tenemos encima! ¡Está a diez metros! —dijo Pino por su pinganillo, nervioso pero confiado.

— ¡Cinco metros! —exclamó la agente Bermúdez, que aprovechó para armar su fusil y llevar el dedo índice al gatillo.

Sin dar tiempo al oficial Ochoa de dar la orden de fuego, una figura oscura de un animal cuadrúpedo, de un tamaño considerablemente grande, apareció frente a los tres agentes. Gil no titubeó y, sin el permiso del oficial, abrió fuego. La velocidad y los movimientos de la criatura dificultaron su identificación, pero gracias

a sus reflejos y entrenamiento, la bestia fue abatida con una rápida ráfaga del agente. El animal de color oscuro se desplomó en el suelo con un alarido desgarrador.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Susana por radio, quien pudo observar lo ocurrido desde la cámara del casco del agente Gil.

—Jefe, blanco abatido. Procedemos a comprobar su estado. —informó Gil mientras avanzaba lentamente hacia la figura en el suelo. Con la luz de sus linternas, pudieron ver una figura grande con el pelaje de color ébano. Pino se adelantó para asegurarse de que no había nada más en el cruce de caminos, prestando atención en todo momento a su sensor de movimiento.

—Está muerto, no respira. Tiene pinta de ser un perro, sí, es un maldito perro. —dijo Gil, que movió el cadáver con la bocacha de su fusil.

—¿Eso es un pastor belga? —preguntó Susana desde la base, examinando la pantalla para comparar la fisionomía del animal con la de esa raza de perro.

—Ni idea, subinspectora. Lo que importa es que es un perro. Jefe, ¿seguimos? —preguntó Gil al oficial.

—Afirmativo, mantengámonos alerta y avancemos. —ordenó el oficial Ochoa, intentando recuperarse del sobresalto.

Continuaron avanzando y Antonio, que iba en la cola del grupo, se detuvo a la altura del animal y se agachó para examinarlo más de cerca.

—¿Paramos? —preguntó el oficial.

—No, no es necesario. Voy ahora mismo, continúen. No se preocupen, los alcanzaré enseguida. —respondió Antonio, que cogió una bolsa de muestras y con unas pinzas extrajo un poco de tejido del animal a través del orificio de entrada del proyectil. Con su linterna, iluminó el trozo de carne que había metido en la bolsa para examinarlo mejor.

Antonio se sorprendió al ver que la muestra no estaba manchada de sangre, a pesar de que la bala había roto varios capilares sanguíneos. Sin embargo, estaba limpio, salvo por un líquido

translúcido que lo cubría. El líquido era denso y desprendía un olor nauseabundo que provocó que Antonio se sintiera mareado y tuviera que cerrar rápidamente la bolsa para contener las arcadas.

—¿Qué has cogido? —preguntó Susana por el canal privado, sin dejar de observar lo que veía Antonio a través de su cámara.

—No estoy seguro… es extraño que no haya hemorragia debido a los impactos. Alguno de los proyectiles debe haber perforado órganos, vasos sanguíneos o vísceras, y nada… ni una sola gota. Además, el animal está frío. —informó mientras palpaba el pelaje con sus manos desnudas, tras quitarse el guante anticorte. —Aquí abajo la temperatura es mucho más baja que afuera, lo cual podría explicar el frío, pero ¿sin sangre? —preguntó Antonio retóricamente.

—Veamos la parte lógica. El animal debió entrar antes del derrumbe o posteriormente por el hueco donde Gloria introdujo el dron, pero antes de que llegáramos nosotros. Si hubiera sido así, habría estado atrapado ahí abajo durante días antes del derrumbe, la falta de alimento, el frío y el estrés podrían haber causado una disminución del flujo sanguíneo, reduciendo así el tamaño de arterias y venas. Se han dado casos de fallecidos que, en ambientes fríos, con amputaciones o desgarros, no han sangrado. Por favor, vuelve con el grupo y analiza la muestra más tarde. —intentó razonar lo ocurrido para convencerlo de que continuara con el resto del grupo.

—Pero… no hace suficiente frío para que eso ocurra… —Antonio dudaba, pero finalmente decidió seguir el consejo de Susana. —Está bien, veré la muestra más tarde. De todas formas, marcaré en el mapa el punto donde se encuentra el perro. Continuemos hacia la bóveda, ya falta poco. —dijo pensativo.

A pesar de todo, Antonio se sentía incómodo con el encuentro inesperado del perro y la muestra encontrada. Había demasiadas coincidencias en torno a ese túnel y ninguna de las misiones que había hecho anteriormente le había dado una sensación de miedo como esa. Cada extraño evento que sucedió desde que pisaron el lugar le hizo pensar que algo mucho más grande y terrible estaba por venir. Antonio esperaba equivocarse y se forzaba a creer que eran solo sucesos lógicos, pero sabía que todo lo que había pasado desde que llegaron, estaba relacionado. Desde la cigarra que murió de repente, lo que Gloria vio con el dron, las esferas cubiertas con una sustancia extraña y el perro abatido. Si todo lo que había sucedido estaba relacionado, lo que les esperaba allí abajo podría amenazar el mundo entero con algo tan extraño y de tal envergadura que nadie en

todo el planeta sabría cómo hacerle frente.



María sopló dentro de su taza de café, que estaba a rebosar. Era un café solo, doble, sin azúcar ni edulcorantes, ya que no le gustaban los añadidos en el café. Para ella, los suplementos en ciertos alimentos arruinaban el producto final. La sal, el limón o en este caso, la leche o los azúcares, eran ingredientes prohibidos en sus comidas o bebidas.

Mientras abrazaba con ambas manos su taza, María, que estaba sentada en una silla en la carpa de entrada al contenedor, estaba bastante nerviosa. Movía de manera ajetreada su pierna, como lo haría una biela de una vieja locomotora. Nuria no pudo evitar observar cuán alterada estaba la inspectora y decidió, por su propio bien, no abrir la boca para preguntar qué había ocurrido.

María se preocupaba por el paciente y se encontraba tan afectada como si se tratara de un familiar propio. No era para menos, ya que confiaba en que él podía tener la clave para la encrucijada de los túneles. Descubrir los misterios que guardaba ese hombre en su memoria era mucho más importante para ella que hacerse millonaria, de la noche a la mañana, y centrarse en disfrutar los años que le quedaran por vivir. Sabía que ese hombre, el único superviviente encontrado con una mínima esperanza de vida, podría enseñar al mundo entero la clave para evitar que esos seres de allí abajo no pudieran salir y acabar con todos, un miedo bastante presente en la mayoría de los conocedores del tema.

Antes de que María terminara de tomar su café, apareció Óscar y se situó frente a ella. Aunque sabía que lo tenía justo en frente, la inspectora no apartó la mirada de su taza, ensimismada, con la esperanza de poder seguir con la investigación.

—¿Ya has informado al comisario? —le preguntó María a Óscar, sin vacilar. —Has tardado un rato bastante largo en volver, y, aunque no lo creas, no suelo equivocarme en mis deducciones. —le dijo con firmeza.

—No ibas a hacerlo, ¿verdad? Tenemos una gran responsabilidad y parte de ella es notificar cualquier novedad a nuestro superior. —respondió Óscar con seguridad, sabiendo que María no tenía excusa.

—Haz lo que quieras, ese imbécil no debería meter sus narices aquí. Ya sabes cómo es. Le solucionamos sus problemas y luego se lleva todo el mérito. Es capaz de aplastarte para que te rindas, con tal de no salir perjudicado. Un inútil, borracho de mierda. No se merece nada de lo que tiene. —dijo María, bastante disgustada, sin preocuparse por lo que Óscar opinara de ella.

—Estoy cumpliendo con mi deber, no me importa cómo sea. Tenemos que notificar todo lo que suceda en esta operación, y si tú no lo haces, lo haré yo. —remarcó Óscar en tono serio.

—No me jodas. Hace unas horas no tenías tanta valentía, pero, siéndote sincera, me gusta conocer a las personas tal y como son. —le dijo María, elevando el tono, con aires de prepotencia. —Lo que realmente espero es que no se entrometa y nos permita hacer nuestro trabajo. Un trabajo que él no quiere hacer, pero sí se lleva los aplausos. Y reza para que no se entrometa, ya que, si lo hace, estaremos jodidos. Así que te recomiendo que le cuentes lo mínimo, capullo. —dijo María levantándose de la silla, mirando desafiante a los ojos de su compañero.

—Dudo que un comisario llegue al punto de querer involucrarse, a menos que sus inspectores cometan errores o no sigan los protocolos establecidos al pie de la letra. Pero ese no es tu caso, ¿verdad? A ti no te importa fracasar con tal de conseguir lo que quieres. —le recriminó Óscar con sarcasmo, elevando también su voz. Estaba empezando a cansarse de la insubordinación y la prepotencia de María. Sin embargo, ella rio, soltó una carcajada y, tras dar un sorbo a su café, volvió a mirar fijamente a su compañero.

—En realidad, creo que eres una buena persona y que quieres hacer bien tu trabajo, pero necesitas más experiencia. Hay casos difíciles que no pueden resolverse siguiendo las normas al pie de la letra. Además, no deberías creerte todo lo que oyes. En esta profesión, hay muchos engaños y mentiras. Él es el macho alfa, rey de los disfraces. Parece sabio, amable y bueno, pero pronto se envuelve en su disfraz de villano y puede traicionarte en cualquier momento, dejándote en la estacada. Así es como nos ve a nosotros, como objetos de usar y tirar. En el cuerpo hay muchos como él. Pero no puedo obligarte a ser como yo y saltarte las normas. Cumple con tu trabajo y da las novedades pertinentes, sin embargo, te advierto que cuanta menos información tenga el comisario, mejor podremos hacer nuestro trabajo. Cuanto menos se entrometa, más tiempo tendremos para resolver el caso. Si las cosas se complican, no dudará en sustituirnos

por otros colegas o incluso por militares. Y entonces, mi carrera y la tuya estarán acabadas. Él no se manchará las manos ni lo harán los de arriba. Pero si no resolvemos el caso, nosotros, nunca liderarás un equipo. Y te lo digo sinceramente, me dedico en cuerpo y alma a mis casos. Es una lástima que no pueda resolverlos de forma bonita o limpia para que los medios y los de arriba estén completamente satisfechos, pero al menos he conseguido hacer lo que nadie ha podido solucionar jamás. —explicó María mientras miraba su café con una sonrisa forzada que disfrazaba su impotencia y rabia, no solo por el encontronazo con Óscar, sino también por la falta de reconocimiento a su trabajo, a pesar de haber salido victoriosa en muchas ocasiones.

El inspector calló, relajó los hombros y bajó un poco la cabeza. Aunque creía entender a qué se refería la mujer, no estaba seguro de si debía creerla por completo. Pero si ella estaba en lo cierto, debían esforzarse al máximo y hacer un buen trabajo si no querían acabar en una triste dependencia en algún lugar remoto del mapa. Debía estar completamente concentrado en la misión y evitar tener que recurrir al comisario. Pero, ¿qué podría salir mal al hacerle preguntas a un hombre postrado en una cama? Óscar se preguntó si el hombre estaría muerto en ese mismo momento. Entonces, recordó la imagen del hombre con el ángel sobre su cabeza y las conversaciones con las personas que había conocido ese mismo día. Hablaban de los túneles, los ángeles, la madre y otros eventos y seres, sin explicación lógica. Fue entonces cuando Óscar se dio cuenta de que estaban completamente indefensos ante cualquier complicación relacionada con lo desconocido. Si algo saliera mal, sería fatal. ¿Quién le decía a él que no podría salir de allí abajo una horda de ángeles con sus crisálidas en busca de humanos a los que apresar? O que al hombre desmembrado que mantenían con vida no le saliera un monstruo dentado y sangriento del pecho, como en la película "Alien, el octavo pasajero". Todo aquel misterio era ajeno al resto de los humanos, que no tenían ni idea de lo que habitaba bajo sus pies. Y los pocos que lo sabían, aunque se apoyaban en conjeturas y teorías, desconocían cuál sería el detonante para que esos seres se dieran a conocer a nivel mundial. ¿Esperaban encontrar una fórmula genéticamente correcta para no morir al salir al exterior? ¿O en algún otro lugar del mundo seguían viviendo, esperando aumentar una posible colonia para dominar la raza humana? Nadie tenía respuestas. A Óscar todas estas preguntas y muchas más comenzaban a abrumarlo.

El inspector trató de calmarse después del opresor torbellino de pensamientos sobre lo que les estaba sucediendo. Comprendió que debían proceder con cautela y manejar cuidadosamente la situación, ya que el rumbo que tomaría el conocimiento de los túneles

dependería de ellos y del grupo ZERO, gracias al testimonio de José, el hombre al que intentaban reanimar en ese mismo momento. Si no moría y lograban que les enseñara lo que había vivido allí abajo, podrían comprender los misterios que se escondían en lo más profundo y oscuro de esos túneles.

María podría tener razón al pensar que el comisario simplemente quería utilizarlos por interés propio, agenciándose el mérito y ofreciendo a los peces gordos y a Defensa lo que este equipo descubriera, para simplemente colocarse donde no podría hacerlo por métodos más ortodoxos. Tenía lógica: un hallazgo de esa envergadura significaría para su carrera un salto que de ninguna otra forma podría conseguir. No solo su ego se vería beneficiado, sino también su bolsillo. El grupo ZERO no tendría el problema, ya que serían destituidos ipso facto y enviados a otros quehaceres, pero el peligro sería para la población local. Si la situación se les descontrolaba lo más mínimo, no dudarían en ponerle solución a base de bombazos, exterminando todo lo que hubiera en un extenso perímetro, incluidos civiles, pensó el inspector.

—Por cierto, ¿qué opinas de la aventura? —preguntó María con un poco de pillería, intentando cambiar de tema y trasladar la conversación a un terreno más apacible.

—No sé… entiendo que todo esto es difícil de procesar. Pero creo que el paciente tiene delirios, y haré todo lo posible por escuchar y anotar todo lo que la mente destrozada de ese hombre tenga que decirnos. Aun así, opino que esta pesquisa no nos conduce por el camino correcto. Creo que ese hombre tiene algún problema en la cabeza, María. Espero que no haya muerto y puedas tener razón, que nos ayude en esta ilógica e inimaginable aventura. —respondió Óscar, más calmado, mientras se dejaba caer en una de las sillas que allí había.

—No tengo ni idea de si está delirando o no. —suspiró. —Ojalá supiera si está diciendo la verdad o si simplemente es producto de su imaginación, creando una historia ficticia debido a los años que lleva atrapado. Lo importante es recopilar toda la información posible, seguirle el juego para que nos revele toda su verdad. Si eso nos ayuda a encontrar ideas o pistas que nos sirvan como guía para una explicación científica y lógica, habremos ganado. Además, con las grabaciones de la sesión, se podrán estudiar sus patrones de conducta para entender, aunque sea una minúscula parte, por qué nos necesitan esas cosas…

Recuerdo a un profesor de la academia, era muy suyo, no solía tener trato con demasiada gente, pero era un profesional de pies a cabeza. Aprendí mucho de ese hombre, hasta el punto de que cuando conseguí llegar a inspectora, seguía acudiendo a él en busca de consejos y ayuda. Me animó a no tirar la toalla, nunca, a no desesperarme en un interrogatorio, porque al final, las mentiras o las verdades, nos llevan a encontrar una salida, sin importar la duración. Siempre recordaré la frase que utilizaba incontables veces:

"La gente cuenta mentiras constantemente, pero si no los interrumpes y haces que crean que tú les crees, te lo contarán todo, verdades y mentiras. Tu trabajo es diferenciarlas"

Y para eso estamos, compi, para encontrar dentro de esas palabras, falsas o no, algún indicio que nos lleve a resolver este rompecabezas. —le contó a Óscar y dio un sorbo grande a su café.

El inspector quedó enmudecido, pensativo tras sus palabras. Le tranquilizó saber que María también pensaba lo mismo que él, aunque no lo hubiera dicho literalmente. Dejó ver que sabía perfectamente que el hombre de la habitación, José, divagaba entre fantasías, pero, aun así, debían seguir indagando hasta llegar al fondo de su afligida mente, si aún tenían oportunidad.

—*¿María? Soy Pilar. Ya pueden entrar. Hemos conseguido recuperarlo y se encuentra estable.* —dijo la doctora por el transmisor.

—*¡Genial! Vamos para allá.* —respondió María, que gradualmente comenzó a esbozar una amplia sonrisa.

—Hemos tenido suerte, ¿no? —le dijo Óscar, que también sonreía.

—¡Claro que sí! ¡Vamos! —exclamó María mientras se ponía de pie de un salto, cogía la escafandra y comenzaba a caminar con brío.



Isabel Segura, una experimentada técnica de laboratorio, se adentró en el pequeño cuarto reservado para los análisis que se realizaban en torno a toda la operación. Allí, recibía muestras de todo tipo, las clasificaba por relevancia y necesidad de la operación y las analizaba. En unas cajas de poliestireno se encontraban todas las

muestras recogidas del día. Isabel ya había analizado algunas de ellas, importantes, que se encontraban en el cajón de salida con su informe final grapado. Tras una breve pausa para tomar un refresco fuera del contenedor, Isabel volvió al pequeño laboratorio de análisis y se puso unos guantes de nitrilo sobre el plástico del traje para continuar con su trabajo. Cuando cogió la siguiente muestra, observó que dentro había un insecto. Con habilidad y rapidez, lo sacó con unas pinzas estériles y observó que se trataba de una cigarra. Adjunto a la muestra, había pegado un post-it amarillo que indicaba:

"Cigarra. Analizar por posible proteína"

—¿Tengo que buscar una proteína en una cigarra? Esta gente ve muchas películas del espacio… —dijo Isabel en voz alta mientras ojeaba el insecto dentro de la bolsa. Si bien llevaba más de diez años trabajando como técnica de laboratorio para el forense del cuerpo, no perdía el tiempo en analizar lo que ella consideraba "basura para malgastar su precioso tiempo". En este caso, Isabel decidió utilizar un informe genérico para que los solicitantes que habían enviado la muestra se quedaran más tranquilos, leyendo que en ella no existía ninguna anomalía. Modificó el archivo genérico, añadiendo el nombre científico del insecto, "Cicada orni Linnaeus", también la fecha y la hora. A continuación, le dio a la función imprimir y adjuntó el escueto informe a la muestra para enviarla con el resto, al cajón de salida.

—Como se nota que no saben nada de este trabajo… —se quejó Isabel en voz alta, orgullosa de zanganear y no perder el tiempo en lo que ella consideró un análisis inútil.

La técnica continuó con su tarea, analizando muestra tras muestra. Con la música a todo volumen, caminaba de un lado a otro de la sala con gracia y a ritmo de merengue. Isabel era una adicta a la música latina, ya que desde que era muy pequeña sus padres, de origen dominicano, le inculcaron sus costumbres caribeñas. Aunque había nacido en España, la técnica era una apasionada de la comida, música y costumbres de esa zona sudamericana. Su pasión por la música era razón más que suficiente para que le gustara tanto su puesto de trabajo, ya que podía compaginar perfectamente, escuchar su música y trabajar.

Dentro del cajón de salida, las bolsas temblaron de manera abrupta en intervalos cortos e imperceptibles. En particular, la bolsa que contenía la cigarra. Isabel, absorta en su trabajo, miraba a través del microscopio y tarareaba una canción que se reproducía en el altavoz portátil, sin percatarse de lo que estaba ocurriendo dentro del

cajón. La cigarra, que vibraba dentro del plástico transparente, confinaba algo que ya no quería seguir dentro de ella. La vibración aumentó y el insecto inerte se desplazó de un lado a otro dentro de la bolsa hermética, haciendo que las bolsas colindantes se zarandearan con agresividad. De repente, la cigarra dejó de moverse y cayó al fondo de la bolsa. Pasados unos segundos, el abdomen del insecto se desquebrajó desde la cabeza hasta el final del abdomen, dejando una larga y fina línea visible. La abertura se fue abriendo lentamente, dejando caer una sustancia translúcida y pegajosa al fondo de la bolsa. Entre el líquido viscoso, brotaron cuatro patas blanquecinas que abrieron el cuerpo sin vida del insecto, dejando salir unos apéndices finos y largos que se estremecieron, palpando con curiosidad tanto al insecto como la bolsa plástica, como lo harían los tentáculos de un cefalópodo. Isabel, todavía concentrada en el microscopio, no se dio cuenta de que su desidia ante la muestra de la cigarra iba a truncar por completo su destino.



El doctor Fernández explicó que José había sufrido un fallo cardiaco debido a la pérdida masiva de sangre causada por una arteria seccionada. Gracias a la rápida actuación del equipo médico, pudieron detener la hemorragia y estabilizar su estado. Óscar, deseando recopilar la mayor cantidad de información posible, activó el botón de grabación para registrar el diagnóstico de los doctores. Mientras ambos inspectores volvían a sus asientos, la grabadora continuó grabando. A pesar de estar exhausto, José hizo un gran esfuerzo para balbucear unas palabras que sorprendieron a todos.

—Creo que me he abstraído demasiado tiempo. Lo siento… Solo intentaba encontrar algo perdido en cierto lugar recóndito de mi memoria. —dijo José lentamente, dando a entender que ni siquiera había sido consciente de su parada cardiaca. Todos miraron al doctor, perplejos ante tal suceso, pero él tampoco entendía el porqué.

—La mente es un enigma tan poco explorado… tan vasta como los océanos. No poseemos más que un ápice de conocimiento de su complejo funcionamiento. —pensó para sí Ramón, que levantó las manos en señal de desconocimiento, haciendo ver al resto que él tampoco comprendía cómo José retomó la conversación como si nada hubiera sucedido.

—No tiene que disculparse, José. Con tranquilidad, lo que

vaya recordando nos lo va diciendo. No hace falta escudriñar tan adentro de la memoria, no se extralimite. —le dijo María con un tono calmado, animándolo a continuar su historia.

—Es usted muy considerada, gracias. —le agradeció José con una leve sonrisa. —Bueno, como les decía antes, aquella época fue fantástica para mí, bueno, para nosotros, los niños y adultos. Ahora recuerdo bien las carreras en bicicleta hasta la casa… —dijo José, pero fue interrumpido por María.

—Se refiere a la casa donde ha estado viviendo, ¿me equivoco? —preguntó ella.

—Exacto, esa omnipresente casa… La verdad es que podría decirse que ha estado muy presente en mi vida. Cuando éramos niños, íbamos allí cientos de veces a recorrerla de arriba abajo, a buscar chatarra abandonada, ya que la construcción se detuvo poco tiempo atrás. La maquinaria y herramientas que aún no habían robado o que estaban inservibles, nos servían como atrezo para juegos de guerra u otras tonterías. Además, no había ninguna valla que nos impidiera entrar, así que era todo un gran parque de juegos para nosotros. Jugábamos al escondite entre los chopos de la alameda, pescábamos carpas despistadas en la acequia para después devolverlas al agua, y hacíamos carreras con las ranas que encontrábamos en la piscina… Estaba llena de ellas, ya que almacenaba el agua de las lluvias. Años más tarde, en la adolescencia, todo cambió. Llegó entonces la variopinta edad de descubrir nuevos entretenimientos, y qué mejor que una casa abandonada para celebrar botellones los fines de semana y, ya saben, beber, jugar a la botella y empezar a tontear con sustancias prohibidas. —José soltó una carcajada, que acompañó con una tos dolorosa. —Era el lugar perfecto, sin casas alrededor, sin farolas y muchos árboles que evitaban que las luces se vieran demasiado. Y así fue como aquel sitio se convirtió en el centro neurálgico de las fiestas ilegales y en el lugar de reunión de muchos jóvenes del pueblo. Además, recuerdo que varios de los que íbamos con frecuencia a la casa, construimos una barra con ladrillos que encontrábamos por allí tirados. Todos los demás se llevaron una enorme sorpresa al verla. Las quedadas en la casa iban sucediéndose una tras otra, celebrábamos cumpleaños, fiestas de fin de año, sesiones de ouija, escritas en folios o cartones sucios, improvisábamos barbacoas y, ya saben, cosas de jóvenes. Los ligoteos también estaban a la orden del día, aunque todos éramos un poco inexpertos en ese arte ancestral y pecábamos de no tener experiencia alguna. Pero recuerdo a algunos valientes que aprovechaban la música, que casi siempre estaba a todo volumen, para realizar ridículos e inútiles

intentos de baile disco, asemejándose más a flamencos intentando salir de un espeso barro que a bailarines propios de un musical de Grease. Aquella casa se convirtió en un lugar de reunión para adolescentes que buscaban libertad fuera de la rutina del instituto o de sus hogares. Nos congregábamos allí para reencontrarnos con los amigos del fin de semana anterior y con las chicas con las que nos habíamos estado enrollando en los días previos. Y el finde siguiente, ¡zas! De nuevo estábamos allí, con gente nueva, repitiendo el mismo proceso, enrollándonos con otros u otras sin que hubiera malos rollos. Era un desfase hormonal fuera de sí. La casa era el lugar perfecto para conocer gente nueva y olvidar las preocupaciones del mundo real. Deseé que todo aquello no acabara nunca. Éramos jóvenes y felices viviendo esa etapa en la que la casa proveía de entretenimiento y nuevas amistades. Sin embargo, el tiempo no se detiene y las quedadas y fiestas perdían afluencia de gente a un ritmo sorprendente al llegar a la mayoría de edad. Las bicicletas y ciclomotores con tubos de escape modificados dieron paso a los coches. Los botellones se convirtieron en salidas a establecimientos nocturnos como discotecas, bares o pubs. Las celebraciones de cumpleaños al aire libre se vieron opacadas por escapadas a casas rurales con piscinas o festivales de gran magnitud. La casa, que acogió a tantas personas con ganas de pasarlo bien, quedó otra vez callada. La construcción inacabada aguardaba inanimada, en silencio, esperando nuevamente que otras gentes la albergaran. Las generaciones siguientes no optaron por escoger la misma opción que nosotros. Cerca de allí, en un barrio del centro de la ciudad, abrieron varios locales, discotecas para menores de edad que abrían temprano. Eso llamó mucho la atención de los adolescentes, que preferían sentirse como adultos, pero de manera un tanto descafeinada, con bebidas sin alcohol. Aunque eso no les impedía beber algo a escondidas por algún callejón antes de entrar a los locales. Como era lógico, nada podía competir contra eso, y mucho menos una casa en ruinas, a medio construir, en medio de la huerta. ¡Menudos fines de semana que me he pegado yo allí! —continuó contando José, animado y sin apenas detenerse, como si lo hubiera vivido días antes. Los inspectores no desviaron la mirada, estaban centrados en José, escuchando cada palabra que tenía que contar.

—Entiendo que no volvió a la casa en un largo periodo de tiempo, ¿verdad? Ya que, como usted dice, dejaron de frecuentarla. —preguntó Óscar, anotando todos los detalles que creía relevantes en su portafolio.

—No, para nada. Claro que seguí yendo. No de la misma manera, pero seguí frecuentándola. —respondió José.

—Por favor, continúe, José. ¿Por qué seguía visitando la casa? —le animó María.

—Mi abuelo me regaló su Volkswagen Golf rojo, que ya estaba bastante usado, cuando me saqué el carnet de conducir. Él se compró otro coche poco después, pero quiso tener un detalle conmigo, ya que teníamos una buena conexión. ¿Y qué hace un joven con un coche, aparte de ir de un lugar a otro con sus amigos? Pues buscar un lugar cercano, alejado de la multitud y oscuro, donde pueda estar a solas con alguna chica, ¿no creen? —María soltó una breve carcajada para hacerle saber que lo entendía perfectamente. —Después de recoger a la encantadora chica que sería mi compañera en esa magnífica velada, nos dirigíamos hacia la casa. Al final del carril, aparcaba el coche a un lado. Como el coche tenía un techo solar, después de disfrutar ambos de nuestros cuerpos, encendía un cigarro y miraba las estrellas a través de él. El lugar era oscuro y aterrador, pero no sé, después de un rato, uno se acostumbraba y lo admiraba con otros ojos. Esa solía ser mi rutina de visitas a la casa.

—¿Alguna vez ha tenido algún problema por estar allí, alejado de todo? —preguntó María.

—Bueno, alguna vez aparecía algún gracioso molestando, tocándome las narices, pero nada realmente importante. Además, el coche estaba en perfectas condiciones para los años que tenía, así que no había problema en salir corriendo si aparecía algún yonqui o personaje extraño. En un instante podríamos haber huido sin dificultades. —explicó José, disfrutando de sus recuerdos.

—¿Nunca se encontró con alguien más allí, alguien con las mismas intenciones que usted? —preguntó María.

—Claro, no era el único que conocía ese lugar y sus extraordinarias condiciones de ocultación. Todos los que íbamos en coche a la casa íbamos por lo mismo, usted me entiende. Pero también aparecía de vez en cuando algún porreta, que iba a fumarse su hierba o a relajarse. Si había otro coche o algún grupo de fumetas, buscaba otro lugar, no quedaba otra opción. Ahora que lo recuerdo… una de las noches que fui, había un ciclomotor, una scooter vieja, con pegatinas de grupos rock-punk, aparcada en la entrada. La chica que me acompañaba ese día y yo, no pudimos verla desde la distancia, ya que tenía las luces apagadas, pero al llegar al final del camino, nos dimos cuenta de su presencia. El ciclomotor estaba solo, y supuse que el dueño o la dueña estaría dentro de la casa. Al bajar del vehículo para observar mejor la zona, no encontré a nadie, tampoco voces o

sonidos extraños. La chica que me acompañaba bajó del coche y me confesó que le daba muy mal rollo que hubiera alguien por allí. De nada sirvió que intentara convencerla, y no tardó más de unos segundos en volver a subir al coche. Yo me quedé un rato fuera, atento a quienquiera que estuviera por allí, pero no apareció nadie. Una vez tiré la colilla al asfalto y me senté en el asiento del conductor, escuché un ruido seco que provenía de la casa. Al mirar la gran estructura, de arriba abajo, sin parpadear, seguía sin ver a nadie. Los sonidos parecían golpes, eran fuertes y espaciados unos de otros, y me pareció que provenían de uno de los estrechos respiraderos que estaban pegados al suelo de la estructura, que daban al sótano. Supongo que, si la construcción hubiera acabado, esos huecos tendrían ventanas. Hasta ese momento, nunca habíamos podido acceder al sótano, el cual era inaccesible y estaba completamente tapiado con una gran capa de hormigón sobre su acceso, que se encuentra en una de las grandes salas de la casa. Pero casi con total certeza, ese sonido provenía de allí abajo. Además, pude apreciar una tenue y momentánea luminosidad, como la luz de una linterna o un encendedor. No quise darle más importancia, pensé que sería alguien que había encontrado la manera de bajar sin tener que llevar un moto pico para reventar la espesa capa de hormigón. Quizás esos golpes eran provocados por alguna herramienta de alguien al que le estorbaba alguna pared por ahí abajo, quién sabe. Yo no iba a detener a nadie, ya que esa casa no tenía dueño o yo no sabía de su existencia, y cada cual la aprovechaba como le venía en gana. Así que me convencí de marcharnos de aquel lugar, ya nos habían fastidiado el momento y no sabíamos si esa persona o personas serían peligrosas. Una vez dentro del coche, bajé la ventanilla de forma manual y arranqué. Justo en el momento en el que el motor realizó la combustión, pude distinguir el sonido de una persona gritando entre su rugir. Paré el motor al instante y quedamos en silencio. Mi joven acompañante me preguntó por qué había parado el motor, pero la hice callar con mi dedo índice apoyado en mis labios para que me entendiera sin decir ni una palabra. Necesitaba estar seguro de lo que había escuchado. Entonces, desde lo más profundo de la enorme casa, en sus adentros, los dos escuchamos el terrible alarido de sufrimiento de una mujer. Estaba seguro de que ese escalofriante grito provenía del sótano.

—*¿¡A qué estás esperando!? ¡Arranca de una puta vez!* —gritó la chica. Inmediatamente, encendí el motor y aceleré a fondo. La joven estaba aterrorizada y no dejaba de mirar por el parabrisas trasero. Yo hacía lo mismo por el retrovisor, pero todo lo que podíamos ver era la imponente mansión, rodeada de sombras en la

oscura noche. La cara de la chica lo decía todo, estaba tan asustada que incluso hiperventilaba. Me preguntó de dónde podía haber venido ese grito, si le había pasado algo a alguien, y me hizo muchas más preguntas a las que no podía responder. Solo quería dejarla en su casa y volver a la mía, sin pensar en lo que podría estar sucediendo allí.

Una vez en mi casa, no pude dejar de pensar en lo sucedido. Traté de encontrar una explicación lógica, pero era imposible. Nadie grita de esa manera si no le está ocurriendo algo malo. ¿Y si alguien estaba siendo violado? ¿Y si eran unos niños que habían tenido un accidente? No dejé de hacerme preguntas para las que no tenía respuestas. Mi cabeza no me daba descanso. Aunque cualquier otra persona se hubiera desentendido y llamado a la policía, yo solo sopesé qué podría hacer para ayudar a alguien en peligro. Me conocía la zona como la palma de mi mano, y había estado allí cientos de veces, por lo que creí que podría meterme en la boca del lobo y salvar con mis propias manos a quienquiera que estuviera en problemas. Qué iluso… un chico joven creyéndose un héroe… cuando somos jóvenes, creemos que podemos con todo, ¿verdad?

Recuerdo que no perdí tiempo sopesando si debía ir o no. Entonces, miré la hora en mi reloj; solo había pasado media hora. Cogí las llaves del coche y salí de casa para volver allí de nuevo.

4 – Muda

La bóveda a la que llegó el equipo era similar en tamaño a un pequeño polideportivo de pueblo. Desde allí, se podía acceder a otros dos túneles: uno que derivaba hacia la parte noreste de la enmarañada hilera de conductos, y otro que los llevaría directamente al gran útero, aunque la distancia hasta este último era considerablemente extensa. Antonio consultó el mapa para marcar los pasillos que debían transitar para llegar lo antes posible y verificar que la madre estaba muerta, como en tantos otros casos. Si tenían tiempo y era posible, explorarían el resto del entramado de túneles, sabiendo que mientras la madre estuviera muerta, nada malo podría sucederles. Mientras tanto, debían andarse con cuidado.

El oficial Ochoa situó a su equipo por binomios en cada acceso a la bóveda, mientras el resto de la expedición se encargaba de montar el pequeño campamento y la morgue temporal. Allí llevarían los cuerpos que encontraran, si es que los había, para examinarlos en busca de evidencias que pudieran ayudar a la investigación. Hasta el momento, el único cuerpo que se había trasladado a la morgue improvisada era el cadáver desecado de lo que parecía ser un hombre mayor. No tenían mucho más que hacer que comprobar que no había vida en su interior. Por lo tanto, su cuerpo y el del ángel fueron introducidos en un saco negro para su posterior autopsia.

El túnel por el que la expedición llegó hasta la bóveda ya estaba completamente operativo, y los distintos integrantes no dejaban de entrar y salir. Con maquinaria de transporte, trasladaban material al interior de la bóveda para avanzar en el montaje e instalación de la iluminación y los receptores. Mientras tanto, el oficial Ochoa pensó que sería buena idea adelantar trabajo en cuanto a la seguridad se refiere. Se acercó al subinspector Antonio, que examinaba visualmente el cadáver desecado antes de cerrar por completo la cremallera del saco.

—Subinspector, si no le importa, vamos a asegurar el acceso más cercano al útero. —pidió Ochoa, un poco nervioso.

—De acuerdo, siempre y cuando haya alguien en cada uno de los tres accesos a la bóveda. Pero tengan cuidado allí dentro. —respondió Antonio, conforme con la solicitud de Ochoa, preocupado por lo novato que era, pero confiando en que él y los agentes que lo acompañaban podrían manejar cualquier eventualidad.

—Entendido subinspector. Nos encargaremos de ello. —Ochoa se retiró y se dirigió directamente al acceso que conducía al útero, que estaba asegurado y vigilado por los dos agentes que componían el binomio “Topo 1”, el agente Pino y la agente Bermúdez. Ochoa ordenó al agente Padilla, que se encontraba en el acceso ya asegurado que conducía al exterior, que dejara sola en su puesto a la agente Jiménez y fuera a vigilar el acceso que en ese momento ocupaba el binomio Topo 1, el de los agentes Pino y Bermúdez.

—Padilla, quédate aquí en el puesto de Topo 1. Nosotros tres avanzaremos. —le ordenó al agente Padilla. —A todos los demás: Pino, Bermúdez y yo, nos vamos de excursión. No abandonen sus puestos y hagamos un checkpoint cada 10 minutos, ¿entendido? —les informó a todos.

—Topo 2, recibido. —respondió Gil por radio, quien se encargaba de la seguridad en el interior de la bóveda.

—Topo 3, recibido. —respondió Jiménez, vigilando en su puesto el acceso a la salida del túnel, viendo al resto del personal salir y entrar de la bóveda, transportando y montando material.

—Topo 4, recibido. —respondió Padilla desde su posición actual, por la que marcharían Topo 1 y el oficial. Los tres avanzaron lentamente, uno tras otro, vigilando tanto el frente como la retaguardia. No tardaron en llegar a la primera bifurcación, y el oficial Ochoa comprobó el mapa que se mostraba en su pequeño dispositivo visual, similar a una tablet, pero con materiales mucho más resistentes y preparados para el trabajo de campo.

—Según esto, el camino principal es el de la izquierda, pero este también nos llevará al útero. —dijo señalando la pantalla y la delgada línea del túnel que se desviaba hacia el este. —Y, aunque nos llevará más tiempo, sería una forma de asegurarnos una ruta de escape, ya que no solo tendríamos una entrada, sino también una salida de emergencia por aquí. —les indicó Ochoa.

—Yo iré por la derecha, vosotros tirad por la izquierda. —se adelantó a decir Pino.

—Nadie irá solo, Pino. Avanzaremos juntos por este camino. —dijo Ochoa, señalando el camino de la derecha. —Una vez lleguemos al útero, esperaremos a que el resto de la expedición avance. Cuando estén aquí, Topo 2 y 4 comenzarán la búsqueda por el camino de la izquierda, ¿me pilláis? —Ochoa no quería poner en

peligro a nadie. —Si uno de nosotros se separa y pierde la señal, no nos enteraríamos ninguno, es demasiado arriesgado. —explicó.

—Pero alguien debe mantener segura esta parte, ¿no? —objetó Pino.

—Tienes razón, es menos arriesgado que uno de nosotros se quede vigilando ese túnel… alguien debe vigilar esta parte hasta que los otros dos regresen. Decididlo entre vosotros dos. —terminó diciéndoles el oficial, evitando elegir quién se quedaría en la retaguardia, vigilando el túnel.

—No hace falta echarlo a suertes, este tío siempre tiene suerte con el piedra, papel o tijera. Me quedo yo. —se adelantó Bermúdez, propinándole de paso un puñetazo a Pino en el hombro, haciendo que el agente diera un paso atrás para evitar caerse.

—Zorra… —dijo Pino sonriendo, mientras miraba cómo su compañera avanzaba, contoneándose de forma chulesca, haciéndole una peineta.

—Yo también te quiero, mi amor. —dijo Bermúdez, lanzándole un beso y un guiño.

Los dos avanzaron, dejando atrás a su compañera, que comenzó a custodiar el camino que utilizarían como salida emergencia, en caso de dificultades en el útero. A Bermúdez no le agradaba mucho la idea de quedarse sola, pero sabía que tenía las espaldas cubiertas. Por un lado, Ochoa y Pino avanzaban asegurando el único camino al útero, aparte del que ella vigilaba, por lo que nada o nadie vendría por esa dirección. Por el otro lado, estaba Padilla, salvaguardando el acceso a la bóveda, por lo que Bermúdez no debía preocuparse más que por su inexplorado y oscuro túnel. Su misión era vigilar el frente. La agente levantó su fusil y apuntó hacia delante con la linterna que llevaba acoplada. El pequeño foco no pudo iluminar más allá de unos cuantos metros con su caño luminoso. El final de la luz se difuminaba y era absorbido por la oscuridad imponente. El corazón de Bermúdez comenzó a acelerarse, la oscuridad y la soledad no eran amigas de la agente. Pensó que la única forma de apaciguar su acelerado ritmo cardíaco y ansiedad era realizar un checkpoint, para comprobar que tenía enlace con todos y cada uno de sus compañeros. Lo hizo, y todos contestaron. Suspiró con tranquilidad e intentó relajarse, sabiendo que, si algo ocurriera, todos estarían localizados y disponibles con solo pulsar su pinganillo.

◆◆◆

José estuvo hablando sin parar durante un buen rato y ninguno de los dos inspectores lo interrumpió. Contaba un soliloquio sobre su pasado que estaba empezando a tomar un rumbo interesante. A los inspectores les parecía que la historia, inventada o no, se estaba volviendo atrayente y creían que les estaba llevando justo donde querían: de vuelta a la casa y probablemente al túnel.

—Preparé una mochila con lo esencial para rescatar a alguien que pudiera estar atrapado en contra de su voluntad: una pata de cabra, dos linternas de pilas de esas grandotas, las que duran bastante, y un bate de béisbol que me regalaron de crío, cuando me dio por buscar dentro de mi ser el deportista que jamás llevé dentro. ¡Cuántos balones y utensilios de deporte desaprovechados! Una vez que preparé todo lo necesario, llamé a mi vecino, mi amigo, hijo de los propietarios del terreno cercano a la casa de la que os hablé antes. —continuó contándoles José, que de vez en cuando tenía que realizar una pausa para tomar aire, acción que le costaba bastante. —Ese amigo era Raúl, uno de esos camaradas que crees que estarán para toda la vida. No tuve que insistirle demasiado y accedió a acompañarme.

—*¿Qué ha pasado tío? Ya sabes que lo que haga falta, pero ¿qué se te ha perdido por allí?* —me preguntó preocupado mientras circulábamos a toda prisa con el Golf rojo por los carriles rodeados de huerta. Creo que no le dije nada, mi expresión ya decía suficiente y él sabía que no debía ser nada bueno, así que no volvió a insistir. Yo estaba decidido a descubrir lo que había ocurrido allí y no podía pensar en nada más que en lo que estaba sucediendo bajo la casa. Frené junto al terreno de los padres de Raúl e indiqué que me abriera la verja para dejar el coche dentro del recinto, que estaba vallado. No quería que nos descubrieran por el ruido del motor o las luces. Tras aparcar el coche junto a su pequeña casa de huerta, dentro de la finca de los padres de Raúl, ambos continuamos andando hasta la casa, lo cual no nos llevó más de cinco minutos.

—*Estamos aquí porque vine con Míriam, la hija de la dueña de la floristería, y escuchamos unos gritos que provenían del interior de la casa, más concretamente, del sótano.* —le expliqué.

—*Qué fuerte… ¿Sigues saliendo con esa tía? Me pone nervioso escucharla hablar… como si fuera la reina del mundo. Esa niñata no te conviene, se cree mejor que el resto, incluyéndote a ti…* —Raúl siempre se distraía con los cotilleos. Era su forma de entretenimiento, además de

la comida, que le gustaba demasiado. En aquel entonces, Raúl era un poco rellenito, no era obeso, pero le encantaba demasiado la comida basura… él era… fuertecito, ustedes me entienden. Pero tenía atributos muy llamativos; sus ojos eran de un color miel que parecían estar pintados con óleo, y su pelo era grisáceo, plateado, algo que nunca había visto en alguien tan joven. Sin embargo, eso no era una desventaja; al contrario, le favorecía mucho, todo el mundo lo comentaba. Siempre contaba que fue debido a un gran susto que se llevó cuando fue atacado por dos lobos en un viaje con su familia al norte. —José soltó una pequeña carcajada. —Nadie creía sus fantasías, ya que siempre andaba bromeando con cualquier tema. En realidad, su pelo cenizo fue fruto de un bajo nivel de melanina en su desarrollo, algo que escuché en una conversación de mi madre con la suya, pero que nunca utilicé para dañarle o contárselo al resto de conocidos o amigos. Sin embargo, lo que resaltaba de él, era su personalidad. Siempre cercano, bromista, risueño… era muy divertido pasar las horas con él. No considero que hubiera nadie que le odiara, era el graciosillo del grupo, pero si lo necesitabas, ahí estaba él para ayudarte. Por eso era uno de mis mejores amigos.

—Tío, céntrate. Esto es importante, no sé quién demonios hay por allí o qué ha podido pasar. Luego discutiremos lo que opinamos cada uno sobre los gustos femeninos del otro. —le contesté sin disminuir el ritmo.

—De acuerdo. Es posible que lo que escuchaste fuera cualquier cosa rompiéndose, algún animal o simplemente unos criajos liándola. Mucha gente acude a esa ruina, no entiendo por qué estás tan alterado. De todas formas, vayamos a echar un vistazo. —dijo mientras intentaba seguirme el paso, con un jadeo incesante. —*Pero aprovecho para decirte una cosa en total confianza. No te fíes demasiado de esa chica. Si encuentra a alguien con más dinero que tú, te dará la patada sin dudarlo.* —terminó dando su opinión sobre la joven, incapaz de contenerse.

Cuando llegamos, vi que el ciclomotor seguía estacionado en el acceso de la vivienda. Entramos en la propiedad sin necesidad de encender las linternas, ya que la luna reflejaba suficiente luz para poder observar el exterior de la parcela. Las malas hierbas dificultaban el acceso a la construcción, pero con la ayuda de la pata de cabra y el bate pudimos apartar muchas de ellas. Una vez en la entrada, observamos con detenimiento cada uno de los huecos pegados al suelo, con la intención de descubrir qué ocurría allí abajo. Pero nada, reinaba un silencio absoluto, a excepción del canto de los grillos.

Una vez dentro de la casa, la exploramos al completo, pero no vimos nada que nos llevara a pensar que allí hubiera ocurrido algo

extraño. Recuerdo que había muchísima basura por todas partes, probablemente culpa de las intensas y destructivas juergas de antaño, pero también por los ocupantes eventuales que veían el lugar como un "centro social del canuto". La gente que frecuentaba y seguía yendo al lugar, no estaba muy concienciada con el reciclaje de desechos. Lo inspeccionamos todo, especialmente en la planta principal, donde no encontramos más que mierda, escombros y chatarra.

En un momento dado, mi amigo Raúl se apartó para ir a orinar en la parte trasera de la casa. Allí estaba el hueco para una puerta, que daba a una amplia zona trasera y a la piscina. Aunque no tenía ni idea en aquel momento, por esa puerta se accedía a la que después sería una bonita e iluminada cocina.

—*¡Joder, tío, ven aquí!* —gritó Raúl con todas sus fuerzas. Nada más llegar donde él estaba, pude vislumbrar una gran taquilla, quizás de alguna vieja fábrica cercana. Antigua y oxidada, la taquilla estaba apoyada de pie junto a uno de los pocos tabiques que había en la planta principal, cubierta hasta casi su mitad de maleza y ramas secas. —*No recuerdo esta taquilla aquí atrás. Es más, siempre voy a mear al mismo sitio, soy un animal de costumbres, ya lo sabes.* —dijo mi amigo con ese toque de guasa que le caracterizaba.

—*No tiene lógica, parece que ha estado aquí mucho tiempo… Mira.* —señalé la maleza que cubría la taquilla. —*Si la hubieran colocado hace poco, las ramas de las plantas estarían chafadas y rotas. Pero están creciendo por encima de ella. Es indudable que esta taquilla lleva tiempo aquí. No te habrías percatado de ella antes.* —le dije a mi amigo, sabiendo que era propenso a prestar la mínima atención a su entorno. —*Venga, esto es una pérdida de tiempo. Ha sido una tontería venir aquí. Está claro que no hay nada raro.* —dije con desánimo mientras me daba la vuelta para regresar donde habíamos dejado coche.

—*¡Tío!, mira. Del hueco sale una suave brisa.* —exclamó Raúl emocionado. Me acerqué y pude sentir el poco aire que salía del pequeño espacio entre la taquilla y la pared. Decidimos moverla entre los dos, pero nos costó bastante debido a su gran peso. Finalmente, conseguimos tumbarla en el suelo. Al hacerlo, descubrimos una pequeña abertura en el muro, lo suficientemente amplia para que una persona no muy grande pudiera pasar. Mirándonos sorprendidos, nos dimos cuenta de que esta grieta era la entrada al sótano, al cual, ni nosotros ni nadie conocido había accedido antes.

—*¡De puta madre! Tenías razón, hay una entrada al sótano.* —

exclamó Raúl con entusiasmo, bajando con mi ayuda. Mientras Raúl intentaba aferrarse a algún punto fijo y estable, pensé en que al igual que él, yo tampoco recordaba haber visto esa taquilla jamás, y menos aún, ese hueco en la fachada por el que se accedía al sótano. Era extraño, alguien quería ocultar algo allí abajo y quizás no fuera trivial. A partir de ese punto, debíamos andar con pies de plomo. Ambos estábamos asustados ante la idea de adentrarnos en aquel sótano, no queríamos encontrarnos con algún perturbado mental o un criminal que pudiera atacarnos, pero ya estábamos allí, y no queríamos perdernos la oportunidad de explorar ese nuevo lugar.

Una vez dentro, observamos que aquel sótano era enorme, la luz de nuestras linternas no llegaba a iluminar el final de la estancia. Caminamos lentamente, inspeccionando trastos y muebles cubiertos con sábanas blancas. Todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo y arena, lo que nos llevó a pensar que aquello llevaba muchos años abandonado. De toda la cantidad de mobiliario que allí se encontraba, lo que más llamó nuestra atención, fue la gran cantidad de bidones de madera vacíos y maquinaria agrícola, además de muchísimo material de construcción.

Tras descubrir todas esas antiguallas, no entendí la necesidad de tapiarlo todo y dejar ese material y muebles allí abajo. No había escaleras para subir o bajar, ni tampoco un espacio preparado para su posterior construcción. Simplemente, aquello se guardó y se tapió. Como la casa se quedó inacabada, creí que todos esos trastos se guardaron hasta que tuvieran de nuevo fondos para continuar con la obra, pero eran suposiciones mías. Aun así, era muy extraño dejar todo eso abandonado y encerrado, tapiado con hormigón indefinidamente… cada cual con sus pajas mentales.

Continuamos investigando cada punto de aquel inmenso sótano, buscando algo que nos condujera a pensar que alguien había estado por allí hacía poco tiempo. Algún dispositivo electrónico, colillas recientes, botellas… algo por el estilo. Pero no encontramos nada. Nos dio la sensación de ser las primeras personas en años que habían estado en ese lugar oculto. Surgieron muchas preguntas en mi mente y ninguna de ellas tenía respuesta. Si todo aquello lo dejaron sus antiguos dueños, ¿lo harían para continuar con la obra más adelante?, y si era así, ¿cómo podrían sacar o meter ese material voluminoso y pesado?, ¿por el boquete en la pared?, imposible. ¿Cómo lo harían? No tenía sentido. Y hablando del boquete, ¿quién lo haría?, ¿la gente del ciclomotor de la entrada?… y si fuera así, ¿dónde se habían metido?

—¿Sospechaba de alguien cercano a usted que le hubiera mencionado antes ese sótano o la intención de acceder a él? —preguntó Óscar, anotando todo lo que José contaba en su portafolio, y siendo capturado por las videocámaras y la grabadora.

—Pues… no. Ignoro quién podría haberlo hecho. Supongo que sería alguien que le hubiera picado la curiosidad por conocer más secretos de esa casa. —respondió José, encogiéndose de hombros. —Quizás algún amigo de lo ajeno, o amante de lo paranormal… no tengo idea. —dijo con sinceridad José.

—De acuerdo, ¿dónde nos habíamos quedado? ¡Ah! La abertura… Pues bien, después de buscar sin éxito señales de que hubiera alguien allí abajo o algo fuera de lo común, decidimos marcharnos. Pero cerca de la grieta por la que habíamos bajado, sentí una extraña sensación de que alguien nos observaba. Incluso creí ver algo o alguien por el rabillo del ojo, aunque quizás solo fuera un objeto. Aun así, siempre pensé que había alguien allí. Todo mi cuerpo se estremeció y el vello se me puso de punta. Rápidamente, apunté con mi linterna, pero no encontré a nadie. Sin embargo, descubrimos un enorme agujero en la pared, muy cerca de nosotros, el cual había pasado inadvertido ante nuestras narices, todo el rato que habíamos estado allí abajo. Estaba claro que quien hubiera hecho el agujero que tapaba la taquilla, debía de ser también el responsable del gran boquete en el hormigón que teníamos a tan solo unos metros. Estábamos seguros de que no era casualidad, ya que estaban muy cerca una abertura de la otra.

—*Tío, es imposible que alguien haya hecho esto sin alguna herramienta de esas… de picar el suelo… ¡Un motopico! El muro es demasiado grande y denso para que se rompa solo.* —dijo Raúl, sorprendido y asombrado por lo que teníamos frente a nosotros. Yo ni siquiera me molesté en contestar, estaba absorto, no solo por el tamaño de la abertura, sino porque no había ni rastro de tierra o roca por el suelo. Al alumbrar con nuestras linternas, descubrimos que ese hueco era en realidad un pasadizo, como una cueva en la montaña. —explicó José.

Los dos agentes se miraron, sabían de sobra que se refería al “túnel”, el mismo en el que se encontraban sus compañeros realizando las tareas de exploración y rescate.

—A partir de este punto, tengo lagunas importantes, agentes. No estoy seguro de lo que ocurrió, pero creo que me desmayé, probablemente por algún tropiezo o golpe, y cuando desperté, estaba

justo en el mismo lugar. —explicó José, intentando recordar lo sucedido.

—¿Considera que lo que sucedió a partir de este punto fue un sueño? —preguntó Óscar con curiosidad.

—Exacto, no recuerdo cómo pasó, pero de repente me desmayé y lo único que tengo almacenado en mi mente es un terrorífico delirio. Una de esas pesadillas que son difíciles de olvidar, pero, al fin y al cabo, solo eso, una pesadilla. No creo que les sea de mucha ayuda, pero puedo continuar a partir de ese punto, cuando me desperté y salí de la casa. —explicó José a los inspectores.

—No, no José. Me gustaría que nos contara también ese sueño del que habla. Todo es importante para nosotros. Y como sabe, no tenemos ninguna prisa. Por favor, explíquenos qué sucedió en ese sueño, con todo detalle. —le animó María a que les contara lo que para él fue tan solo una pesadilla. Ella sospechaba que aquello que estaba a punto de relatar, poco tendría que ver con una terrorífica manifestación mental, como les dijo. La experiencia le enseñó que las personas que han sufrido algún incidente traumático se refugiaban de muchas formas diferentes. Quizás, José se obligó a pensar que esa experiencia tan solo fue producto de su imaginación. Era extraño que desfalleciera delante de su amigo y dijera que “cree” que se desmayó. No diría que lo creía, sino que lo sabría a ciencia cierta, ya que su amigo le contaría lo ocurrido, que se desmayó delante de sus narices. No dudaría de esa manera, no diría "entiendo que me desmayé", especuló María.

—Espero que no les parezca una locura, pero en fin, es un sueño. Recuerdo que era en ese mismo lugar, frente a ese agujero en la pared. Miré a mi amigo y sin mediar palabra me aventuré al interior. Me costó entrar, pero una vez allí, el espacio era más grande de lo que yo imaginaba. Raúl entró tras de mí, aunque creo que estaba asustado, ya que no hizo ninguna gracia de las suyas. Alumbré al frente. No veía más allá del haz de luz de mi linterna, por lo tanto, comprendí que era un túnel profundo. Anduvimos un rato, dejando atrás la entrada, que en pocos metros se desvaneció de nuestra vista. Me extrañó mucho no encontrar tierra, escombros o barro allí dentro… no sé, lo normal es encontrar rastros de tierra si excavas un túnel, ¿no? Pero nada, ni rastro de todo eso. Aunque claro, era un sueño, y mi mente dibujaría cada centímetro de aquel oscuro lugar. Cuando pisamos el suelo, este se hundía un poco, como si hubieran recubierto todo ese conducto con espuma almohadillada y plástico translúcido, o algo así. Era similar a caminar sobre el suelo acolchado de los parques infantiles. Además,

ese suelo y sus paredes reflejaban la luz de mi linterna, como cuando alumbras el aceite o la vaselina. Al tacto era asqueroso, era como un líquido espeso y transparente, como el moco de caracol, pero de color rosáceo. También, las paredes dibujaban ondulaciones y surcos por los que brotaba más de ese líquido asqueroso.

—Disculpe que le interrumpa, José. ¿Podría decirme si el interior del túnel se asemejaba a la textura o forma de algún ser vivo? Me refiero a sus entrañas, las vísceras de un animal muerto. —preguntó María con interés, animando a José a extenderse más en su descripción.

—Pues mire, sí… Ahora que lo menciona, creo recordar que era más como usted dice, vísceras más que plástico… Déjeme ponerlo en términos más concretos: imagínese que la reducen a usted al tamaño de una pulga y la introducen en el interior de un muslo de pollo deshuesado, dentro del hueco que quedaría sin el hueso, pero sin cocinar, viscoso y húmedo, con formas irregulares. Era opresivo, muy claustrofóbico. Quizás esa sea la mejor manera de explicar cómo me sentía allí dentro y cómo lo percibía, bueno, como mi subconsciente me hizo creer que era todo aquello. —dijo José, soltando una pequeña carcajada. —Era asqueroso, pero ninguno de los dos decidió volver. No paramos en ningún momento, solo caminamos y caminamos, ni siquiera nos dirigimos la palabra. Parecía automático, como si una vez dentro tuviéramos que seguir caminando, sin extrañarnos de que todo aquello era raro, demasiado… delirante. No encontramos nada anómalo, aparte de lo ya de por sí extraño de la situación, así que seguimos avanzando, sin miedo. Además, nos embargó un sentimiento de paz inexplicable, que aumentó con cada paso que dábamos, animándonos a seguir adelante, ansiando llegar a un lugar desconocido, pero… querido. Había momentos en que el estrechamiento hacía casi imposible caminar erguidos, y otros en que apenas podíamos avanzar, andando a la fuerza lateralmente, ya que las paredes se estrechaban en algún tramo. Hace tanto tiempo que pasó todo aquello, que no recuerdo cuánto caminamos, pero parece que fueron muchos kilómetros y demasiado tiempo. De aquella parte del sueño tengo recuerdos muy vagos, pero sé que después de horas de caminata, llegamos a lo que parecía una grandísima sala con mucho espacio, al menos eso parecía, ya que la poca luz de nuestras linternas, que ya empezaba a flaquear, no topaba con ningún obstáculo. Aquel sitio debía ser enorme, además, nuestras voces producían eco, lo cual reforzó ese pensamiento. Estuvimos un rato gritando, intentando obtener respuesta desde algún punto de aquel oscuro y enorme lugar, pero la única respuesta que nos llegaba, eran nuestras propias voces,

que rebotaban en algún lugar lejano y volvían de nuevo a nosotros. Pronto fuimos conscientes de que el suelo que pisábamos se mecía, y no era una sensación de mareo producido por la oscura inmensidad de aquel sitio. Ese suelo era más blando que el de atrás… Era como gelatina. Se sucedieron pequeños temblores, como espasmos, y entre los surcos que se dibujaban en él, pasaban una especie de tubos, como si de mangueras estriadas se trataran. Esas mangueras transportaban algún tipo de líquido, notando un fuerte flujo que las recorría al pisarlas. —María sabía que estaban en el interior del útero. La descripción de José no dejaba lugar a dudas. Según lo describió, la zona era un espacio muy amplio, sin una estructura demasiado compleja y enrevesada, ya que el ruido o las voces producían eco en las paredes, engrosadas de arterias, y acompañadas de músculo blando. La única diferencia entre los úteros que había visitado María y el de la visión de José, era que en los que ella había estado presente, todo estaba inerte, con texturas petrificadas y secas. Aun así, era posible apreciar con todo detalle cómo fue el recubrimiento de las colosales bóvedas cuando aún corría vida a través de sus venas. Se podía tocar y fantasear, imaginando cómo era antes de transformarse en piedra, prediciendo cómo antaño todos aquellos úteros albergaron vida, una tan extraña y desconocida, que a sus conocedores los tenía más aterrados que intrigados. Y María, en su mente, podía dibujar exactamente lo que José le describía. Estaba tan emocionada que ni siquiera pestañeaba mientras escuchaba al hombre moribundo. Con cada palabra que salía de su boca, María intentaba visualizarlo como si estuviera en su mismo pellejo, allí dentro, observando y sintiendo las texturas que conformaban el gran útero.

—La sensación de miedo se apoderó de nosotros. La extraña felicidad que sentíamos antes de llegar a aquel lugar se desvaneció, dando paso al terror puro. Al menos a mí me invadió una sensación de soledad y traición. Era como si me hubieran engañado… como si todo y todos me hubieran mentido para hacerme creer que llegar ahí era el culmen de la felicidad. No sé muy bien cómo explicarlo, pero quizás la sensación pudiera ser parecida a la que siente una persona con depresión tras una ruptura o una gran pérdida. Los dos estábamos confusos, sin saber dónde nos encontrábamos ni si estábamos a demasiados metros bajo tierra, pero lo que más nos desconcertó fue que el túnel por el que habíamos llegado a ese lugar, había desaparecido. Recuerdo que casi me meo encima… Me quedé bloqueado, temblando. Raúl preguntaba desesperado y angustiado, a sabiendas de que yo tampoco tenía una respuesta para aquello. No nos habíamos movido ni un solo paso como para perdernos de esa forma, pero no teníamos manera de volver por donde habíamos llegado.

Intentamos demasiadas veces encontrar el túnel, pegados a la asquerosa pared, pero nada. No encontramos el hueco por el que habíamos llegado hasta allí. Algo nos había convencido para llegar hasta aquel lugar y, después, de forma cruel y súbita, hacernos entender que nos tenía atrapados donde quería. Desesperado, decidí avanzar en busca de una vía de escape alternativa, dejando la seguridad que nos proporcionaba la viscosa pared, para adentrarme en la absoluta y opresora oscuridad de aquel insólito lugar.

—Raúl, voy a buscar la forma de salir de aquí. Quédate donde estás sin dejar de alumbrar con tu linterna el suelo. Así te seguiré viendo y sabré dónde te encuentras. —le dije sin ninguna certeza de lo que iba a hacer era lo más lógico y seguro.

—De acuerdo tío. No me parece muy buena idea que nos separemos, pero no queda otra, ¿verdad? —dijo Raúl, que estaba asustado, sin ser partidario de alejarnos el uno del otro. Yo también estaba asustado. Tomé una bocanada de aire y comencé a caminar en busca de una salida. Le indiqué a Raúl que me hablara cada medio minuto y que no dejara de alumbrar con la linterna. Así, podríamos asegurarnos de que siempre estaríamos en contacto el uno con el otro.

El suelo estaba lleno de abultadas y viscosas mangueras que transportaban el extraño líquido, por lo que avanzar era difícil. Traté de alumbrar con mi linterna hacia arriba, a los lados, al frente, pero nada. Solo había oscuridad. De pronto, tras un rato de búsqueda, percibí un olor nauseabundo, tan asqueroso que aun a día de hoy lo tengo clavado en mi mente. —explicó.

—¿Podría relacionar ese olor con algún otro conocido? —preguntó María, tratando de recrear cualquier sensación que José hubiera experimentado allí abajo.

—Creo que es similar al olor del azufre, pero mezclado con algo podrido. No sé cómo describirlo mejor… Huevos podridos, quizás. El hedor era tan nauseabundo que me impedía respirar con normalidad. Pero no sé si también sería debido a la ansiedad provocada por la situación. Seguí caminando y no encontré nada diferente a lo que ya había visto. Incluso creí estar dando vueltas en círculos, pero la distancia entre mi amigo Raúl y yo se hacía cada vez más grande con cada paso que daba. Era extraño, cada centímetro de suelo era exactamente igual al que había pisado momentos atrás. Después de unos pasos más, miré de nuevo a Raúl, buscando la tenue luz de su linterna, pero no estaba allí. Mi corazón comenzó a latir a una velocidad descomunal, y desesperado, miré de un lado para otro

sin dejar de toparme con tan solo tenebrosidad, sin rastro de la luz de su linterna. Abrí los ojos todo lo que pude para intentar ver entre la densa oscuridad, pero fue inútil, todo estaba teñido de negro. Grité su nombre, pero no obtuve respuesta.

—¡Raúl!, ¡¿Estás ahí?! —continué gritando, esperando cualquier respuesta de mi amigo, por absurda o bromista que fuera, pero no escuché más que mi eco resonando en aquel enorme lugar. La sangre me hervía con cada latido de mi corazón, que estaba al borde del colapso. Palpitaba tan rápido que creía que se me saldría del pecho. Entonces decidí volver sobre mis pasos. No supe qué otra cosa hacer en ese momento. Corrí hacia donde se suponía que estaba Raúl. Esperaba no tropezarme con nada, ya que mi linterna comenzaba a flaquear, dejándome completamente tirado tras metros recorridos inútilmente. La agité, pero no funcionó, las pilas debieron quedarse sin batería. Aun con eso, no dejé de gritar su nombre. Seguramente di vueltas en círculos, una y otra vez, puesto que no tuve la suerte de volver a tropezarme con ninguna de las paredes viscosas. Cuando me di por vencido, me quedé completamente parado, a ciegas y vulnerable a lo que fuera que había silenciado a mi amigo. Estaba aterrado. Los ojos me dolían al forzarlos, intentando entrever algún detalle dentro de ese mar negro… Ni siquiera podía ver mis manos por muy cerca que las aproximara a mi cara. Comencé a hiperventilar. Estaba tan horrorizado que mi cuerpo se bloqueó por completo. El miedo hizo que empezara a sollozar, doliéndome el pecho debido a la ansiedad a la que estaba sometido y a las altas revoluciones de mi corazón. Si continuaba así, mi mente llegaría a su límite y me desmayaría. Jamás en toda mi vida, ni en mis peores pesadillas, aparte de esta, he pasado tanto miedo como en ese momento. Estaba allí, quieto como una estatua, aterrado, escuchando mi propio eco, sin saber qué hacer y sin poder ver nada… Intenté relajarme con profundas respiraciones, queriendo no escuchar los fuertes y acelerados latidos de mi corazón, que bombeaban la sangre enérgicamente por todo mi cuerpo. Y antes de perder el conocimiento dentro de mi sueño, escuché nuevamente la voz de Raúl.

—¡Eh, amigo! ¿No deberíamos quedarnos aquí? —No sé describir lo que sentí en ese momento, alivio y confusión sería lo más acertado. Raúl estaba allí, seguía conmigo, pero no entendí a qué se refería. Pero no me importó, estaba cerca.

—¿Raúl? No te muevas. Intentaré guiarme por tu voz. —le dije mientras lo buscaba, intentando guiarme por donde creía que debía estar, omitiendo las absurdas palabras que decía. Tal vez el miedo influía en que dijera tantas tonterías. Él era así, y esa era su forma de

pedir auxilio. Yo no era quién para discutirle cuál era la mejor manera de afrontar los miedos de cada uno. Además, era mi sueño. ¿Quién no ha tenido momentos absurdos en sueños o le han pasado cosas ilógicas?

—*Sigue hablándome, Raúl. Estoy cerca de ti.* —le insté para que, aunque fueran frases sin sentido, me continuara hablando.

—*Esto es genial. Quedémonos aquí. ¿Dónde si no estaríamos mejor, José?* —continuó insistiendo, ahora con un tono aún más enérgico y alegre.

—*Déjate de tonterías, tío. En cuanto te encuentre, salimos de aquí. Hallaremos la forma de escapar de este maldito lugar.* —le decía insistentemente, debatiendo sus argumentos.

—*No son tonterías. Quedémonos para siempre. Vamos a pasarlo de puta madre aquí. Ya l$o v\er#ás.* —me detuve en seco tras escuchar cómo su voz se transformó en un tono imposible para cualquier humano. Era como si la onda sonora que salía de sus cuerdas vocales se separara al pronunciarse, transformando el final de su frase tanto que ni lo llegué a entender qué decía. Casi caigo de bruces, acojonado. Me quedé postrado con las manos apoyadas en el viscoso suelo, sin poder incorporarme. Estaba allí tirado, temblando como nunca antes me había ocurrido, cagado de miedo.

La voz de Raúl se distorsionaba cada vez más. No entendía nada de lo que decía, ya que solo eran ruidos horripilantes. ¿Qué sería eso? No tenía ni idea, pero estaba seguro de que no era él.

Entendí que no había forma de escapar. La oscuridad me impedía ver lo que tenía a tan solo unos metros de mí, algo que me acechaba, haciéndomelo saber mediante horripilantes sonidos. Quería que supiera que me tenía acorralado.

De pronto, el olor asqueroso empezó a hacerse más evidente, insoportable, tanto que casi me hizo vomitar. Estaba desesperado, y mi oprimida mente no dejaba de intentar encontrar una forma de escapar. Necesitaba salir de allí cuanto antes, pero… ¿Cómo? No tenía escapatoria, era como un antílope con la pata rota, rodeado de una manada de leonas.

Comencé a llorar como un niño pequeño, cagado de miedo. Sabía que algo me iba a suceder y no podía evitarlo. Entonces, la extraña y horripilante voz cesó, dando paso a unos pequeños sonidos, como el gorjeo de un ave. Ese sonido se acercó cada vez más a mí, con

lentitud, pero sin cesar su avance.

—No me hagas daño… Déjame salir de aquí. No he hecho nada. —imploré que no me hiciera nada malo. Estaba tan desesperado… esa cosa no era un ser humano.

Sentí como un líquido caliente y espeso caía por mi cabeza y hombros, de olor fuerte y repulsivo, tanto que casi cortaba la respiración. El gorjeo incesante podía escucharse mucho más fuerte conforme se aproximaba, pero cesó en el momento en que lo tuve justo sobre mí, notando en mi nuca el calor que radiaba.

Ese instante se me hizo eterno. Era consciente de que mi futuro verdugo me tenía justo donde quería. Durante esa larga pausa silenciosa, tan solo interrumpida por mi rápida respiración y sollozos, noté cómo se apoyaba sobre mí, sin hacer presión, pero cubriéndome parte de la espalda.

—_Tío, v&ee^*en coo$ªonm=}iï¨igo._ —esa entidad aún intentaba imitar la voz de mi amigo, al cual había utilizado como carnada para atraerme. Sentí mi espalda completamente empapada y esa cosa se aferraba a mi cuerpo, forzándose a través de mi columna vertebral. Experimenté un dolor indescriptible y grité sin inhibiciones, algo que nunca pensé que sería capaz de hacer. Inmovilizado, me di cuenta de que estaba tendido boca abajo sin entender lo que estaba sucediendo, ni qué trataba de hacer esa cosa conmigo. Supuse que unas garras o manos me agarraron la cara, cubriéndome los ojos y ejerciendo una presión terrible en mi cráneo. Anhelaba que todo terminara pronto, no podía soportar más dolor…

—_No te resis4%tas, déja”W/me entr0=ar. Seamo&*s uno._ —me dijo esa cosa mientras metía sus dedos donde estaban mis ojos. Chillé, no dejé de hacerlo, ya no aguantaba más.

—*Mamá… ¡Ayúdame, mamá!* —fue lo que logré articular con la poca lucidez que me quedaba antes de desfallecer. Supliqué ayuda por instinto a mi madre, aunque ella jamás hubiera podido imaginar lo que me estaba sucediendo.

◆◆◆

No pasaron ni cinco minutos cuando Bermúdez escuchó un leve susurro detrás de ella. Inmediatamente, se dio la vuelta y alumbró con la linterna de su fusil hacia el cruce de túneles, el de llegada y el otro por el que se habían marchado el oficial y su compañero, Pino. Después de cerciorarse de que no había nada allí,

bajó su fusil y se relajó. Tal vez había sido solo su imaginación, o el aire que circulaba por aquellos angostos túneles. Pero en cuanto se volvió a dar la vuelta para seguir vigilando el acceso al útero inexplorado, volvió a escuchar el mismo susurro. Esta vez era aún más claro y no podía ser solo el sonido del viento. Nerviosa y con el fusil en mano, intentó encontrar algo o alguien a quien apuntar.

—¡¿Quién anda ahí?! ¡Responde desde dondequiera que estés sin dar un paso más! —gritó Bermúdez, con su dedo apoyado en el pulsador del pinganillo de su radio, preparada para avisar a sus compañeros. Sin embargo, antes de hablar, decidió esperar y comprobar por ella misma si había una amenaza real. Miró su sensor de movimiento, pero el aparato no emitió ninguna señal sonora. O el sensor estaba roto o quien sea que hubiera gimoteado, era algo más pequeño que un ratón, pensó. Sabía de buena mano que el sensor marcaba el movimiento de cualquier cosa que se moviera con un peso superior a los 5 kilos. Con el fusil en mano, avanzó lentamente. De nuevo, escuchó la voz. Esta vez era mucho más clara y más cercana. Creyó escuchar casi con seguridad su nombre, Noelia. Pero eso era imposible. Su hermano pequeño había muerto hace años. Quedó paralizada al volver a escuchar su nombre, con la voz de su hermano. De sus ojos cayeron dos enormes lágrimas.

—No puede ser… ¿Qué clase de broma es esta?! —dijo con angustia y tartamudeando, sabiendo que detrás del manto oscuro que envolvía el túnel, se encontraba la persona que estaba imitando la voz de su difunto hermano. Pero la voz no se volvió a pronunciar, y tampoco apareció alguien para decirle que se trataba de una broma. Venciendo su instinto ancestral de defensa, Bermúdez libró una lucha interior consigo misma para reaccionar lo antes posible. Logró zafarse del peso del miedo que la dominaba, y se dio la vuelta para marcharse de allí lo antes posible y poder reunirse con cualquiera de sus compañeros. Con su ayuda, intentarían combatir lo que fuera que estaba merodeando por aquellos angostos pasadizos. Pero sus deseos quedaron truncados cuando, por sorpresa, se topó con un muro frente a ella. Era como si esa pared carnosa hubiera estado allí siempre, bloqueando el camino, pero era imposible. Hacía tan solo un momento no existía. Aporreó la amorfa pared con la culata de su fusil, con fervor, pero no sirvió de nada. Insistió durante un rato, golpeándola sin resultado alguno. La pared blanquecina y petrificada seguía intacta, impidiéndole el paso. Entre golpe y golpe, miraba hacia atrás por si aparecía alguien o algo, pero solo había oscuridad. Fue tal la consternación por huir, que en todo ese tiempo aporreando inútilmente la pared no recordó que debió avisar a sus compañeros.

—Joder, voy a informarles… —dijo mientras pulsaba el botón de la radio, sabiendo que lo que estaba ocurriendo no eran imaginaciones suyas. —Topo 1, ¿me reciben?… Topo 2 ¿me reciben?… ¡Joder!... Bermúdez a todos, ¿me recibís?… —lo intentó la agente, una y otra vez, pero no obtuvo respuesta. El walkie solo emitió ruido blanco estático. No comprendía qué estaba sucediendo ni por qué nada salía como ella quería. Entonces, el miedo comenzó a apoderarse de Bermúdez.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó desesperada al dueño de la voz parecida a la de su hermano.

—Te echo de menos, Noe… esto está tan oscuro que es imposible ver algo… —volvió a hacerse oír, esta vez con una voz más clara y cercana. Miró su sensor, pero seguía sin detectar movimiento alguno en las cercanías.

—¡Deja de fingir esa voz, cabrón! ¡Te mataré cuando te encuentre! —exclamó con todas sus fuerzas mientras lloraba desconsoladamente. Aunque no tenía más opciones que avanzar por el camino desconocido o quedarse apoyada en la nueva pared, decidió seguir adelante. —No he pasado tantos años de entrenamiento para quedarme llorando como una cría. —pensó, secándose las lágrimas. —No pienso dejarte con vida, hijo de puta, vas a comer plomo… nadie se hace pasar por mi hermano, ¿entiendes? —aceleró su paso, casi corriendo, con el fusil apuntando al frente. La linterna alumbraba en todo momento el centro del túnel, pero, aunque avanzaba, no veía a nadie.

—Por favor, ven conmigo. Tengo miedo y estoy solo… —dijo la voz, tan parecida a la real, la de su difunto hermano, que la dejó clavada en el suelo, sin saber de dónde venía.

—¡¿Dónde estás?! ¡Te he dicho que no uses la voz de mi hermano! —gritó al imitador. Buscó con su linterna hacia todas las direcciones, pero no encontró a nadie. De repente, se dio cuenta de que tanto el suelo, las paredes y el techo del túnel, estaban cubiertos por una capa rosada, similar al tejido muscular, con surcos, capilares sanguíneos y tendones. Aquello estaba vivo, moviéndose como si fueran miles de lombrices creando una capa que recubría un tubo cilíndrico.

Aquella masa comenzó a subir lentamente por sus piernas, pero Bermúdez gritó y se liberó lo más rápido que pudo. Instintivamente, comenzó a correr sin rumbo fijo, con un miedo que

jamás había experimentado. De pronto, el sensor de movimiento produjo un pitido y mostró, justo donde ella estaba, un punto luminoso que le indicaba que algo o alguien estaba junto a ella. Apuntó al frente para iluminar el camino, pero no vio nada. Suspiró e intentó recuperar la calma.

—Noe, ven conmigo, te lo ruego… —volvió a escuchar la voz. Sin dudarlo un solo segundo, apuntó dónde creyó que provenía el sonido y observó perturbada una cara que apareció de entre las vetas de la pared. Era la joven y bella cara de su hermano, pero brotaba de entre los tejidos de aquella viscosa y viva pared; estaba repleta de un líquido maloliente y pegajoso que abundaba en cada punto de aquel lugar. —Por favor, deja que te abrace. —dijo el ser con cabeza humanoide, que estiró el cuello de forma antinatural, acercándose lentamente hacia Bermúdez, realizando movimientos que recordaban al hipnótico zigzagueo de una serpiente. La desconcertante y aterradora cara, comenzó a sonreír a la agente de una forma un tanto peculiar, ya que cuanto más cerca estaba, más crecía, llegando a desfigurar por completo su cara, de forma que ni tan siquiera parecía humana.

La agente, que se obligó a retroceder lentamente, no dejó de apuntarle con el fusil. Las lágrimas le impedían mantener una visión clara, pero no soltó el arma, era consciente de que su vida estaba en juego, a pesar de que esa cosa había tomado prestada la voz y la cara de su hermano. Estaba aterrorizada, pensaba que estaba en el mismo infierno. Lo que ocurría no tenía ninguna lógica para ella.

—Lamento decirte… que tú no eres mi hermano. Él está muerto… ¡Púdrete en el infierno, maldito hijo de perra! —gritó Bermúdez a la abominación carnosa, mientras vaciaba todo el cargador y observaba, entre el humo de la pólvora, cómo se retrajo lentamente hacia la pared. No había sangre, solo un líquido translúcido brotaba de los agujeros provocados por los proyectiles. Una vez se fusionó con la masa viscosa de una de las paredes, dejó caer las balas al suelo, que se introdujeron entre los surcos que se dibujaban en él, siendo absorbidos por completo.

Llorando aterrorizada, Bermúdez se apoyó en la pared que estaba a su espalda y se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo. No podía soportarlo más, necesitaba descansar un poco, recuperar el aliento y poner en orden sus ideas antes de continuar. Por su experiencia, sabía que su lucha acababa de comenzar, ya que esa cosa o varias de ellas podían aparecer en cualquier otro punto del túnel. Además, la cara era solo un aperitivo que antecedería a algo mucho

más grande y temible. La agente Bermúdez sabía que era solo cuestión de tiempo para volver a enfrentarse con algo que ni la inventiva de Stephen King era capaz de crear. Tras tirar el cargador al suelo, colocó uno nuevo y se limpió las lágrimas. Intentó coger el tubo de goma de su hombro para beber el agua de su camelbag, pero no lo encontró. Al girar la cabeza para buscarlo, vio algo por el rabillo del ojo. Un pequeño agujero se formó entre los surcos de carne de la pared en la que estaba apoyada y de él salió un cono formado por la misma materia orgánica a gran velocidad hacia su cara.

El cono de carne se extendió tanto como la tela de un paraguas abierto, abrazando la cara de la agente por completo. Bermúdez no tuvo oportunidad ni de pestañear. Atrapada de cuello para arriba, soltó el arma e intentó liberarse, agarrando la resbaladiza y dura carne del cono, pero no sirvió de nada. La masa multiforme la rodeaba y aprisionaba con más fuerza con cada movimiento que hacía. Minutos después, la agente dejó de resistirse y se quedó casi sin oxígeno. Sin fuerzas para luchar, se desplomó sobre la pared, dejando caer todo su peso. Al momento, el sensor de movimiento volvió a pitar, pero Bermúdez no pudo ni verlo ni oírlo.

La situación era crítica para la agente, quien estaba siendo asfixiada sin posibilidad de escapar. A sus pies, un fusil inmóvil iluminaba un pequeño cuerpo blanco con un leve tono enrojecido, que se acercaba desde la oscuridad. El cuerpo, parecido al de una larva de escarabajo, emitía un sonido característico, como un pequeño chasquido que se hacía con la lengua y el paladar, aunque parecía más un quejido, ya que lo hacía con cada difícil empujón que realizaba para llegar hasta ella.

El extraño ser, tenía seis pequeñas falanges: dos traseras, que arrastraba torpemente, como si no tuviera fuerza en ellas, y otras cuatro a la altura del torso, mucho más grandes, que movía grácilmente. Era poco más grande que un pavo, y se acercaba a Bermúdez mientras emitía su sonido característico.

La cabeza, que se encontraba justo debajo del torso sin presentar un cuello aparente, tenía dos ojos negros desproporcionados en la parte frontal del cráneo y dos más pequeños en los laterales. En la espalda del extraño cuerpo con forma de larva, se podían observar pequeñas protuberancias cónicas que se movían como si fueran algas mecidas por la marea del océano. Una vez llegó a la altura de los pies de la agente, el extraño ser se detuvo y se alzó, sosteniendo su equilibrio como pudo. Luego, abrió una hendidura vertical que se extendía desde lo que parecía ser su boca hasta la mitad de su cuerpo.

Con dos de sus patas delanteras, cogió ambos pliegues de la abertura y los abrió tanto que su cuerpo pareció dividirse por la mitad. De su interior emergieron dos formas carnosas, blandas y planas que desprendían un líquido rojizo. Las dos aletas carnosas se desplegaron y dieron lugar a unas alas con pequeños huesos y una fina piel, similares a las de los murciélagos. En el centro de dichas aletas, se mostraron dos formas circulares que contenían piezas dentales puntiagudas y que no dejaban de rotar constantemente hacia el interior del cuerpo, parecidas a las cuchillas de una máquina trituradora. El extraño ser se abalanzó sobre Bermúdez y la abrazó con sus aletas desplegadas.

En aquel momento, comenzó un festín donde Bermúdez, aún con vida, era el plato principal. No hubo gritos de dolor, ya que la carne del cono le envolvía toda la cara, aunque sentía perfectamente cómo su cuerpo era desgarrado por algo desconocido que tampoco podía ver. Tan solo pudo, y de manera muy torpe, agitar sus brazos y piernas, para intentar que lo que quiera que se la estuviera comiendo la soltara. Pero fue inútil, ya que tan solo consiguió consumir las pocas energías y oxígeno que le quedaban.

Cada segundo que pasaba era una tortura; notaba el desgarro de músculos, los intestinos cayendo al suelo, y comenzó a sentir el frío en su cuerpo, preludio a una cercana y ya deseada muerte. Aun así, y por desgracia para ella, su cuerpo pudo continuar con vida unos minutos más, soportando el angustioso e indescriptible dolor de quedarse sin aliento y de ser devorada lentamente, por algo desconocido.

Tras entrar en la sala de análisis con una nevera que contenía muestras orgánicas, Manuel Herencia cerró la puerta tras de sí y buscó a su compañera Isabel, quien debería estar trabajando allí. Todo estaba a oscuras, tan solo iluminado con las luces de emergencia y la luminosidad residual de los monitores de los ordenadores. Al pulsar el interruptor, se manchó la mano con un pringue translúcido, pero no le dio demasiada importancia, ya que ambos estaban acostumbrados a tratar con muchos productos y líquidos, siendo normal olvidarse el retirarse los guantes, y tocar por accidente objetos con ellos puestos.

—Isabel, te traigo unas muestras de un tipo que ha aparecido en el túnel. Hay que cotejarlas con las del antiguo dueño del inmueble. ¿Isabel?… ¿Dónde estás? Tienes la música a todo volumen. —dijo el hombre, deduciendo que Isabel estaría por la estancia, pero no obtuvo respuesta. Manuel apagó entonces el interruptor del altavoz. No encontró a Isabel en la sala, pero se percató de que su

microscopio estaba conectado. Mientras se acercaba para apagarlo, vio a su compañera tendida en el suelo. Saltó por encima de la camilla de disección para acudir a ella, y al agacharse a su lado, notó que del oído izquierdo de Isabel brotaba un hilo de sangre. Quitó su escafandra y comprobó su pulso y respiración. Por suerte seguía viva, aunque su pulso estaba anormalmente alterado.

—Bien, ¡bien! ¿Me puedes ver? Soy Manuel… Hola, Isabel. —le dijo intentando que despertara para poder valorar mejor su nivel de conciencia. Pero Isabel no movió un solo músculo, solo fijó su mirada inmóvil en Manuel. Él se cruzó con su mirada y pudo observar que sus ojos estaban ensangrentados y con estrabismo, lo que lo llevó a especular con que seguramente se había golpeado la cabeza, provocándole un daño cerebral. En ese instante, su compañera intentó balbucear algo, pero resultó totalmente ilegible. Antes de que empeorara, Manuel decidió buscar ayuda rápidamente sin perder un segundo.

—Isabel, creo que no estás bien. Aguanta, voy a traer ayuda. —le dijo sin la convicción de que le hubiera escuchado. Isabel intentó mover la cabeza, y una línea colorada comenzó a dibujarse en su mandíbula, la cual se ensanchó hasta desquebrajarse por completo y caer al suelo casi al instante.

Manuel no tuvo tiempo de reaccionar cuando un par de tentáculos blancos salieron de la boca de Isabel y se introdujeron en su garganta, rompiendo sin esfuerzo, como si de un folio se tratara, tanto la escafandra plástica como sus dientes. Desesperado, intentó liberarse con patadas y golpes, pero fue en vano. En su lucha, tiró al suelo una mesa metálica repleta de utensilios de laboratorio.

La situación era aterradora. Manuel se debatía, asustado, mientras Isabel permanecía inmóvil con los ojos en blanco, comenzando a abrir su cuello y torso, mientras que más tentáculos brotaban para arrastrar el cuerpo de Manuel al interior de ella. La escena era aterradora. Manuel estaba totalmente desfigurado e inflado por la cantidad de tentáculos que habían entrado por su boca. La sangre y flujos corporales salían por todos los huecos posibles de su cuerpo. Cuando hubo introducido parte del cuerpo de Manuel en el cuerpo de Isabel, los dos comenzaron una fase de fusión, donde sus carnes se unieron formando un extraño y deforme cuerpo.

La masa viscosa que se retorcía en el suelo solo tenía una cabeza, la de Isabel, acompañada de tres brazos, dos torsos y cuatro piernas. Emitía lamentos y ruidos sordos que se ahogaban en los

líquidos que desprendía de su interior.

La abominación se doblaba de formas inconcebibles para cualquier vertebrado conocido, generando una escena que asombraría a cualquiera. Los fluidos que emanaban de su cuerpo y el aumento de su masa la hacían parecer cada vez menos humana, convirtiéndola en el futuro alimento de algo que estaba lejos de parecerse a cualquier ser vivo conocido.

5 – Superficie

La noche ya había caído cuando Susana, al escuchar el retumbar de un trueno, miró al cielo. Las nubes se estaban acumulando y sus temores se hicieron realidad: esa noche habría tormenta.

—Maldición, nos vamos a mojar… —murmuró mientras observaba cómo el viento movía rápidamente las nubes, que aumentaban progresivamente.

Borja, que estaba de pie junto a la máquina de café, observó a su compañera Susana ensimismada con los brazos en jarras y no dudó en prepararle un vaso de café.

—Ahora lo llaman "Dana"; en el levante es temporada de gota fría, Susana. Ten cuidado, está caliente. —le avisó Borja mientras le entregaba con cuidado el vaso.

—Gracias. ¿Cómo va todo? —preguntó Susana sobre el estado actual de la expedición.

—Bien, sin contratiempos ni percances. Lo único es que no nos vamos a librar de esa tormenta. No la necesitamos, ni para los equipos ni para nosotros. Pero, se supone que estamos preparados para una situación así. —contestó Borja mientras abrazaba el vaso con ambas manos. Susana podía oler el alcohol que provenía del vaso de Borja, pero no dijo nada.

Los rayos iluminaban el cielo, que estaba completamente cubierto de nubes cargadas de agua. La lluvia no se hizo esperar y cayó abundantemente, pero los equipos estaban bien protegidos bajo la carpa, y también el personal, equipado con chubasqueros. Susana y Borja se sentaron en dos sillas plegables junto a la mesa de la cafetera y los tentempiés. La confianza entre ambos era muy considerable. Se conocían desde hacía años y trabajaban juntos en casi todos los casos. Por eso, aunque eran un tanto reservados, no tenían reparo en hablar largo y tendido si era necesario. Se llevaban bien.

—Entonces, ¿cuáles son tus planes para después de esto? —preguntó Borja tras dar un sorbo a su cargado vaso de whisky con un toque de café.

—Debes dejar eso, te está matando. Seguro que es asqueroso,

tío. Tíralo de una vez. —le dijo Susana evitando la pregunta de Borja.

—Este trabajo es lo único que me queda, y lo adoro. Si sigo con la maldita medicación, no podré volver, esas pastillas me dejan atontado. Así que permíteme sobrellevar mis problemas de la mejor manera posible, por favor. Soy lo suficientemente maduro para saber a dónde me conduce esto… —Borja la miró y sonrió ampliamente, marcándose sus arrugas. —Estos momentos con todos vosotros son instantes que atesoro con alegría. Así que, si no te importa, sigamos charlando sin intentar darle solución a algo que ya no tiene remedio, ¿de acuerdo? —terminó dando un gran trago a su vaso.

—De acuerdo, pero voy a obligarte a ir a un terapeuta que conozco, uno excelente. Ha ayudado a todo tipo de personas a salir del pozo en el que te encuentras. —quiso añadir Susana antes de cerrar el tema. —Por esa misma regla de tres, no debería contarte nada referente a Antonio y a mí. —Susana sonrió pícaramente. —Pero lo haré, ya que sabes mucho sobre el asunto en cuestión y me has ayudado en otras ocasiones. Aun así, te advierto que estoy muy emocionada y puedo llegar a ser muy pesada. —le dijo mientras sus mejillas se teñían de rojo.

—Hace tanto que no me emociono por nada que estoy ansioso por escucharte. —exclamó Borja, aplaudiendo emocionado dándole palmaditas a su vaso.

—¡Shh! Si gritas tanto, los demás se van a enterar. —le susurró Susana en voz baja, mirando a su alrededor. Los dos rieron juntos.

Susana contó a Borja todos los detalles de su conversación con Antonio de hacía unas horas. Esa charla fue el preludio de muchas otras, y de vez en cuando, Susana se levantaba de su asiento para preguntar al equipo sobre la situación actual antes de volver a conversar con Borja. La animada charla les ayudaba a pasar el tiempo hasta que el equipo llegara al útero.

De repente, la amena conversación fue interrumpida por uno de los agentes que monitoreaba al personal de la expedición.

—¡Algo está pasando allí dentro! —exclamó el técnico, mirando hacia donde estaban Susana y Borja.

La subinspectora se apresuró hacia el monitor, pero tropezó con la silla plegable y casi se cayó al suelo. Por suerte, logró mantener el equilibrio. Borja la siguió rápidamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Susana, visiblemente alterada.

—Ya no tenemos visual, pero sí audio… —le explicó el técnico, entregándole los auriculares. Susana escuchó atentamente los numerosos gritos de sus compañeros que se encontraban dentro. Los canales de audio se mezclaban, y el ruido hacía que fuera casi imposible entender una sola palabra.

—¡Antonio! ¿Me escuchas? ¡Antonio, contéstame! —gritó desesperadamente una y otra vez, pero nadie respondió.

—Ya no hay señal… —le informó Borja mientras le quitaba los auriculares y observaba la pantalla del monitor.

Susana, con lágrimas en los ojos, no podía creer lo que estaba sucediendo.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó a Borja con preocupación.

En ese momento, Susana comprendió que no era momento de lamentarse y que la prioridad era sacar al equipo de allí. Intentó cavilar, caminando de un lado a otro, mientras sus compañeros la observaban. Esperaban órdenes para actuar en consecuencia, pero ella seguía pensando. Eran demasiado pocos para hacer frente a lo que Dios quiera que hubiera allí dentro, incluso si estuvieran armados hasta los dientes. Mandar el dron de Gloria tampoco sería una solución admisible, ya que la autonomía era escasa y la máquina no llegaría ni a la mitad del recorrido. ¿Entonces qué?, se preguntó Susana.

—Solo podemos notificárselo a María. Esto se nos ha ido de las manos. —dijo Borja al ver que su compañera tardaba demasiado tiempo en encontrar una solución viable.

—Tienes razón. Era mi última opción… y la única. Nos van a crucificar si no salimos de esta. —dijo Susana con una sonrisa forzada.



Profundamente pensativo, José mordió su labio inferior en un intento por contener su sollozo. Aunque creía que solo había sido un sueño, esa vivencia fue la más atemorizante que había experimentado en su vida.

—Fue en aquel momento cuando desperté. Y no fue en el sótano, no. Fue en el salón o comedor principal. Lloré de saber que estaba vivo. De que todo había sido una terrible pesadilla. Qué alivio sentí. Entonces, cuando me incorporé, miré a un lado y al otro, pero no encontré a Raúl por ningún lado. Y miren que lo llamé y busqué.

Una vez decidí salir a fuera, volví a ver la motocicleta. Seguía allí aparcada, pero no había nadie. No reparé mucho más ni en ella, ni si estaban allí o no sus propietarios.

Salí de la propiedad, y cuando llegué al terreno de Raúl, donde aparcamos mi coche, este no se encontraba allí. Recuerdo que pensé: de puta madre, se lo ha llevado el cabrón y me ha dejado aquí tirado. Cuando me metí la mano para sacar mi teléfono móvil, este no estaba. No podía tampoco llamarlo o llamar a mis padres para que me recogieran. Así que anduve hasta casa, que no estaba lejos, pero con el cabreo que llevaba encima, lo que menos me apetecía en ese momento era caminar hasta allí con lo tarde que era. —siguió contándoles José.

—Entonces, ¿tan solo fue una ilusión, una pesadilla? ¿Y después? ¿Logró ver a su amigo o su coche al volver? —preguntó María mientras observaba cómo Óscar, aparte de la grabadora, anotaba todo en su portafolio.

—A partir de ese momento, mi memoria se vuelve borrosa. No sé si fue debido a un golpe en la cabeza durante el desmayo, pero no recuerdo la vuelta ni nada posterior hasta prácticamente cuando llegué aquí.

—Por favor, cuéntenos al menos lo poco que recuerde. —insistió María.

—Recuerdo que mi coche estaba allí, aparcado cerca de mí casa. Pero no volví a ver a Raúl. Lo llamé insistentemente, pero siempre estaba ocupado o estudiando. Pensé que me estaba evitando, pero no entendía por qué.

Después de un tiempo, comenzó la pandemia. La falta de recursos y trabajo derivados de ella nos hizo pasar a mi familia y a mí por momentos muy difíciles. No puedo describirles la situación, como les acabo de decir, ya que no recuerdo realmente nada. Solo tengo flashbacks poco nítidos y distantes, pero si que recuerdo un poco de una etapa posterior de mi vida.

Recuerdo alistarme en el ejército, y poco después, la falta de alimentos, la prácticamente nula asistencia sanitaria y el colapso de

las principales bolsas en todo el mundo provocaron lo que todos sabíamos que ocurriría: una guerra mundial. Como necesitaban personal de todos los países que integraban la OTAN, decidí ofrecerme voluntario, aun siendo ignorante en el arte de matar. Pero pagaban muy bien. Así que participé en “La Gran Guerra” y tuve la mala suerte de vivir en persona “La Noche Blanca". La recuerdan, ¿verdad? No hay nadie que no la recuerde…

—Desde luego, ¿quién podría olvidarla? Pero usted está aquí y puede dar fe de que estuvo en ese terrible momento y lugar, defendiéndonos. —respondió Óscar improvisando rápidamente, sin tener claro a qué se refería José. La mujer le sonrió y levantó el pulgar hacia arriba en señal de aprobación.

—Nos tenían engañados. La carrera espacial no se trataba de medir fuerzas, sino de crear los satélites que nutrieran de información y autonomía a las máquinas. Aquella noche, en el Pacífico, vivimos una masacre nunca antes vista en una guerra. Buques de todos los países enfrentados en dos bandos, y miles o millones de máquinas con inteligencias artificiales vinieron desde el cielo, desde el mar o desde los mismos buques para combatir. Toda esta crisis se había convertido en un caldo de cultivo para avivar aún más las tensiones, y en secreto, ambos bandos habían producido en masa esos monstruos metálicos.

Recuerdo cómo las vísceras y miembros de mis compañeros abatidos por las máquinas de guerra se esparcían por la cubierta. Centenas de humanoides metálicos desmembraban a los aterrados soldados como si fueran plastilina. Buques explotando y hundiéndose con miles de soldados dentro. Misiles volando de un lado para otro. Fue una auténtica barbarie… Y luego llegó la luz, la noche blanca. El cielo se iluminó como jamás conseguiría hacerlo el mismo sol. No hace falta que les cuente lo que ya saben: cabezas nucleares con potencia de decenas de megatones cayendo en las islas cercanas, en el mar, en buques enormes. Después de eso, no recuerdo nada más de esa noche, ni siquiera cómo logré sobrevivir.

—¿Alguien más lo hizo? —inquirió María, interesada y sorprendida por la historia de José.

—No lo sé. De hecho, no recuerdo a mis compañeros. Por más que rebusco en mi memoria, no logro rememorar sus nombres ni sus rostros. Lo único que recuerdo es haber salido del hospital militar en algún lugar de Galicia con el informe:

“INUTILIDAD PERMANENTE NO REVISABLE PARA EL

DESEMPEÑO DE CUALQUIER ACTIVIDAD LABORAL”

Me informaron que me habían extirpado parte del pulmón derecho y amputaron mi brazo del mismo lado. No me pusieron una prótesis porque el país no tenía fondos para pagar a los médicos. —los doctores junto con Óscar y María se miraron cuando vieron que ambos brazos de José estaban intactos. —Me otorgaron una paga, aunque no era muy cuantiosa, para cubrir los gastos necesarios del nuevo modelo de vida postapocalíptico.

Poco después de que la guerra terminara, las máquinas siguieron entre nosotros. Recuerdo que, durante una temporada, toda la población estuvo armada. En ese momento, después de un mundo devastado por la guerra, la amenaza era vencer a las máquinas que campaban a sus anchas sin que nadie las controlara. No oponían mucha resistencia, estaban casi perdidas. Pero, la gentuza que sabía sobre robótica, hackeo e informática, creó soldados bajo su control para delinquir en un país que estaba y todavía está en la ruina.

Recuerdo vagamente un trabajo que acepté como "cortachatarras", una especie de mercenario que eliminaba máquinas y vendía los componentes al mejor postor. Fue una temporada, pero con ese dinero, me gané el regreso a casa. Ahora, el transporte solo está disponible para los más ricos, mientras que la gente se muere de hambre y enfermedades; y los buitres y ratas de la guerra se aprovechan de la miseria de los demás.

En definitiva, en esta nueva edad media, mi única opción para volver junto a mi familia, de la cual no tenía noticias desde hacía mucho tiempo, era pagar a un maquinista de tren de chatarra el sueldo de casi dos años para llegar hasta Alicante, y de allí, un carromato hasta mi casa. Podría haber llegado por carretera, pero el brazo que me compré, biónico-nuclear, era bastante codiciado por los habitantes de los caminos. No los juzgo, solo intentan sobrevivir obteniendo la única energía artificial del planeta, pero su naturaleza es más animal que humana: violar, matar, robar… en fin.

—Nos está proporcionando mucha información, pero no se extiende en cada detalle que nos revela. ¿Podría ampliar un poco más? —le preguntó María.

—No, ojalá pudiera. Les cuento todo lo que recuerdo. No puedo darles nombres de lugares, personas o caras. Son solo imágenes en mi cabeza. Les estoy contando lo que mi mente tiene el privilegio de recordar de aquel tiempo. No recuerdo cómo llegué a mi pueblo de

nuevo, ni siquiera si me reuní con mi familia, si estaban vivos o no. Las imágenes más claras que tengo y con más detalle son de cuando llegué a mi hogar, cuando me bajé del carro tirado por una mula en el que viajaba. Pagué al conductor y caminé por el carril del terreno de mi vecino. Fue a partir de ahí que mi memoria comenzó a funcionar de nuevo.

—¿Recuerda al menos por qué decidió volver allí y no a su casa? —preguntó Óscar.

—La verdad es que no tengo ni idea. Ni siquiera recuerdo por qué llevaba una maleta, que, por cierto, pesaba muchísimo. Afortunadamente, mi brazo era de buena calidad, titanio reforzado y con un neurochip en mi cabeza de última generación. Podía levantar más peso que con mi brazo de carne y hueso. —José sonrió ampliamente. —Así que, allí estaba. Con la maleta en mano, caminé un rato observando todo a mi alrededor. Era increíble cómo la gente se había recuperado de las calamidades. Los bancales estaban repletos de cultivos, las chimeneas de las casas expulsaban humo de las cocinas y se podían ver a personas por las calles en bicicletas, caminando o paradas, charlando alegremente. La sociedad se estaba recuperando de la crisis de la mejor manera posible, aprovechando los bienes que la naturaleza siempre había proporcionado. Hemos estado ciegos hasta que esta guerra nos ha abierto los ojos. Solo buscábamos la comodidad que el consumismo nos ofrecía, lo fácil y lo inmediato, a costa de destruir nuestro planeta. Desde ese día, reflexiono mucho sobre la mala suerte que tuvimos con la pandemia que condujo a la infernal guerra, pero ¿y si fue necesaria para instaurar un nuevo orden social?, algo que necesitábamos de una vez… —dijo José, algo alterado.

—Estoy de acuerdo con usted, era necesario. Este planeta estaba en un estado lamentable. —dijo María, reafirmando lo que José había dicho.

—Totalmente. Me alegra ver que piensa igual que yo. —respondió José, riendo y tosiendo a continuación. —Disculpen, vaya tos… Mientras me acercaba al terreno de mi amigo Raúl, noté que, además de la casa, que había sido ampliada con madera, había cultivos en los terrenos circundantes. Sin embargo, no encontré a mi amigo ni a su familia allí, sino a una pareja joven, desconocida para mí. El hombre estaba trabajando en el campo, mientras que su compañera, que tenía un abdomen muy abultado, lo observaba con una expresión radiante. Cuando se dieron cuenta de que los estaba mirando, la mujer avisó al hombre, quien se acercó a mí.

—Disculpe, ¿está buscando a alguien? —me sorprendió la amabilidad con la que me lo preguntó. Ya no estaba acostumbrado a hablar con nadie que no tuviera una actitud hostil y un arma en la mano.

—Sí, en realidad sí. Un amigo y su familia eran los antiguos dueños de esta parcela. Pensé que aún podrían estar aquí. —respondí sin dar muchos detalles.

—Nos asignó la parcela Héctor Linares, quien se dedica a la ubicación de ciudadanos en el pueblo. Pero creo que el antiguo propietario al que busca vive en la gran casa del final del camino, donde Héctor, ¿sabe cuál es? —No comprendí a qué se refería con “nos asignó la parcela”, pero poco me importó, ya que, en ese momento, me albergó una gran alegría al descubrir que mi amigo estaba allí mismo. Tras mi larga ausencia, olvidé por completo la casa. Pero al girarme para mirarla, solo llegué a ver un trozo del tejado. Los álamos o chopos habían crecido desmesuradamente, cubriendo toda visión de la enorme morada. A pesar de ello, allí estaba, y si esa pareja no se equivocaba, también mi amigo Raúl.

—Gracias, me ha ayudado mucho. Tomen esto como agradecimiento y enhorabuena a ambos por su futuro bebé. —le di las gracias sin siquiera mirarle la cara. No podía apartar la vista de la casa. Le entregué un par de monedas de titanio y marché hacia ella.

Me maravillé al ver la altura de los grandes árboles. El aire mecía con gracia el frondoso follaje, y los pájaros revoloteaban y cantaban, creando una melodía idílica durante el corto paseo que me quedaba hasta la casa. Parte del bosque artificial había sido talado, y eso permitió que los vecinos del lugar construyeran o repararan sus casas, en los terrenos cercanos. Era digno de ver que, después de tanto sufrimiento y tragedias, la gente, con sus ganas de vivir, empezara a reconstruir parte de su antigua vida, adaptándose a los nuevos tiempos… Vivimos en un presente donde la materia prima está frente a nosotros y no dependemos de la automatización de todo. —dijo José con orgullo.

—Pero José, gracias a esa tecnología, hemos podido salvar vidas y rescatar a mucha más gente. — María se pronunció, añadiendo un poco de juego al interrogatorio, para intentar que José buscara un razonamiento lógico a sus palabras.

—Exacto. Con un uso responsable en centros estatales que lo requieran, la tecnología siempre es bienvenida. Pero para el ciudadano

común, no es algo imprescindible. Mire a dónde nos ha llevado todo esto. Nos hemos convertido en esclavos de la automatización. Todo en nuestras vidas pasa por malditas máquinas. El agua me llegaba a través de una máquina de osmosis, sin contar los procesos, no solo depurativos, hasta llegar a mi grifo. La comida pasaba por mil procesos antes de que llegara a mi plato, y así un sinfín de ejemplos del día a día de cualquier persona. Hemos llegado a ser dependientes al 100 % de todo en nuestras vidas. Era inevitable que, tarde o temprano, se nos fuera de las manos. Por lo tanto, en mi opinión, estamos bien como estamos. Como he dicho, solo los servicios públicos deberían contar con la tecnología necesaria, y la población, en su totalidad, debería volver a reconectar con la naturaleza y la vida en sí misma, aunque eso signifique retroceder unos 200 años o vivir como los "Amish".

—Tienes mucha razón, José. Aun así, es necesario mantener la disciplina y cumplir con las leyes establecidas para no caer en la anarquía. Todos los avances, independientemente de su ámbito, siempre y cuando sean para mejorar, no deberían desaparecer. Y, por supuesto, es importante compensar las pérdidas e intentar recuperar esas mejoras perdidas. —razonó María en su creación rebuscada, sorprendida al comprobar que José estaba totalmente convencido de sus palabras. La inspectora entonces pensó que toda esa fábula que les contaba estaba muy arraigada en su mente. No podía ser producto sólo de su imaginación. José no había titubeado al contestarle. Era un razonamiento real, basado en algo que había vivido, aunque fuera solo en su mente. Le pareció fascinante.

—Por eso era bonito. Volvíamos a ser personas, a vivir como lo que somos, no como carne de matadero enriqueciendo un sistema visceral totalmente podrido.

Pero dejando a un lado mi sincera y firme opinión, prosigo relatándoles mi viaje. Continué caminando mientras admiraba la grandeza de los pinos de la casa, por encima de la copa de los chopos. Ya estaba muy cerca. Mi mente no me daba tregua. No dejaba de pensar en Raúl. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Cómo y cuándo había comprado esa propiedad? Él no era precisamente una persona de altas miras; su familia no era de alta posición social ni tenía muchos bienes. Y esa casa debía ser una de las más caras de toda la provincia.

Recuerdo que estaba muy nervioso. Pero no por el reencuentro con Raúl, sino por volver a estar allí, en el mismo lugar donde había pasado momentos buenos y malos durante tanto tiempo.

Llegué a la casa, majestuosa como siempre, pero renovada para mejor. Un muro de media altura con un vallado de forja negro rodeaba la parcela, y unos setos perfectamente recortados impedían ver el interior. La fachada estaba recubierta de ladrillo rústico en un tono gris claro y las ventanas, de un marco oscuro, eran muy grandes. El tejado, con tejas grises oscuras, hacía juego con el color de las ventanas. Era increíble, nunca pensé que quedaría tan hermosa una vez terminada. Me pregunté si Raúl habría sido el artífice de la reforma. —José sonrió en ese momento. —La entrada era una puerta doble de forja con recubrimiento de madera que impedía ver el interior. No había timbre, solo un buzón para el correo y una gran campana antigua de latón. Un cartel de hierro encima de la puerta, con una letra bonita, indicaba:

"La huerta de tus sueños"

Me pareció un nombre bastante cursi para tal magnitud de la construcción, pero ¿quién era yo para juzgarlo? Sin pensármelo dos veces, agarré el trozo de cuero que colgaba del badajo de la campana y golpeé dos veces el metal. Sonó muchísimo. Esperaba que me recibiera mi amigo de la infancia, Raúl. Hacía tanto tiempo que no sabía nada de él que ni siquiera sabía cómo reaccionaría. Pero, en cuanto se abrió la mirilla de la madera de la puerta doble, observé unos ojos color marrón claro. Tenían unas pestañas largas curvadas hacia arriba, de forma natural. El rabillo del ojo inclinado hacia arriba con elegancia. Y entre ellos, un cúmulo de pecas hacía el conjunto aún más bonito. Estaba claro que esos ojos no eran de mi amigo.

—*Buenos días, forastero. ¿Qué se le ofrece?* —me preguntó la mujer al otro lado con voz agradable y risueña. Enmudecí, hipnotizado por esos ojos.

—*Pues… venía a preguntar por Raúl Ortiz. Me han dicho que vive aquí. Soy José Martín, amigo suyo de la infancia.* —respondí, trabándome un poco al hablar.

—*Le han indicado bien entonces. Vive aquí. Pero tardará un par de días en volver. Intuyo, por la maleta que porta, que parece que ha hecho un largo viaje. ¿Me equivoco?* —pude ver como se guiñaban sus ojos, lo cual me indicó que estaba sonriendo. Me dio una vergüenza horrible, ya que después del viaje, mi apariencia no era la mejor.

Sin siquiera poder responder, la mujer cerró la mirilla de madera y abrió la puerta. Frente a mí, sujetando la puerta metálica, había una mujer joven que aparentaba unos 25 años, aunque más

tarde me confirmaría que tenía 29. Medía aproximadamente un metro setenta, era alta y tenía una figura esbelta, pero con curvas que la hacían destacar. Vestía un vestido corto azul con flores blancas sin mangas, acorde al tiempo primaveral de aquel día. Los vuelos del vestido dejaban ver sus piernas, anchas en la zona de las caderas, pero más delgadas conforme bajaban. Tras las rodillas, llevaba botas katiuska manchadas de barro y tierra, lo que me hizo pensar que había estado trabajando en la finca. Su cintura era estrecha y su pecho era prominente, lo que hizo que desviara mi mirada un par de veces, resultándome imposible no hacerlo. Más arriba, una clavícula marcada y un cuello fino complementaban su belleza.

—Me está dando hasta envidia, José. Ojalá hubiéramos visto nosotros también a esa "Venus de Milo". Ahora estoy ansiosa por saber cómo era su cara, más que su voluminoso pecho. —comentó María con gracia para hacerme ver que estaban plenamente inmersos en la conversación.

—Era bella, indiscutiblemente bella. Sus rasgos eran marcados pero delicados a su vez. Sus cejas, de un tamaño normal y estrechas en los extremos, eran calcos perfectos la una de la otra. Parecían incluso dibujadas de lo bonitas que eran. Ya les he descrito antes sus ojos, pero su nariz iba a juego con ellos. Era de un tamaño normal y al final tenía un pequeño ángulo hacia arriba; y estaba llena de pecas, un poco más marrones que su tono de piel, que era claro, con un matiz rosado. Sus pómulos, también con pecas, ascendían por encima de sus finas orejas, y su mandíbula dibujaba un rostro fino y elegante. Su pelo ondulado tenía un tono marrón avellana, recogido con una coleta, y sobre su cabeza llevaba un sombrero de paja con un lazo rosa de puntos blancos para cubrirse del sol. Y sus labios… —José sonrió. —sus labios eran bonitos. El superior era un poco más grande y estaba curvado hacia arriba. No eran para nada exuberantes, pero sí sensuales, dibujando una sonrisa amplia, de película.

—*Eee… no, no vivo cerca.* —respondí con voz más bien gangosa, algo nervioso. Recuerdo que hacía años que no me comportaba así. Me dejó totalmente desconcertado. —*Perdón por inmiscuirme, pero ¿qué es este lugar?* —pregunté con algo de esfuerzo, tratando de disimular mis nervios.

—*¡Amigo mío, está usted en "La huerta de tus sueños"!* —respondió muy animada. —*Ha tenido mucha suerte, porque no encontrará ni más ni menos que la mejor posada con hospedaje en kilómetros a la redonda. Por no decir que es la única.* —terminó diciendo con una dulce risa.

—Vaya, he tenido suerte entonces. ¿Tienen habitaciones disponibles? —pregunté con renovado ánimo. En ese momento me di cuenta de que no solo se me había abierto una puerta, literalmente, sino que acababa de encontrar una gran oportunidad para hospedarme en el pueblo donde crecí, y, sobre todo, para hospedarme en la casa. Aquella abandonada estructura que me acompañó tantos años de mi vida.

—Pues tiene usted mucha suerte, señor… —la joven mujer dejó una pausa.

—Martín, José Martín. —respondí extendiendo mi mano, la biónica de mi brazo derecho, mientras ella se quitaba el guante de jardinería y me la estrechó.

—Señor Martín. Tiene mucha suerte, nos queda una habitación libre. Por cierto, mi nombre es María Dolores Roca, pero puede llamarme Dolores. Encantada, señor Martín. —se presentó Dolores con una amplia sonrisa. Irradiaba alegría.

—Igualmente, Dolores. Un placer. Pero, por favor, llámame José. Y gracias por la habitación. Me la quedo. —le dije devolviéndole la sonrisa.

Mi mano orgánica estaría temblando de los nervios, pero gracias al brazo mecánico logré controlarlo. —José se rio. —Nos la estrechamos con formalidad.

Al invitarme a pasar a la propiedad, quedé completamente maravillado. Un camino de ladrillos rústicos llevaba a la entrada de la casa. Al lado de ese camino, el césped, muy bien cuidado, crecía por todo el terreno, en el cual había un par de estatuas victorianas de niños que hacían juego con un bebedero de pájaros. La casa estaba rodeada de un sinfín de plantas decorativas y arbustos floreados de distintas clases. Se notaba el cuidado que les habían dado, al igual que al césped. Además, era el comienzo de la primavera, por lo que el sol de esta época también ayudaba a que crecieran todas las plantas de manera excelente.

Los pinos, que eran mucho más majestuosos si cabe, sobresalían por encima de la altura de la casa, y su tronco, al menos el que podía observar en ese momento, era enorme y robusto.

Dolores avanzó por el camino y al llegar a las escaleras principales, comenzó a subirlas. Yo no pude seguirla y me quedé inmóvil mirando la fachada. Era impresionante el trabajo que habían

invertido allí. Las paredes estaban impolutas, con su ladrillo gris. La enorme puerta principal era de magnífica calidad y cualquiera podía percibirlo. Los pasamanos de la escalera y de todo el porche eran de madera tallada, un trabajo laborioso y muy cuidado. Tanto los escalones como el porche, que eran de obra cuando conocí su estructura, estaban forrados de madera, lo que hacía un bonito contraste con la fachada. En definitiva, fue toda una experiencia gratificante ver cómo alguien daba vida a la inacabada edificación. —explicó José.

—Una pregunta. ¿Le resultaba familiar esa mujer? Sé que no recuerda más de lo que nos ha mencionado, pero… ¿Recuerda haberla conocido años atrás? ¿En alguna fiesta o en el instituto? —preguntó María seriamente. Óscar no perdió detalle de la pregunta.

—No, la verdad es que no la conocía. Si la hubiera visto antes, lo recordaría perfectamente. Era bastante llamativa… —contestó José sin titubear.

—José, vamos a tomarnos un breve descanso y luego nos contará más, ¿de acuerdo? Estás en buenas manos y necesitas descansar. Así que te dejaremos unos minutos con los médicos. —María indicó a los doctores con un gesto que iban a salir de la habitación. Los dos asintieron y no se opusieron a su decisión. María le hizo una seña a su compañero para que salieran juntos.

—Ahora que la historia se estaba poniendo interesante, con terceras personas y demás, salimos de la habitación. —bromeó Óscar.

—Estaba pensando, que si todo es una recreación de la “madre” y la idea es hacerlo tan real para que él se lo trague, lo lógico sería recrear la trama completa. ¿Por qué no recuerda nada desde que se “desmayó”? ¿Qué sentido tiene? ¿Será a propósito o son lagunas por la falta de riego? Además, después de su llegada al pueblo no se le ocurre acudir a la casa de sus padres… no lo entiendo… Y luego está Dolores, describe a esa mujer con tanto detalle… ¿Es posible que la conociera? Eso explicaría por qué la describe tan bien, ¿o simplemente es una invención como todo lo demás? Pensaba que la parte inducida era borrosa, pero ahora lo ve todo tan claro… Son tantos frentes los que se nos abren que empiezo a frustrarme un poco. —María daba vueltas en círculo mientras hablaba.

—No te preocupes tanto. Hemos venido aquí a recopilar información. Él nos contará y nosotros anotaremos. Ya es suficiente con que nos pueda narrar algo en la situación en la que se encuentra,

¿no? —intentó razonar Óscar con ella.

—No puedo evitarlo. Esta oportunidad es tan grande que quiero comprenderlo todo. Pero tienes razón… Oye, me estás empezando a caer bien, compi. —María le dio una palmada en el brazo a su compañero y sonrió. —Me apetece un puto cigarrillo una barbaridad, pero tengo que aguantar. No quiero estar desinfectándome y cambiándome de ropa todo el rato. —dijo frustrada.

En ese momento, del pinganillo que llevaban los dos inspectores en sus oídos, salió la voz entrecortada de la oficial Nuria.

—*Inspectora, por favor, cambie al canal 23. La subinspectora Susana está al otro lado. Repito, Susana por el canal 23. Fin de la transmisión.* —informó la oficial por radio. Ambos agentes cambiaron el canal de los transmisores que llevaban colocados en los laterales de sus trajes.

—Aquí la inspectora María, ¿me recibes, Susana?, cambio. —dijo la inspectora al micrófono que sobresalía del pinganillo que tenía en la oreja.

—*La recibo, inspectora. Le hablaré claro. Hemos perdido contacto visual y radio con la expedición. Tampoco ha salido nadie del túnel desde entonces. Llevamos sin conexión con ellos unos diez minutos, cambio.* —respondió Susana sin tapujos por el transmisor. En ese instante, Óscar, que no dejaba de observar a su compañera, comenzó a temblar. La cara de la inspectora María estaba desencajada. Pero intentó utilizar la parte lógica.

—Está bien, puede haber caído algún receptor y estén intentando repararlo. Diez minutos no son suficientes para preocuparse demasiado. —intentaba autoconvencerse. —Sin embargo, enviaremos al equipo de operaciones especiales por si acaso, pero estoy segura de que es solo un problema técnico, cambio. —le dijo María intentando mantener la calma.

—*María,* —omitió formalidades. —*el equipo de operaciones especiales iba con la expedición. Creímos oportuno enviarlos, ya que el riesgo era elevado, cambio.* —explicó Susana con un tono serio.

—¿Y por qué coño no me habéis consultado antes? ¡¿Qué cojones está ocurriendo con vosotros?! —le gritó María, elevando la voz más de lo debido. El resto del personal del contenedor hospital la observaban confundidos.

—Consideré que distintos hechos podrían indicar cierto peligro. Una de las esferas topográficas estaba repleta de una sustancia peculiar y están analizándola allí. Además, Gloria, la piloto, vio algo dentro con el dron. Gracias a nuestra decisión, pudimos reducir a un cánido que se les cruzó en el túnel. Quizás hubiera sido peor no enviarlos. —le contestó Susana, sin mencionar que la orden de enviarlos la tomó Antonio, dándole a entender que solo ella fue la culpable de tomar esa decisión. La subinspectora era consciente de que debía haberse opuesto, pero opinó que era lo correcto dadas las circunstancias.

—¡¿Pero por qué no me pedisteis permiso a mí?! ¡Joder! Maldito chulo inconsciente… — exclamó María, exasperada, sabiendo que Susana era incapaz de contradecir los protocolos establecidos, pero la voz de Antonio estaba por encima de todo para la ilusa subinspectora.

—Porque sabíamos que no nos habrías permitido enviar al equipo, María. Nos conocemos demasiado bien. Hubieras pensado que Antonio estaba exagerando, como tantas otras veces, y no nos habrías dejado actuar. Te prometo que era necesario. Están ocurriendo cosas extrañas esta vez. —explicó Susana, que, sin amedrentarse ante los gritos de su jefa, defendió su postura.

María, una persona lógica, ante todo, contuvo su rabia y reflexionó. Se dio cuenta de que esta vez era diferente. Encontrar a una persona viva era ya una casualidad tremenda, en comparación con los otros túneles explorados en gran parte del planeta. Además, los sucesos que Susana le acababa de contar, no se habían visto en ninguna otra ocasión. Era probable que hubieran encontrado un nido activo, una madre que aún se mantenía con vida, y los riesgos que eso supondría serían completamente nuevos para la humanidad. Un riesgo que podría desencadenar un desastre mundial. Ahora, su única prioridad era sonsacar toda la información posible a José. Sin el equipo de operaciones especiales, no podrían actuar. Solo el ejército podría hacer algo. La única opción que les quedaba era sellar el túnel hasta que obtuvieran toda la información antes de que José muriera.

—Susana, ya conversaremos más adelante sobre la insubordinación, ahora no tenemos tiempo para eso. Lo que vas a hacer, y me vas a obedecer, es bloquear la entrada del túnel con la pala. Vamos a evitar riesgos, cambio. — dijo María, sabiendo que Susana se opondría a hacerlo. Óscar compartía la opinión de María: creía que, dados los acontecimientos, la decisión de taponar el acceso era la mejor opción. Y después, informar al comisario para enviar refuerzos.

—¿Quiere que sepulte a mis compañeros en ese lugar? Aunque me cueste el puesto, no pienso hacerlo, María. Cierro. — sentenció Susana, apagando la radio.

María intuía que haría eso mismo, así que no insistió en seguir hablando por el pinganillo. Miró a Óscar y negó con la cabeza.

—Lo que no haga una misma… ¿Qué habrá pasado allí abajo? Espero que sea un problema técnico. Se nos caería el pelo si esto se elevara. Pero bueno, crucemos los dedos y esperemos que no sea nada. Bueno, me voy a organizar el gallinero y que tapen ese agujero. Te dejo al mando el rato que esté fuera. Que te siga contando José. —ordenó María a Óscar, mientras se disponía a salir del conteiner. Este se quedó boquiabierto. No entendió cómo, en una situación así, no tomó la rápida decisión de avisar al comisario para que enviara refuerzos. Daba igual cómo fuera ese hombre, Antonio, o las diferencias entre él y María, pero ante una situación de este calibre era indiscutible dar las novedades pertinentes. Pero ella no lo iba a hacer. Su orgullo estaba por encima de la responsabilidad.

—¡Y se sorprenderá de que su subordinada actúe igual que ella! —pensó Óscar un tanto alterado. —Esto hay que solucionarlo y elevarlo. Esta mujer no va a hacer nada. Y discutirlo con ella menos aún. Pensar que le había creído con su monólogo de antes… que le den, voy a llamar al comisario. —se dijo Óscar, alimentando su rabia. No podía entender cómo, ante una situación así, María no llamaba corriendo a su superior. Por lo tanto, la única manera de que Óscar pudiera contactar con el comisario, era saliendo al exterior sin que ella sospechara.

—Disculpa, María. Pienso que sería mejor que fuera yo. En este momento, tu trabajo con José es mucho más prioritario que tratar con la subinspectora. Además, es algo por lo que has estado esperando durante mucho tiempo: hablar con un superviviente. Voy a salir y poner las cosas en su sitio con esta gente, no te preocupes. —dijo Óscar con determinación.

María sabía que ante una eventualidad así, debía llamar al comisario. No era tonta; sabía que su nuevo compañero quería salir para informar, pero no podía detenerlo, debía hacerle pensar que no sospechaba nada.

—Si Óscar llama pensando que yo no me doy cuenta, el comisario insistirá en que no me diga nada hasta que lleguen los refuerzos. Así podría tener más tiempo para que José me contara su historia. De la otra forma, haciéndole saber que sé sus intenciones,

será Óscar quien me destituya del caso y todo habrá acabado para mí. —pensó rápidamente María.

—Tienes razón. Está bien, ve tú. Susana no es una mala persona ni una mala profesional. No te enzarces con ella. Solo hazle entrar en razón y ella sola utilizará la lógica. Los sentimientos a veces pueden cegarnos. Nos vemos en un rato. —terminó diciéndole María mientras agarraba el pomo para entrar en la habitación.

Óscar salió del contenedor y caminó por el pasillo hasta la carpa principal. En el área reservada a los inspectores, se quitó la escafandra plástica y el resto del traje. Estaba decidido a llamar al comisario. En la silla donde tenía doblada su ropa, retiró el cinturón del pantalón vaquero y abrió una cremallera oculta en el reverso. Sacó de allí un teléfono móvil antiguo de concha, de prepago, que el comisario le había entregado, ya que para entrar al contenedor hospital debían entregar sus móviles personales. Óscar se cambió de ropa y guardó su teléfono en el bolsillo de su pantalón vaquero. Frente a la salida de la carpa, agudizó sus oídos para intentar descubrir el sonido que se mezclaba con el ruido de los ordenadores. Escuchó entonces la lluvia caer con fuerza.

—Lleva lloviendo ya un rato. Si no quiere mojarse, será mejor que no salga, inspector. —le dijo Nuria, que se giró en su silla para mirarle a la cara.

—Ya veo… Por cierto, Nuria, ¿se sabe algo ya del antiguo propietario? —preguntó Óscar a la oficial.

—Poca cosa. Hemos podido averiguar a quién se le concedió el permiso de construcción de la casa: un tal Héctor Linares Zapata. Tenemos muy pocos datos; que trabajaba en restauración y poco más. No constan delitos, ni registros de vivienda, ni teléfono, ni defunción… nada. O han desaparecido los archivos o ese hombre lleva desaparecido décadas… —le dijo a Óscar hasta que él la interrumpió.

—¿En qué año se concedieron los permisos del Ayuntamiento? —preguntó Óscar mientras abría su portafolio.

—A ver… No indica una fecha exacta, pero sí el año: 1987. —contestó Nuria, concentrada en la pantalla del monitor.

Óscar consideró entonces la hipótesis de que el hombre hubiera desaparecido. Si fue durante esa época, tendría sentido que, al detenerse la construcción y se perdiera el rastro de esa persona, al ser datos escritos físicamente, no se volcaran en una base de datos digital.

Era complicado en esa época compilar millones de datos analógicos a digital.

—Viendo el panorama que rodeaba todo aquel asunto de la casa y lo que estaba sucediendo, ¿y si el dueño hubiera sido el primero en descubrir el túnel y, por curiosidad, investigar un escondido acceso con la mala suerte de no volver jamás? —se preguntó Óscar.

—Gracias, Nuria. Voy a salir afuera. Tengo que hablar con la subinspectora Susana. ¿Hay algún chubasquero? —preguntó Óscar mirando a todas partes en busca de algo para no mojarse.

—Sí, claro. En el perchero, dentro del armario portátil. Hay tres o cuatro. — respondió Nuria, regalándole una sonrisa un tanto falsa, y volvió a mirar la pantalla.

Óscar caminó bajo la intensa lluvia. Caía tanta agua, y con tanta fuerza que apenas podía ver nada. Sacó el móvil y lo abrió. Lo cubrió con la mano mientras buscaba el número del comisario. Una vez lo encontró, pulsó la tecla de llamada y se lo colocó en la oreja. Caminó paralelamente a la carpa, siguiendo el camino que marcaba la iluminación de los focos exteriores, alejándose de la entrada para que nadie lo escuchara. No le convenía que alguien lo descubriera hablando por teléfono cuando se suponía que se los habían confiscado.

—*¿Qué ha pasado?, que sea rápido.* —dijo seriamente el comisario nada más contestar.

—Sabe que no lo llamaría a no ser que fuera estrictamente necesario, pero… ella y su equipo, actúan por su cuenta. Han metido la pata gravemente. —respondió Óscar nervioso, avanzando rápidamente.

—*Tranquilícese, inspector. Le he hecho una pregunta, ¿qué ha ocurrido para que tenga que llamarme?* —preguntó de nuevo el comisario, elevando el tono.

Óscar sentía que el deber priorizaba por encima de todo, pero a la vez pensaba que estaba traicionando a la gente que tanto había dedicado para poder llegar hasta donde estaban. No sabía qué hacer, pero ya había dado el primer paso y no podía volverse atrás. Se quitó la capucha y se peinó el pelo mojado hacia atrás, estaba nervioso e indeciso. En ese momento observó cómo salía luz del lateral del contenedor. Se acercó y pudo observar como la pared metálica estaba reventada como si se tratara de una lata de Coca-Cola perforada por

un perdigón, pero a una escala muy superior.

—*¿Óscar?, ¿me escucha?, ¿qué está pasando?* —preguntaba el comisario sin respuesta de Óscar, que estaba boquiabierto mirando el gran agujero que había en la reforzada estructura metálica.

—El espesor debe ser de alrededor de cinco centímetros. ¿Qué podría haber perforado el metal con tanta facilidad? —se preguntó a sí mismo Óscar, apartando el móvil de su rostro.

—*¿Qué está sucediendo, agente? ¡Conteste!* —insistió el comisario, mientras Óscar tocaba uno de los trozos de metal que sobresalían al exterior, doblado como una hoja de papel de aluminio. Al asomarse al habitáculo, se dio cuenta de que se trataba del laboratorio, el cual estaba completamente desordenado: estantes, publicaciones, probetas y otros objetos de trabajo estaban tirados por el suelo. Vio un líquido que seguía un camino hacia el exterior, pero fuera, en el barro, se perdía el rastro debido a la intensa lluvia. No podía creer lo que estaba viendo. Algo grave estaba sucediendo y todos podrían estar en peligro. Se apresuró a darse la vuelta y regresar a la carpa principal para informar, cuando escuchó un estruendo proveniente de la entrada de la propiedad, por el camino principal. Era uno de los furgones que llevaba los generadores; había explotado, provocando una lluvia de chispas y humo que se disipó rápidamente debido a la lluvia. En ese instante, todo quedó a oscuras. El sistema eléctrico había fallado. Óscar se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. Solo se escuchaba la lluvia caer con gran intensidad. El comisario solo oía el sonido del agua y del barro que empezaba a cubrir el teléfono que Óscar había dejado caer al suelo. No pudo interpretar bien el grito agonizante y desesperado que captó el micrófono del aparato, casi cubierto por completo de barro.

—*¿Óscar?, ¡¿Qué pasa?! ¡Contésteme!* —insistió el comisario, recibiendo como única respuesta el tono de llamada finalizada.

6–La sombra del aleteo

La lluvia intensa no cesaba, como predijo la Agencia Estatal de Meteorología. Los hilos de agua que caían por el perfil plástico de la carpa aumentaban enérgicamente, creando una cortina entre los agentes y el exterior, que era un auténtico barrizal. Susana estiró el brazo hacia fuera y dejó que el agua le mojara la mano.

—Mi parte sensata y racional me dice que haga caso a María; tiene toda la razón. Pero, en lo referente a la parte emocional, no puedo permitir que sepulten a mis compañeros ahí abajo. Me niego. —le dijo Susana a Borja, que estaba detrás de ella.

—Si te sirve de algo, yo me hubiera posicionado igual que tú. Son nuestros compañeros, amigos, familia… —dijo Borja mientras bebía un largo trago de su lata camuflada. Susana se dio la vuelta y le sonrió.

—Entonces, es hora de actuar. Ya que me la voy a jugar igualmente, pues que sea por algo más importante, ¿no? ¡Equipo, atentos todos! —se dirigió al resto de agentes levantando la voz e irguiendo los brazos. —Vamos todos a prepararnos. Algo pasa ahí dentro con nuestros compañeros y no nos vamos a quedar de brazos cruzados. —era la primera vez que Susana hablaba ante tanta gente, pero no reparó en ello. María o en su defecto, Antonio, eran quienes explicaban al resto en qué consistiría lo que debían hacer. No estaba nerviosa, ya que estaba muy decidida a salvar a sus compañeros, al menos a intentarlo. —No os voy a mentir. María me ha ordenado tapar la entrada al túnel. —los agentes se miraron unos a otros sorprendidos. —Sí, así ha sido. Y yo me he negado rotundamente. Pero ella lleva razón. Lo más sensato es taponar el acceso hasta la llegada de refuerzos. No sabemos qué ha pasado allí abajo, pero no tiene pinta de que sea un problema con las comunicaciones. Por esa razón, he decidido no acatar la orden de María y entrar a salvarlos. —los agentes empezaron a murmurar, un tanto alterados por la decisión de Susana, excepto Borja, que estaba a su lado y la miró con aprobación. —Quien esté dispuesto a entrar para recuperarlos, que se pertreche y coja armamento. En cinco minutos nos vamos de excursión. —les dijo Susana, que comenzó a temblar y respirar más rápido una vez acabó su alocución. Su cuerpo no podía albergar más tiempo el coctel de nervios y desesperación.

Acto seguido, se dirigió al baúl donde se encontraban los

chalecos antibalas y los equipos de protección, y comenzó a prepararse para la misión.

—¿Te das cuenta de que entrar ahí sin saber nada, ni siquiera tener idea de dónde está el equipo de fuerzas especiales, es una locura? Es entrar en la maldita boca del lobo. —le susurró Borja muy cerca de ella y en voz baja para que nadie pudiera escucharlos.

—Borja, lo sé muy bien. Pero no voy a dejarlos allí abajo. Créeme, soy la primera que no quiere entrar ahí. Detesto todo esto tanto como cualquiera, pero es mi deber. —le dijo ella mientras se terminaba de cerrar el chaleco por el costado.

—Está bien, solo quería confirmar que no era un pensamiento irracional o fugaz. Voy a prepararme yo también. —le dijo Borja mientras se agachaba para buscar su equipamiento en el baúl.

—Tú no vienes con nosotros, Borja. —le dijo Susana una vez que terminó de pertrecharse.

—¿Cómo que no voy? ¿Qué estás diciendo, Susana? —preguntó con indignación.

—No. Te necesito aquí, fuera. Bueno, todos te necesitamos afuera. Eres el único que tiene las habilidades y conocimientos necesarios para ayudarnos. Me comunicaré contigo por walkie-talkie. Canal 57. Nos guiarás por el túnel con el mapa, y me irás informando de la situación fuera del túnel. También, te llevas muy bien con María, por eso os apodan los “cierra-bares”. —Susana terminó con una carcajada. Borja no respondió, pero le devolvió la sonrisa. Sabía de sobra que Susana tenía razón. Necesitaban un contacto fuera que les guiara, ya que no quedaban equipos portátiles de mapeado. También sabía cómo ganarse a la jefa, además de la confianza entre ambos. En las celebraciones del grupo ZERO, siempre eran los últimos en salir de los pubs, quizás por su gran afición al alcohol, o porque competían mutuamente por coronarse como "el ser sin pareja con la vida más triste del mundo".

En ese instante, un fuerte estruendo se escuchó filtrado entre el sonido de la lluvia. Susana creyó que provenía del campamento base, donde se encontraban los inspectores.

—Seguramente sea el sonido de un trueno. —el cielo se iluminó durante unas centésimas de segundo. —¿Ves? Como te decía. Un trueno. Esta tormenta está siendo fuerte. Debemos tener encima la

de Dios. Ya me quedo yo aguantando el temporal. —le dijo Borja, intentando restarle importancia.

Susana miró su reloj, alzó la vista y se dio cuenta de que todos y cada uno de los agentes que aquella carpa protegía de la incesante lluvia, estaban equipados y armados. Intentó contener la emoción al ver cómo apoyaban la decisión que había tomado, manteniendo la compostura, y sin soltar una lágrima. Nadie dudó; estaban preparados para entrar y salvar a sus compañeros. Susana les regaló una amplia sonrisa y, cuando se disponía a organizar la entrada, se escuchó una fuerte explosión y la posterior caída del suministro eléctrico. Nadie habló. Todos esperaron unos segundos, con la esperanza de que la electricidad volviera, pero nada ocurrió.

—Es posible que un rayo haya impactado en el generador eléctrico. Eso es un imán para los rayos. —explicó Borja mientras encendía su linterna. Los demás miembros del equipo hicieron lo mismo.

—Borja, la radio tampoco funciona. —indicó Gloria, que estaba intentando comunicarse con la base.

—Pues ahora sí que estamos jodidos. Eso significa que el equipo de radio también ha sido afectado al reventar el generador. Menos mal que nuestro pequeño generador puede alimentar los equipos y podré guiaros. —explicó Borja, dándole otro trago a su refresco adulterado.

—Una mierda tras otra… En fin, tenemos los walkies y tu equipo para guiarnos. Ese generador nos aguantará de sobra. —se consoló Susana con las pocas alternativas que tenían.

—Con los 30 litros que tiene el depósito y solamente el ordenador para el mapeado, tenemos unas 15 horas. De sobra, Susana. No os preocupéis por eso. Procurad salir de ahí sanos y salvos. —dijo Borja mientras intentaba poner en marcha el generador. Antes de conseguir arrancarlo, giró la cabeza al igual que el resto de los agentes al escuchar un grito desgarrador que provenía de la entrada de la parcela, donde estaba el campamento base y el contenedor hospital.



Dentro del contenedor, los pilotos giratorios de emergencia, eran los únicos que proporcionaban algo de luz en ese momento, y la

sirena, con su pitido penetrante indicaba que el suministro eléctrico había caído. Tanto María como los doctores esperaban que volviera de nuevo la corriente. Era de todos sabido que el agua y la electricidad no se llevan muy bien, así que un inconveniente así entraba dentro de lo normal. Esperaban pacientemente a que el grupo electrógeno entrara en funcionamiento lo antes posible para seguir el monitoreo de José.

—Habrá sido un fallo en el sistema. En unos segundos entrará en funcionamiento el generador. No te preocupes, José. —le dijo con calma.

—Tranquila, tengo todo el tiempo del mundo. —respondió José, bastante sosegado.

En ese instante, el sistema eléctrico volvió a funcionar y tanto las luces de emergencia como la sirena dejaron de trabajar. María se cercioró de que los equipos volvían a marchar y que las bombas volvieran a recibir y mandar fluidos al cuerpo de José. Los doctores, sin mediar palabra, se miraron asintiendo con sus cabezas para dar a entender que todo estaba correcto. Dispuesta a continuar, María accionó el botón "REC" de la grabadora, pero antes de pronunciar palabra alguna, la megafonía interior la interrumpió:

"En 120 segundos se activará el sistema de protección y nadie podrá entrar o salir"

Los tres se miraron con preocupación. Nunca se había activado el sistema de protección, y que pasara algo así no debía de ser bueno, pensó ella.

Sin pensárselo dos veces, María salió de la habitación, sin decir nada, para comprobar qué estaba sucediendo. El personal estaba agitado y nervioso. Nadie en aquel lugar sabía qué hacer. Habían hecho simulacros de todo tipo: contraincendios, riesgos eléctricos, ataques nucleares o biológicos, pero el que más repitieron fue el de amenaza externa. Aun así, la realidad era muy diferente. Nadie está lo suficientemente bien preparado para afrontar un peligro existente, y más si no se sabe qué lo está causando. Así que el caos era justificado, pensó María, quien, sintiéndose al igual que el resto, desesperada, intentó comunicarse con Nuria y Óscar, pero no obtuvo respuesta. El ruido estático era ahora el único sonido que escuchaba por el auricular. No sabía qué hacer. No pintaba nada bien. Fran, del equipo médico y encargado de avisar al resto a entrar en el contenedor médico ante una emergencia, se dirigió bastante agitado a ella.

—María, he ido al laboratorio para avisar a Manuel e Isabel de que entraran antes del cierre, pero no los encontré. Además, vi un gran agujero en una de las paredes. Está reventada. —explicó con dificultad debido a la hiperventilación.

—¿Un agujero? ¿Hacia el exterior? —preguntó María, sintiendo que su corazón latía desbocado.

—¡Sí, sí! ¡Un enorme boquete que da al exterior, joder! —respondió el hombre, bastante asustado.

María corrió hacia el laboratorio y se quedó perpleja al abrir la puerta. No podía entender cómo alguien había sido capaz de reventar una lámina tan resistente de metal con tanta facilidad. Al percatarse de que la lámina había sido forzada y rota de dentro a afuera, dedujo que quien lo hubiera hecho estaba dentro del laboratorio, no en el exterior. Pero, ¿cómo? ¿Quién o qué podría haber hecho algo así? Se preguntaba a sí misma, confundida.

Sin perder tiempo, cerró la puerta y rompió el cristal de seguridad de la caja roja que estaba junto al acceso del laboratorio. Luego, pulsó con fuerza el botón, que activó el cierre con las planchas antes de que pasaran los dos minutos establecidos por el sistema de seguridad.

—Quiero que compruebes el resto de las salas y que todo el mundo entre inmediatamente. Cierra los accesos como lo he hecho yo con el laboratorio. ¡Vamos! —ordenó a Fran, que asintió rápidamente.

María corrió hacia la compuerta de entrada al contenedor hospital, la única entrada y salida. Desde allí, podría ver el pasillo para verificar si Manuel e Isabel aparecían antes del cierre automático. Pero para su sorpresa, ya no había pasillo. Como si un huracán hubiera azotado toda la zona de la entrada del campamento, apenas quedaba algo en pie. El cableado se encontraba desperdigado por toda la zona, y las lonas de plástico que conformaban el pasillo y los restos de los equipos estaban esparcidos por todas partes. María no podía creer lo que veía. Pensó que sus compañeros podrían estar sepultados entre todo ese amasijo de plásticos y cableado. Era una escena caótica, con los vehículos policiales y furgones destrozados al fondo de la carretera, incluyendo el furgón generador, que aún ardía a pesar de la lluvia torrencial.

¿Qué estaba pasando? Se preguntaba con terror sin poder apartar la vista de la catástrofe.

De repente, una mano golpeó el ojo de buey con tanta rapidez y fuerza que casi hizo que María se cayera al suelo de la impresión. Su corazón latió con más nervio que nunca. Sabía que se arrepentiría una vez que entrara en razón, pero su instinto la obligó a actuar deliberadamente. María abrió la compuerta sin saber quién estaba al otro lado; sabía que la vida de algún compañero estaba en peligro, a pesar de que las reglas eran claras en cuanto a permitir el acceso a cualquier persona del exterior, y más si cabe en una situación excepcional como la que estaban viviendo.

María estuvo al borde de las lágrimas al ver a Óscar correr hacia ella y cerrar la compuerta con prisa. Sentada en el suelo, intentaba recuperar el aliento mientras se apoyaba contra la pared. María se quitó la escafandra y, sin decir nada, los dos se quedaron mirando.

—Pensé que habías muerto… ¿Qué ha pasado allí afuera? ¿Hay alguien más? —preguntó angustiada.

—No lo sé… No vi a nadie antes de llegar aquí. —se hizo un silencio angustioso para ambos. —Algo hay ahí fuera. Algo que no es de este mundo… María, estamos jodidos. —respondió Óscar, intentando normalizar su respiración.

María cogió su paquete de cigarrillos y se encendió uno, sin importarle en lo más mínimo la prohibición de fumar y quitarse la escafandra dentro del contenedor hospital. Mientras expulsaba una gran bocanada de humo, miraba el techo, pensativa.

—Podría haber salido contigo a fumar, así no tendría que hacerlo aquí adentro. Pero, dada la situación que nos acontece, ¿qué importa, no es cierto? —soltó una pequeña carcajada. —Espero que al menos traigan refuerzos para acabar con “eso” que está provocando este desastre. —dijo María, mirando fijamente a Óscar. Él no sabía qué responder. La mirada acusadora de María le hizo entender que lo había cazado; era consciente de que había salido a llamar al comisario. Óscar la había subestimado, por completo.

—Pensé que no te darías cuenta. —dijo Óscar sin saber qué más argumentar.

—¿Acaso creíste que, al estar centrada en el interrogatorio, no me daría cuenta de lo que ocurre a mi alrededor? Estás muy equivocado si es así. Aunque mi reputación esté en la mismísima mierda, tengo el orgullo de decir que soy más hábil de lo que

imaginas, Óscar. Sabía perfectamente que, por mi decisión, saldrías a llamar al jefazo. A chivarte como un perro tullido que se refugia tras las piernas de su dueño. —María apagó su cigarrillo en el suelo, pero no apartó la mirada de los ojos de su compañero, quien estaba muy avergonzado. —Pero no importa, es lo mejor que nos puede pasar ahora. Total, no tenemos forma de salir de aquí hasta que no lleguen los refuerzos. Estamos en cuarentena, enclaustrados entre cuatro paredes de metal más duro que una montaña. Ni entra ni sale nadie. Lo mejor es que no habrá distracciones del exterior y podremos centrarnos en José hasta que lleguen los refuerzos desde Madrid. Entre preparar a los equipos operativos pertinentes y demás, tenemos unas cinco o seis horas hasta que lleguen. Así que debemos darnos prisa. Pero antes, ¿qué ocurrió afuera? —le preguntó a su compañero, curiosa por saber lo que había visto.

La megafonía indicó el cierre hermético. Fue entonces cuando las planchas cubrieron totalmente el contenedor. El ruido ensordecedor del metal incrustándose con fuerza en el suelo se escuchó en todo el hospital portátil. Ambos se miraron. Sabían que, a partir de ese momento, solo les quedaba esperar a que llegara el rescate. Óscar tomó aire y empezó a contarle lo ocurrido a su compañera.

—Me alejé de la carpa para que nadie pudiera escucharme. A la altura del laboratorio, vi un gran agujero en la pared. El metal rompía hacia afuera, así que era evidente que quien lo hizo estaba dentro. Con la lluvia, no pude distinguir bien si el líquido que había en el metal era agua, barro u otra cosa, pero tenía una consistencia espesa. Solo recuerdo levantarme, embarrado, y caminar entre todo el desastre que había afuera. Lo siento, no vi nada ni a nadie. —explicó Oscar a María, quien lo escuchaba atentamente. Sabía que disculparse no serviría de nada, el tiempo era valioso y debían centrarse en la situación.

—¿Un líquido espeso? Yo también vi el laboratorio destrozado. Afortunadamente, quedó fuera del contenedor… —dijo María, aliviada.

—¿Qué es lo que hemos perdido? —preguntó Óscar.

—Además de la carpa, hemos perdido el laboratorio, la zona de descontaminación, la farmacia y el pasillo de evacuación. En el contenedor solo tenemos el hospital, el quirófano, habitaciones, la zona de material y la morgue. Ah, sí, también el almacén de ventilación, que es donde almacenamos las provisiones. Tenemos agua

y comida para unas 48 horas, si fuera necesario. Supongo que no nos hará falta, espero. —dijo María, soltando una risa nerviosa. —Aunque lo que voy a decir es poco realista, necesito que los de ahí fuera sobrevivan a lo que sea que esté causando todo esto… —dijo María, mientras se frotaba los ojos, que estaban llenos de lágrimas.

—Te entiendo. —dijo Óscar, intentando ponerse en su piel.

—A pesar de las discusiones y los problemas, ellos son como mi familia. He pasado muchos años con esas personas y no quiero que les pase nada. —le explicó María.

—Lo comprendo perfectamente, María. —dijo Óscar sintiendo empatía hacia ella, comprendiendo que perder a su gente debía de ser un duro golpe.

—Tómate todo el tiempo que necesites, ve a limpiarte todo este barro y sangre. En el quirófano habrá un lavabo y un baño, supongo. Yo entraré a la habitación. José nos estará esperando. ¡Ah! Se me olvidaba, coge un nuevo traje de la taquilla de allí, habrán de sobra. —dijo María, mientras se incorporaba y se ponía la escafandra.

◆◆◆

No hubo tiempo para prepararse mentalmente ante lo que iba a suceder. Como un huracán embravecido en medio de la lluvia, una masa deforme apareció ante ellos. Susana no pudo distinguir de qué se trataba, pero sí pudo ver una forma alargada y ancha, parecida a un brazo de pulpo, que golpeó con fuerza a uno de sus compañeros y lo lanzó por los aires como si fuera un envoltorio de chicle arrojado a una papelera. Al mismo tiempo, la masa antropomórfica que estaba frente a ellos, también lanzó por los aires la carpa que los protegía de la lluvia. Susana, instintivamente, comenzó a disparar a la gran masa con largos apéndices, y otros se unieron a ella, mientras algunos huían corriendo y gritando en un intento por sobrevivir.

A pesar de los disparos, la masa seguía inmóvil. No gritaba ni intentaba atacarlos, solo movía sus tentáculos y permanecía en el mismo lugar.

—¡Disparadle, matemos a esa maldita cosa! —gritó Susana a sus compañeros. Pero en cuanto se quedaron sin munición, la masa de carne deforme se abalanzó rápidamente hacia cuatro de ellos. Uno de los agentes fue lanzado contra la fachada de la casa y murió en el

acto. Otro fue aplastado bajo el putrefacto peso del ser amorfo, y los otros dos fueron desmembrados con una de las falanges alargadas. Los cortó con la misma facilidad con la que los presentadores de teletienda cortan con sus cuchillos chuletones como si fueran mantequilla.

Los supervivientes arrojaron sus armas, gritaron y trataron de huir del lugar lo antes posible. El ser se impulsó con sus tentáculos a una altura tan grande que no se podía prever dónde caería, mutilando a varios más sin piedad en la otra parte de la piscina tras caer súbitamente. Susana cogió del brazo a Gloria, que estaba en shock, y la arrastró con ella corriendo hacia el túnel. Borja las seguía de cerca.

—¡Vamos! —exclamó Susana desesperada mientras se esforzaba por estirar a su compañera para que corriera. —¡Aprovechemos que está distraído!

El deforme ser se movió con agilidad y eficacia, parecía estar en todas partes a la vez. Los supervivientes se dieron cuenta de que no podrían vencerlo con solo disparos, y muchos optaron por huir en vez de enfrentarlo. El ser, por su parte, seguía mutilando sin piedad a cualquier ser vivo que se cruzara en su camino.

—No iré con vosotras, Susana. Una vez que acabe con todos, nos seguirá por el túnel y nos matará igualmente. —le dijo Borja, quien las seguía de cerca.

—¿Qué pretendes conseguir quedándote aquí? —preguntó Susana, visiblemente alterada.

—Ganar tiempo. Voy a coger la excavadora y en cuanto entréis, taparé el túnel. Os sacarán de ahí cuando vengan a por vosotros. —dijo Borja mientras se dirigía a la pala excavadora. Susana se paró en seco justo en la entrada del túnel, miró a Borja mientras se subía a la imponente máquina y se echó a llorar.

—¡Entrad, joder! ¡No os detengáis! —gritó. Susana volvió a coger el brazo de Gloria y se sumió en la oscuridad del túnel. Borja arrancó la excavadora e intentó mover la pala con los mandos. A pesar de su falta de experiencia, pudo derrumbar la pila de tierra y roca que habían extraído, tapando así completamente la entrada.

—¡Me cago en la puta! ¡A la primera! —se sacó una petaca del bolsillo trasero del pantalón y le dio un buen trago. La intensa lluvia limitaba su visión, pero pudo distinguir cómo una forma oscura se acercaba moviendo con fervor sus falanges alargadas. El ruido de la excavadora había atraído al monstruo, sin embargo, Borja ya lo había

previsto cuando decidió quedarse.

—Ya has matado a muchos de mis amigos. ¿Esperas que te deje entrar y matar al resto? ¡Ven a por mí, asquerosa masa de mierda! ¡Puto moco espacial! —gritó Borja a la criatura. Esta se abalanzó velozmente hacia la excavadora y la abrazó con sus largos tentáculos.



María entró en la habitación y, mientras esperaba a su compañero, charlaba con José de temas triviales para matar el tiempo hasta que su compañero regresara y continuara tomando notas. Óscar, que acababa de lavarse la cara y los brazos en la pila del quirófano, se miraba en el espejo. Estaba cansado, confundido y sentía una gran pesadez sobre sus ojos, que estaban un poco resecos y colorados. No le dio demasiada importancia, pero se fijó en que una de sus pupilas se agrandó y se estrechó en milésimas de segundo. No entendía mucho de medicina ni de oftalmología, pero sabía que no era normal. Quizás, durante la caída en el barro, se golpeó la cabeza, pensó él.

—No pasa nada, estoy en un contenedor hospital. Malo será que, si me pongo peor o dejo de ver, nadie sepa qué me ocurre. En fin, no perdamos más tiempo, Óscar. —se animó a sí mismo y se dirigió a la habitación.

Una vez dentro, y con el permiso de los médicos de que José seguía estable, continuaron con el interrogatorio.

—Disculpe, José, pero hemos tenido un imprevisto. Nada grave, por supuesto. Fue un fallo en el suministro eléctrico y poco más. ¿Podría continuar donde lo dejamos? —le dijo María, consultando el portafolio que sostenía su compañero.

—Imprevistos… se mucho de eso. Merecíamos más felicidad y menos contratiempos… Ojalá hubiera conocido a Dolores antes de todo esto. Habríamos vivido más cosas juntos, sobre todo antes de la pandemia y la guerra. Pero, en fin, qué se le va a hacer… Continúo. Una vez dentro de la casa, me maravillé. La entrada era inmensa, con un tragaluz en su parte más alta y las paredes forradas de madera y pintadas en blanco. Las escaleras al centro llevaban a las tres plantas que la conformaban. El suelo estaba adornado con losas de arcilla que exhibían hermosos motivos, evocando el encanto de las casas antiguas. Debía ser un suelo sufrido para soportar el paso del tiempo y, sobre

todo, de la cuantísima gente que la hospedaba; algo de lo que me di cuenta poco después. A la derecha de la puerta había un perchero de madera que parecía restaurado, ya que las formas onduladas de la madera eran ligeramente desiguales. Aun así, era un buen trabajo de ebanistería. A su lado, había una banqueta negra de forja para que la gente esperara su turno. Algo que no creo que se diera muy a menudo, la verdad. Y allí sentada había una chica. Era muy joven, no creo que tuviera más de 17 años. Estaba leyendo un libro, del cual no pude leer su título, pero era bastante grande para el tamaño de la joven. La chica era menuda y tenía el cabello moreno, liso y a la altura de los hombros, con un flequillo recto que cubría sus cejas. Los ojos grandes y rasgados marcaban el camino hacia una nariz y barbilla afiladas. Nada más verla, me recordó a Cleopatra, no a la versión de Elizabeth Taylor, sino más bien a la que sería la joven y real Cleopatra, la de carne y hueso. Su piel también era morena y sus mejillas y labios tenían un tono rojizo que resaltaba su piel cobriza. Era muy delgada, no creo que fuera anoréxica, pero no debía de pesar más de cuarenta o cuarenta y cinco kilos. Como mucho mediría un metro y medio. Vestía un vestido largo y ligero de color blanco y en sus pies unos zapatos de charol burdeos con tacón ancho. Me recordó a las ilustraciones de institutrices de los libros escolares antiguos. La chica estaba sentada correctamente, leyendo a una distancia óptima el libro que sostenía, y me miró con desdén, fulminándome con sus grandes ojos negros, quizá de los más oscuros que jamás había visto. Volvió con tranquilidad su mirada al libro y sonrió. No cruzamos una sola palabra en ese momento.

Dolores se colocó detrás de un atril de madera de roble y del cajón sacó un libro que contenía los datos, número de habitaciones y fechas de entrada de los huéspedes.

—*Por favor, José, deje ahí al lado su maleta, cerca del atril. Le haré el registro y lo acompañaré a su habitación, donde podrá descansar hasta la hora de la cena.* —me dijo Dolores con una amplia sonrisa, tratándome aún de usted, pero no importaba; su sonrisa era tan bonita que me dejó totalmente mudo. No iba a reprocharle de nuevo su forma de dirigirse a mí. Me inscribió y del cajón del atril sacó la llave de mi habitación, la cual portaba un llavero de madera con la misma frase y tipo de letra que la puerta metálica de la entrada.

—*Y, ¿cuánto te tengo que pagar, Dolores?* —pregunté mientras sacaba la bolsa de piel con todos mis ahorros. Acto seguido, negó con el dedo índice, rechazando el pago.

—*Aquí no funciona así. No tiene que darme nada. Ya le*

explicaré con más detalle, pero básicamente, cada uno da lo que puede y aporta con trabajo su parte, por el bien de todos los inquilinos y la casa. Si cuidamos de ella, ella cuidará de nosotros. ¿Le parece justo? —me dijo Dolores un poco sobresaltada. Parecía que le hubiera molestado que quisiera pagarle. Yo asentí con la cabeza y volví a guardar mi bolsa. No logré comprenderlo completamente, pero no tenía intención de modificar las normas que seguían. Ya me explicarían más adelante cuáles serían mis labores. Aunque me hubiera gustado más pagar y poder disfrutar de todo mi tiempo libre, estaba en la casa y podría ser interesante tener un estilo de vida como lo era el de mis abuelos en el pasado.

—*Disculpe, pero me muero de curiosidad. ¿De qué conoce a Raúl?* —preguntó la mujer, clavando su mirada en mí con una intensidad persuasiva.

—*No es ninguna molestia. Somos amigos de toda la vida y vine aquí con la esperanza de reencontrarnos. Han pasado muchos años, y me encantaría volver a retomar la relación si él está de acuerdo, claro está.* —respondí tratando de mostrar una sonrisa natural, aunque me costaba trabajo.

—*Le aseguro que se alegrará mucho de verle, señor… perdón, la costumbre, José. Le hará muy feliz reencontrarse con usted. Ahora, si me acompaña, le llevaré a su habitación. Luego, alguien se encargará de llevar su maleta. No se preocupe.* —dijo la mujer con un tono amable y tranquilizador.

Me alegré de escuchar eso. Mi viejo amigo se alegraría mucho de verme. Era fantástico.

Recuerdo que pensé que en cuanto me mostrara mi habitación, exploraría libremente toda la casa. Me fascinaba la idea de poder verla totalmente restaurada y terminada. Sin embargo, una vez que subimos las amplias escaleras hasta la segunda planta y recorrimos un pasillo enmoquetado repleto de puertas numeradas, la mujer me indicó dónde estaba mi habitación, y no salí de ella hasta la hora de la cena.

—¿Por qué no exploró su nuevo hogar, José? Creía que deseaba volver a esa casa. Yo lo hubiera hecho, se lo aseguro. —preguntó María mientras observaba el ángel sobre la cabeza de José. Cada vez eran más frecuentes sus pensamientos sobre el destino fatal del hombre que tenía delante. Sin saberlo, José había sido presa de algo tan terrible que ni la ciencia podía explicarlo a día de hoy. Y lo peor de todo es que su destino ya estaba sentenciado, para ese mismo

día.

—Estaba agotado. El largo viaje, los días sin dormir, no comer adecuadamente, los altibajos del camino... En fin, la mente es sabia, y sabía que allí estaría a salvo. Podía descansar plenamente sin que nadie me perturbara y explorar una vez descansara.

Cuando entré en la habitación, caí en la cama y me dormí al instante. No fue hasta horas después, en el momento en que el día dio paso a la noche, cuando desperté porque sentí la presencia de alguien en mi cuarto. Estaba frente a mi cama, lo sentía, ya que era imposible distinguir nada dada la poca luz que había. Entonces, noté cómo alguien se deslizaba cuidadosamente hacia mí.

—*¿Qui… quién eres?* —fue la única e inútil pregunta que logré articular. Mi visitante no se dignó a contestar, simplemente se dirigía hacia mí muy despacio. Mientras yo seguía inmóvil, no por el miedo, sino por las circunstancias. Algo me había despertado repentinamente mientras estaba sumido en la que quizás era la siesta más placentera de mi vida, y mi mente no terminó de conectarse del todo. No sabía dónde estaba, en qué año vivía ni qué estaba sucediendo. Por eso digo que no era miedo, sino confusión absoluta. A duras penas logré decir algo. —José soltó una pequeña carcajada que terminó en una crisis de tos. —Lo siento… ¿podría darme un poco de agua? Estoy notando que de un momento a otro voy a perder la voz.

María se acercó a él y le entregó, como antes, unas gasas humedecidas con suero fisiológico.

—Mi inesperada visita empezó a palpar mi paquete. —continuó José con una sonrisa traviesa.

María sonrió también, pero Óscar la miró con desaprobación, negando con la cabeza como si intentara decirle: "Está loco y perdemos el tiempo".

—Lo hizo con suavidad, por encima del pantalón. Mientras tanto, su boca se acercó a mi cuello. Estaba acelerado. No estaba preparado para aquello, y tampoco lo esperaba, para nada. Escuchaba su respiración agitada mientras me besaba y mordisqueaba suavemente. Su mano entonces se introdujo bajo el pantalón y agarró mi miembro con tanta fuerza que me dejó sin respiración. —José se detuvo.

—¿Quieren que les relate con detalle lo sucedido aquella noche? Les advierto que es un tanto subido de tono. —confesó José a

los inspectores.

—No se preocupe, somos adultos y podemos manejar cualquier información que nos brinde, sin importar su naturaleza, se lo aseguro. Por favor, continúe sin restricciones. —respondió María con tono sincero, otorgando a José la libertad de expresarse sin tapujos.

—Como decía, me cogió el miembro y comenzó a agitarlo de arriba abajo sin dejar de apretarlo. Yo estaba a mil. No sabía quién era, ni siquiera si era una mujer o un hombre, pero la situación me estaba excitando demasiado. Quizás era por el tiempo sin tener relaciones o por el morbo que aquello me estaba provocando. Dejé de lado cualquier defensa y me dejé llevar. Hacía años que no sentía una pasión tan desenfrenada. Poco a poco fue bajando por mi cuerpo, besándome todo él, hasta que se llevó a su boca lo que agarraba con tanta fuerza. Con la mano izquierda agarré con fuerza la colcha de la cama, debido a la gran efusividad con la que manejaba mi miembro dentro de su boca. Su lengua lo recorría animadamente. Con la otra mano agarré su cabeza para darle a entender que lo estaba disfrutando. Fue en ese momento cuando me percaté de que tenía el pelo largo, al menos, más largo que el mío. Pero en ese momento, no me importó lo más mínimo el género.

—*¿Te´gh us glta, cah rgi lño?* —dijo sin sacar mi miembro de su boca. Ahora estaba claro que era una mujer joven quien estaba complaciéndome. No le pude responder, solo conseguía gemir y suspirar.

—*Pues prepárate, chico nuevo, porque esto es solo el comienzo.* —se incorporó y con una mano se apoyó en mi pecho mientras con la otra introducía mi pene totalmente erecto en su mojada y dilatada vagina. Entró sin esfuerzo alguno, y la chica empezó a cabalgar sobre mí con tal soltura que parecía increíble que sus caderas pudieran moverse de aquella manera. Era increíble, dominaba a la perfección tanto el movimiento como su suelo pélvico. Sentía que su vagina agarraba mi miembro como si tuviera una mano dentro, era absolutamente fantástico. Mientras botaba sobre mí, agarré su firme trasero para acompañarla en su labor. Sus pechos, no muy grandes, pero sí turgentes, rebotaban con cada movimiento de sus caderas. Jugué con sus duros pezones mientras ella gritaba de placer. No sé cómo no entró nadie por la puerta en ese momento; la verdad es que no reparamos en el ruido. Lo estábamos pasando en grande, al menos yo estaba más feliz que un niño en un parque de atracciones montando su atracción favorita. Supongo que ella también lo estaba

disfrutando, ya que ambos estábamos empapados por la cantidad de líquido que brotaba de su interior. Me hubiera gustado aguantar así durante horas, pero ya no podía retenerlo más. Era demasiado el tiempo acumulado sin sexo, y mi clímax estaba a punto de llegar.

—*Me voy a correr ya…* —le dije entre gemidos, tratando de introducir mi miembro lo más profundo posible.

—*Sí, venga, vamos. Dentro.* —musitó ella mientras frotaba su pubis contra el mío, haciendo que mis testículos rebotaran con cada sacudida. Y me corrí, agarrándola de las piernas para estar lo más cerca posible de ella. Tardé bastante rato eyaculando, y ella seguía allí, sin tan siquiera moverse. Una vez dejé caer mis brazos sobre la cama, un gran escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Me maldecí a mí mismo. ¿Qué había hecho? ¿Me había corrido dentro de una mujer que ni siquiera conocía? Me llevé las manos a la cabeza. Y, como si ella hubiera leído mis pensamientos, se acercó a mi oído mientras recuperaba el aliento. —*Tranquilo, no te habría dejado "terminar" si pudiera quedarme embarazada, campeón. Así que no tienes nada de qué preocuparte. ¿Te ha gustado "la feliz bienvenida"?* —preguntó con picardía, mi invitada furtiva.

—*Ha sido una sorpresa muy grata e increíble, la verdad.* —respondí todavía jadeando.

—*Voy a encender la luz. Creo que ya es hora de salir de la cama, corazón.* —se levantó de la cama y avanzó hacia la entrada en la oscuridad. Mientras, observé el movimiento de la cortina de la ventana en esa noche cerrada. Apenas se distinguía un escritorio, al lado de la cama, que se veía ligeramente gracias a la ventana que estaba por encima de él. La chica encendió la luz y mis ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la luminosidad. Poco a poco, con los ojos aún entrecerrados, pude observar la figura de una chica bajita y morena. Tenía su mano apoyada sobre su cadera y en la otra aguantaba unos zapatos de charol burdeos. Era la chica joven de la recepción, la pequeña "Cleopatra" de hacía un rato, que volvía a ataviarse con su vestido ligero de color blanco, que se ajustaba a su pequeño y hermoso cuerpo.

◆◆◆

El estruendo de la roca y la arena cayendo en la entrada del túnel resonó en la galería hasta que finalmente remitió. Susana encendió la linterna de su fusil y le indicó a Gloria, que estaba

asustada, que hiciera lo mismo con la suya. Con cautela y en silencio, comenzaron a caminar. Aunque intentaba concentrarse en estar alerta, Susana no podía evitar pensar en lo que estaba sucediendo. Borja no tuvo otra opción que taponar la entrada al túnel, de lo contrario, estarían siendo atacadas por la masa deforme y putrefacta que estaba fuera. Susana, en su pensamiento, agradeció a Borja el haberse sacrificado por ellas.

—Gracias amigo mío, espero que donde quiera que vayas, tengas barra libre en todo. Ya brindaré por ti una vez salga de aquí. —pensó mientras una lágrima corría por su mejilla, con la desgraciada certeza de que Borja ya estaría muerto.

—Gloria, no te detengas. Mírame a mí, solamente a mí. No dejes de seguirme y pronto habremos llegado al campamento. —le dijo a Gloria, que apenas podía sujetar su fusil debido a su tembloroso pulso.

—De acuerdo. No era mi intención dejar de hacerlo. —respondió dejando salir una carcajada nerviosa.

Caminaron con cautela durante unos minutos y, Susana, se percató de que el animal abatido debería haber estado cerca de su posición, pero no había ni perro ni baliza señalizando el lugar. Pensó que era extraño, ya que no le habían informado de que se llevarían el animal al campamento, pero decidió no darle más vueltas al asunto y seguir adelante. Debían reencontrarse con sus compañeros, que en ese momento debían estar aterrados, totalmente a oscuras, exceptuando la luz de sus linternas, y sin saber lo que estaba sucediendo fuera. El problema no eran solo las comunicaciones ni la oscuridad, sino algo mucho más grave. Seguramente había algo esperando ser descubierto, reflexionó Susana. En su mente se libraba una lucha frenética entre pensamientos alarmistas y sensatos, lo que no hacía más que crearle más ansiedad y hacerla desear llegar lo antes posible junto a Antonio y el resto de sus compañeros.

—Un momento… —dijo mientras se detenía para observar el suelo que pisaban. Era de un tono pálido pero rosado, y su textura blanda hacía que pareciera gelatinoso. Al levantar la vista, se dio cuenta de que el resto del suelo era igual. De pronto, Susana pudo escuchar un eco lejano, ilegible pero muy familiar, incluso le pareció su propia voz, algo que la sobresaltó.

—Es imposible… —murmuró, negando con la cabeza. Ni su parte más racional podía refutar que aquella voz era suya. —¿Has

escuchado algo? Creo que hay alguien más adelante. Démonos prisa, algo me da muy mala espina. —le dijo a Gloria, pero esta no respondió. De repente, los pies de Gloria se desprendieron del suelo y, a toda velocidad, su cuerpo se dirigió suspendido hacia Susana. Con rapidez, Susana logró esquivarla y Gloria pasó por encima de ella gritando con toda su alma. Cuando apuntó con el fusil para poder seguir a Gloria con la linterna, observó una silueta humanoide con la cabeza enganchada en lo alto del túnel, que agarraba con fuerza a su joven compañera de la cabeza. Gloria no dejaba de patalear e intentar zafarse agarrando los brazos de su raptor. Susana sabía de sobra que era un ángel, ya que había visto cuerpos similares, desecados, en anteriores túneles. El ángel intentaba introducir a su compañera en la crisálida mientras esta la pateaba. Se estaban alejando y Susana los perdería de vista pronto. Preparó su fusil, exhaló suavemente el aire de sus pulmones y, dispuesta a apretar el gatillo, dudó.

Susana se encontraba en una situación desesperada. A pesar de tener una excelente puntería, no podía arriesgarse a disparar a su compañera, quien gritaba con desesperación mientras su secuestrador la arrastraba hacia la oscuridad del camino. Apenas podía ver ya a su compañera Gloria y a su raptor. La piel del ángel era rosada, no como cuando encuentran a las víctimas petrificadas y blancas, además, el secuestrador era ágil y se movía con habilidad. Susana no pudo verle la cara, ni a él ni a la joven Gloria, lo que la llevó a pensar en los horrores que debía estar sufriendo su compañera con las manos del engendro en sus cuencas oculares, agarrándola y sosteniendo todo su peso donde antes estaban sus ojos.

Susana se sintió impotente, no podía salvarla. De rodillas sobre la masa orgánica que recubría todo el túnel, se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar desconsoladamente. Había fallado a todo el mundo: a la expedición y a Antonio, a Borja, quien había confiado en ella para salvar al resto, y, por último, a la joven Gloria, quien, con su inexperiencia en el uso de armas, la había utilizado como apoyo en su búsqueda utópica de la salvación de la expedición. Susana se lamentó de no haber pensado mejor en quién elegir, y de haber dejado de lado sus sentimientos paternalistas hacia la joven Gloria.

De repente, algo interrumpió sus pensamientos. Entre el suave ruido de la masa viva que era el túnel, y el aire que silbaba de una manera un tanto peculiar, Susana pudo escuchar un sonido parecido al que emitían las cigüeñas con su pico. Era muy característico, ya que ella estaba acostumbrada a sus crotoreos cada vez que las aves volvían al nido, como año tras año, en la terraza del edificio donde vivía.

El castañeteo no cesaba, al contrario, lo percibía aún más cerca y no auguraba nada bueno. Susana apuntaba a todos lados con su fusil y no encontraba nada. El aire, además, portaba un olor nauseabundo a podrido que le provocó un par de arcadas. De repente, algo la agarró con fuerza de la cara y la arrastró hacia atrás. Susana, sobresaltada y angustiada, disparó una ráfaga sin objetivo alguno, pero el presunto ángel seguía tirando con fuerza de ella sin que el ruido del fusil le ahuyentara. Sus dedos se clavaban como cuchillas a su cara y, con cada intento de liberarse, los dedos la apresaban aún más fuerte.

Un dolor punzante e infinitamente más doloroso que el que sentía ya en su perforada cara, provocó que Susana gritara como jamás lo había hecho. La otra mano del ángel, ya estaba agarrando su cráneo por la cuenca de su ojo izquierdo. Una vez la tenía bien agarrada, soltó su cara e hizo lo mismo con el otro ojo. Susana estaba al borde del desmayo. El dolor era insoportable. El engendro la tenía suspendida en el aire, agarrándola por ambas cabidas oculares. Sin ya resistirse, Susana comprendió que le estaba sucediendo. Iba a ser envuelta en una crisálida para después ser presentada a la madre, la cual debía seguir con vida si ella se encontraba en esa situación. Sabía que era el final, que no debía tener esperanza alguna.

El ser comenzó entonces a envolverla en el saco poco a poco, hasta la cintura. Susana notaba cómo la masa que recubría la parte baja de su cuerpo comenzaba a abrazarla cada vez más fuerte. Pensó que su final estaba cerca, pero nada más lejos de la realidad. Fue entonces cuando el ángel, por el interior de lo que podría ser su médula espinal, dejó ver una hilera de formas dentadas que posteriormente clavó en la espalda de Susana. Casi desfalleció en ese instante del inmenso dolor que le provocó. Ya apenas se mantenía consciente y lo único que salía de su boca eran balbuceos incomprensibles.

Pronto, comenzó a notar cómo su cuerpo entraba en calor rápidamente. El ángel estaba inyectándole una sustancia analgésica que le provocaba, aparte de una sensación de calma, un descenso significativo del dolor. Susana, aún consciente, notó como el fusil, que todavía portaba colgado al cuello, se zarandeó y le golpeó el brazo. En un esfuerzo sobrehumano, lo cogió con una mano y con la otra, se ayudó para levantarlo. Cuando creyó que estaba apuntando por encima de su cabeza, entre los brazos de la criatura, entonces apretó el gatillo un par de veces.

—¡Muere cabrón! —los dos proyectiles salieron por la

bocacha casi a la vez, haciendo que el cráneo, con forma de flor, reventara haciendo que cientos de trozos, junto con un líquido translucido y viscoso, cubrieran gran parte de la zona del túnel en la que se encontraban. El cuerpo se desprendió del techo y ambos cayeron al suelo desde una altura no muy elevada. Susana estaba exhausta y apenas podía mover un dedo. A pesar de su debilidad, sabía que no podía permitirse quedarse allí, oprimida bajo el cuerpo del ángel. Con las manos temblorosas, agarró lo que parecían ser las muñecas del engendro y, con la respiración agitada y el corazón latiendo con fuerza, retiró las manos introducidas en sus cuencas oculares, sin dudar. Gritó de dolor y terminó sollozando. No se atrevió a tocar su rostro, desfigurado no solo en la zona de los ojos, sino también en la mejilla derecha. Sabía que, si lo hacía, solo conseguiría hundirse aún más en la desesperanza. Pero la realidad era ineludible: Susana estaba destrozada tanto mental como físicamente. El ángel, ahora muerto y prácticamente sin cabeza, estaba conectado a ella por la médula, y su crisálida, aún presionando, estaba adherida como si fuera una segunda piel. En definitiva, no podía hacer nada. Con la cara apoyada en el suelo gelatinoso, habiendo perdido la vista y atrapada como un ratón en una trampa de pegamento, la agente se rindió y se dejó debilitar progresivamente.

7 – Desgarrando el velo

La grabadora cayó al suelo y todos en la habitación, excepto José, volvieron sus miradas hacia el aparato, que se deslizó a un metro de distancia. Óscar se levantó de su silla para recogerla, pero sus piernas flaquearon y, de no ser por la pared, habría caído también al suelo. El silencio fue la respuesta a la torpeza de Óscar, aunque María lo fulminó con la mirada, culpándolo silenciosamente. Debían preservar la calma de José, que lentamente estaba perdiendo fuerzas. Cualquier golpe brusco o sonido repentino podría provocarle otro episodio de crisis y ser fatal. Finalmente, Óscar alcanzó la grabadora y, con la mano alzada, pidió perdón acompañado de un "lo siento" enmudecido.

—Vaya, José, no se ha dejado ningún detalle de esa ajetreada noche en el tintero. —María soltó una pequeña carcajada.

—Verá, no era mi intención ser tan explícito, pero para mí fue una experiencia tan placentera e increíblemente ridícula, que pensé que no les importaría que me explayara un poco detallando el encuentro. Jamás creí que tendría sexo de esta manera. Espero que no les haya molestado demasiado. —terminó pidiéndoles disculpas.

—¿Por qué ridícula, José? —preguntó María, curiosa.

—Porque parece sacada de una película porno de los ochenta. Creía que estas cosas solo pasaban en la ficción. Pero una vez vivido, no me arrepiento, la verdad. —explicó José dibujando una sonrisa con sus cuarteados labios.

—Y… ¿Qué recuerda más de esa noche? ¿La chica se marchó o siguió con usted? —preguntó María, volviendo a un tono más serio.

— Verá, cuando la joven abandonó la habitación, me incorporé y pude apreciar una elegante bandeja con una tapa metálica y brillante, de esas que se ven en las películas pero que nunca había tenido el placer de contemplar en persona. Desafortunadamente, me había quedado dormido y me había perdido la cena, por lo que "Cleopatra" amablemente me trajo la comida en dicha bandeja. No obstante, al día siguiente, pensaba disculparme con Dolores. Antes de comer lo que me había traído la pequeña “Cleopatra”, ojeé la habitación. Era completamente nueva, con paredes forradas con láminas de madera blanca dispuestas verticalmente. Dos cuadros realistas colgaban en la pared, uno sobre el cabecero de la cama y otro

en la misma pared de la puerta de entrada, ambos mostraban paisajes que parecían ser parte de una misma colección. El techo alto dejaba ver vigas decorativas de los troncos de árboles, quizás de aquí al lado. La habitación me recordó a una típica casa de madera en una granja de Minnesota. —José rio, lo que provocó una fuerte tos. —El mobiliario, que incluía un ropero, un armario, una cómoda y un escritorio, era sencillo y parecía estar tallado a mano. De hecho, creo que todos los muebles de la casa estaban hechos a mano. Las cortinas eran simples y cubrían un gran ventanal que daba a la parte delantera del edificio, con vistas a varias extensiones de tierra de cultivo, el pueblo, los álamos, y a lo lejos, se podían ver las grandes montañas que rodeaban la ciudad. Me sentí feliz de poder relajarme escribiendo o haciendo lo que quisiera en mi nuevo y fabuloso escritorio, que estaba bajo esa ventana. Recuerdo que me senté con la bandeja, observé las preciosas vistas nocturnas, apagué la luz para captar mejor todo el paisaje y me dispuse a cenar mi frío y tieso, pero sabroso, pollo asado con patatas. Era fantástico. Fue una noche redonda, la verdad. Y consideraba que la suerte estaba totalmente de mi parte. —contó José con una sonrisa dibujada en su cara.

—¿Y de ahí a la cama o, salió a investigar? —preguntó María con mucho interés.

—Cualquiera en mi lugar lo habría hecho, y más después de llevar tanto tiempo sin asearme y de tener sexo desenfrenado. Pero supongo que mi cuerpo necesitaba recuperar horas de sueño y descanso después de llenar el estómago. No piensen que soy un guarro, pero en cierta manera ya me había acostumbrado a soportar las largas temporadas sin un baño decente. Además, mi excusa perfecta es que no sabía dónde estaba el aseo. Sin embargo, al despertar, muy temprano, por cierto, me dispuse a buscarlo. Saqué ropa limpia de mi maleta desgastada, la cual había lavado en un riachuelo que encontré en mi camino. No era lo mismo que lavarla con detergente, pero al menos estaba decente. De la mesilla cogí una pastilla de jabón que me habían dejado como huésped sobre un platito de café. No tuve que buscar demasiado, ya que a mitad del pasillo se encontraba la puerta que portaba un cartel con las letras “WC”. No solo mi habitación, sino toda el área común estaba forrada con paredes blancas. El baño era una réplica de mi habitación, pero tenía un lavabo hecho de hormigón con tuberías viejas, las cuales parecían ser restos de otras piezas de grifería, y una bañera que debía ser más antigua que yo. Después de un merecido baño, abrí la pequeña ventana para que se fuera el vapor, y me recorté la barba con unas tijeras ajadas que había sobre el poyete de madera del espejo. No me crucé con nadie durante mi búsqueda de desconocidos, al menos,

hasta llegar a la planta baja. La luz era escasa porque aún era muy temprano y el sol no había salido. La única iluminación era la de las lámparas del pasillo y escaleras, pero eran muy tenues para no molestar durante la noche. Una vez en el hall, olí un intenso aroma a café y vi la luz que provenía de la habitación contigua. Me asomé y vi al fondo la cocina. Allí se encontraban un par de personas de unos cincuenta años aproximadamente. Eran un hombre y una mujer. Ella era delgada y mediría poco más de metro y medio. Él, sin embargo, era alto y grande. Destacaban ambos por la diferencia de cuerpo y estatura. Ella era morena, tenía rasgos asiáticos, era delgada y bajita, y él era calvo, con gafas redondas, y un bigote poblado y castaño; también era un hombre grande y fuerte. En cuanto me vieron aparecer por la puerta, me recibieron con una amplia sonrisa, algo que me abrumó bastante, ya que no estaba acostumbrado a cruzarme con gente agradable, sobre todo en los tiempos que corrían.

—*Bienvenido José, estamos muy contentos de tenerte con nosotros.* —dijo ella con una amplia sonrisa que hacía que las mejillas le estrecharan aún más los ojos.

—*Somos Rosa y Héctor, los cocineros de este hermoso lugar.* —se presentó el hombre, rodeando a la mujer con su gran brazo de forma cariñosa. Me invitaron a sentarme y me prepararon un café estupendo. Hacía tanto tiempo que no bebía uno tan sabroso e intenso como ese, que incluso llegué a emocionarme. Estaban preparando el desayuno para el resto de habitantes de la casa, de ahí el madrugón. Debía estar preparado para primera hora de la mañana y posteriormente el comienzo de los trabajos. Eso me dijeron. Eran maravillosamente agradables, siempre lo fueron. Un gran matrimonio, de esos que se complementan para superar baches. Bromearon entre ellos e hicieron gala de lo idílico que era su compromiso mutuo, y era cierto, lo demostraban día a día. Era envidiable. La cocina, regentada por Héctor y Rosa, seguía el estilo de toda la casa, de madera decorativa. Los muebles y la encimera estaban dispuestos de forma muy eficiente para no ocupar espacios innecesarios, rodeando la estancia, pegada a las paredes, y en el centro, una gran isla donde estaban los fuegos y hornos, justo encima del extractor que aprovechaba las corrientes de aire de la parte alta de la casa para absorber los vapores y humos de la cocina. Había una habitación contigua que servía de despensa, y vaya despensa. Era enorme y contenía toda clase de alimentos cultivados o criados allí. Al lado estaba la puerta trasera de la casa. No sé si pueden hacerse una idea, pero el ventanal de la cocina daba al frente de la casa, y al porche, y la puerta daba a la parte de detrás. Era una vivienda inmensa. Rosa preparó la mesa redonda que estaba junto a la isla y yo le eché una

mano. —José fue interrumpido por Óscar, que carraspeó antes de hablar.

—Disculpe la interrupción, José, pero entiendo que en esa cocina habría una nevera o un congelador, ¿no es así? Si había electricidad en la vivienda, ¿cómo es posible que estuvieran viviendo como hace un siglo? —preguntó Óscar, tratando de aclarar sus dudas.

—No se preocupe, Óscar. Esas son preguntas que yo mismo me hacía y que pronto fueron resueltas por el hermano de Dolores. Si no le importa, continuaré con la historia y le explicaré todo más adelante. —respondió José con calma.

—Por supuesto, continúe. —animó Óscar.

—Mientras Rosa colocaba la comida para el desayuno en la mesa, yo la ayudaba a colocar los cubiertos. Me sorprendió mucho la cantidad de alimentos que preparaban esta pareja para cada comida. Era como si estuvieran preparando un banquete para un rey. Había de todo para desayunar: pavo recién cocido, frutas, confituras, pan de múltiples tipos, cereales tostados, zumos, leche y mucho más. Era una verdadera delicia para los sentidos. Todo era producido de forma natural en esas tierras o provenía de los animales y cultivos de otros vecinos de la zona.

Poco a poco, la gente empezó a llegar a la cocina. El primero fue Matías, un anciano vestido con un mono azul ajado y una boina. Era arrugado, encorvado y llevaba unas lentes que quizás habían vivido más tiempo que yo.

—Buenos días. Usted debe ser el joven nuevo. Espero que disfrute tanto de su nuevo hogar como lo hacemos nosotros. Siempre son bienvenidas otras fuertes manos, para trabajar la tierra. —dijo Matías mientras se servía los manjares que Rosa iba colocando en la mesa. Me miró el brazo metálico un par de veces, supongo que pensó que le vendría estupendamente para trabajar con la azada o levantar peso. Le respondí con una pobre presentación y una sonrisa amable. No estaba interesado en trabajar en el campo, al menos no por el momento. Lo que más me llamó la atención fue la cocina, me hubiera gustado aportar mi ayuda, pero estaba claro que el matrimonio no necesitaba ayuda alguna. De repente, apareció Dolores. Llevaba un vestido por las rodillas, unas botas altas y una rebeca. El pelo recogido le favorecía muchísimo, y sus preciosos ojos no se veían cansados. No parecía que acabara de despertar, la verdad.

—¿No te basta con nosotras dos, Matías? No intentes embaucar al recién llegado. Creo que hay "otros" que tienen mejores planes para él. —dijo Dolores, mientras me miraba y pasaba su mano por mi hombro, antes de sentarse en la mesa.

—Anoche no nos acompañaste en la cena, José. ¿Sucedió algo? ¿Te sientes bien? —preguntó Dolores, mostrándose un poco preocupada.

Les expliqué que me había quedado durmiendo y que se me pasó por completo la hora de la cena. Lógicamente, no iba a contarles mi encuentro con la pequeña "Cleopatra", quien pronto entraría en la cocina. Ella se sentó alejada de nosotros, entre sillas vacías, alzó su libro y comenzó a leer. Me sorprendió que nadie le prestara la más mínima atención, y que ella tampoco se dirigiera a nadie. Vestía un pijama de algodón un tanto infantil, y una coleta pequeña recogía su corto y oscuro pelo.

Pronto llegaron el resto de convivientes. Una pareja de mujeres jóvenes, un tanto desaliñadas, vestidas con vaqueros largos y camisas viejas. Una de ellas tenía en brazos a un bebé, creo recordar que de tan solo cuatro o cinco meses. La que transportaba al pequeñín era Teresa y la otra mujer, Lucía. La verdad es que tenían mucha personalidad y se mostraron cercanas conmigo. No paraban de bromear, meterse con el viejo, de una manera sana, o contar batallitas vividas en la casa. Lucía era encargada de trabajar en la huerta junto a Matías, aunque Dolores, también lo hacía en menor medida, ya que al regentar la casa siempre estaba donde más falta hacía. Dolores era incansable, la verdad… Deseaba con todas sus fuerzas que aquel lugar, aquella comuna, funcionara y prosperara.

Minutos después, casi a la par, entraron por la puerta Jacinta y el hermano de Dolores, Rubén. Jacinta era una señora de unos setenta años, grandota y con dificultades para caminar. Llevaba un bastón, pero no le servía de mucha ayuda, ya que era demasiado grande. Era extravagante, con ropas demasiado llamativas, tachuelas y bisutería barata por todo su cuerpo. A mí me recordaba mucho a la bruja de la película "El viaje de Chihiro". —José carcajeó bastante mientras recordaba a Jacinta. —Además, iba pintada un tanto singular, y su pelo, color amarillo pollito, no hacía más que enfatizar su deseo de destacar entre la multitud. Su potente voz, sus constantes exigencias y sus críticas incansables hacia los demás, aunque siempre afirmando hacerlo sin intención de ofender, a veces generaban respuestas ofensivas por parte de los demás. Menos mal que Dolores, que no perdía la compostura y llevaba una sonrisa por bandera,

calmaba los ánimos. Digamos que nunca me llevé mal con la señora Jacinta, pero intentaba evitar que me cogiera por banda y empezara a criticarme al resto, o me contara sus historias de cuando era joven y todos los hombres influyentes de la capital intentaban seducirla.

Finalmente, estaba Rubén, el que, sin duda, era el motor para que la casa siguiera siendo lo que era: un hogar. Era un hombre joven, de piel chocolate, tenía una cicatriz en uno de sus ojos, era delgado y con el pelo muy corto.

—*Buenos días, soy Rubén. Mi hermana Dolores me ha contado que te quedarás con nosotros un tiempo. Me dedico al mantenimiento de la casa, asegurándome de que haya agua, electricidad y de que todos los aparatos funcionen correctamente. Me vendría bien tu ayuda. ¿Te gustaría acompañarme al taller después del desayuno?* —me propuso Rubén con un tono firme y serio. Durante el desayuno, fue bastante reservado, pero era un tipo que siempre hablaba cuando debía hacerlo. A pesar de ser callado, era una buena persona y siempre intentaba ayudar en todo lo que podía. Vestía una camiseta y un peto vaquero con bolsillos a los lados, donde llevaba sus herramientas. La propuesta de Rubén fue más directa que la de mi primera novia de instituto para salir con ella. —José rio al recordar ese momento. —Así que, una vez que terminamos de desayunar y todos se fueron a hacer sus cosas, bajé al sótano con él. La entrada estaba al lado de la escalera del hall. Una escalera nos llevó a un entramado de estanterías, cableado y, en una de las esquinas, una sala improvisada con monitores. No quiero entrar en detalles sobre cada circuito o cable que Rubén me enseñó, ya que podría llevarnos demasiado tiempo y aburrirles, pero a mí me fascinó por completo. Básicamente, la electricidad era suministrada a través de placas solares y un par de molinos de viento en el tejado de la casa, llegando a unas baterías que estaban en el sótano. El suministro era suficiente para la iluminación de la casa y otros aparatos, como las cámaras y sistemas de vigilancia, el refrigerador y la caldera eléctrica. El sistema de videovigilancia estaba controlado por monitores, y había ideado un sistema de alarma que se activaba si detectaba algo más grande que un perro. Un motor hacía sonar unas campanas para alertar al resto. El CCTV solo se activaba por la noche, ya que durante el día éramos suficientes para saber si alguien entraba sin permiso. ¿Recuerdan la acequia cercana a la vivienda? Pues el agua de esa acequia nos llegaba por un canal alimentado por una noria que traía el agua corriente a la casa. Entraba por un filtro enorme con carbón para ser depurada, todo hecho con bidones viejos y mangueras. La lluvia también hacía su parte, ya que había un aljibe que recogía toda el agua que caía por los tejados. En definitiva, el joven Rubén, con chatarra, restos de maquinaria y sus conocimientos en ingeniería,

pudo crear un lugar idílico para vivir en un nuevo mundo donde la tecnología que conocíamos ya no tenía cabida. —dijo José con orgullo.

—Es asombroso, José. La verdad es que sí. Pero, ¿de dónde sacaban todo ese material? Como mencionaste antes, tanto componentes electrónicos como mecánicos son muy codiciados por los chatarreros. Lo que tenían en esa casa era una mina de oro. —dijo María con mucho interés.

—¿Recuerdan a mi amigo Raúl? Días después descubrí a qué se dedicaba realmente: era un vigilante, un protector y defensor de aquel pueblo, pero también buscador de materiales, y proporcionaba todo lo que había allí en cuanto a componentes y aparatos se refiere.

Rubén se sentía orgulloso de todo lo que había creado, y con razón. Cuando pensó que ya me había enseñado cada una de las áreas de su responsabilidad, intentó convencerme para quedarme y trabajar junto a él. Yo lo tenía claro, pero como era el "nuevo", no quería quedar mal con nadie. Debía, al menos, pasar un rato con cada uno de ellos para que me enseñaran a qué se dedicaban.

Poco después de las diez de la mañana, subí las escaleras que llevaban al hall y me encontré fortuitamente con la pequeña "Cleopatra". Estaba sentada en la misma banqueta de forja que el día anterior, arreglada con un vestido blanco, un poco más corto y ceñido que el del día anterior, y sus zapatos de color burdeos. Al bajar el gran tomo que tenía entre sus manos, me asombré al ver que llevaba los ojos delineados y los labios pintados con el mismo tono que los zapatos.

—*Ya era hora. La señorita Dolores me ha indicado que le enseñe toda la propiedad. Por favor, acompáñeme, señor.* —dijo mientras cerraba el libro y lo depositaba encima de la banqueta.

—*Por favor, llámame José. No hacen falta formalidades.* —farfullé un "joder" o "vaya tela". No entendía tanta formalidad después de habernos conocido en la cama. Me molestó, la verdad, me pareció absurdo.

—*De acuerdo. Acompáñame, José. Dolores me ha insistido demasiado en que te enseñe la casa.* —me dijo nuevamente, pero con un tono más provocativo.

—*Déjalo, por muy grande que sea la vivienda, no creo que me pierda. Puedes estar tranquila.* —le dije mientras subía las escaleras.

—Dolores me ha insistido en que es imperioso que sea yo quien te enseñe la propiedad. Hay lugares en la casa que precisan ser explicados. Así que, sígueme. —terminó ordenándome. No quería líos, y menos el primer día, y aún menos con Dolores. Así que obedecí y seguí a la pequeña "Cleopatra". Me mostró al completo las estancias de toda la casa. La parte de la cocina ya la conocía, pero más allá, en la parte más oeste, se encontraba la sala de estar, donde había una gran biblioteca y un par de sillones y sofás para disfrutar leyendo con un té. En el frente de esta, estaba el salón comedor. Era enorme, con una mesa larguísima rodeada de sillas. Dos grandes lámparas iluminaban toda la estancia, y estaba decorado con cuadros de bodegones, quizás rescatados de alguna casa abandonada o de algún rastrillo del pueblo. Las largas cortinas le daban un ambiente más distinguido que el resto de la vivienda, y los muebles de los cubiertos estaban muy bien restaurados y decorados. No parecía el típico comedor donde se comería habitualmente, sino que daba la impresión de usarse solamente en ocasiones especiales, cuando hubiera alguna celebración o algún tipo de reunión formal. En la parte más al este, después del hall, se encontraba la sala de juegos. Billar, pimpón, dardos, minibar, gramola, piano, una chimenea. ¡Era una sala de variedades en toda regla! Tenía toda la pinta de un bar del viejo oeste, una pasada. Mi guía me indicó que las fiestas allí eran continuas, ya fuera con los miembros de la casa o con vecinos y amigos. Bajo la escalera del hall, se encontraba por uno de los lados un gran baño de invitados, y al otro lado había construido una especie de ropero donde todas las chaquetas de los inquilinos y maletas aguardaban, al lado de la bajada al sótano donde Rubén tenía su taller. Poco después, dejaría yo también la mía. Ya arriba, había habitaciones a ambos lados del pasillo. Cada una de las puertas frente a las otras alojaba a un huésped.

—Por cierto, mi nombre es Sanura, pero aquí me llaman "Ura". — me dijo sin siquiera mirarme. Parecía tener miedo, quizás a la gente y a la perversidad que toda persona lleva dentro. La única forma de protegerse era estar callada o a la defensiva. Y seguramente, el sexo era la única manera de liberar todo el estrés que le suponía mantenerse en guardia constantemente; eso fue lo que pensé de ella por su forma de comportarse con todos.

—Es un nombre diferente, pero muy bonito en verdad. —le dije mientras seguía observando cada detalle de la vivienda.

—No sabía que tenías una vocación oculta tan apasionante como la psicología, José. —le dijo María con un tono sarcástico, refiriéndose al breve análisis que les había comentado sobre la joven

Ura.

—No es una vocación, solo creo que las circunstancias de la vida me han obligado a interpretar mejor las intenciones de la persona que tengo delante. Es un mecanismo necesario de supervivencia en los tiempos que corren… —José hizo una pausa de unos pocos segundos antes de continuar. —Sanura me guio hacia la segunda planta: muchas habitaciones, baños, una gran terraza al final del pasillo donde se encontraba mi habitación y un par de salas. Una de ellas era un pequeño estudio con sillones antiguos, pero con nuevos tapizados, un par de mesas, y utensilios para el té y el café. La otra sala era el gimnasio, con todo el material necesario para ejercitarse. Aunque los aparatos estaban muy usados, habían sido reparados de la mejor manera posible.

Mientras caminábamos por el pasillo del ala contraria a mi habitación, pude ver al fondo, a unos treinta metros, una puerta viejísima. Estaba sola, sin ninguna otra estancia cerca de ella. La madera estaba astillada, rota por varios sitios y daba la sensación de que hubiera estado a la intemperie mucho más tiempo del que tenía la misma casa. Y, como si lo hubieran hecho sin ningún cuidado, habían pintado con pintura colorada un conjunto de símbolos extraños que me provocaron náuseas. Fue entonces cuando Ura saltó y agarró la cuerda que caía del techo para poder bajar la escala y subir al desván.

—Espere José, ¿qué clase de símbolo era el de la puerta? —preguntó María, interrumpiéndolo y señalando a Óscar para que lo garabateara con la posible descripción de José.

—Me dan náuseas con solo intentar acordarme… —dijo José con un gesto de dolor. —de verdad, no logro recordarlos con exactitud. Solo veo imágenes coloradas, con tonos negros o verdes, que se distorsionan en mi mente.

—De acuerdo, José, solo quería una descripción un poco más detallada, discúlpenos. Continúe, por favor. —María animó a José a seguir mientras se echaba hacia atrás en su silla, algo decepcionada.

—Además del gran calentador eléctrico, alimentado por una bomba, para abastecer de agua caliente a toda la casa, el desván también albergaba baterías, cableado, cajas de mantas, utensilios de carpintería, pinturas y todo aquello que puede encontrarse en un lugar poco transitado, como trastos viejos o almacenaje. Me di cuenta de que toda la superficie del desván era la de la casa, a excepción de la supuesta habitación con la puerta de símbolos extraños. No le di más

importancia en ese momento, pero era como un añadido posterior a la construcción. ¿Y si no había nada tras esa puerta? Me hice esa pregunta varias veces. Era muy extraño. Una vez bajamos, le pregunté a Ura sobre ello.

—*¿Qué hay detrás de esa puerta?* —pregunté, señalando la puerta vieja y desgastada tras bajar del desván.

—*Nada que deba importarte, la verdad. Así que, vamos.* —No quise enfadarla y decidí seguir adelante. Ya volvería por allí en otro momento. Una vez abajo, simplemente se sentó en la banqueta del hall y retomó su libro.

—*Gracias por la visita, Ura.* —pero ni siquiera me dirigió la mirada. Decidí salir fuera y pude observar al viejo Matías, que estaba arando la tierra frente a la casa. Era un terreno amplio, como un campo de fútbol, y había multitud de verduras y granos plantados. Me sorprendió mucho que alguien de su edad tuviera todo tan cuidado, pero, por supuesto, tenía la ayuda de la joven Lucía, que era todo un torbellino. Me impresionó la velocidad y precisión con la que manejaba la azada. Pronto apareció Dolores, que se levantó entre las alcachofas, con un gran cesto que transportaba con sus manos hacia un gran carromato, el cual estaba hasta los topes. Me saludó efusivamente al verme y sonrió. Mi corazón latió con fuerza y, nervioso, le saludé con el brazo apoyado en un pilar del porche, casi perdiendo el equilibrio al subestimar el escalón. Quedé como un imbécil y, en consecuencia, ella se echó a reír. En ese momento, deseé que la tierra me tragara.

—*Joven, es usted un tanto patoso. Venga y siéntese a mi lado.* —no solo me vio Dolores, sino también la extravagante Jacinta y la madre del pequeño retoño Teresa, que estaba a su lado amamantándolo, y riendo por la graciosa escena que les acababa de regalar. No dude en sentarme al lado de la "bruja" del viaje de Chihiro y charlar un rato con ellas. La parada obligatoria con cada uno de los inquilinos no solo tenía la finalidad de encontrar mi sitio en ese lugar, sino de conocerlos para saber con quién me convenía pasar mi tiempo libre. Ya saben, mismas aficiones, gustos… la señora esta, Jacinta, era una maruja en toda regla, ponía a caldo a todos y cada uno de los presentes, eso sí, terminaba la sentencia con un "pero es buena gente". Teresa y Lucía eran prácticamente dos calcos; graciosas, animadas, bromeando a todas horas, en definitiva, daba gusto pasar un buen rato con ellas si lo que querías era divertirte, además, se tenían mucho cariño mutuo y devoción por el bebé, eran una familia muy sana en el sentido del amor. Eso sí, Lucía no se privaba mucho a la hora de beber o fumar; como el viejo, que le importaba un comino la salud para la

edad que tenía. No disfruté mucho de él. Era un viejo cascarrabias, serio, y ni un mínimo de simpatía, eso sí, ayudaba en todo lo que se le pidiera y no se metía en la vida de nadie. Héctor y Rosa eran inseparables; idolatrándose mutuamente, trabajadores, con una sonrisa para todo el mundo y, si tenías un mal día, allí que estaban ellos para alegrártelo. Irremplazables. El hermano de Dolores, Rubén, un hacha en su trabajo, introvertido pero una maravillosa persona.

—¿Por qué habla de todo el mundo en pasado? —preguntó Óscar con un tono brusco, como si estuviera cansado del monólogo de José. María y los doctores lo miraron sorprendidos. —¿Ya no viven? ¿Alguno de los robots de su historia acabaron con ellos? ¿No sería un Terminator o… Robocop? Joder sí, puede que esa máquina de guerra haya acabado con todos mientras buscaba a Sarah Connor. —María lo agarró del brazo y lo sacó rápidamente de la habitación.

—¡¿Qué cojones sucede contigo, Óscar?! ¡Estás arruinando todo el interrogatorio! —no pudo controlar su reacción hacia su compañero.

—Ese hombre no deja de mentirnos, María, ¿no lo ves? —respondió Óscar, sudando profusamente y con los ojos inyectados en sangre. María lo observó con sorpresa.

—Óscar, creo que deberías ir al baño de nuevo, lavarte la cara y descansar un rato. —María notó que las venas de los ojos de su compañero se movían como lombrices cubiertas con un fino manto de tierra. La inspectora continuó reprochándole su comportamiento infantil. —Relájate, y si tienes ganas de seguir escuchando y ayudándome, entra. Si no, puedes quedarte afuera, no lo tendré en cuenta para nada. ¿Entendido? Comprendo que esto te haya superado, pero no me vengas con tonterías… ya tenemos bastante con lo que está sucediendo. —dijo María, preocupada por la reacción y el estado físico de Óscar. Pensó que esto podía atribuirse al estrés que había experimentado recientemente. En el pasado, varios compañeros, incluida ella misma, habían vivido situaciones estresantes que los llevaban a "explotar" y, en consecuencia, dificultaban el éxito de una misión. Sin embargo, cada vez más, Óscar mostraba una actitud independiente al actuar, lo cual incomodaba a María de manera significativa.

Óscar no le respondió y se dirigió directamente a la sala de cirugía. María lo observó hasta que entró por la puerta y la cerró. Al entrar en la habitación, echó el cerrojo por dentro. Los doctores entendieron lo que estaba haciendo y siguieron monitoreando.

—José, mi compañero está un tanto fatigado. Lamento su comportamiento y si está dispuesto, por favor, continúe con su relato. —le dijo María con un tono serio.

—En respuesta a la pregunta de su compañero, ninguno de ellos estaba en casa cuando se me vino encima, pero eso es algo que descubrirá más adelante, es un detalle que está escrito en mi historia. —le dijo José con seriedad. —Ese mismo día, Rubén y yo decidimos ser compañeros de trabajo, lo que nos alegró bastante, y lo celebramos con un trago de whisky que tenía guardado en su mesa.

Al atardecer, bajé a la cocina a prepararme un té y disfrutar del patio trasero, sentado en la cómoda mecedora biplaza de madera, y disfrutar de la agradable sombra de uno de los grandes pinos, descalzo con los pies pisando el césped. Dolores salió poco después de mí. Con el pelo recogido en un moño, una camiseta básica ajustada bajo un kimono fino y unos pantalones holgados. Era evidente que acababa de salir de la ducha, ya que llevaba las puntas de su cabello aún mojadas.

—*Qué sorpresa encontrarte aquí. ¿Puedo sentarme a tu lado?* —se acomodó junto a mí sin esperar respuesta. No pude ni abrir la boca; casi me atraganto con el té.

—*¿Por qué estás nervioso, forastero?* —me preguntó, mientras apoyaba su mano en mi pierna, lo que me hizo sonrojar todavía más.

—*Pues porque… es que…* —la verdad era que me había enamorado, nada más conocerla, pero no se lo iba a decir. —*Hasta que no cojo un poco de confianza, me cuesta soltarme.* —mentí.

—*Bueno, la solución es fácil entonces. Hablemos y conozcámonos más. ¿Qué tal con Ura? ¿Te ha enseñado toda la casa?* —se echó hacia atrás en la mecedora y se puso cómoda. Debo decir que me encantó esa tarde, toda la conversación con Dolores fue un regalo del destino, sin duda. Hablamos detenidamente de todo: de mi pasado, de cómo decidí trabajar con su hermano, de cómo habían salido adelante con la casa, de los placeres de la vida, de viajes, de animales, riendo, y haciendo el tonto. Esa tarde dio para conocernos mucho, muchísimo.

—*Eres una persona muy interesante, José. Que sepas que esto no se lo digo a todo el mundo. Me caes muy bien.* —me dijo al final de la tarde, que dejó paso al crepúsculo.

—*Tú también me estás cayendo fantásticamente. Eres menos*

interesante que yo, pero me basta. Sin embargo, tu belleza contrarresta mi falta de interés. —le dije bromeando. Ella me respondió con un empujón y luego me abrazó con fuerza.

—Me alegra que estés aquí. Me hacía falta alguien así en mi vida, al menos en este momento. —me dejó totalmente en shock. Deseaba que ese abrazo nunca terminara.

—¡Nos vemos mañana! Voy a prepararme algo ligero que comer y a la cama. ¡Que descanses, forastero! —dijo risueñamente antes de dirigirse a la puerta que daba a la cocina. Era una mujer increíble, ¡un regalo del universo! —a José le temblaron los labios al recordar a Dolores, estaba emocionado, y María, sonrió con empatía al verlo.

—Me levanté y observé el agua cristalina de la piscina, iluminada por los focos acuáticos que Rubén había instalado. Aquella piscina era una auténtica obra de arte, revestida con gresite de tonos agua marina. Además, se encontraban estratégicamente ubicadas un par de tumbonas con sombrillas, confeccionadas a mano, perfectas para deleitarse con un baño envidiable. Esa experiencia resultaba especialmente placentera ante las altas temperaturas que empezaban a hacerse sentir. Luego, observé la casa y alcé la vista hacia una ventana. Por la ubicación de la casa, debía ser la ventana de la habitación de la vieja puerta con los símbolos. Digo "debía ser" porque tenía tejado y no había más tabique hacia arriba, donde se encontraba el desván. Supongo que debía de ser el espacio para un balcón, pero cuando decidieron acabar la casa, concluyeron que debía de ser una habitación. Jamás supe el porqué.

La taza vacía de té se me cayó en el césped. Me quedé petrificado, embobado al ver la silueta de lo que parecía una pequeña niña inmóvil, en la ventana de la misteriosa habitación, que me observaba de pie sin moverse. Pero al escuchar salir al viejo Matías y encenderse un cigarro, me giré y al volver la mirada a la ventana, ya no estaba.

◆◆◆

Óscar se enjuagó la cara con agua fría. Estaba exhausto, sudoroso y confundido. No podía entender su reacción anterior, y pensaba que tal vez todo lo que estaba sucediendo ese día, junto con los cuentos de José, le estaban pasando factura. Quizás María tenía razón al sugerir que se quedara afuera descansando hasta que llegaran a sacarlos de aquel lugar maldito. A pesar de su cansancio, se levantó

para mirarse en el espejo. Su rostro estaba pálido, sus ojos enrojecidos y su mirada perdida, pero, aun así, se obligó a sonreír.

—Fracasado. —se dijo a sí mismo. —Deberías haberle pegado un tiro a esa zorra. —le dijo su propio reflejo con furor.

Óscar se desplomó en el suelo, aterrorizado, y se arrastró hasta toparse con un módulo quirúrgico.



La chica despertó bruscamente en el asiento de un coche, sin saber cómo había llegado allí. Llevó las manos a la cabeza debido a un punzante y fuerte dolor. Además, sus ojos le dolían demasiado para abrirlos. Poco a poco, fue abriendo los párpados para adaptarse a la claridad. El coche era un SEAT Ibiza del 92, el que su madre de acogida le había regalado al cumplir la mayoría de edad. Miró por las ventanas, pero la lluvia fina y las nubes bajas le impedían ver más allá del capó. Se puso el abrigo-chubasquero de color verde oliva que estaba sobre sus piernas, para no coger frío. Después, examinó el interior del coche: unas gafas redondas con moldura metálica en el salpicadero, una mochila de tela gris desgastada con parches cosidos a mano, un par de revistas de cine y varios libros de literatura actual. Se colocó las gafas sobre su pequeña nariz respingona, que le empequeñecían sus grandes ojos verdes debido a su miopía, pero se le deslizaron un poco hacia abajo porque le quedaban un poco grandes. Agarró el espejo retrovisor y lo movió hacia ella para poder mirarse. Mientras intentaba hacerse una cola con su larga melena cobriza, se detuvo al ver el color de su cabello. Se lo había teñido, pero no recordaba cuándo lo había hecho. A pesar de su amnesia y la ansiedad que le producía, se maravilló de lo bien que le quedaba el color. Había sido una acertada decisión teñirse así, pensó.

—¿Qué estoy haciendo aquí? – se preguntó a sí misma, dándose cuenta de que no tenía la más mínima idea de por qué estaba durmiendo en su coche, en una fría mañana de un día desconocido, en algún extraño lugar. Durante un rato, indagó en su mente, pero no pudo recordar nada de lo que había sucedido antes de despertarse. Comenzó a ponerse nerviosa y rebuscó en su mochila. Sacó un par de latas de conserva, una botella de acero con agua, un mendrugo de pan duro, una navaja multiusos, una linterna a pilas, una cámara instantánea Polaroid 635 de los años 80, y un mapa.

Abrió rápidamente el desconocido plano para leer de qué

lugar era un pequeño pueblo llamado Valdepésol. No tenía la más mínima idea de por qué estaba en ese lugar, al que ni siquiera había oído nombrar antes. El mapa estaba intacto, sin nada escrito en el reverso ni marcado. Pensó en la posibilidad de no encontrarse en el lugar que decía el mapa, y simplemente hubiera hablado con alguien acerca de ir allí y le hubieran prestado el plano. No era tan descabellado, ya que hasta hace poco había viajado a un par de ciudades fuera de la capital madrileña con un par de compañeras. Tal vez estuviera en alguna de esas ciudades, pensó.

—Pues menudo pedo me debí pillar anoche… he perdido hasta la cartera… —se decía a sí misma mientras seguía explorando la ya vacía mochila. Rebuscó en busca de alguna instantánea de la noche anterior que le diera una pista de lo sucedido, pero no encontró ninguna. Entonces decidió que debía salir con su pequeño Ibiza a una vía cercana para ver si podía encontrar alguna señal o cartel que indicara el camino de vuelta. Si era así, tan solo habría sido un pequeño susto derivado del excesivo consumo de alcohol de la noche anterior, algo que no era nuevo para ella. Hacía tan solo dos fines de semana, había bebido hasta casi llegar al coma etílico en una fiesta. Se escudaba en que era la única manera de poder entablar una conversación graciosa con gente que acababa de conocer, y así, poder relajarse y desconectar de la monótona y dura vida de estudiante. Su introvertida forma de ser ya le había hecho perder varias oportunidades sociales, y desde hacía poco, el alcohol le brindaba la ocasión de salir de su coraza.

—Debería controlarme un poco… no soy así. Es hora de volver. —giró la llave en el contacto, pero el coche no arrancó. El motor de arranque se esforzó, pero poco a poco terminó desistiendo.

—No me fastidies… ¡No! —dijo entre sollozos aporreando el volante. Lo intentó una infinidad de veces, pero no pudo arrancar el motor. Después de un rato cavilando qué hacer, concluyó que lo mejor era guardar todo de nuevo en la mochila y buscar ayuda. Antes de salir del vehículo, abrió la guantera. No solía dejar nada allí salvo los papeles del vehículo, pero no estaba de más echar un vistazo, dado que no recordaba nada y podía haber dejado algo de valor. Al abrir la guantera, cayó un pequeño sobre de tamaño cuartilla a la alfombrilla del copiloto. Cogió el sobre, bastante extrañada, y pudo leer en el reverso “Calle Maestro Saúl 37”, que venía escrito a mano en color azul. Dentro, había una llave de la puerta de una vivienda. Estaba recubierta con una funda de silicona amarilla, de esas que se ponen para diferenciarlas unas de otras. La llave, colgaba de un llavero con forma de luna creciente. Debía de ser la llave de alguien que vive en la

calle que pone en el sobre, pensó.

—¿De quién diablos es esta llave? —se preguntó con la mirada clavada aún sobre ellas. Le pasó un pensamiento fugaz y le dio la vuelta al sobre para leer nuevamente la dirección. Luego sacó el mapa y buscó la calle en él. Para aumentar aún más su desdicha, la calle aparecía en el mapa. Se tiró hacia atrás en el asiento y soltó un largo suspiro. Ahora sí que podía confirmar la sospecha de que estaba en ese lugar desconocido para ella. Decidió bajar del coche y buscar a alguien que le indicara dónde estaba esa calle, y dónde podía dirigirse para llamar a alguna de sus compañeras de la facultad.

La joven bajó del viejo coche, con sus pocas pertenencias dentro de su deslucida mochila y cerró la puerta. Era alta, atlética y, para ella misma, del montón en cuanto a belleza. No solía vestir a la moda y casi siempre llevaba sudaderas de grupos musicales, como la que llevaba puesta en ese momento, de un color gris claro con una imagen vinílica casi descompuesta de un grupo de rock. Los leggings, negros y desgastados, habían perdido su brillo por el uso. En cuanto a su calzado, llevaba unas botas de montañismo marrón caqui muy usadas, que solo sustituiría cuando quedaran inutilizables. Había aprendido a cuidar todo lo que tenía y darle una larga vida útil hasta que no quedara más remedio que cambiarlo. El derroche y los caprichos innecesarios no tenían cabida para ella.

Una vez fuera del coche, sintió lo frías que eran las finas gotas de lluvia que le caían en la cara. Se subió el abrigo-chubasquero casi hasta la altura de su fino cuello, y se cubrió la cabeza con la capucha. Miró al suelo para intentar no mojarse mucho más las gafas y se percató de que estaba en una explanada de tierra y chinarro. Junto a ella, había una zanja de lo que debía ser una reguera. Seguramente más adelante había un campo de cultivo, pensó. Las gotas de lluvia y la densidad de las nubes bajas le impedían ver un palmo más allá, pero pudo observar al otro lado, cerca de donde estaba, un vehículo aparcado. Se acercó a él; era una ranchera Mitsubishi, nueva e impecable, de color azul eléctrico, y en la parte de atrás llevaba una lona a medida para cubrir el gran maletero. Pensó en probar a abrir cualquiera de sus puertas, pero la idea se le fue de la cabeza; alguien podría verla y llamarle la atención por hacer algo así. Sobre el salpicadero pudo observar que había un trozo de papel arrancado, quizás de un libro, una gorra beisbolera color marrón y una caja de pañuelos de papel. Fuera, en el otro lado de la ranchera, en el suelo embarrado, había un par de latas de Estrella Galicia y un preservativo, y junto a él, el envoltorio que lo portaba.

Mientras negaba con la cabeza, no pudo evitar pensar que la gente era asquerosa. Encontró un palo cercano al coche y lo usó para colocar el preservativo en la manija de la puerta del conductor, con cuidado para no tocarlo con sus manos.

—Seas quien seas, esto te pertenece. Qué guarra es la peña… —dijo con cara de asco.

Cerca de la ranchera, había una furgoneta blanca. Era vieja, oxidada y en el lateral tenía un vinilo con un logotipo: "Mesón La Nutria". El diseño mostraba unos leños tallados y una nutria con una cara cómica y alegre. Al verlo, sonrió; pensó que un niño de cinco años hubiera diseñado un logotipo mejor. Miró a su alrededor para asegurarse de que no había ofendido al dueño de la furgoneta con su risa, y fue entonces cuando notó dos siluetas cerca de donde estaba. Saltó del susto, pero se alegró de haber encontrado a alguien tan pronto en el lugar.

—¡Hola!, ¡Disculpen! – les gritó con la certeza de que le responderían, pero al cabo de unos segundos y viendo que ni se movían ni respondían, volvió a intentarlo.

—¡Perdonen, es que me he perdido y necesito ayuda!, ¡Necesito saber dónde estoy! —dijo ya un poco desesperada. Comenzó a avanzar hacia las siluetas al ver que no hablaban ni se movían. Creía que por la forma de ambos eran un hombre y una mujer. Viendo que seguían inmóviles, fue andando con más cautela. Le parecía demasiado extraño, no era normal para ella.

—Me están asustando. Por favor, no estoy para bromas… —les dijo a las dos figuras, que las tenía mucho más cerca, pudiendo distinguir los detalles de su ropa, cara y pelo.

—Pero, ¿qué está pasando aquí?… —se llevó las manos a la boca al percatarse de que eran dos maniquíes blancos, con los ojos y boca mal pintados, a mano. Aún se notaba que, bajo la pintura, habían pintado anteriormente para después borrar y pintar de nuevo encima. El maniquí de mujer tenía una peluca rubia y larga, un abrigo gris, vestido de puntos y zapatillas de lona. No iba muy mojada, ya que sujetaba un paraguas con motivos horteras y coloridos. Él tenía una peluca color marrón oscuro, chaqueta negra bomber y vaqueros. No tenía calzado y estaba empapado. La joven no daba crédito a lo que estaba viendo. ¿Sería tal vez una broma pesada?, y si era así ¿con qué finalidad?, se preguntaba. Más adelante pudo distinguir lo que era la silueta de una casa. Avanzó dejando atrás a los dos maniquíes, entre la

espesa niebla, a los cuales seguía observando, girando su cabeza constantemente para mantenerlos vigilados, como si fueran a ser conscientes de su existencia y perseguirla con intenciones de hacerle algún daño. Tenía miedo, no entendía qué estaba pasando.

Pisó entonces el asfalto. Allí se encontró con un camino, no muy amplio, pero debía ser para llegar a la casa, la cual estaba a unos pocos metros. Una vez pudo distinguirla, se detuvo. Era grande y de madera, del tamaño de un bungaló de dos pisos. En la entrada, había una verja y a continuación una valla metálica, que abrazaba a cipreses que seguramente bordeaban toda la propiedad. Estaban muy descuidados, había zonas donde no se podía distinguir la valla, al menos, hasta donde llegaba a ver. La verja, que estaba abierta, daba paso a la puerta principal de la cabaña y sobre ella se encontraba un cartel con el mismo logotipo que la furgoneta, “Mesón La Nutria”, con ese animalito tan característico y cómico. Y por toda la fachada, hasta la farola de la entrada, había guirnaldas de colores decorándolo todo.

—¿Festejarán algo? —se preguntó. —Quizás lo de los maniquíes y las guirnaldas sean parte de algún evento de este lugar. —se animó a pensar, todavía observando a la ya alejada pareja de maniquíes. Tras la ventana que había justo al lado de la puerta del mesón, podía verse que dentro, había luz. Eso la animó a continuar y evitar un poco el miedo. Pasó junto a un futbolín donde había cuatro maniquíes simulando a chavales jóvenes jugando.

—Esto es muy tétrico. —pensó. —¿Quién en su sano juicio querría venir a un sitio como este con esas… cosas? —se dijo a sí misma en voz baja. Abrió la pesada puerta de madera y se encontró con una escena que jamás habría imaginado. Las mesas redondas del local estaban dispuestas muy cerca unas de otras, y alrededor de ellas se encontraban sentados montones de maniquíes de todas las formas, tamaños y géneros, con comida y bebidas en sus mesas. Se quedó petrificada ante la extraña visión. Miró a su derecha, a la barra, y la imagen era la misma. Había figuras estáticas dispuestas en fila en los taburetes de la barra, con sus bebidas y aperitivos. Como era de esperar, no se percibía ningún sonido ni ruido normal de un local tan concurrido. Lo único que se podía escuchar era la música que provenía de una gran pantalla de plasma que colgaba en un soporte de pared, al fondo de la cabaña de madera. Estaban emitiendo un concierto en directo en la MTV, con un grupo musical de habla inglesa y una vocalista de mediana edad, cantando con melancolía. Pero al igual que los comensales del mesón, los integrantes de ese grupo también eran maniquíes, acicalados y arreglados para su desempeño. Su música sonaba deprimida, como si estuvieran obligados a hacer

sonar sus melodías para toda la eternidad. La joven, intentando aplicarle un raciocinio a tal escena, imaginó que debía de ser un local tematizado, un sitio al que la gente aburrida de sus monótonas vidas acudiera para echar un buen rato, riendo y divirtiéndose ante tal estupidez.

La cabaña, en su interior, tenía a la vista todos los troncos y listones de madera, lo que le recordaba al famoso "Gran Hotel del Norte" de la serie Twin Peaks, que había visto al menos cuatro veces. Le encantaba el enclave donde había sido rodada: el lago, las montañas, los árboles, la serrería y las construcciones de madera. Al igual que en la serie, el mesón estaba decorado con cuadros de finales de los 80 y principios de los 90, con figuras de ángulos rectos y muy coloridas, que no desentonaban para nada con el color marrón de la madera. Las cortinas que cubrían las ventanas eran blancas con líneas zigzagueantes de varios colores, recordándole a los motivos de los nativos americanos que portaban en su ropa y armas. El suelo, enmoquetado y de color gris oscuro, estaba manchado y desgastado por el intenso uso. Las lámparas por las paredes también parecían de otra época pasada, de latón y cubiertas con una tela amarillenta por la suciedad y el tabaco; hacían juego con la lámpara colgante del centro, que de su brazo central se dividían en cuatro tubos, y cada uno de estos, una lámpara. En el fondo, donde se encontraba la televisión, había una estructura que se alzaba del suelo aproximadamente un metro. Era un pequeño escenario con una batería y soporte para guitarras y micrófonos. Era evidente que en ocasiones actuarían grupos locales en directo, y no solo muñecos, pensó.

La joven avanzó con cautela y observó a cada uno de los maniquíes que se cruzaron en su mirada. Todos y cada uno de ellos llevaba una vestimenta totalmente diferente al resto, con caras pintadas, riendo, hablando o enfadados, pero como los dos de fuera, hechas de forma rápida y tapando una antigua expresión. Se preguntó quién se encargaba de cambiarles el semblante continuamente. Decidió sentarse al fondo de la barra, donde había dos taburetes vacíos. Se dejó caer en el último, que estaba al lado de una puerta lateral en la que colgaba un cartel, que señalaba:

“Solo personal autorizado”

Pensó que debía de ser un almacén. Dejó su mochila en el taburete de al lado y volvió a observar a los maniquíes, con una mirada general a todo el mesón.

—¿Qué esperas, que se muevan? —se dijo a sí misma para

calmarse. Observó el otro lado de la barra, repleto de estanterías con botellas de alcohol, una vieja caja registradora, unos neones fucsias con el nombre del local, y cornamentas de ciervos con gorras colgadas en ellos. Su corazón se detuvo en cuanto escuchó cómo el pomo de la puerta de su lado se giraba, y volvía con un golpe seco a su lugar. Alguien estaba intentando entrar. Sin dudarlo, metió el brazo por el otro lado de la barra y, a ciegas, buscó algún objeto que le permitiera protegerse ante lo que fuera que había al otro lado. Palpó un objeto largo, de madera, y lo apresó con fuerza; era un bate de béisbol. Lo agarró con las dos manos y esperó a que la puerta se abriera. Tras un par de segundos, esta se abrió enérgicamente y chocó contra la pared.

—¡Yyyyyhaaaaa! —gritó con los ojos cerrados y bateó lo más fuerte que pudo. Por suerte, golpeó una fuente metálica de patatas fritas que fueron esparcidas por parte del mesón.

—¡Ey! ¿Qué estás haciendo, chica? Me podrías haber matado. —le dijo el hombre que sostenía la bandeja, ahora tirada en el suelo.

—Yo… perdón… es que no sabía… por favor, ayúdeme… —soltó el bate y se dejó caer de rodillas, tapándose la cara con ambas manos.

—¡Todo el mundo a sus asuntos! No ha pasado nada, solo ha sido un accidente. —dijo dirigiéndose a los maniquíes. —Ven, chica, levántate, no ha sido nada. Dile a Héctor que te ha pasado. Ven, siéntate. —le dijo el hombre, que era enorme, de mediana edad; llevaba gafas redondas demasiado pequeñas para lo grande que tenía la cara, una gorra roja y negra con el logo del mesón, una barba poblada castaña y canosa, y sobre la camiseta ceñida, un delantal oscuro de cuero.

—Te voy a servir algo que te va a encantar, te hará entrar en calor y te relajará. Confía en mí, soy buena gente. —le dijo con una amplia sonrisa y con los ojos casi cerrados. El hombre le preparó un té Chai a conciencia, con cardamomo, especias, canela, jengibre, vainilla y anís. Cuando ella lo olió, le recordó a la Navidad que pasó en Londres hacía solo un par de años. Ese aroma invernal la transportó a momentos alegres que vivió antaño.

—Sabía que te gustaría. —le dijo mientras servía una cerveza al maniquí dos taburetes más allá.

—Si ni tan siquiera lo he probado. —le dijo ella con recelo.

—Tu cara lo ha dicho todo. Y cuando le des un solo sorbo, no

te gustará, te enamorará. —soltó una carcajada. —Soy el mejor preparando tés, cafés y cócteles. ¿Verdad, Ana? —le preguntó al otro maniquí de la barra. La joven se preguntó si la supuesta Ana existiría en realidad, pero decidió no indagar. En realidad, ya no le importaba, solo quería salir de ahí cuanto antes y marcharse a casa. Ese hombre les hablaba a los maniquíes como si fueran gente normal, y eso, a la joven, le daba pavor. Era imperioso para ella huir de ese extraño local.

—No tienes nada que temer, de verdad. —le aseguró el gran hombre, al ver su cara de preocupación. —No estoy aquí para hacerle daño a nadie, tampoco a ti, mi trabajo es servirte. Un buen camarero no solo destaca en el servicio, sino también en su capacidad de empatizar con el cliente. Para que te sientas más cómoda, te dejo coger el bate. —dijo con voz calmada mientras recogía los objetos del suelo. Luego, le ofreció el bate y ella lo cogió, abrazándolo de inmediato.

—Permíteme presentarme entonces. Me llamo Héctor, y soy el propietario del célebre "Mesón La Nutria". En estos días de fiesta, ofrecemos un 30 % de descuento en bebidas y postres. —anunció con entusiasmo.

—Mi nombre es Susana. No sé cómo he llegado aquí y lo único que quiero es volver a casa. —dijo aún asustada, aferrando el bate con ambas manos.

—Un placer conocerte, Susana. Es un bonito nombre. ¿Qué te ha traído a Valdepésol? No solemos recibir demasiados visitantes, a menos que quieran disfrutar de nuestros vergeles en primavera o de nuestros famosos festejos, en los que se celebra "La Reunión", la víspera del último día de dichas fiestas. —le explicó, intentando que la joven Susana le contara el motivo de su visita.

—¿A qué he venido? —Susana se quedó pensativa. No pudo evitar pensar que quizás fue ella la que, de manera voluntaria, condujo hasta ese punto del país, pero no recordaba nada. Tenía una mochila sin apenas provisiones, pero lo que más le inquietaba era el hecho de llevar latas de conserva, ropa adecuada al clima de la zona, una navaja multiusos y un mapa del lugar en el que se encontraba; lo que portaba era poco común para una persona que se pierde en un lugar desconocido. Era como si hubiera previsto viajar allí. Susana no había llegado a aquel sitio desconocido por mera casualidad, o por las consecuencias de una noche de locura alcoholizada. La joven estaba allí buscando algo o alguien, pero el problema era que no tenía ni idea de a quién o qué buscar. Dejó el bate sobre la barra y abrió

rápidamente su mochila para sacar el mapa.

—Este mapa es de aquí. ¿Podrías indicarme dónde estamos? —preguntó con ansiedad la joven. Héctor se acercó para ojear mejor el mapa y, con un bolígrafo que llevaba en el bolsillo del delantal, señaló el punto en que se encontraban, haciendo un círculo en él.

—Estamos en la parte noreste del pueblo, la zona menos masificada, poco edificada y con más vegetación. —explicó Héctor mientras cambiaba de canal con el mando a distancia. —El noticiario de la tarde empezará pronto. —añadió con una sonrisa dirigida a la joven, que observaba el mapa como si este pudiera revelarle lo sucedido. Si era medio día, por el hecho de que el informativo que se disponía a ver Héctor era de la tarde, había estado dormida más de lo que había imaginado. Además, las nubes bajas le habían hecho perder la noción del tiempo, haciéndole pensar que era temprano, por la mañana.

—Quizás he acabado por casualidad en este pueblo, adquiriendo un mapa con toda la melopea, y después haberme dirigido a este lugar por algún absurdo arrebato embriagado… quizás pillé una borrachera tremenda… Tengo que encontrar la parte lógica a esta situación… —reflexionó Susana. Entonces recordó que llevaba el sobre de la guantera con la llave y una dirección escrita. Supuso que debía dirigirse allí y le mostró el sobre a Héctor. —Creo que tengo que ir a esta dirección, pero no lo recuerdo la verdad… ¿Podrías decirme a qué distancia está este lugar? —le preguntó la joven a Héctor, que estaba viendo los comerciales en la televisión.

—Por supuesto. —respondió él, buscando de inmediato. —Se encuentra en la zona nueva. Debe de estar a unos cuatro o cinco kilómetros. —dijo el hombre pensativo, apuntando con el dedo la calle. —Es una urbanización con dúplex y chalets. Antes, en esa zona, había viejas viviendas y una arboleda maravillosa, pero las construcciones de cemento se han expandido como un tumor. Es lo que hay… o te adaptas, o mueres. —concluyó negando con la cabeza. —Por cierto, ¿No tienes ningún contacto al que llamar o un teléfono móvil? —le preguntó Héctor.

—No tengo móvil. Hasta que no termine de estudiar, nada de distracciones innecesarias. Además, entre mis bártulos no tengo ningún teléfono apuntado, excepto en mi cartera, la cual no sé dónde diablos está. —respondió la joven, sorprendida en ese instante al darse cuenta de que no había mirado en el bolsillo interior de su abrigo-chubasquero. —No me jodas… —farfulló al percatarse de que la tenía

dentro del bolsillo. La sacó con desconcierto, dudando de si habría sido un despiste el no buscarla antes en el abrigo, o que en realidad no la tenía hasta ese preciso instante. La joven sintió un gran estremecimiento. De la cartera cayó una fotografía rota por la mitad. Sin darle mucha importancia, Susana buscó dentro, en la parte de la billetera. Encontró un folio doblado en cuatro partes donde llevaba apuntados los números más importantes para ella, como los de sus amigos, su residencia, universidad y centros oficiales, pero ninguno de ellos era un número de teléfono recientemente anotado que pudiera indicarle qué hacía allí. Héctor cogió la fotografía y la observó detenidamente.

—Me recuerda a mi esposa. —dijo con una sonrisa melancólica. —Debe de ser tu hermana. Os parecéis mucho. Las dos tenéis una genética estupenda. Sois chicas muy guapas. — dijo mientras mostraba la fotografía a un maniquí, vestido de mujer, que estaba sentado en la barra a unos taburetes de distancia de la joven.

Extrañada, Susana se estiró y le arrebató la foto rota. En ella pudo observar a una mujer alta, de unos treinta y tantos años, con el pelo corto. Su rostro irradiaba felicidad, mostrando una sonrisa plena, pero su mirada era eclipsada por unas grandes gafas de sol. Vestía una camiseta de tirantes y pantalones vaqueros cortos. En la fotografía, el brazo de un hombre abrazaba su cintura, pero la otra mitad de la foto estaba rota.

En el fondo, se veía una exuberante vegetación, y el suelo había un manto de césped perfectamente cortado. La mujer sostenía una lata de cerveza de medio litro y su otro brazo rodeaba la cintura de la persona que había a su lado. Debía de ser alguna barbacoa o fiesta en el patio trasero de alguien, pensó Susana. Al darle la vuelta a la fotografía, se dio cuenta de que había una frase incompleta, en la que solo se podía leer "*…de perfecto*". ¿Qué habría escrito ahí detrás? ¿Y quién diablos era esa mujer? Susana se rebuscó en su memoria por si la conocía de algo, ya que le resultaba muy familiar, pero no supo darle identidad.

—Pues no tengo ni idea de quién… —dijo la joven Susana, que fue interrumpida por el comienzo del noticiario, al que Héctor prestó toda su atención subiéndole el volumen.

—El animal que atacó a la pequeña Martina no ha sido encontrado, a pesar de que el agente de policía local que está a mi lado, intentó capturarlo tras el ataque a la pequeña. Si no hubiera sido por Jesús, el perro habría acabado con su vida. La pequeña se encuentra en

estos momentos en estado grave en el Hospital 'Virgen del Rosario'. —decía la reportera. A Susana le resultó familiar su peinado y forma de vestir, un tanto extravagante para una reportera: ropa de cuero negra y una camiseta de un grupo de heavy metal, y su gran melena rizada con forma redondeada, al estilo afro. Aunque tal vez fuera de algún otro programa de televisión o de alguna revista, pensó. Se preguntaba si era demasiada casualidad que prácticamente al mismo tiempo le sonaran dos personas desconocidas en un lugar que también le era desconocido. La reportera se dirigía a la cámara con preocupación por la noticia que estaba exponiendo, como si le afectara a ella misma. Pero lo extraño no era que la mujer del noticiario fuera extravagante, sino que, además, creía haber mantenido, más allá de verla en televisión, una relación con ella; quizás de amistad, estudios, u otro ámbito. Sin embargo, también llamó bastante su atención un detalle perturbador, y es que tanto el policía al lado de la periodista, como los transeúntes de atrás, eran maniquíes como los del mesón de Héctor. No podía creer lo que estaba viendo. Miró a Héctor, que estaba atento a las noticias, tan afectado como la chica de la pantalla, pero no parecía sorprenderle que el resto de gente fuera como su clientela, maniquíes inertes y estáticos, los cuales pensaba Susana que habían sido colocados por él, por tematizar su local.

—Madre mía… que aún no hayan encontrado a ese animal… y ahora una niña. Debemos estar alerta, todos, ya que anda por ahí y en fiestas hay mucha gente a la que podría atacar. —decía, dirigiéndose a todos los maniquíes. Susana no sabía ya qué creer.

—¿Entonces qué eran esos maniquíes? ¿Si no era causa de la posible demencia de este hombre, entonces, qué demonios estaba pasando en ese pueblo? ¿Es que ellos no ven que son unos malditos muñecos como los veo yo? —se seguía haciendo preguntas. Lo único lógico y claro que se le ocurrió fue recoger sus pertenencias y huir de allí lo antes posible para encontrar la forma de volver a casa. Cuando estaba a punto de salir del local, Héctor se giró y observó cómo se llevaba su bate de béisbol, pero no le importó.

—Ten cuidado, Susana. Ese animal podría estar cerca. Espero que encuentres lo que buscas. —le advirtió levantando la mano para despedirse de ella.

A pesar de la advertencia de Héctor, la joven Susana abrió la puerta con fuerza, sin siquiera echar un vistazo nuevamente al futbolín con sus jugadores inmóviles. Miró en la dirección en la que se encontraba su coche, pero no lo vio. La espesura le impedía verlo, a pesar de que el cielo estaba algo más despejado y no llovía. No sabía

si volvería a por él más adelante, ya que estaba bastante asustada y su prioridad era salir cuanto antes de ese lugar, además, el coche no arrancaba. Le pareció absurdo volver a él.

Pasó junto a los dos maniquíes de la entrada, los primeros con los que se topó, y notó que alguien había borrado las expresiones de sus caras para volver dibujadas, pero esta vez no parecía que conversaran, más bien que disfrutaban alegremente de la desesperación de Susana. Es más, el paraguas que portaba el maniquí con ropas de mujer estaba cerrado y bajado.

—Es imposible… ¿quién ha hecho esto? —Susana se tapó la boca con ambas manos para no gritar. No podía creer lo que estaba viendo. Echó a correr, calle arriba, para huir lo antes posible de ese enfermizo lugar. Siguió corriendo por el camino hasta llegar a una bifurcación más amplia y con aceras. Una vez dejó atrás la cabaña, aminoró el paso.

Una vez recuperó el aliento, Susana pensó que lo más sensato sería dirigirse al centro del pueblo, donde aparecían en el mapa puntos de interés como una zona comercial, la iglesia o el ayuntamiento.

—Si me dirijo aquí, —dijo apuntando con su dedo en el mapa. —quizá obtenga alguna respuesta lógica de lo que está sucediendo. —dijo mirando la calzada que debía seguir, cubierta por las densas nubes bajas. Durante su trayecto, pudo ver cómo las calles estaban adornadas con luces festivas, colgadas de farola en farola, así como guirnaldas, idénticas a las que engalanaban la entrada al mesón de Héctor. Le extrañó no ver ni un vehículo en todo el trayecto, y tampoco a gente caminando por las cada vez más urbanizadas calles. Las casas y edificios bajos empezaban a apilarse, unos junto a otros, pero no había señales de vida, solo maniquíes por todas partes, algo que afectaba la moral de Susana, que solo tenía ganas de pararse y echarse a llorar. Era como si las figuras estuvieran charlando, caminando o jugando en el parque, como personas normales de carne y hueso, pero inmóviles, capturados indefinidamente como lo hace una fotografía. Sin lugar a dudas, era la experiencia más tétrica que recordaba haber presenciado en sus dieciocho años de vida.

Susana siguió el mapa hasta llegar a una librería, que se encontraba en el bajo de un edificio de dos plantas. Por lo que veía, los edificios de toda esa zona eran bastante nuevos, en comparación con las casas de planta baja, que eran antiguas y enmohecidas debido a la humedad de la huerta. Susana pensó que quizá la densidad de

población estaba aumentando y de ahí la necesidad de construir edificios. Probablemente, más gente se estaba mudando a la zona, y el suelo debía de ser caro por su fertilidad. Analizaba la joven, intentando entretener su mente y no centrarse en la realidad, pero le era casi imposible. Cada dos pasos era obligada a buscar una explicación lógica a lo que ocurría.

—Algo ha tenido que suceder para que esté presenciando esta locura. Quizás sigo inmersa en una larga pesadilla, o puede que alguna droga de diseño depositada en mi copa me esté haciendo flipar o, quién sabe, a lo mejor estoy en coma; alguno de estos ejemplos debe de ser el culpable de que esté experimentando la que, sin duda, es la peor vivencia de mi joven existencia. —cavilaba estresada la joven.

La librería estaba abierta y en sus cristaleras se podían observar los estantes repletos de material escolar, libros infantiles, novelas, revistas, prensa y demás materiales de papelería. No era muy grande, pero abastecería perfectamente a toda esa zona del pueblo. Decidió entrar y la campanita sonó al ser golpeada por la puerta. Todo estaba bien ordenado, limpio, y el olor a material de papelería trasladó a Susana a momentos agradables de su infancia. Al fondo estaba un maniquí que haría las veces de dependienta. Asustada, Susana se acercó sin reparo al estante donde se encontraba la prensa, aunque la estática dependienta estuviera al lado.

—¿Le importa si cojo un periódico para comprobar la fecha? —Susana esperaba que el maniquí no le respondiera, y así fue. Cogió dos ejemplares diferentes. En ambos estaba impresa la misma fecha: martes 28 de noviembre de 2006. Cogió el mapa y escribió en él la fecha con el bolígrafo que había "cogido prestado" de Héctor.

—Señora, sonría para la foto que voy a tomar como recuerdo de su librería. —apoyó el periódico en un estante y disparó su cámara.

—Doris, estás preciosa. ¿Quieres que te escanee la instantánea con tu fotocopiadora o prefieres que te haga otra? —bromeó Susana hablándole, con la certeza de que el maniquí no respondería. Cuando bajó el brazo para dejar de mirar la fotografía, observó a una niña tras el escaparate de la entrada, en la acera. La niña era pálida y de pelo claro, prácticamente blanco, y fruncía el ceño, como si estuviera molesta. La pequeña apoyó un dibujo sobre el cristal y salió corriendo, dejándolo caer al suelo. Susana, sorprendida de ver a la niña, salió corriendo tras ella, pero la pequeña ya había desaparecido. Susana, exasperada de no haberla alcanzado, miró

entonces el dibujo: una familia compuesta por un hombre, una mujer, una niña y un perro. Este último un tanto extraño; de gran tamaño con ojos blancos, pelaje negro greñudo y una boca enorme. Sin lugar a dudas, la niña que estaba dibujada, era ella. Y ambos adultos, debían de ser sus padres, pensó. Los trazos eran comunes en una cría de esa edad, mal realizados y coloreados al tuntún, pero el perro le creó una sensación de inseguridad. Era extraño, pensó.

—Eres toda una artista, pequeña. -Susana intentó fotografiar el dibujo familiar, pero su cámara cayó al suelo, junto a sus pies, realizando un disparó que fotografió el reverso del dibujo. Susana se agachó para recoger la cámara y la instantánea, pero al mostrar la imagen fotografiada, la joven comenzó a marearse y, poco a poco, a perder la conciencia.

—¿Qué son esos símbolos? —preguntó al ver el dibujo que la niña había realizado en el reverso del folio, el que le mostró la fotografía. Segundos después, la joven Susana no pudo mantener el equilibrio y cayó de cara sobre la acera, totalmente inconsciente.

8 – Espacio inaugural

Del impacto, cayeron un par de cajones metálicos repletos de utensilios de quirófano, entre ellos, un bisturí, el cual captó la atención de Óscar, quien lo agarró rápidamente con la intención de defenderse.

—¿Piensas atacarme con eso? Pues úsalo en ti mismo, escoria. —le dijo la voz del reflejo del espejo, pero esta vez resonó en su mente.

—¡¿Qué coño eres?! ¡¿Qué me está sucediendo?! —preguntó con desesperación.

—Soy tu yo lógico. Aquel que verdaderamente merece respeto y necesita manifestarse para dar una lección a esos necios, como la despreciable mujer, María. Vamos, aprovechemos la pistola que has cogido para despojarla de su cabellera. —dijo la voz con un tono burlón.

—Deja de hablarme, ¡sal de mi cabeza! —gritó Óscar desesperadamente.

—Lamentablemente, no funciona así. Soy tú, y me mostraré tan pronto como tu mente se rinda, para convertirme en el verdadero héroe de esta historia, la de tu patética vida. ¿No es lo que deseabas, mierdecilla? —dijo la voz mientras Óscar intentaba taparse los oídos para dejar de escucharla. —Es inútil que te resistas. Poco a poco te consumiré y tú me cederás el paso, desapareciendo para siempre. —rio la voz al final, provocando que Óscar temblara involuntariamente y comenzara a sentir cómo algo dentro de él crecía, buscando la mejor forma de liberarse de su piel.



María no se percató de la demora de su compañero y continuó absorta en el fascinante relato, o al menos eso creía ella, que le narraba el sombrío José.

—Y, ¿cómo describiría a esa niña de la ventana? —le preguntó María, quien echó un vistazo a la grabadora para verificar que seguía encendida.

—La tenue luz del crepúsculo no me permitió verla con detalle, pero diría que era muy pequeña, quizás de un par de años, pálida y con el cabello largo y claro. Sin embargo, apenas pude distinguir su figura. —explicó José lo más sinceramente posible. —No le di mayor importancia, ya que la oscuridad se aproximaba y podría haber sido cualquier objeto apoyado en la ventada. ¿Cómo se llamaba ese efecto? —repasó José en su, todavía, ajetreada memoria.

—¿Se refiere a la pareidolia? —le preguntó María, segura de que esa era la palabra que estaba buscando.

—Exacto. Pudo haber sido eso, pareidolia. Todos hemos experimentado algo similar en algún momento de nuestra vida, ¿no? Objetos que nos parecen otros, o incluso personas. —dijo con complacencia. —Recuerdo que esa escena me afectó un poco, y estuve dándole vueltas hasta aplicarle la lógica, por lo que rápidamente ese pensamiento paranormal fue opacado por una pequeña dosis de alegría por la maravillosa tarde que había pasado. Una vez en mi habitación, me preparé para ir a la cama, cuando recibí nuevamente la visita de la pequeña Ura. Esta vez, llevaba una toalla enrollada en su delicado cuerpo. Cerró la puerta, dejó caer la toalla al suelo y ya puede imaginar qué sucedió poco después. —continuó relatando José.

—Sin duda, la intensidad con la que usted mantenía relaciones con esa mujer será difícil de olvidar, gracias a tu anterior descripción tan precisa. —María rio y negó con la cabeza, ligeramente ruborizada al imaginar la escena. —¿Le habló esta vez? —preguntó.

—No más allá de las palabras relacionadas con el sexo. Sí que estuvo bien… Creo que me habría acostumbrado a esos roles si hubieran sido visitas recurrentes. —María entendió que las interacciones sexuales de ambos quedaron ahí. No quiso interrumpirle, imaginó que después explicaría qué sucedió para no volviera a visitarlo.

—A la mañana siguiente, antes de que los pájaros entonaran su melodía con los primeros rayos de luz del alba, me desperté sin motivo aparente y me dirigí a la cocina para saciar mi apetito voraz. Al llegar, me percaté de que la luz estaba encendida, y Rosa, la compañera de Héctor, ya estaba ocupada preparando el desayuno.

—*Pero vaya, que temprano te has levantado, José.* —me dijo sonriendo, entrecerrando sus hermosos ojos rasgados.

—*Sí, me he desvelado y acudo aquí para aplacar mi voraz*

apetito. —respondí con tono burlón. Rosa me explicó que cada día uno de ellos dos se levantaba más temprano para empezar a preparar las masas de los bizcochos, pan o magdalenas para el desayuno. Me pareció desequilibrado el número de horas que dedicaban a su trabajo en comparación con el resto. Sin embargo, posteriormente comprendí que cada tarea en la casa aportaba tanto o más que las demás. Todos éramos piezas fundamentales para que aquel lugar funcionara de manera eficiente. Rosa me relató prácticamente toda su vida, o, mejor dicho, su vida junto a Héctor; y cómo la guerra los obligó a refugiarse en la casa. Fueron los primeros en llegar, después de Dolores y su hermano Rubén. Levantar aquel lugar con tan pocas manos fue un gran desafío, pero el esfuerzo valió la pena. Recuerdo que me comentó que ese día, en el que estábamos charlando, sería especial, porque se celebrarían varios eventos que me iban a encantar. Continuamos conversando, principalmente sobre mí, ya que yo seguía siendo el nuevo y las caras desconocidas siempre traen consigo nuevas historias. Además, disfruté de un desayuno aún más delicioso que el día anterior; era un verdadero deleite ver cómo cocinaban. —sonrió y se tomó una pausa prolongada. —Poco después, los demás comenzaron a llegar y, como yo ya había terminado, le dije a Rubén que bajaría al taller para comenzar a preparar el trabajo que teníamos para ese día. Lo primero era asegurarme de que todos los sistemas funcionaran a la perfección: seguridad, suministro de agua, desagüe, electricidad, entre otros. Uno de los trabajos pendientes de Rubén para ese día era sencillo: limpiar los paneles solares y lubricar las zonas más dañadas por el óxido. No dudé en coger las herramientas y el material para subir a realizar la tarea y así agilizarle la mañana. Justo cuando me disponía a bajar del tejado, Rubén me llamó con un fuerte silbido, indicándome que fuera junto a él, donde se encontraba un antiguo tractor, cerca de uno de los huertos. Una vez allí, nos pusimos manos a la obra para devolverle la vida a la vieja máquina, la cual sería de gran ayuda tanto para Dolores, como para el cascarrabias de Matías y la incansable Lucía. Mientras reemplazábamos las piezas averiadas por otras funcionales o reparadas por Rubén, intenté romper el hielo para poco a poco acrecentar una confianza con él. Después de todo, seríamos compañeros durante mucho tiempo, o al menos, eso esperaba.

—El trabajo que has hecho en este lugar es admirable. —le dije sin apartar la vista del cárter agujereado por el óxido.

—Sin duda, merezco adulaciones por mantenerlo en óptimas condiciones, modestia aparte, —rio con un poco de vergüenza. *—pero si no fuera por mi hermana, con su fortaleza, ambición y determinación, nunca habríamos llegado tan lejos.* —me respondió seriamente. Me

contó que eran auténticos supervivientes. Perdieron a sus padres a una edad temprana, pero gracias a una inversión inteligente de los fondos de sus difuntos progenitores, y años de ahorro constante, lograron reunir el dinero necesario para adquirir la propiedad; antes de las grandes desgracias que cambiaron nuestra forma de vivir. Los obstáculos y las máquinas no se lo pusieron nada fácil, estuvieron al borde de perderlo todo debido a la escasez de materiales y los constantes robos de los buscadores de chatarra. Rubén podía dar testimonio de ello, ya que había sido víctima de uno de esos violentos ataques de las máquinas, que, por desgracia, tanto se sucedían. Tenía un ojo de cristal y una cicatriz en el párpado que lo demostraban. No era muy evidente a menos que prestaras suficiente atención, pero con el sol de frente, un ojo real resplandece de manera distinta a uno protésico.

—*¿Miras mi ojo?* —preguntó señalándolo. Asentí con la cabeza. —*Fue en uno de los ataques. Surgió de entre los árboles. Yo estaba instalando la puerta de la verja exterior y Dolores estaba pintando en la casa. Al escuchar un fuerte estruendo detrás de mí, me giré y esa criatura metálica me golpeó con tal fuerza que fracturó el cráneo y toda la parte ósea donde se encuentra el globo ocular, y en consecuencia, lo perdí… esas detestables máquinas están diseñadas para la guerra, no importa si carecen de armas de fuego o están en un estado lamentable, un solo golpe puede destrozarte, ¿verdad?* —me dijo mientras me señalaba el brazo biónico y con su otra mano se acariciaba el rostro, reviviendo el dolor que sufrió.

—*Un golpe como ese seguramente te habría dejado gravemente herido, inconsciente como mínimo. ¿Cómo lograste sobrevivir?* —le pregunté con gran curiosidad.

—*Gracias a ese hombre, a su espada y a mi fe, todavía sigo vivo.* —me inquietó saber quién era ese oportuno salvador mucho más que la devoción de mi nuevo compañero de trabajo, así que pregunté de inmediato.

—*¿De qué hombre hablas? ¿Está aquí, en la casa?* —supuse que se refería a Héctor. No consideré que pudiera ser Matías, principalmente debido a su avanzada edad, pero quién sabe.

—*Sí, por supuesto, vive aquí, aunque en este momento no se encuentra. Fue Raúl. Según me ha contado mi hermana, vosotros os conocéis desde la infancia, ¿me equivoco?* —me dejó boquiabierto.

—*Raúl… claro que nos conocemos. Me alegra saber que te salvó*

la vida. —me sorprendió. No podía imaginar que mi viejo amigo, el Raúl al que he conocido durante tantos años, estuviera empuñando una espada y enfrentándose a robots sin vacilación… Rubén me explicó que cuando despertó, su hermana Dolores, lo atendió rápidamente, administrándole antibióticos y curando lo mejor que pudo la herida abierta en el párpado. Me dijo que bastaron un par de meses de reposo, las curas de la recién llegada Lucía y un antiguo óptico del pueblo, que le fabricó un ojo de cristal, para que pudiera volver, en cierta medida, a la normalidad. No indagué mucho más acerca de mi amigo Raúl, solo le pregunté cómo le había salvado la vida, y me respondió que fue tan solo con una espada, nada de armas de fuego. Sabía que había muchas personas que lo hacían, ya que era un método rápido y económico para acabar con esas criaturas de metal. No podía imaginar cómo mi amigo, tan similar al personaje de "Shaggy", de "Scooby-Doo", en una versión más rechoncha, había logrado salvar a alguien, enfrentándose él mismo a una auténtica máquina de matar humanos. Raúl… ansiaba que llegara para volver a encontrarnos, pero después de escuchar el relato de Rubén, mi impaciencia por verlo aumentó considerablemente. Un rato después, tras varias confesiones mutuas, hizo su entrada la mujer que me dejaba sin aliento, Dolores. Apenas se podía distinguir el color de sus botas debido al barro y al estiércol, y su vestido desgastado también estaba manchado, ya que esa mañana había estado en el pequeño establo con los animales. Aun así, para mí resplandecía. Su forma de caminar, su sonrisa, la que llevaba siempre por bandera, y su incomparable, y desmedida belleza, creaban en mí una desmesurada alegría y emoción.

—*Me complace anunciarles, queridos invitados, que esta noche tendrán el honor de asistir a la fiesta de bienvenida de José.* —me guiñó un ojo. —*Además, también celebraremos "El agradecimiento a Na". Para aquellos que no están familiarizados, la vestimenta requerida es el blusón ceremonial que todos tenemos en nuestros armarios.* —volvió a guiñarme el ojo. —*Comenzaremos a las 19:00. ¡Por favor, no lleguen tarde!* —se marchó contoneando felizmente sus caderas y salió de la propiedad con una cesta de mimbre. Rubén me explicó que aprovechaba su paseo para llevar huevos a los vecinos, y de paso, también los invitaría al evento.

—Disculpe, José. No soy religiosa, así que no entiendo mucho sobre celebraciones devotas, pero debo preguntarle. ¿De qué fiesta le habló? Por lo que ha dicho, ese “agradecimiento” parece una festividad religiosa, ¿no? —María no se atrevía a indagar mucho más sin que José le respondiera. No podía preguntar directamente quién era "Na" o qué tipo de culto era ese, no fuera a ser que se tratara de

alguna religión arraigada en la cultura e historia de José, y al interrogarlo de manera descuidada, José dudara de que ambos compartieran la misma realidad.

—No se preocupe, yo soy agnóstico. Además, tampoco tenía idea a qué se referían con esa celebración de agradecimiento; al menos, hasta después de esa noche. —le explicó José.

—De acuerdo, gracias José. Continúe cuando desee. —le dijo María.

—Recuerdo que subí y me di una ducha después de comer. Luego decidí entrar a mi habitación y leer un rato, pero el cansancio pudo conmigo. Supongo que debía tener un gran déficit de sueño o quizás estaba experimentando los primeros síntomas de narcolepsia, ya que me dormía cada vez que me relajaba un poco. —José soltó una suave carcajada. —Pero no recuerdo si me levanté adormilado o si iba a bajar… no lo sé con certeza… solo me viene a la memoria caminar por el pasillo, y los cuadros que había colgados, que formaban una imagen similar entre ellos… creo que estaba soñando. Sentía la cabeza pesada, una neblina que nublaba mi vista, pero podía ver que se movía el paisaje en ellos. Era como si me arrastrara una suave corriente de un río y viera mi entorno cambiar conforme avanzaba. Recuerdo observar en uno de los cuadros un prado, y a su derecha, parte de una casa; en el siguiente cuadro, podía ver aún más la misma casa, como si el autor hubiera cambiado ligeramente la perspectiva hacia la derecha; en el siguiente cuadro un poco más, pero la casa estaba en llamas, se podía ver el fuego y el humo. Antes de que pudiera llegar al siguiente cuadro, sentí que me tiraban del brazo. Como si saliera de un trance, pudiendo regresar a la realidad, que difería totalmente de las imágenes de los cuadros. Los símbolos de la antigua puerta se agrandaban hacia mí, crecían y múltiples voces, agudas, graves, de todo tipo, susurraban lamentándose en mi mente, sintiendo que mi cabeza iba a estallar de tanto dolor. Entonces, otro fuerte tirón me hizo caer al suelo y liberar mi mirada atrapada en la puerta.

—¡No puedes quedarte aquí! Vámonos, no deberíamos estar tan cerca… —me dijo Ura desesperada, con miedo, levantándome como pudo y arrastrándome sin soltar mi brazo. Le hice caso y observé cómo nos alejábamos rápidamente de la maltrecha puerta. Una vez en mi habitación, y sin recibir ninguna explicación o respuesta a mis urgentes preguntas, Ura cerró la puerta con una expresión de preocupación. Nos miramos un largo rato, en silencio, recuperando el aliento. Observé que ya llevaba puesto el blusón ceremonial. La tela era áspera, como de saco de patatas, y tenía un bordado con formas

rectilíneas de color rojo en todo el cuello de pico. Era horrible, pero no quería faltarles el respeto y accedería a ponérmelo. Sin embargo, el interrogante no solo residía en mi incapacidad de recordar siquiera haberme vestido con ese absurdo saco de tubérculos, sino también en la razón que me había llevado hasta aquella maldita puerta.

—Qué extraño todo lo que le sucedió, José. —le dijo María, un tanto confundida.

—Al principio pensé que me habían drogado, que alguien en la comida había decidido gastarme una broma, quizás con el fin de verme atontado o diciendo gilipolleces. Pero no fue así, para mi desgracia. La razón de ese insólito suceso no fue otro más que esos símbolos extraños.

Recuerdo que la expresión de Ura me desconcertó. Creo que a ella le preocupaba el hecho de que algo me estuviera forzando a acercarme a la puerta, una fuerza extraña la cual no debía de conocer. Algo que, sin lugar a dudas, le aterraba de una manera desmesurada. —le contó José sin apenas detenerse.

—Es decir, usted supo tiempo después qué había detrás de esa puerta o lo que está relacionado con ella, ¿me equivoco? —supuso María a partir de lo que él le decía.

—Sé algo al respecto. —respondió con una sonrisa. —Sin embargo, ¿le gustaría saber cómo sabe el postre antes de haber terminado los entrantes? —le preguntó con analogías.

—No. Solo quería confirmar si está al tanto de lo que ocurre allí dentro a día de hoy. Continúe, por favor. —le contestó María en tono serio. Quedó petrificada. La contestación de José le provocó un escalofrío por toda la espalda. Durante sus estudios de psicología en la facultad, había investigado mucho sobre la personalidad humana. Sabía de primera mano que cuando una persona había experimentado una situación estresante y otra persona, en este caso ella, se mostraba voluntaria para escuchar lo que había sucedido, aunque fuera en orden cronológico, como habían pedido a José, esa persona en algún momento del relato revelaría detalles futuros sobre un evento relevante posterior. Esto significaba que José le habría contado sin reservas lo ocurrido con aquella puerta y lo que había tras ella, en su futura historia; ya que era algo inusual, fuera de lo común tanto para el resto de personas como para él, y la necesidad de compartirlo con ella le habría aliviado de alguna manera. Pero no, José quería guardar ese detalle para más adelante, para cuando llegara el momento de

contarlo. Algo no encajaba como debería, pero María no podía hacer más que oír y documentar todo lo que salía de su boca. Decidió seguir escuchándolo sin profundizar más en el asunto, pero a partir de ese momento, prestaría aún más atención a esos detalles.

—Entonces continuaré contándole. Poco antes de las siete de la tarde, me convencí de centrarme en lo que iba a suceder a continuación, la fiesta, y dejar de lado mis preocupaciones anteriores y el desconcierto de Ura. Una vez abajo, comencé a ver a personas desconocidas para mí, a excepción de la pareja que vivía al lado de la casa, donde la mujer embarazada. Ambos me abrazaron, lo cual me desconcertó un poco, pero aparentemente era una costumbre, todos se abrazaban al encontrarse, algo que no había presenciado en mucho tiempo.

—*Me alegra volver a verte y saber que estás bien.* —me dijo él con una sonrisa amplia.

—*Yo también. Me alegra veros de nuevo… al final he decidido quedarme aquí.* —no sabía qué más decirles.

—*Cualquier cosa que necesites, estamos aquí al lado, José.* —eran una pareja encantadora, la verdad. Entraron al salón y fueron a hablar con otros invitados que ya estaban en la casa. La puerta de la vivienda estaba abierta y no dejaban de llegar vecinos de los alrededores, vestidos con “elegantes” trajes de tela de saco, llevando consigo comida para compartir. Rubén estaba en la puerta controlando el acceso a la casa, y Dolores, que ejercía de anfitriona del festejo, los invitaba a pasar al amplio salón comedor. En cuanto me vio, después de hablar con los vecinos del antiguo terreno de mi amigo Raúl, me invitó a entrar, con una sonrisa amplia. Noté que se alegró mucho al verme, pero en ese momento estaba ocupada atendiendo al resto de invitados. Una vez que todos estuvimos dentro del salón, brindamos por mi llegada y por "Na". Héctor y Rosa no dejaban de servir constantemente a todos los invitados, quienes charlaban, reían, bebían y comían despreocupadamente. Era reconfortante ver a la gente reunida, sin más preocupación que asegurarse de que su copa de vino estuviera llena. Lo pasé estupendamente, la verdad. Esas personas eran felices y lo tenían todo, abundante comida, seguridad y una comunidad donde refugiarse… sin importarme demasiado que hubieran creado una especie de secta, dedicada a una especie de diosa que les proporcionaba protección gracias a su conexión con la naturaleza, de ahí el nombre "Na". No se complicaron mucho con las siglas, algo que me explicaron las jóvenes Lucía y Teresa, que estaban sentadas junto a mí en la cena. Me

revelaron que era una creencia mística, surgida del pensamiento de las personas que poco a poco fueron formando esa comunidad tras el desastre de la guerra. Esas gentes, desprovistas de todo, descubrieron que sobrevivían gracias a lo que la tierra y la naturaleza les proporcionaban. ¿Y cómo crear una comunidad en constante crecimiento, que colabore en esta gran idea de utilizar la naturaleza como medio de sustento, y evitar que alguien se desvíe del camino? Pues estableciendo leyes o normas, y si es con un misticismo divino, donde podrían ser castigados con sequías o cosechas perdidas, mejor. Me pareció bastante razonable que algunos jóvenes, sin nada que perder, creyeran en ello una vez que les ofrecían una pequeña esperanza. Pero lo que me sorprendió fue el viejo Matías, sentado a mi lado, que finalmente dejó de lado su carácter amargo y también alabó esa nueva religión. ¿Cómo un hombre tan adulto pudo acogerse a un culto reciente? Supuse que el motivo era la desesperación. Decía que, si no fuera por "Na", ninguno de nosotros estaría allí. Que eran los elegidos por la Naturaleza para prosperar y cambiar el mundo. Toda esa gente creía en esa nueva fe. Y dado que nuestra nueva realidad estaba patas arriba y esa gente parecía tan feliz… ¿Por qué no unirme a ellos? Así que dejé de cuestionar su forma de pensar y, aunque no creyera en nada en particular, decidí formar parte de esa comunidad que me había acogido con los brazos abiertos, con la única condición de ayudarles a prosperar.

—Suena maravilloso en estos tiempos turbulentos, la verdad… Me mencionó a su amigo Raúl, ¿No iba a estar fuera un par de días? ¿Aún no había llegado? —preguntó María con curiosidad.

—Permítame contarle. Después de la cena, mientras la gente disfrutaba de las bebidas y el ambiente en la sala de juegos, me senté en la banqueta y apareció Dolores, trayendo consigo un par de vasos.

—Me he enterado de que a alguien le encanta la ginebra, y no pude resistir la tentación de abrir esta botella que tenía guardada bajo llave para una ocasión especial. —se sentó a mi lado y me entregó el vaso. *—En realidad, utilizamos la excusa de agradecer a nuestra divinidad por lo que nos brinda, pero en realidad, organicé todo esto por ti, para que te sientas más cómodo y decidieras quedarte. ¿Qué te parece?* —me preguntó con gran curiosidad, mientras se acomodaba un mechón de pelo que le molestaba.

—Sois personas maravillosas, pero yo soy un nómada, no puedo quedarme mucho tiempo en un solo lugar. —le respondí con seriedad, pero al notar su preocupación, reculé rápidamente. *—Es una broma, me encanta estar aquí. Me fascina lo que habéis creado de la nada.*

Admiro vuestra autosuficiencia, el esfuerzo que ponéis, el espíritu, la felicidad y el apoyo comunitario. Es realmente sorprendente, pero creo que tú eres el corazón de todo esto… eres increíble. —las palabras salieron sin pensarlo y noté cómo comenzaba a ruborizarse.

—Venga ya… soy como todos aquí, una más, pero intento darlo todo para que salgamos adelante. Y ahora, estando tú aquí… nos haces falta, y en tan solo un par de días ya se nota tu presencia y tu ayuda; tanto para ellos como para mí. Ya eres parte de nosotros. —me dijo mientras daba un gran trago a su vaso, lo que provocó que tosiera debido al alcohol.

—Bueno, otro que hace falta es Raúl. Tu hermano me contó cómo le salvó la vida. Creí que vendría en un par de días. ¿Dónde está? —le pregunté con gran curiosidad.

—Rubén tiene el sistema de radio abajo. Intenté comunicarme con él y me dijo que se retrasaría un poco más. Tienen mucho trabajo, ¿sabes? Todavía hay muchas áreas y focos que limpiar, donde se acumulan esas máquinas. Y la verdad es que sí, hace falta… todos lo admiran. —no logré interpretar completamente su respuesta. Me habló con seriedad y una mirada perdida. Supongo que en ese momento quería desconectar de la ausencia de mi amigo, y mi pregunta la fastidió un poco. Pero segundos más tarde, metió su mano por el cuello del blusón ceremonial y del sujetador, o eso creo, sacó un par de canutos y una caja de cerillas. Su expresión cambió de inmediato, y la mía aún más si cabe.

—Es del huerto de Navarro, la mejor yerba de la zona. Es reserva especial, para momentos especiales. No solemos fumarla, pero en ocasiones como esta, ¿por qué no hacer una excepción? —fumamos y bebimos bastante. No volví a mencionar a Raúl, sabía que llegaría pronto y no quería que se sintiera incómoda nuevamente. Noté que nuestra relación avanzaba, aunque no sabía hacia dónde, era evidente que ella sabía que me atraía y me gustaba, y yo empezaba a suponer que yo a ella también. Me parecía una persona especial en todos los sentidos. Conectamos desde el primer momento, era inteligente, hermosa, encantadora, animada… y no quería arruinarlo apresurándome a declararme y arriesgarme a perder la confianza que estábamos construyendo poco a poco. Horas después, muchos de los vecinos se habían ido, pero aún quedaban unos cuantos en la sala de juegos. Continuamos nuestra fiesta privada en el jardín trasero, sentados en el césped, cerca de las luces de la piscina que teníamos al lado. Dolores y yo no éramos conscientes de lo tarde que era; seguimos bebiendo y charlando animadamente, hasta el punto de comenzar a juguetear el

uno con el otro. Y donde antes había una distancia razonable entre dos personas que se están conociendo, ahora disfrutábamos de acercamientos intermitentes, de abrazos, golpecitos amistosos o arrumacos, siempre en un ambiente lleno de risas y alegría.

—*Creo que la señora Jacinta, de vez en cuando, anima a Matías; algunas veces el viejo baja a desayunar y tiene un poco de carmín en el cuello. Nadie dice nada, pero todos lo pensamos.* —me dijo en voz baja y entre risas.

—*¿De verdad? Tiene cierto atractivo añejo que resulta irresistible. Incluso he pensado en enviarle señales para saber si siente lo mismo por mí.* —comencé a hacer el tonto, poniendo morritos y guiñando los ojos. Dolores se partía de risa, y yo también. Nos estábamos divirtiendo muchísimo. Nos dio mucho juego bromear sobre los dos ancianos de la casa, para qué engañarnos. Después profundizamos en las dos parejas actuales de la casa: Héctor y Rosa, inseparables, y tan buenas personas que resultaba difícil entender cómo podían soportar el estrés diario de la cocina, siempre con esa gran sonrisa que los caracterizaba. Dolores me contó que habían pasado por mucho sufrimiento en el pasado, pero desde que llegaron aquí, sus penas se transformaron en alegría, que compartían sin esperar nada a cambio. Puedo dar fe de ello. Y luego están las jóvenes Teresa y Lucía, también hechas la una para la otra, aunque Lucía disimulaba sus celos hacia bebé de Teresa, gastando bromas constantemente. Pero a pesar de eso se quieren, y Dolores apostaba a que ese bebé era querido por ambas, y sin duda, se convirtió en un niño muy querido por todos en la casa. La conversación derivó hacia experiencias pasadas, amores ya enterrados que quedaron prácticamente en el olvido, y de cómo nuestros gustos se volvían aún más refinados a medida que pasaban los años.

—*Siendo sincera, con el tiempo me he dado cuenta de que me interesa más, en principio, un hombre por cómo es en su interior antes que por su físico. No me malinterpretes, también tengo estándares cuando se trata de atractivo masculino.* —sonrió y me hizo un guiño. —*Pero, cuando era joven, y no tan joven, la personalidad o la forma de ser no me importaba en absoluto; tenía todo el tiempo del mundo y podía permitirme perder el tiempo con estúpidos, engreídos y absurdos niñatos bonitos de telenovela. Pero ahora investigo profundamente a la persona que estoy conociendo, voy más allá de las apariencias, y si me cautiva y supera todas mis expectativas…* —se mordió el labio inferior. —*Y en cuanto al físico, se vuelve algo secundario. Quiero que las personas que me rodean, tanto en una relación como en mi vida en general, sean personas interesantes y vibrantes.* —se sinceró conmigo.

—Entonces, no sabes cómo decirme que soy más feo que un cactus pocho, pero que soy simpático y te resulto interesante, interiormente claro, ¿me equivoco? —le dije con un tono socarrón.

—¿Quién ha dicho que tú eres la persona de la que estamos hablando? Además, tú no eres así… —su expresión se volvió seria, lo cual me hizo sentir un vuelco en el corazón. Pensé que había cometido un error al lanzarle esa indirecta. *—tú superas mis expectativas y, además, eres atractivo, para nada un cactus pocho*. —en ese momento, mi corazón se detuvo, pero al instante sentí una oleada de adrenalina y mi corazón comenzó a latir con más fuerza. Sus mejillas se sonrojaron, sus ojos, divinos, se entrecerraron mientras me miraban fijamente, y sus labios se volvieron más voluminosos y carnosos. Sus manos, que descansaban sobre mis rodillas, se movían lentamente hacia mí. No soy una persona atrevida, en absoluto, pero incluso el más tonto podría interpretar las señales que me estaba enviando. Sin embargo, mi inseguridad de arruinarlo, con la que consideraba la mujer más perfecta del universo, me dejó inmóvil, tratando de encontrar palabras coherentes.

—Atractivo dices… si yo soy del montón. Tú, en cambio… —menos mal que fue ella quien dio el siguiente paso, porque sinceramente, hubiera seguido evitando el tema. Me besó con tanta pasión que sentí que me derretía. Sus manos recorrían mi espalda, mi cabeza, mientras las mías acariciaban su suave rostro y su melena. No sé si era el alcohol o la marihuana, pero mientras nuestros labios se deslizaban y nuestras lenguas jugaban entre sí, experimenté un placer que nunca había sentido, casi inhumano. Tal vez era la euforia de besarla a ella, mi adorada Dolores, o tal vez era el hecho de que había pasado años sin besar a una mujer con la que tuviera algún vínculo afectivo; pero ese beso fue insuperable, único. Si pudiera describirlo con palabras… ese contacto con sus labios me transportó a un lugar donde el placer, brotaba de una fuente, y yo bebía directamente de ella. Fue algo mágico, penetrante, relajante y sumamente sensitivo. Me hubiera gustado detener el tiempo y disfrutarlo hasta saciarme, aunque eso es algo bastante improbable, ya que, para mi desgracia, solo duró unos segundos. —María sonrió y anotó ese detalle en su portafolio. Le pareció increíble que, en solo dos días en la casa, José hubiera tenido la suerte de tener intimidad con dos mujeres. Esas visiones parecían darle un respiro de las experiencias que había vivido, y María se alegraba por ello. Estaba tan absorta en lo que le relataba, tan maravillada, que incluso dejó de pensar en lo que sucedía afuera, en sus compañeros, aquellos que aún podrían estar vivos y los que no, o en su inspector, Óscar, que había salido hacía un rato. No le importaba, estaba decidida a escuchar hasta el último

aliento de su espécimen y nada ni nadie podría impedirlo. Lo que estaba ocurriendo allí, en esa habitación, cambiaría la historia de la humanidad, y ella sería la principal protagonista.

—Estábamos disfrutando mucho los dos. Notaba cómo su respiración se aceleraba y se acercaba más a mí, pero los sueños, por muy hermosos que sean, siempre llegan a su fin. Dolores apartó sus manos y retrocedió. Sin mirarme a los ojos, se levantó y cuando intenté sujetarla del brazo, se soltó rápidamente.

—*¿Qué pasa? ¿He hecho algo mal?* —pregunté preocupado y con el corazón en un puño. No entendía su explosiva reacción.

—*No es culpa tuya. No deberíamos…* —pude ver cómo algunas lágrimas caían al césped mientras corría para entrar a la casa por la puerta trasera, la de la cocina. Me sentí como un idiota. No entendía nada y no había hecho nada malo, así que mi pasividad inicial se convirtió en enfado. Mantuve la mirada puesta en la puerta, esperando que volviera y me ofreciera una explicación lógica a lo que acababa de ocurrir, pero no volvió a salir. Me irrité bastante y decidí seguir bebiendo y fumando hierba en una tumbona plegable de color blanco, junto a la piscina. Fijé mi vista en el hermoso cielo nocturno. Era impresionante la cantidad de estrellas que se podían ver desde la huerta, especialmente ahora que el mundo ya no estaba plagado de luces que iluminaban la ciudad. Debía ser muy tarde, y al darme cuenta de que la botella estaba vacía, decidí ir a mi habitación y no buscar otra en la despensa; pero de reojo, pude ver algo oscuro moviéndose lentamente en el agua, dentro de la piscina. Recuerdo que salté de susto y caí al césped al retroceder.

—*¡Me cago en la puta! ¡Me has asustado, coño! ¿Cuánto tiempo llevas ahí?* —pregunté alterado.

—*Acabo de meterme en el agua. Vaya susto que te he dado, ¿te doy miedo o algo así?* —era la pequeña Ura. Se había metido en el agua tan sigilosamente que no me había dado cuenta de su presencia. Eso, o la combinación de sustancias estupefacientes habían adormecido mis sentidos.

—*Vas a coger hipotermia, ven, sal de ahí.* —le dije mientras me levantaba.

—*¿Por qué no entras tú? El agua no está tan fría como crees. El sol de hoy la ha calentado y se está muy bien.* —me animó a entrar mientras agitaba el brazo para que me acercara. Me sorprendió gratamente que me hablara tanto, ya que apenas me dirigía la palabra

desde que llegué.

—De acuerdo. Espero que nadie baje y nos descubra bañándonos en pelotas. —no dudé en mi decisión. Además, necesitaba despejarme después de la inexplicable huida de Dolores. Me deshice del blusón desagradable y me sumergí bajo la atenta mirada de la joven Ura. El agua no estaba lo suficientemente fría como para congelarse, y mi cuerpo se adaptó rápidamente. Estábamos cara a cara y ella empezó a indagar sobre mi pasado. Parecía que, a medida que ganaba confianza, se sentía más cómoda. Incluso llegó a reír, pero a su vez estaba alerta, como si nuestra presencia allí estuviera prohibida para ella. No dejaba de vigilar a su alrededor. Habló de sueños por cumplir, deseos perfectamente normales para una joven como ella. Romances como los de sus libros, viajes a lugares remotos, tiempos pasados…

—Por cierto, ¿qué libro era ese que estabas leyendo cuando llegué a la casa? ¿Era de fantasía? A mí me apasiona la fantasía. —le pregunté recordando el voluminoso tomo que sostenía cuando la vi por primera vez. No obtuve respuesta. De hecho, en ese momento desvió su mirada hacia la ventana de la habitación, la de la puerta con los extraños símbolos.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué miras allí? ¿Qué se supone que hay dentro de esa habitación? —le pregunté con gran curiosidad.

—No deberías acercarte a esa parte, de hecho, sería mejor que te fueras de aquí. Tú pareces más estable que los anteriores, y ella lo sabe. Tienes que… —se giró rápidamente y a través de la ventana se podía ver una tenue luz encendida. El rostro de Ura reflejaba un miedo absoluto, pánico. Pero cuando la luz se apagó, volvió hacia mí y su aspecto cambió radicalmente. Su boca dibujaba una sonrisa traviesa y sus ojos, clavados en los míos, denotaban sensualidad.

—¿Qué me quieres decir, Ura? ¿Quién es ella y qué es lo que sabe? —no obtuve respuesta. Me tenía muy asustado, dado que sus palabras eran un extraño aviso para que huyera de la casa. Entonces, se abalanzó sobre mí intentando besarme. Yo estaba petrificado, sin entender su actitud en absoluto.

—Vamos a pasar un buen rato. —me dijo entre besos y mordiscos en el cuello.

—¿¡Qué estás haciendo, Ura!? —no respondía, seguía intentando besarme, mientras me agarraba y arañaba. Se sumergió en el agua y agarró mi miembro para intentar hacerme una felación.

Coloqué mi pie entre su cuello y hombro y la empujé. Nadé rápidamente hasta salir por el lateral de la piscina, donde estaban mis pertenencias. Por precaución, agarré la botella por si su actitud se volvía agresiva. Sin embargo, mi torpeza hizo que se me resbalara de la mano, dejando todo lleno de cristales.

—*¡Quiero que pares, maldita sea!* —grité al volverme hacia la piscina. Pero Ura, que hacía tan solo unos instantes intentaba a la fuerza mantener relaciones sexuales conmigo, flotaba boca abajo en el agua, con una daga clavada en la espalda. La joven convulsionaba mientras la mancha de sangre sobre el agua se hacía cada vez más grande. Me quedé en shock. No podía mover ni un músculo. Una de las piernas de Ura se agitaba de manera atroz hasta que finalmente, se detuvo. Estaba muerta. Fue la última imagen que se grabó en mi retina antes de desmayarme.

◆◆◆

Una vez más, la claridad le molestó al intentar abrir los ojos. La joven Susana se sentía aturdida y le llevó unos segundos comprender dónde se encontraba. Estaba nuevamente dentro de su deteriorado SEAT Ibiza. Recordó entonces lo sucedido en la puerta de la librería y miró por la ventanilla para darse cuenta, con disgusto, de que aún se encontraba en ese extraño pueblo. Las nubes bajas y la fina lluvia impedían ver más allá, al igual que la primera vez. Susana se sorprendió.

—¿En este maldito pueblo nunca deja de llover o qué? —se dijo a sí misma, dejando apoyada la cabeza contra el volante, desmotivada y aún aturdida. Al abrir la puerta, pudo ver estacionada a unos metros, la ranchera azul eléctrica.

—Maldición… esto no era una simple pesadilla… ¿Por qué estoy de nuevo en mi coche?, ¿quién me ha traído aquí? —se preguntaba mientras se llevaba las manos a la cara. Rebuscó dentro del vehículo, pero todo estaba tal como lo había dejado la última vez. Tras abandonar su viejo coche, recordó el dibujo que la niña dejó caer al suelo. Era consciente de haber fotografiado el folio, pero no el dibujo en sí, el de la familia, sino los símbolos garabateados de la otra cara. Buscó desesperadamente la instantánea, pero no estaba allí; debió de haberse caído cuando perdió el conocimiento, pensó. Fue en ese momento cuando llegó a la conclusión de que, al ver esos símbolos de la fotografía, pudo haber perdido la conciencia. Su escepticismo

hacia lo paranormal no la habría llevado a considerar eso, no obstante, ya no sabía en qué creer sobre ese lugar y lo que sucedía a su alrededor. Con miedo, cogió su mochila y salió del coche. Sus pasos eran lentos y silenciosos, mientras miraba de un lado a otro intentando distinguir las formas que las densas nubes le permitían ver. Observó que el preservativo seguía en la manecilla de la ranchera Mitsubishi de color azul, lo que indicaba que nadie lo había tocado. En ese momento, imaginó que la pareja de maniquíes, que parecía estar conversando, aparecería poco después, tras dejar atrás la ranchera. Siguió caminando y, a unos metros, pudo distinguir la furgoneta con el logo del mesón. Sin embargo, se quedó petrificada al darse cuenta de que no quedaba rastro de ninguno de los dos maniquíes.

—Seguro que ha sido el perturbado ese… puede que los haya guardado o que la policía le haya obligado a quitarlos… esto no es ni medio normal, desconcertar a la gente con esas cosas… —intentaba tranquilizarse y convencerse a sí misma de que era obra de Héctor, pero le era inevitable pensar que los había visto por todas partes: en el mesón, en la calle, en la librería e incluso en la televisión. Era imposible que un solo hombre hiciera algo así. Se quedó quieta un rato, inmóvil, reflexionando qué debía hacer. Barajó varias posibilidades: volver al coche, que no arrancaba, y esperar hasta que las nubes se disiparan; buscar la forma de avisar a las autoridades locales y pedir ayuda; o emprender de nuevo la búsqueda de la vivienda a la que pertenecía la llave. Descartó la idea de esperar en el coche a que dejara de llover; su intuición le decía que esas nubes bajas no tenían la más mínima intención de desaparecer.

—No puedo quedarme dentro del coche… le daría mil vueltas a la cabeza y me desesperaría. —murmuró en voz baja para sí misma. La opción de llamar a la policía parecía más viable, aunque el agente que vio en la televisión, detrás de la reportera, también era un maniquí. Aun así, si encontraba un teléfono, llamaría a la comisaría. Mantenía la esperanza de que hubiera un ser humano, con la autoridad suficiente, al otro lado del teléfono, alguien que pudiera comprender su situación, brindarle ayuda y tranquilidad. No buscaba un príncipe azul que la rescatara de aquel lugar, simplemente anhelaba que alguien cuerdo pudiera comprender, al menos, la situación en la que se encontraba. Y si fallaba la opción de hallar ayuda, su última alternativa era encontrar al dueño o, al menos, la casa a la que pertenecía la llave. Algo le decía que todas sus dudas se disiparían una vez encontrara esa vivienda. No creía en destinos ni encuentros fortuitos, pero esa llave estaba en su poder por alguna razón extraña que necesitaba comprender.

—Está bien, mataré dos pájaros de un tiro. Entraré allí, llamaré a la policía desde el teléfono de ese individuo, para que me ayuden, o me saquen de aquí; así podrán decirme o llevarme a descubrir por qué tengo yo esta maldita llave. —se convenció a sí misma y se armó de valor, por lo que dio un paso adelante, con miedo, pero decidida a poner fin a su espera por un milagro.

Los maniquíes de los chavales jugando al futbolín ahora estaban sentados, simulando que jugaban con canicas en el suelo. No se detuvo, aunque un fuerte escalofrío recorrió su espalda, haciendo que todo su cuerpo se estremeciera. Una vez dentro, observó cómo había cambiado la disposición y el número de maniquíes. Había algunos menos y esta vez tenían en sus mesas tazas de café, tostadas y zumos, que contrastaban con los snacks y las bebidas alcohólicas que había visto la primera vez que entró al mesón. Con la bandeja bajo el brazo y charlando animadamente con una clienta de plástico, Héctor parecía tomarse muy en serio el satisfacer a los inertes clientes. Susana, algo alterada, escudriñó toda la zona de la barra en busca de un teléfono fijo.

—¡Ey! Chica, me alegra muchísimo volverte a ver. —le dijo Héctor entusiasmándose al verla de nuevo.

—Amigo, será rápido. Dime dónde tienes el teléfono para llamar a la policía y te dejaré en paz con tus asuntos. —le dijo Susana, quien buscaba el aparato por el interior de la barra, sin siquiera pedirle permiso a Héctor.

—Está junto a la caja registradora; por poco te lo comes. —terminó soltando una simpática carcajada. —Veo que sigues por aquí, supongo que estás disfrutando de las fiestas del pueblo. —dedujo el corpulento hombre, que dejó la bandeja en la barra y se acercó a Susana.

—¡No te acerques a mí! Quédate donde estás… —le amenazó con el bate que él le había permitido llevarse. —Perdona, pero estoy desesperada. Déjame llamar y me iré, ¿de acuerdo? —dijo bajando el tono de su voz al ver que Héctor se extrañó por su reacción. Susana comprendía que, por más desquiciada que estuviera, él no le había hecho ningún mal, al contrario, pero estaba más asustada que un gatito acorralado por una jauría de perros callejeros.

—De acuerdo, me quedaré aquí. El teléfono está justo al lado del calendario, junto al listín telefónico. —le explicó calmadamente mientras le señalaba dónde tenía el folio con los números escritos a

bolígrafo. Susana lo descolgó y marcó el número en el aparato. Seguidamente, se escuchó el tono de llamada. Nadie respondió. Colgó y volvió a marcar para escuchar nuevamente el tono de llamada, pero tras cinco timbrazos, la llamada se cortó. Después de más de veinte intentos, se rindió y colgó con fuerza; dejó caer su cabeza sobre su mochila, que reposaba sobre la barra.

—Chica, tal vez estén muy ocupados. Es un pueblo grande y con las fiestas tienen mucho trabajo. ¿Te gustaría que te preparara algo? Yo invito, no te preocupes. —le dijo Héctor mientras entraba a la barra y comenzaba a prepararle un café en la enorme máquina de expreso. Susana soltó una risa discreta para evitar que Héctor la escuchara, sin comprender su aparente indiferencia ante lo que para ella era un grave problema.

—Qué casualidad… ¿Por qué me pasa esto a mí? —se preguntó retóricamente mientras alzaba la mirada y dejaba escapar un suspiro de desaliento. De pronto, en la televisión, volvió a aparecer la reportera interrumpiendo bruscamente al inerte grupo musical que estaba tocando una mezcla de jazz y folk. Esta vez, la reportera tenía un aspecto un tanto desaliñado, con la chaqueta un poco sucia, el cabello alborotado y el maquillaje algo desdibujado; a Susana le dio la impresión de que había estado trabajando durante muchas horas o llorando desconsoladamente, con la mala fortuna de tener que salir en directo, sin tiempo para arreglarse antes de salir a escena.

—*"…el animal volvió a atacar anoche en pleno centro de Valdepésol a dos personas que se encuentran en estado leve, con mordeduras y rasguños, mientras disfrutaban de las fiestas anuales de la localidad. El perro no pudo ser capturado y sigue siendo buscado por las autoridades pertinentes…"* —redactaba la reportera con cierta expresión de preocupación, lo cual también desconcertó a Susana, quien pensaba que los reporteros y presentadores de noticiarios debían ser imparciales frente a una buena o mala noticia. Pero lo que captó aún más su atención no fue su aspecto descuidado, ni los maniquíes detrás de ella, o el hecho de que el animal hubiera vuelto a atacar, no, lo que hizo que Susana sintiera un mal generalizado, repentino, fue que hubiera dicho "anoche".

—Maldito perro, está causando estragos… iba a decirte que por qué no me devolvías el bate, pero viendo la situación, prefiero que te lo quedes. Me sentiré mejor si lo llevas contigo. No podría perdonarme si te atacara y, por mi egoísmo, no pudieras defenderte. Ya me compraré otro. —le dijo Héctor con preocupación. Susana permanecía inmóvil, con la mirada fija en la pantalla.

—Ha dicho… ¿Anoche? – preguntó sin siquiera mirar a Héctor.

—Sí. Anteayer por la noche atacó a una niña, quien aún se encuentra ingresada en el hospital, y anoche a las dos personas que acaba de mencionar. —le respondió Héctor, un tanto sorprendido por la pregunta de Susana.

—Entonces me desmayé y hoy es un nuevo día… ¡Me cago en la puta!, tengo que irme y encontrar de una vez esa dirección. No tengo más pistas que esa. —se dijo a sí misma Susana mientras cogía su mochila y el bate.

—¿Te vas ya? ¿No vas a tomarte el café? – le preguntó Héctor, desconcertado. Susana se dio la vuelta y se bebió el café de un solo sorbo.

—Estaba delicioso, en serio. Gracias. —le dijo rápidamente antes de marcharse por la puerta. Sin perder más tiempo e intentando no pensar en los maniquíes, que emergían entre la densa niebla, Susana volvió sobre sus pasos hasta encontrarse nuevamente con la librería. En la acera, frente a la cristalera, ya no se encontraba el dibujo que había dejado caer la pálida niña. No le sorprendió, podría haberlo recogido nuevamente o haber sido llevado por el viento. De todas maneras, con la fina lluvia, los colores se habrían desvanecido y sería solo un papel mojado. Volvió a entrar en el local y observó un par de periódicos, y como temía, había transcurrido un día más. Era el 29 de noviembre de 2006.

—¿Quién se encargaría de cambiar la prensa diariamente en este pueblo abandonado? ¿Sería Héctor? ¿La supuesta reportera? —se preguntó a sí misma, consciente de que no obtendría ninguna respuesta. Decidió abandonar el establecimiento sin la intención de buscar a la maniquí dependienta que había avistado el día anterior, tras el mostrador. Tal vez estuviera en la trastienda de la librería, pero no tenía ninguna razón para investigar allí, así que descartó esa idea de inmediato. Le bastaba con saber que era un nuevo día y que debía aprovecharlo para encontrar la dirección que venía escrita en el sobre. Con la ayuda del mapa, se orientó hacia el centro del pueblo con la intención de encontrar a alguien o, al menos, adquirir algo para saciar su apetito, ya que el hambre comenzaba a afectarle. Podría haber degustado una comida en el mesón, y seguramente Héctor se la habría preparado con gusto, pero no confiaba demasiado en la cordura de ese hombre, por muy buenas que fueran sus intenciones. También tenía un par de latas de conserva, las cuales prefería reservar en caso de que

las necesitara más adelante, en una situación de extrema urgencia. Deseaba guardarlas para un momento en que fueran imperativamente necesarias. Mientras caminaba sin cesar, se encontró con numerosos maniquíes, muchos de ellos llevaban mochilas, bolsos, cestas o riñoneras que Susana escudriñaba en busca de algún objeto de valor. Sin embargo, aparte de sus ropajes, no encontró nada útil. Después de aproximadamente 20 minutos desde que salió de la librería, pudo divisar las luces del letrero de grandes dimensiones de un supermercado. Era una reconocida cadena de alimentación que Susana había visitado en incontables ocasiones en su lugar de residencia. Para su sorpresa, el supermercado estaba abierto. Las puertas automáticas se abrieron sin problemas y tanto las luces como la música ambiental funcionaban perfectamente, aunque no pudo ver a ninguna persona real a simple vista. Sin pensarlo dos veces, Susana empezó a recorrer los pasillos. Necesitaba abastecerse de diversos víveres, ya que no sabía cuándo volvería a su hogar.

—Con solo un par de latas no me alcanza… —murmuró para sí misma, cogiendo varias latas de conserva. Durante ese tiempo, dentro del supermercado, disfrutó de la visita y decidió desconectar un poco de la realidad. Tanto fue así que bromeaba con los maniquíes que encontraba por los pasillos y utilizaba el carro como patinete para deslizarse por todo el centro. En resumen, Susana era una joven muy traviesa por naturaleza. Agarró varios paquetes de embutido, pan de molde y más latas de conserva de las que necesitaría. Llenó su botella metálica con agua y bebió un refresco "Dr. Pepper", y para acompañarlo, unos "Cheetos Pelotazos", mientras ojeaba la revista "Muy Interesante". Susana era curiosa, le encantaba adquirir nuevos conocimientos y leer artículos que especulaban sobre el futuro de la humanidad en centenares de años, o cómo sería físicamente un alienígena de Alpha Centauri. Estaba absorta en la lectura, comiendo a puñados los Pelotazos, algo que normalmente no hacía, ya que solía mantener una dieta saludable, pero esa situación no era una cualquiera, por desgracia para ella. De repente, escuchó el sonido de una lata cayendo al suelo en uno de los pasillos cercanos. Inmediatamente, se puso en alerta e inspeccionó su entorno con la mirada.

—Probablemente, algo se cayó al colocarlo incorrectamente, al devolverlo a su lugar. No tiene importancia. —comentó encogiéndose de hombros, volviendo a sumergirse en su lectura. No pasó ni un minuto cuando otro objeto cayó al suelo, atrayendo su atención. Esta vez, observó cómo una lata de tomate frito rodaba hasta el pasillo principal. Susana se levantó de un salto, dejando caer la revista y los Cheetos. Agarró fuertemente su bate, pero los

temblores y los nervios, dificultaron su agarre. El miedo se apoderó de ella, dejándola inmovilizada. Tras el ruido, apareció una mujer que caminaba con un andador, y torpemente se agachó para recoger la lata de tomate. Susana se quedó perpleja al ver a una persona real en ese pueblo enloquecido, aparte de Héctor, la fugaz niña, y la reportera. Se tranquilizó lo suficiente como para dejar de temblar. Bajó el bate y caminó hacia ella, pensando que podría asustarla si se acercaba deprisa.

—Disculpe, no se alarme, soy Susana. Estoy buscando ayuda… —se detuvo a unos diez metros de ella y mantuvo una distancia prudente. No confiaba del todo en las apariencias de la gente, una cautela que había adquirido tras llevarse innumerables decepciones con los funcionarios de asuntos sociales y las familias de acogida, quienes siempre le prometían un hogar idílico o una vida como la de cualquier otro niño, algo que nunca llegó a ocurrir. En ese momento, recordó a la única persona que la había tratado con humanidad. Era una amable anciana que regentaba un puesto de bocadillos, cerca de un instituto. Gracias a ella, Susana había aprendido a protegerse de los ataques y falsas promesas de la gente. Aprendió a esperar, todo el tiempo que hiciera falta, para ver aflorar la verdadera naturaleza de las personas antes de confiar en ellas. Antes de fallecer a causa de una neumonía derivada de una gripe, la anciana le había enseñado que la vida era dura y que solo ella misma podría lograr sus objetivos. Cualquier persona que se acercara con la intención de ayudarla sin esperar nada a cambio, lo hacía por algún interés oculto que, tarde o temprano, saldría a la luz.

—“*Por naturaleza, la gente es egoísta y solo busca su propio beneficio, a costa del sufrimiento ajeno*”. —repetía esas palabras con frecuencia. Susana comprendió que la buena mujer había tenido una vida muy difícil, pero había sabido sobrevivir a las adversidades. Lamentablemente, tenía razón en sus palabras y eso era innegable. Por ello, Susana siempre era cautelosa y desconfiada, hasta descubrir la verdadera intención de la otra persona.

—Disculpe, ¿me ha escuchado? ¿Hola? —preguntó Susana, desconcertada al ver que la ignoraba. La mujer no parecía tan mayor como para necesitar un andador, pero Susana supuso que debía de tener alguna enfermedad o haber sufrido algún accidente. Tenía las piernas muy delgadas y apenas apoyaba la punta de los pies en el suelo. Su piel, la poca que se veía entre las capas de ropa ajadas, al igual que su rostro y sus manos, estaba marcada por cicatrices, surcos y hendiduras. Susana supuso que eran cicatrices de quemaduras. Tal vez esa pobre mujer había sufrido la desgracia de vivir un incendio, y

esas marcas serían un recordatorio constante de aquel accidente, pensó, aunque fueron solo conjeturas. La mujer llevaba unas gafas de sol totalmente negras que ocultaban sus ojos, y en la cabeza, llevaba un gorro con orejeras. Murmuraba algo incoherente y señalaba los estantes sin cesar.

—Perdone, ¿necesita ayuda? —preguntó nuevamente Susana, con amabilidad, pero la mujer no contestó, solo continuó murmurando algo que la joven no podía entender. Susana se acercó un poco más para poder escucharla mejor.

—Necesitará comer. Quién sabe cuánto tiempo lleva sin probar bocado. Tengo que hacerle los macarrones como los hacía mamá. Le encantaban esos macarrones… ¡Ah! El orégano, tengo que conseguirlo. No puedo retrasarme más, no quiero que se entristezca al ver que no hay macarrones para comer. —decía para sí misma la mujer discapacitada, apenas manteniéndose en pie.

—¿Quiere que le traiga el orégano? No se preocupe, lo he visto antes, voy por él. —Susana corrió y cuando encontró la especia, regresó para entregársela. —Aquí lo tiene, orégano. —la mujer lo cogió rápidamente, arañando la mano de Susana con sus largas y estropeadas uñas. —¡Por Dios! —exclamó Susana. Observó cómo la mujer continuaba con su monólogo y buscaba con ansia más productos en las estanterías. —Ni siquiera un "lo siento" o un "gracias por el orégano"… qué desagradable gente vive en este pueblo de mierda. —Susana, enfadada, se dio la vuelta para recuperar su mochila y marcharse, pero la mujer la sujetó del brazo. A Susana se le encogió el corazón.

—Dije que necesita comer algo. Quién sabe cuánto tiempo ha estado allí, solo y sin probar bocado. Tú vendrás conmigo y me ayudarás. —le dijo con determinación la mujer, tirando de Susana hacia ella. Se sorprendió mucho al ver la fuerza que tenía, a pesar de parecer más frágil que una rama delgada.

—¡Suéltame, por favor! No voy a ir a ningún sitio con usted. —dijo Susana, soltándose de su agarre. —Esto es una locura, no puedo creer lo que está pasando. —añadió mientras se alejaba de la mujer.

—¡Escúchame! No sé con qué intención lo hace, pero te muestra lo que más anhelas y luego te lo arrebata. Pero ellos están ahí, esperándonos, somos su última esperanza. —le dijo en tono alto para asegurarse de que la escuchara.

—Lo que tú digas… estás fuera de tus cabales. —le hizo una señal obscena sin siquiera darse la vuelta para ver su reacción.

De repente, se escuchó un estruendo ensordecedor y cientos de cristales volaron hacia Susana, quien instintivamente se tiró al suelo. Cuando abrió los ojos y el polvo se disipó, pudo ver un gran furgón estrellado contra un pilar del comercio. Si no fuera por ese pilar, Susana no estaría viva para contarlo.

Se levantó lentamente mientras caían al suelo los trozos de cristal que la cubrían. Miró hacia la cabina del furgón, pero no vio a nadie. Se acercó a la puerta del conductor, que ya estaba abierta, y se dispuso a entrar en la cabina cuando escuchó un fuerte chillido detrás de ella. Seguramente era la mujer desequilibrada, pensó.

Tenía razón; era la mujer del supermercado, tirada en el suelo, retorciéndose y arrojando una gran cantidad de sangre entre sus huesudas manos.

El responsable de su desgarro era una criatura de aspecto cuadrúpedo, mucho más alta que una persona, apoyando sus brazos en forma de cuchillas, enormes, en el suelo encerado. Tenía una forma humanoide, pero sus extremidades superiores eran más largas que sus piernas, similar a la morfología de un gorila. Sin embargo, a diferencia de los grandes simios, esta criatura tenía la piel en carne viva, con venas y arterias a la vista, como si le hubieran dado la vuelta a su piel. Lo más sorprendente era su cara, inexistente y con una forma cuadrada y abombada hacia delante, como si llevara una plancha metálica y curva, recubierta por una piel llena de tendones y venas. Además, en su piel se podían apreciar las formas de su ropa, la que vestía bajo su húmedo pellejo. Era apreciable en la parte de su dorso una superficie lisa que le llegaba hasta las rodillas, como si llevara un delantal, que formaba parte de su extraña dermis.

Susana dedujo rápidamente que esa criatura, que parecía salir del mismísimo infierno, no estaba en el supermercado para pasearse y comprar bollos. Aterrorizada y con la respiración entrecortada, se puso en marcha y corrió para escapar de allí.

Un alarido chirriante y metálico alertó a Susana de que la criatura había notado su presencia. No pasaron ni dos segundos después de su huida cuando sintió un fuerte golpe que la lanzó contra una estantería llena de productos que cayeron sobre ella. Desorientada por el golpe, intentó levantarse y localizar a su agresor, quien avanzaba hacia ella clavando sus enormes y puntiagudas cuchillas en

el suelo.

Se levantó de inmediato y le lanzó varios productos, pero no lograron detener su avance. Susana, desesperada, sabía que estaba en desventaja. Además de las cuchillas, esta criatura era mucho más rápida que ella, por eso avanzaba lentamente, consciente de que la joven no tenía oportunidad de escapar.

Susana miró a su alrededor, buscando desesperadamente algo que pudiera ayudarla a defenderse y evitar una muerte casi segura. Sabía que su bate no serviría de nada contra esas cuchillas, ya que un solo golpe lo cortaría como si fuera mantequilla, tal como estaba haciendo con los objetos que le lanzaba.

Aterrorizada, no dejaba de gritar e intentar evitar, inútilmente, que la criatura avanzara hacia ella. Poco a poco, Susana se acercaba al final del pasillo, donde se encontraría con la pared del fondo y ya no habría escapatoria. Temía un final similar al de la señora demente, que yacía en un charco de sangre en el pasillo contiguo.

Desesperada, cogió una gran caja de galletas y la lanzó, pero lamentablemente pasó por encima de la criatura y tropezó en la estantería de al lado, provocando que varios productos cayeran al suelo, causando un fuerte estruendo. La criatura se dio la vuelta hacia los objetos, y emitió repiqueteos repetitivos, como si un par de baquetas golpearan rápidamente un platillo de batería. Fue en ese momento cuando Susana comprendió que esta criatura podía percibir su entorno en modo tridimensional, gracias al envío de ráfagas de sonido, que rebotaban en los objetos y eran captadas por una especie de antena parabólica, su cabeza.

—Es como un murciélago… debo distraerlo y escapar de aquí… o mejor aún, eliminarlo si no quiero que me persiga hasta que me mate. —susurró Susana con un atisbo de esperanza, mientras buscaba más objetos para lanzarle. La joven arrojaba todo lo que encontraba en el suelo, procurando que cayera lejos, ya sea en los estantes o directamente sobre la criatura, con el objetivo de mantenerla entretenida. El engendro respondía con ráfagas de sonido más intensas y rápidas, tratando de localizar el origen de los objetos al chocar. No dejaba de moverse y agitar sus imponentes cuchillas, intentando interceptar todo lo que Susana lanzaba. La cantidad de objetos en el aire y los estruendos terminaron por desorientarlo, haciendo que chocara contra un carrito de compra, cerca de un estante, resbalando y cayendo de bruces al suelo. Susana aprovechó

esa oportunidad y corrió hacia el pasillo de utensilios de jardín. Desesperadamente, buscó combustible para barbacoas y tuvo la suerte de encontrar una garrafa de 5 litros junto a las cajas de cerillas. En ese momento, pensó que aquel que había colocado esas dos cosas juntas merecía ser reconocido como "Genio del Año". Su instinto le instó a agarrar rápidamente ambas cosas y encontrar un lugar seguro y elevado desde donde atacar. Y qué mejor lugar que el mismo estante donde había encontrado la garrafa, ya que no tenía tiempo para buscar otro lugar. Una vez arriba, comenzó a derramar el líquido inflamable en el pasillo contiguo, y mientras lo hacía, pudo observar cómo la horrenda criatura se acercaba hacia ella, atraída por el sonido del líquido cayendo sobre el suelo. Aún quedaba combustible en el bote cuando, desesperada por la proximidad de la criatura, Susana soltó la garrafa, que cayó sobre su extraña piel desnuda, bañándola de combustible. La criatura, que se encontraba justo debajo de Susana, intentó sin éxito alguno quitarse el combustible de su cuerpo. Como si la ira se apoderara del extraño ser, este levantó la cabeza y observó a la joven con su sonar, preparado para saltar sobre ella. Sin éxito, Susana intentó encender una cerilla tras otra, y sus temores se hicieron realidad; la criatura cogió impulso y saltó justo en el instante en que ella encendió la cerilla. Se abalanzó enérgicamente sobre ella, con las cuchillas en alto, y Susana, presa del pánico, cayó hacia atrás, precipitándose al suelo, no sin antes soltar la cerilla, que instantáneamente prendió una enorme llamarada que envolvió a la criatura. Cayó justo al lado de Susana, quien se retorcía de dolor por la caída. La criatura emitía sonidos diferentes a los anteriores, más agudos y prolongados; eran gemidos agonizantes que se clavaban en la cabeza de Susana. La inferna criatura se retorcía desesperadamente, intentando liberarse de su manto de fuego, pero el combustible sobre ella solo avivaba aún más las llamas. Afectada por la fuerte caída, Susana se levantó agarrándose a una gran cesta metálica, llena de productos de jardín en oferta. Había varios utensilios y herramientas de camping, jardín y exteriores, incluyendo un hacha para cortar madera. La cogió y, sin pensarlo dos veces, dio dos fuertes golpes con toda su fuerza, destrozando a la criatura. Los tajos eran tan profundos que en pocos segundos dejó de moverse.

—¡Que te den, hijo de perra! ¡Monstruo de los cojones, que te den! – exclamó soltando el hacha y arrodillándose en el suelo, donde comenzó a llorar desconsoladamente. El cóctel de emociones que había reprimido para enfrentarse al engendro salió a la luz. Su llanto imploraba desesperadamente ayuda. No podía comprender todo lo que estaba sucediendo y no lograba entender cuál era el propósito de su desdicha. Después de un largo rato entre lágrimas, intentó

convencerse de que no era una buena idea bajar la guardia en un lugar que, poco a poco, se volvía más inhóspito. Una vez recuperada la compostura, Susana se acercó al cadáver de la señora a quien había conocido momentos antes, con la mínima esperanza de que aún estuviera con vida. Pero, como era de esperar, la mujer degollada yacía sobre un charco de sangre que brotaba de su garganta. Registró sus pertenencias y ropa, encontrando solo una fotografía. Era de un niño pequeño. Susana dedujo que debía ser su hermano, el chico de los macarrones.

—"Te muestra lo que más anhelas y luego te lo arrebata", reflexionó para sí misma. Colocó la foto sobre ella y volvió donde la criatura desmembrada, para observar detenidamente cómo se consumía en llamas. En ese instante, la joven echó una fotografía con su cámara Polaroid.

—Parece poseer características humanas… como si hubiera sufrido una mutación hacia esto. Cuchillas en lugar de brazos y una pantalla como rostro… —se acercó para examinarlo con mayor detenimiento. —Parece llevar algo similar a un delantal, pero forma parte de su piel, y ¿botas? No puedo distinguirlo con claridad, pero bajo esa piel chamuscada, puedo percibir la presencia de prendas de vestir. Es como una figura única, similar a los soldaditos de plástico, que representan a un hombre vestido con ropa militar y un fusil, pero hechos de una sola pieza, con un molde. Ese ser es una amalgama entre lo humano y algo más, con las formas de la indumentaria que lleva, pero todo cubierto por una piel viscosa. —Susana temblaba, aterrada por todo lo que estaba experimentando, pero se obligaba automáticamente a pensar en su supervivencia. Debía continuar y escapar de aquel maldito lugar. Del lado de la chamuscada criatura, Susana cogió el hacha con la que había terminado con la vida de la criatura. Antes de marcharse, pudo observar con sorpresa, que desde el interior de esa aberración salió despedida una tarjeta magnética. Susana la recogió y pudo distinguir, a duras penas, debido al desgaste, la fotografía de un empleado de una empresa. Estaba tan deteriorada que no podía descifrar de qué empresa se trataba ni la identidad de la persona retratada.

—"…dro Ram… … con --- Op… char…" —era lo poco legible que se podía leer. Aun así, Susana intuyó que debía tratarse de la tarjeta de algún trabajador de alguna empresa o fábrica. La duda que le asaltó fue si el dueño de la tarjeta era el ser que tenía frente a ella o si pertenecía a algún otro infortunado que se había cruzado con aquel demonio. La guardó en su cartera y, con el hacha en mano, decidió continuar su camino. Observó el furgón con la esperanza de encontrar

algo útil en su interior, pero la cabina estaba destrozada y comprimida como un acordeón, y la puerta trasera bloqueada por la plancha de descarga. No había manera de acceder a él. En uno de los laterales, el logotipo era el de un cerdo sonriente junto al nombre de la empresa en una tipografía peculiar.

—"El Torres, 65 años siendo uno más contigo" —logró leer. El fuerte olor a carne chamuscada del monstruo se intensificó y, con un dolor de cabeza agudo, Susana recordó vagamente unos paquetes de carne con el mismo logotipo, de unas manos grandes. Esa persona parecía ser un hombre. Se preguntó si podría tratarse de su padre, pero era imposible, ya que quedó huérfana cuando era muy pequeña, un bebé. Quizás era algún amigo de la facultad, aunque no podía recordarlo con claridad. Lo único que pudo evocar fue aquel fragmento, el momento en que alguien abría el envoltorio de la carne y se la entregaba a otra persona, quizás el mismo hombre, que colocaba la carne en la parrilla de la barbacoa. También recordó sus propios pies, calzando unas hermosas sandalias de cuero que no recordaba poseer, mientras pisaba el césped recién cortado. Susana soltó una risa.

—Por fin empiezo a recordar algo, pero… ¿Quién era ese individuo? Bueno, poco a poco. —dijo Susana. —Al unir las piezas del rompecabezas, deduzco que esa criatura vino con el furgón, y casualmente tenía una tarjeta que coincide con los colores del logo de la empresa cárnica. Por lo tanto, pertenece a la misma compañía. Y ese logo me ha llevado a recordar algo… ¿Será relevante o simplemente una coincidencia? Quizás la empresa sea grande, una nacional o multinacional, recuerdo haber visto productos de esa marca en otros lugares, en Madrid o en Toledo… no estoy segura… Joder, no dejo de pensar en las palabras de esa loca… "Te muestra lo que más anhelas y luego te lo arrebata"… —extrajo el mapa de la mochila y comprobó que, a escasas manzanas de su ubicación, había varios puntos remarcados que indicaban localizaciones importantes de la localidad, entre ellos un icono de una fábrica, la empresa cárnica con el nombre "El Torres". Se encontraba en dirección al centro del pueblo, en un polígono industrial. —Está demasiado cerca como para dejar pasar esta oportunidad. Al fin y al cabo, no tengo muchos planes y esta tarjeta VIP podría revelarme algo importante. —Decidida, con el hacha en mano, salió del supermercado. El crepúsculo anunciaba la proximidad de la noche. Susana extrajo la linterna de su mochila antes de que la oscuridad la sorprendiera.

—Es imposible… ¿Cómo puede ser prácticamente de noche? Si no habrá pasado ni una hora… —se dijo sorprendida al ver el

ocaso. —En fin, no puedo perder el tiempo. Creo que podré llegar antes de que caiga la noche. —afirmó mientras emprendía el camino hacia el matadero. Las densas nubes bajas impedían que la luz de las farolas se expandiera, convirtiéndolas en grandes y estáticos orbes brillantes. De esas farolas colgaban hilos de luces festivas, que al menos podrían servirle para orientarse un poco. Sin embargo, un solo error la dejaría perdida en cualquiera de las estrechas callejuelas del polígono, y en la noche cerrada, ni la linterna más potente del mundo le sería de ayuda. Debía apresurarse.

9 – Melodías bajo el cielo gris

El doctor Fernández hizo un gesto discreto hacia su compañera Pilar, quien en ese momento supervisaba la administración de suero a José. Pilar comprendió que necesitaba ausentarse y asintió en silencio. María observó cómo Ramón salía de la habitación, no dándole importancia, ya que Pilar estaba controlando el monitoreo y las constantes vitales de José. Ramón, quien había estado aguantando las ganas de orinar todo lo que su vejiga sexagenaria le permitía, ya no podía resistir más y desesperadamente buscó un lugar adecuado para vaciarla. En susurros, consultó discretamente a un compañero para evitar que los demás, quienes descaradamente observaban a Ramón en busca de información sobre su supuesto próximo rescate, descubrieran que solo buscaba un momento de intimidad para satisfacer sus necesidades personales. El técnico le indicó que estaban utilizando un cubo de plástico que tenían debajo del escritorio principal y que lo vaciaban cada vez que alguien lo utilizaba.

—¿Hay algún sitio mejor? Donde no me vea todo el mundo. —preguntó Ramón desesperado.

—Pues como todos, ocúltate detrás de esa estantería o algo parecido… entra si quieres al quirófano, que hay cortinas. Aunque creo que ha entrado el nuevo inspector, pero ya sabes, en una situación así es imposible encontrar mayor intimidad. —respondió con insolencia el hombre, como si le molestara que le hubiera preguntado a él y no a otra persona. Ramón no le dio más importancia, ya que entendía que todos estaban desesperados y no sabían qué más hacer. Además, ni siquiera llevaban sus escafandras, preocupándoles bien poco una posible contaminación atmosférica. Ramón no podía aguantar las ganas de orinar mucho más tiempo. Cogió rápidamente el cubo y se dirigió apresuradamente al quirófano. Una vez dentro, cerró la puerta con el pestillo y se dirigió rápidamente hacia el fondo para alejarse lo máximo posible de la puerta, y así evitar ser visto. Se quitó la escafandra, bajó la cremallera del traje protector y comenzó a orinar en el cubo. Ramón experimentó un inmenso alivio que lo llevó a relajarse y suspirar.

—Dios mío, menos mal… —dijo el doctor mientras inclinaba la cabeza hacia atrás, disfrutando del momento.

—Vaya cantidad, ¿no le parece, doctor? ¿Cuánto tiempo ha estado sin mear? —dijo una voz extraña que provenía de detrás de la

cortina plástica. Ramón se sorprendió tanto que meó fuera del cubo; rápidamente se subió el traje y retrocedió hasta chocar contra el lavabo.

—¿Quién es usted? ¿Eres tú, Óscar? —preguntó asustado, ya que no esperaba encontrar a alguien en el quirófano que no fuera el inspector, y esa voz, no le pareció la suya.

—Llevo un buen rato aquí, descansando. Esperando que algún alma caritativa viniera a ayudarme a levantarme… —Ramón no reconoció al hombre que estaba detrás de esa voz quebrada e inquietante. Nervioso, se acercó para apartar la cortina y ver de quién se trataba.

—Voy a ayudarte, tranquilo. —dijo el doctor para calmar al supuesto hombre.

—Doctor, por favor, no abra la cortina. ¡Váyase! —le avisó otra voz diferente, lo que hizo que Ramón se detuviera en seco. Esa voz sí le resultaba familiar, era la voz de Óscar. Pero entonces, ¿de quién era la otra voz?, se preguntó Ramón.

—Tranquilo, Óscar. No abriré la cortina. No sé quién está contigo ni qué ha sucedido, pero puedo ayudarlos, ¿quién está ahí?, ¿tú estás bien? —Ramón intentó mantener una actitud profesional. Tenía muchos años de experiencia en situaciones de emergencias médicas y psiquiátricas.

—Yo estoy muy tranquilo, doctor. Usted es quien no debería estarlo. —lentamente, la cortina se abrió y Ramón pudo advertir que era un apéndice blanco el que la movía.

—¿Qué demonios eres? —pudo vocalizar el doctor, que no apartaba la vista de lo poco que quedaba de Óscar, presa de un amasijo de vísceras, extremidades lisas y viscosas que emanaban de él. Ramón comenzó a temblar presa del pánico, observando el deforme y destrozado cuerpo del inspector.

Entonces, el doctor dirigió su mirada hacia la puerta y consideró que sería factible alcanzarla y salir antes de que esa entidad lo atacara. Sin embargo, sus esfuerzos resultaron inútiles. Un apéndice se aferró firmemente a su brazo y lo lanzó violentamente hacia el fondo de la habitación, provocando la caída de varios cajones y del cubo en el que había orinado minutos atrás.

—Le dije que se fuera, doctor. Ahora solo relájese. Si se

resiste, será peor para usted. Eso es, relájate, saco de mierda. —más extremidades alargadas lo agarraron, y dos de ellas se introdujeron por su garganta a la fuerza, pero debido a su gran tamaño, rompieron dientes y molares, desgarrándole también el esófago, provocándole una rápida pero atroz y salvaje muerte. Una vez en su interior, los largos apéndices lo abrieron en canal y llevaron sus dos mitades hacia el tórax de Óscar, que comenzó a digerirlo.

—No debería haber sucedido esto, no era mi intención… —lamentó Óscar mientras derramaba lágrimas y, con delicadeza, ayudaba a ensamblar las partes del cuerpo del doctor en su creciente y monstruosa criatura.



María comenzaba a notar que el paso de las horas empezaba a afectar a José. Respiraba con mayor agitación y dificultad.

—José, si en algún momento necesitas descansar, no dudes en decírmelo. —aunque en realidad deseaba que no llegara a ese punto. Si se agotaba, sería difícil animarlo nuevamente a hablar, pero tampoco quería obligarlo a permanecer despierto.

—No te preocupes, creo que puedo aguantar. Además, la historia se vuelve más interesante a partir de ahora. —explicó José, sonriendo.

—Me alegra escuchar eso. Continúa cuando estés listo. —dijo María, devolviéndole la sonrisa, aunque él no pudiera verla.

—Bueno, a la mañana siguiente me desperté muy agitado. No todas las noches uno se pilla una enorme cogorza, y luego ve cómo la chica con la que ha tenido relaciones sexuales es apuñalada hasta la muerte. Me vestí con las prendas que encontré por ahí tiradas y, con rapidez, me dirigí hacia la habitación de Ura. Sabía lo que había presenciado y nada ni nadie me haría cambiar de opinión: Ura había sido asesinada con una daga en la piscina. Desesperado, abrí la puerta de la habitación y allí estaba ella. Era la joven y pequeña chica que la noche anterior flotaba en el agua, desnuda y asesinada, poniéndose unas bragas mientras me miraba con poco asombro.

—¿La misma? Es decir, ¿idéntica a la presuntamente asesinada? —preguntó María, sorprendida por lo que José le contaba.

—Así es, la misma. Me quedé de piedra al verla. —le explicó José.

—Sin duda, es asombroso. Pero como mencionó previamente, el abuso de sustancias y de alcohol… —le dijo María, haciendo referencia a la conducta de José, dejando claro su creencia de que eran meras ilusiones. Su objetivo era comprender mejor a José y anticipar su reacción, incluso si él sinceramente creía en la veracidad de lo que había presenciado.

—Eso fue lo primero que pensé, que habían sido ilusiones provocadas por mi mente intoxicada, pero le aseguro que a lo largo de mi vida he consumido drogas y alcohol en exceso, en numerosas ocasiones, y nunca había tenido una alucinación de esa magnitud. Lo tengo grabado en mi mente de manera imborrable, ¿sabe? —María registró en su portafolio la incomodidad de José. Era evidente que se había sentido levemente ofendido. —En fin, ella estaba allí, vistiéndose, y yo, como un tonto, frente a ella, sin tener idea de lo que estaba sucediendo. Ura me hizo señas con la cabeza para que no entrara en la habitación y, sin dudarlo, cerré la puerta de un portazo. Me sentí completamente desconcertado. Fui a mi habitación y me arreglé antes de bajar. Aunque seguía dándole vueltas a la cabeza, volví a pensar que había sido una alucinación. En ese momento, me prometí a mí mismo no volver a consumir tanto alcohol ni drogas. Y sé que suena a cliché, pero lo que vi fue suficiente para convencerme. Bajé a desayunar y me sorprendió el bullicio, que provenía de la cocina. Risas, voces y mucha exaltación. Al entrar en ella, vi a un hombre sentado junto al resto de los inquilinos. Su cabello grisáceo caía hasta sus hombros, los cuales eran imponentes. Debo admitir que me sorprendió su envergadura y musculatura, llegando incluso a intimidar. Me detuve en el umbral de la puerta, observando cómo todos se dejaban envolver por las fascinantes historias de ese hombre, mi amigo Raúl.

—Era de esperar, ¿no cree? Desde el principio sabíamos que este momento llegaría. ¡Qué ganas! —expresó María, mientras anotaba su nombre en el instante en que hacía su entrada triunfal y lo subrayaba en su impecable portafolio.

—Efectivamente. A pesar de que su apariencia física, que había cambiado drásticamente, su voz me resultó agradable y familiar; aunque mucho más grave, seguía siendo el mismo tono. Dolores me miró y ni siquiera me saludó, ni con un gesto de cabeza. Raúl detuvo su charla y se giró al ver que los demás se volvían hacia mí. Se levantó rápidamente, sorprendido y, entre risas alegres, me abrazó tan fuerte

que me dejó sin aliento unos segundos.

—*No lo creería ni en sueños, volver a encontrarte aquí, delante de mí. ¡Qué alegría me da verte, tío!* —era evidente que estaba encantado de verme, y yo también lo estaba, sin lugar a dudas, a pesar del abandono con mi coche cuando desperté de mi desmayo.

—*Yo también me alegro de verte, cabrón. ¿Qué diablos has hecho con mi amigo?* —le dije alegremente. Sabía perfectamente que lo volvería a ver, pero de todas formas me entusiasmó mucho volver a encontrármelo. Sin embargo, su cambio drástico me dejó de piedra, la verdad. Como mencioné antes, era enorme. Tenía mucho músculo, las facciones de su rostro muy definidas, con una fuerte y marcada mandíbula. Llevaba el pelo largo, recogido con una cuerda, y le quedaba genial. Era como una versión mejorada de mi antiguo amigo regordete y asustadizo. Era evidente que había invertido mucho esfuerzo, gran cantidad de comida y horas diarias de ejercicio a ese cuerpo. La nueva versión de Raúl era innegablemente superior en todos los aspectos, no solo en términos físicos, sino también como persona. Transmitía una confianza mucho más sólida en sí mismo y su valentía y dedicación para ayudar a los demás eran evidentes, tal como me habían mencionado previamente. Joder, tenía a todos boquiabiertos, disfrutando de las aventuras que había vivido. Lo curioso es que, después del emotivo reencuentro, me senté junto a él en la mesa, para desayunar, y mientras contaba sus experiencias pasadas a todos, me di cuenta de que la mujer que me había dejado con la miel en los labios, estaba involucrada en algún tipo de relación con mi amigo, sin mostrarme la más mínima atención, lo cual me sorprendió. Fue en ese momento que comprendí que ella no quería tener nada conmigo porque tenía algo con Raúl, era evidente. Cualquiera en mi lugar hubiera pensado igual, solo había que ver cómo lo miraba. Por cierto, esa mañana, como novedad, Rosa, la esposa de Héctor, no dio señales de vida. En aquel momento no le di importancia, pero más tarde acabaría sabiendo la oscura realidad que envolvía a los ciudadanos de aquel lugar.

—Iba a interrumpirte con las típicas preguntas detectivescas, para indagar sobre el dato que me acabas de revelar, pero esperaré con gusto a que me lo cuentes más adelante. —le dijo María, con una risita burlona que ambos disfrutaron.

—No te preocupes, todo a su debido tiempo, te lo prometo. —respondió José, añadiendo un toque de misterio a su tono, para seguirle el juego a María.

—Ya que le he interrumpido… —ojeó sus notas— ¿Tan notable fue el cambio en Raúl? Te lo pregunto porque me resulta curioso que alguien que solía ser… vamos a decirlo sin rodeos, un "mierdecilla", ahora parezca el mismísimo Hércules en persona. Sobre todo, considerando que no hacía tanto que no se veían, solo habían pasado unos años. — María continuó convenciendo a José de que el resto del mundo compartía su mismo universo mental. —En estos tiempos tan difíciles, no creo que sea la prioridad machacarse y comer en exceso para hacer crecer unos bonitos bíceps. Por favor, corríjame si me equivoco. —expresó María, acomodándose en su asiento y esperando ansiosa la respuesta de José.

—Era otra persona. Jamás había visto un cambio tan radical. Le aseguro que me sorprendió más a mí que a usted. Pero pienso igual que usted; no veo lógico ese malgasto en los tiempos que corren. Verá, una vez terminamos de desayunar y charlar animadamente, salimos al porche para intentar reconectar, aunque fuera mínimamente, nuestra amistad. Como era de esperar, le pregunté sobre ese gran cambio, tanto en su personalidad como en su físico.

—*Sé que eres tú, pero joder, macho, no te reconozco… es como si fueras…* —le dije, quedándome boquiabierto mientras lo observaba detenidamente.

—*Cuando todo empezaba a irse a la mierda, me di cuenta de que tenía que cambiar. Mi forma de ser solo me traería problemas. Al igual que a mi madre… la perdí por mi cobardía.* —no le pregunté, simplemente me limité a escucharlo. —*Me propuse convertirme en la persona que ves ahora, a base de mucho esfuerzo, constancia y superación. Solo había una forma de subirme a ese tren, y como ves, lo conseguí. Ahora no solo soy más fuerte físicamente, sino también emocionalmente. Además, mira hasta dónde he llegado, lidero mi propio grupo de “Protectores”. Estoy en el punto álgido de mi vida. Lo tengo todo y, para colmo, estamos protegiendo al pueblo*. —hablaba con confianza y sinceridad. En ese momento, me alegré enormemente por él y todo lo que había conseguido. No consideré necesario mencionar los inconvenientes pasados, de cuando me dejó tirado en la casa, o por qué nunca volví a tener noticias suyas. Eran asuntos que podían esperar para otra ocasión…

—*Chaval, te has vuelto tan seguro de ti mismo que me estás dando ganas de seguirte y hacer lo que me digas, sin mencionar el positivismo que irradias, joder. Tienes un atractivo innegable. Eres como una versión de “Gastón” de la película de La Bella y la Bestia, pero con el pelo ceniza y ojos del color de la miel.* —le dije con adulación y orgullo por su gran cambio.

—El secreto está en el trabajo duro, la alimentación saludable y no olvidarse del ejercicio diario. Ah, y hablarles a todas con una voz grave y seductora, eso las vuelve locas. —me contestó guiñándome un ojo. Nos echamos a reír, era evidente que Raúl había cambiado bastante, pero seguía siendo el bromista de siempre. Estaba tan feliz de volver a reencontrarme con él…

—Oye, no pude evitar fijarme en tu brazo biónico. Es increíble… —estaba fascinado, dándole unos toques suaves. *—Necesitamos otro Protector, ya que solo somos una docena, granjeros de la zona, jóvenes desdichados y yo, fuertes y valientes. Me han contado tu historia y hemos pensado que tu ayuda nos vendrá de maravilla. Viviste "La noche blanca", ¿verdad?… solo los soldados más rudos combatieron en esa guerra, y qué decir de que sobrevivieras a ella. Quiero que seas mi compañero, mi mano derecha en la lucha y eliminación de esa gentuza chatarrera y las malditas máquinas. Tu experiencia en combate y ese brazo nos vendría de maravilla, y eso sería una bendición para todos, especialmente para ti. Tendrás todo lo que desees, José. Monedas, comida, ropa, mujeres, vacaciones, como si fueras un profesor de colegio. ¡Es una oportunidad única! Además, olvídate de los trabajos en el campo, obtendrás un trato preferente en la comunidad. ¿Qué me dices?* —la oferta de Raúl me pilló por sorpresa, pero era bastante tentadora para no dedicarle unos segundos y sopesarla.

—La verdad es que lo que me ofreces resulta bastante atractivo. Incluso diría que cualquiera aceptaría, a pesar de ser consciente del peligro que implica salir de este lugar de ensueño. Sin embargo, estoy contento donde estoy. A pesar de llevar solo unos días aquí, siento que mi sitio en esta comunidad, o más bien en esta casa, está en la sección de mantenimiento, junto a Rubén. Espero que comprendas mi decisión. —aunque sonreía, sabía perfectamente que no esperaba un rechazo de mi parte. Aun así, no se mostró molesto. De hecho, me invitó a unirme a ellos en futuras expediciones y viajes, por si deseaba experimentar "el mundo de los Protectores" con mis propios ojos, y decidir si me gustaba más que el trabajo de chapuzas. Nunca consideré unirme a ellos, ni los acompañé en ninguna ocasión.

Una vez entré a la casa, mientras caminaba hacia las escaleras que llevaban al taller, me crucé con Ura. La detuve agarrándole el brazo, pero ella no se giró. La bombardeé con preguntas sobre lo ocurrido la noche anterior, le supliqué que me contara su versión, si es que la tenía, e intenté detectar cualquier indicio que demostrara que mentía, incluso a través de sus gestos, pero no obtuve respuesta. Era completamente imposible extraerle ni una sola palabra. Además, evitaba mirarme a los ojos con cada

incansable intento de desvelar la verdad de lo sucedido. No comprendía nada. Me recordó a un niño pequeño que rompe algo y evita a toda costa mirar a sus padres para prolongar la inminente reprimenda.

—*Por favor, deja de agobiarla, hoy no se encuentra bien.* —me dijo Dolores mientras agarraba mi mano para que la soltara. Se colocó frente a ella y le ordenó que fuera a preparar los pedidos de los vecinos. Ura se marchó sin pronunciar ni una sola palabra. No comprendía el motivo detrás de los intentos de Ura por evitarme, ni tampoco entendía por qué Dolores actuaba de la misma manera. Su actitud era fría y esquiva. No sabía qué pensar. Sin mediar palabra, Dolores se marchó fuera de la casa para continuar con sus quehaceres.

—¿No le planteó ninguna pregunta a Dolores? Era una excelente oportunidad para hacerlo, ¿no cree? —inquirió María, sorprendida de que José no aprovechara ese momento para que le aclarara sus dudas.

—Tenía tantas preguntas que hacerle, tanto por descubrir, que no sabía por dónde empezar. Además, ella, como si supiera que le iba a pedir explicaciones, evitó estar a solas conmigo después de enviar a Ura a preparar los pedidos. —explicó José.

—De nuevo, mi mente me llevó a Ura; seguía dándole vueltas y vueltas sin encontrar ninguna lógica a que siguiera con vida. En ese momento, recordé de nuevo la escena frente a la puerta de símbolos, antes de la cena. En ese momento, Ura parecía preocupada porque yo estaba haciendo algo indebido. Me advirtió de que debía alejarme y no acercarme más a esa puerta. Y luego, horas más tarde, apareció muerta en la piscina con una daga clavada en la espalda. Parecía que la hubieran castigado. Pero, ¿por qué? ¿Con qué propósito? Tal vez debería haber entrado en esa habitación, pero Ura, al evitarlo, fue asesinada, especulaba. O tal vez fue asesinada más tarde por decirme que me fuera de la casa para siempre. Alguien nos vio y nos escuchó, y Ura desobedeció a alguien importante… Me estaba volviendo loco de darle vueltas una y otra vez. Me obligué a pensar que ella estaba viva y que todo lo anterior era producto de mi imaginación, una ilusión causada por algo que consumí o quién sabe, quizás tenía un tumor cerebral o alzhéimer. —José soltó una leve carcajada. —El caso es que no quería seguir pensando en ello, Ura estaba ahí, vivita y coleando. Decidí dejar de darle vueltas y concentrarme en mis tareas con Rubén.

Después de una larga jornada laboral y de disfrutar de una

deliciosa comida, donde Raúl volvió a cautivarnos con sus fascinantes relatos, decidí prepararme un reconfortante té. Salí al atractivo patio trasero y me acomodé junto a la mesa de jardín para saborearlo, junto al majestuoso pino, mientras disfrutaba de la agradable compañía de las melodías de las animadas cigarras. A pesar de que el cielo estaba cubierto de nubes, el clima apenas varió, manteniendo un clima caluroso y sofocante. No fue una simple casualidad que optara por disfrutar de una taza de té caliente en el tranquilo rincón trasero, deleitándome con las maravillosas vistas que se desplegaban junto a la piscina, más bien, fue una excusa para, desesperadamente, buscar algún indicio o prueba que me ayudara a liberar mi mente de los inquietantes pensamientos que me habían atormentado toda la mañana. Susurraban en mi oído que lo ocurrido no podía ser mera invención de mi imaginación. Sin embargo, no encontré nada fuera de lo común. El agua estaba limpia, lo cual era de esperar, a pesar de que alguien hubiera muerto allí, ya que el filtro se encargaría de hacer el trabajo sucio en tan solo unas horas. Los baldosines, que examiné de manera disimulada, estaban impecables, sin rastro de sangre. Maldita sea, ni siquiera quedaba una sola colilla tirada en el césped. Estaba claro que quien hubiera, supuestamente, asesinado a Ura, había sido minucioso al limpiarlo todo y no dejar ninguna pista. También debo admitir que mis habilidades detectivescas son tan nulas como mis habilidades para ser político. Entonces, antes de dar la vuelta y seguir disfrutando de mi taza de té, a la sombra del imponente pino, pude ver un destello colorido bajo el agua. Se trató un destello fugaz, pero le aseguro que lo que vi allí abajo era un trozo de cristal. Había un maldito fragmento de la botella que se me cayó y se rompió justo en el borde de la piscina.

—¿No pudo examinarla de cerca para verificarlo? —preguntó María, algo desconcertada.

—Desearía haberlo hecho. Sin embargo, en ese preciso instante, lo único que captó toda mi atención fue la voz de Dolores.

—*Si tienes pensado darte un baño, por favor, quítate ese mono tan sucio que llevas y date una ducha antes*. —me dijo mientras colocaba su taza de té junto a la mía y se sentaba. No quería que sospechara, así que me acerqué a ella dejando mi pista en el fondo de la piscina. Decidí que después volvería a buscar la única posible prueba que demostrara que algo terrible había ocurrido esa noche.

—*Tranquila, solo estaba contemplando las formas que el agua dibuja. No soy tan vulgar ni descuidado como para arrojarme a la piscina con la ropa, sucia o limpia.* —le aseguré mientras me dirigía hacia ella

con determinación. Continuaba confuso y enfadado, ya que su actitud esquiva y su desaire de la noche anterior me habían molestado mucho.

—Era solo una broma. Sabía perfectamente que no lo harías. Te vi salir afuera y quería charlar un poco contigo. Y, siendo honesta, quería disculparme por haberme ido de esa manera anoche. Es que… —Dolores intentó justificarse, pero ambos sabíamos cuál era el problema, yo mismo.

—No es necesario que te disculpes, no has hecho nada malo. Además, no hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que Raúl y tú estáis juntos. Por mucho que haya cambiado, conozco lo suficiente a mi amigo como para saber que esas miradas y acercamientos tienen un significado. Además, tú no le haces ascos, al contrario. Y tu actitud hacia mí, evitarme en la medida de lo posible e incluso evitar mirarme… —no pude dejarlo pasar, estaba enfadado.

—Sí, estamos juntos. No quería decírtelo hasta encontrar el momento adecuado, a solas los dos. —me dijo cabizbaja, intentando coger mi mano, la cual aparté de inmediato.

—Anoche tuvimos tiempo más que suficiente para que me hubieras contado lo que había entre vosotros dos. Así, me habría evitado hacerme ilusiones sobre la posibilidad de algo contigo. —le dije elevando el tono. Estaba realmente cabreado, y jodido.

—Ya te he dicho que lo siento. Debería habértelo dicho anoche, o incluso antes, la verdad. Pero estábamos tan bien… que no creí que algo sucedería entre nosotros… —me decía, encogiéndose por la vergüenza. Pero en ese momento, no sentía ninguna compasión por ella.

—No pasó nada. Tú evitaste que eso sucediera al marcharte. Así que, si tienes miedo de que le cuente algo a Raúl, puedes estar tranquila, porque no ocurrió nada. Solo dos desconocidos conociéndose y pasando el rato, ¿verdad? Por lo tanto, no hay nada de lo que hablar. Tú eres la dueña y casera de esta vivienda, mientras que los demás y yo, solo somos inquilinos. Esa es nuestra relación, dos personas con un trato formal y un interés. Tú me das un lugar donde vivir y yo te pago con trabajo. —le dije con seriedad. Cogí la taza de té y le di un largo sorbo, dirigiendo mi mirada hacia el horizonte, sin ganas de mirarla a ella y su hermoso rostro, que en ese momento debía reflejar cualquier sentimiento menos felicidad.

—Tienes razón, no ocurrió nada entre nosotros… y gracias por no contarle nada, sería absurdo que vosotros dos os pelearais por esto. —

me dijo mientras intentaba buscar en mi mirada un rastro de compasión, a pesar de haberme ocultado un dato tan importante, mientras yo, le abría las puertas de mi alma. Fui un gilipollas.

—*Claro, eso es lo crucial ahora, que Raúl y yo no nos peleemos. Eso es lo esencial. No que me hayas ocultado que sois pareja mientras coqueteábamos. No sé si debería decirte esto, pero creo que tengo derecho a hacerlo. Nadie en mi vida me ha gustado tanto como tú. Y sí, han sido pocos días, pero me has calado profundamente. En ti hallé algo que no había encontrado en nadie más: tu forma de ser, tu apariencia, tu amabilidad, tu fortaleza… qué ingenuo fui al pensar que tú también habías visto algo en mí…* —le dije mientras evitaba su mirada. La sangre me hervía, estaba furioso.

—*Sin lugar a dudas, había percibido algo especial en ti. Nunca antes me había sentido tan cómoda en compañía de alguien como contigo, José. Realmente me has cautivado, y esos breves momentos en los que hemos podido conversar me han encantado, te lo digo sinceramente. Sin embargo…* —sus palabras me quemaban al escucharlas. Solo avivaban la rabia que sentía en ese momento.

—*¡Basta! Dejemos esto de una vez. Esta conversación no nos llevará a ninguna parte. Cometí un error y tú también te equivocaste, no pasa nada.* —dije mientras me levantaba, dispuesto a marcharme. Ella también se levantó, con lágrimas en sus grandes y preciosos ojos, que se deslizaban por sus delicadas mejillas.

—*Lamento mucho…* —no terminó la frase, se dio la vuelta y entró rápidamente por la puerta de la cocina. Verla en ese estado me impactó profundamente, tanto que extendí el brazo en un amago de detenerla gritando su nombre, pero me contuve. En ese momento, la rabia y la angustiosa impotencia volvieron a inundar mi ser. La razón tenía poco efecto en ese momento. No podía evitar pensar en cómo me había engañado, manipulando mis sentimientos a su antojo. Lo que más me dolía era aceptar que jamás podría estar junto a esa persona que había dejado una huella imborrable en mí. Era una mujer excepcional, la más extraordinaria que se había cruzado mi camino.

—Vaya… experimentó un torbellino de emociones, José. Con amores y desamores… creo que no me equivoco al decir que todos hemos pasado por algo similar en la vida. Siento que tuviera que pasar por una experiencia como esa, y más si te había calado hondo. Me pregunto si, a pesar de encontrarse en un momento tan delicado, volvió después a observar la piscina. Ese detalle me intriga demasiado. —le dijo María, empatizando con él, una estrategia que rara vez

fallaba cuando quería indagar en eventos pasados o profundizar en un punto en particular. El asunto de la piscina, despertaba muchísimo su curiosidad.

—¡Ah, sí! El cristal de la piscina… después de maldecir al cielo y propinar patadas a las sillas y objetos que se cruzaban en mi camino, caí en cuenta de que el fragmento de vidrio debía seguir allí en el agua, si es que era eso. Pero, lamentablemente, como me estaba sucediendo, cada vez con más frecuencia, no encontré absolutamente nada. —le dijo José con un tono desalentado.

—No me joda… lo siento, a veces me sumerjo tanto en las historias ajenas que no soy consciente de mi lenguaje. Entonces, en resumen, no encontró absolutamente nada, ¿verdad? ¿Continuó buscando más pistas o restos de la botella? —preguntó María con la esperanza de que le confirmara lo contrario.

—Por supuesto que continué, pero para mi desgracia, no encontré ni un solo rastro. Ese cristal había desaparecido, nada más y nada menos que delante de mis narices. No vi a nadie mientras Dolores y yo discutíamos. Me habría percatado de cualquier individuo que se hubiera acercado a la piscina. Joder, estaba justo al lado, era imposible no ver a alguien rebuscar en el agua en busca de restos de vidrio. No quería aceptar que todo era producto de mi imaginación, pero ya no sabía qué diablos pensar. Agotado de buscar pistas y de atormentarme con el asunto de Dolores, decidí darme una ducha y descansar en la cama. Cuando entré por la puerta, me encontré a Héctor sollozando, apoyado en la encimera con sus grandes manos, justo al lado de la enorme pila de platos fregados de la comida.

—No me gusta entrometerme en la vida de los demás sin una invitación, pero… ¿En qué puedo ayudarte, grandullón? —debo mencionar que el amor y la confianza que transmitían esa pareja eran tan sólidos que ver a Héctor en un estado de vulnerabilidad me afectó profundamente, por eso decidí preguntarle.

—Soy un egoísta… no merezco permitir que este sentimiento aflore y me invada el egoísmo, en lugar de pensar en ella y su felicidad. —no comprendí completamente lo que me dijo, pero creí entender el contexto. Claramente, a mi parecer, era una discusión con Rosa sobre algo que ella deseaba y él no.

—Considero que a nadie le agrada discutir, especialmente con la persona con la que compartes tu vida. Sin embargo, quiero que sepas que estoy aquí para escucharte, Héctor. —le dije, ofreciéndole amabilidad y

comprensión sin imaginar lo que vendría a continuación.

—No te compadezcas de mí, amigo. En realidad, soy feliz… lo que sucede es que la echaré de menos. Pero me siento satisfecho con el destino que le ha correspondido. Ella sabe que mi Rosa era especial y la ha acogido en su seno. Ahora ella es uno con Na. La extrañaré, es comprensible, pero algún día seré tan afortunado como ella y me uniré a la gran madre, y seremos naturaleza. —dejó de llorar y alzó las manos. Con un salmo rezaba a su diosa "Na" y yo me quedé inmóvil, mirándolo. Aunque mi mente se resistía de manera imperativa a aceptar la idea de un sacrificio, traté de concebir que Rosa nos había abandonado por alguna razón lógica. No obstante, la reacción de Héctor me resultó sumamente extraña, y la relación entre la ausencia de Rosa y su religión naturalista carecía de coherencia para mí. Desde mi infancia, he presenciado en la televisión las extravagancias de sectas religiosas o grupos de culto en países muy distantes al mío. Sin embargo, me quedó claro que las religiones trascienden fronteras y épocas, especialmente cuando la población se encuentra débil y desesperada, o al borde de la desaparición. Todavía plantado frente a él, intentaba darle sentido a lo que estaba ocurriendo, sin dejar de preguntarme qué demonios estaba sucediendo en ese idílico lugar. Necesitaba más respuestas además de la breve conversación que tuve con Héctor, quien parecía absorto en sus rezos lacrimosos. No encontré a nadie en mi camino hasta que vi la puerta entreabierta de la sala de juegos. Desesperado, la abrí y encontré a la anciana Jacinta recostada en un canapé leyendo, mientras Lucía jugaba sola al billar con un vaso de hielo y alcohol casero. Ambas se quedaron perplejas al verme entrar tan agitado. Jacinta, que no calla ni debajo del agua, se quedó sin palabras. Solo cuando comprendió la razón detrás de mi sorpresa, relajó los músculos de su arrugada y emperifollada cara y, con un gesto elegante de su mano, me animó a sentarme en un sillón junto a ella.

—Ya te has enterado, ¿verdad? —me preguntó con calma, en lugar de vociferar como de costumbre. Miré a las dos ante su pregunta.

—¿Vosotras también lo sabéis? —sus miradas me confirmaron que sí. *—¿Y por qué no habéis intervenido? Han sacrificado a Rosa, ¿verdad?* —las dos se miraron, y Jacinta soltó un suspiro, confirmando mis sospechas. Quedé perplejo ante lo que presenciaba. Habían sacrificado a esa maravillosa mujer en nombre de una absurda religión.

—Sí, lo sabemos las dos. Y al igual que a ti, nos sorprendió

cuando nos enteramos, José. —me hablaba Jacinta con calma y tacto. Ojalá siempre fuera así… detesto a las personas que gritan, me ponen nervioso. Jacinta se incorporó y puso su mano sobre mi espalda para tranquilizarme. *—Pero así es. Es un tributo a Na, por su continua protección y por mostrarnos el camino hacia la sabiduría sin destrucción. Ella nos da la vida y nosotros, a cambio, volvemos a ella. Todos nosotros recorreremos el mismo camino que Rosa, José. Y a diferencia de lo que puedas pensar, no es en contra de la voluntad de nadie, al contrario, es un regalo poder viajar con Na de por vida.* —Jacinta intentaba explicármelo mientras yo no podía creer la locura que estaba escuchando. Involuntariamente, yo negaba con la cabeza y repetía "no puede ser".

—Sé que todos somos Na y que estaremos en su seno, pero… la extrañaré muchísimo… ¡Por Rosa! Ella fue una extraordinaria persona en vida y ahora ha sido recompensada. —dijo Lucía entre lágrimas, dando un gran sorbo a su vaso.

—No comprendo nada. No podéis hacer estas cosas. —me levanté y me dirigí hacia la puerta. No sabía qué hacer, pero necesitaba respuestas más detalladas y coherentes.

—Te entiendo, José, pero tranquilo. Todo es cuestión de acostumbrarse y abrir el alma para comprender. Con el tiempo, todo se aclarará en tu mente, ya lo verás. —me dijo sabiendo que me marchaba y que sus palabras no me importaban en ese momento. No sabía a quién recurrir. Tal vez debería haber buscado a Rubén, quien para mí era una persona bastante sensata, pero en ese momento Dolores estaba demasiado presente en mi mente, y me convenció el hecho de que ella era quien dirigía la casa donde se había producido ese asesinato. ¿Quién mejor para explicarme qué estaba sucediendo y por qué me habían ocultado las atrocidades que cometían?

A excepción de haber ido al final del ala contigua a la mía, donde se encontraba la puerta con los símbolos extraños, no me había acercado nuevamente a esa parte de la casa hasta ese momento. Supuse que la habitación de Dolores estaría allí, así que decidí investigar. No recorrí mucha distancia cuando escuché gemidos provenientes de la primera puerta que encontré. Eran perfectamente audibles desde el pasillo, sin necesidad de escuchar a escondidas o pegar la oreja a la puerta. Mi corazón latía desbocado. Sentía que mi sangre ardía y recorría cada parte de mi cuerpo, como la máquina de una locomotora alimentada con carbón. Estaba furioso. Incluso mi preocupación por el sacrificio de Rosa se había desvanecido.

—¿Quién o quiénes estaban… ya sabe, retozando en esa

habitación, José? —inquirió María, plenamente consciente de la respuesta que obtendría.

—Es bastante evidente, María. Los gemidos provenían de mi recién llegado amigo, Raúl, y de la "víctima" de esta historia, Dolores. Parecía que a ella no le desagradaba el trato que mi amigo le brindaba, considerando la manera en que sus gemidos sonaban. No parecía tan dolida como lo estaba minutos atrás. Por lo que mi ira fue en aumento. —respondió José, con disgusto al recordarlo.

—Vaya un enredo amoroso. Desearía experimentar en primera persona lo que vivió, José. Enamorarme de una manera tan... ¿Cómo describirlo?... apasionada y arrolladora. ¿No era de esperar que las "sorpresas" llegaran de repente? —le comentó María con un toque de ironía, sin llegar a parecer burla. Estaba ansiosa por observar la reacción de José y poner a prueba su capacidad de mantener la compostura.

—Si hubiera vivido la misma experiencia que yo, con el mismo nivel de entrega, es posible que ahora mismo estuviera llorando con el solo hecho de recordar el dolor tan profundo como el que yo sentí en aquel momento. —respondió José con seriedad, visiblemente afectado por el comentario de María. La inspectora sonrió en silencio y anotó en su portafolio:

"a pesar de todo, José demuestra una resistencia admirable, es extraño"



La bruma traía consigo un agua fría y fina que, aunque apenas perceptible a simple vista, calaba hasta los huesos de la joven Susana. Ella intentaba orientarse con el mapa, con la escasa luz de las farolas y las pequeñas luces festivas que se alineaban de poste en poste. Poco a poco, el manto de la noche oscurecía las pocas formas que la chica lograba distinguir a su alrededor, y el mapa comenzó a resultarle casi imposible de utilizar, ya que no podía distinguir las calles con tan poca luz. Susana sacó su linterna y, como bien pudo, empezó a vislumbrar el camino que debía seguir.

—Creo que voy por buen camino. Si el alumbrado y este mapa no me fallan, en unos minutos estaré en el polígono industrial donde se encuentra el matadero. Menos mal que no parece ser muy extenso. —se dijo a sí misma, intentando infundirse una falsa

sensación de seguridad. No había recorrido más allá de dos farolas cuando escuchó pisadas detrás de ella y alaridos agónicos. —Espera, ¿qué está pasando? —se detuvo en seco y alumbró en todas las direcciones. La luz de la linterna rebotaba en las diminutas partículas de agua suspendidas en el ambiente, iluminando intensamente las densas nubes bajas. Ese resplandor resultaba un problema para ver más allá de unos pocos centímetros, ya que el haz de luz se reflejaba y perdía su alcance; la sensación era similar a la de estar atrapado en el interior de un cilindro de cemento, sin la posibilidad de vislumbrar lo que se encontraba más allá de sus confines. La ansiedad de la joven no hizo más que aumentar cuando se dio cuenta del problema. Guardó rápidamente el mapa y apagó la linterna. Comprendió que las farolas no iluminaban lo suficiente para ver a través de la densa niebla, pero sí podía verlas como pequeños puntos de luz que hacían de guía. Entendió que, al apagar la linterna, también dejaría de ser visible para lo que la estaba persiguiendo, algo que le resultó evidente al escuchar los extraños ruidos cada vez más cerca de ella. Además, la joven Susana especuló que, con el clima actual, sería difícil que la detectaran si usaban la ecolocalización, como lo hizo el engendro del supermercado. Rápidamente, pensó en una solución, y la única opción que le quedaba era mantenerse en silencio, seguir las luces de las farolas y empuñar el bate como arma, ya que con el hacha sería más torpe debido a su peso, y también le resultaría imposible calcular las distancias para asestar un buen golpe. Por el sonido, sabía que lo que la acechaba estaba a unos diez o quince metros de distancia, así que todavía tenía un pequeño margen de seguridad. Por el sonido de las pisadas, pudo deducir que debía tener los pies desnudos, ya que sonaba como los pasos de una persona caminando sobre el pavimento mojado. La distancia entre el palmeo de cada pisada le hizo suponer que el individuo andaba sin rumbo, quizás sin haberse percatado de la presencia de Susana. Intentó mantener la calma y la compostura en medio de la asfixiante y peligrosa situación, siguiendo las luces que marcaban su camino, avanzando sin hacer ruido. El polígono industrial donde debía encontrarse el matadero, no debía de estar muy lejos, ya que lo último que pudo ver en el mapa fue un camino recto que se bifurcaba hacia la izquierda, encontrándose allí su destino. Lo que fuera que la seguía ya no estaba allí, puesto que dejó repentinamente de escuchar las pisadas tras ella. La joven miró hacia las guirnaldas y las farolas, notando que la niebla se había disipado un poco, lo que le permitía distinguir las formas, al menos las más cercanas a ella. Llegó a la bifurcación del camino y pudo ver las dos primeras naves que formaban parte del complejo empresarial. Susana sintió alivio; ahora solo le quedaba encontrar el matadero que buscaba y refugiarse allí durante la noche. Continuó caminando en dirección al

polígono, cuando, entre el velo húmedo de la niebla, pudo distinguir figuras oscuras, oscilando sus cabezas como péndulos sujetos al suelo con un gran muelle. La joven Susana quedó petrificada. Esas formas mecedoras eran pequeños seres de no más de un metro de altura, con una larga y negra melena que casi rozaba el suelo, y que solo dejaban ver unas piernas escuálidas con grandes pies desnudos. Debido a la espesura, Susana no había podido distinguirlos antes, pero tuvo suerte de no haber tropezado con ninguno de ellos anteriormente, ya que, al mirar hacia atrás, también pudo ver muchos más. Estaba rodeada de esos pequeños seres que parecían estar en trance. Susana pensó que no se habían percatado de su presencia debido a su sigilo, pero se equivocaba en parte. Esas criaturas aberrantes eran sensibles a la luz y al ruido, y tanto el sigilo de Susana como las densas nubes bajas habían logrado mantenerlas en su letargo nocturno.

Mientras Susana caminaba despacio entre los pequeños y peludos engendros, la niebla seguía disipándose, dando paso a la luz artificial de las calles y a la brillante luna de aquella noche. Fue entonces cuando, entre sus largas melenas, emergieron sus escuálidos brazos y unas manos desmesuradamente grandes, que apartaban la frondosa melena, revelando una cara desproporcionadamente grande para aquel cuerpo diminuto.

Esos seres extraños e inquietantes tenían, al igual que el aberrante ser del supermercado, la piel en carne viva, como si una muda al revés cubriera a un ser que luchaba desesperadamente por liberarse de una prisión de cuero. Sus ojos, abultados, estaban ocultos por esa repugnante piel y solo había un orificio diminuto a través del cual se podían vislumbrar unas pupilas negras apenas móviles. Sus grandes manos sujetaban sus mandíbulas y las abrían hasta límites inhumanos, liberando alaridos exhaustos y terroríficos. Susana, aterrada y presa del pánico, comenzó a correr, esquivando a esas criaturas que apenas le llegaban a la cintura, pero que empezaron a perseguirla, en lo que se estaba convirtiendo en una horda de seres de pesadilla. La desesperación de los gritos agonizantes la sumergía en una locura insoportable, obstruyendo su capacidad de concentración y nublando su pensamiento. Los evitaba como podía, pero le resultaba imposible y chocaba con muchos de ellos. Otros intentaban atraparla con saltos desmesuradamente grandes, para atacarla con sus enormes bocas llenas de cientos de dientes deformados. Sus innumerables golpes y patadas no servían de nada, ya que había cientos de ellos persiguiéndola, intentando agotarla para apresarla. Una voz fuerte, aunque algo distorsionada, la animó a seguir.

—¡Hey! Mira el gran poste con los megáfonos, te hablo a ti,

chica. Sigue avanzando. ¿Ves el pequeño callejón? La puerta de la verja metálica está abierta. No podrán pasar ahí, créeme. —dijo una voz femenina a través de los altavoces ubicados frente a una nave industrial, que en lo alto tenía un enorme cartel iluminado con el logotipo de un cerdo risueño, "El Torres". Susana corrió lo más rápido que pudo, evitando a esas criaturas deformes que intentaban detenerla. Uno de los extraños y repulsivos seres mordió su abrigo-chubasquero y por poco, no logró alcanzarla. Debido al tirón, la joven resbaló y cayó al suelo mojado, pensando que ese sería su fin, pero al levantar la vista, se dio cuenta de que un grupo de ellos se detuvo para pelear por el pedazo de abrigo. Se levantó rápidamente y siguió hacia el callejón donde se encontraba la gran verja metálica. Estaba cerca, aunque todavía había muchos de esos monstruos persiguiéndola a toda prisa. Aun así, y casi sin aliento, llegó a la puerta de la verja metálica y la cerró con fuerza, deslizando el cerrojo para asegurarla. Los seres se amontonaron unos sobre otros agolpándose ferozmente sobre la malla metálica. Susana, exhausta, confió su vida a esa verja oxidada y se dejó caer al suelo, apoyando su espalda en uno de los muros del callejón. Sentada, observaba a sus atacantes, que lanzaban fuertes alaridos, pareciéndole más a lamentos y desesperación que a gritos de furia. Se pisoteaban, enredaban sus melenas unos con otros, e incluso se mutilaban brazos y piernas con sus enormes y deformes bocas y dientes, sin parecer importarles demasiado, al menos, en apariencia. La sensación que suscitaban en Susana era que esas criaturas estaban exasperadas, perdidas. Pero, de cualquier manera, esas criaturas deformes también querían acabar con su vida, no cabía duda.

—¡Hey! Susana, tzi, tzi, aquí, al fondo. —habló de nuevo esa voz desconocida de hace un momento, pero ahora desde el oscuro fondo del callejón.

—¿Quién eres y cómo sabes mi nombre? Voy armada y te juro que no dudaré ni un segundo en de atacarte. —contestó Susana, poniéndose en pie como pudo y sin fuerzas.

—No te preocupes, puedes usar tu linterna si lo deseas. Confía en mí, no te haré daño, te lo aseguro. Estoy aquí para ayudarte, pero debes ser rápida o te convertirás en el nuevo entretenimiento de tus nuevos amigos. —dijo la voz femenina, intentando convencerla. Susana miró nuevamente la verja y comprobó lo que la voz le había dicho; esa verja no aguantaría ni cinco minutos más. Los pequeños seres deformes se amontonaban en cientos y el metal corroído empezaba a ceder.

—Está bien. Pero espero que tengas un plan para liberarnos de esas criaturas. Porque yo no puedo correr más ni pensar en nada. Esto me está volviendo loca… —decía la joven mientras avanzaba, apoyada en la pared, hasta que vio que al final del callejón una sombra con forma humana. Se sorprendió bastante al ver que lo único que había, era un maniquí de pequeño tamaño con forma de mujer de piel morena, en un estado deplorable y desnudo. Susana empezó a llorar, sin entender nada. La situación empezaba a afectarla y su mente ya no podía más. Solo le faltaba escuchar a los maniquíes hablar con ella.

—*Tranquila, te hablo por radio, ¿lo ves?* —Susana observó que el maniquí llevaba atado a la cintura un antiguo radiocasete portátil. —*Cógelo y entra por la puerta de tu derecha. Es la nave que estabas buscando. El matadero. Hazme caso, abre la puerta y una vez dentro, hablaremos. No te haré ningún daño, te lo prometo.* —Susana despegó la cinta de velcro que sujetaba la radio a la cintura del maniquí, y unos auriculares de diadema de los ochenta, que llevaba colgados al cuello. La puerta no tenía pomo, solo un pasa manos y a su lado, en el muro, un lector de tarjetas. La joven comprendió que la tarjeta que cogió de entre las entrañas del engendro del supermercado, debía de resultarle útil en ese lector. Susana sacó la tarjeta desgastada que encontró y al pasarla por el lector, este emitió un pitido junto con el encendido de un piloto verde. El pestillo que la bloqueaba se accionó, dejando la puerta libre. Susana miró a los cientos de seres que se agolpaban en la verja una vez más antes de adentrarse en el oscuro interior del edificio; estaban a punto de derribarla. Esperó todo lo que pudo antes de entrar, hasta que los pequeños y deformes seres tiraron la verja y pasaron, aplastándose unos sobre otros, como lo hace una gran avalancha de nieve que cubre todo a su paso, para hacerse con la joven. Esperó casi hasta el punto en que la alcanzaran. Quería respirar el aire del exterior, profundamente, antes de cerrar la puerta y adentrarse en aquel lugar que intuía que no sería mejor que lo que había vivido anteriormente. Estaba totalmente aterrada, indefensa y sin saber qué estaba sucediendo. Incluso se le pasó por la mente la idea de quitarse la vida, para no tener que seguir sufriendo esa pesadilla. Presionó el interruptor el cual tenía un piloto de color naranja muy tenue y se encendieron secuencialmente todos los tubos fluorescentes del largo pasillo. La joven se encontraba en uno de los pasillos de la salida de emergencia, lo supo en cuanto vio las señales pictográficas de color verde que lo indicaban, y un mapa enmarcado en la pared con las diferentes vías de escape hasta donde se encontraba ella.

—Este puntito soy yo, y la entrada principal justo al otro lado

de la nave. —susurró para sí misma mientras examinaba el mapa.

—No te preocupes por hablar en voz alta, por ahora solo estamos tú y yo. Rompe el cristal y coge el mapa, nadie te va a escuchar. —instó la voz del aparato. Sin dudarlo, Susana rompió el cristal con determinación. *—Ahora, conecta los auriculares al radiocasete. Será mejor que hagamos el menor ruido posible a partir de aquella puerta*. —aconsejó la voz. Susana se colocó los auriculares de diadema, pero solo se colocó uno para poder mantenerse alerta a los sonidos a su alrededor.

—¿Por qué me ayudas? —inquirió la joven.

—Porque lo necesitas. No hay más que decir. Si en el futuro tienes preguntas sobre cómo es posible que pueda escucharte allá donde vayas, quién soy o cualquier otra duda, estaré encantada de responderte. Pero ahora debemos seguir adelante antes de que sea demasiado tarde, ¿estás de acuerdo? Es por tu propio bien. —dijo la voz, animándola a apresurarse. Susana no tenía más opción que avanzar, y si lo que la voz decía era real, no le vendría mal un poco de ayuda en ese nuevo mundo demencial.

—Está bien, pero… —intentó responder, no obstante, fue interrumpida por la voz del radiocasete.

—Sé que buscas respuestas, recuerdos perdidos, y eso te ha llevado hasta aquí. No sé si encontrarás lo que buscas, pero lo más importante es que salgas viva de este lugar. —afirmó la voz. Susana tampoco sabía qué estaba buscando exactamente, pero no abandonaría el matadero sin averiguar si había algo que pudiera ayudarla a recordar.

—Cuando encuentre lo que busco, me contarás todo lo que sabes… —la voz la volvió a interrumpir.

—No necesito que me lo exijas, te lo contaré con mucho gusto, pero ahora solo quiero que salgas con vida. ¡Vamos, sigamos adelante! —exclamó la voz, animándola una vez más. Susana empuñó el hacha y avanzó por el largo pasillo. Recorrió con cautela prácticamente todo el enorme matadero, desde las imponentes cintas de despiece, hasta la zona de carga y descarga de camiones, y también las oficinas, pero no encontró nada que la relacionara con aquel lugar o algún vago recuerdo, como le había ocurrido en el supermercado.

El edificio se encontraba en perfectas condiciones, como si todos hubieran terminado su jornada laboral y se hubieran marchado

a casa. Sin embargo, algo perturbaba a Susana. Tenía la sensación de que aquel sitio, al igual que el supermercado, llevaba mucho tiempo abandonado. Pero no debía distraerse tratando de entender qué estaba sucediendo, tenía que seguir adelante. Desplegó el mapa y se dio cuenta de que le faltaban por revisar los vestuarios y las cámaras congeladoras, por lo que marchó primero hacia el punto más cercano, los vestuarios. Una vez dentro se asombró de lo enormes que eran. Supuso que los operarios se aseaban allí, después de despedazar cabezas de ganado y otros animales durante sus largas jornadas. Se le erizó el bello con tan solo pensar en ello. Buscó en cada una de las taquillas que encontró abiertas, pero no dio con nada que le llamara la atención o significara algo para ella.

—Lamento arruinar tus planes, pero debes salir de este matadero… hay interferencias… no me gusta… da. —la voz dejó de escucharse. Susana apagó y encendió varias veces el radiocasete, sin embargo, solo recibía ruido estático.

—Maldita sea… he perdido la señal, o algo así… —siguió buscando con el sintonizador la frecuencia perdida. —¿Quién será esa persona?, ¿realmente quiere ayudarme o me traicionará? Bueno, solo ha dicho que me ayudará a mantenerme a salvo, sin pedir nada a cambio, y eso es lo que más necesito, ayuda. Si percibo algo sospechoso por su parte, dejaré de usar el radiocasete. —Susana se apresuró a sacar el mapa del matadero. —Veamos… Solo me quedan las cámaras congeladoras. No me iré de este lugar sin entrar allí. Será un paseo rápido y luego me marcharé para siempre, encuentre o no una pista que me lleve a recordar algo. —dijo en voz alta para que la persona tras el radiocasete la escuchara, aunque no estaba segura si lo habría hecho, ya que seguía sin recibir respuesta. Susana estaba decidida a encontrar algo que la ayudara a recuperar la memoria y poder salir de allí, y no permitiría que una voz desconocida a través de un aparato le arrebatara esa oportunidad. Caminó hasta llegar a las cámaras de congelado. Sobre las grandes puertas metálicas se podía leer el cartel que decía:

"ZONA DE CONGELADO / Es estrictamente obligatorio el uso del abrigo"

Susana cogió uno de los abrigos que colgaban junto a las puertas y se lo puso. Giró la manija de la puerta estanca y, al abrirla, sintió un torrente de aire tan frío que la dejó sin aliento por un segundo.

—Vaya, hace bastante frío aquí dentro. —comentó mientras

se encogía de hombros y entraba a la cámara. Antes de cerrarla, comprobó el interruptor de la luz, pero este no funcionaba. Le pareció extraño, pero decidió seguir adelante. Afortunadamente, Susana tenía en su mochila la linterna. La sacó y encendió la luz. Antes de que la puerta estanca se cerrara por completo, la joven dejó una revista que había cogido del supermercado, doblada y enrollada, para que no se cerrara del todo. —Solo me faltaba quedarme encerrada aquí y morir congelada. Paso. —se dijo a sí misma mientras cerraba su mochila y se aventuraba a explorar la cámara. —¡Vaya! Esto es impresionante… —Susana caminaba entre los cuerpos inmóviles de cientos de reses, colgadas en ganchos, dispuestos en fila a lo largo de la cámara. En la distancia, al final del recinto, Susana divisó la sala de máquinas, donde se controlaban los rieles que bajaban los cuerpos a la planta de abajo, llevándolos a las cintas de despiece.

—Solo me queda ir allí y, si no hay nada, habrá sido una completa pérdida de tiempo venir a este cementerio de animales. —se dijo a sí misma mientras se adentraba entre los cuerpos colgantes, pensando en si realmente era necesario visitar ese lugar cargado de muerte. De repente, entre los cuerpos congelados y a unos veinte metros de Susana, apareció inesperadamente una chica joven y alta, de no más de 15 años. Vestía un top ajustado, vaqueros y una chaqueta bomber muy corta, junto con unas botas de caña alta. Toda su vestimenta era de tonos oscuros. Su piel era blanquecina y su cabello, recogido en una coleta, era blanco. Los ojos de la extraña chica, iluminados por la linterna, tenían un iris de tono rojizo. La joven la miraba con una amplia sonrisa. Susana se quedó paralizada, sorprendida de ver a esa adolescente plantada frente a ella, sin decir palabra y sin apartar la mirada.

—Eh… no creo que sea casualidad ver a una chica joven aquí dentro… ¿Me estabas siguiendo? —Susana le preguntó con recelo después de darse cuenta de que la chica no decía nada, que todavía seguía inmóvil con una sonrisa inquietante, y sin responderle. Susana estaba confundida. —Chica, te estoy hablando. ¿No tienes frío con esa ropa? Yo estoy helada, joder. —se frotó las manos para darse calor. Intentó calmarse e intentar pensar que quizás la adolescente también estaba asustada al verla a ella. —Soy Susana, ¿y tú cómo te llamas? No tienes que tener miedo de mí, solo estoy de paso. ¿Puedo ayudarte en algo?, ¿estás perdida? —volvió a intentar obtener alguna palabra de ella, pero no tuvo éxito. La pálida joven seguía sin contestarle, sonriéndole y mirándola fijamente. Esa situación hizo que Susana se pusiera aún más nerviosa e inquieta. —Está bien, no me contestes si no quieres. Déjame continuar con mi camino y tú sigue el tuyo. Que te vaya bien, bonita. —le dijo Susana mientras comenzaba a avanzar. La

adolescente levantó el brazo enérgicamente.

—¡Espera! —exclamó. Susana se detuvo en seco.

—Vaya, resulta que sí puedes hablar. —le dijo a la chica, quien no se movió ni un ápice.

—Tú y yo somos similares, ¿no crees? —Susana no entendió a qué se refería. —Las dos deseamos un mundo mejor, ¿verdad? —continuó diciendo.

—Me conformo con que sea mejor que esto, eso seguro. —respondió Susana con sarcasmo y tono burlón. La joven de cabello blanquecino hizo caso omiso y prosiguió.

—Este mundo que nos rodea está corrompido. La codicia trae consigo guerras, hambre, destrucción… Están matando su propio hogar y todo lo que contiene. El problema es que las generaciones futuras no aprenderán y seguirán anhelando más y más poder a costa de la vida de innumerables seres. Tú y yo podemos cambiar eso. Podemos purificar el mundo y sanar la vida que hay en él. Seremos verdaderamente felices sin ellos, sin esa plaga. Pero nosotras no somos como ellos, no los mataremos, solo los traeremos aquí donde estamos tú y yo, para que vivan sin preocupaciones, en un nuevo universo donde tendrán todo lo que necesiten. En realidad, los liberaremos. Un planeta limpio de insectos, con ellos correteando en una enorme caja de zapatos. —le explicaba la chica con mucho énfasis y sentimiento. Susana no entendía nada de lo que le estaba contando. Pensó que debía de estar loca, al igual que todos los demás en ese lugar.

—¿Pero qué historia me estás contando, chica? —le contestó Susana enfadada, intentando evitar que le dijera más sandeces. Pasó junto a ella para dirigirse hacia la sala de máquinas. —Tengo mucha prisa como para que me cuenten chorradas, en serio.

—Sé qué estás buscando Susana, a él, ¿me equivoco? Juntas podríamos construir un mundo mejor, donde podríais vivir juntos una bonita historia como siempre has deseado, incluso podría ser infinita, te lo aseguro. —Susana se quedó petrificada al percatarse que esa chica, quizás sabía algo sobre el hombre desconocido que recordó en el supermercado.

—¿A quién te refieres con “él”? —preguntó asustada mientras se daba media vuelta para mirar nuevamente a la joven, quien no se había movido ni un centímetro después de que Susana pasara junto a ella. No entendía a quién se refería, pero le intrigó

pensar que podría saber algo más que ella aún no recordaba, aunque su lógica le dijera que era imposible que una cría desconocida supiera algo de su vida.

—Sé lo que estás pensando: ¿Cómo puede ser que esta mocosa lo conozca? Sé muchas cosas, Susana… —le dijo mientras se giraba lentamente, mirando a Susana con una sonrisa espantosa que aterrorizaría incluso al mismísimo diablo. La linterna se le cayó al suelo y, en un instante, la recogió para iluminar a la inquietante y extraña chica. Cuál fue su asombro cuando no pudo encontrarla. Casi al borde del infarto, Susana la buscó incansablemente, iluminando toda la habitación.

—¡No juegues conmigo! ¡No sé de quién coño me hablas! —exclamó Susana, visiblemente alterada.

—Tranquila, estoy aquí, a tu lado. —apareció súbitamente de entre un par de reses y se detuvo junto a Susana. —Entonces, no tienes ni idea de quién te hablo, ¿verdad? —le preguntó con sorpresa la adolescente peliblanca.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué se supone que puedo hacer yo? Solo quiero salir de este maldito lugar. —le dijo Susana desesperada, como si se estuviera haciendo a la idea de que esa conversación iba a acabar muy mal para ella.

—Ya te he dicho que te tranquilices. Solo quiero que vengas conmigo. Que estemos juntas, las dos, para crear un nuevo mundo. —le decía, casi susurrando en su oído. Susana no podía mover la cabeza, estaba paralizada por el miedo. Percibió el aroma dulce, pero empalagoso del perfume que provenía del cuello de la extraña adolescente.

—No pienso ir contigo… me estás engañando, y lo último que haría en este mundo sería acompañar a una desconocida a cumplir sus delirantes sueños. —le dijo Susana con determinación, en un último acto de valentía antes de lo que imaginaba sería su final. Se dio cuenta de que una mente así solo podía originar el caos, donde los impulsos prevalecen sobre la razón. Quizás, darle un navajazo sería lo más suave que se le ocurriría a una persona tan desequilibrada como esa joven y extraña chica.

—Está bien, no voy a obligarte, pero déjame mostrarte lo que te estás perdiendo con esa obstinación tuya. —sacó una camiseta de tirantes blanca de un bolsillo de su chaqueta y se la puso en una mano

a Susana. El aroma de una fragancia masculina la mareó y provocó un torbellino de sensaciones confusas. Susana se llevó las manos a la cabeza, soltando incluso la linterna, debido al intenso dolor que la embargaba. Entonces recordó cómo estaba en un espacio estrecho y oscuro, con ventanas al exterior, lo que parecía el interior de un coche. Estaba con un hombre, se besaban y comenzaban a quitarse la ropa. Susana le quitó la camiseta interior blanca, revelando un torso fuerte y con vello. No podía recordar exactamente su rostro, pero su cabello era corto y canoso. Susana se sorprendió por la intensidad de la escena, llegando incluso a avergonzarse de recordar algo así. Aquel hombre y aquel olor eran algo que le encantaba, por lo que entendió que él no era alguien pasajero, sino una persona importante en su vida, de su entorno. Comprendió que sentía algo muy fuerte por él, y ahora, al recordarlo, también lo volvía a sentir. ¿Quién era esa persona tan relevante? ¿Y por qué esa chica sabía que tenía algo que ver con ella? Se preguntaba mientras el dolor de cabeza comenzaba a disiparse.

—Es alguien muy valioso para ti, aunque no lo recuerdes, sé que sientes que es así. Por eso te hago esta oferta. Ven conmigo y juntas salvaremos este mundo, a cambio, yo te devolveré la parte más importante de tu vida. —le dijo la joven y pálida chica, observándola fijamente, ahora sin sonreír. Susana volvió a coger la linterna y la iluminó. No tenía ni la más mínima idea de quién era ese hombre, pero sabía que tenía razón, era alguien significativo en su vida y tal vez la clave de por qué estaba allí. Pero entonces recordó las palabras de la mujer demacrada y llena de cicatrices en el supermercado: “Te muestra lo que más anhelas y luego te lo arrebata”. “Pero ellos están ahí, nos están esperando, y somos su única esperanza”. Susana era experta en desconfiar de la gente, pero ahora más que nunca. Las palabras de la demente del supermercado tal vez le estaban advirtiendo de un peligro real que seguramente tenía que ver con la adolescente que tenía justo enfrente, pensó asustada Susana.

—No pienso ir contigo a ningún lado. Dime de una vez quién es la persona de mis recuerdos y dónde está. —le contestó Susana con determinación, pero aterrada ante lo que le pudiera suceder. La joven, que la seguía mirando seriamente, comenzó a reírse a carcajadas, incluso de manera exagerada.

—¿Tú me exiges a mí? Mira, te he dado una oportunidad de recuperar a… ¡Uy! Casi se me escapa el nombre. No obstante, has decidido no acompañarme, así que no recibirás nada. —metió las manos en los bolsillos de su chaqueta corta y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Eh, niñata! ¡Te he dicho que me lo digas! —en una situación normal, Susana no habría utilizado el bate, pero esa chica, o lo que fuera, tenía guardada información que a Susana le importaba demasiado recuperar, y debía detenerla. Sin embargo, sospechaba que agarrarla del brazo y obligarla sin recurrir a la fuerza no sería suficiente, por lo que no le quedó más remedio que intentar noquearla con el bate. Lo que no esperaba Susana, era que la pálida y extraña adolescente detuviera el bate en seco con una mano, y que le propinara una patada tan fuerte que la dejó en el suelo sin respiración durante unos segundos.

—Te arrepentirás de esto. He sido muy compasiva contigo, te he brindado la oportunidad de acompañarme y de ser feliz. Pero ahora… ¡Qué desperdicio, la verdad! —la adolescente caminó con brío y salió por la puerta de la cámara frigorífica, dedicándole una última mirada hostil antes de cerrarla. Con esfuerzo, Susana se puso de pie, agarrándose el pecho debido a la fuerte patada.

—¿Qué voy a hacer ahora? Estoy atrapada en la maldita cámara… —dijo angustiada, mirando a la alejada puerta por la que había llegado minutos atrás. Caminó lentamente hacia la puerta, dolorida aún. —Necesito saber quién era ese hombre y qué trama esa niñata pálida… con el pelo blanco también… ¡Joder, es igual que la niña del escaparate de la librería, la del dibujo! La niña también tenía el pelo blanco. ¿Estarán relacionadas la una con la otra o es simple casualidad? —en ese instante, comprendió que la adolescente se parecía mucho a la niña del dibujo de la librería. Tenían la piel clara, los ojos cristalinos y el pelo del color de la nieve. No creía que fuera una casualidad, y menos en un pueblo donde la fantasía oscura y la locura se entremezclan. Podrían ser familiares o incluso la misma persona, pensó Susana. Aunque sentía molestias por la patada que la adolescente le había propinado, la joven Susana se mantuvo erguida e intentó salir de la cámara por la misma puerta que la joven, pero estaba cerrada.

—Venga ya… no hay manera de abrirla. Está cerrada desde fuera. —se dijo para sí sin sorprenderse demasiado. Le resultó evidente tras ver cómo la adolescente la cerraba frente a sus narices. Susana volvió a repasar la cámara frigorífica, y no tardó en idear un plan de escape. La joven supuso que, si se colgaba de un cuerpo o de uno de los ganchos y accionaba los engranajes desde la sala de máquinas, podría bajar hasta la cinta de despiece, en el piso inferior, y salir del matadero. Sin pensarlo dos veces, entró en la sala de máquinas y, una vez levantados los machetes que alimentaban el cuadro, accionó la palanca que movía los engranajes. —De lujo, al

menos este cuadro está alimentado. Vamos allá. —mantuvo una velocidad lenta en la palanca y observó cómo los cuerpos sin vida de los terneros bajaban lentamente por los raíles del circuito. —Bueno, esto ha sido pan comido. —dijo en voz alta mientras se quitaba el abrigo que había cogido prestado y poder agarrarse con más facilidad a algún gancho vacío. Seleccionó con la mirada el hierro corvo más cercano y se acercó para agarrarse con fuerza, pero, antes de aferrarse, tuvo la sensación de escuchar unas voces que se quejaban y sollozaban, cerca de ella. Sobresaltada, retrocedió hasta chocar con la pared. Las voces le resultaron espantosas.

—¿Qué ha sido eso? – dijo en voz baja, asustada. Susana seguía escuchando cómo se lamentaban esas voces, de hombres y mujeres, incluso alguna voz infantil, que se acercaban a ella. También escuchaba unos pasos, pero no de personas, sino de algún animal cuadrúpedo, acechándola entre los cuerpos de las reses.

—¿Quiénes sois? Dejadme en paz… —dijo Susana con la voz quebrada y sobrecogida. Entonces, unos pocos metros más allá de ella, apareció un enorme cánido de pelaje negro. La luz comenzaba a volver a los halógenos de la cámara, pero lo hacían a trompicones, como si fallaran en su intento de mantenerse encendidos. Sin embargo, no hicieron falta muchos destellos de luz para que Susana descubriera que su visitante no era un simple perro. El animal, que avanzaba lentamente, exhibía su piel desgarrada, colgando en pedazos mientras revelaba músculos medio podridos que dejaban a la vista incluso los huesos de su imponente figura. Pero lo que más aterrorizó a la joven Susana fue que, entre el poco pelaje y carne que le quedaba al animal, sobresalían varias caras deformes, unas junto a otras, de dos mujeres, un hombre y la de un par de bebés siameses. Esas caras estaban demasiado desfiguradas para ser humanas, y sus rostros manifestaban una angustia infinita que dejó sin respiración a Susana. Intentaba desesperadamente que la pared se abriera de la nada, de alguna forma milagrosa, para poder escapar de esa abominación. Sin embargo, lamentablemente para ella, le era imposible hacerlo, al menos, en ese momento.

10 – Convergencia y desafío

La preocupación de José era evidente, mostrándose más agitado que antes. También era notable la lentitud y las pausas en su conversación. María, consciente de la anormalidad del estado actual de José, buscaba una explicación en la mirada de Pilar. La joven doctora, que estaba monitoreando el estado de José, sabía que su salud se deterioraba por momentos. El problema radicaba en que Pilar no comprendía las alteraciones en la pantalla de monitoreo. Los valores eran anormales, dentro de la gravedad de José, lo que producía en ella cierta confusión. Entonces, María le entregó el portafolio con unas palabras escritas en un papel blanco, evitando hablar para que José no se alterara y su salud se resintiera aún más:

¿Qué le está sucediendo? Haz algo

Pilar necesitaba a su compañero, Ramón, para discutir si debían administrarle un estimulante, siendo alto el riesgo de paro cardiaco, o si, por el contrario, con los valores que presentaba, sería contraproducente suministrarle un fármaco que fuera aún más potente, pero que mejorara la estabilización de sus constantes. Pilar escribió:

Necesito a Ramón, sin él no puedo hacer nada, María. Voy a ver por qué no ha vuelto

Pilar se puso de pie para devolverle el portafolio con el mensaje, pero María se levantó y la detuvo. Con el índice le indicó que se sentara y le escribió en el portafolio, el cual le mostró poniéndolo frente a ella:

Tú debes estar con él, iré yo

Entonces, María, dejó la grabadora y el portafolio en la silla. —Disculpe, José, vamos a hacer una pausa para descansar un rato. Intente no quedarse dormido, no quiero que pierda el hilo. Y puede estar tranquilo, está con los mejores doctores de este lugar. —María intentó que sonara lo más coherente posible, incluso bostezó para que José comprendiera que era necesario tomar ese respiro.

—Sin problemas, solo que los medicamentos parecen hacer efecto y me estoy quedando dormido. Ahora me vendría bien un poco de música para mantenerme despierto. —le dijo agotado a María, que encontró coherente la idea de la música para que se mantuviera


despierto. Abrió la puerta de la habitación y, con un gesto de su mano, María llamó a un compañero del contenedor hospital.

—Perdona, tráeme el altavoz portátil que tenéis, ese del pincho USB, por favor. —le dijo María a uno de los hombres que deambulaba preocupado y sin rumbo por el contenedor.

—Un momento, se lo traigo enseguida, inspectora. —le contestó amablemente. Una vez con el altavoz en su poder, lo colocó sobre una de las sillas y lo acercó a José.

—Va a tener suerte, José. Pasará un ratito animado con música. —le dijo amablemente mientras intentaba conectar el aparato.

—Espero que al menos merezca la pena, la música de hoy en día me gusta bien poco. —le contestó José con una sonrisa. María logró conectar el altavoz y comenzó a escucharse música electrónica.

—Por su reacción, me temo que no es la música que más le gusta. —le dijo María, intuyendo por la mueca de su boca, que no era de su agrado.

—Gracias, María, no es para nada mi género, pero lo prefiero antes que el pachangueo o el rap, si es que se le puede llamar música a eso. Me conformo con lo que hay, de verdad. Ha hecho mucho por mí. —le dijo José agradecido.

—Permítame que le diga que no se puede tener todo en esta vida, pero si le sirve de consuelo, a mí tampoco me gusta ese género musical. —ambos rieron.

—Si supiera que hoy en día hay música mucho peor que el rap o el pachangueo… en realidad, José, te has librado de los números uno actuales. —pensó María mientras sonreía. Cerró la puerta tras salir y vio cómo todos los presentes estaban sin escafandras, algunos fumando y otros tirados por ahí, esperando a ser rescatados. En una situación diferente, María les hubiera recriminado tal comportamiento, pero en ese momento, lo último que quería era empeorar la situación con ellos. María, que no solía empatizar mucho, comprendió que debían estar asustados, confusos y desesperados por estar encerrados como ratas. Por lo tanto, no tenía sentido hacer su obligada estancia aún más difícil. Esa gente no estaba preparada para mantenerse estoica ante una situación de catástrofe o conflicto. Eran simples científicos o técnicos que ganaban su sueldo como cualquier otro ciudadano, con la dificultad añadida de la confidencialidad por la función que desempeñaban. María lo comprendía. Esos técnicos o

científicos trabajaban por sus familias, por mejorar su currículum, o por llegar a fin de mes un poco desahogados, y al contrario que ellos, tanto María como sus compañeros del cuerpo de policía, eran muy diferentes a esa gente. María y el resto de agentes a su cargo, eran nómadas dentro de un sistema muy grande que los utilizaba como armas o herramientas en todo el territorio nacional, al igual que los guardias civiles o militares. Por eso, un porcentaje muy alto de personas en los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado no tienen familia, están divorciados, o terminan más alcoholizados que un pirata errante a causa de largos años de soledad, provocados por los cambios de destino y zona geográfica del país. Pero María no se arrepentía, ella eligió esa vida y el riesgo que conlleva su trabajo. Eligió tener en una esquina de su mente un arcón, bajo llave, donde guardaba la idílica idea de una vida más sencilla, compartida quizás con alguien amado; una vida llena de sueños y alegrías. María se imponía, diariamente, que su trabajo y todo lo que conlleva eran la ruta correcta, el camino que, con tanto esfuerzo, hizo realidad. Además, pensaba que el resto de la humanidad vivía una vida autoimpuesta por años y años de propaganda televisiva, películas donde el culmen de la felicidad es casarse, tener hijos e hipotecarse hasta morir. Cuando María experimentaba deseos o celos al observar cómo la gente común disfrutaba de sus vidas felices y ordinarias, ella se esforzaba por contrarrestar esos sentimientos, convenciéndose a sí misma de que estaba por encima de toda esa cotidianidad y de las demás personas. Creía firmemente que su astucia había sido clave para alcanzar sus sueños, sin encontrar ningún obstáculo que se interpusiera en su camino. Sin embargo, ese pensamiento celoso se repetía una y otra vez, sumiendo a María en un profundo sentimiento de envidia que la llevaba a adoptar una actitud arrogante frente a los demás. María, además de ejercer como inspectora jefa, ostentaba otro título no oficial: "La opresora". Así pues, a pesar de comprender la difícil situación que atravesaban los trabajadores del contenedor hospital en ese angustioso momento, estos siempre anticipaban algún reproche por parte de María.

—¡Hey! Levantaos, que viene María. —exclamó uno de los científicos al resto del personal, que descansaba en el suelo, sentado.

—No hace falta que os pongáis en pie, por favor. No he dicho nada de nada, ¿verdad? —María suspiró, negando con la cabeza. Con brusquedad se quitó la escafandra y encendió un cigarrillo. Todos evitaban fijar la mirada en ella, guardando silencio a la espera de sus acciones o palabras. Incluso algunos se levantaron y se movían de un lado a otro, simulando estar ocupados. María había dejado una impresión duradera y no era el momento adecuado para tratar de

cambiar la forma de pensar de todos aquellos individuos. Ya trabajaría más adelante en sus relaciones sociales con esa gente, supuso.

—¿Alguien ha visto al maldito doctor Ramón? —buscó con la mirada en todas las direcciones, pero no logró encontrarlo. —Por todos los diablos, este lugar no es tan grande como para que alguien se pierda sin que nadie sepa dónde está.

—Eee… sí, hace un rato me preguntó dónde podía ir a mear y lo envié al quirófano. —respondió el hombre que le había indicado a Ramón dónde dirigirse para evacuar. María se acercó al ojo de buey del quirófano, pero estaba empañado y sucio, como si hubiera caído algún líquido sobre él y se hubiera secado dejando manchas opacas.

—¿Qué hostias es esto? El maldito cristal está manchado por el otro lado… no veo absolutamente nada. —pronunció María mientras intentaba encontrar un pequeño espacio, sin manchas en el cristal. Luego, agarró el pomo de la puerta e intentó abrirla, pero se encontraba cerrada desde el interior. —¡Maldita sea! ¡Ramón! ¿Qué cojones estás haciendo ahí dentro? ¡Llevas mucho tiempo encerrado, abre! —María golpeó la puerta y llamó a Ramón repetidamente, pero no obtuvo respuesta. En ese mismo instante, el inspector Óscar cruzó por su mente. Escudriñó el lugar con la mirada, no obstante, no logró verlo en ninguna parte. Quizás estaba en otra habitación o incluso descansando en la morgue, pensó. Si encontraba al doctor y lo llevaba rápidamente junto a Pilar y José, luego trataría de dar con Óscar y, si se encontraba tranquilo, lo invitaría nuevamente a colaborar con ella en el caso. Aunque a los ojos de Óscar no fuera así, María prefería tenerlo en la habitación, codo con codo. Cuatro ojos ven más que dos; una frase que siempre le venía a la mente y que utilizaba con frecuencia a lo largo de su carrera. Después de desistir en su intento de abrir la puerta del quirófano, María se dirigió hacia los estantes y armarios que colgaban de la pared del contenedor, sobre los largos escritorios. Entonces, abrió una de las puertas blancas, dejando ver una caja fuerte de considerables dimensiones. Marcó los números 2286 en el teclado y el sonido de un pitido agudo se hizo presente. Abrió la caja y extrajo una PDA, una pistola y un par de cargadores.

—Las armas están prohibidas aquí dentro, según la normativa… —intentó decir una de las científicas mientras señalaba a María.

—Las restricciones son impuestas por aquellos poderosos ejecutivos trajeados que nunca salen de sus cómodas oficinas. Cuéntame lo de la normativa una vez termine de salvarnos la vida,

Inés. —dijo bruscamente a la mujer, dejándola boquiabierta. Con determinación, María cogió un extintor que se encontraba junto a la puerta de entrada del quirófano y lo utilizó repetidamente contra el pomo, golpeándolo con fuerza, hasta que finalmente se rompió y la puerta se abrió lentamente. Sin dudarlo, María entró empuñando su pistola. Frente a ella, pudo observar que el lavabo estaba salpicado de sangre y en el suelo había un rastro de fluidos que se perdía bajo las cortinas del quirófano. A medida que se acercaba, María percibió leves sonidos que le hicieron sospechar que había algo viscoso moviéndose tras las cortinas.

María no pudo evitar reflexionar sobre las diversas razones por las que el doctor seguía atrapado en el quirófano. Tal vez se había resbalado y golpeado fuertemente la cabeza contra el lavabo. O quizás su compañero Óscar, en un arrebato de locura, lo había asesinado. Incluso, una idea menos descabellada, como la del posible suicidio del doctor, provocado por la presión y el estrés de lo que había ocurrido esa noche, eran totalmente posibles. María sabía que debía averiguarlo, pero ninguno de los científicos desorientados estaría dispuesto a ayudarla. De hecho, habían cerrado la puerta a espaldas de María, dejándola totalmente encerrada, mientras algunos de ellos intentaban espiar por el ojo de buey. A María no le sorprendió en absoluto; era una reacción lógica de supervivencia y no les culparía si lograba salir con vida de allí.

Con su experiencia en el mundo policial, María decidió detenerse a una distancia prudente de las cortinas. Recordó las palabras constantes de su antiguo profesor:

"Solo tenemos una vida, y es preferible que sea una bala la que atraviese la peligrosa distancia que nos separa del mal. No somos Bruce Willis en La jungla de cristal, corriendo hacia el peligro, señoras y señores"

Apuntando su arma hacia las cortinas de plástico, María se preparó para lo que pudiera encontrar.

—Ramón, quiero que lentamente abras la cortina y te muestres, solo quiero ver cómo te encuentras. —expresó María con determinación, esperando que siguiera vivo. Sentía mucho miedo por lo que podría haber detrás de ese trozo de plástico.

—Si abro la cortina, me matarás y no quiero que eso suceda. —respondió Óscar, con una voz temblorosa y débil. María se quedó perpleja, no se esperaba en absoluto que Óscar le respondiera, y mucho menos con un tono de voz que denotaba desesperación. María

no entendía nada, no podía comprender por qué estaba tan apagado y asustado, por lo que temió que hubiera hecho algo terrible.

—Óscar… ¿Qué estás haciendo ahí? Vamos, abre la cortina, por favor, no voy a hacerte daño, pero necesito que la abras. —María intentaba controlar su miedo, pero comenzaba a temblar, perdiendo estabilidad al apuntar. Sabía que Óscar no estaba bien y posiblemente estuviera relacionado con su salida al exterior.

—Lo haré, pero no me dispares, déjame que hablemos un momento. —la cortina empezó a moverse en diferentes áreas, como si estuviera buscando la forma de abrirla. Con tanto movimiento desesperado, la cortina se despegó del suelo y María pudo ver un par de formas lisas, blanquecinas y viscosas, moviéndose e impregnándose con la sangre del suelo. A María se le erizó el vello del cuerpo y, por un momento, se quedó sin pulso. No estaba preparada para lo que acababa de presenciar. Intentando controlar su miedo, dio pasos lentos hacia atrás y se apoyó en el marco de la puerta, para evitar que una gran falange, como la que había logrado abrir la cortina, la golpeara y la matara al instante. María se sentía aterrada, hiperventilaba y temblaba, pero no saldría de allí sin exterminar a esa criatura.

—¿Por qué te alejas de mí? ¿Acaso crees que te causaré daño, María? Qué dilema… todavía me siento débil… el doctor me ha agotado considerablemente. Se retorcía y luchaba mucho más de lo que imaginaba. Si no estuviera tan agotado, estarías hecha papilla. Pero tranquila, pronto tú y tus amigos me acompañaréis, pronto… cuando recupere fuerzas. —dijo Óscar, alternando su voz con la del ser que lo dominaba. El cuerpo de Óscar estaba hinchado y desnudo, y tanto su rostro como el resto de su ser se deformaba, abultándose y encogiéndose en cada centímetro de su piel húmeda. De un costado surgieron numerosas falanges blancas y viscosas, de gran tamaño, que introducían en un gran agujero dentado, como si fuera una boca, los trozos desmembrados del cuerpo del doctor. Estas falanges se movían como lentas babosas, dejando una sustancia pegajosa y resbaladiza en todo lo que tocaban.

—¿Qué eres exactamente? —preguntó María aterrada, luchando por mantener firme la pistola en sus temblorosas manos.

—Soy Óscar, ¿no me reconoces?, ¿por qué me miras así?, ¿te repugno tanto, María?, ¿te crees superior a mí? —le dijo la extraña criatura mientras intentaba señalarla. —Deberías ser tú quien me coma y no a este viejo enfermo. Ven aquí y bailemos, querida. —

María no dejaba de fijar la mirada en él, respirando profundamente, intentando controlar el ritmo, para recobrar la compostura. —Solo buscas reconocimiento a costa de los demás, y solo piensas en tu propio bienestar. ¿Sabes qué? Ahora soy yo quien alcanzará grandes logros. Sin depender de ti ni de nadie más. Pasaré por encima de tu cadáver y de cualquier obstáculo para alcanzar la gloria. —le decía Óscar con su peculiar y terrorífica voz.

—Escúchame, engendro asqueroso, si hay algo que tiene más valor que tu propia vida y la de los demás, es el espécimen. Incluso estaría dispuesta a sacrificar mi vida en este mismo instante con tal de obtener respuestas. Así que, si tu deseo es dominar el mundo y aniquilar a todos, que así sea. Pero antes, concluiré lo que he venido a buscar. —dijo María con determinación y valentía, intentando controlar su miedo.

—Ya verás cuando te devore y dejes de decir tonterías… —el viscoso ser seguía hablando hasta que fue interrumpido por María.

—¡Tu sola existencia es asquerosa! El Óscar que conocí era leal, inteligente y ambicioso… ahora no eres más que una criatura repugnante y patética. Te has dejado corromper por esa abominación… tus insensateces son las que han logrado dominarte a ti. Te preocupaste más por nuestros errores que por ser verdaderos compañeros y resolver esto juntos. Esta era tu oportunidad de destacar y la has desechado sin pensarlo. —le reprochó María, con lágrimas en los ojos, lamentando el destino que ahora le había tocado vivir.

—Yo no quería… eres una despreciable zorra, maldita sea. Ven aquí y dime todas esas cosas a la cara… en realidad, solo deseaba ser un buen policía y cumplir órdenes… ¡Cállate, imbécil! —dijo la voz extraña, agresiva y también Óscar, quien dejó caer una lágrima por su ojo derecho, que estaba a punto de desprenderse de su cuenca ocular debido a la malformación que estaba sufriendo.

—Si aún conservas algo de dignidad y respeto por quien solías ser, pégate un tiro y no te conviertas en cómplice de nuestra extinción. Te brindo la oportunidad de redimirte por tus propios medios. —le dijo María, arrojándole la pistola, que se deslizó por el suelo. Uno de los científicos abrió rápidamente la puerta, permitiendo a María salir del quirófano.

—Es desconcertante este lugar, incluso apacible en realidad… Por favor, no lo hagas, debo intentarlo. Debemos aprovechar esta nueva oportunidad… Puede que no merezca ese

espectáculo que me estás ofreciendo. —María escuchó las palabras de Óscar antes de que se disparara en la cabeza. Con determinación, rompió el cristal del pulsador de la puerta y apretó el botón rojo. La pesada placa comenzó a descender, aislándolo a Óscar y su inquilino dentro del quirófano.

—¿Esa cosa está muerta? – preguntó uno de los científicos. María observaba en silencio, aún presa del miedo, a través del pequeño y sucio ojo de buey a la masa deformada y viscosa, que se retorcía en un sufrimiento desgarrador. Tras unos segundos, la plancha metálica tocó el suelo y el quirófano quedó completamente aislado.

—No seré yo quien compruebe si sigue con vida, pero para curarnos en salud, tengo un remedio que no falla. — le contestó al hombre tras hermetizar el quirófano. Sacó del bolsillo del traje la PDA y pulsó el icono que indicaba "START" para activar el sistema de incendiado de ese habitáculo. Guardó de nuevo la PDA en el interior del traje y encendió un cigarrillo. Todos quedaron atónitos, y varios de los científicos agradecieron y felicitaron a María por lo que acababa de suceder.

—Es mi deber… esperemos no tener que lamentar más desgracias. — dijo María, horrorizada por lo que acababa de hacer. Sabía que su entereza y valentía eran imprescindibles para dominar una situación de ese tipo. Ahora solo quedaba seguir adelante con la misión. Ya habría tiempo de llorar por aquellos que habían perecido una vez que fueran rescatados.

—Veo que la música no está logrando despertarle lo suficiente, ¿verdad, José? —se dirigió al hombre, que cada vez estaba más pálido y somnoliento. Pilar miró desconcertada y encogió los hombros, mostrando su confusión al no ver al doctor.

—Tranquila… estaré con usted enseguida, solo tengo un poco de frío, pero haré lo posible por… — José tosió con fuerza. María cogió el portafolio con rapidez y escribió en él:

Nos toca hacer esto sin Ramón

Pilar, temiendo lo peor, confirmó sus sospechas al ver la cara cabizbaja de María. Sin perder más tiempo, cogió el medicamento y se lo administró a José. No pasaron ni cinco minutos cuando el moribundo hombre comenzó a sentirse mucho más animado.

—¿Se encuentra mejor? ¿Cree que será capaz de continuar,

José? – preguntó María una vez que lo vio un poco más despierto.

—Preferiría estar contando esto en un bar mientras disfrutamos de una buena copa, pero no hay alternativa, ¿verdad? —María sonrió y negó con la cabeza. José imaginó que la inspectora estaría encantada de acompañarlo en esa charla en un lugar más distendido, por lo que también sonrió y prosiguió su historia. —Aquella noche, cuando descubrí la ilógica razón detrás de la desaparición de Rosa, intenté sacar toda esa información de mi mente, pero me fue imposible. Trataba de encontrar sentido a esa atrocidad, pero ninguna de las razones más rebuscadas lograba cambiar mi idea de que esa gente había matado a una persona, incluido su fiel compañero, Héctor. Así que, antes del amanecer, me duché y bajé para tomar una enorme taza de café y poder aguantar la jornada sin quedarme dormido en la mesa de trabajo. Cuál fue mi sorpresa cuando encendí la luz y me encontré a Dolores, abrazando con sus bonitas y trabajadas manos una gran taza de té. Ella me miró y sonrió con lágrimas en los ojos.

—Buenas, veo que como yo hay más gente en esta casa que no puede conciliar el sueño. —me dijo, volviendo su mirada hacia el té. Sin decir una palabra, me dirigí a la encimera y me preparé café en la cafetera italiana.

—Dolores, necesito una explicación. —le dije seriamente, pero con calma.

—Es comprensible que me la pidas, pero dentro de poco Héctor se levantará para prepararnos el desayuno a todos. ¿Por qué no vamos a la sala de estar y tomamos nuestras bebidas allí y hablamos tranquilamente del tema?, ¿te parece? —me preguntó amablemente, aunque con una sonrisa forzada. Una vez preparado el café y servido en una taza, no hizo falta decir más para que fuéramos a la pequeña sala de estar. Nos sentamos en dos sillones diferentes, encontrados en la calle, pero aún cómodos para seguir utilizándolos.

—Estoy muy enfadado, demasiado, sin embargo, no quiero volver a hablar de lo que sentimos el uno del otro. —comencé a decirle.

—Lo entiendo, le he dado mil vueltas, y si fuera tú, también sentiría la misma indignación… lo siento. De verdad que no sabía cómo decirlo… —entonces la interrumpí.

—Ya te he dicho que no quiero hablar de eso, Dolores. Es un asunto cerrado. Ni de tu relación con Raúl ni nada relacionado con ese

tema. Creo que somos lo suficientemente adultos como para saber en qué posición estamos cada uno de nosotros. En realidad, necesito explicaciones de otro asunto más peliagudo. En estos momentos estoy furioso por lo que habéis hecho, sois unos asesinos, todos vosotros. —la cuestión del desamor seguía doliéndome, por supuesto, pero en ese momento quería respuestas sobre la desaparición de Rosa.

—Me estás hablando de la ofrenda, ¿verdad? —Dolores cambió su expresión casi al instante. De estar completamente avergonzada, pasó a adoptar una postura seria y estoica. Su cambio repentino me sorprendió.

—Exacto. Quiero que me expliques qué le habéis hecho a esa mujer. Jacinta me contó una historia absurda que no he querido creer, pero que no puedo sacar de mi cabeza. Dime que es mentira, que me están engañando. —sin quererlo, mi tono empezó a elevarse. Estaba furioso, pero anhelaba fervientemente que no fuera real, que Dolores lo desmintiera y me revelara una versión más convencional, frecuente en muertes de personas, por desgracia. Deseaba que la razón fuera un sueño anhelado que era truncado, llevando a la encantadora Rosa a ser la causante de su propio acto final.

—Jacinta no te ha mentido, José… Rosa ha tenido la suerte de regresar al seno de Na. Su alma, al igual que las nuestras, es etérea en comparación con la gran Na, que nos protege y solo nos pide reemplazarlas por las nuevas que nos regala. —Dolores me explicaba todo eso con una pasividad inverosímil, como si estuviera cansada de repetirlo una y otra vez.

—¡Estáis todos jodidamente locos! ¿Qué persona se suicida cuando le quedan tal vez otros treinta o cuarenta años de vida? No puedo entenderlo, Dolores, ¿Qué sois?, ¿una maldita secta? —mi enfado era tan intenso que sentía que mi corazón latía a mil por hora, retumbando con fuerza en mis tímpanos.

—No se ha suicidado y no somos una secta. ¿No ves que este mundo está lleno de calamidades, desgracias, gente perturbada, dementes…? Este mundo estaba condenado, destinado a la extinción total, hasta que, en este pequeño pueblo, estas personas y yo descubrimos que había un rayo de esperanza, y esa esperanza no es más que creer en algo que siempre ha estado aquí, antes que nosotros; ella es la naturaleza. Nuestros antepasados la veneraban, se nutrían de ella sin dañarla y a cambio le ofrecían sus vidas, para regresar de vuelta a ella. Nosotros solo hemos recuperado esos valores de mutualismo. Te pongo un claro ejemplo de cómo funciona Na; los hipopótamos y los pájaros que limpian sus

dientes. Ellos, grandes y feroces, y los pájaros, pequeños e indefensos. Se complementan para beneficiarse mutuamente. Los pájaros limpian los dientes y libran sus cuerpos de parásitos, mientras que ellos, los hipopótamos, los acoge, brindándoles protección. —Dolores me hablaba como a un niño que llora desesperadamente sin entender qué es la muerte.

—*No considero que sea un buen ejemplo, es más, ninguno de esos animales se sacrifica para alimentar el "alma" del otro. Joder Dolores, estoy flipando con toda esta mierda y tú contándome un absurdo intento de similitud entre simbiosis animal y sacrificios a un dios. Además, no entiendo cómo podéis creer en esa locura, sinceramente.* —continué confundido, cabreado, pero continué dándole la oportunidad de expresarse. Considero que, de haber sido otra persona, habría decidido salir de ahí sin esperar un minuto más. Sin embargo, al tratarse de Dolores, quien me había demostrado una coherencia mucho más sobresaliente que aquellos que habían estado presentes en los últimos años de mi existencia, continúe prestando atención a sus palabras.

—*Por supuesto que creemos en Na, y sabemos que, ya sea por muerte natural o como ofrenda, el alma de esa persona llega a una nueva dimensión para unirse al resto y obtener un nivel infinitamente más elevado de conciencia y sabiduría. Piénsalo, es como si te tocara la lotería, nada material, pero sí el clímax de la riqueza espiritual. Cualquiera desearía eso, José, y cuando lo entiendas, también querrás que te toque. Debes pensar que nuestra felicidad, bienestar y crecimiento personal se deben a Na.* —ya no sabía cómo responder. El cansancio y el intento de comprender lo que estaba sucediendo me provocaban un fuerte dolor de cabeza.

—*Sigo sin entender cómo habéis permitido algo así… pero, ¿me estás diciendo que Rosa sabía que moriría?, me refiero poco antes de esa ofrenda.* —pregunté intentando encontrar algo de claridad en el asunto.

—*¡Por supuesto! En cuanto recibió la noticia esa misma noche de que ella era la elegida, se inundó de alegría. Una recompensa mucho más valiosa que cualquier bien material, como ya sabes.* —me quedé pensativo, tratando de procesar toda esa pasmosa, pero aún aterradora para mí, información. —*Toma, léelo y podrás comprender mucho mejor lo que te estoy diciendo.* —Dolores se levantó y me ofreció un imponente libro que reposaba en la biblioteca, detrás de ella. —*Amplía tus horizontes, sumérgete en su lectura, utiliza tu lógica e inteligencia para analizarlo y llegarás a comprender que es totalmente factible. La sociedad nos ha cegado con sus mecanismos oxidados de consumismo, como si*

fuéramos meros dispensadores de billetes cada vez que sale un nuevo producto al mercado. Sin importar las consecuencias que dejamos a nuestro paso, centrados únicamente en nuestro propio ego y alimentando el odio hacia otras personas y todo lo que nos rodea. Durante muchos años hemos vivido con la cabeza gacha, ignorando la verdadera realidad de la vida y desconectados de la naturaleza y sus múltiples regalos. Nos hemos convertido en esclavos de nuestra propia codicia. —sus palabras estaban llenas de razón, de eso no había duda, pero aún seguía muy reacio con todo el tema de esa religión y sus sacrificios. No me iba a dejar engatusar por una panda de locos asesinos, o eso creía. Cogí el voluminoso y pesado tomo, y pude notar que era idéntico al libro que Ura estaba leyendo el día en que llegué, el libro de la "otra" Ura.



A medida que la abominación se acercaba, Susana notó cómo parpadeaba una luz verde en el radiocasete. Rápida, pero torpemente, cogió los auriculares que llevaba alrededor del cuello y se los colocó en la cabeza.

—*Pensé que te había perdido, la señal es deficiente, por lo que veo. Te encuentras en una situación delicada, señorita, pero no te preocupes, encontraremos una solución. ¿Ves a tu derecha todos esos cuerpos apilados junto a una especie de carreta metálica?* —Susana lanzó una rápida mirada hacia los cuerpos de las reses. —*Bien, pues agáchate y salta hacia ellos cuando te lo indique.* —Susana no pudo responder, pero comenzó a cambiar su postura, como le había indicado la voz del radiocasete, sin dejar de observar al animal putrefacto. La siniestra quimera adoptó una posición de ataque y, aunque los lamentos de las cabezas que portaba eran terriblemente fuertes, Susana pudo escuchar sus gruñidos amenazantes.

—*En tres, dos, uno... ¡Salta!* —exclamó la voz, y Susana saltó con suerte, evitando que el diabólico cánido la atrapara, por lo que chocó contra la pared. Aturdida y habiendo perdido más pedazos de su putrefacto cuerpo, la bestia buscó desesperada a Susana, que permaneció tumbada entre dos de los cuerpos inertes, decidiendo no moverse y esperar a que se alejara tras no encontrarla.

—*No es momento para dudas, chica. Coge de la caja metálica uno de los ganchos con mosquetón. Una vez lo tengas, engánchalo a una de las cadenas libres de los raíles.* —Susana observó cómo la criatura olfateaba para encontrarla y tras otro vistazo, pudo ver una de las

cadenas sin ningún animal colgado de ella. Decidió que esa sería la cadena donde colocaría el mosquetón con el gancho.

—No entiendo por qué tengo que colocarlo en la cadena, ¿para qué? —preguntó en voz baja la joven Susana.

—*No hay tiempo para más explicaciones, pero ten claro que lo necesitas. ¡Vamos!* —le dijo la voz para que se apresurara.

—No podré hacerlo. Me atrapará en cuanto haga algo de ruido. —susurró en voz baja. Susana estaba desesperada, pero sabía que no tenía otra opción para librarse de esa criatura.

—*Confía en mí. Coge el gancho. Eso es lo primero.* —Susana siguió las instrucciones, temblando e intentando que sus movimientos pasaran desapercibidos. Al introducir la mano en la caja metálica, cogió lo primero que encontró. Era un gancho con un mosquetón soldado, tal y como le había indicado la voz del radiocasete. Susana no comprendía cómo podía saber lo que sucedía en cada momento o dónde se encontraba todo lo que le indicaba. ¿Acaso habría algún sistema de vigilancia por videocámaras? Se preguntó.

—Si logro salir de esta, tengo demasiadas preguntas para ti, voz misteriosa. —susurró a la voz de los auriculares.

—*Tranquila, cumpliré con mi palabra. Te lo prometo.* —Susana avanzó agachada y sigilosa para evitar que el animal la escuchara. Cogió la cadena suspendida a la que le había echado el ojo y, al enganchar el mosquetón en ella, este se le resbaló al intentar dejarlo con suavidad y golpeó el eslabón donde lo había introducido, produciendo un ruido fuerte y metálico que no pasó desapercibido para la criatura putrefacta. El gran animal corrió hacia ella. Era tan grande que retumbaba toda la sala con cada pisada. Susana, aterrorizada hasta el punto de no poder emitir ni un chillido, se dejó caer al suelo y se cubrió la cabeza.

—*¡Levántate y coge el gancho! ¡Atácale con él!* —la voz desesperada le gritó, pero Susana se quedó inmóvil, paralizada por el miedo que la invadía. El perro la mordió con fuerza, zarandeándola de un lado a otro, por suerte, Susana no pudo creer que el animal la hubiera agarrado por la mochila en lugar de su cabeza, que se encontraba a escasos centímetros de la enorme boca del monstruo. Entre las sacudidas, logró liberarse de la mochila y corrió hacia una de las reses colgadas y logró aferrarse a ella. Escaló casi hasta el raíl que las transportaba, con la esperanza de que el gran animal no pudiera

alcanzarla. El perro saltó, consiguiendo rasgarle con un colmillo los leggings y producirle en su pierna un profundo desgarro en su piel y músculo. Susana gritó de dolor, pero siguió escalando el frío e inerte cuerpo hasta llegar al raíl. El desesperado perro intentó volver a alcanzarla, pero fracasó en su intento, para consuelo de Susana, que se había orinado por el miedo. El animal cesó, abandonando su empeño y observando atentamente su entorno.

—¿Qué hace ahora?, ¿qué busca? —preguntó Susana desesperada. El perro se dirigió a la caja metálica donde Susana estaba escondida y, casi sin esfuerzo, la volcó, esparciendo varios cuerpos de reses congelados. Entonces, con la cabeza, comenzó a arrastrar la caja metálica hacia donde estaba Susana.

—Está intentando alcanzarte, como buen cazador. Pero seamos más astutas que él. Pasamos al plan "B". Intenta agarrar la cadena a la que le has colocado el gancho, es la de enfrente, alcánzala. —Susana hizo caso y sin demasiado esfuerzo, estiró el brazo y fue recogiendo la cadena hasta llegar al gancho. *—Es sencillo, cuando salte hacia ti, deberás soltarte y clavarle el gancho, en el momento preciso, de lo contrario, será un final desafortunado. Es fácil. Él salta, tú te sueltas y lo enganchas como lo está el cuerpo en el que estás sujeta.* —le dijo la voz a Susana, quien no estaba preparada para lo que le pedía. El perro, una vez acercó la gran caja metálica donde estaba Susana, se subió fácilmente de un salto. Susana lloraba desesperada, sin darle importancia a la profunda herida que tenía en la pierna, solo esperaba con angustia su destino. La peluda abominación saltó desde la caja para alcanzarla y Susana, sin saber en qué momento liberarse de la res a la que estaba sujeta, decidió dejar que el destino decidiera lo que estaba a punto de suceder. Las feroces e inmensas fauces se abrían y cerraban mientras la criatura se suspendía en el aire después del gran salto. Sin éxito, intentó atrapar alguna parte del cuerpo de Susana, pero ella, golpeándose con el lomo del animal, logró agarrarse con su mano a una de las cabezas lamentadoras y con la otra insertó la fina punta del gancho en la boca de otra de las abominables cabezas que estaba situada en la zona de las costillas. Susana se resbaló casi al instante y cayó al suelo, justo al lado de la caja. Dudó por un instante si el gran cánido no la había aplastado al caer detrás de ella, pero afortunadamente, pendía colgado por el costado, atravesado por el gancho entre dos de sus costillas.

—¡Vamos! Debes accionar el interruptor para activar los engranajes y permitir que la cinta lo lleve hacia abajo, a la zona de despiece. —le instó la voz una vez que el animal quedó atrapado. Sin perder tiempo, Susana corrió hacia la sala de control y pulsó el botón

que se encontraba sobre el dibujo de unas flechas, que formaba un circuito cerrado y una flecha que bajaba junto a él. El sistema de transporte al piso inferior comenzó a funcionar de manera torpe, abandonando su movimiento circular en la sala. En ese momento, tanto los cadáveres congelados de las reses como el del perro mutante bajarían en fila hasta el nivel inferior. Antes de que el animal, que se lamentaba como cualquier perro malherido, descendiera por el circuito hacia la zona de despiece, hizo varios intentos desesperados por soltarse, rozando el éxito en un par de ocasiones.

—No creo que logre liberarse, parece que lo has pescado formidablemente, así que no debes preocuparte. Súbete a la caja y asegúrate un transporte animal para descender con él. Saldrás por la puerta principal del edificio una vez llegues abajo. —Susana no respondió a la voz, se quedó contemplando todas sus pertenencias dispersas por el suelo, destrozadas, como su mochila y la cámara polaroid, hecha añicos. El mango del hacha estaba roto también debido a la increíble presión de los molares del animal, volviéndola inservible. Susana recogió del suelo sus gafas, la linterna, el mapa, la navaja multiusos y la llave que había encontrado al despertar dentro de su coche. El resto de sus pertenencias no tenían salvación. Se despojó del abrigo que había cogido antes de entrar a la zona de congelación y lo dejó caer al suelo. Una vez pasó delante de ella una de las reses congeladas, Susana saltó y, agarrada a ella, bajó a la planta inferior, antes de que lo hiciera el cuerpo agónico del diabólico cánido.

Una vez abajo, saltó de la res y no quitó ojo al funcionamiento del circuito. Al llegar a la cadena de despiece, cada animal que pasaba por el sensor que detenía el movimiento de la cadena, activando un brazo mecánico que hábilmente dividía el cuerpo en dos mitades, dejando caer una en la cinta transportadora y la otra colgada en otro brazo más adelante. Susana pudo observar cómo esto mismo ocurría con su agónico antagonista y, antes de que llegara su turno, decidió pulsar el botón de parada de emergencia ubicado junto a la cinta. Recogió su cabello y se preparó. Agarró el bate de béisbol y no dejó de golpear al animal en la cabeza hasta quedar completamente agotada. Cada impacto producía un sonido sordo de huesos y tendones destrozados, acompañado por los desgarradores gritos del animal. Los pedazos de carne saltaban y ensuciaban todo a su alrededor, incluso la ropa de Susana, aunque eso no le importaba. Aquella entidad se convirtió en ese momento en el principal culpable y causante de los infortunios y de todo el sufrimiento que soportaba Susana, y debía pagar por ello. Lloraba desconsoladamente, pero no de miedo, sino de ira, rabia y frustración provocadas por lo que estaba viviendo. El bate quedó completamente

impregnado de sangre cuando finalmente dejó de golpearlo. El animal ya no se movía, permanecía inerte, colgado aún del gancho. Allí donde antes se encontraba su cabeza, solo quedaban trozos de piel y músculo colgando de su cuello. Susana lo había dejado irreconocible.

—Me alegra sobremanera que sigas con vida. También soy partidaria de liberar el estrés y la negatividad acumulada, pero... me has dejado perpleja con esos movimientos. —dijo la voz con cierto entusiasmo. Mientras tanto, Susana activó de nuevo la cadena de despiece para que el brazo mecánico dividiera lo que quedaba del putrefacto y desfigurado cánido, partiéndolo en dos mitades que cayeron sobre la cinta. La joven se acercó al cuerpo dividido de la criatura, mirándolo furiosa.

—Tenía dos opciones, o hacía eso o me quitaba la vida. —contestó sin apartar la mirada del animal. Susana observó los rostros humanoides durante unos segundos, provocándole un miedo profundo. A pesar de ser caras desfiguradas y humanizadas, Susana sintió una leve compasión, ya que todas ellas mostraban una expresión de desesperación y angustia. Esto le resultó un tanto extraño, como si esas caras pertenecieran a personas reales, incluso las cabezas siamesas infantes. Pensó que lo que estaba experimentando podría ser una ilusión creada por su mente, debido al agotamiento y al estrés. Sin embargo, cada vez tenía más dudas acerca de lo que era real y lo que no lo era.

Una vez frente a las dos mitades de la criatura, Susana pudo observar cómo las entrañas diferían significativamente de la imagen mental que tenía de las criaturas reales por dentro. Había algo incorrecto, todo eran vísceras de tono rosáceo y un líquido viscoso y blanco. Susana se cubrió la boca con su sudadera gris para evitar inhalar el hedor putrefacto que emanaban todas esas vísceras. Incluso pudo distinguir finas nubes de vapor rosáceo, que se abrían paso fácilmente a través de la tela de la prenda, resultando imposible evitar aspirarlo. Susana comenzó a sentir mareo, aunque no era una sensación desagradable, sino todo lo contrario. En ese momento, una gran felicidad y tranquilidad la embargaron, al punto de que nada más importaba, más que mantener esa sensación eternamente en su cuerpo. Entonces volvió a recordar, dibujándose en su mente un gato atigrado con tonos pardos que ronroneaba sobre ella, ambos felices y disfrutando del momento, aunque sus manos eran diferentes, con las uñas pintadas de un elegante color carmesí y una alianza adornada con un rubí. Una alianza que le resultaba sorprendentemente familiar. Pero no eran sus manos. Esas pertenecían a una mujer adulta, de dedos largos y delicados. Luego, con la otra mano, colocó una pastilla

dentro de la boca del felino y, con la mano que lo acariciaba, lo obligó a tragarla, sujetando firmemente su hocico. Susana, angustiada al presenciar esas imágenes en su delirante viaje tóxico, provocado por el vapor del animal, comenzó a retornar a la realidad.

—Dios mío, me duele mucho la cabeza… —exclamó en voz alta.

—*Estos viajes oníricos son generados por las criaturas que habitan este lugar. Son como el desprendimiento del alma de dichas criaturas, y casualmente, te benefician a ti.* —explicó la voz a Susana, quien aún no se sentía del todo bien tras su regreso a la realidad.

—Solo sé que todo iba de maravilla hasta… —Susana fue interrumpida.

—*Hasta que tuviste una visión. Sí, es como el inicio de un viaje o una excursión, como cuando eras niña, con toda esa emoción, felicidad, ilusión y expectativas puestas en ello, y luego, ¡zas!, todo se echa a perder y el viaje se cancela de imprevisto. ¿Me equivoco? Por cierto, ¿cómo está tu pierna?* —Susana miró su pierna y, después de limpiar la sangre con un trozo de papel de un rollo que encontró junto a la cinta, se sorprendió al comprobar que no estaba herida, solo sus leggings estaban rasgados.

—Vaya… es increíble… —dijo Susana, sorprendida.

—*Son las cosas positivas de deshacerte de los malhechores, cariño.* —dijo la voz en tono gracioso, pero Susana decidió ignorarla. La joven no entendía nada, pero lo positivo, tal como le decía la voz de su radiocasete, era que estaba curada y debía seguir adelante sin perder más tiempo. Volvió a mirar al animal y se dio cuenta de que, en uno de los montones de intestinos cilíndricos y viscosos, había una bolsa de tejido orgánico, parecida a un estómago, pero muy delgada y translúcida, que permitía ver casi por completo su contenido. Susana sacó su navaja multiusos y con ella rasgó fácilmente la bolsa. De su interior extrajo el peluche, prácticamente seco y en buen estado, de un gato con los mismos colores que el felino pardo de su visión. Susana observó el collar rojo que llevaba el peluche. Le llamó la atención el trozo de celo que estaba pegado justo al lado de la chapa, en la cual venía escrito el supuesto nombre del peluche:

"RON"

Al comprobar que no había nada escrito en el reverso de la chapa metálica, Susana le quitó el collar al peluche y descubrió que el

celo guardaba, pegado en la cara interior del collar, un trocito de papel doblado. Al despegarlo, cayó al suelo un pequeño microchip, y en el papel se podía leer la frase:

"Por si acaso me pierdo"

La joven se agachó para recoger el pequeño chip y se percató de que estaba manchado con sangre seca y algunos pelos adheridos, pero no pudo determinar si eran de animal o del propio peluche. Lo guardó en su bolsillo. Susana comenzó a sentir mareos, otra vez, no tan intensos como en ocasiones anteriores, pero tuvo que sostenerse en la cinta para no caerse. Fue entonces cuando comenzó a recordar cómo ella, sentada en el asiento del copiloto de un coche, abría una gran caja de cartón en la que había un pequeño gato. Era solo un cachorro de poco más de dos meses, con tonos pardos y atigrado. Era exactamente igual al gato de su visión de hace tan solo unos minutos, el mismo que fue obligado a tragarse la pastilla. El gatito, apoyando en sus dos patas delanteras en el borde de la caja, suplicaba el contacto de alguna de las dos personas que estaban en el coche. Susana supuso que una de ellas era ella misma, pero no podía estar segura, ya que, en su visión anterior, sintió como si fueran sus manos las que aprisionaban al indefenso animal para obligarlo a tragar la pastilla. La otra persona en el vehículo era un hombre, y ella sentía que estaba feliz, mientras acariciaba al pequeño animal. No podía distinguir de quién se trataba, puesto que su voz y sus rasgos le resultaban distorsionados y borrosos, pero dedujo, a partir de los eventos que se iban sucediendo, que debía ser el hombre del que habló la extraña adolescente en la zona de animales congelados.

—Pero yo… yo nunca he tenido un gato… ¿Por qué he recordado eso?, ¿y quién diablos es ese hombre de mis recuerdos? —Susana estaba muy confundida. No entendía qué debía hacer con ese rompecabezas de recuerdos. No sabía si pertenecían a una época específica, si ella era parte de ellos o si tenían algún significado en particular. Guardó la nota y el microchip en el bolsillo de su chaqueta. Estaba frustrada y, al mismo tiempo, demasiado cansada para seguir adelante.

—*Si levantas la vista, verás una puerta. Allí se encuentran las duchas y las taquillas. Sería conveniente que te relajaras un poco, te vendrá bien.* —le dijo la voz femenina del radiocasete, con calma, tratando de convencerla de escuchar a su cuerpo cansado y darse un respiro. Al llegar al vestuario, encontró una cizalla de color rojo y Susana rompió los candados, revisando todas las taquillas. Logró conseguir una toalla para secarse después de la ducha, unos vaqueros de su talla y una sudadera deportiva amarilla con letras negras que llevaba el logotipo del equipo local de rugby, "Valdepésol Riders". —

Puedes estar tranquila, en este lugar estás a salvo, al menos en este momento. Relájate. —le dijo la voz a Susana. Ella ya estaba desvistiéndose mientras buscaba si había alguna cámara que pudiera vigilarla. Aún no sabía quién o qué estaba detrás de la voz del radiocasete ni por qué le estaba ayudando. Después de cinco minutos bajo la lluvia constante y templada de la alcachofa de la ducha, Susana comenzó a llorar desconsoladamente. La tensión y la euforia de los acontecimientos que estaba viviendo desde que apareció en ese pueblo habían disminuido, dando paso a la desesperación, el miedo y la incertidumbre. No había espacio en su mente para comprender por qué una simple chica que apenas acababa de cumplir la mayoría de edad tenía que pasar por todo eso. ¿Era algún tipo de broma demasiado descabellada o alguna pesadilla de la que costaba despertarse? Su mente barajaba tantas preguntas sin respuestas que creía que perdería la cordura en poco tiempo. Se duchó lo más rápido que pudo y decidió buscar respuestas donde suponía que sería más fácil encontrarlas, en la voz del radiocasete. Una vez se vistió y cubrió su cabello con la toalla, se acercó a una máquina dispensadora de bebidas.

—Maldita sea, solo hay bebidas estimulantes y cafés fríos… —con la cizalla, rompió el cristal y cogió un par de latas de café descafeinado. Se sentó en una banqueta junto a las taquillas, se acomodó, abrió una de las latas y se puso los auriculares del radiocasete.

—*¿Te sientes más relajada? Ha sido reconfortante ese baño, ¿verdad?* —preguntó la voz con un tono amigable.

—Haré el esfuerzo de confiar en ti, ya que me has ayudado a salir de esa desagradable y angustiosa situación. Pero si alguna respuesta no me convence, abandonaré la maldita radio y terminaremos aquí nuestra conversación, ¿está claro? —dijo Susana con seriedad, mientras limpiaba sus gafas con la sudadera.

—*No hay problema. Te prometí respuestas y las obtendrás antes de continuar. Adelante, plantea tus preguntas, chica.* —le dijo la voz con entusiasmo. Susana no comprendía por qué había tanta efusividad en una situación como la que estaba viviendo.

—¿Quién eres? Y por favor, no evadas lo que te pregunto. —le hizo Susana una pregunta concisa.

—*Te diré quién soy y quién es ella, la joven pálida. Yo soy tú, soy un todo, y no lo digo de forma retórica para persuadirte o convencerte*

con explicaciones presuntuosas que te confundan aún más. No me importa cómo me llames, pero me encanta el nombre Aurora, si te soy sincera. Creo que fue una elección acertada crear ese nombre, ¿no te parece? —Susana, que esperaba respuestas más sinceras y breves, empezó a pensar que seguir escuchándola la llevaría a un callejón sin salida. —*Sé que supones que te estoy mintiendo, pero no es así. Entiendo que te parezca una locura lo que te digo, pero desde que despertaste en este lugar, tan diferente de la realidad que considerabas común, todo lo que te diga a partir de ahora solo facilitará las cosas, en serio.* —le dijo la voz a Susana al sentir que estaba a punto de dejar tirado el radiocasete y marcharse.

—Está bien, supongamos que te hago caso y eres "Aurora", un ser ancestral que ha decidido ayudarme a escapar de este manicomio. ¿Quién es ella y qué quiere de mí? —dijo Susana con sarcasmo, aunque en el fondo intentaría mantener el radiocasete con ella, ya que le hacía sentir un poco más protegida escuchando esa voz femenina.

—*¿Recuerdas a la niña del escaparate de la librería, aquella pequeña que hizo el dibujo y se marchó? Pues bien, es la misma persona que la joven de antes, y no dudes que la volverás a ver en más ocasiones.* —Susana no podía creer que fuera la misma persona con edades distintas, aunque ahora que lo escuchaba de Aurora, tenía sentido. —*Ella te teme, Susana.* —le dijo Aurora con tono serio.

—Vale, intentaré asimilar lo que me has dicho, al máximo. ¿La niña del escaparate es la misma adolescente que ha crecido rápidamente y me teme? Por favor, necesito que me expliques eso. —le dijo Susana mientras se masajeaba la sien sin comprender del todo lo que le decía Aurora.

—*Eres como una piedra en el zapato, Susana. Desde que despertaste, sin saberlo, arruinaste sus planes. Ella tenía un propósito, algo para lo que había nacido, y ahora ha tenido que acelerar el proceso para enfrentarte y eliminarte. El problema es que, al igual que ella intenta crecer y volverse más fuerte y poderosa, tú, sin saberlo, estás un paso por delante.* —le explicó Aurora de la mejor manera posible, tratando de que Susana entendiera la compleja e ilógica situación.

—¿Yo? No tengo ni idea de qué hago aquí y por qué esas cosas me persiguen e intentan matarme. —dijo Susana frustrada, sin entender nada.

—*¿Recuerdas el dibujo de la niña? Después de verlo, pudiste ver*

unos símbolos extraños, ¿verdad? Esos símbolos fueron su primer ataque, tratando de evitar que te acercaras a ella. Una vez los miraste, te desmayaste. En ese momento, ella no sabía de tu fortaleza, pero intentó matarte. Solo hay tres opciones: detenerla, unirte a ella o morir. —le explicó en tono más serio.

—¿Pero por qué? ¡Yo no elegí esto! ¡Solo quiero volver a casa! —exclamó Susana desesperada.

—*El destino así lo ha querido. Pero recuerda que eres más fuerte, tienes una ventaja.* —intentó animarla.

—¿Ventaja en qué? —preguntó Susana, mientras secaba sus lágrimas.

—*Ventaja para poder salvarlos.* —dijo la voz de manera contundente. Susana no lograba comprender cómo una mujer joven podía cargar con una responsabilidad tan abrumadora. No tenía cabida en su mente. —*Ella llegó para mejorarlo todo, al igual que otras veces en el pasado, sin embargo, esta vez... está corrompida y ha adoptado lo peor de ellas, lo más oscuro que guardan en lo más profundo de su ser, dentro de su humanidad. Si ella logra su objetivo, creará algo similar a un infierno, algo que ni puedes imaginar.* —le explicó Aurora con seriedad.

—¿Otras veces? ¿Por qué tienen que venir a cambiarlo todo? No lo entiendo. ¿Quiénes son ellas? —preguntó Susana, negando con la cabeza, sin lograr comprender del todo lo que le decía la voz.

—*Ellas existen en este mundo desde mucho antes de que aparecieran los primeros seres. Están aquí para producir una deidad y dominar otros mundos, poblándolos y conectándolos entre sí.* —intentó explicar la voz.

—Y si es así, ¿por qué no nos dejan en paz y se van a otros lugares? —preguntó Susana, totalmente desconcertada por toda la conversación.

—*Susana... vosotros sois el fruto inmaduro y amargo que se pudre antes de llegar a la boca, y ellas necesitan cambiaros por otro más dulce y comestible, para bien o para mal. Quiero decir que ya no les servís. Sin ellas, nada existiría y este hermoso planeta sería simplemente una roca inerte flotando en el espacio. Ellas son las creadoras de vida, de la evolución latente durante millones de años en este planeta.* —explicó la voz. Susana negó con la cabeza, sintiendo vértigo al pensar que esa era la verdadera realidad, al menos, según lo que decía la voz del radiocasete. Comenzó a hiperventilar y apenas podía hablar. Tenía

muchas más preguntas que hacer, muchas más dudas que circulaban por su mente a una velocidad vertiginosa, pero la ansiedad se estaba apoderando de ella.

—No… no te creo… todo es… una mentira… ¡Me estás mintiendo! —gritó Susana entre lágrimas.

—*Mira en el bolsillo interior de tu abrigo, rápido.* —le indicó a Susana, que comenzaba a marearse y a perder el control, al borde del colapso debido al estrés emocional al que estaba siendo sometida. En un último esfuerzo, metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una fotografía. Era el reverso del dibujo de la niña, con los símbolos extraños que había visto en la librería. Susana sintió cómo la fotografía la atraía con gran fuerza, como si unos brazos invisibles la agarraran y la arrastraran con energía a través de un portal, atravesando la fotografía velozmente como un fantasma, viajando tan rápido que solo la luz podía alcanzarla. Susana no pudo soportar la opresión que ejerció su energía y perdió la conciencia durante su viaje astral.

11 – Nuevo ciclo

Era evidente que el estado de José era agonizante, y cada minuto que pasaba parecía empeorar aún más. Tanto María como Pilar eran conscientes de ello, pero tenían pocas opciones para retrasar su inminente muerte. A pesar de su charla constante, José se detenía ocasionalmente debido a la tos o a la sequedad de sus cuerdas vocales y su boca, que María humedecía con una gasa mojada una o dos veces cada hora. Aun así, la inspectora admiraba la fortaleza y las ansias de vivir de José, las cuales parecían casi inhumanas, considerando su estado deplorable y la cantidad de sangre perdida. Pensaba en el gran trabajo realizado por los médicos y el personal, quienes habían logrado controlar las hemorragias, drenar y reemplazar los líquidos y la sangre, alargando así su estancia en mundo carnal unas horas más. María anhelaba poder recopilar toda la información posible antes de la muerte de José, deseando que la llegada del comisario y el resto del equipo de rescate se produjera tras su fallecimiento. Rogaba para que llegaran lo más tarde posible.

—Pasé muchos días leyendo ese volumen impresionante que me prestó Dolores. Lo hacía en mis ratos libres. Apenas salía de mi cuarto, a excepción del trabajo y las comidas. Sin embargo, escasamente tenía contacto con los demás.

—¿Sentías recelo hacia los demás convivientes, José? —preguntó María.

—Sí y no. En lo más profundo de mi ser, sabía que no quería abandonar ese lugar que tanto me encantaba. Antes de la pandemia y la Gran Guerra, mi vida carecía de sentido. A pesar de que mi estancia actualmente se viera afectada por los desvaríos y atrocidades de mis compañeros de convivencia, fue un sueño hecho realidad. Era como regresar a mi hogar, el lugar que siempre anhelé. Disfrutaba de la tranquilidad y la idílica comuna que habíamos logrado allí. Pero el hecho de que me ocultaran tal locura… todos lo sabían, y además de sentirme engañado, incluso experimenté miedo. Si eran capaces de hacer eso, ¿qué otras barbaridades harían sin que yo supiera nada? Por eso decidí leer ese magnífico libro de principio a fin, e intentar comprender el porqué de todo esto. —dijo José.

—Y, en resumen, ¿cuál es la razón o qué plantea el libro? —preguntó María con gran curiosidad.

—Recapitulando, es un tipo de tomo bíblico, aunque no me

malinterpretes. Me refiero a que contiene algunas partes adornadas como el libro católico, con destellos de amor en cada párrafo, quizás necesarios en estos tiempos que vivimos. Pero en realidad, el libro explora la relación entre el ser humano y la naturaleza. Se centra en Na, la diosa de la biosfera que dirige el mundo y todo lo que le rodea como una directora de teatro, y nosotros, sus marionetas, somos sus discípulos y nuestra principal función es adaptarnos a su excelente guion, muy bien escrito, para que la función sea perfecta. El problema radica en que las personas se aprovechan demasiado de ella, y la única forma de lograr paz y armonía entre ambas partes es a través del sacrificio, o, mejor dicho, la "devolución" del alma prestada. Cada vez que leía algo así, pensaba en que Na se alimentaba de las personas. Como si fuera un troll gigante que habita en cavernas bajo nuestros pies y se alimenta de los cuerpos de personas inocentes para no molestar a los de arriba. —José soltó una carcajada seguida de toses.

—Entiendo… —María repasó sus anotaciones. —¿Y Ura?, mencionaste anteriormente que era diferente. —le preguntó María.

—Intenté hablar con ella muchas veces, cada vez que nos cruzábamos, pero no lograba obtener ni una sola palabra de ella. No es que me evitara, pero me trataba como si fuera un fantasma. Además, desde el incidente en la piscina, Ura no ha vuelto a tocarme ni a visitarme. Como les dije, era totalmente diferente a la Ura del principio, me refiero a su versión anterior, la que consideré fallecida en la piscina. Además, todo indicaba que algo realmente grave había sucedido con ella. No solo mostraba indiferencia hacia mí, sino también su cambio de vestimenta. Pasó de usar vestidos ceñidos a llevar puestos, en todo momento, pantalones oscuros de pinza y una camisa blanca, día tras día, como una empleada de hotel o restaurante.

—Entiendo. Es extraño, la verdad. Y, ¿qué tal tu relación con su amigo? Se alegraron al verse después de tantos años, es evidente, pero… ¿Cómo era su relación con él después de enterarse de su relación con Dolores y de los sacrificios de ese culto? —preguntó María con la intención de mantenerlo más despierto y obligarlo a pensar más en sus respuestas.

—Con Raúl, siempre es lo mismo. No dejaba de invitarme a unirme a su patrulla y salir con él y sus compañeros, pero ya no toleraba tan bien su creciente despotismo, además de las veces en las que se embriagaba y se volvía insoportable, como un adolescente en plena pubertad. Por la casa, escuchaba conversaciones en las que, después de su última partida, él y los demás Protectores habían

adquirido un poder tan desmesurado que incluso maltrataban a quienes osaban contradecirlos. Sobre todo, si se les molestaba por el escándalo y destrozos que provocaban en sus constantes fiestas privadas. Como mencioné antes, eran como niñatos revoltosos en el sótano de papá, sin nadie que los controlara. Quizá mi falta de tolerancia hacia él también se deba a su relación con Dolores, no puedo negarlo. En realidad, mi comportamiento hacia ambos sea debido a eso.

—Vaya situación, José. ¿Te esperabas esa actitud infantiloide y déspota de tu amigo de la infancia? ¿Te sorprendió? —preguntó María con curiosidad.

—Honestamente, ya no esperaba nada de nadie. Son tiempos difíciles y todos debemos adaptarnos o sucumbir. Raúl no lo hizo mal, simplemente se amoldó a su nuevo papel para sobrevivir. Aunque sí, su transformación fue sorprendente. Él solía ocultar su timidez e inseguridades detrás de bromas y chistes. Además, siempre se sentía inseguro por su sobrepeso y decía que era menos atractivo que los demás. Pasar de eso a convertirse en una persona extrovertida y segura de sí misma, o eso es lo que me transmitió, y ese cambio físico tan radical… sí, definitivamente me sorprendió, pero en el buen sentido.

—¿Y qué hay de Dolores? Después de la conversación en la sala de estar, ¿seguían en contacto? —preguntó María con interés.

—Pasó mucho tiempo hasta que volvimos a tener una conversación cara a cara. En su mayoría, nos limitábamos a saludos formales e, incluso a veces, ni siquiera eso. Aunque ambos sabíamos que sentíamos algo fuerte el uno por el otro, me convencí de que nunca sucedería nada entre nosotros, y así lo acepté. Me refugié en el alcohol para lidiar con mi frustración y soledad. Sí, ese alcohol casero destilado en viejos recipientes, capaz de disolver fácilmente una rata en cuestión de días. No me esforcé mucho en buscar consuelo o distracción en los demás. Simplemente, estaba enfadado con el mundo y me refugié en mí mismo. Sin embargo, a medida que transcurrían los días y la necesidad de sobriedad se volvía cada vez más imperante, tomé la dura decisión de no depender del alcohol, ya que me estaba dañando a marchas forzadas el hígado. Por consiguiente, me obligué a sumergirme en la lectura de este libro con la necesidad de entretener mi mente. Cuando ya no tenía la necesidad de beber, aún seguía ojeándolo, día tras día, ya fuera por aburrimiento o porque ya no soportaba las tonterías de Raúl, quien se jactaba constantemente de su molesta y nueva personalidad, o simplemente para evitar caer en la

cómoda trampa de la bebida, algo que dejó de ocurrir desde que me adentré en la lectura. El tomo estaba muy bien estructurado, con explicaciones serias y, dentro de su misticismo, presentaba argumentos irrefutables respaldados por citas de renombrados doctores y expertos en el campo científico. Me sorprendió tanto que incluso empecé a debatir sobre esta religión con algunos de los convivientes de la casa. La verdad es que me absorbió por completo. Y curiosamente, no fue Dolores, quien destacaba por encima de los demás en cuanto al culto se refiere, la que me animó a asistir a su centro espiritual. Fue Jacinta quien cambió mi perspectiva. A medida que me adentraba en el estudio del culto a Na, sentía cada vez más motivación para estar durante largos ratos en la sala de juegos y pasar tardes enteras charlando y compartiendo mis opiniones sobre la religión. Sinceramente, nunca imaginé que algo así me atraparía tanto. Después de varias semanas de estudio y comprensión de lo que todos adoraban e imploraban a diario, me animé a visitar el centro. Aunque no todos acudían, era común que algunos fueran a la nave agrícola destinada para tal propósito.

—¿Y qué hacían allí, José? Aparte de rezar, claro. —preguntó María con intriga.

—Además de leer las sagradas escrituras y rendir homenaje a la Diosa Na, la gente, incluyéndome, compartíamos historias, cosíamos trapos viejos para darles un nuevo uso y debatíamos temas relevantes para la comunidad, como la reparación de casas de vecinos o ayudar en la recolección de alcachofas en la finca de otro. —explicó José.

—Entiendo. Además del culto, se enfocaron en construir un centro social. ¿Me equivoco? —preguntó María.

—Exacto. De hecho, creo que empecé a asistir diariamente después del trabajo, no solo por el estudio de la religión, sino por la necesidad de ayudar y trabajar en comunidad. Eso solo se podía lograr escuchándonos y pasando tiempo juntos. Aquella comunidad funcionaba gracias a ese sentido de unidad, a la mentalidad de colectividad en lugar de individualidad, y eso es lo que el culto a Na logró. Sin eso, quizás no estaríamos donde estamos y no habríamos logrado sobrevivir. —continuó explicando José.

—¿Entonces los sacrificios te convencieron? —preguntó María nuevamente.

—Jamás me convencería de algo así, como también creo que muchos otros pensaban, aunque lo guardaran para sí mismos. No

todos en el pueblo acudían en los días de sacrificio, te lo aseguro. —dijo José.

—¿Alguien se negó? —preguntó María, esperando una respuesta.

—No mientras estuve presente. —respondió José seriamente. —Sin embargo, creo que los sacrificios eran voluntarios, es decir, la gente se ofrecía voluntariamente para participar en ese sorteo divino. Además de los beneficios espirituales junto a Na, los familiares de los afortunados recibían más raciones, más monedas e incluso un estatus social más elevado. Quizás era una forma de justificar el hecho de que estaban matando a personas, con la intención de que la sociedad lo aceptara como algo natural que sucedía en determinadas ocasiones, sin que nadie saliera perjudicado, sobre todo la familia del sacrificado. Como ya les he dicho, inspectora, jamás me convencerían de semejante barbarie, pero me había involucrado tanto en la comunidad que mis compañeros de casa se volvieron más abiertos conmigo y mi presencia se hizo más notable. Incluso Dolores empezó a soltar algunas frases, aunque fueran trivialidades, relacionadas con alguna actividad o trabajo, pero ya era algo positivo. Lo mejor de todo eso es que empecé a sentirme parte de ellos y mi felicidad era notable. Un día, después de una de las reuniones casi diarias, en la nave agrícola, regresábamos a la casa Dolores, Lucía, Teresa y el pequeño Lucas, quien ya comenzaba a caminar… —José fue interrumpido por María.

—¡No me digas! ¿Pasó tanto tiempo? Bonito nombre para un niño. —preguntó sorprendida.

—Sí, en efecto, pasaron meses hasta que me sentí integrado y cómodo. ¿Por dónde iba?… caminábamos hacia la casa, ellas dos, el pequeño Lucas, Dolores y yo. Aunque fuera de noche, el camino no suponía ningún peligro, y la iluminación eléctrica, que llevó su tiempo poner en marcha, lo hacía muy agradable. Además, las calles estaban abarrotadas de gente. Quién habría imaginado tanta tranquilidad, ¿verdad?

—*Chicas, nosotros seguimos ahora. Tenemos que hablar José y yo. Nos vemos más tarde*. —anunció Dolores a las dos mujeres, que sujetaban al pequeño Lucas de cada mano. Ambas asintieron y continuaron su camino. Me quedé en estado de shock, no esperaba esa reacción de Dolores en absoluto. Mi mente intentaba recordar cualquier detalle que pudiera haber pasado por alto, como alguna ofensa hacia alguien, haber roto alguna herramienta o incluso el tópico de haber dejado la tapa del inodoro levantada. Cualquier cosa

que pudiera servirle como excusa para soltarme un discurso. No estaba preparado, pero lo aceptaría con tal de permanecer en la casa.

—No hace falta que nos detengamos, sigamos caminando a paso lento. Tengo ganas de pasear y hablar contigo José, creo que nos lo merecemos después de tanto tiempo. —me dijo con la cabeza en alto, contemplando el cielo rosado. No esperaba esa propuesta, a la cual asentí levemente. Por supuesto, mi corazón latía acelerado, pero me obligué a pensar que sería solo una simple charla, incluso podría resultar agradable, pero nada más. No quería ilusionarme de nuevo y sumirme en la soledad y en mi vieja amiga, la bebida.

—¿No te parece maravilloso? Los árboles balanceándose con la suave brisa, las hojas cayendo al inicio del otoño, las tardes que se acortan y dan paso a hermosos atardeceres, y las calles rebosantes de alegría, con la gente paseando y los niños correteando sin preocuparse por nada más que sus juegos. Ahora comprendes que todo esto es gracias a ellos, a mí, a ti, pero, sobre todo, a Na. Todos somos Na y tú también eres parte de esto. Me alegra enormemente tu cambio, José. —sus labios se movían con dulzura mientras me hablaba. Sentí el calor de sus manos apretando las mías con fuerza, y la intensidad de su mirada clavada en la mía. Su cabello, largo y ondulado, se movía al compás de la suave brisa que nos acariciaba. Algunos mechones se escapaban de detrás de su oreja y dejaban pasar rayos de sol que iluminaban y dibujaban sombras en su hermoso rostro. A nuestro alrededor, el paisaje se pintaba con los colores del atardecer. Y ella, con su innegable belleza, me cautivó una vez más con sus grandes y hermosos ojos pardos, adornados con sus mejillas pecosas, que le daban un aire inocente y travieso a la vez. Me miraba con un afecto peculiar, una mezcla de ternura y pasión. Quise guardar ese momento para siempre, grabarlo en mi memoria. Si hubiera tenido una cámara en ese instante, habría capturado el retrato más bello jamás creado. Pero no importa, lo tengo enmarcado en mi mente para siempre, y cada vez que cierro los ojos, puedo verla sonreír mientras aprieta mis manos con fuerza.

—No tenía más opciones. —reí mientras negaba con la cabeza, nervioso. *—Era eso o marcharme para siempre, y yo no quería que sucediera, no debía hacerlo. Ahora me doy cuenta de que el precio a pagar por disfrutar de todo esto es muy bajo. Así que, aquí me tienes, el nuevo José, seguidor de este culto y, sobre todo, seguidor de su filosofía de vida.* —terminé diciendo con mucha sinceridad. Dolores seguía sosteniendo mis manos y deseé que no dejara de hacerlo.

—Sabes, incluso llegaste a darme asco. No me malinterpretes, me empezó a dar asco esa versión tan distinta de ti, el José perdido y sin

rumbo, el José repugnante y ebrio que se estaba autodestruyendo. Incluso me torturé pensando que había sido culpa mía, y las palabras de Lucía no eran suficientes para demostrarme que no soy responsable de las decisiones de otra persona. Pero me importas, tanto que pensé en expulsarte de la casa, de tu propio hogar, para ayudarte a escapar de lo que te estaba dañando. Ahora agradezco a Na por verte así, tan cambiado y comprometido con nuestra causa. Recé tanto… y mis palabras fueron escuchadas, hasta tal punto, que no me equivocaría al decir que eres una versión mejorada de ti mismo. Resplandeces, José. Has descubierto la mejor versión que todos llevamos dentro. Y yo, me alegro profundamente de que así sea. —no titubeó al decirme todo eso, ni apartó su mirada de la mía. Sus palabras eran tan sinceras… y tenía toda la razón. Me había convertido en una persona despreciable, sumido en mi propia angustia y asqueado de todo y de todos. Tal vez tenía razón y Na me había iluminado el camino, o tal vez abrir mi mente e intentar sobrevivir, al igual que hizo mi amigo Raúl, adaptándome a ese nuevo lugar y a toda su gente, fue mi propia salvación. Sea como sea, estaba allí con ella, admirando a la mujer que me robó el corazón desde el primer momento en que nos conocimos, después de pensar que nunca recuperaría su confianza, o más bien, pensando que nunca recuperaría la confianza en mí mismo.

—Quizás la postura de Dolores es un tanto egoísta, ¿no te parece? —preguntó María, quien discrepaba un poco de lo que supuestamente le dijo Dolores a José.

—Egoísta, ¿por qué lo dices? —preguntó José confundido.

—Bajo mi punto de vista, si uno le tiene cariño a alguien, no piensa en echarlo de casa, sino en ayudarlo de alguna otra manera. Creo que Dolores evitó el problema y la forma de solucionarlo fue hacer que desaparecieras de su vida. —Pilar miraba confundida a María, sin entender qué pretendía sacarle, juzgando a la protagonista principal de la fantasiosa historia de José. Había algo que a María le inquietaba cada vez más, y era la idea de que José estaba preparado para contar su historia, como si estuviera dispuesto de antemano, como si supiera que ese momento llegaría tarde o temprano. No había momentos de duda en su narración, tenía todas las conversaciones grabadas en su mente, como si fuera un actor que dominaba su papel de principio a fin, y tuviera que actuar frente a su público. Dolores, que era la actriz principal de su obra, su musa, era la oportunidad perfecta para María de hacerle tropezar y caer, y tal vez así, revelar la verdad sobre ese hombre mutilado, un José que no era solo una víctima de un destino cruel, sino que se había convertido en parte de él. Según cómo actuara a continuación, María tomaría una decisión

crucial.

—Ahora que lo menciona, es posible que así fuera. —José no dudó ni un segundo. —En el fondo, todos somos egoístas y nos escudamos en la empatía, repitiéndonos una y otra vez que lo hacemos por el bienestar de los demás cuando en realidad solo buscamos sentirnos mejor con nosotros mismos. ¿Y qué? Todos somos así, la humanidad es así. Nacemos solos, inspectora, y moriremos solos. Es natural que seamos egoístas, a veces incluso necesario. —respondió el hombre. María esperaba que titubeara, que se alterara, que hiciera algún gesto que lo delatara. Aunque esto no sucedió, María tenía una extraña sensación, algo en él no le convencía del todo.

—Estoy de acuerdo con usted. Todos actuamos de esa manera, incluso los más altruistas lo hacen para sentirse bien consigo mismos. —continuó la conversación como si nada hubiera ocurrido. Pilar regresó a la pantalla sin entender nada, dejando en manos de María el rumbo de la charla, después de todo, ella era la experta en ese campo. —Disculpe por interrumpirle, solo intento comprenderlo mejor, José.

—Lo entiendo, no se preocupe. ¿Dónde me había quedado?… Ah, sí, en ese momento sentí una paz increíblemente inmensa. Deseaba con todas mis fuerzas el perdón de Dolores, la indulgencia por mi actitud hacia ella. Su gran generosidad, sin siquiera conocerme, al acogerme con los brazos abiertos… ella no merecía mi desprecio, aunque me hubiera hecho daño al ocultarme lo de Raúl. Mi intención al unirme al culto no era acercarme a ella, al contrario, solo buscaba mi propia paz y ser aceptado por los demás, ser una mejor persona, en definitiva. Lo que ocurrió esa tarde fue algo que antes o después sucedería. Ella lo deseaba y yo siempre estaría dispuesto. —explicó José.

—¿Y qué sucedió esa tarde? —preguntó María, sabiendo hacia dónde se dirigía la historia.

—Nos detuvimos a la vez, sin decirnos ni una palabra más, simplemente nos miramos durante mucho tiempo, sonriendo. Nuestras miradas hablaban por nosotros. Eran mucho más sinceras que cualquier palabra. Sus hermosos ojos eran como vidrieras mojadas por la lluvia, resplandecientes y coloridos bajo la suave luz de las farolas. Nuestros corazones, salvajes y desbocados como caballos que disfrutan de una extensa pradera solo para ellos, cabalgaban con fuerza en nuestros pechos. Ambos nos lanzamos el uno hacia el otro,

abrazándonos con tanta fuerza que casi nos faltaba el aliento. Nos besamos, apasionadamente, como dos amantes que se reencuentran después de una larga separación. Era un sentimiento que habíamos guardado en lo más profundo de nuestro ser, tratando de evitar que saliera a la superficie, pero fue imposible. No se puede encadenar y olvidar algo tan poderoso que ha crecido dentro de nosotros, tarde o temprano tenía que suceder. Dolores incluso lloraba, de felicidad, y mientras nos besábamos, reíamos de alegría, de volver a encontrarnos. Sin decir una palabra, Dolores cogió mi mano y me llevó a una zona boscosa que había cerca del camino, lejos de las miradas curiosas. Ninguno de los dos pensamos en nada más que en nosotros mismos. Ese era nuestro momento y aquel era nuestro pequeño mundo, solo para nosotros dos. Nos recostamos sobre el lecho de hojas, en total oscuridad, y nuestra pasión se transformó en un acto de amor profundo, salvaje y muy apasionado. Lloramos, reímos y nos entregamos mutuamente sin inhibiciones. El sentimiento que teníamos el uno por el otro era tan intenso que no nos dimos cuenta de ello hasta esa tarde. Habíamos tratado de reprimir esa pasión con todas nuestras fuerzas, evitándolo a toda costa, pero fue en vano.

—*¿Y ahora qué?* —le pregunté con temor, no quería separarme nunca más de ella.

—*Ahora sabemos lo que tenemos y lo que nos falta. Mañana reflexionaremos al respecto.* —me dijo mientras me abrazaba.

—*Es posible que alguien nos haya visto. Incluso Raúl o alguno de los necios que lo siguen. El pueblo está lleno de esas "mentes vacías".* —dije preocupado. Dolores rio. Qué tonto, estaba con la mujer de mi vida en un momento tan especial y precioso, pero la ansiedad me invadía, me angustiaba la idea de que algún estúpido nos hubiera visto. No sabía hasta qué punto el nuevo Raúl estaría dispuesto a soportar la infidelidad sobre sus fornidos hombros.

—*José, a veces uno ve lo que quiere ver, y Raúl ha estado imaginando cosas desde que llegó y te vio en la casa.* —me dejó desconcertado durante unos segundos, no entendí a qué se refería, pero dejé de pensar en eso cuando ella se colocó encima de mí y volvimos a centrarnos en nuestra nueva y anhelada unión.

◆◆◆

Un susurro lejano, entre el crujir de las ramas de los árboles, golpeándose por el fuerte viento, resultaba ininteligible para la joven

Susana. Aunque asustada, estaba decidida a descubrir la fuente de esa voz que intentaba comunicarle algo importante. Sin embargo, los ruidosos y molestos árboles le impedían escuchar más que un murmullo tenue.

—¡Dejadme escuchar, joder! ¡Dejad de hacer ruido! —gritaba furiosa a las agitadas ramas, las cuales no cesaban su alboroto. Intentaba avanzar hacia la sutil y lejana voz, pero el viento la obligaba a caminar a duras penas. Finalmente, incapaz de resistir las ráfagas huracanadas, Susana se vio obligada a cesar su lucha y fue arrastrada por el furioso temporal.

—No importa cuánto te esfuerces, la soledad es una pesada cadena que te arrastra de vuelta al punto de partida. —escuchó claramente esa voz susurrando en su oído. Era una voz difícil de describir y de recordar. Susana, suspendida en el aire como una hoja mecida suavemente por una brisa cálida, finalmente chocó contra el tronco de un árbol. Con el corazón a punto de estallar, Susana despertó sobresaltada y se dio cuenta de que no estaba volando entre árboles en medio de una tormenta infernal. En cambio, se encontraba sentada en una cama que, a diferencia de las rudimentarias literas del orfanato, era lo suficientemente grande para merecer ese nombre, cama. El colchón era sumamente cómodo, como si nunca hubiera sido usado, y la ropa que lo enfundaba estaba impecable, con estampados infantiles de temática astronómica. Sobre la cama había casi una docena de peluches de animales, también en perfecto estado, aunque ligeramente descoloridos por los rayos de sol que se filtraban por la ventana, situada en la pared cercana a los pies de la mencionada cama. La habitación tenía una temática infantil sorprendente, acorde con los motivos espaciales de la funda nórdica, con cada detalle cuidado meticulosamente, como si fuera un cuarto de exhibición en un catálogo de Ikea. Esa fue la sensación que tuvo Susana, como si estuviera en una habitación perfecta para un niño de tres o cuatro años.

—¿Dónde demonios estoy?… Me duele la cabeza… —murmuró mientras buscaba sus gafas y se las colocaba. Susana se levantó apoyándose en la pared, tratando de no tropezar o caer debido al intenso mareo. Al correr las finas cortinas, pudo observar algunos árboles que se alzaban casi hasta la altura de la ventana. La densidad de las nubes bajas le impedía ver más allá.

—Otra vez esa neblina. ¿Qué hago aquí? —se preguntó, hasta que recordó la frase que le acababa de hablar en sueños, que resonaba en sus oídos antes de golpearse la cabeza contra el árbol.

—"No importa cuánto te esfuerces, la soledad es una pesada cadena que te arrastra de vuelta al punto de partida"

—¿Qué significará eso? —no lograba comprender esa frase, por más que intentaba desentrañarla. Sin embargo, Susana pensó con lógica y se obligó a pensar que quizás la habría escuchado en cualquier parte, y su subconsciente la había traído de vuelta para complicar aún más su estancia en el pueblo de la locura. No había nada más que hacer en la habitación, así que Susana encontró una bolsa deportiva infantil con un dibujo de la Pantera Rosa, y comenzó a guardar sus escasas pertenencias en ella. Fue en ese momento cuando recordó que, antes de desmayarse en el matadero, estaba hablando con Aurora, la voz proveniente del radiocasete, y que antes de seguir adelante, debía seguir sus consejos para continuar su camino. Pero antes, maldijo a Aurora por hacerle pasar el mal trago de mirar los símbolos de la fotografía, lo cual le había provocado una terrible resaca. Además, aún tenía muchas preguntas sin respuesta que atormentaban a la confundida Susana. Sin embargo, para su sorpresa, el radiocasete no estaba. Lo buscó por todos los rincones de la hermosa habitación, pero no lo encontró por ninguna parte. Después de más de una hora de búsqueda infructuosa, Susana decidió aventurarse a salir del cuarto, llevando consigo la cizalla que, sorprendentemente, apareció junto a la puerta, al igual que un nuevo bate de béisbol. Con el bate en la mano y la cizalla en la bolsa deportiva, Susana atravesó la puerta y, tras caminar cautelosamente por un estrecho pasillo, llegó a unas escaleras que parecían conducir a la puerta principal de una casa. En su solitaria y angustiante excursión, solo pudo observar un pequeño mueble en la entrada, con un candelabro y un jarrón con lirios blancos, así como unos cuadros pintados al óleo con un realismo que le llamó poderosamente la atención. Uno de ellos parecía retratar un atardecer otoñal que bañaba los árboles con tonos anaranjados, mientras que el otro, ubicado justo al bajar las escaleras, era una pintura que representaba una mañana de verano junto a un lago. Ambos cuadros parecían increíblemente reales. Susana siempre había sentido envidia de aquellos que poseían la habilidad de pintar así, considerándolo un don. Después de descender un par de escalones, sintió una fuerte presión en su cabeza que la obligó a aferrarse al pasamanos con fuerza para no caer rodando escaleras abajo. En ese momento, soltó el bate, el cual cayó rebotando y generando un estruendo ensordecedor. A lo lejos, en el piso inferior, apenas pudo escuchar una canción que era eclipsada por los intentos de un cantante aficionado. Sin duda alguna, era alguien que cantaba con gran alegría. Susana se sorprendió de que aquella persona no se percatara del ruido producido por el bate al caer. La

presión en su cabeza desapareció gradualmente y, sintiéndose más calmada, Susana continuó bajando las escaleras cuando, de repente, sonó el timbre de un teléfono detrás de ella. El sonido chirriante, con pausas entre tono y tono, provenía de alguna de las habitaciones adyacentes a la habitación infantil. Inmóvil y asustada, Susana no supo cómo reaccionar y se quedó quieta, como una figura de porcelana, esperando a que el cantante la descubriera en plena huida. Sin embargo, tras unos largos y eternos segundos, al igual que con el estruendo del bate cayendo por las escaleras, nadie acudió a responder la llamada. El timbre del teléfono cesó e, inmersa en su angustiosa situación, Susana agradeció que nadie hubiera contestado, ya que tenía suficiente con lidiar con el cantante aficionado del piso inferior. Al recoger el bate y percatarse de que nadie había advertido su presencia, Susana advirtió de que la persona que vivía allí era alguien ordenado, limpio y poco apegado a los bienes materiales. Quizás tan meticulosa y sencilla como una vivienda modelo, lista para recibir a nuevos compradores. Decidió abandonar la casa. Agarró el pomo de la puerta y la abrió, pero antes de salir, vio los auriculares del radiocasete en el pequeño mueble de la entrada. La persona que la llevó hasta esa habitación tenía en su poder el único objeto que podría ofrecerle algo de esperanza y sentido en medio de toda esa locura. Susana se encontraba en una situación muy complicada: debía salir de la vivienda y huir únicamente confiando en su instinto, dejando atrás las respuestas y el radiocasete, o enfrentarse al hombre o a quienes estuvieran allí, y recuperar aquello que podría ayudarla a sobrevivir en aquel lugar infernal.

—Necesito ese jodido aparato, maldita sea… —murmuró en voz baja, caminando cautelosamente y en alerta, agarrando el bate con firmeza, lista para golpear a cualquiera que se atreviera a cruzarse en su camino. Al fondo, más allá del salón, Susana se deslizaba en completo silencio hacia la cocina. Allí resonaba la alegre melodía de "Lazing On A Sunday Afternoon" de los Queen, mientras la inigualable y versátil voz de Freddie Mercury llenaba de magia la estancia. Mientras tanto, Héctor, el amable anfitrión y dueño del mesón, preparaba el desayuno con una sonrisa radiante, tratando de imitar torpemente el grácil tono del vocalista. Su esfuerzo por recrear el encanto de la canción era evidente en su rostro iluminado por la luz matutina.

—No me iré de aquí sin antes golpearte con el bate, te lo aseguro. —Susana soltó una pequeña carcajada y bajó el bate, aliviada, con los ojos vidriosos al darse cuenta de que estaba a salvo.

—Buenos días, dormilona. Espero que disfrutes de las

tostadas recién horneadas con aceite de oliva, tomate, queso de cabra y jamón. ¡Ah! Y también una generosa taza de café natural, perfecto para reponerte después de una noche de fiesta por el pueblo. —dijo Héctor, con una sonrisa tan amplia que apenas dejaba entrever una fina línea de sus ojos.

—Gracias, de verdad. Me vendrá de maravilla. Pero más bien… de fiesta, en realidad… —Susana, no quiso añadir nada más. Por alguna extraña razón, Héctor parecía estar inmerso en un extraño mundo que le impedía ver la realidad, como si todo fuera un día común y corriente para él. —¿Cómo demonios terminé aquí?, me refiero en esta casa. —preguntó Susana, cogiendo una magdalena para darle un gran mordisco.

—Una vez cerré el mesón, te encontré sentada junto al futbolín, en una de las sillas. Te traje a casa y te acosté en una de las camas de su… de la habitación vacía. —la sonrisa forzada de Héctor hablaba por sí sola. Susana entendió que la habitación infantil evocaba recuerdos amargos para él, por lo que decidió no indagar más. —La verdad, tengo suerte. ¿Quién no querría tener la casa justo al lado del trabajo? Solo tengo que abrir la puerta y tras treinta pasos, estoy entrando en el mesón. —dijo mientras le servía el café. —Por cierto, encontré esto entre tus cosas. —Héctor le mostró el radiocasete, cuya carcasa de plástico estaba rota y de ella salían cables sueltos.

—No me lo puedo creer… ¿Lo encontraste así? —preguntó Susana, visiblemente preocupada.

—Lo tenías agarrado con fuerza, incluso te estabas clavando astillas de madera y trozos de plástico, como si lo hubieras arrojado con rabia contra un árbol. —le explicó Héctor mientras servía el desayuno.

—Astillas de madera… —Susana recordó rápidamente el sueño en el que, suspendida en el aire debido a un fuerte vendaval, se estrelló a gran velocidad contra un árbol. —No puede ser, solo fue un sueño… —dijo Susana, observando el radiocasete como si este le hiciera revivir lo ocurrido.

—¿Qué dices, chica? —preguntó Héctor al escucharla murmurar.

—Nada importante, estaba ensimismada. —le respondió con una sonrisa forzada.

—Bueno, ¡vamos a desayunar! —dijo Héctor con alegría. —

Quería comentarte que no me importa en absoluto que te quedes las noches de fiesta, o cualquier otra noche que necesites, en serio. No es ninguna molestia. Y siempre desde una posición totalmente formal, te lo aseguro, como un recepcionista con su huésped. —añadió Héctor, sonrojado, tratando de encontrar las palabras correctas para que Susana no malinterpretara su propuesta. Susana, desanimada por la noticia del radiocasete, soltó una pequeña carcajada.

—Gracias, de verdad. No tienes que preocuparte por mí, así que puedes estar tranquilo, pero no quiero ser una molestia. Espero que lo de anoche no me vuelva a ocurrir, intentaré no molestar más. —le dijo Susana mientras seguía pensando en el radiocasete.

—Hagamos un trato. Como no me gusta que duermas al aire libre, ya que no me perdonaría que te ocurriera algo malo, tú me dejas encargarme del radiocasete, puesto que soy bastante manitas, —dijo Héctor, inflando el pecho y alzando la cabeza. —y tú pasas la noche aquí, o el día, puesto que las fiestas son de noche. En definitiva, que te quedes a dormir aquí… —Susana lo interrumpió poniendo una mano en su hombro.

—Está bien, no sigas. Me quedaré. ¿Estás seguro de que sabes arreglarlo? —le preguntó. Susana no tenía intención de quedarse esa noche, además, no sabía qué le depararían las próximas horas fuera de allí.

—Reparé la vieja televisión que mi padre rompió, así que no debería tener problemas con un cacharro como este. Además, hay una tienda de repuestos de aparatos antiguos cerca, propiedad de Benito, él consigue lo que nadie. Conseguiré las piezas que necesite y creo que en un par de días estará listo. —le aseguró. Susana se sentía algo más tranquila estando en compañía de Héctor. Sabía que no llegaría a confiar plenamente en él, pero era la única persona con la que podía socializar en aquel lugar delirante, a pesar de sus claros trastornos psicológicos. Había llegado al punto en el que decidió bajar un poco la guardia con Héctor, el hombre que desde el principio había intentado ayudarla. A esas alturas, no le resultaba tan difícil pasar por alto el pequeño detalle de que, para él, los maniquíes eran personas.

—Ojalá fuera tan fácil ignorar mis propios problemas. —pensó Susana mientras extendía el brazo para tomar una rebanada de pan tostado, pero accidentalmente dejó caer un pequeño objeto al suelo, llamando la atención de Héctor. Este lo recogió entre sus enormes dedos y lo examinó detenidamente.

—Esto parece ser un microchip de algún animal, ¿verdad? —le preguntó a Susana mientras inspeccionaba el objeto como si intentara descifrar algún código secreto grabado en el plástico.

—Sí, lo encontré tirado por ahí y… —Susana no tenía ninguna explicación preparada en su mente, ni tampoco recordaba cómo había llegado a tener el microchip consigo. —Y sabes, me preocupo mucho por los animales, así que me encantaría llevarlo a un veterinario para ver si puede pertenecer a alguna mascota desaparecida recientemente. —aunque sabía que su historia no era del todo creíble, pensó que era una buena excusa para acercarse al centro del pueblo.

—Eres una buena persona… Lamentablemente, hace poco cerró la única clínica veterinaria que teníamos aquí. Así que tendrás que ir a la ciudad o a la comisaría, que seguramente habrás visto en la plaza central del pueblo, donde están las atracciones. —Susana asintió, pero no había logrado llegar al centro del pueblo debido a los escalofriantes incidentes que había vivido anteriormente y que no iba a compartir con Héctor, ya que, para él, su vida y todo lo que lo rodeaba era extrañamente normal.

—Entiendo. Tendré que ir a la comisaría y que se encarguen ellos. —solo pensar en tener que caminar hasta allí, en medio de las densas nubes bajas y con la única compañía de maniquíes inmóviles y seres sobrenaturales persiguiéndola, le causaba un auténtico pavor. —Si tan solo tuviera la voz del radiocasete… —caviló aterrada. —Me gustaría que vinieras conmigo, Héctor. Sé que es egoísta por mi parte, sabiendo que tienes que atender el mesón y no puedes dejar a los clientes desatendidos, pero necesito tu ayuda para llegar allí. —le suplicó, mirándolo directamente a los ojos, tratando de inspirarle compasión.

—Me encantaría acompañarte, como lo haría con cualquier persona que lo necesitara, pero este negocio consume la mayor parte de mi tiempo… y gracias a Dios que contraté a Mercedes para que me ayudara. —un maniquí que, al igual que los demás, era un objeto inmóvil. —Además, sabes cómo llegar, ¿por qué necesitarías que te acompañe? —le preguntó. Si Susana le explicara todo lo que estaba viviendo, él no lo entendería. Héctor vivía en su propia realidad.

—Porque sí, porque te necesito y… tengo miedo. Que se encargue Mercedes, tan solo son unas horas. —Susana no sabía qué más decirle para convencerlo.

—¿Miedo de qué? Con lo ocurrido con ese perro hay más policía que nunca en este pueblo. Además, Mercedes está muy verde. Todavía no controla la gran mayoría de la carta. —Héctor se dio cuenta de que a Susana no le convencían sus palabras. —Me encantaría, pero no puedo, de verdad, querida… — Héctor se levantó de la mesa y le entregó unas llaves. Estas descansaban dentro de una argolla desgastada, compartiendo espacio con un llavero que ostentaba el grabado del logotipo del mesón. Además, había un pequeño troll con ojos saltones y melena morada, claramente pasado de moda. A Susana le llamó la atención que un hombre como Héctor tuviera un llavero tan juvenil, pero decidió no profundizar y guardó las llaves en su mochila. —Estas son las llaves de la casa, vete cuando quieras y lo mismo cuando vuelvas, mi casa es tu casa mientras estés aquí, yo voy a abrir el negocio. —le dijo amablemente mientras recogía la mesa y dejaba los cubiertos en el fregadero impecable.

—Está bien. No me quedaré de brazos cruzados, iré a la comisaría. — respondió la joven con desilusión por la decisión de Héctor. Él le sonrió compasivamente y encendió el viejo televisor que estaba en una repisa de la pequeña pero encantadora cocina.

—El noticiario, mi adicción tres veces al día. —soltó una carcajada sin apartar la vista del televisor. Susana se sorprendió al ver nuevamente a la reportera, pero esta vez estaba mucho más desmejorada que antes. Daba la sensación de que la hubieran atado a una silla para torturarla, sonsacarle información y posteriormente ser abandonada en un descampado repleto barro y suciedad.

La mujer apenas se sostenía de pie y miraba a la cámara con la aparente obligación de ofrecer su fragmento del noticiario. A Susana le dio la sensación de que tras la retransmisión sería sometida a algo atroz, y presintió que en no muchos noticiarios más, moriría. La incertidumbre que la embargaba se centraba en el motivo por el cual aparecía en ese estado frente a la cámara, y quiénes serían los responsables de someter a esa desafortunada y aparentemente inocente mujer a tal situación. Susana siempre pensaba que todo el mundo puede parecer inocente hasta que se descubren sus oscuros secretos y dejan de serlo. Aunque sea una locura, puede que esa mujer esté siendo castigada por algo atroz que nadie se imagina… pero eso sería una locura, sería inhumano obligarla a salir así en antena. —reflexionó la joven Susana.

—Esta misma mañana se ha encontrado el animal sin vida, en el interior del matadero de esta pequeña localidad de Valdepésol, y por esa parte podemos sentirnos más aliviados. —dijo la reportera sonriendo con

dificultad por la inflamación que tenía en un lado de la cara, provocada por una fuerte contusión.

—¡Fantástico! Ya era hora, ¿verdad? —le dijo Héctor a Susana con alegría. La joven tenía la esperanza de que todo fuera una pesadilla, una terrible y muy realista pesadilla, pero para su desdicha, esa maltratada y moribunda reportera le soltó una bofetada de realidad.

—*En una nueva y trágica situación, dos menores, ambas hermanas, fueron víctimas de un asalto la pasada noche y violadas en las inmediaciones de las atracciones de las fiestas del pueblo. Las autoridades están tomando medidas para capturar a los responsables y se espera que sean detenidos lo más pronto posible. Les pedimos que extremen la precaución y estén atentos a los menores que acompañen.* —la expresión de la reportera cambió drásticamente, llegando incluso a sollozar mientras relataba lo sucedido ante la cámara.

—Si lograra atraparlos, esa pandilla de depravados se lamentaría. Pobres niñas… —Héctor no apartó la mirada del televisor, seguramente tenía los ojos empañados en lágrimas. El gran hombre parecía ser de aquellos que sienten con intensidad, pensó Susana.

La reportera, a punto de desfallecer en cualquier momento, continuó con las noticias locales de menor importancia, y Susana no dejaba de reflexionar sobre lo surrealista de todo aquello. Una reportera demacrada que auguraba un desenlace trágico y unos maniquíes vestidos y con rostros pintados, dispuestos como si fueran supuestas personas transformadas en figuras inanimadas, comenzaban a normalizarse en su mente. Sin embargo, la joven se forzaba a creer, cada vez con mayor insistencia, que ese mundo no correspondía al suyo. Con los ojos abiertos de par en par y dejando bruscamente la taza de café sobre la mesa, Susana se levantó para tener una mejor visión del televisor. Detrás de la reportera y aún más allá de los agentes y transeúntes de plástico, había una joven mujer saludando a la cámara con su mano. Susana no podía creerlo, era la pálida adolescente de la cámara congeladora, la del matadero. La joven de cabello blanco no dejaba de saludar y caminar con gracia, revoloteando entre los maniquíes inmóviles que se encontraban allí, acercándose cada vez más a la cámara y pateando a los muñecos inertes sin dejar de sonreír. Efectivamente, era ella, y por supuesto, esos saludos y sonrisas eran para Susana. Sin saber cómo, sentía que esas reverencias y expresiones tan alegres, que ocultaban sutilmente una oscuridad inquietante, no eran sino una advertencia de que sabía dónde se encontraba y de que de poco le serviría esconderse. Estaba

petrificada, aterrorizada porque no tenía la más mínima idea de qué era esa sombría y horrible criatura con apariencia de joven muchacha.

—El resto del noticiario no me interesa en absoluto. Si no te importa, apago la televisión. —le comunicó Héctor a Susana, quien temblaba de miedo. Ella asintió con la cabeza, dando su consentimiento para que la apagara. —¿Estás bien, chica? —preguntó Héctor con preocupación al ver su cara de espanto.

—La verdad es que no, no me encuentro nada bien… —Susana comenzó a llorar de una manera que tan solo lo hacen aquellos que han perdido algo importante en sus vidas, como un ser querido de forma repentina o una vivienda debido a un evento natural incontrolable. Susana lloraba por el miedo a no sentirse protegida, por estar sumergida en una desesperada y descomunal soledad. —Ayúdame, Héctor. —le suplicó.

—Susana, te entiendo. Pareces una chica fuerte e independiente y dudo que no puedas desenvolverte sola… Yo no puedo acompañarte, lo siento. Tengo responsabilidades con mis clientes, ya te lo he dicho. —intentó explicarle nuevamente. Susana estuvo a punto de explotar y gritarle, pero sabía que no entendería nada, ya que vivían en realidades muy distintas. —Pero haremos algo para que te sientas más segura. Te prestaré mi bicicleta y llamaré a la comisaría para informarles de que llevarás el microchip. Conozco al jefe muy bien, porque ha cenado en el mesón con su familia en numerosas ocasiones, desde hace años. Estoy seguro de que estarán encantados de mostrarte el gran dispositivo de seguridad que han implementado, especialmente después de lo ocurrido con esas niñas, estoy seguro. —dijo con delicadeza a la joven, quien intentaba recobrar la calma tras el llanto. Susana no se molestaría en explicarle que esos policías a los que se refería no habían evitado el encuentro con la criatura en el supermercado, ni tampoco habían capturado al perro, o lidiado con los miles de pequeños y peludos seres, cerca del polígono industrial. Además, no tenía sentido mencionar que a quienes llamaría eran meros maniquíes incapaces de descolgar un teléfono. Sin embargo, la idea de ir en bicicleta al centro del pueblo podría ahorrarle tiempo y evitarle encuentros indeseables con quién sabe qué.

—Está bien, aceptaré prestada la bicicleta… y de nuevo, gracias, Héctor. Te esperaré aquí si vas a llamar a la policía. —dijo Susana mientras se limpiaba las lágrimas con las manos.

—No tienes por qué agradecérmelo. —respondió sonriendo.

—Tanto la bicicleta como el teléfono fijo están en el mesón, pero no te preocupes, puedes quedarte aquí el tiempo que necesites y venir a buscar la bicicleta más tarde. —añadió con tono simpático. A Susana le dio un vuelco el corazón. Estaba segura de haber escuchado el timbre de un teléfono en el piso de arriba mientras bajaba las escaleras. Además, era un timbre de teléfono antiguo.

—Me sorprende que no tengas teléfono en tu casa. —le comentó con temor, esperando ansiosa que confirmara que tenía una línea en el piso de arriba.

—Nunca he tenido un teléfono fijo en casa, siempre ha estado en el mostrador del mesón. ¿No ves que paso la mayor parte del día allí? Además, solo tengo mi antiguo teléfono móvil, pero con el fijo no me cobran las llamadas a otros números locales, ofertas de las compañías. Cada céntimo cuenta. —dijo con un gesto peculiar de dinero, juntando el pulgar e índice. Susana estaba segura de haber escuchado el sonido de un teléfono fijo, pero no quería contradecir a Héctor. Solo deseaba salir de allí, coger la bicicleta e ir a la comisaría. La confianza que había depositado en Héctor volvía a ponerse en entredicho. No podía predecir si el hombre que tenía ante ella decía la verdad o lo que él creía que era la verdad, o si le estaba mintiendo con algún oscuro propósito. —Entonces, ¿me acompañas? —le preguntó con una amplia sonrisa. Susana asintió y se levantó mientras él apagaba el televisor. Cogió su pesada bolsa deportiva y caminaron hacia la puerta principal. Héctor se detuvo al abrirla solo unos centímetros, con el pomo agarrado. —Perdona que te pregunte, pero hay algo que no entiendo. —Susana se preparó para lo peor. —¿Por qué llevas una cizalla contigo? No hace falta que me respondas si no quieres, pero me resulta curioso que una joven como tú tenga que llevar una herramienta así. —le preguntó con curiosidad, y Susana respiró tranquila.

—Siéndote sincera, no sé para qué llevo esta herramienta. Pero soy supersticiosa, y si se cruzó en mi camino, será por algo. —mintió para salir del paso. No pensaba contarle a Héctor que no tenía ni idea de cómo había aparecido la cizalla y el resto de cosas donde él la encontró inconsciente.

—No soy quién para decirte qué hacer, pero si necesitas dejar tus cosas aquí, no dudes de que nadie las cogerá, ni siquiera yo. Y si decides llevar eso a la comisaría, sería mejor que la policía no lo viera. No creo que sea el momento adecuado con todo lo que está ocurriendo últimamente. —le dijo amablemente, como solía hacerlo con Susana.

—No te preocupes, no suelo llamar la atención, todo lo contrario. —dijo Susana con una sonrisa forzada, deseando que la conversación terminara y poder marcharse. Héctor abrió completamente la puerta y salió. Susana lo siguió, pero no pudo evitar echar un vistazo hacia el primer piso, y en ese preciso instante, escuchó el angustioso y desesperado llanto de una mujer. Vio cómo corría rápidamente desde la habitación en la que Susana había dormido esa noche hacia la habitación contigua, donde creyó haber escuchado el timbre del teléfono. Desde la puerta entreabierta y en penumbra, asomaba la cara de una mujer con una larga y despeinada melena oscura que le cubría gran parte del rostro. Gritaba desesperada, rota, y miraba directamente a Susana. El terror se apoderó de ella. Los llantos la atemorizaron tanto que no pudo apartar la mirada de la desconsolada mujer, que abrazaba con fuerza lo que parecía ser un muñeco de plástico, similar a los que se regalan a las niñas pequeñas, para que entiendan el propósito de su existencia en su futuro hogar falócrata. La mujer se dejó caer al suelo, llevándose las manos a la cabeza al ver que el trozo de plástico permanecía inmóvil. Gritando aún más, la mujer miró a Susana con una mezcla de rabia y frustración, y luego dio un fuerte portazo. Susana quedó en shock, aterrorizada, y solo se preguntaba quién diablos era esa extraña y angustiada mujer del primer piso.

—Susana, ¿pasa algo? ¿Se te ha olvidado algo allí arriba? —preguntó Héctor con preocupación. Susana tardó unos segundos en recomponerse después de lo ocurrido.

—Héctor, ¿quién es esa mujer y por qué gritaba de esa manera? —preguntó, con la mandíbula temblando por el miedo.

—Susana, no hay ninguna mujer allí arriba. No ha habido allí nadie desde hace tiempo, solo quedan recuerdos, fantasmas de un pasado más idílico.

12 – Sabiduría ancestral

Pilar, que estaba concentrada en el monitor, observaba las constantes vitales de José. No pudo evitar sorprenderse al comprobar que el individuo parecía mejorar a medida que le suministraban los nuevos fármacos para prolongar su vida. Como científica dedicada durante años al estudio, le resultaba incomprensible que una persona en su estado de salud, al borde de la muerte, pudiera resistir tanto tiempo, incluso con la administración de múltiples opiáceos y drogas. Quizás estaba experimentando una "lucidez terminal", un fenómeno común en pacientes en fase final, en el que parecen estar más activos o alerta antes de fallecer pocas horas más tarde. Pero también consideraba la posibilidad de que existiera algo más trascendental que la humanidad, algo que escapara a la lógica.

—Disculpe José, hay algo que me intriga y no quiero olvidarlo mientras continúa su relato. ¿Regresó usted a la puerta con los símbolos? Me parece relevante y quiero asegurarme de no pasarlo por alto. —preguntó María, interesada en toda la historia y consciente de que el simbolismo de la puerta podía tener un significado verdaderamente importante. Hacer constar ese detalle antes de que José falleciera podría ayudar a comprender mejor lo que sucedía en las mentes de las personas atrapadas en ese mundo subterráneo.

—En realidad, al igual que usted, tuve esa cuestión presente de manera constante. Sin embargo, no podía arriesgarme. La primera Ura me advirtió del peligro de acercarme a esa puerta, así que decidí esperar a la siguiente ceremonia para ver a dónde llevaban a los ofrendados. —explicó José.

—¿Cómo sabía entonces que los llevaban a la estancia tras la puerta de símbolos? —preguntó María intrigada.

—Las escrituras de su culto. En ese gran tomo está todo detallado. Era crucial que lo explicaran a los demás creyentes. ¿Cree usted que habrían ofrecido voluntariamente sus vidas sin saberlo? Ese día, Na aparece tras la puerta y fusiona las almas de los triunfadores de la noche con la suya. —explicó José con un tono sarcástico. —Y yo estaba decidido a descubrir la verdad.

—Entiendo, gracias, José. Puede continuar cuando desee. —dijo María.

—La siguiente velada dedicada a las ofrendas no tardó

mucho en llegar, pues pasaron pocos días desde de mi intenso encuentro entre las hojas secas con Dolores. Estas “fiestas” se celebran de forma aleatoria. El Precepto, una especie de líder espiritual, estaba vinculado a su deidad, Na, y era ella quien decidía cuándo necesitaba nuevas almas. El Precepto se ponía en contacto con algunos elegidos del colectivo, como Dolores, y anunciaban al resto la fecha de esa peculiar reunión vecinal. —continuó explicando José.

—Y ese "Precepto", ¿quién era? —preguntó María.

—No tengo ni idea. Es un secreto, por eso los elegidos eran los encargados de anunciar la fecha del evento al resto. Podría ser cualquier persona en el anonimato, oculta en algún rincón rezando todo el día, o incluso uno de los elegidos. —dijo José.

—¿Podría ser Dolores? —preguntó María.

—Por supuesto. De hecho, nunca descarté esa posibilidad. —dijo José sin titubear.

—Es interesante, la verdad. —dijo María mientras tomaba notas en su portafolio sobre lo que José le contaba acerca del culto. —Entiendo que su relación con Dolores se fue estrechando aún más, ¿no es así? —le preguntó María.

—Sí, pero principalmente por cuestiones relacionadas con la comunidad y las actividades del culto. No puedo negar que tuvimos múltiples encuentros íntimos, pero siempre de manera discreta. Sabíamos que tarde o temprano nos descubrirían, pero eso poco a poco dejó de importarnos. La gente hablaba, sospechaba, pero nos justificábamos diciendo que trabajábamos por un bien para la comunidad, algo que era cierto y tenía sentido para los demás. Aunque no tanto para Raúl. Incluso en su mente nublada por esteroides y proteínas, comenzaba a surgir la idea de que pasábamos demasiado tiempo juntos. Era evidente para cualquiera que lo viera. El muy imbécil enviaba a uno de sus hombres para vigilar las inmediaciones de la nave, argumentando razones de seguridad, hasta que volvíamos a casa. Además, sus bromas hacia mí, los empujones "amistosos" o los golpes con su hombro gigante en cada encuentro, dejaban en claro que algo sospechaba. Estaba seguro de que alguien le había hablado de nuestra cercanía, cada vez más evidente. Cualquier persona sensata habría preguntado, habría tenido una conversación, pero Raúl optaba por la violencia física, comportándose más como un gorila macho de espalda plateada, que como una persona coherente. En uno de nuestros encuentros secretos, antes del amanecer, en la sala

de estar, Dolores me confesó que ya no dormía con él y que, a diferencia de su trato conmigo, Raúl se comportaba con ella de manera más brusco y desagradable. Era comprensible, dado que no habían tenido contacto físico durante mucho tiempo. Dolores me dijo que en el pasado no mantuvieron ninguna relación seria, pero al final, el tiempo y la costumbre dieron lugar a un acercamiento más profundo entre ambos. Sin embargo, así como el tiempo les dio ese acercamiento, también pudo llevárselo. Nunca le insistí en que lo abandonara. Aprendí a mantenerme al margen, y si la única forma de estar con ella era siendo "el otro", así lo sería. Pero debo admitir que me estaba gustando mucho la dirección que estaba tomando nuestra amistad en aquel momento.

—*Los dos tenemos un vínculo que va más allá de una simple relación sentimental, José. Es algo que nos unirá de por vida, pero eso no significa que mis sentimientos hacia él sean los mismos que antes. Tendrá que entenderlo, quiera o no. Ahora mi atención se centra en querer saber hacia dónde nos llevará el camino que estamos trazando tú y yo, si lo que sentimos el uno por el otro trascenderá a algo mucho más profundo que ninguno de los dos podamos comprender.* —me sonrió Dolores y me abrazó con fuerza.

—*Pronto saldrán de patrulla, ¿verdad?* —pregunté a Dolores tras abrazarnos y elogiarnos mutuamente durante un rato.

—*Así es, el día de la próxima ofrenda. Pero esto queda entre nosotros, será el próximo martes. ¿Cómo supiste que saldrían pronto de patrulla?* —me preguntó desconcertada.

—*No te preocupes, soy una tumba. Escuché a dos de ellos ayer mientras Pedro, el de la calle Herrerías, y yo estábamos reforzando el nuevo establo de los Zapata. Estaban comentando que Raúl les había informado sobre la acumulación de máquinas en varios puntos de la valla. Parece que será una tarea de limpieza.* —le expliqué.

—*Las ametralladoras de los perímetros están empezando a fallar. La humedad de la huerta oxida las armas y también los componentes electrónicos, como los sensores de movimiento. Tal vez Rubén y tú debáis reparar todo el perímetro después de la evaluación de Raúl. Le diré a mi hermano que es una prioridad.* —me dijo. La conversación se desvió hacia temas laborales y comunitarios, y poco después desayunamos con los demás. Estaba ansioso por la ofrenda, y no me malinterprete, María, deseaba pasar más tiempo con Dolores, pero, sobre todo, quería descubrir qué había detrás de esa puerta y adónde iban esas pobres personas.

Ese mismo viernes, Dolores se encargó de informar al resto de los habitantes de la casa de que el martes sería el gran evento. Todo el pueblo estaba emocionado y ansioso, ya que no solo era una reunión religiosa, sino también una oportunidad para que toda la comunidad se juntara en una noche llena de risas, historias, alcohol y comida. Y yo, al igual que todos ellos, estaba dispuesto a disfrutar y divertirme, pero siempre consciente de que esa noche mi objetivo era descubrir el misterio sobre las muertes que allí se ocultaban. Aún no sabía cómo lo haría, pero eso no me importaba. Incluso si tenía que forzar las cosas, descubriría qué sucedía allí dentro. Qué ingenuo fui… —José hizo una pausa larga, pero María no quiso interrumpir su monólogo.

—Durante esos días, tuve la oportunidad de charlar con varios vecinos mientras nos ocupábamos de los preparativos para el increíble banquete. Me alegró mucho ver que aquellos que habían perdido a un ser querido en ofrendas pasadas, como Héctor, tenían una felicidad aún más intensa que los demás. Su ilusión se debía a que, en los eventos siguientes a la pérdida de un familiar, esas almas regresaban y sus familiares y amigos podían sentir su energía, disfrutando de la compañía de sus almas unas horas. Aunque debo admitir que no terminaba de creerlo. Incluso acosé a preguntas a decenas de personas para buscar una explicación coherente o científica para ese fascinante suceso, pero no me convenció ninguna de sus ridículas explicaciones. Descubriría la verdad el día del sacrificio, y permítame adelantarle que no se trataba de un fenómeno sobrenatural, al menos, lo poco que pude vislumbrar. Durante esos tres o cuatro días previos al evento, me sentí tan arropado y querido por la comunidad como cualquier otro habitante de la zona. Trabajábamos juntos, instalamos todo lo necesario para la noche del martes, incluso montamos una gran pantalla con retales de tela para proyectar películas, gracias a los esfuerzos de Rubén. Estaba realmente feliz, creo que hacía años que no me sentía así, o tal vez nunca lo había estado tanto. Y justo cuando pensaba que no podía sentirme mejor, me dieron la oportunidad de leer un pasaje del libro sagrado frente a todos los vecinos, el día de la ofrenda. Recuerdo pasar horas frente al espejo de mi habitación practicando. La mañana del martes la dediqué exclusivamente a eso. Mientras tanto, los demás disfrutaban o ayudaban a Héctor a preparar la abundante comida que se serviría en unas horas. No era precisamente un gran orador, de hecho, siempre me he sentido un poco inseguro por mi voz. No digo que sea desagradable, pero siempre he envidiado a aquellos que pueden contar un chiste y hacer reír a todos, o a aquellos que pueden narrar una historia sin aburrir a nadie, como los actores de doblaje.

Maldita sea, creo que hablo tan pausadamente y con una entonación tan monótona, que cuando siento que pierdo la atención de alguien, intento exagerar para seguir captando su interés. Es exasperante… Así que decidí practicar, aunque tuviera que leer el texto en lugar de aprenderlo de memoria. Eso me ayudaría a soltarme un poco más y a darle vida a mis palabras. Estaba concentrado en mi práctica vocal cuando escuché golpes en la puerta. Abrí casi al instante, pero no vi a nadie. En el suelo había un sobre cerrado, hecho con papel reciclado que se fabricaba allí mismo, con las hojas secas de las moreras. Cuando lo abrí, encontré un folio del mismo material que decía:

"Creo que te conozco de antes. Mi voz se marchitó cuando volví a nacer. Déjame decirte algo que precisas saber. Según lo que necesita, lo deja o lo retira, pero no puede borrar algunas cosas. Y algo dentro de mí me dice que tú no deberías estar aquí".

Supe al instante que era Ura. La carta desató un torbellino de emociones en mi mente. Estaba asustado, porque era cierto que Ura ya no era la misma. También estaba confundido, sin entender cómo podía ser la misma persona y a la vez no serlo, y tenía miedo de lo que estaba sucediendo. ¿Era una broma?, me pregunté. ¿Pero quién podría conocer lo que supuestamente soñé en esa pesadilla? Como era parte de mi ser, intenté pensar con lógica y objetividad. Supuse que, si Ura era la responsable de la carta, estaría jugando conmigo a un juego que no lograba comprender.

—*Primero me atrapas en tu trampa y ahora te niegas a hablarme, jugando a los misterios.* —dije en voz alta con la carta en la mano. Pasé del miedo a la ira. Nadie más que ella sabía lo que había sucedido o lo que habíamos hablado, y quizás la parte anterior a su supuesta muerte no fue un sueño, sino una conversación real. Tal vez no me hablaba porque estaba celosa de estar más cerca de Dolores, llegué a suponer. Lo que estaba claro es que Ura me evitaba, no me miraba al cruzarnos y no me dedicaba ni un "buenos días". Así que, enfadado, arrugué la carta, la tiré a la papelera y seguí practicando. No le daría importancia a algo o alguien que en ese momento no la merecía. No recuerdo cuánto tiempo trascurrió, pero en cada pausa de mi recital frente al espejo, recordaba inconscientemente los eventos ocurridos aquella noche junto a la piscina. La imagen de Ura en el agua, tan viva y muerta tras segundos, sus palabras advirtiéndome que me fuera de la casa, y la silueta en la ventana observándonos, que también fue vista por la joven Ura, se presentaban una y otra vez en mi mente. No eran meras coincidencias ni invenciones, por mucho que el alcohol o la mariguana me hubieran afectado… No podía encerrar en un oscuro cuarto todo aquello que seguía atormentándome. Así que

decidí abordar el asunto y visitar a la "nueva" Ura con vehemencia, para que me convenciera de que estaba equivocado. Ojalá hubiera sido así.

—En ese momento ya había reconstruido la confianza con Dolores. ¿No podría haberle sacado más información a ella? —preguntó María, sabiendo que lo había interrumpido.

—Le aseguro que lo intenté, pero ella siempre desviaba el tema o me daba excusas, como "ya era hora de que madurara" o "puede ser peor de lo que nos tememos y que la pequeña Ura pueda tener algún problema serio en la laringe, de ahí su silencio". Incluso llegó a culpar al culto, mencionando los "votos de silencio" que algunos feligreses practican como ofrenda a Na, según está escrito. Sus pretextos eran casi irrefutables y yo tampoco quería forzar una posible discusión. Recuerde que debía caminar con cautela para continuar avanzando en el buen camino con Dolores. —explicó a María con una sonrisa.

—Entiendo… no sé, tal vez cualquier otra persona habría intentado obtener información, quizás de algún otro compañero de convivencia que fuera más cercano a Ura… disculpa, es solo mi sincera opinión. Trato de ponerme en su lugar, José, y comprender por qué hacía lo que hacía, entiéndame, es parte de mi trabajo. —le dijo María, interrumpiéndolo conscientemente con el propósito de traerlo de vuelta a la realidad actual, evitando que indagara tanto en su interior y se quedara atrapado en sí mismo hasta morir en su propia historia. No sabía si José podría experimentar algo similar, pero entendía muy bien que una mente cansada, envuelta en recuerdos de experiencias horribles, podía protegerse encerrándose en sí misma. Esto solía ocurrir en personas con trastornos psicóticos, quienes podían sufrir delirios, paranoia o alucinaciones debido a angustias o deterioros mentales, ya sea por agentes externos como drogas o químicos, o por experiencias espantosas como maltratos o el asesinato de un ser querido. Entonces María recordó a Patricia Vidal, una paciente del Hospital Psiquiátrico de Barcelona a quien tenía que interrogar debido a su relación con el caso que estaba investigando en ese momento. Siendo joven y con pocos años de experiencia en el cuerpo, María era consciente de su falta de habilidad para lidiar con personas mentalmente inestables o enfermas. Su primer encuentro casi resulta fatal, ya que, si no fuera por el guardia jurado, María habría sido apuñalada con su propio bolígrafo Bic por alguien que creía ser una chica inocente y conmocionada, vestida de blanco, pero que resultó ser una ladrona de bebés, agresiva, qué, junto a su ex pareja, un yonqui del barrio, robaban bebés de los hospitales para luego

entregárselos a un ser místico que supuestamente les hablaba a través de un espejo en su habitación. Este incidente casi le costó dejar sin soplar las velas de su vigésimo séptimo cumpleaños. El caso de Mauricio Aguilar también dejó una marca considerable en ella. El hombre sexagenario, quien lloraba la pérdida de su esposa e hijos en un trágico accidente de tráfico donde él fue el único superviviente, resultando ser un asesino en serie que se hospedaba en hostales y moteles frecuentados por camioneros, forzando cerraduras y asesinándolos a sangre fría. Alegaba que cada uno de ellos era culpable del accidente que causó la muerte de su familia, pero la cual nunca existió. Mauricio nunca se casó ni tuvo hijos. A raíz de estos y muchos otros casos de personas con enfermedades mentales, María tuvo que aprender no solo a mantener la mente fría y alerta, sino también a estar preparada para la actitud más inverosímil y desafiante de cada individuo. José era un caso de interrogatorio único y diferente al resto, pero su mente, al igual que la de cualquier ser humano, estaba limitada en su exposición al estrés. María sabía que podía sumergirse tanto en su interior, que tal vez no pudiera regresar a la realidad, provocando así el fin del interrogatorio, o se violentara de manera abrupta, pudiendo incluso autolesionarse. María no sentía compasión por él, sabía que no tenía nada que hacer para salvarlo de una muerte casi inevitable, pero necesitaba mantenerlo en la misma realidad que ella hasta ese fatídico momento y obtener toda la información posible.

—No se preocupe, la entiendo perfectamente. Así pues… en realidad, intenté seguir el consejo de Dolores y no darle más vueltas de las necesarias, pero llegué a un punto en el que no podía más. Así que decidí, determinado a encontrar explicaciones, dirigirme hacia la habitación de Ura. Mi corazón palpitaba con fuerza, la sangre me ardía en todo el cuerpo, y si hubiera podido contemplarme en un espejo en ese instante, seguramente habría notado demasiado la prominente y pulsante vena en mi sien. Por lo general, mi educación prevalece ante cualquier impulso, pero aquella mañana estaba completamente fuera de mí. Sin siquiera dar unos golpecitos en la puerta para comprobar si estaba dentro, ejercí una gran presión sobre el pomo con mi mano artificial, dejándole notables abolladuras, y abrí la puerta con fuerza.

—¡Eh, tú! ¿Acaso creías que no iba a descubrir que eras la responsable… —solté el pomo y me llevé las manos a la cabeza. Pasaron unos segundos, quizás un par, pero se me hicieron eternos, hasta que me adelanté, llorando como un bebé que ha estado sin respiración durante un instante, agobiado por el sufrimiento intenso que experimenté en ese momento. Mis labios se volvieron de color

morado, hasta que finalmente me desahogué en llanto y pude volver a respirar. Mi paso fue lento mientras me acercaba a su cama y llegaba hasta el cabecero, donde, de pie sobre la almohada, comencé a acariciar el cuerpo sin vida y bañado en sangre de Ura, que colgaba de la pared por ambos brazos, atravesados por pequeñas clavijas de hierro que sostenían todo su peso. El torso estaba marcado por profundos cortes que dibujaban extraños símbolos, similares a los de la puerta, y en la base del cuello, donde debería haber estado su cabeza, había una daga idéntica a la que tenía clavada en la espalda aquella noche, en la piscina. La sangre seguía brotando, caliente, empapándome el rostro mientras me frotaba los ojos para verla. La abrazaba, como si tuviera algún poder milagroso capaz de devolverla a la vida. Buscando a un culpable, escudriñé desesperadamente la habitación con la mirada, hasta que crucé mis ojos con los suyos. Tenía una mirada apagada, perdida, que solo un cadáver puede adquirir. Sobre un jarrón con margaritas silvestres reposaba la desafortunada cabeza de Ura.



El mesón se encontraba justo al lado de la casa de Héctor. Juntos atravesaron el local y salieron a la apacible terraza trasera, donde los árboles brindaban una agradable sombra a las mesas y sillas dispuestas para los clientes.

—Aquí tienes la bicicleta, es de paseo y puede que esté un poco desgastada, pero te será útil tal como lo ha sido para mí durante décadas. —dijo Héctor mientras entregaba la bicicleta, guardada en una antigua caseta de madera junto a las cajas de refrescos.

—Gracias, Héctor. Me marcho ya. Por cierto, esta parte del mesón es realmente encantadora. —dijo Susana con cordialidad, aunque en realidad deseaba alejarse de allí. La inesperada visita a la casa de Héctor la había dejado aterrada y no sabía qué pensar de él. Había algo que la hacía considerar que estaría mejor deambulando perdida por el pueblo que quedándose allí con Héctor y sus “fantasmas”. El hombre le sonrió y la abrazó con fuerza. Susana, sorprendida, no movió ni un músculo, no esperaba una reacción tan impulsiva por parte de Héctor.

—Recuerda, ten cuidado y regresa. Si no estoy, no te preocupes, utiliza las llaves. —le dijo amablemente. Susana inclinó ligeramente la cabeza en señal de agradecimiento y, tras atravesar el

mesón, salió y se montó en la bicicleta. Volvió la cabeza para comprobar si el hombre aún estaba allí, pero la densa neblina le impidió ver más allá de unos pocos metros. Mientras pedaleaba, reflexionó sobre si debía revisar nuevamente el coche, quizás podría arrancar, o si Héctor, siendo tan hábil, quizás le había echado un vistazo. También pensó en tomarse un descanso, ya que estaba muy cansada a pesar de haber dormido suficiente. Sin embargo, no podía quedarse allí después de haber visto a esa escalofriante mujer en el primer piso. Susana pensó que ni siquiera la aterradora Sadako, o cualquiera de sus amigas fantasmagóricas del cine de terror japonés, le habrían causado tanto miedo. Tenía claro que nunca volvería allí, al menos no por voluntad propia. Además, algo más la atormentaba. Seguía sintiendo la extraña sensación que tuvo al ver nuevamente a la adolescente del matadero en la televisión, que, sin lugar a dudas, la estaba saludando tras la pantalla.

—Joder, maldita locura… aunque ahora ya no sé quién está peor de la cabeza, si esa pálida chavala o yo. —dijo en voz alta mientras pedaleaba en dirección al centro del pueblo, en busca de la comisaría. Durante el trayecto, se sorprendió por la escasez de maniquíes que observaba esa mañana. Pero, al igual que en el mesón, no había nadie real. Los maniquíes, como si fueran personas de carne y hueso, sustituían a los humanos que debían de existir en la realidad de Susana. Pero, en cambio, en ese pueblo, sus habitantes eran muñecos de plástico, estáticos como personas que visitan establecimientos o deambulan de un lado para el otro, pero siempre diferentes a los del día anterior. No era lógico para la joven, a menos que cientos de personas los colocaran y movieran constantemente. Susana intentó no darle más vueltas al asunto, no entendía nada y sabía que, si continuaba buscándole la lógica, terminaría enloqueciendo en aquel lugar delirante y extraño. Se centró en llegar lo más pronto posible y resolver la siguiente pista, la del dueño del animal con el microchip. Susana se detuvo inevitablemente frente a la librería, que aún permanecía cerrada, pero tenía periódicos junto a la persiana de la puerta principal, como si una empresa de reparto los hubiera dejado allí durante la madrugada, algo que sucedía también en su realidad. Una vez colocó el caballete y bajó de la elegante bicicleta de paseo BH, de color bronce, se acercó al montón de periódicos atados con cuerda y observó parte de la portada. El periódico era local y mencionaba el fatídico fallecimiento del perro, lo cual era considerado una buena noticia para los habitantes del pueblo, debido a los problemas que había causado. Susana sacó su navaja multiusos y cortó la cuerda para coger uno de los periódicos. Le sorprendió que el animal fuera un simple perro de pelaje oscuro, que

yacía sin vida en la cinta de despiece del matadero, siendo muy diferente del monstruo contra el cual había luchado por salvar su vida. Pero lo que más llamó su atención no fue la portada sensacionalista, sino la fecha escrita en una pequeña caligrafía en la esquina superior derecha: 01 de diciembre de 2006.

—No puede ser… ¿Cómo es posible que hayan transcurrido dos días? —se preguntó incrédula. La joven, confundida, se esforzó por recordar cómo pudieron pasar 48 horas. Miró hacia atrás y solo lograba recordar la huida de los seres deformes de baja estatura, el encuentro radiofónico con Aurora, también la adolescente prepotente y misteriosa, y la desesperada lucha contra el deforme y el enorme perro. Después de desmayarse en los vestuarios del matadero, solo había soñado con el bosque y se encontró despierta en la habitación infantil de la casa de Héctor.

—Es posible… claro, el radiocasete chocó contra aquel árbol, al igual que yo. Pero era un sueño… tal vez, y ya no me parece tan descabellado, considerando las cosas extrañas y surrealistas que ocurren aquí, podría haber estado realmente en ese maldito bosque un día entero… —reflexionó Susana mientras palpaba su cabeza en busca de hinchazones provocadas por el impacto contra el tronco de su sueño. Tenía razón y el abultado chichón que sintió en la parte trasera de su cráneo lo confirmó, provocando que soltara un quejido seco y diera un pequeño salto.

—No fue un sueño… es decir, que han pasado dos días… —murmuró Susana, interrumpida por el pie de foto que decía:

"Las festividades pueden retomarse con calma, a tan solo tres días de la famosa fiesta de La Reunión, que se espera atraiga este año a más visitantes que nunca para disfrutar de esta ancestral tradición"

Aunque la joven no comprendía a qué se refería con lo de antigua tradición, sí sabía de "La Reunión", ya que Héctor le había mencionado que comenzaba la noche antes del último día de las fiestas. Buscó en todo el periódico, pero solo lo mencionaba de pasada, como una adición a la noticia sobre la muerte del perro. Tampoco se mencionaba la violación de las dos menores que había anunciado esa mañana la desaliñada periodista en el informativo matutino, pero tenía sentido, ya que el periódico se imprimía de madrugada. Susana sabía que algo significativo y posiblemente perjudicial para ella ocurriría esa noche, la noche de "La Reunión", y debía apresurarse en comprender cuál era su papel allí, seguir las pistas y finalmente recordar que la había llevado a ese fatídico lugar.

Una vez más, subió a su renovada bicicleta y pedaleó hacia el centro del pueblo. Susana, que no tenía la más mínima intención de regresar a la casa de Héctor, pensó que una vez en la comisaría, podría volver a contactar por radio con Aurora. Recordó que el radiocasete no era el único medio a través del cual la había escuchado, también por el megáfono en lo alto del poste, junto al matadero, cuando los pequeños y peludos engendros la perseguían.

—Seguro que allí tienen walkies, radios e incluso un sistema de megafonía. —se dijo a sí misma, animándose a seguir su camino al centro del pueblo. A medida que avanzaba, notó cómo el número de habitantes inmóviles aumentaba, como si fueran transeúntes normales de carne y hueso que inundaban las calles cercanas al núcleo urbano, en busca de las mejores ofertas de productos y provisiones. Susana se sorprendió al ver que esa cantidad de maniquíes aumentaban, hasta el punto de tener que evitar chocar con ellos. Incluso llegó a pensar que algunos surgían de la nada, como si alguien los hubiera colocado rápidamente aprovechando la escasa visibilidad provocada por la densa niebla. La joven recordó a su amiga Ana, una ferviente aficionada a los videojuegos, quien le explicó en alguna ocasión que el "Pop-in" se refiere al efecto de que objetos o texturas aparezcan repentinamente en la pantalla cuando el jugador se acerca a ellos. Esto se debe a las limitaciones de memoria o procesamiento de la plataforma, ya que el videojuego no puede cargar todos los elementos del escenario al mismo tiempo. Por eso, los diseñadores intentan mitigar esas limitaciones añadiendo niebla o humo. Susana consideró que esto podría ser algo similar. Que en el preciso lugar en el que se encontraba, alguien o algo colocara todo lo que ella veía a medida que se acercaba. Y aunque pareciera una locura, ya no se le ocurría qué pensar. A esas alturas, cualquier explicación disparatada le serviría con tal de comprender dónde estaba metida y qué hacía allí.

No pasaron más de diez minutos hasta que la joven detuvo la bicicleta junto a la acera. Susana no podía ver más allá de su nariz. La niebla, que humedecía todo lo que tocaba, era tan densa que la obligó a detenerse sin poder continuar.

—Me juego el cuello que, si sigo adelante, me pierdo. No puedo seguir las luces de las farolas como la otra vez… ese maldito demonio con cuerpo de cría no quiere que avance, aún no desea que la alcance… —se decía Susana mientras secaba los cristales empañados de sus gafas. Extrajo el mapa de la bolsa deportiva infantil y señaló con el dedo su supuesta ubicación actual.

—No puedo arriesgarme… si me atacan en medio de esta

densa niebla, no sabré hacia dónde dirigirme y podré perderme. Debo encontrar otra ruta. —observó en el mapa que, al rodear esa manzana, podría encontrar un camino alternativo hacia el centro.

Regresó pedaleando para encontrar la ruta que se suponía la llevaría al centro, pero al igual que en la carretera principal, una densa niebla cerraba el acceso. Una vez más, consultó el mapa en busca de alguna otra vía que hubiera pasado por alto, pero lamentablemente no tenía más opciones que aventurarse a ciegas en lo desconocido o cruzar por huertos fangosos hasta llegar al río, rodearlo y encontrar alguna calle que no estuviera inhabilitada por la niebla.

El principal obstáculo de la última opción era, sobre todo, el tiempo. Cruzar los bancales sin la bicicleta le llevaría horas, sin mencionar los peligros que pudieran surgir si Susana quedaba atrapada en el barro, que seguramente le llegaría hasta las rodillas. Desalentada y sin tener la menor idea de qué hacer, sacó un botellín de agua, cortesía de la casa de Héctor, y se sentó en la acera para beber.

Susana reanudó su marcha, y en medio de la espesa niebla, a medida que continuaba hacia el oeste en lugar de dirigirse al centro del pueblo, la joven divisó una tenue luz anaranjada que parpadeaba intermitentemente. Se bajó de la bicicleta y caminó con cautela hacia ella. A pocos metros, pudo comprobar que se trataba de una luz de obra, sobre una valla metálica, que se encontraba unida a otras para delinear la fachada de un antiguo edificio en proceso de restauración.

Este viejo edificio se encontraba entre otros dos más modernos que lo sobrepasaban en altura. Susana apoyó la bicicleta sobre una de las vallas y se acercó al cartel clavado en la puerta del antiguo edificio. En él, se exhibía el escudo del Ayuntamiento y un párrafo que indicaba que esa construcción estaba siendo remodelada y tenía todos los permisos necesarios para ello.

La fachada, con su pintura desconchada y descolorida, estaba adornada en sus terminaciones con cenefas y pilares decorativos que, a pesar de su evidente deterioro, le otorgaban cierta elegancia. Aunque Susana no era una experta en arquitectura, pensó que esta antigua construcción debía tener más de cincuenta años, y probablemente fue una de las primeras edificaciones con varias alturas de la época, ya que casi todas las construcciones antiguas que pudo observar eran de una sola planta.

La joven logró pasar sin dificultad entre los dos postes

metálicos que unían el vallado y miró a través de una de las desprovistas ventanas del edificio. Se sorprendió al ver que en el interior solo quedaba un terreno desnudo, rodeado por las enormes paredes de las nuevas edificaciones que lo rodeaban. Lo único que se mantenía en pie de la antigua vivienda era su fachada, la cual estaba sostenida en su interior por robustas vigas metálicas, ancladas al suelo para evitar su colapso.

Entre los escombros y la maquinaria de construcción, la joven pudo observar un gran agujero marcado con una malla naranja atada a estacas de hierro, para evitar que nadie se acercara y cayera. Lo que más le sorprendió fue que la escasa niebla que había en el solar parecía ser absorbida por el hueco en el suelo.

Susana comprendió que debía de haber una salida que conducía al exterior y, según su ubicación en el mapa, ese conjunto de edificios debía de contar con un estacionamiento subterráneo que conectaba con una calle interna en la plaza central del pueblo. Si sus suposiciones eran correctas, podría llegar al centro del pueblo simplemente atravesándolo, aunque siempre con precaución, ya que el plan podía torcerse en cualquier momento. Aun así, parecía ser una buena opción.

Susana entendía que, si dejaba pasar esa oportunidad, se arrepentiría en cuanto intentara cualquiera de las otras dos opciones. Además, no veía muy factible la idea de huir a ciegas entre la niebla de horrendas criaturas o quedar inmovilizada en el barro de un huerto, esperando convertirse en el almuerzo de alguna quimera deforme.

—Amiga, estoy muy agradecida por traerme hasta aquí. —le expresó con una sonrisa a la bicicleta, mientras accedía al solar a través de la ventana. Una vez dentro, exploró rápidamente entre el material de construcción y los escombros en busca de algo útil o alguna pista sobre lo que le esperaba más adelante. Durante su búsqueda, la joven halló una cuerda resistente y de considerable longitud, probablemente utilizada para el transporte de materiales, la cual le serviría para descender por el socavón hasta el parking. Susana, percibiendo una leve brisa que la instaba a bajar, iluminó el suelo del aparcamiento con su linterna, donde se encontraban los restos de lo que parecía ser el hueco del ascensor para acceder a ese nivel. Susana enrolló varias veces la cuerda alrededor de un robusto pilar que se alzaba del suelo, asegurándose con un nudo firme. Realizó un par de tirones para verificar que la cuerda no se soltara y pudiera soportar su peso, y luego la lanzó al vacío.

—Solo son unos tres o cuatro metros, será fácil. —se dijo a sí misma, tratando de animarse. Después de soltar su mochila, se apoyó en el polvoriento suelo, agarró la cuerda y comenzó a descender. Casi se soltó por el sobresalto, cuando escuchó el delicado y agudo tintineo de la bicicleta, y aunque se obligó a no mirar y continuar con su descenso, la curiosidad pudo con ella. Frente a sus ojos, asomada por la ventana, se encontraba la adolescente de cabello blanco, con la sonrisa más aterradora que jamás había presenciado. Inmóvil, la miraba fijamente sin dejar de sonreír. Susana, con el corazón acelerado, se aferró con firmeza a la cuerda para evitar caer. La joven Susana únicamente asomaba su cabeza por el agujero, mientras que el resto de su cuerpo ya pertenecía más al parking que al solar.

—¡¿Qué quieres de mí?! —se atrevió a preguntarle a la joven pálida, quien mantenía su mirada fija y una sonrisa perpetua. Fue en ese momento cuando la chica hizo un gesto lento, pasando una especie de cuchillo por su yugular, un mensaje que Susana comprendió rápidamente. De manera inexplicable, la joven blanquecina emergió de entre la niebla justo al lado donde Susana había atado la cuerda, y sin pensarlo dos veces, la cortó. Por reflejo, Susana se aferró con fuerza al borde, dejando caer la cuerda. Desesperada, trató de agarrarse con ambas manos para mantenerse, pero resbaló y cayó de espaldas sobre los escombros. El fuerte impacto le impidió respirar, y llevó sus manos a la garganta, angustiada por recuperar el aliento. Su pulso se aceleró, demandando más oxígeno, el cual no estaba obteniendo. Susana se acomodó de costado, yaciendo entre los escombros de cemento, intentando desesperadamente expandir sus pulmones que habían colapsado tras la caída. Poco a poco, comenzó a introducir aire en sus pulmones, pero estaba aterrorizada, consciente de que esa criatura podía quitarle la vida, especialmente en su situación actual.

—Te necesito. Podría haberte ahorrado este escalofriante purgatorio, pero te necesito. Tú misma podrías evitarlo, pero no lo deseas. Te aferras a luchar por algo que carece de sentido, a tus ideas y fantasías de mujer. Eres más que eso, Susana, eres como yo, y nos necesitamos mutuamente. La decisión está en tus manos: acompañarme o sigue con tu interminable y paradójica búsqueda de respuestas. Pero la realidad de este mundo, somos tú y yo. —le expresó la adolescente mientras caminaba por el borde del hueco, observando bajo sus pies a una Susana que se estremecía de dolor e intentaba recuperar por completo su respiración.

—No… iré contigo… tendrás que… matarme. —dijo Susana entre quejidos. La joven de cabello blanco se detuvo y apretó los

puños, estaba furiosa, tratando de contener una probable rabieta, como la que tendría un niño al que no le compran el juguete promocionado en la vidriera de un centro comercial. Después de unos momentos, la chica pálida se tranquilizó.

—Como prefieras. Te dejaré aquí a tu suerte para que sigas gozando de este viaje. Disfrútalo, porque es exclusivamente tuyo, Susana. —dijo con sarcasmo la peliblanca, desapareciendo de su vista. Pasaron varios minutos hasta que Susana se recuperó y pudo respirar casi con normalidad. Afortunadamente, la caída no le había causado ningún traumatismo o herida grave, además, tuvo la extraña sensación de saber que la aterradora adolescente no la molestaría, al menos, por el momento. Susana pensaba que iba a morir, que esa cosa con forma humana la mataría, pero le dijo que la necesitaba. Susana no comprendía por qué, pero si no le hubiera sido útil, podría haberla eliminado y seguir expandiendo su reino del terror. La joven cogió la bolsa deportiva y abandonó los rayos de luz que la iluminaban a través del agujero, adentrándose en una oscuridad total. Encendió la linterna y constató que allí abajo apenas había niebla, siendo la luz de su linterna la única ayuda frente a la oscuridad. Aun así, pudo apreciar la amplitud de ese estacionamiento, era colosal, creándole una extraña sensación de espacio liminal, como si fuera más amplio e inquietantemente surrealista de lo que sería un garaje real. Los pilares estaban pintados de blanco con una franja roja para que los conductores pudieran visualizarlos. Además, cada plaza de estacionamiento tenía su número pintado en el borde, siguiendo un orden.

—Es imposible que haya tantas plazas de aparcamiento… —dijo Susana mientras iluminaba de un lado a otro. Además, había vehículos estacionados, todos ellos relucientes como si los hubieran acabado de sacar del lavadero y ubicado estratégicamente para que los encontraran impecables, lo cual sorprendió a Susana. Ella había dejado de limpiar el suyo desde hace varias semanas y podía permitirse seguir así durante varios días más, sin tener demasiada prisa. Fue precisamente junto a uno de los vehículos donde Susana encontró lo que parecía ser la vestimenta de un agente de policía local en el suelo. Susana cogió la camisa y comprobó que, por la costura en la espalda, se trataba de una prenda femenina. Debajo de los pantalones, había un cinturón reglamentario con una porra, esposas y una funda para pistola. Susana se quedó perpleja al darse cuenta de que tanto la porra, como las esposas y la pistola, eran juguetes. Eran de tan mala calidad y frágiles que pudo romper las esposas con una sola mano. Susana pensó que tal vez se trataba de disfraces para fiestas o despedidas de soltero, hasta que encontró una nota en el

bolsillo del pantalón y pudo leer:

"He pasado tantos años de servicio que he llegado a aceptar que en este pueblucho no sucede nada malo. Hasta que ocurra, claro está. Ya me dirás cómo defendemos a los ciudadanos o a nosotros mismos con este material de mierda. En fin, menos mal que siempre estás ahí para protegerme, Nina"

Susana no entendía nada. —¿Cómo podían proveer a los agentes de semejante material barato? —se preguntó. Pero comprendió que no tenía sentido darle vueltas a temas incomprensibles en ese lugar, por lo que decidió seguir adelante. La caminata se hizo larga, hasta el punto de que no lograba comprender muy bien en qué parte del mapa se encontraba. Solo sabía que avanzaba en la dirección correcta. Después de mucho caminar, la joven siguió encontrando uniformes policiales femeninos, todos con sus cinturones y juguetes, así como vestidos ajustados, blusas, faldas de cuero y zapatos de tacón. Toda la ropa esparcida por el suelo a su paso era de mujer y, sin detenerse a pensar demasiado en ello, la joven continuó avanzando con mucha más cautela, preparada con el bate por si se encontraba con algún ser monstruoso o depredador sexual, dada la gran concentración de ropa femenina. No tardó en confirmar sus sospechas cuando empezó a encontrarse con decenas de maniquíes con forma de mujer, desnudos o vestidos con encaje, maltratados, con la pintura corrida o el cabello de sus pelucas enredado, pero lo que la llevó a creer que debía tratarse de un agresor sexual, aunque fueran muñecas de plástico, fue que las vaginas estaban completamente destrozadas. En algunas de esas muñecas, incluso tenían hendiduras y orificios en la zona de la boca. Además, el olor que desprendían, debido a los fluidos que habían introducido en sus plásticos cuerpos, le provocó arcadas. Susana, además de sentir un asco inmenso, no comprendía quién o qué habría provocado semejante orgía plástica. Empezó a pensar que tal vez no era una sola persona la responsable de semejante barbaridad. La joven, a pesar de la grotesca imagen, continuó su camino mientras esquivaba a las numerosas figuras femeninas de plástico, dispersas por todo el suelo del estacionamiento. En uno de los maniquíes, que tenía el brazo levantado, había un pequeño trozo de papel de una libreta. Lo cogió y pudo leer:

"No te lo puedes imaginar, este tiarrón es sin duda el mejor con el que he estado en años, y no lo digo solo por el sexo, que también, sino por cómo me trata. Me hace sentir especial. Espero que sea para mí, ojalá esas mujeres que lo miran dejen de devorarlo con los ojos. Porque si me entero de que hay otras, juro que me encargaré de ellas, personalmente. Cuando

vengas, te lo presentaré, pero cuidado con las manos, ¿de acuerdo? Un beso, cariño"

—¿Será real esta nota? Incluso podría ser ella en el cuerpo de ese… no digas tonterías, Susana… Aun así, no comprendo lo que está ocurriendo aquí… me estoy volviendo loca, joder… —Susana dejó caer la nota y se agachó, cubriéndose por completo, sintiéndose vulnerable, deseando que todo terminara de una vez por todas. De repente, escuchó un leve sollozo y levantó la vista. El sonido se repitió, como un lamento, no muy lejos de ella. La adrenalina invadió su cuerpo y preparó sus músculos para huir ante cualquier indicio de peligro, pero lo que iluminó su linterna la calmó un poco. Era distinto a los demás maniquíes, era de madera y, además, era articulado y sumamente detallado. El muñeco llevaba puesto un elegante vestido veraniego, adornado con flores moradas, y la pintura meticulosamente aplicada simulaba las facciones de una mujer, con una larga peluca morena. Estaba sentada en una antigua silla de ruedas, y en sus pies llevaba unos hermosos zapatos de charol con pulcros bordados. Susana quedó maravillada, contemplando con admiración la meticulosa atención y delicadeza que se había invertido en la creación de ese impresionante maniquí. Su belleza trascendía con creces a las demás creaciones, dejándola verdaderamente impresionada. En sus articuladas y delicadas manos sostenía una vieja fotografía que la joven cogió prestada. La iluminó con la linterna y pudo observar que en ella aparecía una mujer en silla de ruedas, al igual que la que tenía frente a ella, pero real, de carne y hueso. La mujer era extraordinariamente hermosa a los ojos de la joven, y vestía exactamente igual. Aunque la instantánea era antigua y los colores habían adquirido un tono amarillento, Susana pudo intuir la suavidad y tersura de su piel, con una increíble melena negra recogida de manera deslumbrante, y unos ojos hermosos del color de la noche. A su lado, un joven niño la cogía de la mano, irradiando alegría por todas partes, con su cabello también oscuro y deleitándose con una manzana de caramelo. El niño, vestido con un polo y pantalones cortos, disfrutaba de la compañía de esa mujer, a quien Susana intuyó que sería su madre, en una cálida tarde de verano, en un precioso parque repleto de imponentes árboles, con un tiovivo y una noria al fondo, y varios transeúntes disfrutando de la apacible tarde. La fotografía desató un fugaz instante de alegría en el corazón de la joven Susana. Durante unos breves segundos idílicos, se transportó mentalmente a aquel lugar, extasiándose con las encantadoras vistas de las atracciones y el exquisito olor de los puestos de venta ambulante. No obstante, la cruda realidad se impuso y Susana se vio obligada a retornar al mundo al que ahora pertenecía, debido a un

triste gemido proveniente de la muñeca, quien seguía sentada en su silla de ruedas. Susana la miró, pero seguía inmóvil, como si no fuera la responsable de aquel leve lamento. Con el ritmo cardiaco acelerado, Susana devolvió la foto y se alejó lentamente, mirando hacia atrás en todo momento, para asegurarse de que no la seguía.

—Vamos, no te preocupes, ha sido solo tu imaginación. —se decía a sí misma, intentando convencerse de que el sonido no provenía del maniquí de madera. Una vez lo perdió de vista, continuó avanzando en el que parecía ser el aparcamiento más extenso de la historia de la humanidad. Era consciente de que, en ese mundo distorsionado, todo estaba diseñado para inquietarla y hacerla cambiar de opinión sobre irse con la adolescente blanquecina.

Después de esquivar maniquíes perforados en sus pelvis y uniformes policiales, Susana divisó a lo lejos un estrecho hueco por donde se filtraba algo de luz. A medida que se acercaba, el hedor se volvía más intenso, aunque agradeció tener algo de corriente para mitigarlo.

Susana se quedó inmóvil, apuntando con su linterna hacia delante al percatarse de una figura grande que se movía desde donde provenía la luz externa.

—¡Quiero que sepas que estoy armada y no dudaré en matarte si te acercas! —gritó Susana, intentando ocultar su miedo. En respuesta, la figura oscura se movía, acompañada de unos gimoteos graves, similares a los de un gran oso pardo que ha perdido el salmón más grande del río.

Susana se acercó lentamente, bate en mano, para descubrir de qué se trataba. Al ver que la criatura no se acercaba a agredirla, Susana avanzó algo más tranquila, a sabiendas de que esa cosa no era humana, ya que el sonido que emitía distaba mucho de los gemidos de una persona. A medida que se acercaba, pudo distinguir un destello metálico en el cuerpo de la criatura, aunque aún desconocía su naturaleza. El monstruo era repulsivo, una masa carnosa y viscosa que se erguía imponente a más de dos metros de altura, con un color grisáceo y marrón.

La joven se acercó al ser deforme, manteniendo una distancia prudente y segura. En lugar de sentir miedo, a Susana le invadió una sensación de pena hacia la criatura, atrapada por un gran anillo dorado, repleto de enormes pinchos que la mantenían presa en la puerta de malla metálica del aparcamiento, que conducía hasta la

salida. La criatura, que parecía lamentarse aún más al verla, era una masa brillante de carne, similar al cuerpo de una babosa, repleta de falanges fálicas que se insertaban ferozmente en una docena de maniquíes. Mientras, sus pequeños brazos intentaban zafarse inútilmente del anillo dorado que la estrangulaba y pinchaba, soltándolo tan solo para buscar nuevas presas que llevarse a sus enrojecidas y firmes falanges.

Susana percibió que el repugnante acto de la criatura, que anteriormente había atribuido a un depravado sexual, parecía más una carga impuesta que un deseo genuino. Era evidente que la criatura estaba condenada a ser atravesada por los afilados pinchos del anillo, los cuales crecían de manera despiadada al consumarse con maniquíes de forma atroz.

Aunque la criatura no tenía un rostro definido, Susana se percató de un par de grandes globos oculares, brillantes y totalmente negros, que se mostraban apenados, buscando compasión en ella. Sentía que lo que esa criatura hacía era depravado y repugnante, y que cualquier persona real que fuera así merecía el destino de estar encerrado entre rejas, como mínimo. Sin embargo, esa masa viscosa le causaba pena. Pero era evidente para la joven que sus propios excesos lo habían llevado a esa situación, destinado a pagar por el daño que había producido. Aun así, e inexplicablemente, Susana sabía que en el fondo no merecía pasar por ese calvario. Cualquier persona de pensamiento racional, al igual que ella, habría condenado sin dudar los actos cometidos, pero Susana prefirió creer que esa masa viscosa estaba atrapada en sus propios actos, con total dependencia a realizarlos, y que, en realidad, sufría más allá del daño causado. Susana mostró compasión al juzgar al monstruo violador, algo que nunca hubiera considerado hacia ninguna otra persona.

La joven acalló la voz interna que le instaba a matar a la criatura y escapar, recordándole que era un blanco fácil y que, si había podido combatir al enorme perro deforme, también podría con esa masa asquerosa utilizando su bate. Susana logró silenciarla, a su voz, y, entre sollozos, intentó liberar al monstruo viscoso empleando la cizalla que encontró en el matadero. Se subió enérgicamente, evitando las protuberancias fálicas y movimientos rápidos, y se enganchó al gran anillo dorado, sin pincharse. Apoyó un pie en la puerta metálica y, con un movimiento rápido, logró subir por encima de la cabeza del monstruo deforme, evitando en todo momento que la aplastara contra la puerta.

Sentada sobre la inestable cabeza del deforme ser, que no

dejaba de moverse, Susana mantuvo el equilibrio apoyando ambos pies en la malla metálica de la puerta. Intentó morder el anillo con la cizalla, pero no tuvo éxito en sus primeros intentos. Finalmente, lo fijó correctamente y aplicó todas sus fuerzas hasta romperlo. Susana bajó torpemente y se resbaló, cayendo a un lado de la criatura, que logró liberarse del anillo espinoso.

La criatura, que ignoró a la joven tirada en el suelo entre varios maniquíes, se dirigió hacia la mujer en silla de ruedas, que estaba frente a ellos. Susana quedó petrificada al verla allí, como si hubiera avanzado tras ella de manera lenta y silenciosa. La masa viscosa abrazó a la ficticia mujer de madera y ambos sollozaron, como si tuvieran algún vínculo afectivo y no se hubieran visto en años.

Al iluminarlos con la linterna, Susana se sorprendió al ver que el rostro del maniquí ahora radiaba una indescriptible felicidad, como si su destino fuera encontrarse con esa criatura. Pero, lo que más le sorprendió, fue que la madera estaba ajada, vieja y rajada, como si hubieran pasado décadas desde que Susana la vio minutos antes, envejecida como lo hace una persona real. No entendió qué fuerzas se habían liberado al soltar a la criatura ni a qué se debía ese cambio en el maniquí, pero, en ese instante, no le importó, solo pudo percibir que el destino de ambos era reencontrarse y ella se sintió aliviada, un sentimiento que no experimentaba desde hacía tiempo, mucho antes de encontrarse en ese terrorífico pueblo.

Mientras se preparaba para salir por la puerta metálica hacia la plaza, el maniquí dejó caer al suelo la foto anterior, junto a una ficha. Susana se acercó, tratando de no molestar a la criatura que seguía sollozando y abrazando con fuerza la figura inmóvil en silla de ruedas, y recogió ambos objetos. La ficha era de color azul con grabados dorados y decía:

"La Gran Noria de las Nubes Blancas"

En la fotografía se podía ver al mismo chico, quizás un poco más adulto que en la foto anterior, pero la gran diferencia era que estaba solo, sosteniendo lo que parecía una urna funeraria. Estaba en el mismo lugar que en la fotografía donde aparecía la mujer en silla de ruedas, pero se notaba una tristeza disfrazada con una sonrisa forzada. Susana imaginó que la mujer que le acompañaba había fallecido poco después. Esa idea le causó una tristeza tan profunda que casi rompe a llorar. Sentía que conocía al joven de la fotografía, pero había algo más poderoso que la conexión desconocida entre ellos.

Susana levantó la mirada para observar de nuevo a la criatura y absorber la gran felicidad que irradiaban ambos seres fantásticos. Antes de dirigirse hacia la puerta, notó que en el reverso de la fotografía había algo escrito:

"Eres un chico excepcional y estoy segura de que lograrás todo lo que te propongas. Sé que eres fuerte y valiente, y estaré a tu lado viendo cómo desarrollas todas tus cualidades. Aunque no puedas verme, siempre te acompañaré en tu larga y hermosa vida. Siempre seré tuya. Te quiero, mi vida.

P.D.: Sube una última vez a esa noria conmigo, me encantaría contemplar el infinito una vez más junto a ti. Espero que una ficha sea suficiente, ¡no creo que el feriante sea tan cruel!"

Susana sonrió mientras las lágrimas brotaban de sus ojos. Aunque no comprendía cómo la dedicatoria de la mujer fallecida podía estar en una fotografía realizada después de su muerte, no le dio importancia. Quiso imaginar que, en una realidad diferente a su purgatorio, esa dedicatoria estaría escrita en la otra foto, o incluso en una nota de despedida que le entregarían después del funeral. Guardó ambos objetos en su bolsa deportiva, junto con el resto de sus pertenencias.

Si bien Susana sabía que al salir por la puerta encontraría la comisaría y atracciones de feria, tenía la esperanza de que la ficha de la noria la llevara un paso más cerca de la libertad.

13 – El ocaso de los cánticos

El silencio se hizo notable en toda la habitación. Pasaron unos segundos hasta que María, después de aclararse la garganta nerviosamente, le preguntó a José:

—Es una escena sumamente grotesca e impactante, ¿no le parece? ¿Podría describírmela con detalle? Necesito anotar todos los aspectos de lo que presenció. —con firmeza, apoyó el bolígrafo en el portafolio, esperando recibir de José una información minuciosa. Sin embargo, él permanecía en silencio, esforzándose por recopilar en su mente los recuerdos de lo sucedido.

—Lo… lo lamento mucho. Solo puedo recordar lo que ya le mencioné: la joven decapitada cruelmente, clavada en la pared, con la misma maldita daga de mi sueño, insertada en su garganta, y su diseccionada cabeza reposando sobre las flores del jarrón. Además, había símbolos dibujados en su piel, rasgados seguramente con la misma daga. Eso es lo único que logro sacar de mi cabeza de ese momento, como si mis recuerdos estuvieran teñidos de rojo, probablemente debido a la abundante sangre que lo empapaba todo… Jamás imaginé ver tanta sangre, parecía una puta película de Tarantino, se lo aseguro. Después de esa perturbadora experiencia, desperté repentinamente en el vestíbulo de la casa, sentado en los escalones, con la cabeza apoyada en uno de los maderos verticales del pasamanos. Estaba desorientado, confundido, como si hubiera bebido un par de botellas de vino barato. Frente a mí se encontraban Jacinta y Rubén, recibiendo a los vecinos del pueblo, que empezaban a llegar para el evento de esa noche, la ofrenda.

—*¿Por fin el señorito se digna a ayudar y acompañar a nuestros invitados*? —me preguntó con sarcasmo la anciana maruja, que sonreía insinuando que sus palabras eran burlonas y cómicas. Pero seamos honestos, esa mujer buscaba cualquier defecto o descuido de cualquier persona para criticarla sin piedad. Me sorprendió que, al dirigirse a mí, la vieja no proclamara a los cuatro vientos el evidente rastro de sangre en toda mi ropa y cuerpo. Pero para mi asombro, al mirarme detenidamente, estaba más limpio incluso que antes de visitar a Ura. Mis brazos estaban libres de manchas de sangre seca, y mi blusón estaba impecable. Alguien me había limpiado y cambiado de ropa. Reflexioné, intentando recordar si me había embriagado, pero por suerte, no volví a caer en las redes de los atractivos licores caseros. También me vino a la cabeza, la no tan descabellada idea, de haber

tenido otro sueño tan real y macabro como el de la piscina. No obstante, no lo era, eso había sucedido, lo que había presenciado no podía ser producto de mi imaginación. Estaba completamente seguro que Ura estaba muerta.

Sin importarme si debíamos recibir cordialmente a los vecinos o no, agarré bruscamente el brazo de Rubén y lo llevé hacia la puerta que daba al sótano, alejándonos de los oídos curiosos que, según mi intuición, iban en aumento y mostraban cada vez más interés con el paso de los días. Estaba frente a mí y lo elegiría a él antes que a la vieja maruja para confiarle cualquier secreto. Después de semanas, meses de trabajar juntos, habíamos forjado un fuerte vínculo, lo cual era más que suficiente para confiarle la locura que estaba a punto de contarle. Sin embargo, antes de poder pronunciar una sola palabra, frente a mis ojos, tras la puerta de una de las despensas, apareció Ura, la joven y pequeña mujer, vestida como una camarera de restaurante de renombre, sosteniendo una bandeja llena de comida. Tarareaba alegremente y cerró la puerta de la despensa con un golpe seco de cadera. Luego, me lanzó un enérgico guiño y sacó la lengua. Me quedé helado, paralizado, ante la mirada perpleja de Rubén, que, comprensiblemente, no entendía por qué lo había llevado a ese rincón.

—*José, tío, ¿estás bien? Tenemos que atender a nuestros invitados. ¿Qué quieres?* —preguntó mientras echaba un vistazo a la puerta, viendo que se acumulaban demasiadas personas en la entrada principal y Jacinta, en lugar de ayudar y agilizar la recepción, los abrumaba con sus cuchicheos y pequeñas historias que solo conseguían arrancar sonrisas forzadas, en lugar del interés que ella creía despertar.

—*No, es que…* —no sabía qué demonios decir. Si le contara a Rubén la macabra locura que viví en la habitación de Ura, justo después de verla pasar ante nosotros, sana y salva, solo conseguiría que pensara que estoy completamente trastornado. Me dolía la cabeza, estaba confundido, desorientado, y ya no sabía si me estaba volviendo loco o si simplemente me había vuelto adicto a una sustancia que no recordaba haber tomado. —*es que olvidé montar la válvula del generador hidroeléctrico número dos y…* —Rubén me interrumpió abruptamente.

—*Tranquilo, mañana será otro día. Además, desde que trabajamos juntos, todo funciona perfectamente. Los otros tres generadores aguantarán, no te preocupes. Por cierto, agradezco tu interés y tus habilidades, me alegra tenerte entre nosotros.* —me dijo Rubén, dibujando una amplia sonrisa en su rostro, tan grande que incluso se

le cerraron los ojos. Después de pronunciar esas palabras, me abrazó. Supongo que notó mi nerviosismo y pensó que, como esa noche iba a estrenarme leyendo los textos sagrados, sus bonitas palabras y un fuerte abrazo me ayudarían a calmarme. Lo logró, sin embargo, dado que su esfuerzo tuvo que ser excesivamente grande debido a su naturaleza reservada, me sentí muy agradecido y, al mismo tiempo, como un impostor por no compartir la razón de mi malestar. Si le hubiera podido contar la causa de mi ansiosa y terrible preocupación, quizás su reacción habría sido diferente. Rubén se incorporó rápidamente al resto de convivientes para intentar agilizar la congestión de personas que Jacinta estaba provocando. En pocos minutos, la casa estaba tan llena de gente que parecía una tienda de ropa, abarrotada en un soleado sábado por la tarde, en vísperas de Navidad. Y yo, que aún seguía ensimismado, seguía divagando sobre lo ocurrido. No lograba comprender la razón detrás de esas visiones ni su origen, pero sí sabía que tanto la daga, que suponía era la misma que había encontrado en la piscina, como la nueva figura de Ura, una entidad mucho más alegre y simpática, aunque solo la había observado durante dos segundos, me llevaban a considerar que tal vez esos sueños o fantasías tan vívidos no fueran simplemente el resultado de mi enérgica fase REM. Parecían trascender la capacidad de mi mente para procesarlos lógicamente, ya que esta se rige por la razón. Estaba absorto, hasta el punto de desear partirme los sesos y dejarlos cocer a fuego lento en mi cerebro. Tenía esa angustiosa y frustrante sensación que se experimenta cuando eres un niño y comprendes que eres una insignificante y diminuta parte del vasto universo, sin entender el significado de tu existencia y de la vida misma. Me encontraba en ese punto en el que sabes que, por más que lo analices, nunca lo comprenderás del todo.

—*¿Piensas venir y echarnos una mano? Tengo que empezar a organizarlos en el salón, José.* —me dijo Jacinta, ya un poco molesta, mirándome cómo una madre mira a su hijo que se viste lentamente para ir a la escuela.

—*Sí, discúlpame.* —le respondí rápidamente y me puse en su lugar. Aunque sin saberlo, esa mujer me salvó de enloquecer, al menos por el momento. Atender al resto de vecinos, que venían en procesión hacia la casa, me hizo desconectar. Me alegré de ver a las personas que poco a poco empezaba a conocer más a fondo. Ellos también se alegraban de verme, me saludaban con un apretón de manos, incluso con ambas manos a la vez, y me regalaban su más sincera sonrisa. Me sentía parte de ellos, no cabía duda. Pero contrariamente a lo idílico que pueda parecer, los momentos tranquilos en mi vida no duraban mucho. Tanto Rubén como yo miramos extrañados a varios miembros

de los Protectores, que me recordaron a los jóvenes pandilleros arrogantes de películas como Grease. Vestidos de manera distinta a todos nosotros, entraron en la casa como si estuvieran acostumbrados a entrar en su bar favorito y sentarse en la barra sin más. No entendía qué hacían allí. Dolores me dijo que iban a estar de patrulla y que los perderíamos de vista durante unos días. Algo no parecía estar bien. Fue entonces cuando, detrás de nosotros, la voz grave y potente de Raúl resonó con fuerza.

—¡Hey amigos! Ya sabéis, disfrutad, pero manteneos alerta. Nuestra misión es brindar seguridad a todo el pueblo en su evento especial. ¡Protectores! —todos gritaron al unísono, como verdaderos reclutas, mientras alzaban su puño derecho cerrado. Miré hacia atrás instintivamente, apartándome para dejar pasar al líder de los papanatas, y me quedé helado. Junto a él, con la cabeza gacha, estaba Dolores. Tenía el blusón ceremonial arrugado y descosido en la costura de la manga izquierda, el pelo enmarañado y se notaba que llevaba más maquillaje de lo habitual, sin la delicadeza con la que solía maquillarse. Era evidente que quería ocultar lo que tanto su hermano como yo habíamos intuido en ese momento, los golpes o magulladuras que le había propinado la bestia de Raúl. Notaba cómo me temblaban los pies y la mano, apretando ambas con fuerza, y no era de miedo, al contrario, estaba deseando liberarla de esa persona despreciable. Pero Dolores, en un intento de calmarme, me miró y negó con la cabeza, tan sutilmente que Raúl no se dio cuenta. Ese breve vistazo me indicó que ella no sabía que los Protectores estarían allí. Me transmitió el miedo que le tenía a Raúl y también la culpa de haber elegido a un monstruo como compañero de cama.

—No nos esperabais, ¿verdad? Bueno, así podréis disfrutar de vuestra fiesta sabiendo que nosotros os protegeremos de los maleantes y de las máquinas que intentan arrebatarnos nuestro paraíso. —dijo Raúl con un tono arrogante mientras posaba su gran mano sobre mi hombro, la cual aparté con fuerza. Por la mirada asesina que me lanzó, supe que le había dolido que lo golpeara con el frío metal de mi brazo, pero quizás le dolió más saber que yo seguía siendo una piedra en su camino. Estaba furioso, y él también, pero en ese instante nuestra disputa quedó en una tregua, al menos por el momento.

—Le debemos mucho a mi hermana, José, pero es ella quien debe decidir cuándo terminar su sumisión con ese hombre. —dijo Rubén sin siquiera mirarme.

—Debemos ayudarla. Quizás ella sola no pueda, nos necesita, Rubén. —respondí frustrado.

—José, pienso que tú eres la razón por la cual tanto mi hermana como el resto creemos que nuestro proyecto, nuestra nueva sociedad, tiene un futuro mejor si estás aquí. Lógicamente, Raúl está sumando puntos para ser exactamente lo contrario, un lastre. No obstante, solo ella es responsable de evitar que siga siéndolo. Y al contrario de muchos ciudadanos, que te aprecian, otros son fieles a Raúl, lo protegen y lo siguen a todas partes, y también tienen ojos. —mi corazón se detuvo, como un conductor que frena antes de atropellar a un joven cervatillo que se cruza en su camino. En ese momento comprendí que los rumores de nuestros encuentros furtivos habían llegado a oídos de Raúl. Por muy cautelosos que fuéramos, Dolores y yo no éramos invisibles para los demás. *—Yo no soy quién para juzgaros, pero ahora que él lo sabe, todo será más complicado, José. Por tu expresión de asombro entiendo que los rumores son ciertos. Así que, si me permites un consejo, deberías dejarla tomar sus propias decisiones y decidir qué es lo mejor para ella, para ambos*. —Rubén tenía razón. Pero ahora que él y más gente sabían lo nuestro, iba a empezar una guerra que seguramente no tendría un buen desenlace, sin importar quién ganara. Quizás lo más lógico sería hacer lo que decía Rubén, alejarme para que ella actuara. *—Pero… esa es mi opinión, lo que yo haría. Estoy de tu parte y pienso que eres un apoyo en todos los sentidos para mi hermana, así que espera por ella, amigo*. —esa sonrisa y su pulgar levantado no solo me animaron a esperar la reacción Dolores con Raúl, algo que ya iba a hacer de todos modos, sino que también me dieron fuerzas para enfrentarme a un Raúl corrupto y equivocadamente empoderado.

Una vez en el salón, la cena transcurrió sin contratiempos, siguiendo el guion establecido, como en una misa cualquiera, sabiendo todos cuál era su papel. Sin embargo, mi mente ya no estaba en los textos que debía leer, sino en la taciturna Dolores, que sonreía a las personas que se acercaban a ella para entablar una cordial conversación, pero era evidente que no estaba tan alegre y dicharachera como solía ser. Al contrario, parecía un pobre animal encerrado entre los barrotes oxidados de un viejo vagón de un circo. Y, por supuesto, a su lado estaba Raúl, arrogante y lleno de un orgullo desmedido, haciendo alarde de su desenfrenada masculinidad y fuerza bruta. Sabía que no debía preocuparme por él en ese momento. Su vanidad era tan desmesurada que no tomaría ninguna acción que lo expusiera ante tanta gente. Estaba completamente concentrado en exhibir sus poses y gestos ensayados meticulosamente frente al espejo, sin importarle en lo más mínimo cómo se encontraba Dolores.

Aquella noche, a pesar de resultar prácticamente inevitable desviar la mirada cuando Ura entraba al salón llevando los platos hacia los comensales, me desconcertaba por completo esa nueva

versión de ella. Esta novedosa e incomprensible Ura era alocada, risueña y más torpe de lo habitual. Quizás… más infantil y despreocupada de lo que hubiera imaginado que podría ser la Ura que conocí tiempo atrás. Difería tanto de esa imagen… que incluso me parecía otra persona completamente distinta. Estaba claro que era ella, esa joven con cierto parecido a Cleopatra, pero sus acciones y expresiones eran de alguien completamente diferente.

La noche avanzó según lo planeado y ensayado. Se dedicaron unas palabras a Na, a los logros conseguidos por la comunidad, mientras todos disfrutábamos de la comida y compartíamos historias vividas antes de la pandemia y la Gran Guerra. La verdad es que no logré animarme tanto como hubiera deseado junto al resto de vecinos, ya que la mujer que amaba estaba en esa misma habitación, obligada a soportar a Raúl después de haberle pegado y maltratado. No podía concentrarme tanto en las personas como quisiera, sin mencionar que cada vez que Ura aparecía, mi mente volvía a especular y trataba de encontrar una lógica a las visiones de su muerte, o en su cambio, del cual, al parecer, solo yo era consciente.

No estaba preparado en absoluto para recitar mi ensayado verso del gran libro sagrado, pero cuando llegó el momento, me puse de pie e intenté no mirar a los presentes, ya que me ponía muy nervioso que una multitud me prestara atención. Me centré en la página marcada del libro.

—Permitidme expresar mi gratitud por veros a todos y cada uno de vosotros aquí reunidos, celebrando el agradecimiento a Na por su protección y sus bendiciones, las cuales disfrutamos con alegría. También quiero agradeceros a todos el lujo de permitirme compartir palabras que podrían tener un significado y valor especial para este pueblo y su culto. Es un honor para mí. —hice una reverencia. *—Sin embargo, si me permitís, os diré desde mi perspectiva más racional, que creo que nos estamos equivocando. No estoy aquí para cambiar vuestra forma de pensar, pero sí deseo que reflexionéis, durante estos minutos, sobre la posibilidad de que existan más y mejores formas de expresar gratitud a nuestra deidad, más allá de sacrificar vidas humanas sin saber si realmente esas valiosas vidas son ofrecidas en vano. Permitidme también aseguraros que comparto vuestras creencias, a pesar de ser relativamente nuevo en este pueblo. Vosotros sabéis que me he entregado completamente para integrarme y contribuir al máximo en este lugar, pero… ¿No deberíamos vivir la vida que ella nos otorga hasta que llegue nuestro fin y regresemos entonces a sus brazos? ¿No consideráis que amarnos, hacer el bien y vivir una vida plena son ofrendas más que suficientes? ¿No creéis que es preferible vivir junto a nuestros seres queridos en lugar de arrebatarles...* —escuché, además de

los murmullos, el ruido de una silla arrastrándose con violencia en el suelo.

—*¡Basta ya, embaucador! ¡No estamos aquí para opinar o debatir si lo que hacemos es justo o no! Los escritos sagrados son inamovibles e irrebatibles, y eso es lo que se llevará a cabo. Si no vas a leer lo que tienes frente a ti, otra persona lo hará.* —me dijo muy seriamente Jacinta, cuyas fosas nasales se abrían y cerraban rápidamente debido a su agitada respiración. Sus pequeñas y rechonchas manos estaban firmemente plantadas en la mesa, soportando su corpulento cuerpo. Si hubiéramos estado solos, creo que esa mujer me habría golpeado como lo haría un gorila. Jamás imaginé que esa señora pudiera enfadarse de esa manera, especialmente considerando lo amable que me pareció cuando nos encontramos en la sala de juegos, después de la ofrenda de Rosa. Quizás, ingenuamente, pensé que muchos vecinos y compañeros tendrían dudas sobre la ofrenda y que al reunirnos todos, se animarían a oponerse, dando lugar a una votación u otro tipo de debate. Pero estaba equivocado… Todas las miradas acusadoras se clavaron en mis ojos después del comentario de Jacinta, incluso de personas a quienes no esperaba, como el viejo Matías y Teresa, y menos aún de esta última, siempre tan alegre y dicharachera… estaba claro que el culto estaba creciendo y volviéndose tan común y arraigado que quizás se estaba radicalizando, impidiendo que otros puntos de vista fueran aceptados u opinados. Miré a Dolores, quien seguía fijando su mirada en el plato, ausente. Observé a su hermano Rubén, quien intentaba transmitirme con leves movimientos de cabeza: "eh, la estás cagando, tío". También divisé a Raúl, con su sonrisa perfectamente desplegada, deleitándose con el momento como una hiena que encuentra un cuerpo en descomposición. Había cometido un error, debí haberme centrado en el texto y permitir que todo siguiera su curso, sin importar lo que pensaran. Estas personas no deseaban que nadie los hiciera cambiar de opinión, ni estaban dispuestas a considerar ninguna otra alternativa. Este pueblo vivía y seguiría viviendo con una fe ferviente en la que un dios los ayudó a levantar un pueblo destrozado a cambio de unas pocas vidas humanas. Estaban cegados, y yo también por no haberlo advertido. En ese momento, Raúl se levantó con arrogancia y anunció a los presentes que él se encargaría de la lectura.

—*Señoras y señores, disculpen a mi amigo. Creo que el vino le ha afectado un poco, algo que nos puede pasar a todos.* —me miró y me sonrió. Ni siquiera me molesté en fingir un agradecimiento y me dejé caer en mi asiento, en silencio. Estaba más preocupado por lo que Dolores opinara que por cualquier otra cosa. Raúl cogió el libro, el cual me arrebataron rápidamente para entregárselo. Conocía

exactamente la duración de la lectura, así que, sin pensarlo dos veces, me levanté y salí al porche, buscando refugio en la banqueta de forja que se encontraba en el vestíbulo. Había metido la pata, y de forma monumental. En ese momento comprendí que volvía al punto de partida, exactamente donde me encontraba hace unos meses, solo y en boca de todos. Y esta vez, sin saber si sería aceptado nuevamente en esta comunidad. En ese instante, más que nunca, anhelaba escapar y no volver, dejando atrás a esas personas que me habían mostrado su hipocresía, su radicalismo y cómo un culto los había convertido en necios. Sin embargo, no podía marcharme, desconocía hacia dónde dirigirme, y no podía abandonar al amor de mi vida, al menos no hasta que ella me diera una patada en el trasero y me mandara lejos de ese lugar. Después de debatir en silencio con mis propios pensamientos sobre lo ocurrido en la sala contigua, durante un rato, noté cómo una figura se colocó ante mí, cubriéndome con su sombra y oscureciendo la luz de la magnífica lámpara de araña que decoraba el techo del vestíbulo.

—*Has estado maravilloso, ¡de verdad!* —exclamó la nueva Ura con una mirada dulce y llena de alegría. Sus ojos me parecieron aún más grandes y abiertos, como platos. Desprendía una vitalidad impresionante. —*La gente se aferra desesperadamente a cualquier cosa para no perderse en este mundo devastado, debes entenderlo, aunque ellos no te entiendan a ti. Han creado un universo y una religión que, aunque tenga sus aspectos problemáticos, les ha servido como guía y solución para superar sus temores. Tienes que comprenderlo, ¡así como yo te comprendo a ti!* —concluyó su con un guiño y una hermosa sonrisa, algo inusual en las dos versiones anteriores que creía conocer. Me sorprendió su alegría y jovialidad al hablar, a pesar de la seriedad del tema. Su actitud me dejó perplejo, además de que tenía razón en lo que decía.

—Guau… Le preguntaría sobre sus visiones o por su repentino cambio de personalidad, ¿no? —preguntó María, más intrigada de lo que esperaba.

—La verdad es que no, continuó hablándome sobre lo que me perdería dentro del salón y en qué consistía la ceremonia. —respondió José con tristeza al recordar todo aquello.

—Por favor, cuéntemelo si es usted tan amable, José. —le pidió María, impaciente por saber lo que estaba a punto de revelarle.

—De acuerdo, espero no aburrirla, María. La pequeña y nueva Ura se sentó a mi lado, con las manos sobre las rodillas y, sin dejar de dibujar esa amplia sonrisa en su delicado rostro, me explicó

el proceso de elección.

—Verás, una vez terminen de beber y comer como animales, que falta poco, les brindaré los maravillosos y alucinantes polvos de fenciclidina, para que comiencen su viaje hacia mundos fantásticos. ¡Es increíble! ¿Verdad? Después, sin darles mucho respiro, Héctor y yo les serviremos unos potentes chupitos de hierbas, para que la resaca sea tan intensa que no recuerden nada al despertar. Y luego, tras ese fuerte trago, procederán al sorteo, donde deberán sacar una de las tablillas de madera del cesto de mimbre. La persona elegida, sin temor y drogada hasta las cejas, ¡será premiada con un billete de solo ida a nunca jamás! - me dijo emocionada, como un niño esperando ansioso su regalo de Navidad.

—¿Y qué pasa con Dol… —intenté preguntar, pero fui interrumpido.

—Tranquilo, cariño, ella no puede drogarse tanto. Ella es la mano selectora. —me respondió con la misma energía.

—O sea, que Dolores es la encargada de ejecutar… —traté de continuar, pero fui interrumpido nuevamente.

—No, no, no. Ella es como una presentadora de televisión. Solo cumple su papel, nada más. Mira, como me caes bien, vamos a hacer algo. ¿Por qué no te subes y te escondes en esa grande y vieja taquilla del pasillo? Si no me equivoco, dos de los remaches están rotos y tiene una abertura. Podrás ver hacia dónde llevan a esa "afortunada" persona, pero ¡que no te descubran! —la nueva Ura parecía querer ayudarme, ya no sé si para que comprendiera el culto o simplemente como un favor ante mi angustiosa situación con mis propios demonios personales. Parecía notar mi constante desesperación. De un salto repentino, se puso de pie y, con un gesto exagerado e infantil, me pellizcó la mejilla.

—¿Adónde los llevan? —le pregunté al ver que se marchaba.

—No importa adónde, sino a quién, pero basta de preguntas. Ya te he ayudado bastante, ¿no crees? Y recuerda, que no te descubran. —me lanzó un beso con la mano mientras se alejaba, contoneándose graciosamente con pequeños saltitos.

—¿Confiaste en lo que te dijo, José? —preguntó María.

—Si le soy sincero, ya no confiaba en nadie, y en todo el mundo al mismo tiempo. Estaba hecho un auténtico lío. No sabía qué pensar y lo único que me quedaba para intentar descubrir algo de esa

locura comunitaria, era seguir las instrucciones de esa chica. Y eso hice. Dejé atrás el murmullo, los gritos y los aplausos de los invitados, que seguramente ya estaban a punto de sumergirse en el tren de las sustancias psicotrópicas, y subí las escaleras. Aparqué a un lado cualquier pensamiento sobre Dolores, sobre cómo Héctor y la nueva Ura drogaban a todo el pueblo, y también lo que me esperaba a mí después. Estaba decidido a averiguar dónde iban a parar los sacrificados. Llegué frente a un gran armario metálico, pintado en un tono aguamarina, que combinaba con el resto del mobiliario de madera y forja del pasillo. Lo curioso es que nunca me había dado cuenta de que estaba justo ahí, en el mismo pasillo donde se encontraba mi habitación, justo después de subir las escaleras. ¿Sabe qué? Ese era el armario que Raúl y yo encontramos entre los matorrales, cubriendo la gran grieta en el muro de la casa. Nunca antes lo habíamos visto entre las ruinas… qué curiosas y extrañas casualidades, ¿verdad? Pero no tenía tiempo para conjeturas y entré dentro, apartando las grandes mantas que estaban dobladas y, efectivamente, encontré una pequeña abertura en un lateral que me permitía observar hacia el pasillo contiguo, donde intuí que, tras la opresora oscuridad, debía encontrarse la extraña puerta llena de símbolos. Era inevitable que mi mente volviera una y otra vez a los pensamientos detectivescos, relacionando los símbolos de la puerta con los de la Ura sin cabeza en la habitación, pero me obligué a concentrarme en lo que estaba por venir. Si Ura no me engañaba, por esa estrecha rendija deberían trasladar a la persona que iban a sacrificar. Estaba nervioso, con el corazón palpitando a toda velocidad y desesperado por la tardanza, pero después de unos largos y frustrantes minutos, escuché cómo la puerta se abría y se encendían las luces que iluminaban el pasillo. La primera persona que vi fue Dolores, que leía unas escrituras del libro en un tono apenas audible, tras ella caminaban, cogidos de la mano por Héctor, los dos sacrificados…

—¿Ha dicho dos? —preguntó María perpleja.

—Exactamente, dos. Una era una chica, una joven que comenzó a trabajar en las proyecciones del cine, preparando palomitas y cuidando a los más pequeños mientras proyectaban las películas. No traté mucho con ella durante las tardes en las que ayudaba en el pueblo. Sin embargo, no fue la desafortunada mujer quien logró entristecerme hasta el punto de llorar. Para mi pesar, la persona que Héctor sostenía de su otra mano no era otro que Rubén.

—¡No puede ser! —exclamó María, dando incluso un brinco de la impresión.

—Así es… Ambos, guiados por las grandes manos de Héctor, llevaban al cuello unos colgantes adornados con trozos de tela de colores y cintas de fina tela, atadas en sus cabezas. No mostraban resistencia ni intentaban escapar, quizás debido a las drogas y el alcohol, o simplemente porque habían aceptado, para ellos, el dulce destino que les aguardaba al final de esa puerta. En mitad del pasillo, Héctor se detuvo y soltó sus manos, dándoles una leve palmada en la espalda para indicarles que continuaran. A duras penas, caminaron hasta alcanzar a Dolores, quien, desde la distancia, mantenía sus ojos fijos en el libro, recitando algún párrafo específico para aquellas circunstancias. Palabras que seguramente había leído decenas de veces, pero que yo no pude interpretar y pasé por alto su verdadero significado, el del sacrificio. No pasaron más de cinco segundos cuando ambos se desplomaron automáticamente, cada uno a un lado de Dolores, quien, tras confirmar que estaban completamente inconscientes, se dispuso a abrir la extraña y enigmática puerta tallada. Por desgracia para mí, la pérdida de una de las mejores personas que había conocido quedó opacada cuando, por sorpresa, Raúl abrió la taquilla y me miró fijamente, como solo lo hacen los cazadores que logran acorralar a su presa.

—Mira quién está aquí, mi querido amigo José. ¿Qué haces ahí escondido? Hay asuntos en los que alguien como tú no debe inmiscuirse. —ese egocéntrico musculoso Raúl no me dio oportunidad de decir palabra. De hecho, ni siquiera recuerdo si me dio uno o más puñetazos en la cara antes de dejarme inconsciente.

◆◆◆

Una vez que Susana llegó a la cima de las escaleras, logró abrir la puerta metálica que conducía al exterior, dejando atrás el inmenso aparcamiento del complejo de edificios y la extraña criatura que abrazaba al maniquí de una señora en silla de ruedas. Con un suspiro de alivio, se dio cuenta de que finalmente había llegado a la plaza central del pueblo. Allí, la densa bruma se disipaba para revelar cientos de maniquíes amontonados en puestos de comida ambulante y atracciones.

Susana quedó perpleja al contemplar la escena y no pudo discernir de dónde provenía el coro de voces que simulaban la actividad y el bullicio de los inmóviles trozos de plástico, disfrutando de un día de feria en el corazón del pueblo. Las atracciones también emitían melodías características para atraer al público, pero

curiosamente no había ningún amplificador o dispositivo que reprodujera esas melodías. Aunque ya no le sorprendía mucho las oscuras incoherencias de ese pueblo, Susana se mantuvo en alerta y caminó con dificultad entre los maniquíes, agobiada tanto por su gran cantidad de ellos como por el ruido ensordecedor de las conversaciones ficticias, que resonaban a su alrededor.

Con dificultad, buscó lugares elevados para tener una mejor vista y encontrar la comisaría de policía. Después de perderse entre la multitud de figuras inertes y sin rumbo fijo, Susana se detuvo para recuperar el aliento. Estaba frustrada, exhausta y, para empeorar las cosas, le pareció que los muñecos respiraban y desprendían calor, como si fueran seres humanos reales, agolpados unos junto a los otros, como lo harían en un gran festival de música. A pesar de sus esfuerzos por moverlas y abrirse paso, las figuras plásticas resultaban sorprendentemente pesadas, como si tuvieran el mismo peso que los seres humanos a los que representaban. Susana se esforzó por mover una de ellas, una mujer que creyó sería menos pesada, debido a su delgadez, pero resbaló en su intento y terminó en el suelo.

Al levantar la cabeza y mirar entre las piernas de los maniquíes, vio lo que parecía ser una estructura de piedra adornada con un manto de minerales que se asemejaban a estalactitas en una cueva. Un cilindro central con un agujero en el centro dejaba caer un leve flujo de agua con gracia y delicadeza. Susana quedó maravillada por la hermosa fusión entre lo artificial y lo natural, a pesar de que, con el paso del tiempo, la exuberante naturaleza fue envolviendo gradualmente la estructura original de la fuente. En lugar de entristecerse por la posibilidad de que esto fuera obra de la entidad femenina de pelo blanco, simplemente lo encontró hermoso. Comenzó extrañamente a sentirse atraída por ese mundo, como si estuviera absorbiendo la energía que transmitía. Se dio cuenta de que estaba cambiando y que tal vez no estaba tan perdida como antes.

Sin necesidad de aferrarse a las estalactitas en la parte alta y verdosa de la fuente para tener una mejor vista de la plaza, Susana pudo divisar la comisaría a unos cincuenta metros de distancia. El edificio estaba junto a otros dos bloques de apartamentos, protegidos por arcos techados que formaban un semicírculo en la mitad de la plaza. Al observar detenidamente, se sorprendió por la cantidad de figuras que se congregaban en ese lugar. Junto a las llamativas atracciones, los maniquíes formaban una fila para subir o sostenían manzanas de caramelo y algodones de azúcar. Aunque Susana no pudo mantener la vista en los maniquíes durante mucho tiempo, le pareció ver que se movían fugazmente cada vez que miraba en otra dirección.

No estaba segura si era producto de su imaginación, el cansancio o algo más.

Decidió sumergirse nuevamente entre la multitud de maniquíes de plástico y justo antes de llegar a la puerta de la comisaría, escuchó llantos infantiles que se entremezclaban con el ruido ficticio de la muchedumbre. Susana pensó que quizás la megafonía de la comisaría le daría instrucciones, creyendo que Aurora intentaría ayudarla. Sin embargo, su plegaria quedó sin respuesta. Los llantos se intensificaron y Susana descubrió que provenían de la gran noria que se alzaba cerca de su posición. Aunque los maniquíes le impedían identificar quién o quiénes estaban gimoteando, estaba segura de que la fuente de esos escalofriantes alaridos era esa atracción.

Sacó de su bolsillo la ficha azul con grabados dorados que le había dado el maniquí de la señora en silla de ruedas. En ella estaba escrito "La Gran Noria de las Nubes Blancas", el mismo nombre que aparecía en el cartel que se levantaba a unos diez metros de altura, presentando la noria, que se encontraba a pocos metros. Susana sabía que tenía que ir allí. Era evidente que esa ficha y esa noria no eran una mera casualidad, y los gritos la estaban llamando. Sin saber por qué, decidió avanzar hacia la enorme estructura antes de dirigirse a la comisaría.

Los rayos del atardecer se filtraban entre el movimiento de las atracciones, iluminando los rostros inertes y brillantes de los maniquíes que Susana difícilmente apartaba mientras se acercaba a las escaleras que llevaban a la imponente noria. Frente a ella, una cadena oxidada con una placa metálica que indicaba:

"NO PASAR"

No fue un obstáculo para que la joven la saltara con facilidad y se asomara a las cestas que giraban a un ritmo constante, aunque no muy rápido. Susana esperó a que la noria diera tres vueltas completas antes de rendirse y comprender que no había absolutamente nadie dentro de esos pequeños cubículos metálicos con toldos desgastados. Sin embargo, ella podía escuchar claramente el clamor de dos jóvenes chicas que se sentían abandonadas e indefensas en un mundo lleno de peligros. Esos llantos helaban la sangre de Susana y le conmovían el corazón. Eran llantos que no podía ignorar ni olvidar.

—¡Tranquilas, no temáis! Voy a detener esta máquina y bajaros inmediatamente de ahí —exclamó Susana, convenciéndose de

que las chicas podían ser personas reales, a pesar de encontrarse en un mundo delirante e irreal para ella. Era consciente de que no podía abandonarlas en ese paraje y marcharse impunemente, sabiendo que la culpa la atormentaría mientras evaluaba la veracidad de su existencia. Quizás el paso del tiempo en ese mundo la había llevado a pensar que todo era misterioso e ilusorio para confundirla, pero tal vez las jóvenes estuvieran agachadas en la cesta de la noria, asustadas como Susana al principio.

Susana saltó la cadena nuevamente y se acercó a la taquilla junto a las escaleras de la atracción. En su interior, encontró un maniquí vestido con ropas gastadas, tatuajes y piercings realizados con materiales de pobre calidad, como los que suelen realizarse tras una reclusión en prisión. El maniquí sostenía una palanca metálica que parecía controlar la velocidad de la atracción. Susana dedujo que hacia arriba era la parada y hacia abajo la velocidad máxima. Sin embargo, al intentar apartarlo, se sorprendió al descubrir que el maniquí estaba firmemente anclado al suelo y su mano estaba soldada a la barra de metal.

—¡Maldita sea, no tengo tiempo para esto! —exclamó Susana en voz alta, pensando en las pobres chicas que seguían llorando desesperadamente. No podía permitirse perder ni un minuto más. Sacó el bate de la bolsa deportiva y, con ambas manos, intentó asestar un fuerte golpe al brazo del maniquí. Con mala suerte, el bate se rompió y ni siquiera hizo un rasguño en el plástico del maniquí. Susana, con el dolor en sus muñecas, no podía creerlo.

—¿Cómo es posible?… me has roto el bate. —dijo Susana con rabia y perplejidad al maniquí feriante, que seguía mirando enérgicamente por la ventanilla de la taquilla, con una sonrisa dibujada de forma rápida y descuidada. Incapaz de pensar con claridad debido a los lamentos penetrantes de las niñas, Susana cogió la cizalla, que aún contenían restos viscosos y translúcidos de la criatura del enorme aparcamiento. Justo cuando estaba a punto de golpear al maniquí con todas sus fuerzas, vio una pequeña ranura alargada junto a la palanca, con la palabra “Fichas” escrita encima.

Decidió probar suerte e introdujo la ficha azul con grabados dorados en la ranura. El brazo del maniquí se soltó y cayó al suelo de la taquilla. Susana lo pateó suavemente y no encontró nada fuera de lo común, era similar al de los otros maniquíes del pueblo. A pesar de su fragilidad, Susana no pudo mover ni un ápice el brazo de la palanca antes de introducir la ficha en la ranura. Detuvo la atracción subiendo la barra metálica y miró dentro de la cesta que se había detenido en la

pasarela, pero no encontró a nadie. Además, seguía escuchando los fuertes y desgarradores llantos de las chicas.

—No os preocupéis, pronto estaréis abajo. —les aseguró, sin saber en cuál de las cabinas podrían estar. Susana regresó a la taquilla y avanzó lentamente la atracción hasta detenerla en la siguiente cabina. Al igual que antes, no encontró a ninguna persona, solo chicles pegados, un palo de madera con medio algodón de azúcar adherido y grabados en las paredes con más antigüedad que ella misma. Repitió este proceso cuatro veces, siempre encontrando las cabinas vacías y escuchando cómo los llantos de las chicas se volvían cada vez más fuertes y cercanos. No podían estar lejos.

Después de dos avances más, los lamentos se detuvieron de repente, dejando solo el sonido de la música de las atracciones y el ficticio murmullo de los cientos de maniquíes que inundaban la plaza. En el fondo, Susana presentía que eso era otra artimaña de aquel distópico y espantoso lugar. Observó que, al igual que las cabinas anteriores, esa también estaba vacía, excepto por un diario con tapas duras y sin candado que protegía su lectura de los curiosos. En ese momento, la noria comenzó a funcionar, no muy rápido, pero cogió a Susana desprevenida y no tuvo tiempo de bajar. Miró desde la cabina, pero no vio a nadie dentro de la taquilla, aparte del feriante sin brazo. No había nadie que pudiera haber accionado el mecanismo de la atracción. Al volver a mirar el diario, notó que había unas pocas gotas de líquido sobre las tapas.

—Espero que me digáis que debo buscar en este diario para que la atracción se detenga. —expresó Susana a las supuestas chicas lloronas, intuyendo que no existían físicamente. Consciente de que en ese momento no había ninguna presencia oscura y conocida, como la pálida adolescente, Susana sintió de forma casi instintiva que su entorno ya no era tan amenazante. Quizás era ella quien concebía que podía dominar de alguna manera un poco mejor su entorno. Sentándose en el otro asiento con tranquilidad, abrió el diario. No pasó mucho tiempo para que la joven comprendiera que la dueña de ese diario era una chica más joven que ella, quien hablaba de ambas, de su hermana Merche y de ella misma, Luna. Por lo que se podía deducir del diario, ese debió de ser un tomo posterior a anteriores predecesores, ya que comenzaba en la época en la que estaban en el instituto. Los escritos se centraban principalmente en las relaciones sociales en clase, en los gustos sobre los chicos, en quién había pronunciado una palabra más alta que otra, que la había hecho sentir mal ese día, o en las típicas disputas entre hermanos o hermanas. Todo era muy común, tanto es así que incluso a Susana le arrancó una

sonrisa en algunos párrafos.

Pero gradualmente, la trama de la historia comenzó a volverse turbia. Los padres de Luna atravesaban una mala racha, sumidos en peleas y discusiones acaloradas. El padre se volvía cada vez más distante, mientras que su madre caía prisionera en las profundas y aplastantes cadenas de la depresión. Luna describía la situación en su hogar con intensas hostilidades, llegando al punto en que su madre incluso dejó de dirigirles la palabra, quizás justificadamente debido a la creciente y extraña empatía que su padre sentía hacia ellas dos. En su diario, Luna detallaba cómo su padre actuaba amablemente con ellas, obsequiándoles objetos bonitos y llevándolas de compras, pero al mismo tiempo, se hacía cada vez más evidente su desprecio hacia su madre. En las últimas páginas, la historia cogió un giro enfermizo. Las jóvenes, que habían adquirido una apariencia más madura y femenina, eran complacidas no solo con prendas adecuadas para su edad o de alto valor, sino que también se había convertido en costumbre que su padre les regalara lencería de encaje, sostenes provocativos o incluso juguetes eróticos. Tanto Luna como su hermana, Merche, acudieron desesperadas a su madre, desconcertadas por el comportamiento trastornado de su padre, quien en ocasiones las obligaba a participar en lo que él llamaba "juegos en familia", en los cuales la lascivia y repugnancia de sus actos iban en aumento con cada encuentro.

La madre, quien desde hacía tiempo atribuyó en gran medida a sus dos hijas la responsabilidad de alejar a su esposo debido a su juventud, piel más tersa y figura más atractiva, solo incrementó su furia al enterarse con temor de lo que su padre les obligaba a hacer. No dudó en darles palizas, incluso con objetos, dejando en una ocasión a su hermana Merche inconsciente en la alfombra del salón.

Luna, también menciona que están considerando el suicidio. Su padre, con cada vez más frecuencia, busca satisfacer sus necesidades sexuales fuera del hogar y apenas pasaba tiempo en casa. Y cuando estaba en ella, se encerraba en su despacho a emborracharse, forzando después con más asiduidad el encuentro con cualquiera de sus dos hijas. Sin embargo, el deseo de ambas por escapar del sufrimiento, y desvanecerse en el abismo infinito, también era debido a su madre, quien las mantenía encerradas para evitar que salieran y engatusaran a su padre, llegando incluso a negarles la comida y el aseo.

El padre nunca culpó a la madre por sus acciones, consciente de que él también había sido un monstruo con ella. Por ende, prefería

ignorar la situación y no contradecir la decisión de la madre por mantenerlas confinadas en su cuarto. Luna, en su escrito final, los maldecía a ambos por haberlas traído al mundo y por su egoísmo. Además, expresaba el deseo de que la madre las envenenara pronto, para cumplir el sueño de todos. Un padre que ya no tendría que preocuparse por sus pecados, una madre sin competencia desleal, y dos jóvenes chicas que nunca más tendrían que temer por el dolor. Desde la cúspide de la noria en movimiento, Susana alzó la cabeza y contempló cómo, a excepción de la plaza, el mundo que la rodeaba estaba envuelto en una densa neblina, con tonalidades lechosas. Sus lágrimas, que surcaban sus mejillas dejando una estela húmeda, no solo estaban dirigidas a las desafortunadas hermanas, sino que también reflejaban un profundo sentimiento de arrepentimiento y culpa que no lograba comprender en su totalidad.

Al pasar la última página del diario, Susana quedó sorprendida al ver cómo unas pequeñas fotografías caían al suelo metálico de la cabina. Las recogió casi de inmediato y las examinó con atención. En una de ellas, la emulsión amarilleaba y presentaba motas marrones, resultado de la humedad y el deterioro por el paso del tiempo. En esa foto, una pareja joven posaba frente a la cámara con dos niñas que no debían tener más de cinco años. Sin embargo, en lugar de ver las felices expresiones de los adultos, solo encontró una enorme mancha, más prominente que las demás. Supuso que la humedad había afectado severamente esa parte debido a que estuvo sumergida en agua, pensó Susana. Las dos niñas, claramente las protagonistas de ese diario, irradiaban alegría mientras sujetaban unos peluches de monstruos con rostros cómicos, probablemente ganados en una tómbola o en un puesto de escopetas con cañones torcidos que disparaban corchos. Además, se podía apreciar al fondo los puestos de una bulliciosa feria en algún pintoresco pueblucho, concurrido por una multitud. Al ver la felicidad de las pequeñas, Susana sonrió y supuso que debió haber sido una felicidad duradera. En la siguiente fotografía, realizada en un estudio fotográfico, se veía a una familia, eran ellos de nuevo, pero las caras de los padres estaban cortadas con tijera. Las niñas, arregladas y vistiendo sus mejores galas, sonreían de manera forzada, mientras sus ojos hablaban por sí solos, implorando desesperadamente ayuda. A simple vista, se notaba que la situación en esa familia era muy diferente a la de la fotografía anterior. En la siguiente imagen, las dos jóvenes se encontraban en una habitación oscura, iluminada únicamente por la luz tenue de una lámpara de noche en una de las mesitas. Vestían ropa de encaje corta, medias de rejilla y estaban tan excesivamente maquilladas que parecía que estaban a punto de actuar en un show de cabaret.

Según los cálculos de Susana, las jóvenes no podían tener más de catorce años. Como se mencionaba en el diario, la fotografía en cuestión debió ser realizada por el padre de las chicas. Ellas, sumidas en la vergüenza y el miedo, se encontraban completamente afligidas.

Quizás, debido a la situación de vivir como meros objetos sexuales, cosificadas hasta el punto de ser considerarlas poco más que dos hermosas muñecas, las jóvenes no veían en su padre el hombre que un hijo espera tener como referencia adulta, sino más bien como a un demonio que las obligaba a vivir en un infierno perpetuo. Las siguientes instantáneas eran simples capturas de momentos vomitivos, en los que el padre las forzaba en la realización de todo tipo de actos sexuales, sin importarle el enorme dolor, tanto físico como mental.

En la última instantánea, se vislumbraba a una de las hermanas. Susana no pudo discernir cuál de ellas era debido a las graves inflamaciones y a la sangre en su rostro, resultado de brutales palizas. Una de las hermanas se hallaba atada a una silla con una cuerda, mientras que la otra reposaba desnuda en la cama, posiblemente inconsciente. Susana derramó lágrimas desconsoladas, sin comprender cómo su propio padre podía cometer semejante atrocidad contra sus hijas. Lamentaba profundamente que tampoco encontraran el auxilio de su madre, ni pudieran escapar de esa morada para denunciar al monstruo que las maltrataba. Estaban solas, y seguirían estándolo. Permanecerían en solitario confinamiento, consumiéndose en su propio encierro, secuestradas por sus propios progenitores, hasta que algún vecino o compañero de las jóvenes notara su prolongada ausencia. Sin embargo, aunque Susana implorara por un final digno y favorable para ellas, tenía la dolorosa sensación de que sus vidas quedarían truncadas sin haber vuelto a salir jamás de su hogar.

—No estáis solas… estoy aquí con vosotras. Cuando salga de este lugar, os buscaré. Decidme dónde encontrarnos… si seguís con vida… —sollozó Susana, cubriéndose el rostro con las fotografías, compartiendo su infinito dolor.

—El daño ya está hecho… ni tú ni nadie puede ayudarnos. Somos nosotras las que queremos ayudarte a ti. —una de las dos hermanas, cuyas figuras se reflejaban en el cristal de la cabina frente a Susana, hizo que esta soltara las fotografías e instintivamente, aterrada, se alejara hasta chocar con el cristal contrario con su hombro. La voz resonó en su cabeza con un tono jovial, pero triste, mientras la apariencia de las hermanas, como un tenue holograma

proyectado sobre el vidrio transparente, desapareció en un abrir y cerrar de ojos, dejando paso a un suave humo rosa que se introdujo rápidamente por las vías respiratorias de la joven. Por un instante, Susana temió que el humo fuera tóxico y la dejara sin aliento, pero no fue así. En cambio, se sintió enérgica, plena en sus facultades, como si su energía vital se multiplicara. Fue una experiencia extraña pero reconfortante. Sin comprender lo sucedido, Susana examinó sus manos y su cuerpo en busca de cambios, pero todo seguía igual, excepto por la sensación de agudización de sus sentidos. Susana reflexionó sobre cómo podrían ayudarla las dos jóvenes atrapadas y torturadas en su propia casa. ¿Se referían a que ese misterioso humo rosáceo la ayudaría? ¿Qué era y qué le habían hecho? Susana se dio cuenta de que quizás nunca obtendría respuestas.

La noria se detuvo lentamente y la cabina en la que se encontraba Susana se paró frente al tablado. Alterada y confusa, intentó abrir la puerta de la cabina, pero fue en vano. Repentinamente, una mujer de gran estatura, delgada como si hubiera sido estirada por un gigante, apareció frente a ella. Los altos tacones de aguja negros y el ajustado vestido oscuro de tirantes, enfatizaban su esbelta figura. Llevaba gafas de sol grandes y redondas, que afilaban aún más su rostro, excepto por su amplia sonrisa, que llegaba casi hasta sus finas orejas. Completando su apariencia, portaba enormes pendientes y pulseras de oro que parecían pesar más que ella misma, resaltando su extrema palidez. Sin embargo, lo que más impactó a Susana fue su radiante pelo blanco, liso y cortado a la altura de los hombros. Susana no tardó en deducir que esa mujer, de no más de treinta y cinco años, debía ser la misma adolescente del matadero y también la niña de la librería.

—No me fastidies… — dijo Susana mientras buscaba una salida, sin dejar de observar a la mujer pálida.

—Puedes pensar que soy persistente, pero permíteme decirte que aún tienes tiempo. —le dijo mientras mostraba una palanca, dando a entender que ella había detenido la atracción y la había liberado.

—Tú me hiciste verlas. Tú me hiciste creer que ese hombre les hacía todas esas cosas… —Susana, llena de furia, comenzó a recriminarle a la mujer que había sido ella quien le había hecho creer en la existencia de esas chicas y su trágica historia.

—No te equivoques, Susana. Yo simplemente estoy aquí para hacerte entender que nos necesitamos mutuamente. Yo no he creado

nada. Esas pobres chicas no merecían pasar por ese trauma impuesto por sus padres. Pero ellas no son las únicas. Lo que has presenciado tiene relevancia para ti y tu futuro, lo cual te llevará a comprender que la humanidad es despreciable. Lo es tanto, tan macabra y egoísta, que necesitan pensar que habrá recompensa en otra vida para que se comporten bien en esta. Y, aun así, nada, son todavía más despreciables si cabe. Pero yo no quiero hacerles sufrir, no soy humana como bien sabrás, solo quiero que les entreguemos cuanto antes esa recompensa que anhelan tras morir, dejarlos vivir en un bonito y eterno universo infinito y ficticio, alejado de este mundo que tanto nos importa. Durante miles de años han sido ellos quienes han tenido el poder de elegir entre hacer daño o no, sin que nadie interfiriera, pero siempre optan por el camino equivocado. Por eso estamos aquí, Susana, ¿no es así? Para purificar este planeta de incestuosos, asesinos, violadores, criminales, dementes y, sobre todo, de seres crueles que son más demonios que aquellos que describen en sus fábulas de terror. En nuestras manos está brindarles un futuro donde no tengan miedo de salir a la calle, donde ninguno de ellos sea malvado, ni siquiera se les ocurra herir o matar. Serán almas libres de pecado, capaces de vivir en armonía con todos los demás, eternamente. — explicó la mujer, acercándose poco a poco a Susana, quien aún intentaba desesperadamente abrir la puerta de la cabina.

—No importa cómo intentes convencerme, ya sea cambiando de forma, presentándote como la salvadora de la humanidad o haciéndome creer que el mundo está corrompido… ¿Cómo planeas crear ese paraíso? Todo parece indicar que solo quieres borrarlo todo y empezar de nuevo, simplemente deseas acabar con todos, pero no puedes hacerlo sin mí, ¿verdad? Si no fuera así, ya estaría muerta. —Susana le respondió con enfado, cansada de la situación que había vivido en los últimos días, llena de miedo y ansiedad. Pero eso se había acabado, decidida a no permitir que esa entidad, sea lo que sea, acabara con ella.

—No te equivoques, querida. No soy como ellos. No deseo acabar con nadie. Solo quiero… —la mujer se detuvo abruptamente. En ese momento, Susana sacó su navaja multiusos y colocó la hoja de la cuchilla en su yugular.

—Quieres encerrarlos en este lugar miserable por toda la eternidad. Pero algo acaba de confirmarme que me necesitas más de lo que imaginaba. Ábreme la puerta si no quieres que este juego termine aquí mismo. —dijo Susana con decisión, aunque su miedo era evidente. Sin embargo, logró controlarse y mostrar entereza en su actuación. Susana comprendió que era más importante de lo que

imaginaba al ver cómo la mujer se detuvo frente a la cabina, sorprendida al amenazarla con cortarse el cuello. Pudo notar el temor en sus falsas facciones humanas, el miedo de que ella se quitara de en medio antes de tiempo. Pero, ¿por qué la necesitaba viva? ¿Por qué parecía intentar guiarla por su camino? Tal vez tenía razón al pensar que ese mundo era un purgatorio creado exclusivamente para ella, y que esa entidad necesitaba que estuviera viva, incluso si eso significaba llevarla consigo con propósitos terribles, reflexionó Susana. De todas formas, no podía confiar en esa entidad. Estaba claro que había intentado matarla con la fotografía del boceto de la librería, o liberando al perro en el matadero, o tal vez no era así, ¿y si decía la verdad? ¿Acaso Aurora la había conducido hacia el abismo en lugar de protegerla? Susana se encontraba en una encrucijada muy compleja, pero ese no era el momento de reflexionar. Debía escapar de allí lo antes posible y alejarse de esa entidad, porque lo único que tenía claro era que no permitiría que llevara a cabo su plan de aniquilación absoluta.

—Está bien, te abriré la puerta y te dejaré salir. Espero que reflexiones después de que te libere. —la mujer de cabello blanco se quitó las gafas de sol y las puso sobre su cabeza, como si fuera una diadema. No sonrió esta vez, mostraba más bien preocupación en su rostro serio. Susana la tenía frente a ella, separadas únicamente por un cristal. En el momento en que la criatura vestida de humana se disponía a abrir la puerta, Susana, pendiente de sus ojos, que le causaban un miedo indescriptible al imaginar que detrás de ellos no había una persona real, aprovechó que la mujer desvió su mirada a la manivela de la puerta para golpear con fuerza el cristal y sacudirle en la cara con la pesada cizalla. Los trozos de cristal volaron en cientos de fragmentos y muchos de ellos se clavaron o cortaron el rostro de la mujer, que cayó con fuerza en el tablado de la zona de acceso a la noria. Susana salió de la cabina y se acercó a ella, observando cómo se retorcía en el suelo.

—No eres tan poderosa ni causas tanto miedo ahora que te veo ahí tirada. ¿Es esta la respuesta a tu propuesta? —Susana se preparó para golpearla con fuerza, sosteniendo la cizalla con ambas manos, como si fuera a batear. La mujer de tez pálida, con decenas de fragmentos de vidrio incrustados en su rostro, el cual sangraba profusamente, se retorció como un lagarto bocarriba antes de ponerse en cuatro patas y correr rápidamente, subiendo de manera casi natural sobre la cabina de la atracción. Esto sorprendió a Susana, quien dio dos pasos atrás. Nunca en su vida habría imaginado presenciar semejantes contorsiones y ver a alguien correr tan ágil y velozmente sobre sus extremidades. Además de sentirse aturdida, la mujer estaba

visiblemente sorprendida. No se esperaba que la fuerza de Susana se hubiera incrementado en tan poco tiempo, lo cual la asustó en gran medida.

—Te arrepentirás, créeme. Este mundo te absorberá, joven ilusa. Es más grande que tú y yo. —la mujer dio un salto tremendamente largo y desapareció rápidamente entre los maniquíes. Susana se relajó e intentó tranquilizarse mediante largas respiraciones. Se sentía extasiada y agotada. Realizó una inspección general por toda la plaza, entre los maniquíes y las demás atracciones, asegurándose de que, por el momento, no había mayores peligros de los que preocuparse. Debía dirigirse a la comisaría y averiguar quién era el propietario del microchip del gato.

Después de sortear nuevamente a decenas de pueblerinos de plástico amontonados, Susana llegó a la comisaría de policía local del pueblo. Las puertas de cristal estaban abiertas y, al llegar a la recepción, pudo ver a dos maniquíes vestidos de agentes, sentados frente a un escritorio con ordenadores. En ese instante, a Susana comenzó a dolerle la cabeza, experimentando un fuerte mareo que le hizo perder el equilibrio, por lo que tuvo que apoyarse rápidamente sobre el mostrador. Los chalecos que llevaban puestos los falsos agentes le recordaron a una versión más adulta de sí misma, frente a un espejo, vistiendo un uniforme de gala del Cuerpo de Policía Nacional. Sus recuerdos fluían rápidamente, uno tras otro. Otro de ellos fue su formación con sus compañeros, salidas nocturnas para celebrar una misión difícil e incluso un merecido ascenso. Susana recordó varios momentos, tanto buenos como malos, de un pasado no tan lejano.

—Vaya… no me lo puedo creer… —Susana recordó que había pasado mucho tiempo desde que fue joven, tanto o más de la edad que suponía tener en ese momento. Además, llevaba años ejerciendo como policía, según su recuerdo. Era imposible que todo eso fuera producto de su imaginación, pensó. Como pudo, caminó tambaleándose mientras el mareo se disipaba y entró en el baño que se encontraba justo al lado de la recepción, señalizado con un gran letrero que indicaba "WC". Susana, aferrada al lavabo, se quedó sorprendida. Era adulta, mucho más que hace unos instantes, y tanto sus rasgos faciales como su cuerpo lo dejaban claro. Su cabello había vuelto a su estilo pixie y seguía teñido de un tono cobrizo, como solía llevarlo cuando se convirtió en subinspectora del cuerpo. Ya no llevaba las gafas que había usado momentos atrás, pero no las necesitaba, ya que se había operado de miopía hacía algunos años. La ropa le quedaba un poco más ajustada que cuando era joven, pero no

tanto como para tener que coger prestada la ropa de un maniquí.

—Esto es increíble… a quien se lo cuente no me va a creer. —dijo en voz alta mientras se acariciaba la cara, el cabello y se observaba como si no se hubiera visto en años. Fue entonces cuando recordó la foto que guardaba en su cartera, la cual estaba cortada y se podía ver a una mujer con un brazo sobre ella. La sacó y, al hacerlo, ambas instantáneas cayeron sobre el lavabo: la del dibujo de la niña en la librería y la recortada con la mujer. Se reconoció instantáneamente, no cabía duda de que esa mujer era ella, pero, ¿quién sería el hombre? Aún no recordaba todo su pasado. Al mirar la otra fotografía, se sorprendió al no sentirse mareada ni desmayarse. La examinó durante un rato, pero no experimentó ninguna secuela. Quizás el efecto se había perdido, pensó Susana. En cierto modo, se alegró por ello, ya que no quería regresar al mesón sin obtener los datos del microchip. Volvió a guardar la foto cortada y dejó la del dibujo en el lavabo, suponiendo que ya no la necesitaría.

Después de observarse y arreglarse en el baño de la comisaría, Susana se equipó con un chaleco antibalas, solo por precaución, y cogió prestada una pistola de uno de los agentes, que guardó en su nueva bolsa deportiva de la Pantera Rosa. Asimismo, se aprovisionó de snacks y aperitivos variados de una máquina expendedora, así como de agua. Verificó todos los walkies, pero ninguno transmitía ninguna frecuencia en la que hubiera alguien al otro lado. Esperaba poder hablar con Aurora, tenía esa esperanza. Buscando entre los cajones del escritorio de la recepción, Susana escudriñó para encontrar el teléfono de la unidad de animales y mascotas, localizándolo rápidamente. Descolgó el teléfono fijo y marcó el número que aparecía en el folio. Dio tono enseguida y pudo escuchar, no muy lejos de allí, cómo sonaba un teléfono. Susana dejó el aparato descolgado y corrió hacia la sala de donde provenía el sonido. Un poco asustada, la subinspectora sabía que si aún fuera la joven de hace tan solo unos instantes, acudir tan rápidamente al origen del timbre del teléfono le habría causado ansiedad y temor. Sin embargo, la Susana adulta, formada y experimentada, poseía habilidades más que suficientes para enfrentarse a cualquier cosa que la atacara, al menos para enfrentarse de manera más decidida y profesional. Debía actuar con rapidez, ya que el tono de la llamada no duraría mucho tiempo y tendría que regresar a recepción e intentarlo de nuevo. Pero gracias a su premura y a unos pasillos libres de eventos paranormales, la subinspectora encontró la habitación donde sonaba el aparato. La puerta estaba abierta y, tras ella, había una pequeña sala llena de jaulas para animales, apiladas una tras otra, una camilla de metal, estantes repletos de suministros para contener y tratar a los

animales, y una pequeña mesa y sillas para el operador o agente encargado de esas tareas. Sobre la mesa había un portátil y al lado de este, un lector de microchips.

—Finalmente, sabremos quién es tu dueño, gatito. —expresó mientras examinaba con el lector el microchip, el cual emitió un agudo pitido. En la pantalla del ordenador, dañada por la persistente estática de estar encendida, se desplegó un diálogo con los datos del chip: un número identificativo del animal, una dirección asociada y el nombre del titular.

—No puede ser… pero qué cojones… —Susana temblaba, incapaz de comprenderlo. Después del número identificativo del animal, apareció el nombre de Susana Hernández y la dirección "Calle Maestro Saúl 37".

—Este gato está registrado a mi nombre… pero yo no vivo en esa calle… esa calle es la del llavero con forma de luna… —Susana extrajo el llavero y examinó tanto la llave, cubierta con una silicona amarilla, como el llavero en forma de luna. —Ahí está la casa a la que tenía dirigirme, la del nombre de la calle escrito en el sobre… —murmuró Susana, tratando de comprender su significado. En ese instante, el dolor de cabeza intenso y el mareo regresaron. Sosteniéndose la cabeza, Susana volvió a sumergirse en sus recuerdos, los cuales la llevaron al momento en que entregaba una caja grande a un hombre, ambos dentro de un vehículo.

—Toma, es un regalo, les encantará. Espero que sea el regalo perfecto para un día que debe serlo. —recordó Susana haber dicho. El hombre abrió la caja y pudo ver al gatito atigrado. Susana empezó a sentirse mejor y dejó de recordar.

—Entonces, le regalé un gato a ese hombre, lo cual significa que yo no obligué al animal a ingerir esa pastilla y, por ende, no lo maté, como vi en mi visión. ¿Por qué le habría regalado el gato a ese tipo?, ¿a quién le celebraban el cumpleaños o día especial?, y, ¿quién o quiénes iba a disfrutar del gato?, se preguntaba Susana. —Supongo que todas las respuestas me esperan en esa calle. Descubriré quién es ese misterioso hombre y qué se oculta en esa casa, en la calle Maestro Saúl 37. —se dijo a sí misma Susana, dispuesta a continuar su camino.

14 – Legado enmudecido

Dentro del contenedor hospital, el tiempo transcurría de manera lenta para aquellos atrapados, científicos, médicos y técnicos, esperando ansiosos por ayuda. Sin embargo, María deseaba lo contrario. Aunque tenía el deseo de fumar, no desaprovecharía la oportunidad de escuchar lo que aquel ser humano mutilado tenía que contarle. Le daba igual si era una vivencia real en su mente o todo un engaño, que solo podía ser producto de un ingenioso guion de ciencia ficción. Por eso, María se comprometía a mantener a José con vida el mayor tiempo posible, incluso yendo en contra de la voluntad de cualquier especialista que afirmara que estaba sufriendo los peores dolores imaginables. Sin embargo, su tiempo era limitado y pronto le arrebatarían la posesión más preciada que se podía obtener en ese momento en todo el planeta. Por lo tanto, cuando María notó que José se debilitaba aún más que unas horas antes, no dudó en ofrecerle un breve descanso.

—José, empiezo a notar su agotamiento y, para mí, también es algo agotador lidiar con lo que me cuenta. Las emociones se agolpan al escuchar su relato. Tanta intriga me estremece, amigo. ¿Prefiere que lo dejemos por ahora y continuemos más tarde? —preguntó María, dejando su portafolio y grabadora en la otra silla, preparándose para levantarse.

—No. No quiero detenerme, si no le importa, María. —respondió José de manera firme, algo que ninguna de las dos esperaba, y se miraron desconcertadas. —No quiero perder el hilo y, supongo que mi tiempo es limitado, ¿verdad? —preguntó José, obteniendo como respuesta un largo silencio. Un espacio sin palabras, mientras María buscaba rápidamente una respuesta improvisada y creíble para José, pero no la encontraba, la dejó aturdida. —No necesita mentirme, inspectora. Creo que cualquier ser vivo que haya pasado por este mundo ha tenido la gran suerte de disfrutar momentos de libertad antes de morir, en mayor o menor medida, e incluso siente cuando se acerca su final. Pero no se preocupe, creo que todavía me queda un poco de margen, y supongo que su compañera intentará prolongar ese tiempo tanto como sea posible, ¿me equivoco? —Pilar se quedó boquiabierta, mirándolo, sin comprender cómo había llegado a tal conclusión, y María, acorralada por las certeras deducciones de José, no pudo seguir alimentando la mentira que habían tramado para él.

—No se equivoca, José… Es cierto que estamos aquí para ayudarle, para descubrir qué sucedió, pero no podemos salvarle ni hacer más de lo que hemos hecho por usted. Así que entiendo si decide dejar de… —María fue interrumpida.

—He dicho que quiero seguir contándoles mi historia. No tengo todo el tiempo que desearía y me gustaría terminar y dejar constancia de lo que viví allí, en esa casa. Se lo debo a ella, a mi familia, así que sigamos. No necesito conocer más detalles sobre lo que ha sucedido conmigo, de verdad, solo quiero contarles lo que sucedió, ¿continuamos? —preguntó José. María seguía sorprendida. No se imaginaba que fuera a ser consciente de su situación física. Quizás, en la misma situación que él, la inspectora tampoco hubiera querido saber en qué más le habían mentido, y menos aún, sabiendo que le quedaba muy poco tiempo.

—Entiendo, José, pero permítame decirle que es un verdadero luchador y que su historia no caerá en el olvido. Yo misma me encargaré de ello. —le dijo María con la mayor sinceridad que pudo expresar, para que él la creyera.

—Gracias. Continúo entonces. —sonrió José tras agradecerle a María sus sentidas palabras. —Recuerdo que, después de que Raúl me enviara a visitar a Morfeo tras su agresivo gancho, desperté muy agitado gracias al enorme cubo de agua helada que me echaron encima. Pero de poco sirvió moverme, ya que estaba atado de pies y manos a una silla en el taller de Rubén.

—Menuda siesta te has echado, colega. En esta comunidad, los entrometidos no son bienvenidos. De hecho, tienen un futuro desagradable. Pero tú y yo somos amigos, no podría llamarme "amigo" si no puedo perdonar a mi querido José unos pequeños fallos. —me decía ese despreciable cabrón, que no dejaba de caminar de un lado para otro frente a mí. *—Pero está claro que tengo que enseñarte. No puedo permitirme el lujo de irme y dejarte volver a caer en tus errores. Por lo tanto, amigo mío, he abandonado a los Protectores para dedicarme en cuerpo y alma a este taller y pasar más tiempo con quienes quiero.* —su ironía se escuchaba a kilómetros de distancia. *—Duque me sustituirá, él sabe muy bien cómo liderarlos, ha aprendido del mejor.* —dijo mientras pasaba su enorme brazo por encima de un tipo rudo, en señal de aprobación. *—Total, ¿no está vacante el puesto de manitas?* —dijo lanzándome una de las camisetas manchadas de grasa de Rubén. Debía tener los ojos ensangrentados, no solo por los puñetazos que me propinó, sino también por la rabia y el odio que me generaba en ese momento. Me dolía saber que Rubén apreciaba a un desgraciado con

aires de grandeza; lo hacía en cierta medida, por haberlos salvado, a Dolores y a él, y también por su ayuda al comienzo de la reconstrucción de la casa y de la comunidad. Y que ahora, el egocéntrico armario que tenía ante mí, no le importara una mierda el sacrificio del bueno de Rubén; me estaba encolerizando. El Raúl que tenía frente a mí era el ser que había estado escondido en su interior, la persona que era en realidad, un hombre que pisotearía incluso a su madre por llegar aún más lejos.

—No mereces ni siquiera pisar el mismo suelo que él, ¡trozo de mierda! —le grité y luego escupí un enorme gargajo que impactó en su gran pecho. Sus "perros" se abalanzaron sobre mí, pero él los detuvo y retrocedieron.

—Entiendo tu enfado, —dijo tranquilamente mientras se limpiaba el escupitajo con un trapo que se encontraba encima de la mesa de trabajo. *—es comprensible después de ver que todos aquí están por encima de ti y tu única alternativa para llamar la atención es dar un discurso fuera de lugar, o entrometerte y meter las narices donde no te llaman. Pero soy indulgente y comprensivo, así que solo te daré una oportunidad para elegir. O te quedas conmigo, como ayudante, como lo eras con Rubén, obedeciendo y siendo un buen chico, o te vas por donde viniste. ¿Qué camino eliges, "amigo"?* —me preguntó de manera seria, sin la sonrisa ensayada en su rostro.

—Nunca me hubiera imaginado qué tipo de persona eras en realidad… —no podía permitirme el lujo de desaparecer de allí, por mucho que quisiera. Esas pobres personas comenzarían a sufrir el acoso y la opresión de Raúl y su asquerosa pandilla. Además, no podía abandonar a Dolores, quien debía estar sufriendo mucho ahora que Raúl se quedaría en la casa, sin mencionar que su hermano ya no estaba entre nosotros. No podía dejarla sola. *—Está bien, me quedaré aquí…* —esas palabras fueron quizás las más difíciles de pronunciar de toda mi vida. No quería estar en ese taller y darle la satisfacción de humillarme como lo haría a partir de ese momento, pero tampoco era una opción el escapar y dejar a Dolores a su suerte.

—Muy buena elección. ¡Desatadlo y acompañadlo a su habitación! —les dijo a sus secuaces mientras se marchaba por las escaleras. Regresé a mi celda, en la casa, mi habitación. Al principio de mi reclusión involuntaria, me llevaban la comida al cuarto, iba al baño y hacía mi trabajo acompañado por Raúl o algún otro Protector, ya que deambulaban por donde les placía desde la última ceremonia. Raúl decía que era para garantizar que los convivientes pudieran vivir junto a una escoria como yo. Escuchaba esas palabras o similares

prácticamente a diario, gracias a los conductos de ventilación de mi habitación que hacían las veces de amplificador, aunque esa no fuera su función. Mi habitación estaba bajo llave y, como he dicho, me era imposible pasear por la casa a mi antojo, por lo que tenía muy pocas oportunidades de encontrarme con cualquier persona de la vivienda. Además, tampoco es que me hablaran mucho. Supongo que era por miedo a represalias de Raúl y también por el espectáculo que monté durante la cena del evento. La única persona que se detenía y se alegraba de verme era la nueva y entusiasta Ura, quien me animaba en el poco tiempo que podíamos cruzarnos en la casa, mientras trabajaba. Pero durante muchos días no me encontré con Dolores, supuse que Raúl evitaba que nos viéramos, encerrándola cuando yo salía y viceversa. Solo podía observarla cuando trabajaba en el huerto delantero o llevaba materiales o comida de un lado a otro, desde la ventana de mi habitación. Siempre en silencio, siempre fugaz, pero nos bastaba con cruzar las miradas para saber que aún seguíamos luchando por sobrevivir, con la esperanza de volvernos a sentirnos y tocarnos en algún momento, no muy lejano. Quizás eso fue lo que me llevó a no rebelarme contra Raúl ni intentar escapar; la esperanza depositada en la idea de que, si hacíamos lo que nos ordenaban, podríamos ser recompensados con el tan esperado reencuentro. Qué pensamiento tan iluso… Eso es lo que ocurre cuando se está encerrado durante tanto tiempo, a tan solo unos metros de la persona a la que amas. Solo te queda aferrarte al deseo y esperar que algún día florezca y cumpla lo que has anhelado tanto tiempo.

—Entonces, ¿no intentó escapar ni una vez? Aprovechando el momento en que uno de sus carceleros no estuviera mirando o durante algún trabajo en el que Raúl no le prestara atención. —preguntó María con gran curiosidad.

—Aunque hubiera deseado hacerlo, inspectora, me resultaba imposible. Raúl estaba obsesionado con la idea de que Dolores y yo nos reencontraríamos. En su mente no había lugar para el fracaso, y el hecho de que su amigo de la infancia le arrebatara a quien él consideraba un trofeo, la mujer que había construido ese imperio con sus propias manos, encendía su ira. Además, para mantenernos bajo control las veinticuatro horas del día, instaló cámaras por toda la casa, monitoreadas desde el despacho de Rubén, donde se encontraba el sistema de control de las mismas. Rubén, hábil en electrónica y mecánica, se encargó de ponerlo en funcionamiento sin imaginar cuál sería el uso real, dejándole a Raúl vía libre para expandir aún más la red de vigilancia. Pero su obsesión iba más allá, Raúl ansiaba el poder, le gustaba más que cualquier otra cosa.

Recuerdo claramente una tarde mientras miraba por la ventana de mi cuarto, unos meses después del inicio del reinado autoimpuesto de Raúl, cuando el anciano Matías lanzó con fuerza su azada al suelo, tras ser humillado por dos de los Protectores, quienes lo obligaron a continuar trabajando para aumentar la producción de cultivos. Mi "amigo" tenía la idea de comercializar hortalizas y verduras con otros asentamientos, permitiendo que los Protectores las vendieran para obtener mejores viviendas y armamento en el mercado negro. Sin embargo, la mano de obra escaseaba y era pobre, incluso la casi impedida, Jacinta, era obligada a trabajar en el huerto.

Raúl intervino para calmar la situación, pero después del enfrentamiento con Matías, Jacinta y Teresa también se unieron a la discusión. Le reprocharon que los estaba explotando como esclavos, sin apenas descanso, trabajando desde el amanecer hasta el anochecer.

—*¡Nos vas a matar! Si seguimos a este ritmo, caeremos enfermos, ¿no lo entiendes?* —le gritó Teresa, con lágrimas en los ojos, furiosa, señalando a Matías y Jacinta, quien se veía irreconocible sin su exuberante maquillaje y maltratada por las horas de trabajo bajo el sol.

—*No os quejéis, pronto obtendremos beneficios de estos cultivos. Me lo agradeceréis, y cuando estemos disfrutando de un festín de pato asado y bebiendo litros de alcohol, me pediréis disculpas.* —dijo Raúl, dando por terminada la conversación. Les dio la espalda y regresó al porche donde tenía sus pesas y mancuernas.

En ese momento, Jacinta, quien nunca había sido sometida de esa manera, cogió una patata bastante grande y la lanzó con fuerza. Aunque dudo haber escuchado el golpe desde mi ventana, recuerdo haberme reído mucho en ese instante. Raúl se detuvo y se limpió la tierra del hombro, donde había impactado el tubérculo. Era evidente que la fuerza de Jacinta no fue suficiente para hacerle daño alguno, pero para Raúl, esa mujer había desafiado su autoridad. Con un simple gesto de su mano, envió a sus secuaces a solventar la situación. Los dos Protectores sujetaron a Jacinta por los brazos mientras ella luchaba por liberarse, arrastrándola tras Raúl, hacia el porche de la casa.

No sé exactamente qué planeaba hacerle, tal vez golpearla con una de sus pesas o romperle una de sus ya doloridas piernas con la barra de ejercicios, pero sus planes para Jacinta se truncaron cuando el anciano Matías arremetió con su azada contra la cabeza de uno de los Protectores, haciendo que este soltara a Jacinta y cayera al

suelo, retorciéndose y gritando de dolor. Tanto el otro Protector como Raúl se dieron la vuelta y se sorprendieron al ver a su compañero tendido en el suelo, sufriendo considerablemente. El otro individuo rápidamente agarró una piedra del suelo y, sin vacilar, le propinó un fuerte golpe en la cabeza al anciano. El sonido de un cráneo fracturándose es algo que quedará grabado en mi memoria para siempre; solo el simple recuerdo me provoca escalofríos. Matías quizás murió en el acto, desplomándose sobre la tierra removida.

Quedé atónito, observando cómo aquel hombre destrozaba la cabeza del anciano, como si fuera un neandertal matando a una presa para cenar. Hubo un silencio, tal vez de milésimas de segundo, pero para mí pareció una eternidad. Nadie se movió, todos miraban a Matías con el rostro desfigurado, ensuciando la tierra con una mezcla de sesos y sangre. Teresa gritó desconsolada, aterrada por presenciar ese abrupto cambio de los acontecimientos.

Raúl, inmóvil, contemplaba a Matías sin emitir palabra alguna. Tuve la impresión de que lo sucedido se salía por completo de su concepción de líder opresivo. Pero lo que quizás no comprendiera hasta ese momento fue que sus secuaces eran unos matones de poca monta a quienes el bienestar de los habitantes del pueblo les importaba cada vez menos. Esa chusma era como una bandada de buitres hambrientos, dispuestos a matar a un lobo mucho más grande que ellos con tal de obtener un pedazo de carne. Creo que ese fue el punto de no retorno, donde mi querido y cambiado Raúl tendría que elegir un bando. Debía expulsar a esa gentuza y juzgar al asesino, o bien imponer su absoluto poder por encima del escaso bienestar que aún quedaba para esas pobres personas.

—No hace falta que le pregunte, ¿verdad? —le dijo María.

—Exactamente. Si aún quedaba algo de humanidad en él, lo enterró ese día junto al cuerpo del anciano.

—*Debería colgarte ahora mismo, subnormal…* —insultó Raúl al Protector que acababa de matar a Matías. —*Enterrad el cuerpo y que todos entren en sus habitaciones. Por hoy ya está bien*. —dijo Raúl a sus Protectores, enfadado, mientras observaba cómo su lacayo asesino lo miraba desafiante.

—*El viejo casi mata a este necio. Si no fuera por mí, quizás lo habría rematado. ¿Acaso no somos una familia? Yo defiendo a mi familia*. —dijo el Protector asesino. Raúl no le dirigió ni una palabra más y se dio la vuelta para entrar en la casa, pensativo y asustado al

comprender que las personas a las que había entrenado para luchar, unos mentecatos armados, estaban imponiendo la ley que él mismo había dictado. Ahora tendría que aceptar que había dos facciones. Si no cumplía con lo que él mismo defendía con orgullo y honor, se rebelarían y acabarían con él, con todos. Es posible que, en ese momento, Raúl se arrepintiera de haber criado zorros para cuidar de ese gran gallinero.

Héctor también salió de la casa, asustado y nervioso al escuchar los gritos de Teresa, y le preguntó a Raúl.

—*¿Qué ha sucedido aquí, Raúl?* —dijo sin apartar la mirada de los Protectores, quienes levantaban el cuerpo de Matías, observando también a Lucía y Lucas, que habían acudido tras el alboroto para abrazar a Teresa, desconsolados.

—*El viejo intentó matar a uno de los míos. Fue en defensa propia…* —le dijo mientras continuaba su camino hacia la casa. Héctor, lleno de furia, comenzó a enrojecer, incluso pareció que sus grandes músculos aumentaban de tamaño. Respiraba agitadamente, moviéndose por completo con cada respiración, que se aceleraba cada vez más. Desde mi punto de vista, desde mi ventana, me pareció que, sin hacer gran esfuerzo, agarró a Raúl del cuello y del costado, y lo lanzó varios metros, haciéndolo dar un par de vueltas por el suelo. La fuerza de ese hombre era sobrehumana, se lo aseguro.

Raúl, sorprendido, intentó levantarse, pero recibió una fuerte patada en el costado por parte de Héctor, que lo dejó sin aliento y retorciéndose de dolor. El fornido hombre no se detuvo ahí, sino que también propinó un poderoso codazo a uno de los Protectores que acudió en auxilio de Raúl. El golpe lo dejó inconsciente de inmediato, cayendo pesadamente sobre la tierra del huerto. El otro, el asesino de Matías, no tuvo la misma suerte que su compañero. Cuando intentó atacar al furioso Héctor, fue degollado por Teresa, quien lo atacó sin piedad con la hoz que tenían para segar, gritando con todas sus fuerzas. Jacinta, asustada, se arrastró tratando de pasar desapercibida. Comprendo que esa situación la sobrepasara, cada persona reacciona de manera distinta ante circunstancias extremas. Yo, por ejemplo, solo era un mero espectador desde las alturas, esperando que todo acabara sin más percances para mis convivientes, como en una película infantil en la que los héroes rescatan a las princesas en castillos custodiados por feroces dragones.

El Protector degollado se desangró y cayó sobre su propio charco de sangre y barro, mientras que Teresa, sin apenas detenerse a

presenciar su hazaña, avanzó decididamente hacia Raúl, quien intentaba levantarse con dificultad debido a la fuerte patada de Héctor. Raúl se arrastró hacia atrás para evitar el avance decidido de Teresa, quien continuaba caminando a pesar de los gritos de su hijo y Lucía para detenerla. Raúl sintió miedo al pensar que la furiosa mujer lo mataría como acababa de hacer con su secuaz.

—¡Tere, detente! Deja eso y piensa en lo que haces. Podemos dejar las cosas como están, ¡no lo empeoremos más aún! —intentó convencerla un Raúl asustado y sobrepasado, pero Teresa avanzó decididamente, poseída por su rabia ardiente, sedienta de venganza por la muerte de su viejo amigo.

—¡Silencio, maldito desgraciado! Todo lo que ha ocurrido es culpa tuya. —le ordenó rotundamente, dispuesta a repetir el mismo proceso que con el otro Protector. Sin embargo, Raúl ya no era tan inocente como antaño, dejó de implorar por su vida y sacó con precaución un pequeño revólver de una pistolera atada a su pierna, oculto bajo la bota que cubría el pantalón vaquero. Aunque estaba visiblemente asustado, apuntó como pudo. Resulta curioso cómo un hombre fornido y fanfarrón, que presumía de su físico, se acobardaba ante una mujer mucho menos pesada que él, de apenas cincuenta kilos, armada con tan solo una herramienta oxidada. Ese era el verdadero Raúl, una fachada completa de pies a cabeza.

—Levántate, maldito hijo de puta, ¡levántate y dispárame! —le gritó al plantarse frente a él. Raúl temblaba incluso al mover el arma de un lado a otro. *—Ni siquiera puedes apuntarme correctamente, farsante despreciable. No entiendo cómo Dolores puede soportar que la toques*. —dijo mientras le propinaba porrazos con la hoz, causándole más dolor con los golpes que con los cortes. Lucía le suplicaba a Teresa que se detuviera, no porque no se lo mereciera, sino por el peligro de que le disparara. El pequeño, Lucas, se soltó de Lucía y corrió hacia Teresa, quien atacaba a Raúl sin descanso, mientras este la apuntaba y se protegía con su otro brazo, lleno de golpes y cortes. El pequeño agarró como pudo un palo demasiado grande para su tamaño y, decidido a ayudar a su madre, le dio un golpe en la cara a Raúl con él. El sutil impacto del palo que sostenía el niño, quien apenas se mantenía en pie, provocó que Raúl, atemorizado y acorralado, lo golpeara con contundencia, derribándolo al suelo y haciéndolo chocar contra las rocas y terrones de tierra árida y firme. Tanto Lucía como Héctor corrieron a socorrer al pequeño, quien quedó inconsciente por el fuerte golpe. Mientras tanto, Teresa, sin imaginar que albergaría aún más ira, desató su furia e intentó acabar con la vida de Raúl. Pero él, consciente de lo que vendría, le propinó

una fuerte patada en la espinilla, haciendo que Teresa perdiera el equilibrio y cayera sobre Raúl, con su brazo entre ambos y la cuchilla de la hoz asomando por encima de ella, en la parte superior de su espalda. Teresa, aun sin ser consciente, intentó incorporarse, pero sus fuerzas la abandonaron. Raúl, que comprendió lo que había ocurrido, le dio la vuelta mientras sacaba la cuchilla, que estaba completamente hundida en su pecho, y la dejó tumbada bocarriba. Teresa intentaba articular palabras, pero era incomprensible, ya que su boca se llenó de sangre que regurgitaba como bien podía. La herida causada por la hoz en su pecho dibujó rápidamente una enorme mancha roja que empapó toda el área donde yacía. En cuestión de segundos, la joven Teresa dejó de respirar, con los ojos abiertos, y con un sentimiento de aversión hacia Raúl que se marchó con ella. Creo que todos los presentes supimos que, tras esa grotesca escena, ese día marcaría un antes y un después en la comunidad. Lucía, sosteniendo a Lucas, quien poco a poco recobraba el conocimiento, no podía creer lo sucedido y lloraba desconsolada, abrazada por un furioso Héctor, que no dejaba de mirar a Raúl como si le estuviera lanzando alguna maldición para hacerlo sufrir. Raúl, de pie junto al cadáver de Teresa, los apuntaba con el revólver.

—*No quería que todo esto sucediera. Ha sido culpa de ellos… Ahora enterraréis los cuerpos, me da igual cómo, y regresaréis a vuestras habitaciones*. —sentenció, sin permitir que Lucía llorara a Teresa cuando los obligó a punta de pistola a enterrar los cuerpos. Fue una imagen triste y cruel a la vez. Luego, junto a otros tres Protectores que quedaron para vigilar el pueblo, vinieron a la casa y ayudaron a Raúl a poner candados en todas las habitaciones. Esa noche nos permitieron realizar un velatorio en el exterior, algo íntimo, siempre bajo la vigilancia atenta de sus hombres, ahora armados y autorizados a disparar a cualquiera que intentara salir de allí o incumpliera las nuevas normas de convivencia, que consistían en poco más que ser esclavos. Del trabajo a las habitaciones, día tras día, tanto para nosotros como para el resto de los ciudadanos del pueblo. En esa supuesta sociedad idílica, se impuso un golpe de Estado, donde Raúl era el máximo representante y gobernador.

—Vaya… ¿Y Dolores? ¿No apareció ni siquiera para despedir a sus amigos fallecidos? —preguntó María, casi segura de la respuesta de José.

—Dolores ya compartía mi mismo destino desde hacía días, así que supongo que estaría encerrada en su habitación, por lo que no apareció. —contestó José. —De todas formas, pasó demasiado tiempo sin volvernos a ver, tanto que ahora no parece que haya sido mucho,

pero sí lo fue.

◆◆◆

Susana despertó aún en la comisaría, junto a la puerta principal. Después de su corto, pero intenso enfrentamiento contra la mujer albina, que la había dejado bastante agotada, la subinspectora no tuvo más remedio que permitirse descansar unas horas. Al salir de la comisaría, la subinspectora entrecerró los ojos y, con su mano, creó sombra para protegerse de los intensos rayos del sol que iluminaban toda la plaza del pueblo. Era de día, sin ninguna nube o neblina que lo cubriera todo, y temprano, además. Susana supuso que había amanecido una nueva jornada, aunque en ese lugar nunca sabía cómo ocurría la transición de la noche al día. Sin embargo, prefería no darle demasiada importancia a ese pensamiento, consciente de que en tan solo un día más sus no deseadas idílicas vacaciones llegarían a su fin. Resultaba curioso como esa fecha, por alguna razón desconocida, parecía revestirse de una importancia trascendental. Un acontecimiento que determinaría su futuro y el del resto de la humanidad.

En la iluminada plaza, las tiendas estaban abiertas: la charcutería, la pescadería, una peluquería y otros establecimientos, con maniquíes estáticos que simulaban transitar por toda la plaza. Le tranquilizó ver que había menos maniquíes que en la tarde o noche anterior. Observó la noria, que permanecía inmóvil, como si descansara antes de volver a estar en servicio para los figurantes de plástico dentro de unas horas. Recordó a las chicas y, por un momento, pensó en su horrible pasado, esperando que, si estaban muertas, pudieran descansar al fin de esa terrible vida.

—Maldita sea, llegar al mundo solo para convertirse en un receptáculo de los traumas de vuestros padres… qué tristeza… —susurró afligida, negando con la cabeza.

Al observar el mapa y ver la ubicación de varios establecimientos en la plaza, incluyendo la comisaría, Susana se dirigió hacia la dirección indicada. Caminó hacia el sur y, tras recorrer unos pocos cientos de metros, se encontró con que su único camino era una antigua vía asfaltada, rodeada de un impresionante maizal dorado por los rayos del sol.

Susana echó una última mirada hacia atrás antes de adentrarse en el único camino que supuestamente la conduciría a su

destino. En ese momento no se detendría a reflexionar sobre las dementes situaciones que experimentaba en aquella extraña realidad. Al contrario, estaba decidida a aceptar cualquier situación, por más inverosímil o extravagante que fuera, con el objetivo de alcanzar su destino deseado. Sin embargo, la valentía o la determinación quizás no resultarían ser suficientes para enfrentar lo que estaba por llegar.

Al final del camino, tras avanzar más de lo que se había imaginado, y rodeada de más terrenos plantados con maíz, se alzaba una pequeña estructura que se asemejaba a una modesta estación de tren. Susana avanzó entre el alto maizal, que se erguía unos centímetros por encima de ella, dejando entrever únicamente la fachada de la estación de tren. Al subir a la acera de dicha estación, "Las Rosas", se sorprendió al percatarse de que no había bifurcación en el camino ni continuación hacia otros destinos. El sendero llegaba únicamente hasta la pequeña acera de la estación, donde se encontraba un viejo banco de madera, desgastado por el paso del tiempo y el uso, una ventana de madera con rejas metálicas que necesitaban un buen pulido, y una puerta también de madera, pintada con varias capas de un tono oscuro de verde que contrastaba extrañamente con el blanco de la pared y el maizal que lo rodeaba todo.

Susana examinó detenidamente el mapa y se percató de la presencia de una estación de tren y una vía dibujada junto al camino. La vía de tren se extendía de izquierda a derecha, abarcando todo el papel. Mientras lo miraba, advirtió de que el camino trazado en el mapa cruzaba por encima de las vías, lo que indicaba la existencia de un puente para atravesarlas. Sin embargo, el camino real en el que ella se encontraba rodeaba la estación, llegando a su fin en ese punto. Miró hacia ambos lados de la pequeña edificación, pero no había posibilidad de avanzar más lejos de la caseta sin bajar de la acera y rodearla entre el maíz. Decidió intentarlo nuevamente, pensando que no tenía nada que perder y que, si no se alejaba de la pared, no se perdería entre la dorada plantación. Susana se adentró de nuevo entre las altas ramas de maíz y, tras caminar menos de diez segundos, volvió a encontrarse en la entrada de la estación. Confusa, no comprendía por qué no había vías de tren ni continuidad en el camino. Después de sentarse en el viejo banco para meditar sobre su infortunio, Susana se sobresaltó y su corazón comenzó a latir aceleradamente, al igual que los bólidos al alcanzar más de doscientos kilómetros por hora en un circuito. Su asombro era justificado, ya que frente a ella ya no había camino. La carretera asfaltada por la que había llegado había desaparecido, dejando únicamente cientos y miles de plantas de maíz frente a ella, rodeándola. Ante ese mar de granos, solo estaban ella y

la pequeña caseta de obra. Susana estaba asustada, sin forma de regresar. Incluso pensó que, en el pueblo infestado de maniquíes inmóviles, monstruos infernales o la misteriosa mujer blanquecina, sentía una ficticia, pero extraña sensación de libertad para decidir su rumbo. Susana solo tenía una salida, y era atravesar la puerta de madera verde. Adentrarse en el vasto campo de maíz podía ser fatal. Las películas de terror han demostrado lo letales que pueden ser los campos de maíz, pensó.

La subinspectora, agobiada por la angustiosa situación y el calor que parecía aumentar paulatinamente desde que se adentró en la plantación, se despojó de su abrigo-chubasquero y se dejó caer de nuevo en el viejo banco. Después de escuchar el canto estridente de las cigarras durante un rato, Susana meditó, deseando que hubiese una forma de avanzar. Sin ánimo de levantarse y mirar por la ventana de la estación, la subinspectora decidió quedarse allí sentada, esperando una acertada revelación y finalmente poderse marchar, pero nada sucedió. Estaba exhausta, dolorida y desmotivada, pero sabía que nadie vendría en su ayuda.

—Vosotras tampoco vais a ayudarme, ¿verdad? —preguntó a sabiendas de que no obtendría respuesta de las chillonas cigarras, que acrecentaban su canto como lo hacía la temperatura. Decidió levantarse, dejando su abrigo por si alguien lo necesitara en caso de volver el frío o la lluvia, sabiendo que ella ya no lo requeriría, quizás nunca más. Limpió los sucios cristales de la ventana de la estación con la manga, lo que le permitió vislumbrar lo que parecían taquillas de venta de billetes de tren, asientos rotos dispersos por el suelo, y montones de basura y hojas arrastradas por el viento.

—No sé cómo cojones voy a salir de este lugar… a ver qué me encuentro dentro… —se dijo a sí misma, llena de temor. Susana cogió la antigua manilla de la puerta y la abrió, produciendo un chirrido característico de puertas que no han sido lubricadas en años. Una fuerte corriente de aire la obligó a protegerse el rostro para evitar que la suciedad y las hojas la golpearan, imposibilitándole la visión. Después de dar unos pasos, la puerta se cerró tras ella con un ensordecedor portazo. Susana se volvió para abrir la manilla de la puerta, pero en su lugar encontró una vieja pared cubierta de papel pintado en color aguamarina con líneas amarillas, desgarrado y envejecido, como si la puerta por la que había entrado nunca hubiera existido y ese papel hubiese estado allí durante el mismo tiempo que la estructura misma. Confundida, miró hacia el interior y encontró todo tal como lo había visto desde la ventana: sucio y abandonado. Sobre el mostrador, solo había una antigua caja registradora y papeles

ajados escritos a máquina, cubiertos de moho. Susana miró por la ventana hacia el exterior y no podía creer lo que veían sus ojos. A través del delgado vidrio, se extendía una vasta pradera con antiguas construcciones dispersas, arboladas, pequeñas plantaciones y caminos de tierra y piedra que fácilmente podrían dañar los amortiguadores de un vehículo moderno. Incluso los maniquíes, presentes en esta nueva realidad, estaban vestidos como antiguos granjeros o campesinos. Susana intentó abrir la ventana para salir, pero fue en vano. También, lo fueron los persistentes golpes con una antigua silla metálica, resultando inútiles, como si los cristales fueran de acero. A pesar de ello, no se frustró, ya que comenzaba a acostumbrarse a la extrañeza de aquel mundo en el que se encontraba. Detrás de ella, apareció una vieja puerta que, debido a los grandes huecos en ella, dejaba pasar rayos de luz. Sin dudarlo, Susana agarró el viejo pomo para abrirla, cuando de repente comenzó a escuchar unos pitidos espaciados en el tiempo. El sonido provenía de detrás del mostrador. Decidida, Susana se acercó para investigar de dónde provenían los agudos sonidos. Al apartar unas telas de banderines, telarañas y hojas secas, descubrió que el aparato era un receptor de telégrafo morse, que extrañamente estaba recibiendo un mensaje sin estar conectado a ningún cable que transmitiera señales electromagnéticas. Confundida, observó con curiosidad cómo basculaba la posición del estilete, subiendo y bajando, emitiendo pulsos con silencios más o menos prolongados que dibujaban puntos y líneas en un papel. Aunque Susana desconocía el morse y nunca le había interesado, pudo deducir que era un mensaje corto que se repetía tras largos silencios, una y otra vez. La subinspectora cogió un trozo de papel de un viejo libro, también un lapicero de carboncillo y madera, tal vez hecho artesanalmente, y escuchó atentamente para tomar nota del incesante mensaje en código morse.

"-.. . - . -. - . .-.-.-   -... .- .--- ---   - ..- ...   .--. .. . .- -.--   ..- -.   .- - .- .--- ---"

—No sé qué quiere decir, pero en efecto, el mensaje se repite una y otra vez. —dijo Susana mientras examinaba el viejo aparato, tratando de comprender por qué seguía pulsando sin estar conectado a ningún cable. Una vez lo dejó sobre el mostrador, guardó el trozo de papel con el código y buscó alguna publicación que tuviera el alfabeto para poder descifrarlo, pero no encontró ningún libro adecuado. —Joder, debería haberlo aprendido alguna vez, no es tan complicado… qué frustración, maldita sea… —murmuró Susana, mientras se encaminaba nuevamente hacia la puerta destrozada. Dejando atrás el receptor, que seguía pulsando el código del mensaje una y otra vez, Susana abrió la puerta y frente a ella solo encontró el hueco de una

escalera de obra que ascendía hacia un piso superior. Allí todo era austero, sin decoración alguna, con paredes sin pintar y un enlosado sencillo y económico. La falta de iluminación sumergía el lugar en la oscuridad, donde debería haber lámparas, había tubos estriados por los cuales debían salir los cables de alimentación. Según su parecer, esa construcción debía ser mucho más moderna y actual, como si hubiera sido necesario añadir unas escaleras a una planta superior, la cual Susana supo al instante que era inexistente debido a la forma de la estación, que era una simple y pequeña planta baja.

—Es imposible que haya unas escaleras hacia arriba en este lugar tan nefasto… no queda de otra, tendré que intentarlo… —se dijo a sí misma.

Con la linterna en mano, la subinspectora ascendió con cautela por los estrechos escalones, apenas suficientes para que pasaran dos personas juntas. Al llegar al rellano, tras solo ocho escalones, Susana iluminó hacia arriba. Otros ocho escalones la separaban de otra puerta, idéntica a la anterior, en un piso superior.

Susana dirigió la luz de la linterna hacia ambas puertas, las del primer y segundo piso, ambas exactamente iguales. Avanzó con prudencia en medio de la angustiante y absoluta oscuridad, acompañada por un silencio sepulcral que le provocó un escalofrío y le erizó la piel.

Una vez abierta la puerta, se adentró en una amplia sala iluminada, donde supuso que se impartían clases de ballet o alguna forma de danza. Era consciente de que en aquella realidad no existían límites insuperables, sin embargo, la existencia de una sala de baile en el nivel superior de una estación de tren resultaba incomprensible para ella. A su lado, la pared estaba cubierta de enormes espejos con pasamanos, para que los practicantes de danza pudieran observarse y perfeccionar su técnica. Al fondo de la sala, con un hermoso y pulido parqué, se encontraban varias cestas con material relacionado con esas actividades: pelotas, cintas, aros y barras portátiles.

La pared que se alzaba frente a Susana contaba con ventanas por las que se filtraban radiantes rayos de luz. Sin embargo, descartó la idea de salir por ellas, ya que no tenía la más mínima posibilidad de alcanzarlas. El techo era extremadamente alto, a más de tres metros del suelo, y esas ventanas estaban muy cerca de él. En esa gran sala, no había nada que pudiera ayudarla a alcanzar las ventanas.

Susana acarició el pasamanos de la barra que se extendía

hasta el fondo, junto a la fila de espejos. Fue entonces cuando recordó con nostalgia la felicidad que le había brindado practicar gimnasia rítmica ese verano, junto a varias compañeras del orfanato. Recordó que los meses de julio y agosto eran, sin duda, los mejores. El profesorado cogía vacaciones y el personal se reducía a la mitad en ambos meses. Además, aquellos que optaban por quedarse a trabajar mostraban escaso entusiasmo por hacerlo. Por este motivo, se les llevaba a centros de ocio, a costa del estado, donde otros se encargaban de sus labores, brindando a los niños la oportunidad de disfrutar de actividades entretenidas prácticamente todos los días. Susana sonrió al rememorar esos veranos, pero pronto borró la sonrisa de su rostro y dejó atrás aquellos hermosos recuerdos.

Al mirar hacia el espejo, la subinspectora no solo se vio reflejada a sí misma, sino que, al fondo de la sala, junto a las cestas de material, pudo ver decenas de cuerpos envueltos en enormes sacos de basura de color negro, encintados para evitar que se libraran de ellos. Cubiertos de pies a cabeza, algunos permanecían inmóviles mientras otros se retorcían como si el espeso plástico les impidiera respirar, asfixiándolos.

Asustada, Susana miró hacia atrás y no notó nada fuera de lo común, solo las cestas con material y un par de banquetas de madera. Volvió a fijar la mirada en el espejo y el reflejo continuaba mostrando los cuerpos envueltos en plástico. En la esquina opuesta a las cestas de material, se encontraba una puerta metálica con un gran ojo de buey. Al volver a mirar atrás, no había nada, todo estaba en orden, no había cuerpos ni puerta.

Al dirigir de nuevo su atención a los enormes espejos, Susana observó que varios de ellos, aquellos que antes permanecían inmóviles, comenzaron a presentar múltiples protuberancias en todo el torso. Parecía como si gusanos del tamaño de un puño emergieran de los cuerpos, buscando desesperadamente aire fresco.

No tuvo que meditar mucho sobre sus opciones, por lo que la subinspectora, retrocediendo mientras mantenía la mirada en el reflejo, se dirigió hacia la puerta, apresurándose antes de que cualquier cosa que estuviera dentro de los sacos saliera y la alcanzara. A medida que se alejaba del espejo, a Susana le resultaba más difícil calcular las distancias entre ella y los cuerpos, que solo existían en el reflejo.

Pero, como había advertido desde su llegada al siniestro pueblo, nada era lo que parecía. Tras tropezar con uno de ellos, sintió

el dolor de unas garras que la agarraron del pie, pero logró zafarse sin mucha dificultad gracias a su rápida reacción. Si no hubiera sido así, quizás no habría logrado liberarse de las zarpas de esa criatura.

Debido a la distancia hasta los espejos, Susana no pudo observar con claridad de qué se trataba, pero sin duda alguna, no pertenecía a su mundo real, donde todo le resultaba familiar. Se trataba de una mano huesuda y ennegrecida, seguida de un brazo igualmente oscuro y esquelético, aunque la mano era desproporcionadamente grande en comparación con el brazo. Susana sospechó que el resto de las protuberancias que intentaban liberarse de las bolsas plásticas debían ser extremidades de tamaño similar. Además, no era el único cuerpo que comenzaba a liberar miembros esqueléticos.

Susana examinó su pierna detenidamente y, aunque el panorama fuera desolador fuera del espejo, la realidad de su herida era innegable. Eran meros rasguños superficiales, pero estos confirmaron la existencia de esas criaturas y su capacidad de causarle un gran daño, o incluso algo aún más grave. Sacó la pistola que había cogido de la comisaría e intentó esquivarlas como pudo, evitándolas a toda costa.

Caminó con cautela y, antes de llegar a la puerta, presenció cómo uno de los sacos liberaba varias extremidades. En cuestión de segundos, el ser cautivo en el saco de basura logró liberarse con sus poderosas garras. Su cuerpo extraño, una amalgama de dos torsos unidos por el abdomen, presentaba dos cabezas en cada extremo. Carecía de orificios y ojos, limitándose a poseer una boca en forma de esfínter. Se apoyaba en seis extremidades humanoides, como si fuera una hormiga con fieras manos. Corriendo horrorizada y saltando entre las figuras plastificadas, Susana se apresuró para alejarse del monstruoso ser. Aterrada al ver a esa criatura acercarse con gran facilidad, la subinspectora avanzó sin dejar de mirar el reflejo, intentando esquivar los cuerpos que la separaban de la puerta.

Faltándole solo unos metros, una mano de otra forma apresada la agarró del pie, haciendo que Susana cayera al suelo, justo al lado de la puerta. Como pudo, soportó el intenso dolor de las uñas afiladas que atravesaban su piel, agarró con fuerza el arma y, apuntando al vacío, utilizando la información que le enviaba su retina desde el reflejo del espejo, supo cuándo disparar al monstruo de esqueléticas extremidades, que saltó para atraparla.

Con gran fortuna y una amplia experiencia con la pistola,

Susana consiguió matar al ser que permanecía inerte tras el disparo. Con destreza, lo apartó hacia un lado. Sacó la cizalla de su bolsa deportiva y, al notar que las cuchillas aprisionaban el fino brazo de la otra criatura que le agarraba el pie, lo cortó sin dudar, escuchando un apagado, pero doloroso chillido que provenía del interior del saco.

Se quitó la mano esquelética que atravesaba parte de su tobillo y, sin poder verla, la lanzó lejos. Como pudo, Susana, herida, abrió la puerta invisible y sin titubear, entró rápidamente en otra sala, dejando atrás los extraños cuerpos embolsados. Cerró la puerta con energía, olvidando la valiosa cizalla que la había salvado en varias ocasiones. Con el corazón acelerado, Susana intentó calmarse para examinar rápidamente la nueva habitación. Ahora se encontraba en un aula, probablemente de secundaria, ya que las sillas verdes tenían una pequeña tabla en el reposa manos derecho, a diferencia de las de infantil o primaria que suelen tener pupitres.

Aunque era de día, apenas entraba luz por las ventanas, cubiertas de viejos y amarillentos periódicos, cartones o tapas, y hojas de libros. Quienquiera que hubiera hecho eso, no tenía la menor intención de volver a utilizar esa aula, pensó Susana. Antes de avanzar, la subinspectora se quedó boquiabierta al ver que su tobillo y su pierna estaban intactos, sin ninguna herida o rasguño. Sin entender cómo se habían curado tan rápidamente, Susana aprovechó esa suerte para centrarse en esa nueva área. Apenas podía ver nada, y el aire allí dentro estaba viciado, haciéndose evidente el olor a humedad que la obligó a toser un par de veces.

Al fondo del aula, pudo intuir el gran encerado y la mesa del profesor o profesora, y junto a ellos, el típico esqueleto humano, muy común en las películas estadounidenses. Sin embargo, este pensamiento cambió cuando Susana escuchó el ruido de la tiza golpeando rápidamente la pizarra. Ágilmente, sacó la linterna de su bolsa y la apuntó hacia la fuente del ruido. Casi se le paró el corazón cuando la luz de la linterna reveló que no era un esqueleto de utilería, sino una mujer que escribía frenéticamente en el panel verde, de espaldas a ella. Sorprendida, Susana dio un paso atrás y gracias a una estantería logró mantenerse en pie, evitando caer al suelo. Sin embargo, el golpe hizo que cuatro libros de ciencias y matemáticas se precipitaran al sucio suelo.

Susana respiró agitada, temerosa de lo que esa figura femenina pudiera hacerle, pero la mujer no se inmutó. Ni el ruido del portazo, ni el tropiezo de Susana con la estantería y los libros al caer, lograron interrumpir su escritura en la pizarra. Con la escasa luz de la

linterna, Susana pudo observar que la mujer vestía pantalones vaqueros ajustados de tiro alto, zapatillas rojas con suela clara y una camiseta blanca de manga corta. Tenía el pelo liso y rubio, recogido en una coleta sencilla que se movía con gracia mientras escribía.

Después de unos segundos, Susana decidió seguir enfocando a la mujer con la linterna y guardar silencio. Pudo observar que el resto del aula estaba vacía, sin ningún peligro aparente, excepto el hedor a humedad y los hongos que cubrían prácticamente todas las paredes del lugar. Junto a la joven profesora, había una puerta de madera pintada de color azul y una cristalera opaca. Susana intuyó que debía continuar por esa puerta para avanzar en ese horrible purgatorio. Sin embargo, la compasión hacia la mujer, también atrapada en una realidad distorsionada como le sucedía a Susana, le generaría remordimientos si la abandonaba allí.

—Disculpa… no quiero molestarte. No importa lo que estés haciendo, pero quiero salir por la puerta de tu lado, ¿de acuerdo? También eres bienvenida a acompañarme, pero solo si tú quieres. —sin recibir respuesta, Susana avanzó lentamente entre las sillas del aula, sin dejar de iluminar a la joven profesora, que seguía escribiendo incansablemente. Susana pudo leer que repetidamente escribía la misma frase en la pizarra:

"*Nos lo prometió, nos lo aseguró, pero todo era mentira, ellos ya no están*"

La subinspectora pudo ver cómo la frase se superponía una sobre otra, apenas dejando ver el color verde oscuro de la pizarra.

Susana pensó que tal vez la mujer estaba atrapada en el mismo mundo que ella, pero de una manera mucho más intensa, diferente, presa de otras pesadillas vivientes. Le recordaba a la mujer del supermercado, que, aunque trastornada, también parecía estar perdida como ella.

—Soy Susana, vente conmigo, por favor. Cuantos más seamos, más posibilidades tendremos de salir de este infierno. —le dijo la subinspectora a la joven, que en ese momento dejó de escribir, pero no se volvió para mirar a Susana. Sin esperar respuesta, se adelantó, avanzó hacia la mujer del encerado y la tocó en el hombro.

—Vamos, acompáñame y ayudémonos mutuamente a salir de aquí. —al darse cuenta de que la chica no se daba la vuelta, Susana rodeó su figura para enfrentarla cara a cara. Su reacción instintiva la

llevó a cubrirse la boca para ahogar su grito de terror. Retrocedió lentamente sin apartar la mirada de la joven hasta llegar a la puerta azul. La chica carecía de ojos, nariz y boca, solo tenía sus facciones dibujadas sobre su piel y una palabra escrita en rojo en su frente:

"Debí callarme"

Sin siquiera recoger la linterna del suelo, Susana abrió la puerta con dificultad y salió del aula, estremecida y al borde del colapso por la horrenda visión. Tras el fuerte golpe al cerrar la puerta, casi sin aliento, Susana pudo observar que se encontraba en un túnel oscuro y húmedo. Al final de una larga distancia, la subinspectora alcanzó a vislumbrar un débil halo de luz que resultaba insuficiente para iluminar su entorno, aunque extrañamente ella podía percibir detalles que otros no podrían.

—Esto es repugnante… las paredes parecen tener vida propia, moviéndose a su antojo… —murmuró mientras avanzaba lentamente, intentando recuperarse de la grotesca imagen del aula. Después de dar unos pasos en dirección al lejano punto luminoso, Susana notó cómo en las paredes orgánicas, viscosas y malolientes, se encontraban dispuestos cuadros con hermosas pinturas a ambos lados. Había dos paisajes, uno mostraba un atardecer otoñal con árboles de tonos anaranjados, mientras que el otro representaba una mañana veraniega en un lago. Ambos cuadros se repetían una y otra vez. Susana no comprendía si había algún mensaje oculto en esas pinturas, pero decidió abandonar la idea y seguir adelante. Después de un rato, la subinspectora caminaba sobre una acera con farolas y fachadas de ladrillo, que se fusionaban en la parte superior del túnel, dando la impresión de encontrarse en una tranquila calle cilíndrica con múltiples bifurcaciones. Algunos de estos cruces simulaban un campo de tiro, mientras que otros parecían lugares o vías que Susana recordaba haber transitado en la realidad. Sin embargo, eso no le importaba en ese momento, ya que sabía que la salida de ese lugar se encontraba allí, donde la potente luz nacía y se acercaba cada vez más. Pero a medida que se aproximaba a lo que imaginaba que sería la salida, las paredes del túnel se transformaban en cristaleras que mostraban habitaciones, similares a los escaparates de las tiendas. Cada una de estas estancias mostraba una categoría de productos a la venta. En una de ellas se encontraban diversos ejemplares literarios, pero llamaban la atención aquellos que parecían desplazarse de forma sutil por sí solos. En otro rincón, se acumulaban computadoras y periféricos de hace aproximadamente dos décadas, con pantallazos azules intercalados entre los monitores de tubos catódicos. A medida que avanzaba, Susana se percató de que las estancias y escaparates

iban tomando un aspecto cada vez más extraño y macabro. Los cristales, sucios y enmohecidos, permitían vislumbrar escenas perturbadoras que Susana evitaba mirar, concentrándose en su camino. En algunas de estas salas se podían ver cuerpos mutilados por alguna entidad que ya no estaba presente, criaturas sin rostro, temblorosas y emitiendo profundos sonidos desde su interior. Eran lamentos envueltos en una piel que no habían elegido, seres atrapados y expuestos sin escape, condenados a permanecer en esas habitaciones eternamente. Así se sucedían una tras otra, repletas de horrores que a los ojos de Susana no eran más que almas en pena, absorbidas por el odio y la crueldad, condenadas a cargar con su sufrimiento de por vida, acompañadas por una decoración personificada que reflejaba su peor experiencia en el mundo real. Cada escaparate era más aterrador que el anterior, dejando en Susana una profunda sensación de angustia. Susana suspiró aliviada cuando notó que la secuencia de horrores estaba llegando a su fin; solo tenía que superar la última cristalera. A través de ella, pudo observar a una mujer de no más de treinta y cinco años, acurrucada en posición fetal y mirando fijamente la pared. Estaba tendida en una vieja cama de hierro junto a la cristalera. La mujer, desnuda, sucia y manchada de sangre, vomitó un par de veces en un cubo mientras Susana la observaba con pena, presenciando su sufrimiento. Resultaba confuso para Susana el hecho de que aquella desdichada mujer captara tanto su atención, pues era consciente de que aquel mundo jugaba con su realidad y que poco de lo que veía era auténtico. Además de sentir compasión por la mujer, que no dejaba de temblar, Susana encontraba cierta familiaridad en su cuerpo, cabello y marcas en la piel. La subinspectora, que había desenfundado su arma con la intención de romper el cristal, decidió guardarla de nuevo.

—No puedo arriesgarme más. Lo siento, estoy segura de que no eres quien aparentas ser… estoy convencida de que intentas jugar conmigo. —dijo mientras comenzaba a alejarse. De repente, la mujer del otro lado cogió un bisturí que se encontraba en el suelo, junto a la cama, y empezó a cortarse el abdomen. Cada incisión hacía brotar grandes cantidades de sangre que se esparcían por toda la habitación. Susana apoyó sus manos en el cristal y le gritó que se detuviera.

—¡Por Dios! ¿Qué estás haciendo? ¡Detente! —exclamó, golpeando la cristalera sin obtener respuesta. Después de varios cortes más, la mujer se levantó y se sentó de espaldas a Susana. Sosteniendo con fuerza su abdomen, cogiendo posteriormente un hilo y una aguja para coserse los cortes. Una vez terminado, se puso de pie torpemente y se volvió hacia Susana, quien permanecía paralizada y confundida ante la impactante escena. La mujer frente a ella, ensangrentada y con

múltiples suturas en el abdomen, era en realidad una imagen reflejada de sí misma. Detrás de la cristalera, la Susana desnuda, sostenía el bisturí en una mano y un pequeño trozo de carne completamente rojo en la otra, un feto ensangrentado.

Susana sacudió la cabeza en señal de negación y retrocedió torpemente, sin apartar la mirada de su otro yo. Observó cómo su alter ego depositaba el feto en el cubo donde previamente había vomitado, y guardaba las pastillas y el bisturí junto a la cama. La mujer al otro lado del cristal le sonrió con compasión, transmitiéndole que hacía lo que debía, y apoyó su mano ensangrentada en el cristal. A pesar de este gesto, Susana se mantuvo paralizada, sin lograr asimilar lo que acaba de presenciar y cómo era posible ver esa grotesca escena de sí misma.

La figura desnuda y ensangrentada de Susana se volvió hacia las sombras de la habitación y apoyó sus manos sobre una mesa metálica. En la oscuridad, un hombre completamente vestido de negro y oculto en las sombras se acercó por detrás, agarrándola con fuerza de las caderas y penetrándola con violencia, provocando que Susana se retorciera de dolor y gritara. Aunque ella no podía escuchar los gritos debido al grueso cristal que los separaba, Susana podía observar cómo su otro yo lloraba desconsoladamente, incluso llegando a comprender su dolor como si ella misma lo estuviera sufriendo. Golpeó el cristal y disparó su arma, pero sus esfuerzos fueron en vano. No pudo liberar a su doble, que una vez más repitió el proceso de vómito y extracción del feto, una y otra vez.

Después de un largo tiempo, Susana, sentada frente a la cristalera y viendo la misma escena repetirse una vez tras otra, decidió quedarse sentada, dudando si debía continuar avanzando. Lo que acababa de presenciar la dejó en estado de shock, la golpeó más fuerte que si hubiera sido ella misma quien lo viviera. Pero lo peor era el significado detrás de todo esto. ¿Existía ese significado? ¿O era simplemente el preámbulo de algo aún peor? Susana se hacía estas preguntas sin obtener ninguna respuesta.

—Si tu intención era destruirme, hacerme morder el polvo, lo has logrado con creces. Ha sido una experiencia terrible, hija de puta. Esa mujer, ya sea yo o no lo sea, está sumida en un sufrimiento incesante, una auténtica malnacida es lo que eres. Esto no es mi mente, ni mi purgatorio; este lugar es tu condenada prisión de tortura, y aquí nos tienes a todos, esperando pacientemente a que no podamos soportarlo más y nos rindamos ante tu dominio. Pero ¿sabes qué? No me iré contigo, antes me pego un tiro que acompañarte, repugnante

zorra. —dijo Susana, enojada y desesperada, sin saber cómo escapar definitivamente de allí ni qué desafíos le esperaban más adelante. Cogió nuevamente la pistola y se apuntó en la cabeza. —Sinceramente, creo que esta es la verdadera salida. —expresó la subinspectora con determinación de poner fin a su vida. De repente, escuchó voces provenientes de la luz en la lejanía del túnel. Eran dos siluetas que, a juzgar por las lejanas voces, parecían ser femeninas. Susana entonces bajó el arma y se puso en pie. Se acercaban a ella, adentrándose en el temible túnel. Susana sabía que debía detenerlas, impedir que avanzaran y se sumergieran en esa pesadilla. De pronto, la salida se bloqueó, obstruyendo la fuente de luz. Sin embargo, las dos siluetas femeninas que Susana pudo distinguir tenían sus linternas encendidas. Por lo tanto, se apresuró en su dirección con la mayor rapidez posible.

—¡Eh! ¡Deteneos y no avancéis, es peligroso! —exclamó Susana, quien podía ver claramente unos metros más adelante a pesar de la oscuridad reinante. A gran velocidad, junto a ella, pasó en dirección a las dos mujeres una figura de aspecto humanoide con un saco, aferrada al techo del túnel y emitiendo un sonido peculiar que evocó en Susana el crotoreo de una cigüeña. Detrás de esa figura, otro ser humanoide igual al anterior corría velozmente hacia las dos mujeres del fondo, quienes parecían no percatarse de nada.

—¡Agachaos, van a por vosotras! —gritó desesperadamente, pero lamentablemente, sus palabras no tuvieron mucho efecto, ya que una de las mujeres fue rápidamente atrapada por una de esas criaturas que pasó de vuelta a toda velocidad junto a ella. Pocos segundos después, escuchó una ráfaga de disparos resonar en el interior del angosto túnel, lo que la obligó a aumentar el ritmo y averiguar qué estaba sucediendo. Desde una corta distancia, fue testigo de cómo la mujer que quedaba luchaba por liberarse de la criatura que la tenía atrapada por la cabeza, y no dudó en dispararle para defenderse. Susana comprendió que tanto el monstruo como la mujer no tendrían un buen final. En ese momento, a tan solo unos metros de la grotesca y sangrienta escena, la subinspectora comenzó a sentir mareos y recordó la parte esencial, pero olvidada, para comprenderlo todo. Rememoró su ascenso a subinspectora y su nuevo destino en el grupo ZERO, a María, la inspectora, a Antonio, su compañero y binomio, y al resto de los miembros del equipo. También evocó a Gloria, una de las nuevas integrantes, y su próximo destino en Murcia. Además, recordó su aventura con Antonio, que, aunque fue mutua, ella no estaba satisfecha con la situación de estar involucrada con un hombre casado.

—Entiendo todo, creo que recuerdo casi todo… pero no

puedo recordar esto, lo que está sucediendo y cómo he llegado aquí. —se dijo Susana mientras apretaba con fuerza los ojos, debido al intenso dolor de cabeza causado por la avalancha de recuerdos que llegaban rápidamente a su cerebro. Cuando finalmente los abrió, se encontró sentada en un taburete en el baño de mujeres del metro, confusa pero no asustada, mirándote fijamente a los ojos. Para ella, tu rostro parece enorme, ocupando gran parte del baño, como si solo tu cabeza hubiera emergido en una dimensión distinta, y ese baño fuera apenas más grande que una caja de frutas, difícilmente suficiente para albergar tu cabeza.

—¿Qué hago en este lugar? Sé que no me harás daño, por muy grande que seas. No porque no tengas brazos, sino porque tus ojos no me miran de forma extraña, más bien lo hacen sorprendidos. —te dice Susana mientras dirige su mirada hacia la puerta, aunque sin intenciones de salir por el momento.

—Como todo aquí, desconozco qué eres, pero esta sensación de energía que fluye cada vez con más fuerza por mi cuerpo parece ayudarme a expandir mis sentidos mucho más allá de lo que una persona normal podría hacerlo. Y un nuevo tipo de instinto me susurra que tú conoces muchas más cosas que yo. Si me las dijeras, podrías proporcionarme una gran ayuda. ¿Por qué no lo haces? ¿Por qué me observas con la curiosidad de un biólogo estudiando a una pequeña criatura? Necesito respuestas y sé que tienes conocimiento de lo que está ocurriendo. —te dice Susana, sin escucharte hablar o pensar acerca de todo lo que le sucede. Para ella, solo eres una cara inmóvil sin gestos, cuyos ojos encubridores le insinúan que sabemos mucho más de lo que ella imagina.

—Debo ser tonta… Hablándole a una cara gigante que me observa y se burla de por qué algo tan insignificante como yo le habla… Algo en mi interior me dice que no eres como los demás, que no eres un monstruo. Pero no puedo seguir, no tengo fuerzas. Si tan solo tuviera una pequeña esperanza, algo por lo que luchar… ¿Qué hay en este punto del mapa?, en la dirección señalada, en la calle Maestro Saúl. Veo que acabas de mover tus ojos para recordarlo, sabes lo que hay allí, ¿verdad? —Susana se ha dado cuenta, gracias al movimiento de tus ojos, de que estás escudriñando en tu memoria para intentar descubrir lo que te pregunta. —Él está allí, ¿verdad? El hombre que falta en la fotografía, el dueño de esa camiseta que me entregó la joven peliblanca, la misma camiseta que le quité dentro de un vehículo… Antonio… espera, ese coche… fue después de la barbacoa, ambos nos lo pasamos genial y nos marchamos. Él iba a llevarme a casa, pero nos detuvimos en un área de descanso desierta,

nos tomamos la última cerveza y los dos nos dejamos llevar… ese coche era… ¡Una ranchera Mitsubishi de color azul eléctrico! Ahora lo recuerdo, esa ranchera era la misma que encontré en el aparcamiento del mesón la primera vez que desperté en este infernal pueblo. Maldición, tengo que volver allí, quizás haya algo que me ayude a descubrir mucho más. —Susana se encuentra abrumada por un torbellino de sensaciones. Sus recuerdos han llegado de golpe, pero están desordenados y debe ir hilándolos a medida que los va recordando. Aunque no lo creas, tú has tenido mucho que ver en esto, de alguna manera la has tranquilizado. ¿Quién hubiera imaginado que una cabeza gigante en un sucio baño de mujeres del metro ayudaría a la pobre subinspectora que estaba al borde de la locura? —No funciona, por más que me concentre en regresar, no sirve de nada… Pensaba que, al no afectarme la fotografía del dibujo de la niña albina, tal vez podría concentrarme y volver al mesón por mis propios medios… Qué ridícula, como si yo dominara este absurdo lugar… —recuérdale que a su lado hay una puerta. Sé que tú no puedes ayudarla hablando, que no tienes voz, pero mira hacia tu derecha, hacia la puerta, y ella comprenderá que debe seguir su camino para descubrir qué tiene que hacer a continuación. Hazlo antes de que se vuelva loca. Son muchas emociones juntas. —¿Qué quieres decirme? ¿Acaso ya no tengo la posibilidad de regresar al mesón? La verdad es que no tengo ningún deseo de volver a ese sitio, pero creo que necesito averiguar qué hay en esa ranchera. Tengo que volver. —Susana está ansiosa y desesperada, no debemos hacerla perder más tiempo, mira hacia la puerta. —Está bien, supongo que si insistes es porque debo seguir por aquí. Por cierto, ha sido un placer mirarte y que no intentaras matarme. —Susana sale tranquilamente por la puerta del baño y deja sobre el lavabo su fotografía, en la que aparece ella con el brazo de un hombre por su cintura. La fotografía está ahora doblada y, mientras se desdobla lentamente, a su lado aparece su compañero, el subinspector Antonio, mirándola y sonriendo.

15 – Acariciando raíces entrelazadas

Después de escuchar detenidamente la historia de José, quien se encontraba en sus últimos momentos de vida, María se levantó de nuevo y empapó una gasa para humedecer sus labios y aliviar su garganta con un poco de suero. Aunque la inspectora no solía sentir empatía hacia las personas que no estaban en su más estrecho círculo de confianza, con José era diferente. Como un niño que poco a poco se acostumbra a ir a la escuela y deja atrás sus miedos y lágrimas, la inspectora empezó a sentir una conexión emocional con José a medida que escuchaba su trágica e increíble historia. No sabía exactamente por qué, pero María creía que el deseo de José de compartir su vivencia a pesar de su inminente fallecimiento despertaba en ella sentimientos positivos como la compasión, la culpa e incluso la desolación. Esto generaba en María una conexión emocional con José que nunca había experimentado, haciéndola cuestionar la fortaleza de su propio carácter, del cual solía encumbrar.

—Gracias. —dijo José con una voz áspera y entrecortada. Era evidente que a medida que se acercaba a su inevitable final, al hombre mutilado le resultaba cada vez más arduo incluso respirar. La lucha por el aliento se intensificaba con cada instante que pasaba, revelando la evidente fragilidad de su existencia. —Con cada minuto que pasa, siento cómo la muerte me arrastra con más fuerza… No me queda demasiado, por lo que continuaré… Después de la inevitable lucha que se llevó consigo la vida de personas importantes en esa casa, el imperio de Raúl se hizo más evidente. Estableció toques de queda en todo el pueblo y reclutó a más Protectores, jóvenes perdidos que no encontraban otro propósito más que delinquir y desobedecer las normas establecidas. Eran los lacayos perfectos, pequeños rebeldes con la mente en blanco, ideales para ser llenados de absurda y adornada propaganda castrense. Todos tenían su tarea y no se les permitía salirse del guion, un programa diseñado por Raúl para expandir aún más su reino, explotando a la pobre gente, a sus cultivos y acumulando riquezas que no tenían más valor en este nuevo mundo que el excremento de caballo. Oro, vasijas y cubertería de plata, ropas ostentosas, objetos sin ningún valor, pero para él sí lo tenían. ¿Cómo podía un dictador tener menos riqueza que un simple campesino sucio y maloliente? El caso es que llenaba su vacío con esos objetos, sacrificando a aquellos que en algún momento fueron sus amigos en aras del poder absoluto. Raúl era un monstruo con ansias incontrolables de poder. Si alguna vez amó a Dolores, eso ya no le importaba, solo la quería como un trofeo para exhibir en su magnífica

habitación, solo para él. Se rumoreaba que, en sus salidas con los Protectores a las reuniones casi diarias, se acostaba con hijas o mujeres de los campesinos del pueblo a cambio de unas monedas, lo suficiente para que pudieran alimentarse durante unos días más. Maltrataba a su propio pueblo.

—Y usted, ¿cómo sabía lo que sucedía en el pueblo si no hablaba con nadie y estaba recluso en su habitación? —preguntó María, intrigada.

—Prácticamente a todas horas tenía a un tontarra siguiéndome de cerca cuando estaba fuera de mi habitación, al igual que los demás. A Raúl no le interesaba permitir otro intento de golpe de Estado. Sin embargo, cuando salía de la casa, los Protectores se relajaban un poco y la información no tardaba en llegar a Héctor, quien recibía a diario los productos de los demás productores del pueblo. Entre los despistes de los Protectores, nos intercambiábamos información unos a otros. Yo era quien lo tenía más difícil, ya que mi guardaespaldas era uno de los más eficientes, un obstáculo casi insuperable. Sin embargo, Ura se las arreglaba para coquetear un poco con él y… como dicen, la carne es débil. Así que tenía unos valiosos segundos hasta que mi Protector volvía a la realidad y me buscaba para volver a encerrarme.

—¿Y Dolores?, ¿tuviste algún encuentro también con ella? —preguntó María.

—Pues la verdad es que no. Pude encontrarme con todos, excepto con ella. Sin embargo, después de que Raúl aumentara sus ausencias en la casa y yo me torciera el tobillo al caer por las escaleras del taller, debido a que llevaba más peso del necesario, Ura, quien hacía de ayudante de Héctor, comenzó a llevarme la cena diariamente. Una noche, la joven y baja mujer dejó una bandeja de madera sobre el escritorio y me abrazó. La puerta estaba abierta, vigilada por el perpetuo Protector, quien observaba cada movimiento de la joven.

—*Tenía ganas de abrazarte.* —me susurró mientras su mirada se encontraba con la del Protector, a quien parecía notarle ciertos celos. Era comprensible, ya que esta nueva versión de Ura era sumamente provocativa y juguetona. Es posible que estuviera llevando al límite a mi carcelero, dejándolo más ardiente que el mango de una cazuela de hierro al fuego. Debía de estar frustrado y cansado de fantasear con los juegos de Ura, con cómo sería en la cama y qué podía hacerle. Sin embargo, Raúl les prohibía cualquier tipo de contacto físico hacia los residentes de la casa, a menos que

intentáramos escapar. Ura estaba a salvo y lo sabía. Utilizaba sus tácticas provocativas para informarnos al resto. Era un alivio tenerla de nuestro lado. —*No puedo hablar mucho contigo, pero… debido a tu fortuito esguince, han accedido a que te traiga la cena estos días. Ya sabes, eres una persona especial.* —me dijo, regalándome una sincera sonrisa. —*Pero eso ya lo sabes, y ella también. Que disfrutes de tu cena. Nos vemos mañana durante la comida. Recuerda, tienes suficientes alimentos para todo el día. No me permiten traerte las tres comidas. Qué fastidio, ¿verdad?* —me miró con expresión de pena y cogió mis manos. —*¿Cómo va tu pie? Lucía me ha contado que te has lesionado seriamente, pero que te recuperarás.* —preguntó preocupada por mí.

—*¡Se acabó el tiempo! Solo tenías que preguntarle si necesitaba algo más. No me hagas sacarte de ahí a la fuerza*. —dijo el Protector, manteniendo una postura firme y agarrando su fusil con ambas manos, intentando imponerse sobre nosotros.

—*¡Claro que sí, cansino! Cuando te enseño lo ajustados que me quedan los pantalones y el culito que me hacen, no te importa tanto el tiempo, ¿verdad?* —respondió Ura mientras le hacía una peineta y guiñaba un ojo, avergonzando al Protector y haciéndolo desviar la mirada.

—*¿Has visto a Dolores? ¿Cómo está? ¿Está bien? ¿Habla de mí?* —pregunté desesperado a Ura, quien me sonreía como si estuviera encantada de que le preguntara por ella.

—*Cómete el bocadillo de pollo. Te dará fuerzas, créeme. ¡Hasta mañana, corazón!* —me dijo, dándome un largo y sentido beso en la mejilla que me dejó sin palabras, y se marchó sin la posibilidad de poder despedirme. El Protector cerró la puerta con fuerza, cabreado, y colocó el candado por fuera.

—¿Le entablillaron o vendaron el tobillo? —preguntó María.

—Sí, Lucía me entablilló el tobillo… La pobre estaba destrozada, pero intentaba entretenerse en sus labores y su hijo, para no pensar tanto en Teresa. Hacía muy poco que había perdido a la persona que amaba, pero solo hablamos de mi lesión y del dolor que sentía. No quise indagar más, respeto el duelo de los demás y trato de no agregar más sufrimiento a quienes ya lo están experimentando. Opino que es necesario que el dolor se cocine a fuego lento, como una carne tan dura que solo el agua hirviendo, después de muchas horas en el fuego, pueda separarla del hueso. No me gusta la gente que obliga a hablar o indaga hasta causar más daño. Entonces, si ella no

quiso contarme nada, yo tampoco debía preguntarle. Cuando estuviera lista para hablar, sabría cómo hacerlo y con quién… Mientras tanto… después de que Ura saliera de la habitación, cogí las muletas improvisadas de madera de pino y me dirigí directamente al bocadillo de pollo. Debajo de este, en la servilleta, encontré un pequeño papel doblado. Era de Dolores.

¿Cuánto tiempo ha pasado, ¿verdad? Muchas noches y días. He sufrido tanto que a veces mi mente intenta evitar pensar en ti para no sufrir innecesariamente. Y digo innecesariamente por qué es difícil saber cuánto más estaremos recluidos en esta casa, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Pero José, vamos a intentar poner fin a esto. Raúl pasa cada vez más tiempo fuera, y tu tobillo torcido nos viene de perlas para maquinar un plan de escape, una forma de liberarnos de esta gente que nos tiene encerrados como animales en un zoológico. Te juro por Na que saldremos de aquí. Te quiero. Dolores.

—Lloré. Leí la nota una y otra vez, imaginando la dulce voz de Dolores… Aunque la nota hablaba principalmente de un plan de escape, para mí era un regalo que había estado esperando durante mucho tiempo. Volví a sentir su presencia y, por supuesto, trazaríamos un plan para acabar con ese desquiciado. Al día siguiente, cuando Ura me trajo la cena, le pasé disimuladamente una nota tras un fuerte abrazo, sin que el Protector lo notara, en la que le hacía saber que podía contar conmigo. Ese día, la nota que recibí de Dolores era un poco más breve y en ella me contaba que Ura había descubierto un punto donde desconectar las cámaras de arriba para poder salir sin ser vistos por el operador del taller, otro de los Protectores, una vez que Raúl abandonara la casa. Ura, utilizando sus encantos seductores, dormiría a ambos Protectores, el mío y el de Dolores, inyectándoles un fuerte calmante que Lucía había guardado del botiquín al que pudo acceder cuando cogió los analgésicos para mí. Aunque el plan aún tenía algunas lagunas, estaba en marcha. A través de una sucesión de notas que Ura traía y llevaba, planificamos mejor el tema de las cámaras de vigilancia. Ura las desconectaría, nos esconderíamos y luego las volveríamos a conectar, dejando al Protector encargado de ellas completamente desconcertado. Y cuando Raúl bajara, nos encargaríamos de él.

—¿Planeaban asesinarlo? —preguntó María, sorprendida.

—Ya estaba decidido y todos estaban de acuerdo. Solo faltaba que llegara el próximo día en que marchara a su reunión con la cúpula de los Protectores, que él presidía, y a su regreso, ¡zas!, muerto.

—¿No dejó al cargo a otro Protector? Duque, si no recuerdo mal. —preguntó María, pensativa.

—Exactamente. No obstante, aquel individuo era meramente un títere con habilidades persuasivas, idóneo para ocupar ese puesto. Sin embargo, en las sombras y desde una posición estratégica, Raúl era quien realmente dirigía a los Protectores. Era el dueño absoluto de todo y de todos. Sin embargo, nosotros éramos conscientes de ello, aunque eso sirviera de bien poco. Al dejar al otro inútil al mando de los Protectores, él podía llevar a cabo reuniones con otras colonias, nuevos empresarios o, mejor dicho, esclavistas, con los que entablar negociaciones para seguir exportando los recursos del pueblo y engrosar sus propios bolsillos. Así era Raúl, el tirano magnate y dictador que solo velaba por sus propios intereses.

Tras unos pocos días, llegó el momento, recibimos una advertencia del pueblo de que esa misma mañana habría una de las reuniones más importantes. Una votación para cambiar un par de leyes y, por supuesto, adulaciones al generalísimo dictador. Pero no contábamos con que Dolores asistiría a ese tipo de evento… Aun así, el plan continuaría, me lo comunicó Ura pasándome una nota bajo la puerta de la habitación. Al principio me negué, pero decidimos seguir el consejo de Dolores. Una vez que volvieran a la casa, Raúl seguiría cayendo en nuestra emboscada. Sin embargo, me seguía preocupando demasiado el hecho de que Dolores estuviera junto a ese energúmeno. Vi salir de la casa a Raúl y a Dolores, él obligándola a agarrarlo del brazo mientras caminaban rodeados por algunos de sus secuaces. Esperé a Ura durante mucho tiempo. Estaba listo para salir, mi tobillo estaba prácticamente recuperado y tenía suficiente fuerza para lo que se avecinaba, pero Ura no apareció. Cuando ya había dado por perdida la oportunidad de rebelarnos contra Raúl, escuché un ruido fuerte tras mi puerta. Me levanté, pude abrirla y vi el candado tirado en el suelo, pero no vi a nadie que pudiera haberlo quitado. Me pareció extraño, demasiado. Me apresuré a coger una de las muletas y la utilicé como arma. Bajé cautelosamente las escaleras hasta el hall de la casa, sin encontrarme a nadie, pero antes de buscar indicios de vida, ya fueran convivientes o Protectores, pude ver los cables de las cámaras que bajaban al sótano cortados. Estos eran los cables que Ura debía desconectar, pero debajo de ellos, junto a la escalera que conducía al taller, había una bandeja con mi comida, esparcidos los restos por el suelo. Algo iba mal, algo no salió como debía. Me asomé por la puerta que daba a la escalera que bajaba al taller, preparado para golpear a cualquier atacante que se cruzara en mi camino, pero estaba tan concentrado en avanzar y encontrar a Ura que no me di cuenta de que cualquier Protector podía aparecer por detrás y

detenerme. Y nuevamente, de un fuerte golpe en la cabeza, me dejaron inconsciente. No recuerdo bien cómo me despertaron, ya fuera con un golpe, un grito, no sé… pero tengo la certeza que me desperté mareado, con mucho dolor en la cabeza y atado de pies y manos a una silla. Cuando mi vista se aclaró, pude ver a mi lado a Ura, inconsciente y llena de contusiones y sangre producto de los fuertes golpes que le propinaron. Frente a mí estaba Raúl y mi fiel guardaespaldas, quien siguió las órdenes de su líder y se marchó a mi habitación a buscar las cartas que Dolores me había enviado.

—*Querido amigo…* —sonrió, pero su sonrisa escondía una ira descomunal hacia mí. —*Te preguntarás cómo descubrimos vuestro ingenioso, aunque no tan astuto plan. No ha sido muy difícil. Esta mujer fue tan descuidada que, en un intento de persuadir a mi compañero, dejó ver la nota que le habías escrito a Dolores, escondida en su escote miserable y repugnante.* —dijo elevando el tono de su voz con rabia. Me di cuenta de que leyó mi última nota dirigida a Dolores, sabía desde el día anterior lo que estábamos tramando. Estábamos acabados. —*Hice creer a los ingenuos de este pueblo que hoy sería la reunión más importante. Nuevos accionistas para el pueblo, burguesía, nuevos cambios, nuevas leyes, ¡joder! Un evento de primera categoría, y vais y os lo tragáis. Leí todas tus cartas a Dolores, por eso esta mañana mismo confiscamos el material robado de Lucía, maldita zorra… pero dejamos que Ura pensara que el plan seguía en marcha, por lo que la advertencia de que nos marchábamos era real, ¿nos viste, ¿verdad? Dos intérpretes del pueblo hicieron bien su papel haciéndose pasar por Dolores y por mí. Buen trabajo por ellos, les aumentaré las raciones.* —nos había descubierto, Raúl nos tenía en la palma de su mano y había jugado con nosotros. Estábamos muertos.

—*Señor, aquí tiene las cartas de Dolores. Solo son tres notas.* —le dijo el sabueso a su amo. Si Raúl tuvo suerte en algo, fue en encontrar a ese matón entre la basura. Un hombre que había visto la muerte tantas veces que ya no se inmutaba ante nada, un asesino, de esos que no hacen ruido y no se comportan como delincuentes de pacotilla, como los otros Protectores. Ese era un fiel soldado de Raúl, un hombre con el que había que tener cuidado.

—¿Le maltrató en algún momento de su reclusión? —preguntó María.

—Para nada, era obediente. Solo me atacaría si intentaba escapar. Su única debilidad debía de ser las partes nobles de Ura, como ya he mencionado, pero, aun así, aguantaba bien el tipo. Y como cualquier perro de presa bien entrenado, con solo una orden de

morder, mordería y fuerte. Raúl leyó las cartas que iban dirigidas a mí en ese momento, las de Dolores. Las apretó fuertemente en su mano, cerrando el puño, y me soltó un puñetazo en la cara tan fuerte que me costó mantenerme consciente.

—Matarme… con la amabilidad y consideración que he mostrado hacia vosotros… queríais matarme a mí… —decía mientras apretaba el puño con la otra mano, calentándolo para repetir la misma jugada. Quedé sorprendido cuando, en un intento de soltarme con mi brazo biónico y responder a su nuevo golpe, me di cuenta de que no podía moverlo en absoluto, estaba desconectado. Raúl leyó sin dificultad mi frustración en mi rostro. *—¿Realmente piensas que somos tan tontos, José? ¿Acaso crees que te dejaríamos atado con tu brazo para que nos reventaras la cabeza? Puede ser que incluso te ganara a pesar de esa ventaja, pero seguramente te dispararía un par de veces si viera que te pones agresivo. Por tu seguridad, hemos desconectado tu brazo para evitar que te hagas daño o que nos lo hagas a nosotros, como deseabas hacérmelo a mí.* —y nuevamente me golpeó, aunque con menos fuerza que antes, para mantenerme consciente y que sintiera dolor. *—Antes de marcharme, tú y yo vamos a tener una charla, y una vez hayamos resuelto los asuntos pendientes entre nosotros, te daré la satisfacción de elegir cómo quieres morir.* —terminó diciendo, y volvió a golpearme. La inflamación en uno de mis ojos ya no me permitía ver correctamente.

—Tú me abandonaste aquí, ¿recuerdas? Fuiste tú quien inició este odio que ahora nos consume. Saliste de ese túnel y me dejaste tirado cuando esta casa era solo un montón de cimientos. Durante años, no supe absolutamente nada de ti, Raúl. No entendí cómo pudiste dejarme aquí, huyendo con mi puto coche… —en realidad, no me importaba en absoluto todo eso, pero ya que estábamos diciéndonos verdades, esa fue la primera acción que sembró el odio en mí durante todos esos años.

—¿De qué estás hablando? Aquella noche regresamos juntos. Salimos de aquí a toda velocidad y en pocos días tú te enrolaste en el ejército, dejándonos a todos atrás. Quién sabe qué demonios te metiste aquella noche, sacándome de mi casa con historias de apariciones y fantasías infantiles. —rio mientras miraba a su lacayo, sin poder creer lo que acababa de decirle. Yo tampoco entendí a qué se refería con que nos marchamos juntos, pero no era el momento de divagar en el pasado. La conversación estaba a punto de intensificarse. *—Pero dejemos atrás los tiempos pasados, donde ni yo soy quien solía ser, ni tú tampoco, José. ¿Sabes qué? Me alegré de verte después de todos estos años, mucho, pero me di cuenta de que intentabas arrebatarme no solo mi posición en este pueblo, sino también a Dolores…* —hizo una pausa y me

miró, esperando mi respuesta.

—*Yo no intentaba arrebatarte nada, simplemente teníamos una buena conexión…* —tras tres puñetazos seguidos, su camarada tuvo que sujetarlo y separarlo de mí antes de que me matara.

—*¡Te acostaste con ella, joder! ¡Claro que hubo una conexión, y vaya conexión! Aquí soy un Dios, tengo ojos donde ni te imaginas, bocas que me susurran todo lo que sucede en cada rincón de estas malditas tierras. ¿Aún no te has dado cuenta de que intentaste arrebatarle algo a la última persona a la que debías hacerlo? No logro entender cómo no has sabido aprovechar las oportunidades que te he dado y mantener una postura neutral, no lo comprendo… Pero eso se ha acabado…* —me decía furioso hasta que lo interrumpí, balbuceando como pude.

—*Tendrás que matarme para poner fin a lo que hay entre nosotros, Raúl. Lo que existe entre Dolores y yo no se puede comparar con la miseria que has sido para ella, créeme.* —le dije, esperando el golpe final, aquel que me enviaría junto a Dios, Buda o cualquier jodida deidad que exista más allá o, en el mejor de los casos, la eterna y simple oscuridad. Sin embargo, él permaneció inmóvil, clavando su mirada en mí, con una sonrisa forzada, formando un hoyuelo en su mejilla. Era una expresión que había practicado innumerables veces frente al espejo, destinada a mostrarse en situaciones delicadas donde su imagen imperturbable debía prevalecer por encima incluso de sus propias emociones. Aquella sonrisa tenía un matiz político, un velo tras el cual ocultar su furia contenida. El otro Protector lo observaba, preparado para actuar como lo había hecho hace un momento, pero Raúl decidió que no era el momento. Era hora de atacar como yo acababa de hacer, con palabras, con una bomba informativa que realmente causara daño.

—*¡Hey!, vigila la entrada y déjanos a solas.* —le ordenó seriamente al Protector, quien no dudó en subir las escaleras y esperar arriba. —*La base de una relación sentimental sólida es la confianza, y me he dado cuenta de que Dolores te ocultó parte de nuestra relación, ¿verdad? Pero déjame revelarte algo aún más profundo. Nuestra historia es mucho más extensa de lo que imaginas. Solo conoces una pequeña parte de lo que hemos construido juntos. Seré compasivo contigo y compartiré nuestro más preciado secreto, solo contigo, viejo amigo, para que puedas partir sin mentiras.* —miró a Ura para asegurarse de que seguía inconsciente. —*No podrás negar que soy generoso. Ambos me habéis traicionado, pero a ti te regalo nuestra historia más íntima, y a ella la libero de la culpa de ocultarte la realidad. ¿Estás preparado? Quiero que sepas que Dolores y yo concebimos una niña…* —eso no podía ser

verdad. Ella nunca me lo mencionó, pero tampoco tenía sentido que Raúl me lo revelara sabiendo que me mataría después. Me quedé atónito… *—Una pequeña que vive en esta casa con nosotros.* —debía de ser la silueta infantil que vi en la ventana aquella noche, la noche en la que murió la primera Ura en la piscina. Esa niña estaba en la habitación de los símbolos. De repente, todo cobró sentido. Lo que experimenté aquel día no fue un sueño. *—En unos pocos años, los tres juntos seremos imparables. Podría darte mil detalles sobre ella: su nombre, edad, cómo es… Pero con esto creo que comprendes que, para Dolores, solo has sido una distracción, un juguete con el que pasar el rato. Solo le has causado daño a nuestra familia.* —sus palabras ya no me importaban. Dolores y él tenían una hija. No sentía rabia, solo confusión. No entendía por qué Dolores me ocultaría algo así. Sabía de todo corazón que me amaba, que quería acabar con ese monstruo, pero no comprendía por qué me mantuvo oculto ese detalle. Sin embargo, ya no importaba. Mi destino estaba sellado para ese mismo día. *—Además, dudo que Dolores vuelva a ser la misma. Conmigo, ya no lo es. Tengo miedo de que le haga daño a nuestra hija. La has influenciado, la has cambiado. Incluso estoy considerando matarla a ella también. Pero, al fin y al cabo, nunca lo sabrás.* —cogió el walkie-talkie para comunicarse con su compañero. Había terminado su charla conmigo y mi muerte estaba próxima.

—Por favor, mátame a mí, pero no le hagas nada a ella. —le supliqué por Dolores, pero me ignoró por completo. Estaba acabado.

—¿Puedes bajar?, cambio. —le dijo al Protector que estaba arriba a través del walkie-talkie, pero no hubo respuesta. Raúl se sintió confundido durante unos segundos debido a la falta de contestación de su leal compañero. Sin embargo, confió en que sería difícil para nosotros liberarnos mientras él subía a investigar. Nervioso, agarró su revólver y subió rápidamente las escaleras. Mientras él estaba ausente, intenté despertar a Ura a gritos, pero fue inútil, al igual que intentar liberarme con mi brazo inservible. Después de unos momentos tratando de escapar, escuché gritos provenientes de dos hombres forcejeando, seguidos de un disparo, probablemente del revólver. Tras un largo silencio, escuché los fuertes pasos de alguien que descendía hacia nosotros, de forma lenta pero decidida. Recuerdo ese momento con miedo, rezando en silencio para que nadie más hubiera muerto y para que Raúl reconsiderara el futuro de Ura y el mío. No quería morir y dejar a Dolores sufriendo los horrores de un hombre corrompido por el poder.

—Que Na me perdone, pero he tenido que limpiar esta casa, exterminando cucaracha por cucaracha para poder salvaros. —dijo

Héctor, armado con el revólver de Raúl y con un brazo gravemente herido.

—Me alegra verte, joder. ¿Estás bien? Y tu brazo… —le pregunté aliviado al verlo aparecer.

—Es solo un rasguño que me hizo una de esas inútiles sanguijuelas. Me recuperaré, no te preocupes. —me tranquilizó mientras me desataba. Sin embargo, su brazo, herido probablemente por un arma blanca, no parecía estar en buenas condiciones según mi criterio no profesional. Incluso tenía parte del músculo colgando. *—Pero como recompensa, conseguí este impresionante revólver. Cógelo mientras libero a Ura. Veo que tú apenas puedes mover el tuyo, incluso menos que yo* —me indicó mientras señalaba mi inútil brazo biónico.

—¿Y Raúl?, ¿te lo has cargado? —le pregunté, sabiendo cuál sería su respuesta, preparándome para subir a por él.

—Ese es el peor de todos, el rey de las cucarachas, y lamentablemente logró escapar. Sin embargo, durante el forcejeo logré pegarle un par de veces, lo cual seguramente lo habrá dejado aturdido. —sonrió y me guiñó un ojo. *—Él sabe que os estoy liberando, así que corre y ayuda a Dolores antes de que sea demasiado tarde. Yo me encargaré de Ura, no te preocupes.* —asentí con la cabeza y me apresuré hacia la habitación de Raúl y Dolores, encontrándome con varios de los Protectores que Héctor había neutralizado a mi paso. Algunos estaban inconscientes y atados, mientras que otros yacían muertos, probablemente por oponer resistencia al gigantesco cocinero. Jamás imaginé que ese hombre fuera capaz de asesinar a alguien, pero impuso su propia moral para salvarnos y me alegra que lo hiciera. Es complicado encontrar palabras que describan adecuadamente la bondad que demostró hacia aquellos que apreciaba.

La puerta de la habitación estaba entreabierta, y al entrar primero con mi brazo biónico en posición de protección, pude darme cuenta de que no había nadie allí. Se habían llevado a Dolores de la habitación. Desesperado, recorrí toda la planta de las habitaciones en busca de ellos. Pasé también por mi cuarto, encontrándolo completamente revuelto, dado que habían rebuscado para encontrar las notas que me envió Dolores. Y cuando pasé frente a la habitación de Lucía, pude escuchar voces, una de ellas muy reconocible: la de Jacinta.

—Jacinta, ¿estáis bien?, ¿podéis abrirme? —pregunté tras golpear la puerta un par de veces. Tras unos segundos de silencio, la mujer me abrió.

—Menos mal… Héctor nos dijo que nos escondiéramos, que iba a rescataros. Perdona lo que te dije… —la interrumpí, no había tiempo para charlas y menos para disculpas sobre quién o qué tenía razón en una cena de hacía varias semanas. En la habitación estaban Jacinta, al natural, sin maquillaje ni ropas elegantes, Lucía abrazando al pequeño Lucas, quien jugaba con un coche de madera tallado por el difunto Matías, y mi incansable Protector encargado de mi custodia, cuyo nombre desconocía. Estaba maniatado a una silla con cinta americana que le tapaba los ojos y la boca, y por lo que pude ver, Héctor se había encargado de dejarle las cosas bien claras, según pude apreciar en su rostro.

—Jacinta, también me alegro de veros. No hay nada que perdonar. ¿Estáis bien? —pregunté retóricamente, ya que aparte de estar asustados, estaban a salvo y sin heridas. *—¿Sabéis dónde ha podido haber llevado Raúl a Dolores? ¿Ha pasado por aquí ese malnacido? ¿Los habéis escuchado?* —pregunté con celeridad, para no perder ni un segundo más.

—No, por aquí no han pasado. Pero iremos contigo y te ayudaremos a encontrarla. ¿Héctor y Ura… —volví a interrumpirla.

—Sí, Héctor está con ella, pero es peligroso salir a buscarlos. Seguramente vendrá él a traerla. Y no, vosotros no vendréis conmigo, os quedaréis aquí a salvo. —les dije decidido.

—Jacinta, quédate con Lucas. —Jacinta asintió y se sentó junto al pequeño. *—No puedes ir solo, por mucho que lleves eso.* —dijo Lucía señalando al revólver. *—Tienes un brazo que no sirve para nada, no puedes arriesgarte a morir. Si vamos los dos, tendremos más posibilidades de acabar con ese maldito psicópata.* —entendí perfectamente la rabia que tenía guardada tras la muerte de Teresa.

—Está bien. No abráis la puerta a nadie, no sabemos si queda algún Protector escondido por ahí. ¡Vámonos! —después de cerrar la puerta, Lucía y yo buscamos por toda la casa, pero no dimos con ellos. No pasaron ni tres minutos cuando Lucía me gritó desde la parte delantera de la casa, afuera, mirando hacia el tejado. Al salir, mi corazón se aceleró. Raúl y Dolores estaban en el tejado, justo al lado de la cornisa. Raúl sujetaba a Dolores por un brazo, ella estaba malherida y nos miraba asustada, suplicando ayuda con la mirada ante los gritos desesperados de Raúl, quien sabía que esa sería su última oportunidad de salir ileso de esa angustiosa situación.

—¡Esta perra infiel no merece otra cosa que ser sacrificada!

¡Tanto ella como tú merecéis una muerte inminente por no cumplir con los escritos de Na! —gritaba Raúl, repitiendo una y otra vez frases relacionadas con la traición y Na, insultando y amenazando con empujar y soltar a Dolores al vacío.

—*¡Suéltala, maldito desgraciado!* —le grité desesperado, paralizado sin saber qué hacer. Sin pensar en las consecuencias, corrí hacia la casa decidido a arrebatarle a la mujer que amaba. Recordé cómo subir al tejado, ya que Rubén me enseñó poco después de instalarme en la casa, las placas solares que él mismo instaló. Una vez llegué a las escaleras, subí con dificultad, puesto que solo tenía un brazo en perfectas condiciones. Llegué hasta donde estaban los dos y me alegré de que Raúl no hubiera lanzado a Dolores después de mi arriesgada decisión de subir. Sin embargo, comprendí que Raúl debía estar luchando internamente con la decisión de matarla. Aun así, sus argumentos se volvían cada vez más religiosos y parecía convencerse de que al matarnos a ambos, acabaría con el mal y su propio dolor. A partir de ese momento, debía tener mucho cuidado.

—*Raúl, no seas estúpido. Sé que no eres así. No quieres matarla. Vamos, suéltala.* —intenté persuadirlo, manteniendo la calma y con el revólver guardado en el bolsillo del pantalón.

—*No lo comprendes. Ambos me habéis traicionado. Los dos merecéis morir. Habéis traicionado la fe, nuestros escritos, a Na. Nos habéis traicionado a todos.* —seguía utilizando la religión como escudo para justificar su decisión.

—*Tú has creado esta situación, Raúl. Has hecho que la gente te tema, te odie, y nos has llevado a esta locura. Pero todo puede cambiar. Deja que ella se vaya y terminemos con esta barbarie. Evitemos más muertes innecesarias.* —le dije, esperando una respuesta mientras debatía en silencio qué hacer y buscando la mejor opción. Mientras tanto, miré a Dolores e intenté transmitirle serenidad y confianza, haciéndole saber que todo saldría bien, aunque no estaba seguro de ello. Estaba asustada y agotada después de la paliza que Raúl le había dado al enterarse de todo, y apenas se mantenía en pie. Poco podía hacer ante la fuerza de esa bestia.

—*Dame la pistola. Si me das, la dejaré marchar.* —me dijo firmemente. Raúl ya había terminado su batalla interna y se mostraba seguro, pero yo no sabía qué parte de él había ganado. Aun así, acepté el trato sabiendo que me estaba arriesgando.

—*Suéltala primero y te daré la pistola, lo juro. Te dejaré*

marchar, Raúl. —intenté persuadirlo, pero no funcionó.

—*¿Crees que soy imbécil? Tienes más que perder que yo.* —zarandeó a Dolores para mostrarme lo que le podría ocurrir si la soltaba, recordándome que la persona que amaba estaba en sus manos. Saqué lentamente el revólver y se lo mostré mientras lo sujetaba por la empuñadura. Me agaché y lo lancé por las tejas, hasta que el arma se detuvo bajo su bota. Recuerdo sus ojos fríos e inexpresivos, y su sonrisa, como la de un niño que se dispone a jugar su mejor carta en una partida. Pero yo ya estaba preparado, apoyando cuidadosamente uno de mis pies en el filo de dos tejas para impulsarme y tener suerte de poder atrapar a la desdichada Dolores. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, la soltó para dejarla caer. No hizo falta más que un leve empujón para que me impulsara y, tras resbalar bruscamente por las resbaladizas tejas, logré agarrarme a la canaleta de agua con la gran suerte de que Dolores pudo sujetarse a mi inactivo brazo biónico. Si hubiera tardado medio segundo más, Dolores estaría muerta o gravemente herida dos pisos más abajo, junto al porche de la casa. Mi brazo aguantó perfectamente el peso de Dolores, pero que la canaleta soportara el peso de los dos era otra historia. Comenzaba a doblarse y los pernos que la sostenían podrían salirse en cualquier momento. Raúl era consciente de que yo intentaría salvarla, pero no podía predecir que lo lograría. Aun así, seguía dominando la situación. Él iba armado y nosotros estábamos a segundos de caer sobre las hermosas piedras adoquinadas que decoraban la entrada de la casa. En ese momento, Raúl se agachó cerca de mí y me susurró en voz baja para que Dolores no escuchara.

—*Será una caída dolorosa, pero quizás no mortal si caes encima de esa puta. Piénsalo.* —dijo mientras se erguía y me sonreía. Intenté mirarlo a la cara, odiándolo infinitamente, pero me cayó sangre en los ojos y solo veía tonos rojizos. Sin embargo, por el sonido de los gorgoteos y el ruido del aire tratando de salir de su garganta, comprendí que a Raúl lo habían degollado sin ningún remordimiento.

◆◆◆

Tras salir del baño del metro, Susana protegió su cabeza del resplandor exterior, cubriéndola con el brazo. Una vez acostumbrada, pudo apreciar que se encontraba en una zona residencial repleta de adosados idénticos, uno junto al otro. Sin necesidad de consultar el mapa, Susana leyó en la placa de la calle, ubicada en el adosado de la esquina, el nombre:

"CALLE MAESTRO SAÚL"

—Perfecto, solo me falta encontrar el número 37. —se dijo mientras sacaba las llaves de la bolsa deportiva. A partir de la numeración de las viviendas, Susana dedujo que debía caminar hacia el final de la calle hasta encontrar su objetivo. La subinspectora se sentía tranquila y disfrutó de la impecable apariencia de esa zona residencial, donde reinaba la calma, sin ruidos ni alboroto de peatones o vehículos, solo el canto de aves y el suave susurro del viento entre las hojas anaranjadas de los árboles que adornaban las aceras. Los adosados, construidos con materiales de primera calidad, estaban cuidadosamente decorados por sus supuestos propietarios, lo que les confería un ambiente hogareño. Sin embargo, Susana era consciente de que nada de lo que sucedía allí era real. Mientras caminaba con serenidad, evitó pensar en lo que encontraría al otro lado de la puerta de esa casa, simplemente deseaba disfrutar de la paz que la envolvía en ese instante, una paz que anhelaba encontrar al abandonar ese mundo, algo que empezaba a considerar inimaginable.

—Aquí está, número 37. Creía que me resultaría familiar, pero no, no recuerdo esta casa. —pronunció en voz alta. Susana insertó la llave y se sorprendió al comprobar que encajaba perfectamente. Aunque el miedo volvió a apoderarse de ella como si se activara un interruptor, la subinspectora estaba decidida a entrar, así que giró la llave y abrió la puerta con cuidado. Una vez dentro, Susana se percató de que, junto a la entrada, había un recibidor de madera repleto de velas aromáticas encendidas, que creaban un manto irregular de cera derretida y solidificada con gotas multicolores que embellecían el mueble. La cantidad de velas que se habían consumido para producir esa capa era sorprendente. Pasaron unos segundos antes de que Susana se acostumbrara a la intensa mezcla de aromas de las velas, que ocultaban un desagradable hedor a putrefacción o descomposición de alimentos. Frente a ella, se alzaban las escaleras que conducían al primer piso, también adornadas con velas aromáticas de distintos colores y tamaños en cada escalón. A su lado, se encontraba el espacioso salón-comedor, con dos sofás, un gran mueble y una televisión, y junto a este, una mesa con cuatro sillas. Al fondo, Susana pudo divisar una puerta cerrada, que supuso que sería la cocina. Todas las superficies visibles estaban cubiertas de velas encendidas. Susana nunca había presenciado algo similar, pero dado que no se encontraba en lo que consideraba su mundo real en ese momento, tampoco le sorprendió en exceso, simplemente le llamó la atención y la mantuvo alerta. La casa estaba en completo desorden, con ropa esparcida por todas partes, en su mayoría perteneciente a mujeres, productos de limpieza, zapatos, revistas y comida rápida

desparramada por el suelo y los sofás. A Susana le dio la impresión de que a la persona o personas que habitaban allí no les importaba en absoluto el estado de la vivienda, como si estuvieran de paso, como si no fuera su hogar.

—Aquí hay demasiadas velas, más de las que se podrían encontrar en una iglesia. Aunque sean aromáticas, no lograrán enmascarar el desagradable olor que impregna este lugar. Es como si intentaran ocultar la mierda bajo la alfombra… —murmuró en voz baja mientras examinaba detenidamente cada rincón de la planta baja. La subinspectora se percató de que, en la esquina de la chimenea del salón-comedor, había un recipiente metálico manchado de hollín y cenizas, junto a un par de juguetes de plástico medio derretidos. Susana se agachó y, con cuidado, utilizó una pala metálica para escarbar entre las cenizas grises. Pronto descubrió varios huesos rotos de un animal de tamaño similar al de un pequeño perro o gato. Al seguir escarbando, un marco de cristal cayó al suelo desde la repisa de la chimenea, rompiéndose en pedazos al impactar contra el suelo. Susana, quien no se había percatado de la presencia de la fotografía en la repisa, cogió la instantánea y, al darle la vuelta, descubrió que se trataba de un gato atigrado con tonos pardos, posando con una expresión de felicidad gatuna en un peldaño de las escaleras del adosado.

—Descansa en paz, pequeño. Ojalá hubieras tenido un destino mejor que este. —dijo Susana mientras dejaba la foto y el collar, que había sacado de su macuto, sobre los restos del animal.

—¡¿Has llegado ya?! —resonó una voz femenina proveniente de la planta superior. Susana se sobresaltó, pero manteniendo la calma, se giró y se dirigió hacia las escaleras.

—¡Disculpe! Soy la subinspectora Susana Hernández y estoy aquí porque encontré las llaves de su casa por casualidad. —Susana mintió. Sabía que tenía que estar allí para descubrir qué estaba ocurriendo en esa casa, y el gato incinerado en la chimenea no parecía ser una coincidencia. —Si no le importa, voy a subir. —dijo con la intención de hacerlo, pero se quedó inmóvil ante la sorpresa de ver a la mujer al final de las escaleras. Era una mujer de cabello rubio, semidesnuda y lo poco que vestía, era lencería de encaje. La mujer, que debía de estar cerca del medio siglo, tenía el maquillaje corrido como si hubiera estado llorando durante horas, además, tenía la cara inflamada y se notaban cicatrices visibles de las múltiples operaciones a las que se había sometido. Sus labios eran excesivamente grandes y estaban pintados de manera tosca en un tono carmesí. Sus pómulos

mostraban enrojecimiento debido a la inflamación, revelando la presencia de silicona debajo de la piel. Sus ojos estaban enrojecidos por las recientes intervenciones y se veían entre cerrados debido a la presión ejercida por sus cejas, infladas por inyecciones de ácido hialurónico. Su cuerpo, al igual que su rostro, había sufrido múltiples transformaciones plásticas, pero de una manera tan poco sutil que parecía sacada de una película cómica de terror de serie B. Ambas mujeres se miraron en silencio durante unos segundos, solo interrumpidos por el sonido del sorbo que la mujer dio a través de una pajita a su batido proteico. Si no fuera por el color de sus uñas y su elegante alianza con un bonito rubí, Susana no hubiera adivinado de quién se trataba. Aquella mujer transformada frente a ella había sido, en su día, la hermosa y elegante mujer que Antonio le presentó en el centro comercial, de la cual él se estaba separando, según le había dicho. Susana pudo recordarla sin que esta vez le doliera la cabeza; quizás debido al enfado que sintió al descubrir que fue ella quien asesinó al pobre gato. Aquellas manos, la pintura de uñas y la alianza repleta de runas y una piedrecita, eran las mismas que había visto en su visión. Aquella mujer de dedos largos y finos envenenó al pobre animal y después lo arrojó al fuego. —Ahora lo recuerdo… —dijo en voz baja mientras las imágenes guardadas en su mente se revelaban rápidamente. Susana recordó que el gato fue un regalo que le había dado a Antonio. Recordó que él le había dicho que les encantaría, pero no recordaba a quién o a quiénes se refería. ¿Sería para toda la familia? Lo dudaba. ¿A sus hijas?, tiene más sentido. Susana intentaba encontrar una respuesta lógica que la llevara a razonar el porqué de su regalo de cuatro patas. Lo que sí recordaba es que aquel día, mientras él terminaba de redactar un informe, Susana adoptó al felino en un refugio cercano a la comisaría. Más tarde, le entregaría al pequeño animal junto con una pequeña tarta congelada. —Fui yo quien compró al animal, pero todavía no sé por qué lo hice. No quiero interferir en nada… pero no entiendo por qué lo mataste. Si no lo querías, podrías habérselo dicho a Antonio, él me lo habría devuelto. Os lo regalé, seguramente para quedar bien, por… no sé… tal vez porque temías que Antonio olvidara el cumpleaños de vuestras hijas y me adelanté para que no fuera con las manos vacías, no lo recuerdo con certeza. Lo que no logro comprender es por qué lo mataste. —le dijo Susana, quien intentaba entender y recordar lo sucedido para poder comprender qué hacía allí, frente a la mujer de Antonio, que seguía bebiendo su batido, mirándola fijamente.

—¿Has venido con la intención de follar conmigo o simplemente vienes a ducharte para luego irte con alguna de esas frescas del coño que tienes por ahí? —le preguntó a Susana, quien la

miraba confundida y sorprendida. —¿Vas a responderme o qué? ¿Acaso no te agrada mi nuevo atuendo? Deberías saber que he invertido una gran cantidad de dinero en este sujetador, dinero que proviene de tu bolsillo, para satisfacerte. Igual que estos nuevos implantes mamarios, los cuales ni siquiera has tenido la cortesía de tocar, desgraciado. —continuaba diciendo la mujer. Susana comprendió que esas palabras no iban dirigidas hacia ella, sino hacia Antonio.

—Discúlpame, pero creo que estás equivocada. No soy la persona que supones que soy. —intentó hacerle entender Susana, quien pensó que tal vez estaba viviendo una realidad muy distinta a la que consideraba normal.

—Déjate de excusas, para mí ya no tienes ningún valor… es mentira… Aunque aún te amo, he encontrado formas de distraerme para intentar olvidarte. Ven, te lo mostraré. —la mujer esbozó una sonrisa un tanto perversa, dificultada por sus múltiples operaciones, y se alejó por el pasillo de la planta superior hasta desaparecer de la vista de la subinspectora.

—¡Espera! —gritó Susana en vano. Subió rápidamente los escalones y, al llegar arriba y girar hacia la dirección que había tomado la mujer, pudo ver de reojo una figura oscura de unos treinta centímetros adentrándose con elegancia en la oscura habitación que se encontraba a solo unos metros de distancia. Sin dudarlo, Susana se giró rápidamente para observar al animal, pero la puerta entreabierta solo revelaba una absoluta oscuridad. Susana se esforzó por distinguir alguna forma en esa habitación oscura, pero la claridad proveniente del pasillo, iluminado por un tragaluz en lo alto, dificultaba la visión de cualquier figura u objeto en su interior. Sin embargo, tras observar detenidamente durante unos segundos más, logró captar el reflejo de la luz en los ojos del animal, confirmando así que era un gato.

—Pobre animalito… Por fin eres libre, pequeño felino… —dijo en voz baja, sonriendo al interpretar que su visión era la de Ron, el gato con el collar rojo que fue incinerado en la chimenea del piso inferior. Sin embargo, su expresión cambió drásticamente al escuchar los murmullos juveniles de dos personas que presumían haber atrapado al gato. Eran dos chicas con voces agudas y entrecortadas, nada naturales para los oídos de Susana. La subinspectora se aferró a la barandilla y se cubrió la boca para evitar gritar al escuchar los aterradores alaridos y los desgarradores sonidos que provenían del pobre animal. Los gritos no cesaron hasta que la puerta se cerró con fuerza y unas cadenas la envolvieron, siendo aseguradas con un gran

candado.

—Se han comido al gato… —murmuró entre sollozos. —Esas niñas lo han despellejado y lo están devorando como salvajes. —Susana permaneció inmóvil, escuchando las voces que se encontraban tras la puerta, gritándose como aves de rapiña que se disputan un trozo de carne podrida.

—¿Vas a acompañarme o no te interesa saber cómo he logrado resolver nuestros problemas, mi amor? —dijo la mujer operada, que se encontraba en lo que parecía ser la habitación de matrimonio. Susana se acercó lentamente a la habitación, intentando reponerse lo antes posible después de presenciar cómo destrozaban cruelmente al felino. Susana quiso pensar que eran simplemente visiones, como tantas otras, que intentaban atormentarla y frenar su progreso. Estaba decidida a no dejarse amedrentar más, aunque su fortaleza mental ya se encontraba muy debilitada. Al entrar en la habitación de matrimonio, que estaba en peores condiciones que las habitaciones que se muestran en los programas de televisión, donde expertos ayudan a personas con síndrome de Diógenes o problemas de acaparamiento, Susana percibió un fuerte olor que opacaba la fragancia de las velas aromáticas. Al igual que el resto de la casa, todo estaba lleno de comida basura, envases desechados, folletos de moda y de cirugías plásticas, y también ropa femenina, especialmente lencería. El desorden era tal que la cama estaba sepultada bajo tanta basura y ropa que resultaba invisible. Justo al lado de la puerta de entrada se encontraba el baño, y la mujer, de espaldas a Susana, encendió un par de velas que estaban apagadas. El baño parecía más una capilla que un simple aseo, con velas encendidas como si se rezara a una virgen o a un santo.

—He hecho todo esto por ti, incluso lo que estás a punto de presenciar, lo hago porque quiero que seas feliz. Mi cuerpo ya no te agrada y prefieres el de otras putitas jóvenes con piel más tersa, más cariñosas y aduladoras. Lo que te gustaba de mí… niñas a las que puedes manipular a tu antojo, que no te recriminan las atrocidades que cometes, desgraciado. Pero hasta aquí he llegado, no puedo seguir sufriendo por ti, ¿entiendes? Así que no me detengas… —dijo la mujer entre lágrimas, sosteniendo el encendedor en la mano, aún encendido, como si intuyera que alguna otra vela podría apagarse en cualquier momento y ella necesitara encenderla de inmediato.

—Ya te he dicho que no soy Antonio… Pero si necesitas ayuda, ven conmigo y solucionemos esto. —tras sus palabras, Susana sintió una punzada en la cabeza, un mal presagio que la advirtió de

que algo ocurriría en breve. Por eso, le arrebató rápidamente el encendedor de la mano, evitando así una desgracia mayor que su propia existencia. Sin embargo, la mujer rio y abrió la cortina de la bañera. Susana, acostumbrada por su profesión a ver cuerpos mutilados o descompuestos, no se sorprendió tanto como lo haría cualquier otra persona al ver a un hombre muerto sumergido en la bañera.

—Este es mi nuevo amigo, es encantador, ¿verdad? Él nunca habla mal de mí y siempre está a mi lado cuando lo necesito. Además, él es atractivo y tiene una figura perfecta, a diferencia de ti. No logro comprender qué les atrae a esas mujeres de ti. Te estás volviendo mayor, pero no en el buen sentido. No mereces a una mujer como yo. —dijo la mujer mientras acariciaba el cabello largo y claro del hombre difunto, tratando de sacar del fondo de la bañera solo su cabeza, dejando sumergido el resto del cuerpo blanquecino e hinchado debido a los días que llevaba muerto. Este yacía sumergido en un líquido amarillento en la amplia bañera de hidromasaje. Susana se dio cuenta de que la causa de la muerte probablemente fuera un degollamiento, ya que la zona del cuello inflado, justo debajo de la barbilla, estaba cosido.

—Dios mío… ¿Eso es formol? Tienes a un hombre muerto en estado de descomposición sumergido en formol… Bueno, no pensemos en ello… Vamos, ven conmigo y resolveremos esto, pero vámonos fuera de este lugar. —dijo Susana, intentando convencerla de que dejara el cadáver y se marchara con ella.

—No voy a volver contigo, desgraciado. No permitiré que arruines nuestras vidas, ni las de las niñas ni la mía. Él nos protegerá, y nos iremos de aquí sin tu ayuda, para siempre. No podrás encontrarnos. Permíteme vivir mi vida y olvídate de mí de una vez. —dijo la mujer, con los ojos enrojecidos, con lágrimas de dolor y sufrimiento que necesitaba mostrarle a Antonio, aunque él no fuera la persona presente. Sin soltar la cara del hombre de cabello largo, la mujer se deslizó y se introdujo en la bañera con él. Con su pierna, mojada en lo que parecía formol, según lo percibió la subinspectora, empujó algunas de las velas que estaban en el borde de la bañera de hidromasaje hacia el líquido, provocando un incendio desproporcionado, incluso más grande de lo que Susana había imaginado que podría ocurrir con ese líquido. La subinspectora, incapaz de evitar la desgracia, se quedó inmóvil observando cómo la mujer abrazaba con fuerza al hombre muerto mientras ambos ardían junto con el resto de la habitación. De entre las llamas, un humo suave y rosado se introdujo en las vías respiratorias de Susana, al igual que

en la noria o en el matadero. No sabía qué era ese humo, pero no sentía que fuera dañino, sino todo lo contrario. Experimentó una sensación de fuerza y aliento en ese momento.

Antes de que las llamas se extendieran más allá del baño, Susana pensó en la pobre mujer, tratando de comprender el terrible sufrimiento que debió experimentar. Sin embargo, en ese momento de locura, se liberó de las cadenas emocionales que la ataban a los sentimientos de abandono causados por el que era su marido. Aun así, Susana sabía que esa realidad estaba distorsionada y que nunca podría haber ocurrido algo tan terrible como lo que había vivido esa familia, ni creía que un hombre como Antonio pudiera ser tan malvado como para hacerle algo así a otra persona. El ser con forma de mujer albina quería que Susana sufriera, que se alejara de sus sueños y del amor que sentía. Estaba claro que utilizaría todas sus armas para acabar con ella, pensaba Susana, intentando convencerse de que todo lo que estaba viviendo no era más que una simple obra de teatro ficticia, cuyo objetivo era convencerla de que su vida era una mentira llena de demonios.

Sin perder más tiempo, se apresuró a abandonar la casa, pero antes echó otra mirada a la habitación encadenada. Antes de que el fuego se apoderara de todo, Susana volvió a sentir un ligero dolor punzante en la cabeza. Sin embargo, esta vez no era una premonición de algo malo, sino de la posibilidad de enfrentarse a algo que antes le hubiera resultado imposible. Sin saber por qué, levantó lentamente la mano y señaló el candado que unía los extremos de la gruesa cadena. Se concentró hasta calentar el hierro, haciéndolo retorcerse y romperse en varios pedazos, haciendo que parte de la cadena cayera al suelo. Susana, exhausta por el esfuerzo, notó cómo un humo casi translúcido salía de sus lagrimales, como si fuera una máquina que se sobrecalienta después de un gran esfuerzo. Incrédula, sonrió y miró su mano, que también emitía una leve humareda a través de los diminutos poros de su piel.

—Increíble. No todo iban a ser desgracias en este mundo de pesadilla. Teme mi presencia, Superman, porque la nueva heroína ha llegado. —bromeó tras descubrir que podía concentrar su fuerza en un objeto distante. —Sin embargo, entiendo que esto será limitado. El humo indica que he perdido parte del que había inhalado anteriormente, pero… ¿cómo saberlo? No debería malgastarlo, por si acaso. —concluyó Susana, reflexionando sobre su nueva habilidad, aunque solo podía especular sobre cómo consumiría la energía del humo rosado.

—Has hecho bien. Habrías sido fatal para ti también si hubieras intentado ayudarla. Vamos antes de que las llamas nos devoren. —le dijo amigablemente una voz que ya conocía, proveniente de la planta baja, tras las escaleras. Susana se asomó sin alejarse demasiado de la puerta, recién liberada de las pesadas cadenas. Era el ser con forma de mujer albina, quien la observaba desde la puerta principal de la casa, animándola a bajar con gestos de la mano. —Ahora que has visto su verdadera naturaleza, lo despreciables e imperfectos que son, no negarás que tengo razón al querer salvarlos de su desgracia. Vamos, tenemos trabajo que hacer. Debemos levantar toda una nueva civilización. —afirmó con certeza, convencida de que Susana la acompañaría después de haber presenciado la corrupción que la rodeaba desde su llegada al pueblo.

—No te acompañaré a ningún sitio. —dijo Susana, furiosa por todo lo que estaba experimentando y culpando a esa figura vestida de negro con melena blanca. —¡Tú me acompañarás a mí! —sin saber cómo, Susana apareció instintivamente junto a la mujer de pelo blanco y la agarró del brazo con fuerza.

—¿Cómo es posible… —el ser con la figura femenina no podía creer lo que acababa de presenciar. Cómo un humano tan insignificante y frágil había podido transportarse tan rápidamente a su lado y, una vez más, llevarla consigo hasta la habitación de las cadenas. —¿Dónde estamos? —preguntó la mujer albina, incapaz de ver nada a su alrededor.

—Nos encontramos donde imaginaba que estaríamos tras esa puerta, en mis peores pesadillas. —dijo Susana, logrando inmovilizar al extraño ser con las cadenas que, con solo imaginarlas, aparecieron en sus manos. Obligó al ser a experimentar todo el mal que a ella le aterraba, absorbiendo su visión y sufrimiento a través de sus propios ojos. Desde los miedos infantiles, como las muñecas antiguas moviéndose en la oscuridad de la noche, hasta los alienígenas ocultos detrás de objetos, espiándola con sus grandes cabezas grisáceas, o el hombre que pedía dinero en la estación de metro, cuya mirada perdida infundía temor en Susana y sus amigas. Los miedos infantiles de Susana no solo eran temores típicos de su edad, sino que también se sumaban a los provocados por los jóvenes mayores que ella o adolescentes que vivían en el orfanato, burlándose de Susana y otros niños vulnerables como ella. Susana también temía la soledad, a las monjas que la maltrataban por frustración. Temía a la vida, al no tener padres a quienes llorar y encontrar consuelo. No tenía forma de aliviar sus temores, por lo que tuvo que vivir con ellos. Así es como el ser quedó atrapado, sufriendo en un torbellino de emociones

abstractas y horrendas que se apoderaban rápidamente de su mente. Su rostro cambiaba constantemente, mostrando la angustia de diferentes etapas de la vida, incluyendo la niña de la librería o la adolescente del matadero. Susana sufría solo con recordar los miedos que la habían atormentado toda su vida, pero esperaba con todas sus fuerzas que todos esos temores abrumadores acabaran con el ser vestido de mujer albina. Mientras la peliblanca mujer cambiaba de rostro sin descanso, mostrando su angustia, se sacudía rápidamente, tratando de evitar las visiones que se le imponían y devolviendo la luminosidad a la habitación.

—Veo que no me queda otra opción… has crecido más rápido de lo que imaginaba. Una situación intolerable. —dijo el ser albino con varias voces femeninas al unísono, y desapareció, dejando caer las cadenas al suelo. Susana se sintió decepcionada y gritó de rabia, pensando que la iba a derrotar, sin embargo, le había demostrado de lo que era capaz y que, con sus nuevas habilidades, estaría lista para enfrentarse a ella nuevamente si fuera necesario. Junto a las cadenas en el suelo, Susana vio las llaves de un coche con un llavero en forma de luna oscura, a la que le faltaba un trozo. Susana pensó de inmediato en el llavero de esa casa, que debía ser la otra mitad, ya que ambas formarían una luna perfectamente redonda. Sacó las llaves de la casa de su bolsa deportiva y, efectivamente, coincidían. Las casualidades no terminaban ahí, puesto que el logotipo de la llave era de la compañía Mitsubishi, al igual que el gran vehículo estacionado en el aparcamiento del mesón.

—Blanco y en botella… el coche de Antonio… —exclamó Susana mientras se agachaba para recoger la llave. —¿Por qué tenía estas llaves?, ¿qué significado tienen? —sintió un dolor indescriptible, como si escorpiones se movieran dentro de su cabeza, pinchando su cerebro e inyectándole su veneno mortífero. Susana cayó al suelo retorciéndose de dolor. Los recuerdos que faltaban por recordar volvieron a su memoria. Recordó todo lo sucedido hasta su entrada en el túnel: el despliegue de equipos y material en la remota y pintoresca casa de Valdepésol, la conversación con Antonio junto al pino mientras recogían una cigarra, cómo sus compañeros se adentraron en el túnel y dejaron de tener noticias de ellos, incluso de Antonio; el ataque de un monstruo horripilante con largos tentáculos y las numerosas muertes, incluida la de su gran compañero, Borja, cuyo sacrificio les permitió a Gloria y a ella continuar por el túnel, aunque con un fatídico desenlace.

—Entré con Gloria en el túnel para buscarlos, para encontrar a Antonio… pero algo nos sucedió… ¿el qué?… Gloria, la reportera…

espera… —pero el intenso dolor de cabeza hizo que Susana se desmayara nuevamente, volviendo a despertar en su viejo SEAT Ibiza del 92. Al intentar abrir los ojos, como si tuviera una fuerte resaca, se dio cuenta de que tenía la llave del coche de Antonio fuertemente agarrada.

—Ahora recuerdo todo… estoy de vuelta aquí, menos mal que tengo la llave de la ranchera. —dijo Susana, notando también que su bolsa deportiva infantil estaba junto a ella, en el asiento del copiloto.

—No durará en acabar conmigo y tengo la sensación de que esta vez no será tan fácil, debo tener cuidado. —murmuró mientras agarraba su bolsa deportiva y salía al exterior. Fuera, como en ocasiones anteriores, la niebla y la llovizna suave se combinaban con el silencio tranquilo de los despoblados bancales que la rodeaban. Susana pensó que seguramente estarían infestados de monstruos pesadillescos, como hienas esperando captar el olor a putrefacción. Sabía que debía darse prisa, buscar y rescatar tanto a Gloria como a Antonio, pero antes debía convencer a Héctor para que la ayudara, seguramente estaría dentro del mesón, atendiendo a los pintorescos maniquíes. Sin perder más tiempo, Susana se aventuró hasta la entrada del local, dejando atrás el Mitsubishi azul eléctrico de Antonio y varios maniquíes inmóviles. La sorpresa de la subinspectora fue encontrarse con la puerta cerrada, pero recordó que Héctor le había dejado las llaves del local y la casa.

—No esperaba volver, Héctor, pero gracias por las llaves. Ahora la pregunta es, ¿dónde estarás? —Susana utilizó las llaves con el troll de melena morada y entró en el mesón. No le sorprendió ver los maniquíes allí, sabía que, aunque lo cerrara, Héctor no los movería de lugar, y sus alucinaciones seguramente le harían creer que se marchaban y regresaban al día siguiente, como si fueran personas corrientes. Aun así, a Susana le seguía pareciendo algo bastante tétrico. Lo que sí llamó su atención fue una gran pancarta morada que colgaba de un extremo a otro del local, con las palabras:

"FELICES FIESTAS – LA REUNIÓN – 2006-"

—Ha pasado otra noche y se supone que hoy es la gran fiesta. Siento una mala corazonada al relacionarlo con algo “importante” que sucederá hoy. —dijo Susana en voz alta, mientras seguía buscando a Héctor. Al no encontrarlo en el mesón, decidió ir a su casa, a pesar de su temor, ya que la visión de la mujer gritona en lo alto de las escaleras la había traumatizado. Pero sabía que debía encontrar a

Héctor, no tenía otra alternativa. Susana abrió la puerta con miedo, miró hacia arriba y no vio nada, pero en el último escalón, frente a ella, había una muñeca de trapo con extremidades y cabeza de porcelana. A Susana le pareció antigua, como uno de esos muñecos que las niñas de los años 60 o 70 recibían como regalo en el Día de Reyes. Al observarla de cerca, sintió cómo se le helaba la sangre, ya que la muñeca era la misma que la mujer gritona apretaba con fuerza, como si estuviera sosteniendo a un bebé genuino, fallecido en sus brazos. Junto a la muñeca, había una pequeña nota escrita con letra suave, como si el bolígrafo se estuviera quedando sin tinta. La nota decía:

"He pasado tantos años imaginando verte crecer y cuando finalmente lo comprendo, ya te has ido de nuevo. Pero ahora que lo entiendo, soy yo quien puede irse, aunque a partir de este momento, siempre estaré contigo"

—No entiendo el significado. ¿Es para Héctor? ¿Me estaría ocultando que tenía una mujer viviendo aquí arriba? ¿Sería su esposa? —se preguntó confundida, pero a los pocos segundos Susana se asombró al ver que de la muñeca salía un humo rosáceo que entraba por su nariz y boca, como en ocasiones anteriores. Una sensación vivaz y plena la invadió de nuevo, pero esta vez también experimentó nostalgia y pena, emociones que no pudo comprender. Después de ese fenómeno paranormal, Susana llamó a Héctor, pero no obtuvo respuesta, así que decidió ir a la cocina, donde creyó escuchar el sonido de la televisión. Al llegar a la cocina, encontró un desastre total, como si un elefante hubiera entrado y revuelto todo. Susana miró la pantalla y vio a la niña de pelo blanco, la misma que había visto en la librería, con un micrófono en la mano y una sonrisa tétrica en su rostro. Detrás de la niña, había dos enormes jaulas en penumbra, como si estuvieran en una habitación oscura que solo permitía pasar unos pocos rayos de luz. Las paredes y el suelo de hormigón estaban cubiertos de moho, producto de la sospechosa filtración de agua que podía escucharse claramente. Susana se esforzó en observar los detalles más que a la niña, con el fin de obtener la máxima información de lo que veía y escuchaba.

—Buenos días, aquí Beatriz del canal 5, informándoles sobre los acontecimientos más recientes. Hoy tenemos grandes noticias. Primero, hemos capturado y neutralizado a la mujer que intentó matar al oso en su propia cueva... —dijo la niña sonriendo, mientras mostraba en cámara a la verdadera reportera, cuya piel se había transformado en cuero y estaba pegada a los huesos, como un cuerpo sherpa encontrado en una alta y helada cordillera después de cientos de años congelado,

absorbida completamente por el ser transformista. Susana llevó las manos a la boca mientras lloraba desesperadamente, sin apartar la mirada de la televisión, al darse cuenta de que la reportera era su compañera Gloria, asesinada visceralmente por esa criatura.

—¡No! Gloria… Era una mujer buena, no merecía eso… Te juro que te mataré, maldita zorra, llegaré donde estés y te mataré. —maldijo Susana, sabiendo que, si tuviera a la niña frente a ella, la estrangularía. La cría soltó una carcajada y continuó saltando hacia el fondo, junto a la otra jaula, transformándose en una joven adolescente.

—Te lo pedí, te hice entender que era lo mejor para todos, especialmente para ti, pero no me dejaste otra opción que… ¡Quedarme con ella! Ahora es el turno de él, pero todavía estás a tiempo de cambiar de opinión. —la adolescente albina señaló a Héctor, quien estaba atado por las muñecas a los barrotes superiores de la jaula, malherido y balbuceando.

—¡Suéltalo, él no tiene culpa de nada, déjalo en paz, maldita sea! —gritó Susana a la televisión, sabiendo que de alguna manera la escuchaba. —Sabes dónde estoy, has encontrado el único lugar en este maldito sitio donde podía ocultarme, así que deja que él se vaya y ven a por mí. Soy lo que buscas. —intentó persuadirla y atraerla para que no matara también a Héctor.

—Héctor es uno de nuestros invitados de honor, al igual que yo, disfrutando hoy con un espíritu festivo abrumador. —el ser agarró con fuerza la cara de Héctor, metiendo el brazo entre los barrotes y agitándolo, clavándole las uñas con fuerza. Héctor intentó gritar, pero no tenía fuerzas. La adolescente lo miró con asco y rabia, haciendo una mueca de desprecio con la boca, y lo soltó bruscamente, haciendo que su cabeza se sacudiera. *—Quiero que vengas tú a mí, que vengas antes de que acabe con él, que aparezcas y te sometas a mi voluntad, mejor dicho, a la voluntad de la constante evolución y así podamos acabar con todo esto. En tus manos está evitar que este hombre acabe como tu amiga, que, por cierto, me supo a poco, a pesar de que tenía unos kilos de más…Te esperamos en la presa, no hace falta que traigas vino.* —la joven pálida se rio y acercó su mano a la cámara, como si llevara un reloj en su delgada y pálida muñeca. *—El tiempo corre, tic tac.* —la televisión se apagó después de las últimas palabras de la adolescente. Susana estaba furiosa, dolida y desesperada. Esa criatura había matado a su compañera y tenía a Héctor prisionero, con un destino posiblemente igual al de ella. La única opción era ir a la presa, no solo para salvar a Héctor de un destino fatal, sino también para obtener información

sobre Antonio y su paradero. Susana anhelaba reunirse con la única persona que realmente le importaba, la única persona a la que había amado en toda su vida. Decidida a enfrentarse directamente a la criatura, Susana no quería perder más tiempo y corrió hacia la entrada de la casa, pero se detuvo en seco al recordar el radiocasete que Héctor debía arreglar, así que regresó a la cocina. Sobre la mesa, encontró una antigua llave de color cobrizo, con un cordel atado a ella y un papel de cartulina enmohecido que decía:

"LLAVES DE CASA"

Sorprendida de encontrar ese objeto que no estaba allí hacía apenas unos instantes, Susana cogió la llave para examinarla y sintió una fuerte presión en el pecho, una sensación agotadora, como si el metal de la llave fuera mucho más pesado de lo normal.

—Por desgracia para mí, esta llave abrirá las puertas del infierno. —expresó mientras la guardaba en la bolsa deportiva. Sin perder más tiempo, Susana buscó frenéticamente entre los cajones hasta que encontró uno que contenía varias herramientas antiguas, como llaves fijas, tuercas y tornillos. Entre todos esos objetos, destacaba un radiocasete roto, el cual estaba pegado con celo en su parte trasera, junto a una nota. Al cogerla, Susana pudo observar que en el cajón también había una fotografía. En ella aparecían Héctor, probablemente su esposa, y un bebé de no más de un año. Susana contempló la imagen por un momento y esbozó una sonrisa, al mismo tiempo que se preguntaba qué habría sido de la mujer y el bebé. Se cuestionó si la mujer que gritaba en lo alto de la escalera sería la misma de la fotografía, ya que en la instantánea mostraba una expresión feliz, con los ojos entreabiertos y una amplia sonrisa. Recordó a Héctor mencionando el gran parecido entre ella y la mujer de la foto, y tenía razón. Susana dejó la fotografía a un lado y despegó la nota, en la cual estaba escrito:

"*Lamento no haber podido reparar el maldito aparato, me fue imposible encontrar las piezas que faltaban, lo siento. Sin embargo, durante mi intento, logré escuchar una frecuencia con mucho ruido en la que se podía oírse débilmente una voz durante unos pocos segundos. Esa voz decía: "ES ELLA, HA VUELTO, LA CULPABLE DE TU INSOMNIO", y luego se apagó sin volver a encenderse. Sé que suena absurdo, pero desearía que fueras ella, desearía que fueras nuestra hija… ¿lo eres?*"

16 – Próximo al mundo

María estaba completamente absorbida por la narración de José, sin apenas darle importancia a la difícil situación en la que se encontraban. Un hombre destrozado que estaba a punto de fallecer, agentes y personal a su cargo desaparecidos o fallecidos, y el futuro incierto de la humanidad tras la revelación de lo ocurrido en aquel remoto pueblo de la huerta murciana. Pero, ¿qué más podía hacer aparte de escuchar las palabras del único testigo que había vivido en el entramado sistema neuronal del túnel y sentido aquellos seres? Se preguntaba en silencio. La respuesta era clara: nada. No podía hacer más que escuchar y esperar a que José muriera o los rescataran de aquella apretada situación. Ambas opciones parecían inminentes, ya que ella no tenía el poder de cambiar el desenlace. Por lo tanto, la inspectora jefa, sin más tarea que escuchar y tomar notas, continuaría atenta a la historia de José.

—Sé que me lo va a contar, pero, ¿quién asesinó a Raúl? —preguntó María mientras grababa la conversación y se preparó para anotar un detalle tan importante como la afortunada aparición de su salvador para José y Dolores.

—Por supuesto que se lo iba a contar, fue Lucía. Y me alegra que no me hubiera hecho caso esperándome fuera de la casa y subido al tejado. Siempre le estaré agradecido… —José sonrió. —Raúl cayó del tejado y murió, o quizás ya estaba muerto antes de caer, pero eso ya no importa. Lo verdaderamente relevante era que estaba muerto. Lucía ayudó a Dolores a subir y pudimos respirar aliviados. Nos abrazamos con fuerza… deseé no soltarla nunca más, no quería volver a perderla, al menos no de esa manera, raptada y privada de elegir con quién estar. Pero la felicidad del reencuentro fue efímera, ya que después de reunirnos con Jacinta y el pequeño Lucas, Héctor nos dio una mala noticia.

—No soy médico, pero creo que Ura no sobrevivirá. —nos dijo Héctor en cuanto nos encontramos con él. Lo seguimos hasta la habitación de Ura, donde la había dejado, en su cama y todavía inconsciente. Recuerdo su rostro maltratado por los múltiples golpes que había recibido y sus graves heridas; sin embargo, parecía tranquila a pesar de la brutalidad de los ataques. Lucía la examinó y notó que su pulso era débil y sus heridas demasiado graves como para haberle fracturado solamente huesos, posiblemente también algunos órganos, ya que sangraba profusamente por varios orificios de su

cuerpo, y repito, abundantemente. Lucía negó con la cabeza y todos comprendimos que no había esperanza, Ura estaba muriendo. Fue entonces cuando Dolores nos reunió para decidir unánimemente el destino de la joven. Una vez nos despedimos de Ura, que parecía dormir pacíficamente, Dolores tomó la decisión de ser quien pusiera fin a su sufrimiento. Todos lloramos, cada uno a su manera, no solo por ella, sino también por Teresa o Matías, o como un desahogo al pensar que todo había llegado a su fin. Cuando salimos de la habitación para dejar que Dolores se encargara de poner fin a la vida de Ura, me llamó.

—*José, me gustaría que estuvieras a mi lado en este momento, por favor.* —me suplicó con una mirada triste.

—*Por supuesto. No estoy seguro de qué hacer, y menos con un brazo inutilizado, pero estaré contigo.* —le respondí sinceramente. Dolores comenzó a rezar a Na, recitando oraciones escritas y otras que nunca había escuchado. Supuse que, aunque ella no lo dijera, sabía que debía ser la Precepto, ya que solo ella dominaba a la perfección todo lo relacionado con el culto. Pero eso no importaba, incluso si nunca me lo contaba, lo único que me incumbía era estar a su lado y comenzar a ser felices. Después de varios minutos de rezos, Dolores se detuvo y se sentó junto al cuerpo inmóvil y ensangrentado de Ura. Dolores acarició su cabeza y su rostro con ambas manos durante mucho tiempo.

—*Mi pequeña rebelde… has sido tanto el origen de contrariedades como una fuente de conocimiento. ¿Qué haré sin ti? Pero ya no más… esta será la última vez, al igual que la mía. Descansa, mi divinidad, duérmete.* —le dijo con la voz entrecortada y llorando. Dolores se tumbó sobre el colchón empapado de sangre y estiró el brazo para sacar una daga de debajo de la almohada, la misma que se había utilizado en las dos ocasiones anteriores en las que Ura murió. Finalmente, clavó con fuerza la daga sobre su pecho. Ura no mostró un ápice de sufrimiento tras la inserción del frío acero en su tersa y joven piel. Yo me estremecí involuntariamente, dejando escapar un quejido apenas audible que fue rápidamente sofocado por mi mano.

—*¿Qué pretendías que hiciera, José?* —me preguntó sin siquiera mirarme, con sus ojos fijos en el cuerpo inmóvil.

—*¡Cualquier otra cosa menos eso! Quizás asfixiarla con una almohada o pincharle con algún fármaco que Lucía te hubiera dado, pero nunca imaginé que le clavarías esa daga. No pensé que fuera real, creí que era solo producto de mi imaginación.* —le dije, todavía asustado.

—Al igual que la daga, que aterroriza, Ura, en cambio, nos ha dado vida, alegrías y felicidad a todos, ¿no es así? Ambas vuelven a unirse. —me dijo mientras sonreía entre lágrimas, aun mirando el cuerpo inerte de Ura.

—Dolores, no lo entiendo… —Dolores me interrumpió.

—La vida está llena de momentos oscuros y brillantes, ¿verdad? Pero ambos son efímeros. No debemos lamentarnos tanto, su partida significa que hemos triunfado, ella está con nosotros. —Dolores seguía hablándome como si supiera del tema. Me estaba asustando, no tenía idea a dónde llevaría esta conversación.

—Te seré sincero, Dolores, no sé qué me quieres decir, pero estoy empezando a asustarme. Si las muertes de Ura y la daga fueron reales, necesito que me expliques algunas cosas… —tras mis palabras, asustado, retrocedí hasta chocar con una cómoda. Dolores se me acercó rápidamente, cogió mi mano y la puso sobre su abdomen.

—Esta es la explicación, José. Todo lo que ha pasado tiene un propósito que ha sido necesario para llegar hasta aquí. Ura no volverá, pero siempre estará con nosotros, y especialmente estará presente en la vida de nuestro bebé, lo guiará hacia la felicidad. —dijo Dolores mientras me hacía acariciar su barriga, ligeramente abultada por llevar a nuestro pequeño dentro. Me quedé atónito, ¿y quién no? *—Nada más importa, aparte de esto, nuestro bebé. Todo lo que te parezca extraño o irreal del pasado ha sucedido de verdad, ha sido la voluntad de Na y gracias a ella has sabido superar tus miedos y los peligros que se han interpuesto entre nosotros.* —Dolores me abrazó con fuerza y me besó con la tranquilidad de que a partir de ese instante nadie podría separarnos. Era libre para sentir y hacer lo que quisiera, y a pesar de las desgracias que habíamos vivido, era una mujer plena.

Después de enterrar a Ura junto a Teresa y Matías, Héctor, que pudo salvar su brazo gracias al empeño y sabiduría en medicina de Lucía, decidió hacer una cena en homenaje a nuestros amigos. La cena transcurrió tranquilamente, recordando momentos con los que ya no estaban entre nosotros, con risas tristes y lágrimas nostálgicas de despedida. Después de la cena, Dolores y yo disfrutamos de un encuentro apasionado y placentero, era nuestro momento y nadie nos lo arrebataría. Tras pasar un rato observando las estrellas desde mi habitación, nos miramos y sonreímos, parecíamos dos jóvenes atrapados en el amor apasionado del verano, tan intenso que solo podría romperse al volver a la rutina de las clases. Pero en nuestro caso, esa rutina sería compartida por ambos, junto con la llegada de

nuestro futuro hijo. —contó José emocionado.

María se sorprendió por la mención de un bebé entre José y Dolores. No quería interrumpir a José hasta que fuera conveniente y preguntar por qué no había mencionado al bebé al principio de la investigación, limitándose solo a hablar de Dolores.

—*Recuerdo algo que me dijo Raúl. Supongo que lo hizo por despecho y para joderme antes de intentar matarme, pero mencionó que teníais una hija en común, qué payaso…* —le dije, apartando la mirada de las estrellas, observando el cuerpo sin vida de Raúl, justo al lado de las escaleras de la entrada a la casa. Esperaba que fuera solo un arrebato de ira de Raúl hacia mí y que fuera mentira todo lo que me contó sobre la hija que tenía con Dolores.

—*No te mintió, José, y yo tampoco lo haré ahora. Planeaba decírtelo más adelante, ya que intento, aunque pueda parecer cruel, mantenerla alejada de este mundo. Pero sí, tengo una hija.* —en ese momento sentí un gran dolor en el corazón. No estaba enfadado, pero sí un poco desilusionado, aunque con Raúl fuera de juego, solo sería cuestión de tiempo y constancia conocernos y llevarnos bien. —*El Raúl que conocí no era el mismo que conociste cuando llegaste aquí. Era amable, honesto y una persona muy buena. Eso fue lo que me atrajo de él y por eso decidí tener un hijo con él. Raúl era muy servicial con todo el mundo y ayudó mucho para levantar este lugar. Pero en el fondo era débil. La codicia y el poder lo cegaron, convirtiéndolo en un verdadero monstruo. Fue en ese momento cuando me demostró que era igual que cualquier otra persona, corrompida y envenenada por el egoísmo y el deseo de dominar. Y mi hija ha heredado todo lo malo de él. Fue un error, me equivoqué al elegirlo y esta es la consecuencia.* —me explicó con la mirada baja, observando desde el marco de la ventana en el que estábamos apoyados al degollado Raúl, que descansaba sin vida sobre las piedras que adornaban el camino.

—*Pero sigue siendo tu hija, no puedes ignorarla…* —intenté decirle, pero me interrumpió.

—*Ella se encuentra aquí, en la casa, oculta, debido a una grave dolencia cutánea que le impide salir al exterior. Me responsabilizo de su cuidado y de llevarle comida. Espero que en algún momento podáis conoceros, no obstante, aún no es el momento adecuado. Espero que puedas comprenderlo.* —me explicó.

—*Entendido. No volveré a mencionar el tema hasta que estés preparada.* —le sonreí y le guiñé un ojo.

—Me alegra oír eso. Ahora es tiempo de enfocarnos en nosotros, en nuestro futuro, como familia. Además, contigo sé que he encontrado al hombre perfecto, una persona excepcional, que posee todas las cualidades que cualquier persona desearía en su pareja. —sus palabras me hicieron sonrojar y nos besamos, ¡la adoro!

—Yo puedo decir lo mismo de ti y añadir que eres la mujer más seductora, hermosa y atractiva que cualquiera pueda encontrar en este mundo apocalíptico. —ambos reímos y ella me dio un suave golpe en el hombro.

—A partir de mañana restauraremos la paz en este pueblo y expulsaremos al resto de los opresores, se lo debemos a los nuestros. Debemos devolverles la vida a estas personas, y si lo hice una vez, puedo hacerlo de nuevo, con tu ayuda, por supuesto. —dijo Dolores, con la mirada puesta en el horizonte, llena de nuevas esperanzas.

—Y... ¿qué hacemos con Raúl? —pregunté con cuidado, sin tener idea qué respuesta esperar de ella.

—Lo que cualquier dictador y dueño de un imperio anhela es ser recordado en la gloriosa posteridad. Será un poderoso recordatorio para todos de lo que casi logra: aniquilar por completo nuestra amada sociedad y todo lo que habíamos conseguido con nuestras propias manos. Haremos que lo vacíen, que suturen esa hermosa incisión en su cuello y lo expondremos con soberbia, sin rencor alguno. Ya sea desecado, en una vitrina embalsamado al estilo de Lenin o preservado en formol, me da lo mismo, siempre y cuando ese despreciable ser observe por la eternidad que nadie puede detenernos, ni él ni ningún otro. Que todo el mundo que lo vea se piense dos veces refutarnos nuestros ideales. —dijo Dolores con pasión y determinación. No comprendí del todo si era el resultado del odio acumulado hacia Raúl después de tanto tiempo de sufrimiento a su lado, que casi termina con su vida o si se debía a que casi destruye las esperanzas de toda nuestra moderna y amada sociedad. Puede que le parezca una locura, inspectora, pero en ese preciso momento, me pareció una idea grandiosa y llena de orgullo.

◆◆◆

Las llaves del Mitsubishi se precipitaron al suelo embarrado por la llovizna, mientras la histeria se apoderaba de ella al descubrir la posibilidad de que Héctor y la mujer gritona fueran sus padres, aunque no podía saberlo con certeza y la única forma de descubrirlo era liberando a Héctor de las garras de ese ser cambiante y poder

dialogar tranquilamente sobre ese pasado incierto.

—¡Maldita sea! ¡Voy a salvar a los dos! —gritó Susana, eufórica por arrancar el vehículo sin contratiempos, pensando que aún podría haber una oportunidad de salvar tanto a Héctor como a Antonio. Miró dentro del vehículo y sonrió. Recordó lo que ambos habían vivido en esa parte trasera.

—Entonces los guarros fuimos nosotros… —dijo sonrojada, recordando las dos latas junto a la camioneta y el condón que ella misma, en su versión más joven e impulsiva, había cogido con un palo para dejarlo sobre el tirador de la puerta del conductor. El preservativo que Susana había retirado momentos antes con el mismo palo. Observó el salpicadero y vio la gorra de béisbol que Antonio solía usar cuando no estaba trabajando, junto a ella había una caja de pañuelos y un trozo de papel. Susana lo cogió y vio que era el ticket de compra de la carnicería donde Antonio había adquirido la carne para la barbacoa de esa tarde, el mismo día en el que se divirtieron en la parte trasera del Mitsubishi. El ticket mostraba el logo de un cerdo sonriente y llevaba el título de "El Torres, 65 años siendo uno más contigo". Susana recordó que la carne provenía de esa famosa franquicia, la misma que estaba presente en el vinilo de los laterales de la furgoneta que se estrelló en el supermercado, y el mismo logotipo que se encontraba en un enorme cartel sobre el matadero. Escrito con bolígrafo, en el ticket se podía leer:

"Llámame, cerdito. 86851…"

El número que continuaba la frase estaba borroso debido a manchas de grasa y resultaba ilegible. Susana no comprendió su significado ni a quién iba dirigido, pero supuso que era para Antonio.

—¿Quién habrá escrito esto?, por la caligrafía denota que es de mujer, pero… ¿por qué? —se preguntó en voz alta. Sin perder más tiempo, sacó el mapa de su mochila y lo desplegó rápidamente.

—La presa… esa cosa me dijo que nos esperaría allí. —dijo mientras ojeaba el mapa en busca de la ubicación. Una vez la encontró, pisó el acelerador, levantando grava y barro, saliendo del estacionamiento lo más rápido que pudo, observando el lugar al que pensó que nunca más regresaría, dejando atrás su antiguo SEAT Ibiza del 92, el mesón, los numerosos maniquíes y uno más que se unió a la colección, uno que parecía mirar a través de la ventana del mesón, tras la barra; un nuevo maniquí con la apariencia de Héctor. Susana rompió en llanto, esforzándose por no dejar que las lágrimas le

impidieran conducir hasta salir a la carretera principal. No necesitó que nadie le explicara lo que estaba sucediendo, ella misma intuyó el significado de ese maniquí, y era que, al hombre corpulento, Héctor, no le quedaba mucho tiempo. Pasó rápidamente frente a la librería, que anunciaba con un cartel:

"CERRADO HOY POR FIESTA LOCAL"

Lo mismo sucedía con el supermercado, que parecía estar en obras después de su inesperado encuentro con el engendro que salió de la furgoneta, la cual se estrelló contra el enorme cristal del comercio. A medida que se acercaba al centro del pueblo, los maniquíes aumentaban en número, ya que el único camino hacia la presa era el mismo que había cogido para salir, el de la estación de tren en el maizal. Susana tenía claro que atravesaría ese camino sin importar las consecuencias. A medida que avanzaba, se dio cuenta de que no había monstruos, niebla espesa ni maniquíes que perturbaran su trayectoria hacia la presa; la calzada estaba libre de obstáculos. En la plaza central, los maniquíes se aglomeraban para celebrar su gran día, si fueran personas normales, pensó Susana. Las atracciones funcionaban a pleno rendimiento y todas las fachadas estaban adornadas con banderas festivas de diversos colores. Le pareció una escena preciosa, un día que podría disfrutar junto a sus compañeros y amigos sin preocupaciones, pero sabía que, detrás de esa fachada de diversión y felicidad, había fuerzas invisibles que manipulaban a su antojo todo el escenario y sus muñecos. Era aterrador, aún más al creer que todos esos maniquíes inmóviles habían sido, en algún momento, personas. Algo en lo que no habría reflexionado tanto si no hubiera visto el maniquí de Héctor. Sin detenerse, Susana continuó por una larga carretera, la misma que había cogido anteriormente hacia la estación, pero esta vez el camino asfaltado se extendía recto y largo, con pinos y cipreses que embellecían el paisaje, hasta el punto de mirar por el retrovisor y ver solo árboles, dispuestos uno tras otro, cada uno más imponente que el anterior. Después de unos minutos de conducción, pudo ver un gran cartel de madera que anunciaba el parque regional, pero el nombre estaba tapado por un tablón con clavos. El tablón estaba hecho de una madera vieja y desgastada, en la cual se había escrito con pintura amarilla, sin demasiado cuidado junto a una flecha:

"POR AQUÍ SE VA AL PANTANO"

Sin dudarlo, Susana cogió la bifurcación indicada por el cartel, sin prestar atención al mapa, ya que sospechaba que esa entidad quería que se encontraran, pues hasta ahora no le había

puesto obstáculos. Susana estaba segura de que no se encontraba muy lejos, puesto que lo podía sentir cada vez más cerca. Después de recorrer un largo y pedregoso camino de tierra, Susana se permitió especular sobre la verdadera identidad de ese ser extraño que anhelaba borrar a la humanidad del mapa. Recordando su llegada a Valdepésol para iniciar la investigación de un nuevo túnel, imaginó la posibilidad de que ella fuera la madre, el ser que vive y se alimenta de las personas que atrapa en su laberíntico túnel. Susana sabía que esa idea tenía mucho sentido, que el cambia formas debía de ser ella, por eso necesitaba a Susana, porque por sí misma no tenía la capacidad de salir al mundo exterior.

—Esto es un bosque en toda regla, es una pasada… qué imaginación tienes amiga. —dijo con ironía, refiriéndose a la mujer pálida y a la capacidad de cambiar su mundo a su antojo. —Aunque esperaba algo más aterrador, debo admitir que, si este es el infierno, las vistas son bastante agradables. —dijo mientras admiraba los imponentes árboles, tan cercanos entre sí que casi se tocaban, con helechos y arbustos de frutas rojas que adornaban el suelo junto a sus troncos. Susana abrió la ventana y se deleitó con la suave brisa y el aroma de las hojas húmedas de los árboles, tan densos que apenas dejaban pasar los rayos del sol. La subinspectora no pudo evitar llorar, angustiada y cansada de luchar para no derrumbarse, consciente de que tenía que salvar a su compañero Antonio, y posiblemente a su verdadero padre, Héctor, tal vez incluso al resto de la humanidad.

—Eres cruel, un monstruo despreciable, esto es terriblemente cruel… —dijo en voz alta, odiando el hecho de que no se sentía merecedora de disfrutar de la belleza y los aromas perfectos del bosque que atravesaba. A diferencia de lo que esperaba, Susana imaginaba que el camino hacia el rescate sería duro y espantoso, pero resultó ser todo lo contrario, y eso le causó aún más dolor; el contraste entre lo hermoso y la calma antes de una posible y terrible tragedia, con muertes pasadas y tal vez futuras, de amigos, compañeros y personas a las que apreciaba. Susana sentía miedo, pues el ser que la esperaba tenía la intención de destruir toda una especie, lo que complicaría las cosas. Tras recorrer algunos kilómetros más, Susana detuvo el vehículo junto al cartel que indicaba que había llegado a la presa. Aparcó el Mitsubishi cerca de una valla de madera de aproximadamente un metro de altura, en una explanada desprovista de vegetación que parecía ser un estacionamiento para visitantes. Susana salió del coche y observó detenidamente la bolsa deportiva que estaba en el asiento del copiloto, en silencio, sabiendo que ya no necesitaría nada de lo que había allí dentro. Presentía de alguna manera que nunca volvería a recorrer el camino que tenía por delante.

Susana se adentró por el sendero de tierra que dividía los dos lados del bosque y los matorrales, un camino que se extendía hasta una zona lejana donde la subinspectora pudo distinguir entre la maleza unas construcciones que parecían ser viviendas. Siguió el camino con la agridulce sensación de haber estado en ese mismo lugar, tal vez en un sueño o simplemente en un lugar parecido, pensó. A medida que avanzaba, esa sensación se hizo más fuerte, ella había estado allí antes, pero de una manera diferente, con mucha más angustia y confusión. Susana intentó recordar cuándo y en qué circunstancias había caminado entre esos enormes árboles, pero solo recordaba los susurros aterradores que el viento transportaba, entre los crujidos de las ramas, y poco más que esos escasos indicios y un profundo sentimiento de soledad absoluta, donde ahora reinaba la calma. Susana se dio cuenta de que había experimentado las dos caras de ese lugar, que en el pasado le había arrebatado algo que no lograba recordar, pero que ahora ya no necesitaba, y ese lugar lo sabía y se lo agradecía.

—No comprendo, he estado aquí antes, solo tengo esa opresión en el pecho que me hace sentir que me arrebataste… algo. Y ahora esto, ¿paz y tranquilidad? ¿Qué intentáis decirme? —preguntó a los árboles, que permanecían imperturbables, meciéndose suavemente ante la frustrada mirada de la diminuta Susana.

Al llegar a las construcciones, que se encontraban medio derruidas por el paso del tiempo, Susana pudo ver que eran casas adosadas en grupos de tres, separadas por un estrecho pasillo. Las casas, pintadas de cal, solo tenían un par de ventanas y una puerta, lo que indicaba que eran muy pequeñas, suficientes para vivir durante el tiempo que durara el trabajo allí. Las tejas esparcidas por el suelo evidenciaban el abandono o el tiempo que habían estado deshabitadas, víctimas del paso del tiempo y de las inclemencias meteorológicas. Su construcción austera sugería que los empleados que las ocupaban pertenecían a una baja clase social, peones o técnicos que soportarían largas jornadas laborales para obtener un modesto salario estatal. En una piedra incrustada en la pared de hormigón de la fachada de la primera casa, Susana pudo leer grabado un memorial que indicaba el inicio y el final de la vida útil de esas viviendas, como si fuera una lápida.

"Hidromarsal inauguró esta presa y las viviendas de sus trabajadores en el año 1926. En estas seis casas vivieron y trabajaron decenas de familias y sus descendientes, a los que se les atribuye todo el mérito del funcionamiento de esta presa, que cesó su actividad el 29 de marzo de 1986, sesenta años después"

—Si esto fuera real, muchas personas hubieran pasado y muerto aquí. ¿Por qué elegir una presa abandonada como base de operaciones, mujer pálida? Cualquier otro lugar más céntrico habría sido suficiente, rodeada de tus maniquíes y monstruitos, después de todo, este mundo lo has creado tú. —dijo Susana en tono sarcástico, esperando que el ser con apariencia de mujer pálida la estuviera escuchando, pues imaginaba que seguía todos sus movimientos de cerca. Justo cuando Susana se disponía a continuar su camino hacia la presa, escuchó de repente unos fuertes golpes en una de las puertas cerradas de una de las casas. Fueron tan violentos que incluso la pintura verde de la madera, erosionada por la lluvia y el sol a lo largo de los años, se desprendió en pedazos que cayeron sobre los matorrales que crecían entre las baldosas del suelo. El susto fue tan grande que Susana casi cae de bruces al resbalar con la grava del camino. Inmediatamente, la subinspectora pudo oír gritos desesperados que no cesaban y golpes constantes en la puerta.

—¡Déjame salir! ¡Por favor, no puedo soportarlo más! ¡Abre la puerta! —los gritos de angustia eran sin duda de Gloria, su compañera, a quien había visto sin vida en la televisión de la casa de Héctor, asesinada por la adolescente albina.

—¡Gloria, soy yo, Susana! ¡Te sacaré de aquí enseguida! —contestó la subinspectora a las súplicas desesperadas de Gloria, quien seguía gritando y golpeando la puerta sin descanso. Sin embargo, Susana no lograba abrirla, parecía estar cerrada con llave, y solo había un hueco para una antigua llave, la misma que encontró sobre la mesa de la cocina de Héctor.

—Espera un momento, Gloria, vendré a por ti de inmediato. —le dijo Susana con desesperación a Gloria, quien parecía estar sufriendo mucho en el interior de la vivienda. Susana corrió camino abajo hasta el Mitsubishi lo más rápido que pudo, deseando que Gloria aguantara, que siguiera con vida y que lo que el ser le mostró en la televisión fuera solo una artimaña para enfadarla y atraerla hacia él. Susana abrió la bolsa deportiva y cogió la antigua llave, la cual le transmitió una sensación de peso y angustia, además de presentir que abriría algo mucho más aterrador de lo que podía imaginar. A pesar de no tener más alternativa si quería salvarla, estaba segura de que esa era la llave que abriría la puerta. Después de recorrer el camino nuevamente, Susana ya no encontraba belleza en los altos árboles y el espeso follaje del bosque, solo deseaba llegar a la ajada puerta de madera y rescatar a su compañera. Al llegar, se sintió aliviada al seguir escuchando los gritos de Gloria, lo cual le indicaba que seguía con vida. Aunque prefería no imaginar qué podría estar sucediendo

dentro para que Gloria gritara de esa forma tan desesperada y aterrorizada.

—¡Aquí estoy! Gloria, ¡voy a sacarte de inmediato! —Susana introdujo la llave, poniendo fin a los golpes y los gritos, pero la puerta se abrió súbitamente y fue arrastrada por la mano de una Gloria desecada y desnuda que agarraba con fuerza su sudadera. La esquelética mujer la miraba con unos ojos totalmente negros, por los que brotaba un líquido oscuro que manchaba todo su cuerpo desnudo, una sucia piel que se encontraba adherida completamente a sus huesos. El disecado y pringado esqueleto arrastró a Susana con la fuerza de una criatura gigantesca hacia un amplio agujero por el que no se veía fin, en el suelo de la casa en ruinas.

—Ya estás en casa, bienvenida. —le dijo la momia de Gloria al oído mientras la lanzaba al abismo, rasgándose su piel y tendones con cada palabra que pronunciaba, rompiéndose en miles de trozos tras Susana, que se precipitaba hacia lo desconocido.



El tono de piel cada vez más pálido de José dio suficientes indicios a María para comprender que el hombre estaba en sus últimos minutos de vida, sin necesidad de que la doctora Pilar se lo confirmara. Una simple mirada entre ellas bastó para entender que el tiempo se agotaba. Aun así, José continuó como pudo, relatando su historia, sabiendo también que pronto tendría que abandonar este mundo, un universo que para él no estuvo dividido en dos realidades.

—Al día siguiente, aun antes de salir el sol, Dolores, Héctor y yo nos dirigimos al centro del pueblo, al edificio que hacía las veces de Ayuntamiento o más bien, centro de reunión, armados y decididos a derrocar a los pocos Protectores que seguían en pie. Pensé que sería más difícil, pero en un pueblo tan pequeño, las noticias corren rápidamente, y decenas de vecinos, por no decir la mayoría, nos acompañaron hacia nuestro destino. Al llegar, los Protectores, con evidente temor en sus rostros, no nos impidieron el paso y llegamos al sistema de megafonía para que Dolores anunciara la caída de la tiranía de esa manada y su inmediato exilio fuera de los límites del pueblo. Creo que no hubiera sido necesario utilizar la megafonía, ya que el resultado hubiera sido el mismo al decírselo directamente, puesto que muchos huyeron al enterarse de que Raúl y sus hombres más leales habían caído. Pero Dolores no solo deseaba expulsarlos, sino también

dejar claro a todos los ciudadanos que ella sería la máxima autoridad en el pueblo y que se cumplirían unas normas, las cuales serían redactadas y votadas en los próximos días. De esta manera, un corral libre de ratas y zorros seguiría siendo un corral con huevos. Fueron semanas difíciles en las que todos los vecinos unimos fuerzas para mejorar la seguridad y el cumplimiento de las nuevas normas, más estrictas, pero que evitarían otro altercado de esa magnitud. Dolores sabía que su palabra no sería cuestionada, pero decidió que un grupo selecto de vecinos tomara las decisiones importantes, para así poder supervisar exhaustivamente todas las áreas sociales de la población. No podía haber más brechas en la seguridad y la persona encargada de ello sería rotada periódicamente. También se entrenaría a todos los ciudadanos en armas y protección de la comunidad, así como en otros campos como la electrónica, la mecánica, o incluso medicina, ya que no contábamos con muchas personas con conocimientos médicos, pero casi todos teníamos nociones básicas de oficios varios. Todo fue bien durante unos meses hasta que Dolores quedó postrada en cama debido a complicaciones en el embarazo. Con ella fuera del mando, Héctor asumió el liderazgo, junto con el resto de vecinos del nuevo consejo, y el pueblo siguió adelante. De esta manera, Dolores consiguió descansar y yo pude dedicarme prácticamente en cuerpo y alma a cuidarla. Afortunadamente, en el pueblo había una señora que anteriormente había sido ayudante de comadrona en un hospital durante varios años, y nos visitaba diariamente para comprobar el estado de Dolores y del bebé, que estaba a punto de llegar al mundo.

—José, los intensos pinchazos y molestias que Dolores experimentó anoche no son normales, no se tratan de contracciones, ya que todavía faltan semanas para que dé a luz. Además, Dolores ha estado sufriendo una hemorragia durante varias horas y los medicamentos no han surtido efecto. Ha llegado el momento en el que ni Lucía ni yo podemos hacer mucho más que esperar. —esa fue la fatídica noticia: Dolores y el bebé podrían perder la vida. En ese día, a medida que pasaban las horas y la hemorragia se volvía más evidente, Dolores apretó mi mano con fuerza y me miró directamente a los ojos, esforzándose por esbozar una sonrisa, a lo cual yo respondí de igual manera, tratando de ocultar el dolor que me producía verla en ese estado, sabiendo que pronto no estaría a mi lado.

—Hemos creado algo asombroso, no solo la relación tan increíble entre tú y yo, sino algo tangible, un ser vivo. Y aunque yo ya no pueda estar presente para presenciar su crecimiento, sé que será el salvador del mundo. —no pude contener las lágrimas tras esas palabras, viendo su mano acariciando su vientre. *—Quiero que comprendas que lo que hay dentro de mí está por encima de ambos. Ni tú ni yo somos determinantes*

en su futuro, solo hemos sido encargados de darle vida. Por eso, siéntete orgulloso de ser el padre perfecto por haberlo creado. Yo sabía cuál era mi destino, sabía que, si el bebé era perfecto, se alimentaría de mí y que yo sería simplemente su portadora, su primera morada, y moriría después de esto. Sin embargo, aún precisa crecer más y yo no puedo proporcionarle todo lo que necesita, por lo que serás tú quien lo haga. —creía entender completamente lo que me decía, al menos intentaba comprender sus palabras de despedida, mientras negaba con la cabeza y lloraba como un niño que aún no entiende lo que significa la muerte de un ser querido cercano.

—No vas a morir, vamos a criar a este bebé juntos y lo veremos crecer. ¡Lucía, por favor, ven! —Dolores me tapó la boca con la mano.

—No quiero que nadie más entre en la habitación, José. Solo los tres, hasta el final. —me dijo Dolores con una bonita sonrisa y unos ojos compasivos llenos de lágrimas. *—Saca a nuestro hijo, José.* —Dolores me entregó la daga, la misma con la que sacrificó a Ura.

—No pienso hacer lo que me pides, Dolores. No pienso asesinarte para extraerlo. Tiene que haber alguna otra manera de… —intenté detener esa idea absurda que tenía, pero no hubo forma.

—Si muero desangrada, el bebé también morirá. Tienes que hacerlo, José. Solo existe esta opción. —Dolores me entregó la daga y agarró mis manos, entre los lamentos de dolor que comenzaron a transformarse en agonizantes gemidos. Dolores, entre gritos, suplicaba que lo hiciera, que abriera su vientre para sacar a nuestro hijo y poner fin a su vida, que cada vez estaba más cerca de ser inevitable. Sus palabras ya no eran comprensibles debido a la falta de aire y al dolor que le causaba el feto, que la estaba desangrando, empujando y deformando con cada patada o golpe en su vientre, como si estuviera asfixiándose dentro del útero, como si ya fuera demasiado pequeño para él. Era una situación atroz, su cuerpo se abultaba y la única opción que teníamos para evitar una tragedia para el bebé y Dolores era liberarlo y permitirle salir con la única ayuda de esa daga. Más tarde comprendería que solo ese objeto podía ayudar a salvar la vida a la criatura que llevaba en su interior. Entonces, entre sollozos y lágrimas, abrí una brecha desde el abdomen hasta la vejiga de mi amada Dolores, que se estaba apagando justo antes de abrirla. Lo hice simplemente por obedecerla, sin pensar en lo que había dentro, solo porque ella lo deseaba más que nuestras propias vidas, solo por eso… —concluyó José, bajando el tono de su voz, tal vez debido al pesar de haber tomado la decisión de poner fin a la vida de su gran amor. María supuso que José se refería a eso, pero la realidad era otra. José

comenzó a convulsionar y Pilar se dio la vuelta y miró desesperadamente al hombre mutilado, que saltaba sobre la cama como un pez fuera del agua.

—¡María, su cuerpo está colapsando, se nos escapa! —gritó Pilar a María, quien se levantó rápidamente para intentar sujetarlo, aunque resultó casi imposible debido a la intensidad de los movimientos.

—¡No puede ser! Está a punto de morir, ¡haz algo, por favor, tranquilízalo! —le gritó a la doctora mientras trataba de proteger a José para que no sufriera más golpes contra la cama o los demás aparatos que lo rodeaban. Necesitaba que estuviera vivo, que le explicara por qué no mencionó a ese bebé antes, o qué sucedió tras el fallecimiento de Dolores. María tampoco lograba conectar ese desenlace con lo primero que les había contado a Óscar y a ella al comienzo de su investigación, donde parecía que tan solo se encontraba él en la casa, sin ningún bebé.

—María, no puedo administrarle más medicamentos, su corazón ya no puede más. Está en la etapa final, debes comprenderlo. —intentó hacerle entender Pilar a María, quien, en su esfuerzo por sujetarlo, pudo percibir que José ofrecía menos resistencia. —Su pulso es débil y está disminuyendo. Su actividad cerebral también se está apagando, mira. —señaló Pilar hacia el monitor.

—José, aún tienes muchas cosas que explicarme. Por favor, no te mueras aún, hazlo por ti, para que tu historia perdure en el tiempo. Podrías ayudarnos a comprender. —le suplicó María en un tono sereno, pero el cuerpo de José ya no mostraba ningún signo de movimiento.

—Aunque aún respira y presenta un pulso débil, sus funciones cognitivas ya están en un avanzado deterioro. Dudo que puedas comunicarte de nuevo con él, María. —insistió al intentar convencer a su compañera.

—Ella es la salvación que merecemos, la madre de madres que le dio la vida, el verdadero Dios, siempre lo fue, y yo fui elegido para liberar al nuevo ser que nos salvará de la devastación. —las últimas palabras de José salieron casi incomprensibles desde lo más profundo de su garganta, como si hablara desde su interior. Esas palabras estremecieron a ambas mujeres, dejándolas perplejas y aterradas. María se apartó y se pegó a la pared de la habitación mientras el molesto silencio indicaba que el corazón del hombre

mutilado había dejado de latir. Ambas se miraron, asustadas por no comprender el significado de esa frase antes de su último aliento, una voz inhumana que puso un extraño fin a su existencia entre sus dos mundos.

—María, ¿qué ha querido decir? —Pilar, asustada, preguntó a María, que se mantenía alejada del cuerpo de José.

—No tengo ni idea, pero está grabado, lo intentaremos descubrir. Ahora llevémoslo a la morgue. Tenemos que preparar el terreno para "papá". —dijo María, refiriéndose al comisario y su equipo de rescate. María salió de la habitación con la escafandra bajo el hombro y un cigarro en la boca, ordenando a varios compañeros que colocaran el cuerpo en un saco mortuorio y lo llevaran a un arcón en la morgue. Pasaron unas horas más después de la muerte de José hasta el rescate del personal que se refugiaba dentro del contenedor hospital, lo que le dio tiempo a María para redactar un breve borrador del informe y, sobre todo, para intentar entender tanto la historia como las últimas palabras de José. María no comprendía por qué, en su confusión y alteración tras el accidente, José había experimentado dos vivencias diferentes en lo que ella creía que era el mismo punto: el derrumbe de la casa. María consideró la posibilidad de que aún faltaba información, que José no lo había contado todo. Pensó que tal vez el bebé había fallecido después de que José lo sacara del vientre de Dolores y que hubieran pasado varias semanas hasta el accidente. Sin embargo, eso no tenía sentido, ya que José solo lloró la pérdida de Dolores y no la del bebé, que, vivo o muerto, habría sido una prioridad para cualquier padre. Siguió reflexionando.

—Si el bebé hubiera muerto, él lo habría mencionado. Y si para él, el bebé estuviera vivo, habría preguntado desesperadamente por él en cuanto recobró la conciencia. No lo entiendo… algo se me escapa, joder. Tendré que analizar todo el material con más detenimiento. Y sin Óscar, que parecía ser resolutivo, tardaré días o semanas en darle forma a todo. —murmuró María en voz baja, para que nadie la escuchara. Su mente estaba tan inmersa en todo lo relacionado con José que ni siquiera sentía la pérdida de los compañeros que habían fallecido. Su prioridad era comprender todo lo ocurrido en ese extraño mundo creado por unas entidades que la humanidad aún desconocía.

—*"Ella es la salvación que merecemos, la madre de madres que le dio la vida, el verdadero Dios, siempre lo fue, y yo fui elegido para liberar al nuevo ser que nos salvará de la devastación"*. —reprodujo la cinta una vez más para escuchar la última frase de José.

—Joder, da hasta escalofríos. Ella es la salvación… ¿Quién será ella? ¿Y la madre de madres? Tal vez se refiere a la "madre", pero dudo que él estuviera en un plano real para saber quién es ella. Me cago en mi vida, no logro entenderlo… —María, que encendía un cigarro tras otro, reprodujo una y otra vez el final de la cinta, tratando de comprenderlo. —Dejando volar mi imaginación, podría ser que José no fuera quien hablaba, tal vez era algún residuo en su mente… ya no sé qué pensar… —se dijo a sí misma, tocándose la sien con una mano en un intento de aliviar su cansado cerebro y procesar mejor la información.

—María, ya están aquí. —avisó Pilar, tocándole el hombro y sacándola de su ensimismamiento, mientras escuchaban los ruidosos rotores de los helicópteros y vehículos que se encontraban tras el grueso metal del contenedor hospital.

◆◆◆

Tras recobrar la conciencia, Susana escudriñó su entorno en busca de posibles amenazas, pero afortunadamente, solo escuchó un susurro proveniente de lo alto, a pocos metros de distancia.

—¡Aquí arriba, chica! —no quedaba ninguna duda en la mente de Susana de que era la voz de Héctor. Él se encontraba prisionero en una tosca celda de hierro suspendida por una imponente cadena de gruesos eslabones.

—¡Héctor, qué alivio verte con vida! —exclamó Susana, dirigiendo sus palabras al rostro pálido y maltrecho que asomaba entre dos barrotes. El lugar donde se encontraban era una construcción de enormes bloques de piedra que se alzaban formando un cilindro, tan elevado que Susana no alcanzaba a ver su cúspide. Dentro de esa estructura, vigas de madera sostenían el peso de los engranajes que antaño controlaban las compuertas de la presa. Lo que parecía un antiguo torreón medieval era ahora un montón de ruinas, vestigios de un pasado glorioso. Susana escrutó los oscuros rincones antes de ponerse en pie e intentar liberar a Héctor de su prisión colgante, antes de que la misteriosa y pálida mujer apareciera. Aunque no descartaba que estuviera acechando cerca, todo el camino que la condujo hasta allí le parecía una trampa bien maquinada.

—Esta noche es el clímax de la celebración, será apoteósico, estoy seguro. —dijo Héctor, esbozando una sonrisa que desfiguraba por completo su rostro. Susana comprendió que sufría de confusión y

delirio debido a las graves heridas, lo cual parecía evidenciarse por las gotas de sangre que caían de la celda oxidada.

—Tranquilo, Héctor, te sacaré de ahí. —le aseguró Susana, procurando transmitirle calma. Mientras tanto, el hombre seguía asomado entre los barrotes, aferrándose con una mano que temblaba debido al dolor.

—Creo que debía contarte algo importante, pero no logro recordarlo. Solo sé que soy feliz. Por fin puedo verte antes de marcharme. —le dijo a Susana, sin perder su sonrisa.

—No te irás a ninguna parte, Héctor. Me debes una larga conversación y tal vez debamos intentar recuperar el tiempo perdido. —respondió Susana, enfocándose en la jaula y observándola fijamente, concentrando todas sus fuerzas para activar su asombrosa habilidad telequinética y doblar las barras, liberándolo. Sus ojos volvieron a emitir vapor y sus manos, al igual que sus ojos, expulsaban un humo blanco visible, como si fueran hierros candentes sobre los que se derrama agua. Los objetos a su alrededor temblaban por la fuerza acumulada y, tras unos segundos de esfuerzo, Susana logró doblar las barras lo suficiente como para que Héctor pudiera ponerse de pie y dejarse caer al suelo.

—Guau, eso ha sido increíble… —exclamó Héctor, con la cabeza apoyada en el suelo de la jaula. —Pareces más adulta… ahora me recuerdas aún más a tu madre. —le dijo Héctor, con una precisión que impactó directamente en el corazón de Susana, quien no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. Dentro de la angustiosa y desesperante situación, se sentía emocionada. Por fin tendría la oportunidad de conocer a quien tal vez fuera su padre, y él le revelaría su pasado, el de su madre, y entendería por qué sus caminos se bifurcaron cuando ella era tan solo un bebé. Susana anhelaba no solo salvarlo, sino también que él fuera real. Si tenía que morir, que fuera descubriendo su verdadero origen.

—Vamos, Héctor, levántate y salta. —indicó Susana, señalando un par de cojines sobre un antiguo y desgastado sillón que ocupaba lo que alguna vez fue la sala de control. Sin embargo, Héctor la siguió mirando con una sonrisa compasiva, consciente de que nunca podría alcanzarla, a pesar de estar a escasos metros de abrazarla y disfrutar de lo que él creía que sería el fin de la celebración. Héctor hubiera deseado un desenlace distinto, pero este le bastaba, conocerla y saber que seguía existiendo no estaba mal. Poco a poco, el hombre se fue apagando, cerrando sus ensangrentados ojos.

—¡Salta, Héctor! ¡No me dejes ahora! No me abandones... —gritó Susana entre sollozos a Héctor, quien acababa de fallecer. Interrumpiendo el sonido de las lágrimas, Susana escuchó aplausos provenientes de la jaula, lo que hizo que su llanto cesara, alertada. Una figura femenina se alzó dentro de la jaula, entre los barrotes, justo al lado de Héctor.

—Qué hermosa escena. Un padre despidiéndose de este mundo junto a su hija, aquella que dejó escapar hace tantos años, pero que al final de su existencia ha vuelto a encontrar. No es justo, ¿verdad? —le dijo la mujer pálida a Susana, quien volvía a aparentar tener unos treinta y tantos años, pero aún más estilizada, como una modelo, con rasgos suaves y hermosos, vestida como una ejecutiva con pantalones rectos y una chaqueta negra. —No soy tan mala como piensas, de hecho, te he permitido reencontrarte con tu padre y no estaré satisfecha hasta que esta conmovedora escena termine con un fuerte abrazo entre ambos. —dijo la hermosa mujer pálida, que propinó una fuerte patada al cuerpo de Héctor y lo dejó caer por el hueco que había conseguido hacer Susana en los barrotes, con la nefasta sorpresa de que el cuerpo sin vida que cayó junto a ella era el de Héctor partido por la mitad. Su parte inferior no estaba y de su torso se desparramaron las vísceras y órganos internos al caer. Susana cayó al suelo y gritó desesperada. —Oh, vamos. ¿No vas a abrazar a tu querido papá? —le dijo a Susana, quien gritaba horrorizada ante la grotesca imagen. En estado de shock, pero Susana pudo sentir, como en ocasiones anteriores, el humo rosáceo que se introducía en su interior con su rápida respiración. La mujer albina no esperaba que de la mitad del cuerpo sin vida de Héctor brotara una nube rosa, y mucho menos que fuera aspirada por Susana. Fue en ese momento cuando comprendió la fuerza de la subinspectora y su rápida evolución. Susana crecía de una manera muy distinta a ella, que absorbía la energía de las personas de manera menos efectiva y tosca, aprovechando menos la esencia de aquellos a quienes desecaba. El ser cambia cuerpos no entendía cómo una humana podía obtener ese poder de una manera tan peculiar y por qué sucedía. —No te preocupes, te enviaré con él a la eternidad. Pero no sin antes mostrarte mi próxima degustación, la de tu querido Antonio, quien, gracias a nuestra "alianza" y simbiosis, contribuirá al progreso de la propagación en todo el universo. —Susana estaba paralizada al comprobar que Héctor estaba muerto, pero pudo advertir, tras las palabras de la mujer peliblanca, cómo se encendía una luz sobre sus cabezas, a varios metros de distancia, enfocando una jaula idéntica a la de Héctor. Susana no tardó ni un segundo en comprender que Antonio estaba encerrado en esa celda colgante y que, si no hacía

algo, él sería el próximo en morir. Sin embargo, la mujer albina, furiosa al darse cuenta de la gran desventaja que implicaba que Susana se volviera mucho más poderosa que ella, aprovechó la debilidad emocional causada por la pérdida de Héctor y la posible y futura pérdida de Antonio, por lo que se teletransportó en milésimas de segundo de la jaula para estar junto a Susana. El ser lanzó una poderosa onda sonora por su boca, un sonido tan agudo que casi era imperceptible para el oído humano, pero su onda invisible arrojó a Susana contra la pared de piedra, atravesándola como si fuera una bola de demolición, haciendo que la subinspectora cayera junto a varios pedruscos de la torre al abismo de la presa, rodando y golpeándose contra la inmensa pared de la antigua construcción. Afortunadamente, Susana cayó justo encima de uno de los cilindros por donde antiguamente brotaba el agua hacia el cauce, ahora seco. La mujer pálida se asomó por el agujero que acababa de abrir en el muro, sorprendiéndose al ver que la subinspectora se levantaba con gran esfuerzo.

—¡Incluso un elefante hubiera quedado destrozado al chocar contra este imponente muro! —exclamó el ser. Su expresión de enfado se transformó en sorpresa al presenciar cómo los pies ágiles de Susana se movían a una velocidad sobrehumana sobre la pared de la presa, desafiando la fuerza gravitatoria. Contra todo pronóstico, alcanzó a la mujer pálida, agarrando su cabello blanco y arrastrando su cabeza a lo largo de la presa, haciendo añicos el cemento que en el pasado había contenido millones de litros de agua.

—¡Juro que acabaré contigo, te fulminaré! —le gritó Susana al ser, mientras hundía su rostro en el muro de la presa, corriendo a una velocidad sobrenatural. Los ojos de Susana brillaban en un tono marfil, desprendiendo un humo blanco aún más intenso que en ocasiones anteriores, al igual que sus manos y pies. El cambia cuerpos no dejaba de alternar las caras de las formas femeninas que adoptó mientras rompía con ellas el denso hormigón y piedra que dibujaba la imponente y perfecta curva de la presa. Sin embargo, Susana, cegada por la rabia de haber perdido a Héctor, no se percató de que el engendro con melena blanca la abrazó y se impulsó con sus pies en el muro de la presa, provocando que ambas cayeran y se golpearan. Susana intentó soltarse, pero el ser la abrazaba con tal fuerza que resultaba imposible.

—Todo ha terminado, te obligaré a venir conmigo y juntas seremos una, cambiaremos el mundo. —le dijo el ser, abriendo su boca de una manera que una persona normal no podría hacerlo, creando un vórtice que comenzaba a absorber la cabeza de Susana.

—No permitiré que extingas a la humanidad, me devolverás mi vida y todo lo que ello implica. —le respondió Susana, consciente de que su poder era más fuerte que el de la falsa mujer. Se resistió e intentó hacer lo mismo, deformando también su mandíbula, pretendiendo absorberla y poner fin a todo. En ese pulso de poder, el ser comprendió que podía salir mal parado y decidió desistir, de la única manera posible, dejando de aprisionarla y separándose de Susana. Tras soltarla, se impulsó con sus piernas en ella y se alejó, escapando entre una gran roca y matorrales, cerca del lecho del canal donde alguna vez fluyó agua. Susana siguió rodando y cayó al otro lado del cauce. Se levantó rápidamente para comprobar dónde se encontraba la mujer pálida. Sin embargo, el ser estaba aterrorizado por el inmenso poder que emanaba Susana, permaneciendo escondido, temeroso de que ella dominara esa realidad. Comprendió que, con tanto poder, la subinspectora también sería capaz de controlar ese mundo. Por ello, decidió poner fin a esa realidad, tomando la difícil decisión de autodestruirla. Una realidad en la que se encontraban ambas y el resto de seres retenidos, atrapados y perdidos en la eternidad de interconexiones entre ambos universos.

—¡Te puedo sentir… pronto conoceré cada uno de tus movimientos! ¡Sabré lo que piensas y temes, y te aplastaré como el insignificante insecto que eres! ¿Quién tiene miedo ahora? —preguntó Susana en voz alta, sabiendo que el ser no se encontraría demasiado lejos, oculto para evitar ser descubierto por ella. Estaba aterrada de que la subinspectora, la que ahora flotaba dentro de un gran aura blanca, acabara con su existencia.

Tras unos segundos de búsqueda sin resultados, Susana decidió no perder tiempo en buscar al cambia caras, que estaría muy debilitado, y priorizó liberar a Antonio de su celda colgante, si es que se encontraba allí. Ya se ocuparía del acobardado monstruo más adelante. Les debía su sacrificio, a muchas personas. El inconveniente para Susana fue no ser consciente de que el ser con forma de mujer blanquecina, aunque más débil que ella en ese momento, tenía el pulsador rojo que acabaría con su nuevo mundo, aquel que ella estaba destinada a dominar.

La niña peliblanca en la que se había transformado, asustada y escondida, lloró y se tocó la sien con dos dedos, sumiendo todo en oscuridad y silencio, donde la existencia se volvía relativa, dejando solo la conciencia que navegó de regreso por un mar y cielo negros.

17 – Renacimiento

El ruido de los soldadores y los martillazos resultaba molesto para los supervivientes que se encontraban dentro del contenedor hospital. Sin embargo, después de abrir una de las grandes planchas que cubrían uno de los laterales del armazón, María y sus compañeros pudieron ver como dos agentes armados con subfusiles y vestidos con buzos blancos, entraban en el contenedor.

—Escuchad todos, pegaos a la pared del fondo. Pronto circularán en fila de a uno y se les proporcionará una ducha y un traje estéril que deben ponerse por su seguridad. —dijo uno de los agentes armados.

—Compañeros, no os asustéis, es solo un protocolo. Aunque no nos agrade mucho la idea, debemos desvestirnos y hacer lo que nos dicen, ¿está bien? —les dijo María a los científicos y al personal presente, adelantándose a las quejas o lamentos de la orden del agente de blanco. Ella sabía que tenían miedo y querían salir lo antes posible, así que decidió calmarlos para evitar una histeria colectiva.

—¿A dónde nos llevarán ahora? —preguntó uno de ellos a María. Pilar miró a la inspectora, atenta a su respuesta.

—Para serte sincera, no tengo ni idea. Suponen que podríamos haber estado expuestos a cualquier patógeno que pueda haber aquí dentro y prefieren prevenir. Tranquilos, nos llevarán a las instalaciones y cuando vean que todo está bien, podremos marcharnos. —respondió María. Su respuesta no los tranquilizó demasiado, ya que comenzaron a inquietarse y a negarse ante la idea de ser arrastrados por la fuerza.

—¡He dicho que todos al fondo! ¡Quitaos la ropa y callad, joder! —les gritó el agente mientras los apuntaba con su arma.

—Chicos, no creo que esto sea necesario, por favor. —intentó calmarlos María con las manos en alto.

—¡Al fondo o terminamos aquí mismo! —volvió a amenazarles el agente, por lo que todos le hicieron caso, aunque algunos de mala gana. Una vez desnudos, comenzaron a avanzar por un túnel portátil de color blanco donde se encontraba la ducha y más agentes que los vigilaban a lo largo del cilindro plástico. María conocía perfectamente el protocolo y nada de eso le sorprendió en lo

más mínimo, pero creía tener la certeza de que podría hablar o explicar todo lo ocurrido al comisario en ese mismo momento y relajar tensiones. Toda la información recabada y el material gráfico y sonoro se encontraban allí dentro, por lo que le molestó que ni siquiera le preguntaran por un breve informe que resumiera lo sucedido antes de llegar a Madrid. Sin embargo, el túnel, que permitía distinguir las formas cercanas al plástico del que estaba hecho, le permitió a María ver la forma del robusto cuerpo del comisario, confirmándolo con su grave voz.

—Comisario, el espécimen está en una cámara de la morgue y tengo el resumen del interrogatorio y los datos recabados. Joder, lo tengo todo ahí dentro y me gustaría entrar con usted y mostrárselo. —dijo María. El comisario, que se detuvo en seco al escucharla tras el plástico, no contestó.

—Comisario, no puede hacerme esto. Déjeme explicarle todo y contarle lo que pienso. —le siguió diciendo María, sin obtener respuesta. El comisario siguió su camino hacia el contenedor sin decir una palabra. —¡Joder! ¡Eres un hijo de puta! ¡Déjame volver y explicarte lo que he descubierto, cabrón! —gritó María por impotencia. Intentó regresar al contenedor, pero dos agentes la detuvieron y la arrastraron hasta el enorme furgón donde estaba conectado el túnel. La sentaron justo al lado de Pilar, quien los observó marcharse hacia adentro, obligando al resto a avanzar.

—Míralos, ni a E.T. lo trataron tan mal. Como si nosotros hubiéramos matado a alguien… malditos cabrones. ¿Qué van a hacer ahora? —preguntó confusa Pilar, quien no entendía tan bien como María cómo funcionaban los protocolos ante un agente biológico.

—Sinceramente, ya no lo sé. —dijo María mirando hacia el suelo. —Seguramente limpiarán todo, lo archivarán, se inventarán una historia creíble y nos darán una buena compensación para que nos callemos. ¡Ah! Y nos mandarán a casa por el resto de nuestros días. ¡Prejubiladas antes de los 50, qué maravilla! —añadió María con una sonrisa irónica dirigida a Pilar. —Nosotros hemos hecho el trabajo sucio, ahora les toca a ellos decidir qué hacer con todo esto. Solo hemos sido sus peones… joder… malditos burócratas de mierda. Ellos no se ensucian las manos y deciden cómo funciona el mundo. —concluyó María, desolada ante la idea de que nunca volvería a trabajar en el caso. La actitud del comisario le hizo entender que ese tema ya no le correspondía, que su arduo trabajo, los compañeros que habían perdido la vida y los descubrimientos relacionados con José ya no le pertenecían. María se sintió no solo molesta o traicionada por su

jefe, sino también sumida en la tristeza. Ella era la única capaz de comprender la profunda influencia que aquel hombre, José, había tenido sobre ellos. La extraña y abrumadora sensación de pérdida que experimentó en el momento de su muerte, fue completamente desconocida, ya que nunca la había experimentado con otra persona. Pero en el fondo, sin entender muy bien por qué, su mente no abandonó la idea de que todo aquello, toda la cadena de acontecimientos desde el comienzo de la historia de José hasta su muerte, no significaba un final.

—En el fondo hemos tenido suerte. No me quiero imaginar lo que tuvieron que pasar tanto dentro del túnel como afuera… ¿Qué les habrá ocurrido? No dejo de darle vueltas… —dijo Pilar, sin dejar de mirar el plástico blanco, intentando visualizar alguna forma u objeto entre su opacidad que le diera una idea de lo que ocurrió, pero fue inútil.

—No pienses más en eso, total, borrarán todo este lugar del mapa con un par de explosiones y luego dirán que hubo una fuga de gas o que demolieron la casa para construir un centro comercial que no tendrá futuro debido a su pésima ubicación, como ocurre en muchos lugares de este país. En fin, cualquier cosa que se inventen será creíble. —respondió María, tocándose el traje y comprobando que su mente le había jugado una pasada, haciéndole creer que tenía una cajetilla de tabaco guardada. Miró en todas direcciones para ver si veía a un agente y, con perspicacia, intentar convencerlo de que le diera un cigarrillo y dejarla fumar, algo que le pareció disparatado incluso a ella misma. Al mirar hacia el fondo del gran furgón, su corazón dio un vuelco al ver que Borja seguía vivo.

—Pensaba que todos los que estaban afuera… habían muerto. —le dijo María con los ojos lacrimosos mientras se acercaba a verlo, y lo abrazó con cuidado para no lastimar su brazo, que llevaba en cabestrillo.

—Jefa, es extremadamente difícil acabar conmigo. Sé cuál es el final de mi camino y en él no aparece ningún monstruo gigante y repugnante, créame. —dijo Borja con una sonrisa y lágrimas también presentes en sus ojos. María se sentó a su lado para continuar la conversación, con una mirada compasiva que hizo que Borja borrara su sonrisa de inmediato. —Hice todo lo posible por protegerlas. Bloqueé la entrada al túnel, asegurándome de que no pudiera entrar esa cosa. Susana sabía que era una decisión difícil, pero no podía abandonar a Antonio y los demás. Y yo, simplemente tenía que hacerlo… —dijo Borja tratando de justificar la elección de su

compañera Susana.

—Tranquilo, hiciste lo que debías, al igual que Susana. Todos aquí hemos perdido a personas importantes. Esperemos que todo lo ocurrido sirva para algo… —dijo María tranquilizando a su compañero.

—Daría cualquier cosa por poder tomarme un trago… —le dijo Borja a María con un tono alegre.

—Esos desgraciados, ni siquiera se han molestado en enyesarte el brazo, solo te han vendado con un trapo. Increíble que no hayan traído a un médico. Un trapo y listo… —dijo María, indignada, mirando a los dos agentes que subieron al furgón, liberando los pestillos del túnel y cerrándolo; en cuestión de segundos, el vehículo arrancó y emprendió su camino hacia Madrid.

—Tranquila, no me duele tanto como pensaba, creo que aguantaré bien el trayecto. Solo necesito descansar, y este movimiento constante me vendrá de maravilla. —dijo Borja con ironía mientras se acomodaba mejor el brazo roto. Una vez conforme con su postura, inclinó su cabeza hacia atrás y la apoyó en el frío metal del furgón. —Hablamos a la vuelta si no te importa, María. Voy a descansar un poco. — concluyó Borja, dejando a María perpleja al percatarse de que sus ojos adquirían un tono rojizo, semejante al de los tomates maduros; al mismo tiempo, sus oídos comenzaron a emanar sangre. María se levantó inmediatamente del lado de Borja, siendo observada tanto por los agentes armados como por los demás ocupantes del furgón.

—¿Qué te sucede, María? —preguntó Borja, sorprendido por su drástico cambio de actitud.

—Hace un momento no estaban así… No puede ser… —María, aterrada, comprendió que al igual que Óscar, su compañero Borja compartiría su mismo destino, albergando dentro de su cuerpo algo que en poco tiempo lo dominaría y se manifestaría.

◆◆◆

En medio de la infinita oscuridad, comenzaron a emerger formas sinuosas de tonos azules que poco a poco adquirieron la apariencia irregular y redondeada de un cilindro. Susana, recobrando gradualmente la conciencia, pudo vislumbrar su entorno

intermitentemente, revelándose con cada pulso una muestra de lo que la rodeaba, solo para sumirse nuevamente en la oscuridad. Después de un rato confusa y mareada, comprendió que era ella misma quien creaba esas imágenes tridimensionales azuladas. Susana emitía chasquidos que rebotaban en los objetos y al regresar a ella, dibujaban vívidamente todo lo que la rodeaba, siguiendo el principio de la ecolocalización observado en murciélagos y otros animales. No le sorprendió en absoluto recordar lo sucedido tras adentrarse en el túnel con Gloria, viendo cómo algo la arrastró hacia la oscuridad y otro de esos ángeles la agarró también a ella, hundiéndole los ojos al sujetarla por las cuencas oculares para transportarla. Con mala fortuna para la criatura, Susana logró dispararle y debió de haber fallecido, pensó. Recuperando finalmente su movilidad, Susana, quien estaba incrustada en la pared viscosa del túnel, logró desprenderse y cayó al suelo. Al dirigir su mirada hacia la pared, constató que de alguna manera había logrado conectar con el sistema neuronal del ángel que la atacó. Sin embargo, lo que le sorprendió enormemente fue el cambio que experimentó en su propio físico. Ahora su cuerpo se había vuelto más musculoso y excesivamente desarrollado, además de adquirir dos falanges adicionales en su costado. Sus cuatro manos presentaban largos dedos provistos de garras más grandes que las de un ave rapaz. Detrás de ella, en su espalda, podía sentir las protuberancias con las que se había conectado a la pared del túnel, moviéndose como los tentáculos de un pulpo en el agua. Además, en su coxis había surgido una robusta cola que se afinaba hacia el extremo.

—Pero qué cojones… —exclamó Susana, asombrada al descubrir su transformación, mientras exploraba su nuevo cuerpo y sus singulares atributos. Al notar que le faltaban los ojos, no se preocupó en exceso, ya que descubrió que sus pabellones auditivos, similares a las branquias de los peces, pero orientados hacia delante, le proporcionaban una nueva visión que le permitía ver con claridad tanto en la luz como en la oscuridad. No se asustó ni se alteró por la pérdida de su antiguo ser, pues sabía que ahora contaba con una ventaja para salvar a Antonio y a los demás supervivientes allí atrapados.

—Es posible que al tragar la sangre que brotó del ángel, además de seguir conectados, mi cuerpo haya mutado en este… híbrido. Pero ahora no queda tiempo de especulaciones y sorpresas. Tengo que aprovechar esta nueva situación y acabar con esa criatura. Ha llegado el momento de conocerla en persona, en el mundo real. —declaró Susana, decidida y segura de sí misma, dispuesta a enfrentarse de una vez por todas a aquel ser monstruoso que había destrozado su

vida y la de tantos otros; que buscaba erradicar a la humanidad de la faz de la tierra. Gracias a su habilidad de ecolocalización y su conocimiento genético del lugar, Susana se movía con una asombrosa facilidad hasta casi llegar a la entrada del útero, sin perder ni un instante. A su paso, encontró materiales y focos ya inservibles que sus compañeros habían utilizado al entrar en el corredor, pero por desgracia también descubrió decenas de cuerpos desmembrados, con la piel y los músculos arrancados y prácticamente todos incrustados en la pared del túnel, lo cual la enfureció aún más y la impulsó a seguir adelante. No desaprovechó la oportunidad de coger prestadas granadas y un par de bloques de C-4 que encontró entre los restos, y los colocó en un cinturón táctico, de uno de los agentes de operaciones especiales, que ajustó entre su cuello y su brazo. Aunque desconocía qué le esperaba dentro del útero, imaginaba que sus compañeros estarían apresados por los ángeles, suspendidos en la alta cúpula. Su nueva mente le recordaba esos detalles, recuerdos grabados gracias a su conexión neuronal con el túnel y el ángel. Justo antes de adentrarse en el útero, Susana, con su sentido del olfato ahora más desarrollado, percibió el olor del ser cambia formas y supo de inmediato que se encontraba donde debía. Colocó las cargas de C-4 en la entrada del útero y se adentró en la misma boca del lobo. Nada más entrar, vio al ser aferrado en un saliente de la enorme bóveda, que parecía tener vida propia, latiendo y moviéndose como debía de hacerlo el interior de un corazón. Por fin tuvo la oportunidad de verlo en toda su magnitud, tanto el útero, todavía con vida, sin llegar al fatal estado de petrificación, y a su antagonista, el extraño y terrorífico ser. Era de piel clara, con cuatro extremidades superiores, al igual que Susana, pero las inferiores estaban deformes y su cola era diminuta, como si no se hubiera desarrollado correctamente. Su rostro era ovalado, estirado hacia atrás, y contaba con cuatro ojos, dos más grandes en el centro y dos más pequeños en los laterales. En la parte inferior de su cara, había una pequeña boca encajada hacia adentro, como un esfínter. Al igual que Susana, sus oídos eran como branquias que se orientaban hacia delante para realizar la ecolocalización. En su abdomen, donde se encontraba su auténtica boca, una enorme grieta dividía las dos partes de su cuerpo, desde la garganta hasta el bajo abdomen. Susana imaginó que tras esa abertura se escondían las fauces más aterradoras que jamás hubiera presenciado. Ambos se quedaron unos instantes mirándose en silencio, sin decir palabra alguna. Susana, en su intento de visualizarlo, utilizaba chasquidos perceptibles, mientras se evaluaban mutuamente. La armonía del momento se veía interrumpida tan solo por los crujidos y resonancias emanadas por la inmensa bóveda viva.

—Por lo que veo, tu mutación no ha sido mera casualidad y suerte. Ya intuía que una humana como tú no podía poseer esa energía mental. Eres un híbrido, una amalgama de tu antiguo cuerpo y el mío. Incluso sin ojos, conservas rasgos humanos en tu rostro y tu cuerpo, además has mantenido tu pecho, como si fueras a ser madre… —le dijo telepáticamente con voz despectiva, pero Susana permaneció impasible, manteniendo su postura erguida mientras observaba cómo seguía aferrado a la pared. Sin embargo, confirmó que el monstruo que se alzaba ante ella no era una "madre" como las que había visto petrificadas en numerosas ocasiones, que siempre le recordaban a una mantis religiosa pero mucho más grande y robusta. Este ser era diferente, con brazos y una morfología que se asemejaba a la humana, aunque distaba mucho de serlo. Susana pensó que podría tratarse de un ser mixto, algo que tanto los científicos como la inspectora María habían mencionado en repetidas ocasiones. Pero en ese momento, no le importaba lo que fuera. Susana solo quería recuperar a Antonio.

—El único engendro aquí eres tú, apenas puedes moverte, ¿me equivoco? Ahora entiendo por qué te alegraste al saber de mí. Estás paralizado y no puedes llevar a cabo tu retorcido plan sin mí. —le espetó Susana furiosa, sin recurrir a la telepatía como el ser, tratando de mantener la calma y no dejarse llevar por sus emociones, por si se encontraba ante una emboscada.

—Es cierto, no te voy a engañar, te necesito. Pensaba que mi crecimiento solucionaría este problema, pero veo que alimentarme de tus amigos no ha sido de gran ayuda. Solo ha hecho que crezca cuatro veces más que tú. Me he vuelto poderosa. —dijo con burla mientras se acercaba lentamente a Susana. —Pero a diferencia de ti, yo puedo ver en la más profunda oscuridad. ¿Quién dice que no puedo ocultarme fuera de tu campo auditivo y fusionarnos para alcanzar la evolución total? —el horrendo ser, tullido y de mayor tamaño que Susana, aprovechó su ventaja visual, moviéndose y posicionándose fuera de su alcance en cada intervalo de sonidos que emitía Susana, con el objetivo de atraparla y completar la fusión de ambas entidades. Tras varios minutos de intensa persecución, con fuertes golpes y arañazos de sus garras, Susana comenzó a debilitarse, llegando a creer que en el próximo ataque sería capturada, desprevenida. El ser se volvió invisible ante el eco localizador de Susana y se colocó detrás de ella. Sin embargo, Susana, que podía percibir su presencia milésimas de segundo antes de ser atacada, dejó que se confiara y abriera sus enormes fauces con la ayuda de dos de sus cuatro brazos y manos. En ese preciso instante, Susana introdujo una de las granadas que tenía entre sus manos en el interior de la boca dentuda del ser. Al sentir el brazo de Susana, el ser cerró con fuerza sus fauces y arrancó de cuajo

el brazo de Susana, quien se soltó de lo alto de la pared y cayó al suelo. El ser, aún aferrado, continuó masticando el brazo con su boca vertical hasta que el artefacto explotó en su interior, provocando su caída, unos metros alejado de Susana.

—¿Quién se ríe ahora, miserable? —inquirió retóricamente Susana, convencida de que el ser yacía muerto. Se acercó lentamente para verificarlo, pero tuvo que sortear hábilmente el ataque de una de las afiladas y enormes garras del engendro, que se retorcía de dolor tras la explosión que lo había desmembrado.

—Esto aún no ha concluido… —le respondió con su voz verdadera, profunda, como si un líquido espeso la amortiguara antes de escapar por su boca. El ser sufría terribles quemaduras provocadas por el efecto de la granada, lo que indicaba que la luz de la explosión las había ocasionado también.

—Anda, mira, ¡Si puedes hablar! —Susana se mofó, consciente de que no podía eliminarlo por completo. Sabía que, si se acercaba demasiado, aunque agonizante, podría aniquilarla de un solo golpe, por lo que mantuvo su distancia. —Tu destino está sellado. En cuanto introduzca una granada por el agujero del culo que tienes por boca, dejarás de existir. Aún tienes tiempo para decirme dónde está Antonio. —exigió Susana, señalando el techo del útero, esperando una respuesta. Pero el ser, fatigado y al borde de la agonía, no respondió a Susana. Continuó respirando agitado, evitando gastar más fuerzas de las necesarias. Susana cogió una granada de mano del cinturón que llevaba cruzado al cuello y retiró el pasador. — Mira, aún puedo marcharme y tú puedes seguir languideciendo en tu mísera guarida, pero debes permitirnos partir. Si lo haces, guardo mi juguetito. —intentó persuadirlo.

—¿Y adónde irás? Está claro que mi plan ha fracasado, me has arrebatado aquello por lo que vine a este mundo, su salvación. —respondió el ser con dificultad.

—Si no eres tú, alguien más lo hará. Tenéis cientos, si no miles de túneles repartidos por todo este maldito planeta. —replicó Susana, alzando la mano para mostrarle nuevamente la granada.

—Yo no soy como el resto, Susana. Al igual que tú, soy único, o eso creo. Soy la clave para la evolución de la especie, y tú estás impidiendo que eso suceda, la evolución hacia una especie superior en todos los aspectos. —tras pronunciar estas palabras, el ser conectó una de sus protuberancias de la espalda a la pared, enviando una señal al

ángel que estaba conectado a Antonio. En cuestión de segundos, el ángel apareció, resquebrajándose al soltarse de la pared, y dejó junto al monstruoso ser el cuerpo disecado de Antonio. Al verlo, Susana anheló acercarse y abrazarlo, pero se contuvo, consciente de que no podía bajar la guardia.

—Quiero llevármelo conmigo. —Susana habló con seriedad. El malherido ser esperaba una explosión de ira al verlo en su estado, pero se sorprendió al ver que Susana aún mantenía la distancia.

—¿Aún quieres esto? ¿Lo deseas? Lleguemos un acuerdo. —dijo el ser pálido mientras varios ángeles transportaban otros cuerpos para comérselos con sus fauces abdominales. Estos organismos, a diferencia de los demás, eran pálidos y estaban inflados, plagados de bultos de los cuales surgían apéndices alargados. Fueron seres humanos, ahora deformes y viscosos que servían de comida al moribundo ser. La subinspectora imaginó que debían haber sido mutados para dicho fin. A pesar de su furia ante la brutalidad de consumirlos frente a ella, Susana se vio obligada a reprimir el impulso de matarlo. Estas personas eran sus compañeros y científicos con quienes compartía su día a día, pensaba. —Ninguno de los dos podrá escapar de este lugar. De hecho, tu amigo ya no tiene ninguna oportunidad de hacerlo, créeme. La única posibilidad que tienes de vivir la vida que deseas es en esa realidad alternativa, como la llamas. —expresó, mientras continuaba consumiendo las masas deformes de aquellos que habían entrado al túnel, incluyendo los compañeros de Susana. —Mi intención no era la aniquilación, aunque es evidente que muchos habrían perdido la vida y se habrían sido sacrificados por el avance de la especie. Por ejemplo, estos que estoy consumiendo, que, por tu culpa, los utilizo para reconstruir mi cuerpo. Son meramente carne, su conciencia o alma, como prefieras llamarlo, reside en esa otra realidad, disfrutando de vidas tranquilas en un mundo infinito sin preocupaciones. Sus cuerpos han estado conmigo durante mucho tiempo, adaptándose para alimentarme, pero al mismo tiempo encuentran felicidad en su nuevo mundo. Ahora te preguntarás qué hay de malo en todo esto, siendo esa es la verdadera libertad que mereces, Antonio y tú, y también el resto de los seres humanos, un retiro tranquilo para permitirnos avanzar como especie. —le susurró de nuevo telepáticamente, transformando su cabeza extraña en la de una mujer de cabellos blancos, al menos, en un intento de serlo. Susana comprendió que era una estrategia para apoderarse de ella y lograr escapar de allí. Además de que la mitad inferior de su cuerpo era inútil para poder moverse libremente, las quemaduras en el resto de su piel, causadas por la granada, le hacían comprender la urgencia y la necesidad de tomar lo antes posible posesión de del cuerpo de

Susana. Mientras, la híbrida subinspectora reflexionó sobre la opción de una eterna y apacible vida dentro de un mundo ficticio, lo cual no le pareció tan descabellado, ya que Antonio debía de estar en un estado deplorable y sus posibilidades de sobrevivir eran escasas, pensó. Además, salir al mundo exterior con su aspecto no sería para nada una buena idea. Aquello retorcía su estómago y ella, como un nuevo ser extraño, sería objeto de estudio y disección por parte de los más destacados científicos del mundo. En realidad, aquel ser tenía razón: la humanidad estaba perdida, todo era guerra, contaminación, masificación, egoísmo, masacre de la vida salvaje y una lista casi interminable de atrocidades y barbaridades producto de una civilización en decadencia. El mundo que aquel ser proponía, aunque ficticio, evitaría todo eso; almas viviendo en plenitud absoluta, lejos de una vida repleta de preocupaciones y sufrimiento, reflexionó. Pero en eso consiste la vida, en vivir todos sus matices, pensó Susana. No solo se trata del terror y el dolor, los errores y los actos terribles y despiadados de muchos individuos, sino también de las múltiples experiencias que nos brinda. Entre esas experiencias se encuentra la alegría y felicidad que se experimenta al traer un niño al mundo, al enamorarse de alguien especial, al reencontrarse con viejas amistades que creíamos perdidas en el tiempo, o simplemente al deleitarnos con la belleza de la naturaleza o disfrutar de un refrescante helado en el parque en un cálido día de verano. Eso representaba la esencia de la vida, una existencia que aquel ser les arrebataría y que seguramente muchos de sus compañeros, incluyendo a Héctor y, sobre todo, a Antonio, nunca estarían dispuestos a renunciar, reflexionó Susana.

—La vida tiene sus altibajos, pero somos libres de aceptarla a nuestra manera. A pesar de las muchas sombras que la acompañan, también hay destellos de luz. Cada ser humano llega al mundo sin un futuro garantizado. Algunos tienen la desgracia de carecer de él, pero otros logran labrarse uno de manera honorable, viviendo sin perturbar a nadie y ayudando a los demás, sean personas o animales. Por esa gente y por todos los demás, no puedo tomar la decisión de extinguir sus vidas y confinarlas eternamente en un disco duro, en la nube o dondequiera que quieras enviarnos; viviendo en un ciclo interminable de "felicidad" prefabricada. Lamento decir que desestimo tu propuesta. —dijo Susana, sacando un dispositivo cuadrado de su cinturón.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó el ser con curiosidad.

—En esta mano tengo el detonador de un par de C-4 que he colocado en la entrada. Por si no lo sabes, son explosivos sumamente potentes. —dijo Susana entre risas.

—¡Harás que todos muramos! ¡Idiota, tú también perecerás! —le gritó telepáticamente el engendro, mientras se arrastraba hacia la entrada del útero, dejando a Antonio solo en el suelo. Al llegar cerca del C-4, el ser se dio cuenta de que solo eran un par de cajas de munición vacías; Susana lo había engañado. Entonces, notó cómo tres objetos caían casi simultáneamente sobre su espalda. Sorprendido, se dio la vuelta para mirar a Susana, quien sostenía una linterna que encendía y apagaba varias veces para hacerle entender que no era un detonador de C-4.

—Montón de mierda, mira a tu alrededor. —le dijo Susana señalando a los objetos que le había lanzado, mientras seguía alternando la linterna entre encendido y apagado con su otra mano. Susana se carcajeaba, había llevado a cabo una astuta maniobra, ya que si realmente hubiera colocado C-4, habría demolido toda la bóveda, no solo matándolos a todos, sino hundiendo también el lugar. Aunque sabía que sus compañeros morirían, evitaría que ese ser acabara con la humanidad.

—¿Qué has hecho? —gritó el engendro mientras intentaba agarrar una de las tres granadas que estaban a su lado. Estas estallaron casi al mismo tiempo, dejándolo completamente destrozado y siendo esparcido en cientos de fragmentos por todo el útero. La bóveda tembló tras la explosión, ya que los tres artefactos también causaron un grave daño a su composición biológica, que comenzó a deteriorarse y petrificarse gran parte de su estructura, agrietándose y desmoronándose. No resistiría mucho tiempo, pensó Susana, quien corrió hacia Antonio, creyendo verlo consciente después de la gran explosión de las granadas.

—Tranquilo, Antonio, estoy aquí. He venido a salvarte. —le dijo a Antonio, quien estaba deshidratado y esquelético, muerto, y a quien ya nada de lo que sucediera allí podría afectar, aunque a Susana no le daba esa impresión. Pensaba que aún estaba vivaz, mirándola confundido.

—¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Raquel? —creyó que Antonio le preguntaba por su esposa. Susana supuso que Antonio se agitó al no poder ver, no por la oscuridad, sino porque, al igual que ella, no tenía ojos debido a las manos del ángel que los habían arrancado. Antonio intentó tocar el rostro de Susana, según ella dedujo, pero se apartó, no deseaba que la sintiera de ese modo, como un monstruo. Sin embargo, intentó calmarlo acariciándole el rostro, teniendo cuidado de no hacerle daño con las afiladas uñas de sus manos mutadas.

—No, Antonio, soy yo, Susana. Todo está bien, te recuperarás y nos iremos de aquí. —le respondió Susana mientras lo abrazaba. Lo cogió entre sus cuatro brazos y corrió para escapar, pero justo cuando se encontraban frente a la entrada, Susana se detuvo. Al observarlo con su ecolocalización, Antonio parecía estar diferente, consumido, duro y frío, pero su mente aún lo imaginaba con vida y con suficiente energía para preguntar por su esposa e hijas, incluso molesta por no haber preguntado por ella. Susana se sintió triste, no solo porque creía que el cadáver de Antonio moriría en cualquier momento, desangrado por sus graves heridas en la columna y el torso, sino también porque él no la recordaría en sus últimos momentos de agonía.

—Deseo abrazarlas y contemplar sus rostros por última vez… ¿Qué he hecho? No debería haberlas sometido a esto… —supuso Susana que pronunció Antonio, en agonía y plenamente consciente de su estado, suplicando regresar junto a su familia. Susana no logró comprender del todo sus palabras, pero no quería reflexionar sobre ello en aquel momento. Se apresuró hacia uno de los ángeles y unió una de sus alargadas falanges de la espalda al útero, para que el ángel cogiera a Antonio y lo reconectara a él.

—Deseo fervientemente que esto funcione. —suplicó mientras acariciaba a Antonio, nuevamente conectado al ángel. Susana observó cómo el ángel ascendía junto a Antonio, entre decenas de cuerpos suspendidos y desecados por otros ángeles en el techo del útero, aunque Susana los percibía como si aún estuvieran vivos.

—Ha llegado mi turno. Adiós para siempre, mundo. Intentad combatir estas atrocidades. Os deseo la mayor de las suertes. —concluyó Susana, conectándose al útero y sumergiéndose en una oscuridad total, tratando de retornar a lo que ahora sería su nueva realidad.



El comisario, un hombre próximo a la jubilación, exhibía una calva reluciente y un imponente bigote blanco como único adorno capilar. Vestido con un pantalón de pinzas beige y una camisa blanca, llevaba un equipo de protección que le quedaba demasiado ajustado debido a su tamaño, convirtiéndose en una molestia llevarlo puesto. Mientras se dirigía hacia el contenedor acompañado de un par de agentes, fue interrumpido por la llamada de uno de los forenses.

—Dígame Martínez, que sea rápido. —le instó con

determinación tras un prolongado suspiro.

—Comisario, el acceso al túnel ha sido sellado con una excavadora, en la cual encontramos al agente Borja Ochoa, quien acabó con la criatura aplastada por la pala de la máquina. El agente está vivo y regresa a la base en el furgón. —explicó el forense, quien se disponía a compartir más novedades antes de ser interrumpido.

—Lorenzo, observa detenidamente. En este lugar se encuentran numerosos cuerpos desmembrados y mutilados pertenecientes a mis hombres, y veo que tu equipo continúa investigando en torno a esa criatura. Te ruego encarecidamente que les indiques que abandonen inmediatamente sus tareas y que todos se dediquen a retirar los cadáveres de este sitio. Defensa se hará cargo de esta situación muy pronto y nosotros ya no tendremos ninguna participación aquí, por lo tanto, es imperativo que se os deis prisa. —ordenó el comisario, mientras negaba con la cabeza, consciente de los horrores que sufrieron las personas que fallecieron la noche anterior. El hombre de espeso bigote entró al laboratorio a través del gran boquete en la pared del recinto.

—¡Dios mío, es imposible! —exclamó mientras contemplaba el metal doblado y destrozado como si fuera un trozo de papel. —con cada paso que daba, el comisario pisaba varias de las numerosas cigarras, vivas y muertas, que se encontraban en el desordenado laboratorio. Al mirar hacia afuera, notó que también había muchas más entre los matorrales, el pino cercano y las fachadas de la casa y el contenedor, creando un estruendoso concierto incesante.

—Es realmente sorprendente, ¿por qué hay tantos de estos insectos en esta época del año? ¿No son más comunes en verano? —preguntó retóricamente mientras observaba cómo algunas cigarras moribundas caían del árbol al suelo. El comisario pensó en una posible plaga, similar a las langostas, pero no comprendía por qué tantas cigarras morían al mismo tiempo y en tan gran número, infestando prácticamente todas las superficies de la zona. Después de echar un vistazo al laboratorio, salieron al exterior para entrar por la abertura que el equipo de extracción había realizado recientemente en el sólido metal del contenedor hospital. El túnel de plástico para la evacuación del personal en cuarentena ya había sido retirado, por lo que los agentes ya estaban dentro trabajando en la retirada de todo el material disponible antes de partir y permitir que el Ministerio de Defensa se encargara de limpiar completamente la zona. El comisario observó la habitación donde José había pasado sus últimas horas, así como las demás habitaciones y los pocos restos de lo que quedaba del

cuerpo de Óscar y Ramón, en el quirófano. Con el informe de María en la mano y la grabadora que había cogido de la habitación, el comisario se sentó en uno de los taburetes metálicos del contenedor y comenzó a examinar detenidamente su investigación.

—Por lo poco que he tenido tiempo de leer, es un descubrimiento extraordinario. Esto nos proporcionará una perspectiva más amplia para entender mejor lo que están buscando de nosotros. —le comentó uno de los inspectores que se encontraban en el contenedor.

—Te aseguro que sí, esto tiene ahora mismo un valor incalculable. —respondió el comisario sin apartar la vista del resumen del informe que había dejado la inspectora María.

—¡Comisario! Hemos recuperado el cuerpo del espécimen de la cámara, pero… del interior de su cráneo, entre las manos del ángel… —gritó un agente muy nervioso al comisario, quien pudo percibir su miedo de inmediato. Algo no iba bien.

—Cálmate, respira y dime qué ocurre. —se impacientó el comisario ante el nerviosismo del agente.

—Tiene un agujero en todo el cráneo, ¡lo han destrozado y no tiene nada dentro de él! —terminó gritando desesperado, corriendo de vuelta a toda prisa hacia la morgue, seguidos por el comisario y el inspector con el que estaba hablando.

—¿No se suponía que lo habían escaneado al sacarlo de ese maldito agujero? —preguntó el comisario mientras se dirigían hacia la morgue.

—Eso dice el informe, y no encontraron nada, pero tampoco sabrían qué buscar, supongo. Esto es algo completamente nuevo para todos, comisario. Puede haber pasado cualquier cosa. Alguna forma que aún desconocemos podría haberse mimetizado perfectamente como si fueran los sesos de un hombre, por ponernos en el peor de los casos. Es inquietante… —el comisario interrumpió las hipótesis del inspector.

—Manolo, deja de especular y vayamos a comprobar qué ha sucedido. —ordenó tajantemente el comisario, ansioso por descubrir qué había ocurrido realmente. Una vez dentro, sobre la cama metálica del nicho, ambos pudieron constatar cómo el cráneo estaba destrozado, de adentro hacia afuera, como si un polluelo rompiera el cascarón al nacer, dejando la cavidad craneal completamente vacía.

—Quiero que el contenedor sea sellado de nuevo y que todos nos pongamos a buscar al puto bicho que ha salido del… —el comisario no pudo terminar su frase, interrumpido por los desesperados gritos de uno de los agentes que estaba en la entrada de la morgue. Todos quedaron atónitos al presenciar cómo un pequeño ser blanquecino, del tamaño de un gato, se aferraba al rostro del hombre, desmembrándolo con sus dientes afilados como cuchillos que surgían de una boca vertical en su abdomen. Mientras tanto, le propinaba desgarradores incisiones y fuertes patadas con sus afiladas uñas. Los presentes poco pudieron hacer, ya que, en cuestión de segundos, el pequeño ser acabó con la vida del hombre, dejándolo completamente desfigurado y postrado en el suelo, emitiendo un sonido silbante debido al gorgoteo que provenía de su garganta destrozada. El comisario se adelantó al resto, intentando abatir al ser a balazos con su pistola, pero solo logró que el pequeño ser esquivara todos los disparos y se introdujera por la fuerza en su boca, desgarrando su rostro y garganta para acceder a sus entrañas. El resto de los agentes, consumidos por el miedo y la desesperanza, intentaron huir sin éxito, algunos siendo alcanzados por cientos de las pequeñas mutaciones pálidas de las cigarras, que se introducían por cualquier orificio que encontraban. Otros sucumbieron ante el pequeño ser, que, sin ningún tipo de escrúpulo, mutiló y asesinó a todos los humanos que no eran presa de las pequeñas mutaciones de largos apéndices.



Las ruedas de la bicicleta BMX del joven Ethan rodaban velozmente sobre el asfalto mientras Carolina intentaba alcanzarlo sin éxito.

—¡Vamos lentorra, que llegamos tarde! —le dijo con burla el chico de pelo castaño bien peinado mientras pedaleaba rápidamente, tratando de aumentar la distancia entre ellos.

—Tío, no es justo, tu bicicleta es mucho mejor que la mía. Mi hermana solo me deja la bicicleta vieja que no quiere. —se excusó por la bicicleta de segunda mano, muy usada y con arreglos básicos para prolongar su vida útil. Los dos jóvenes se dirigían al instituto y ese día Ethan, al pasar a recoger a su compañera Carolina por su casa, una joven pecosa de pelo moreno, decidió tomar un camino diferente al que solían coger. Un compañero mayor del instituto les sugirió coger un atajo rodeado de altos álamos, cerca de la imponente casa abandonada, prometiendo más tiempo libre. Para Ethan, cada minuto

extra era un verdadero tesoro. Aunque fueran solo diez minutos adicionales, le ilusionaba la idea de prolongar su estancia en la comodidad de sus cálidas sábanas, por breve que fuera. Prometió a su madre enviarle un mensaje con la ubicación del instituto una vez que llegara, demostrando que ese camino era una buena alternativa para llegar a tiempo a clase, pudiendo así alargar su sueño un poco más.

Carolina, quien no estaba tan obsesionada como él con llegar lo más rápido posible, aunque intentaba seguirle el ritmo, vio a lo lejos, después de coger la curva del carril, un gran furgón volcado, con una enorme abertura y el metal rajado en la parte de carga, como si un cuchillo hubiera atravesado varias veces una lata de refrescos.

—¡Mira, un furgón ha volcado! —exclamó Carolina a Ethan, quien seguía concentrado en su conducción.

—No importa, seguramente ha tenido un accidente. Permanecerá allí hasta que acuda la grúa. El conductor habrá ido a pedir ayuda. ¿No te das cuenta de que no hay nadie? —le hizo ver Ethan, quien se consideraba más perspicaz que su compañera. Carolina no apartó la mirada del metal retorcido, preguntándose por qué se encontraba en ese estado. Sin embargo, decidió no compartir sus pensamientos con Ethan para evitar que la tachara de ingenua por no encontrar una explicación lógica. Carolina siempre buscaba múltiples razones, ya fueran lógicas o no, para comprender eventos que escapaban a su entendimiento. Continuaron su marcha y también se encontraron con un par de vallas policiales tiradas en la calzada. No les dieron mayor importancia, pues Ethan no quería perder más tiempo. Pero después de avanzar unos metros, ambos se sorprendieron por la gran cantidad de vehículos presentes, como todoterrenos y furgones, además del dispositivo que rodeaba la estructura abandonada. Muchos de esos vehículos, estaban completamente destrozados.

—Creo que tenemos tiempo para echar un vistazo, pero solo 5 minutos. —dijo sorprendido Ethan a Carolina, mientras consultaba su reloj Casio, un regalo de su abuelo, que había utilizado durante más de 20 años según le contó. La chica se emocionó, ya que una situación así despertaba su insaciable curiosidad. Con una urgencia incontenible, ansiaba descubrir el motivo detrás de la presencia abrumadora de vehículos y estructuras destrozadas alrededor de la casa. Parecía como si hubiesen participado en un espectáculo de Monster Truck, pero no lograba comprender por qué no podía divisar a ninguna persona en el área.

—Quédate aquí, en cuanto suba, te daré la mano para que vengas conmigo. —le propuso Ethan a la chica, quien asintió con la cabeza. El joven trepó por las barras metálicas que aseguraban la carga de uno de los furgones de transporte, hasta llegar a la parte superior. Ethan quedó petrificado al contemplar la escena que se presentaba ante sus ojos. Pudo observar decenas de cuerpos mutilados y varios más convertidos en enormes masas blancuzcas y viscerales, repletas de largos apéndices. Estos seres se abrazaban unos a otros en una danza rítmica y repugnante, avanzando hacia la base de la estructura de la casa. Los apéndices se entrelazaban formando uno más largo, que se conectaba a la espalda de un ser bípedo de color marrón y verde atigrado, que observaba a Ethan desde la distancia. Esta criatura, con forma humana, pero con cuatro brazos en lugar de dos, poseía un rostro fino y un cráneo que terminaba estirado y abultado, similar a una berenjena a la inversa. Con sus cuatro ojos negros, le sonreía y le saludaba con una de sus zarpas, mientras movía su larga cola con gráciles e hipnóticos movimientos felinos. Ethan, quien se había orinado encima, solo podía temblar y mirar aterrorizado al esbelto y extraño ser humanoide. Este lo observaba y saludaba con una sonrisa siniestra, sin prestar la más mínima atención a la pequeña Carolina, quien le advertía acerca de las decenas de cigarras que revoloteaban y se posaban cerca de ellos, emitiendo su ajetreado y estridente canto.

—¡Qué bien! Todavía no había conocido a crías… hermosos y tiernos chiquillos. Quedaos conmigo, también os necesito. —escucharon ambos la voz de un joven en sus mentes. Ethan no tuvo tiempo de reaccionar y fue capturado por el extraño ser, quien llegó hasta él en cuestión de segundos y lo dejó caer entre las enormes masas blancas y las cigarras mutadas que lo convertirían en alimento. Carolina, desconcertada por el origen de esa voz en su cabeza y tras escuchar los gritos agonizantes de su amigo, cogió su bicicleta e intentó huir aterrorizada de lo que sucedía. Luchando como pudo contra varias cigarras, Carolina volvió a escuchar la voz en su cabeza.

—¿Pretendes abandonarme? Si acabáis de llegar, pequeña. No puedes perderte mi fiesta, soy como vosotros, un joven con ganas de jugar. —absorta en el miedo, no se percató de una piedra en el camino que rompió la vieja cadena de su bicicleta, haciéndola caer al suelo y magullándose el antebrazo con el asfalto. La niña miró hacia atrás, en dirección a la casa, y con el mayor miedo que había experimentado en su vida, contempló cómo el extraño ser humanoide de cuatro ojos se acercaba a ella, sonriéndole y saludándola de la misma forma que lo había hecho con Ethan, tomando el control del destino de la niña.

◆◆◆

La puerta trasera del mesón se abrió, revelando a Antonio vestido con una camisa hawaiana y pantalones vaqueros. En sus manos llevaba dos jarras de cerveza fría, las cuales depositó cuidadosamente sobre la pequeña mesa que descansaba entre las tumbonas en el césped. La tarde teñía las hojas de los árboles con tonos rojizos mientras los rayos del sol se filtraban a través de ellas. El paisaje era una maravilla: un exuberante verde se extendía hasta las majestuosas montañas púrpuras que pronto ocultarían el sol anaranjado, suspendido en el cielo rojizo.

—Te prometí una vista impresionante y no me equivoqué, ¿verdad? —preguntó Antonio mientras se ponía sus gafas de sol y se acomodaba en la tumbona de rayas azules y blancas.

—Así es, es verdaderamente precioso. Gracias por traerme. —respondió Susana con una sonrisa, alzando su jarra de cerveza en señal de agradecimiento. Ambos disfrutaron del silencio, saboreando la fría cerveza y deleitándose con el espectáculo del atardecer, tal como Antonio le había prometido al comienzo de su trabajo en Valdepésol. Otras personas en mesas cercanas también disfrutaban de sus refrigerios y de las vistas, atendidos por Héctor, quien salió por la puerta con una bandeja y una bayeta en la mano. El amable hombre les dedicó una sonrisa, la cual ellos correspondieron con gusto. Después de terminar sus jarras, Antonio decidió traer un par más justo cuando el sol comenzó a ocultarse tras la cumbre más alta de las montañas.

—Tranquilo, aquí estaré esperando, siempre. —le dijo Susana al verlo levantarse y mirarla, lanzándole un beso con la mano.

—Ojalá este momento durara eternamente. —dijo Antonio al levantarse y dirigirse al interior del local, esquivando a un par de niños que jugaban cerca de la entrada.

—*Sabes que esto no es un verdadero final, ¿verdad?* —dijo una voz femenina proveniente de la radio que había tirada en el césped.

—Esta es mi vida ahora, mi felicidad reside aquí, junto a ellos, Aurora. —respondió Susana, sin apartar la mirada del horizonte, que se iluminaba intensamente con tonalidades rojizas que embellecían los árboles y el vergel junto al mesón.

—¿Tu felicidad consiste en repetir infinitamente esta escena en un bucle? Vamos, sabes que ellos nunca volverán. Perdona que sea cruda, pero es la realidad. —dijo Aurora por la radio, tratando de hacerla entrar en razón. En ese momento, Antonio volvió a aparecer por la puerta, llevando consigo un par de jarras de cerveza, como la vez anterior, colocándose las gafas como antes y pronunciando las mismas frases que momentos predecesores a ese. El sol también retornó a su posición anterior, desplegando una intensa iluminación que transformó la tonalidad del cielo y de todo lo que bañaba.

Consciente de la situación que le expuso Aurora, Susana ocultó su tristeza tras las gafas de sol, aunque las lágrimas surcaban rápidamente sus mejillas.

—Aurora, me da igual, los quiero conmigo. —le respondió apenada.

—Esta vez estuviste cerca de conseguirlo. Pensé que lo lograrías, pero decidiste regresar aquí. —Susana volvió la mirada hacia atrás, donde debería estar el estacionamiento, pero solo encontró una densa niebla que comenzaba a ocultarlo todo. *—Lo único que puedes hacer por los amigos que murieron, por Héctor y por Antonio, es salvar a la humanidad. Se lo debes. Y si pudiste con él…* —la radio comenzó a tener interferencias. *—Ambas lo sentimos, y su propósito es el mismo.* —concluyó.

—Entonces hay otro más… —dijo Susana tras un largo suspiro.

—Exacto, no puedo decirte mucho más, ya que estuve ausente durante su creación debido a circunstancias inevitables. —rio por unos segundos. *—Pero está allí afuera y no se detendrá. Ella logró una creación superior… Él no debería… Intenté advertirle que se alejara, que se apartara.* —Susana no comprendía del todo a qué se refería. *—No obstante, mi tarea era simplemente apoyarla a ella, a ellas. Yo solo puedo influir ligeramente, el resto depende de vosotros, pequeños monitos. Así que vamos, ya falta poco. Pronto estarás preparada.* —le dijo.

—Y tú, ¿qué será de ti? —preguntó Susana, deseando obtener más respuestas de Aurora, pero consciente de que no había tiempo para profundas conversaciones. Con la sensación de protección que Aurora le transmitía, Susana cogió la radio y la miró apenada.

—Mi tiempo aquí ha llegado a su fin, me he ido desvaneciendo con el paso del tiempo y pronto casi no quedará nada de mí aquí. Ya no

me necesitas, al igual que no me necesitaste para acabar con él. Pero confía en ti misma y en tu especie, sois únicos y sé que podréis lograrlo. Eres perfecta, lo que las demás jamás podrán tener. Eres el futuro del mundo, ojalá lo seas, amiga mía. No te diré que te echaré de menos, porque siempre te sentiré y te veré en otros lugares, estoy segura. Eres fuerte… —terminó diciendo Aurora, dejando paso a un ruido estático.

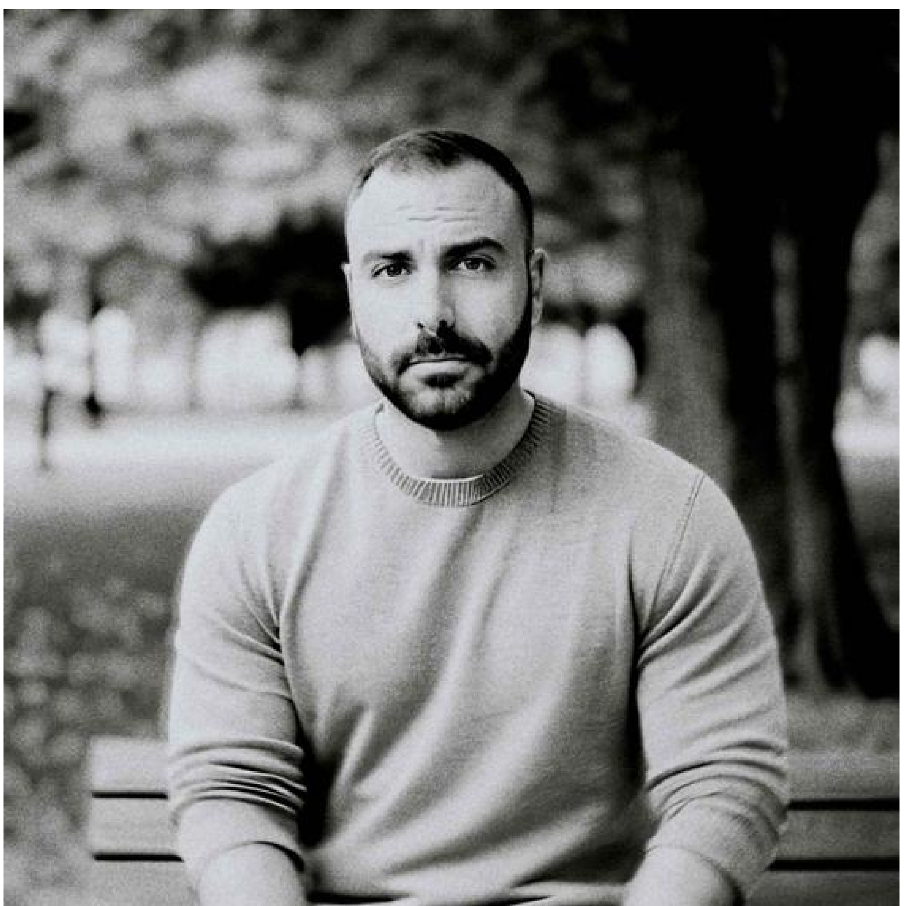
—Evita que las demás traigan más repugnantes retoños y te perdono tu larga ausencia. —dijo Susana sonriendo, con una mezcla de melancolía, pena y desánimo al saber que nunca más volvería a escucharla. No sabía muy bien quién o qué era Aurora, pero había depositado una gran confianza en Susana, y eso lo valoró. Héctor volvió a salir por la puerta del mesón y les sonrió nuevamente, lo cual hizo que Susana llorara al devolverle el saludo. Miró a Antonio, quien observaba felizmente otro de los cientos de atardeceres repetidos que había contemplado junto a Susana, y ella le acarició la cara. Sin embargo, Antonio no reaccionó, ya que estaba escrito que ese recuerdo fuera así y Susana no podía cambiar nada de él. Simplemente, era un fragmento reminiscente, deseado e imaginado por ella, que quedó grabado inalterable en su red neuronal. Héctor ya había fallecido y Antonio no logró sobrevivir a la conexión con el ángel. Tal vez desde el mismo comienzo de todo, al ser capturado hacía ya mucho tiempo. De hecho, todos los humanos que había en el útero estaban muertos. Las personas que amaba eran cosa del pasado. Lo que estaba experimentando frente a ella, en el mesón, eran simples espectros lejanos actuando como en una obra de teatro. Susana bebió de un solo trago la cerveza y antes de acabarla, perdió la conciencia sobre la tumbona.

Despertó bruscamente en el asiento del conductor del SEAT Ibiza del 92. Confundida y con un fuerte dolor de cabeza, miró por la ventanilla, pero las nubes bajas y la lluvia fina le impedían ver más allá de un palmo.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —se preguntó asustada y confundida la joven Susana, sin comprender cómo había llegado a ese extraño lugar y por qué se había despertado dentro de su vehículo; sin recordar las incontables veces que había repetido ese ciclo, tan largo como el de las cigarras.

Acerca del autor

A. P. BRAVO



A. P. Bravo, nacido en Murcia en 1986, es un artista versátil cuya vida ha estado impregnada de arte desde prácticamente su nacimiento. Desde temprana edad, se ha dedicado al dibujo, siendo reconocido con premios locales y regionales en esta disciplina. Además, ha tenido el honor de diseñar logotipos para diversas empresas y crear el cartel de un importante evento regional. La música, el cine, la literatura y la pintura son sus grandes pasiones. Siempre ha albergado el sueño de crear una historia intrínsecamente ligada al dibujo, como las novelas gráficas o los cómics, pero le ha resultado imposible compaginarlo con un trabajo que lo ha mantenido más tiempo fuera de casa que en ella.

Decidió aventurarse en el mundo de la escritura como un nuevo medio

para expresar su creatividad, con confianza en sí mismo. Al principio, albergaba la ambiciosa idea de competir con la aclamada autora de la saga de Harry Potter, J.K. Rowling, pero pronto comprendió que era una idea descabellada. No obstante, ese impulso fue el que necesitaba para embarcarse en la creación de su propia novela.

El terror psicológico, la complejidad de la mente humana y los sentimientos más profundos son fuentes inagotables de inspiración para él. En su obra, busca plasmar estas temáticas de manera impactante, con confianza en su habilidad para hacerlo.

Sin embargo, lo más importante es que su obra se nutre de historias auténticas y humanas, especialmente en lo que respecta a la parte psicológica y sentimental. Incluye sus propias vivencias y las experiencias de las personas que lo han acompañado a lo largo de su vida.

Se considera un artista versátil que ha incursionado en la escritura con el objetivo de explorar el terror psicológico, la complejidad de la mente humana y los sentimientos más profundos. Sus influencias literarias y cinematográficas se entrelazan con historias que podrían ser reales y personales, otorgando vida a su obra.